



36

14236

34
—
299

LA MARAVILLA.

Gran sociedad editorial.

Publica las mas grandes obras del saber Humano en tomos de 350 á 450 páginas en 4.º, con primorosas láminas y ricamente encuadernados con mosaicos de oro y brillantes colores.

bajo la direccion

DE D. MIGUEL DE RIALP.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Instructiva.		Seccion Recreativa.	
	Tomos		Tomos
La Geografía Universal, por Malte-Brun, Balbi y otros.	2	Historia de Gil Blas de Santillana, por Mr. Le Sage.	2
Atlas Geográfico Universal, compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.	1	El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda, por J. A. Fleury.	3	Ivanhoe, por Sir Walter Scott.	1
Historia de Italia, por Julio Zelle.	2	Quintín Durward, por Sir Walter Scott.	1
Moral Social, por Adolfo Garnier.	1	Los Tres Mosqueteros, por Alejandro Dumas.	2
		Rob Roy, por Sir Walter Scott.	1
		Guy Mannering y el Oficial Aventurero, por Sir Walter Scott.	2

EN PRENSA

para ser publicadas por el orden siguiente:

	Tomos		Tomos
Historia Antigua, por J. J. Guillemin.	2	Veinte años despues, 2.ª parte de los tres mosqueteros.	2
Historia Romana, por V. Duruy.	2	Vizconde de Bragelona.	3 ó 4
Historia Griega, por Duruy.	2		
Historia de Francia.	5		

La sociedad cuenta con un gran número de producciones; nuevamente traducidas prontas para ser censuradas.

LA MARAVILLA

1880

Publicado los días de cada semana, en el número 10 de la calle de San Francisco, en la ciudad de San Francisco, California, el día de la semana que se indica en el encabezamiento de cada número.

DE D. MIGUEL DE BARRA

DE LA REVISTA

Revista de la

Revista de la

Revista de la

Revista de la

Revista de la

Revista de la

Revista de la

GUY MANNERING,

ASTROLOGO.

GUY MANNERING,

6

EL ASTROLOGO,

SEGUIDO DE

EL OFICIAL AVENTURERO.

TOMO II.



LIBRERIA ESPAÑOLA

LIBRERIA

BY GUY MANNING,

EL ASTROLOGO,

OR

THE ORIGINAL ARTISTRY,

TOME II.

GUY MANNERING,

Ó EL

ASTROLOGO,

SEGUIDO DE

EL OFICIAL AVENTURERO

POR SIR WALTER SCOTT,

Y TRADUCIDA

POR D. PEDRO A. O'CROWLEY.

Los genios, diz, que en planetaria hora
Evocan voz ó signo misterioso;
Dedíquese á este estudio peligroso
Quien guste; porque á mí no me enamora.»

EL CANTO DEL ÚLTIMO TROVADOR.

Roman, Roumain, Roumaines.

TOMO II.

MADRID

LIBRERIA ESPAÑOLA

calle Relatores, 14.

BARCELONA

EN EL PLUS ULTRA

Rambla Centro, 15.

1858.

GUY MANNERING

ASTROLOGO.

EXPOSICION DE

EL OFICIAL AVENTURERO

POR SIR WALTER SCOTT

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona,
calle Guardia, 15.

FOR D. TASSO & CROWLEY

Los señores de la casa de Tasso
tienen un gran número de
libros y cartas de los señores
de la casa de Tasso y de los señores
de la casa de Tasso.

TOMO II

BARCELONA
EN LA PLAZA DE
SANTA ANA, 15

MADRID
LIBRERIA ESPAÑOLA
calle de Alcalá, 14

1822

GUY MANNERING

EL ASTRÓLOGO.

CAPITULO PRIMERO.

¿Dó busear un asilo, dó el reposo encontrar?
¿Al peso de sus males habrás de sucumbir?
Oh jóven desgraciado! ¿qué camino seguir?
Si al verdugo y la muerte anhelan te entregar!

LAS MUJERES CONTENTAS.

Nuestra historia nos obliga á retroceder por un instante á la época en que el jóven Hazlewood fué herido. Luego que aconteció este accidente, los resultados que pudiera tener para Julia y para sí mismo se presentaron de tropel á la imaginacion de Brown. Creyéndose bien seguro de poder probar que aquella desgracia habia acontecido sin la concurrencia de su voluntad, no temia en cuanto á sí propio unas consecuencias muy serias; pero la idea de verse preso en un país estraño, sin recursos para identificar su persona, ni el rango que en el ejército ocupaba, era un inconveniente del cual le parecia muy del caso sustraerse. Resolvió pues retirarse á la costa mas inmediata de Inglaterra, permaneciendo oculto allí hasta que recibiese fondos de su agente y cartas de sus compañeros de regimiento, y luego de conseguido esto, presentarse en público á fin de dar al jóven Hazlewood y á los amigos de este todas las esplicaciones que pudiesen exigirle.

En virtud de este proyecto, y habiéndose ausentado del paraje en donde le aconteciera el funesto accidente, encaminóse sin descansar á la aldeilla que hemos nombrado Portanferry, pero la cual nuestro lector buscaria en vano con esta denominacion en el mapa de Escocia. Un falucho iba á partir de allí para el puercecillo de Allonby en el Cumberland. Embarcóse Brown en él resuelto á permanecer en este último lugar hasta haber recibido de Inglaterra dinero y cartas.

Durante este corto tránsito, entró en conversacion con el piloto, quien tambien era propietario del falucho, un viejo todavía frescachon y el cual, así como todos los pescadores de aquella costa, se interesaba en el contrabando de vez en cuando. Despues de haber hablado de diversos asuntos de un interés secundario, quiso Brown que recayese la conversacion sobre el coronel Mannering y su familia. El marinero habia oido algo de la intencion de los contrabandistas y vituperaba la conducta de estos.

—No es eso jugar limpio, decia él; se echarán á cuestras toda la comarca. No, no era así como yo me conducia respecto al tráfico. Me agarraban un cargamento. Pues bien! tanto mejor para ellos! No me lo cogian, tanto mejor para mí. No viene al caso que los halcones se devoren uno á otro.

—¿Y el coronel Mannering?

—No ha andado muy prudente en mezclarse en eso; no porque yo le critique de haber salvado la vida á los guardas; en eso ha hecho muy bien. ¿Pero convenia que un caballero se mezclase en ese asunto para que unos pobres perdiesen algunos fardos de té y algunos barriles de aguardiente? Ah! es un hombre rico, un oficial del ejército, y esos señores hacen lo que quieren con unos pobres diablos como nosotros.

—¿Y su hija, dijo Brown, cuyo corazon latia con viveza, no va á casarse, segun me han dicho, con un jóven perteneciente á una de las familias mas distinguidas de la vecindad?

—¿Con quién? con Mr. Hazlewood? que disparate, todo eso

es una mera parlería. Antes, todos los domingos acompañaba él á su casa, despues de los oficios divinos, á la hija del difunto laird Ellangowan, y mi sobrina Peggy, que está sirviendo en Woodbourne, me asegura que Carlitos piensa menos que nadie en miss Mannering.

Sintiendo amargamente la precipitacion con la cual habia dado crédito á tan falsa nueva, enteróse Brown, sin embargo, con un placer harto vivo que las sospechas concebidas por él respecto á la fidelidad de Julia carecian de todo fundamento. Pero, ¡cuánto nó debería haberse atrasado en el concepto de ella! ¿Cuáles sus pensamientos serian? Él debiera aparecer á sus ojos como un hombre incapaz de hacer el debido aprecio de su sensibilidad ni de los intereses de su mutua ternura. Las relaciones del viejo patron con la familia de Woodbourne le parecieron ofrecer un medio escelente para entablar correspondencia con Julia, y se decidió á aprovecharse de la ocasion.

—¿ Me dice V. que su sobrina está sirviendo en Woodbourne? He conocido en Indias á la señorita Mannering; y aun cuando me encuentro hoy en una situacion muy diferente de la suya, tengo motivos de esperar que ella se preste á interesarse de todas veras en favor mio. He tenido la desgracia de reñir con su padre, bajo cuyas órdenes servia yo, y estoy cierto de que su hija se brindará de buena gana á reconciliarme con él. Supongo que la sobrina de V. no tendrá inconveniente en entregarla una carta sin que su padre se entere en lo mas mínimo.

Prometióle el anciano que el papel llegaria á sus manos con el mayor sigilo. En consecuencia, luego que llegaron á Allonby, escribió Brown á miss Mannering para manifestarle su pesadumbre por la escena que habia pasado delante de sus ojos, y suplirla proporcionase los medios de defender su causa en su presencia misma, y conseguir su perdon. No juzgó á propósito entrar en pormenores de las circunstancias que le habian inducido en error, y procuró espresarse en términos bastante equívocos para que su carta, en caso de caer en otras manos, no pudiese

comprometer á la jóven, ni dar indicios de quién la escribía. Encargóse el viejo de remitirla á su hija, y como él y su falucho iban á hacer al instante un nuevo viaje á Allonby, prometióle además que le enviaria la respuesta, toda vez que pluguiese darla á miss Mannering.

Nuestro perseguido viajero tomó pues en la aldea precitada un alojamiento adecuado á las circunstancias actuales de su reducida bolsa, así como tambien á su deseo de hacerse poco visible. Con este objeto tomó el nombre de su amigo Dudley, y se dió á conocer como un pintor, sabiendo harto bien manejar sus pinceles para que no pudiese su patrono concebir la mas leve duda respecto á su fingida profesion. Dijo que iban á enviarle su equipaje de Wigton, y quedándose en casa cuanto mas posible le fué, aguardó con impaciencia las cartas en respuesta de la que enviara á su agente, á su amigo Delasserre y á su teniente coronel. Al primero mandaba á pedir dinero, al segundo que hiciera todos los esfuerzos del mundo para ir á verle, y al tercero que le remitiese un certificado constando el empleo que en el regimiento tenia, y la comportacion que habia observado hasta entonces, deseando por este medio volver á ponerse en estado de probar su rango como militar y sus buenas costumbres como hombre privado.

El apuro que le resultaba de la escasez de metálico le obligó tambien á escribir á Dinmont, pidiéndole un préstamo instantáneo de algunas guineas. Solo distaba de Charlies Hope algunas sesenta ó setenta millas, y no dudaba de recibir una respuesta tan pronta como favorable. No se le olvidó decirle que le habian robado, desde su separacion, todo el equipaje.

A fin de que disculpemos la tardanza que espermentaron las respuestas que con tanta impaciencia aguardaba Brown, es bueno hacer observar que el servicio de correos se hacia entonces con mucha menor actividad que desde las mejoras que Mr. Palmer introdujo en este ramo. Respecto al honrado Dinmont, como su correspondencia estaba reducida á una sola carta cada

tres meses, las suyas se quedaban á veces años enteros en el cajon del estafetista, revueltas con panecillos, romances, pedazos de almendrado ó tiras de canciones viejas, segun el tráfico que seguia el digno administrador de correos. Solo cuando el cabezudo Dandie tenia algun pleito pendiente, enviaba con la mayor exactitud á buscar los pliegos que pudiesen llegar con sobre para él; pero en aquel instante no tenia entre manos litigio alguno, pues su proceso con Jack de Dewston-Cleugh no estaba todavía tramado. En fin, para hacer que una carta llegase á distancia de treinta millas, se acostumbraba pasearla cerca de doscientas, resultando de esto la ventaja de que subiese algunos cuartos el porte, tomase aire fresco el papel, y se ejercitase la paciencia de los corresponsales. Todas estas circunstancias hicieron que Brown permaneciese muchos dias en Allonby sin recibir respuesta alguna, mientras su bolsa, aunque economizada con la mayor estrechez, empezaba á ponerse muy ligera, cuando un pobre pescador le puso en las manos la carta siguiente:

«Os habeis conducido con la indiscrecion mas cruel: me habeis probado hasta que punto puede llegar mi confianza en vuestras promesas; decís que nada os es mas caro que mi reposo y dicha. Vuestra vivacidad imperdonable ha estado á pique de costar la vida á un jóven lleno de honor y de mérito. ¿No es esto bastante? ¿He de añadir que yo misma he estado enferma de resultas de vuestra violencia? ¿Necesito deciros que las consecuencias que pudieran resultaros no eran lo que mas alarmada me traian, aunque fuese cortísima la razon que me hubieseis dado para desahosarse? El C. ha ido á un viaje de pocos dias. Mr. H. está casi enteramente curado, y aun asisten motivos para creer que las sospechas no llevan la verdadera pista. Sin embargo, guardaos de reaparecer por aquí. Hemos experimentado unos accidentes demasiado violentos para que yo pueda pensar en la renovacion de unas relaciones que nos han conducido tantas veces á funestas catástrofes. Adios pues, y creed que

nadie desea mas sinceramente vuestra felicidad que J. M.»

Esta carta contenia aquella especie de aviso que con tanta frecuencia parece calculado á inspirarnos la resolucion de hacer todo lo contrario de lo que se nos recomienda. Tal fué á lo menos el efecto que produjo en el espíritu de Brown. Apenas hubo leído esta carta, que preguntó al jóven pescador si habia venido de Portanferry.

—Sí, señor; soy sobrino del viejo William Johnston, y la carta me la entregó mi hermana Peggy, quien lava la ropa en Woodbourne.

—¿Y cuándo volverá V. allá, amigo mio?

—Esta noche á la hora de la marea.

—Me embarcaré con V., pero no quiero ir á Portanferry. ¿Podrá V. desembarcarme en la costa?

—Nada hay mas fácil.

Aunque el precio de los comestibles de todo género no fuese muy caro en aquella época, luego que Brown hubo pagado su hospedaje y alimentos, y comprádose un vestido nuevo, anchetta indispensable tanto para evitar que le reconociesen fácilmente cuanto porque el suyo estaba ya muy raído, hallóse casi en seco su bolsillo. Dejó un aviso en casa del cartero para que le remitiesen su correspondencia á Kippletringan, y dispúsose á pasar á esta villa con el objeto de reclamar lo que habia depositado en manos de mistress Mac-Candlish. Conocia tambien que era obligacion suya dejar de ocultarse tan luego como tuviera en su poder las pruebas de su nombre y empleo, siendo su desiguio ofrecer entonces al jóven Hazlewood todas las satisfacciones que este se creyese con derecho á exigir de un oficial en el ejército del rey.—A menos que no le ciegue un resentimiento injusto, decia él, habrá de convenir en que mi conducta ha sido el resultado indispensable de las amenazas que me hubo prodigado.

Embarcóse pues otra vez en el estrecho de Solway. Llovia; el viento soplabá por la proa, y como la marea no les fuese del mayor auxilio, la barca embarazada de una cantidad voluminosa de

mercancías, buena parte de las cuales sería indudablemente de contrabando, iba haciendo muchísima agua. El viaje no era pues sin peligro. Brown, educado en la navegacion, echó mano á maniobrar y fué tanto mas útil al piloto para gobernar su nave, cuanto que el viento arreciaba, soplando en sentido contrario á las rápidas corrientes que reinan en aquella costa. En fin, despues de haber bregado toda la noche, se encontraron por la mañana en una preciosa bahía en la costa de Escocia. El cielo se habia despejado, el temporal era mas benigno, y la nieve que por largo tiempo cubriera el suelo se habia derretido completamente. Las montañas que se divisaban en la lontananza conservaban todavia su blanco mantel, pero la llanura no ofrecia ya el mas leve vestigio de nevada, y á pesar del invierno, la vista del playazo no dejaba de ser interesante. La costa á derecha é izquierda, cuya encorvadura variaba á lo infinito, formaba varias calas, y describia una línea diversificada agradablemente. Aquí estaba orlada de escarpados peñascos, los cuales se introducian en la mar; acullá las arenas, elevándose por grados, parecian confundirse con las praderas que iban á buscar. Varios edificios reflejaban los rayos oblicuos del sol de diciembre, y porcion de bosques, aunque desmochados de su follaje, añadian tambien cierto hechizo á la hermosura del panorama. Sintió Brown despertarse en su alma aquel vivo interés que el espectáculo de la naturaleza jamás deja de producir en un alma delicada, cuando se abre repentinamente á los ojos del hombre, despues del fastidio de un viaje hecho en una noche tenebrosa. ¿ Quien puede analizar aquel sentimiento inesplicable que adhiere siempre á las montañas al que tuvo la cuna entre estas amigas de su niñez?... Quizás algunos recuerdos confusos que producian en nuestro jóven un efecto, cuya causa se le habia olvidado, se mezclarian con el placer que le proporcionaba el cuadro que tenia delante de los ojos.

—¿Y como se llama, preguntó Brown al piloto del falucho, ese noble promontorio, que cubierto de arbolado, corta la mar con

su arenoso declive, sus colinas en descenso, y cierra el lado derecho de la bahía?

—Esa es la punta de Warroch; respondió el patrón.

—¿Y aquellas ruinas, mas allá de las cuales se divisa una casa? cuidado que su estension es mucha.

—Esa es la *Plaza vieja*, y el edificio que está encima se llama la *Plaza nueva*. ¿Quiere V. que le desembarque en este sitio?

—Sí, de buenísima gana. Mucho me placera visitar estas ruinas, y desde ellas proseguiré mi viaje.

—No las han puesto allí á humo de paja. V. ve aquella gruesa torre; pues bien, esa sirve de atalaya á los marinos, así como Ramsay en la Isla de Man, y la punta de Ayr. Dicen que en tiempos antiguos hubo allí una de dos mil demonios; pero hace muchos años de eso.

Quiso Brown preguntarle otros pormenores; mas como un pescador no es un anticuario, solo pudo repetir lo que ya habia dicho.

—Ya sabré algo mas de eso, dijo Brown, luego que salte en tierra.

Continuó la barca su rumbo hasta el pié del cabo, en cuya cumbre se hallaba situada la vieja torre, la cual, desde el centro de las ruinas que la circundaban, pretendia dominar el puerto, cuyas aguas continuaban siempre bastante agitadas.—Creo, dijo el jóven. pescador, que V. podrá saltar en tierra aquí sin mojarse los tacones de los zapatos. Hay por estas inmediaciones un paraje donde atracaban los faluchos y galeras de ciertas gentes ha muchos años; y desde allí se encuentra una angosta escalera que facilita la subida á la roca. Mas de una vez me ha visto la luna desembarcar mis mercancías en aquel lugar.

Mientras hablaba así, bojearon una punta de piedra, y hallaron una calétila formada por la naturaleza y agrandada por los esmeros de los antiguos propietarios del castillo, los cuales, como lo habia insinuado el pescador, juzgaran necesario tener una especie de caño para sus barcas y chalupas, pues que ningun bu-

que de mucha cala hubiera podido arrimarse tanto. Las dos puntas peñascosas que formaban la entrada estaban tan próximas, que solo podia pasar por medio de ellas un falucho á la vez. A una y otra parte se advertian aun unas enormes argollas de hierro fijadas sólidamente en los peñascos. Segun la tradicion, se corria de una en otra todas las noches una gruesísima cadena afianzado por un fuerte candado, con el objeto de asegurar la caleta y la flotilla que en ella se amparaba. Habian construido una especie de muelle con el auxilio del pico y de la pólvora. Era tan dura la peña, que decia el pescador, que un hombre despues de trabajar en ella todo el dia, pudiera traerse á la noche dentro de la gorra, cuanta piedra hubiese conseguido desprender durante las horas de su faena. Este pequeño muelle comunicaba con la escalera de la cual ya hemos hablado, y que daba ascenso al castillo viejo; tambien desde la playa se podia llegar al muelle trepando por las rocas.

—Hará V. bien de tomar tierra en este paraje, dijo el pescador; por aquí la costa es muy lisa y mas allá bastante escarpada. No, no, añadió, negándose á recibir el dinero que le daba Brown, bien ha ganado V. su pasaje, trabajando toda la noche mas que ninguno de nosotros. Con que, agur, y buen viaje! Así hablando, se hizo á la mar, fué á alijar su cargamento al otro lado de la bahía, despues de haber dejado á Brown en la ribera por abajo de las ruinas, con su pequeño lío de ropa debajo del brazo, en que iban envueltos los objetos de asco mas indispensables y los cuales se habia visto precisado á comprar en Allonby.

Así desconocido á sí mismo, en circunstancias penosas, ó por mejor decir alarmantes, sin contar con un amigo en mas de cien millas á la redonda, acusado de un crimen capital, y, lo que no era el apuro mas leve, hallándose casi sin un cuarto, nuestro viajero vagamundo se acercaba á los escombros de un castillo en donde sus antepasados habian ejercido un poder casi régio.

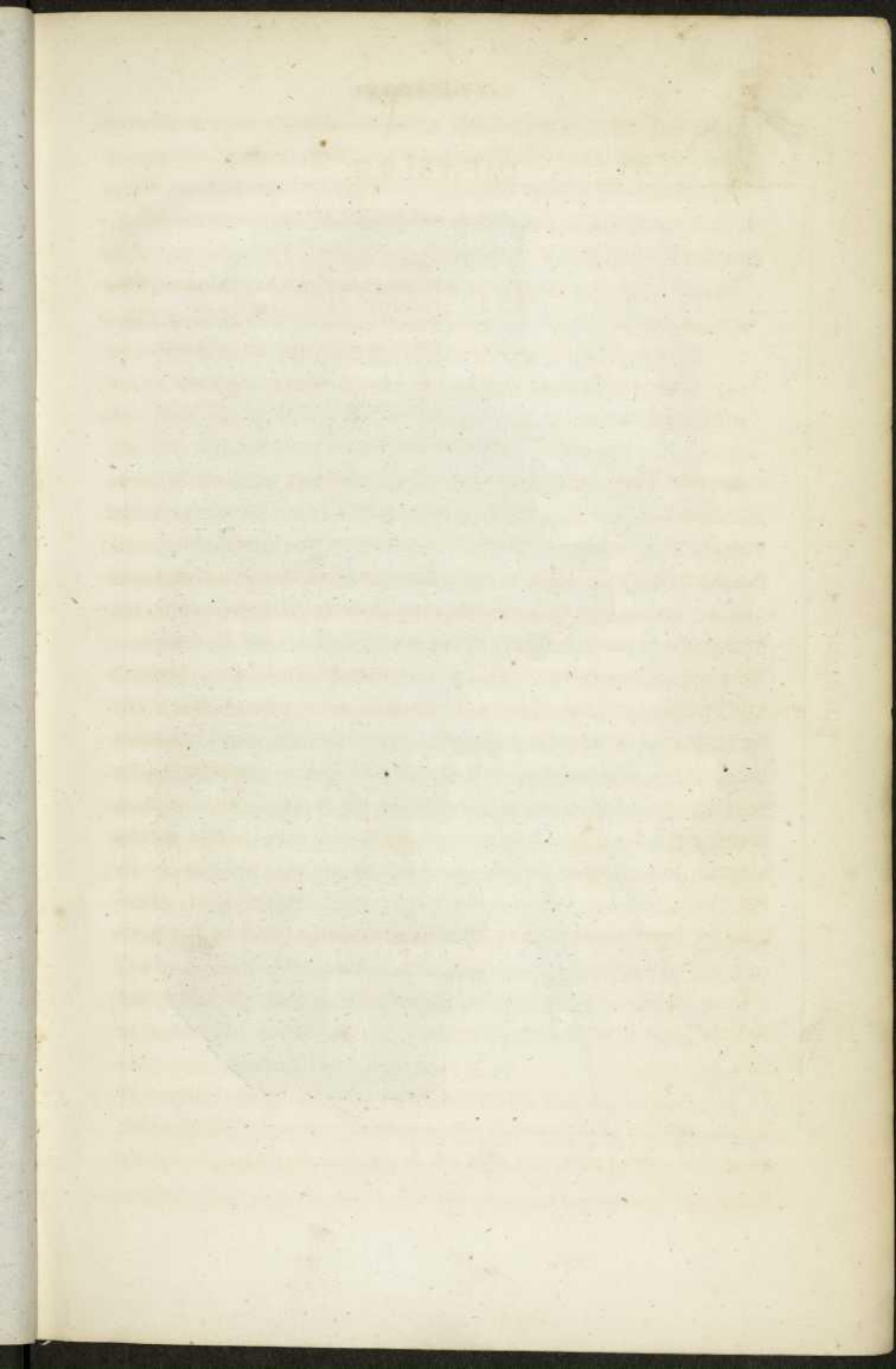
CAPITULO II.

¡Al fin os torno á ver, oh monumentos
De antigüedad remota, venerables
Torres en otros tiempos tan soberbias!
¿Qué se ha hecho, ay de mí! ese poderío,
Ese boato, ese brillo, esa opulencia,
Que atestiguasteis cuando el orgulloso
Baron vecino en mi solar potente
A mis padres rendia justo homenaje?

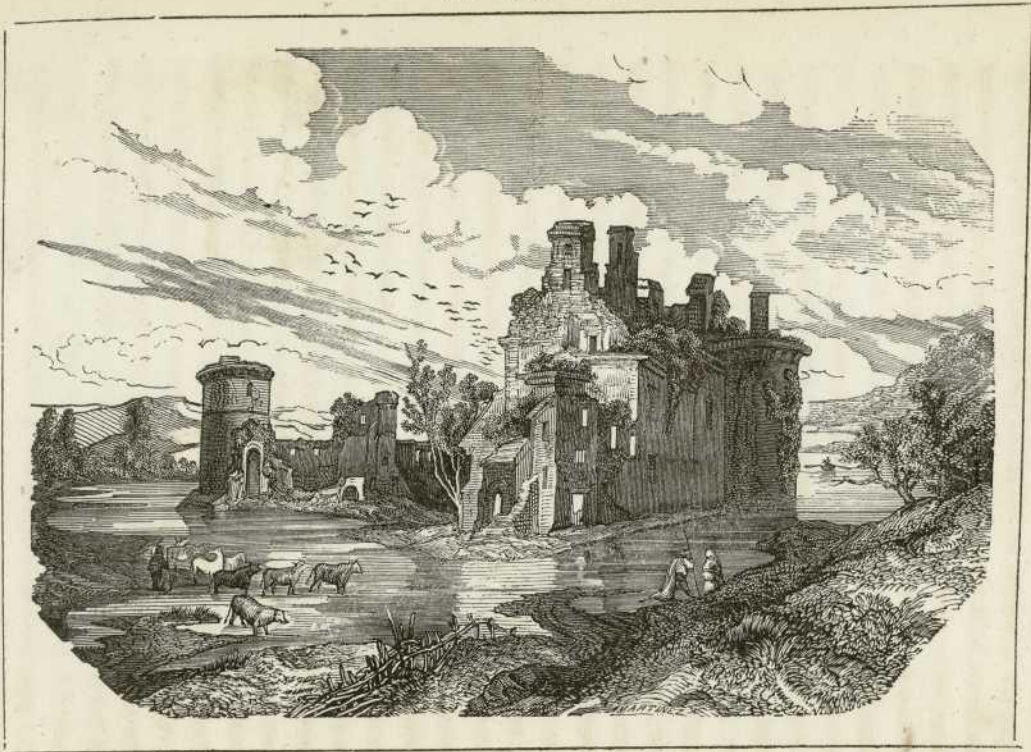
WALOLE, *La Madre misteriosa.*

Brown, ó por mejor decir Bertram, porque en adelante le daremos este nombre ya que ha puesto el pié en el dominio de sus antepasados, entró en el viejo castillo por una surtida ó puerta falsa donde se trazaban todavía los vestigios del sólido rastrillo que lo protegiera en otros tiempos. Admiró la robustez de los muros que todavía estaban en pié derecho, la magnificencia que daban á conocer las ruinas, y la estension inmensa de terreno que habian ocupado aquellas murallas. Observó en las dos habitaciones contiguas la una á la otra unas señales que indicaban haber sido habitadas recientemente. En la mas pequeña habia porcion de botellas vacías, multitud de huesos medio roídos, mendrugos de pán; en la otra cuya puerta muy sólida estaba abierta, encontró un monton de paja. En ambas notó que se habia encendido lumbre poco tiempo habia. ¿Cómo pudiera imaginarse Bertram que unas circunstancias tan triviales tuviesen una relacion directa con su felicidad, con su honra, con su vida?

Despues de haber satisfecho su curiosidad, visitando de prisa toda la parte interior, salió Bertram por la puerta grande que caia hácia el castillo nuevo, y se detuvo para gozar un instante de la hermosa vista que se ofrecia á sus ojos. Habiendo procurado inútilmente acertar la posicion de Woodbourne, y habiéndose asegurado poco mas ó menos de la de Kippletringan, volvióse con el fin de lanzar la última mirada á las majestuosas ruinas



GUY MANNERING.



que iba á dejar. Admiró el efecto pintoresco que producian las torres, cuyos macizos muros parecian hacer aun mas tenebroso el paso de la puerta embovedada que ofrecia la salida del castillo. Las armas de la familia Ellangowan se notaban allí todavía grabadas en la piedra del fróntis. Consistian estas en tres cabezas de lobo debajo de las cuales habia otro lobo de cuerpo entero y atravesado de una flecha. A cada lado tenian por sosten un salvaje empuñando un roble desarraigado (1).

— Siguiendo la serie de ideas que este espectáculo deberia naturalmente producir: — ¿ Los descendientes de los antiguos barones que construyeron este castillo, pensó Bertram, serán todavía propietarios de él, ó estarán errantes, é ignorando quizás el nombre y poderío de sus abuelos? ¿ Habrán pasado sus heredades á manos estrañas? ¿ Y por qué razon la vista de ciertos objetos despierta en mí unas ideas que parecen pertenecer á sueños vagos y recuerdos oscuros, muy semejantes á aquellos que mi viejo bramin Moonshie hubiera atribuido á una vida precedente? (2) ¿ Será que las visiones que nos ofrece confusamente el sueño las recuerda nuestra memoria en virtud de los objetos que se asemejan á las fantasmas que ha presentado á nuestra fantasía? ¿ Cuántas veces, al hallarnos en una sociedad enteramente nueva para nosotros, sucede que los interlocutores, el asunto de que hablan, el lugar en que se encuentran, no nos parezcan enteramente nuevos para nosotros y hasta nos hacen sentir lo que vamos á escuchar? Esto es lo que precisamente me sucede al contemplar estas ruinas. No puedo menos de creer que estas macizas torres, esta puerta embovedada, estos escombros, estas montañas no me son desconocidas completamente. ¿ Seria posible que yo las hubiera visto en mi infancia? ¿ Habré de buscar en sus

(1) Estos blasones están descritos en el texto con arreglo á los términos de la ciencia heráldica.

(2) Para entender este pasaje es preciso tener presente que los bramines de la India creen en la transmigracion de las almas. Y seamos francos, hay ciertos vagos recuerdos que nos remiten á un tiempo ya pasado, y que nuestra memoria no puede fijar pero que ella nos da un destello de que han existido.

cercanías aquellos amigos de los cuales conserva mi alma un tierno recuerdo, aunque muy imperfecto en verdad, y que troqué en la niñez por unos amos tan desapiadados? Sin embargo Brown, quien no supongo me haya querido engañar, me ha dicho siempre que me habían robado en las costas del este, después de una sangrienta escaramuza en la cual mi padre pereciera, y en apoyo de su aserto, una escena de matanza se ha presentado continuamente á mi imaginacion.

Quiso la casualidad que el paraje donde se detuvo Bertram para entregarse á estas reflexiones fuese precisamente aquel donde su padre hubo fallecido. Era notable por un grueso y viejo roble, único árbol que en aquel sitio se hallaba, y al cual denominaban los habitantes de la cercanía, el roble de la justicia, porque allí era donde los barones de Ellangowan mandaban ajusticiar á los criminales. El mismo acaso dispuso tambien, y este incidente es harto remarcable, que Glossin estuviese paseándose allí aquella mañana con un hombre á quien consultaba acerca de las mejoras y aumentos que ideaba hacer en el castillo moderno. Como no le fuese muy grato contemplar las ruinas que traian á su recuerdo la idea de los antiguos propietarios, tenia el proyecto de aprovechar parte de aquellos derribos para nuevas construcciones. Adelantábase pues, acompañado del medidor de tierras que iba con él la mañana que murió el viejo Ellangowan, y que era tambien una especie de arquitecto, á quien Glossin empleaba á sus órdenes; pues respecto á levantar las planos, etc., solo consultaba consigo mismo. Bertram estaba con la espalda vuelta hácia el lado por donde ellos venian, y oculto con el tronco del viejo roble, de manera que no pudieron verle hasta estar encima.

—Sí, señor, iba diciendo Glossin á su compañero, lo que aun queda en pié de los antiguos muros, forma, como he dicho á V. un cuadro perfecto, y luego que lo derribemos será un beneficio para el país, porque solo sirve de guarida á los contrabandistas y otros malhechores.

Al oír estas palabras, Bertram que estaba á dos pasos de él, volvió la cara y le dijo :

—¿ Qué es eso, caballero? ¿ tiene V. intencion de echar abajo este lindo castillo?

Su talla, su rostro, su voz, todo su aspecto ofrecia un retrato tan sorprendente de su padre, cuando este era jóven, que Glossin, al oír la pregunta, y viendo aparecer la imágen de su antiguo patrono presentándosele repentinamente en el mismo lugar; donde casi á su vista habia aquel exhalado su postrer suspiro, creyó por un momento que el sepulcro habia soltado su presa. Retrocedió dos ó tres pasos, cual si le hubiese herido de muerte un golpe tan inesperado. No tardó empero en recuperar su presencia de espíritu, y reconoció que no era una sombra la que á sus ojos se presentaba, sino un hombre cuyos infortunios habia causado, y al cual la mas leve indiscrecion de su parte, pudiera conducir al conocimiento de sus derechos y á los medios de hacerlos valer en contra suya. Pero estas ideas se le ocurrieron tan enmarañadas á resultas del choque recibido, que las primeras palabras proferidas por él se resintieron de su zozobra.

—¡ En nombre del cielo! ¿ cómo habeis venido aquí?

—¿ Cómo aquí, caballero? Hace un cuarto de hora que he desembarcado en la caletilla que está debajo de la peña, y ocupé un rato de ocio en examinar estas nobles ruinas. ¿Creo no haber obrado con indiscrecion?

—¡ Indiscrecion! nada de eso, señor mio, dijo Glossin, quien habia conseguido reprimir las emociones que le agitaban. V. es muy dueño de hacerlo, así como cualquiera otra persona decente, y de satisfacer su curiosidad.

Al mismo tiempo habló Glossin en voz baja á su compañero quien desapareció al instante.

—Doy á V. mil gracias, señor. ¿ Dijéronme que estas ruinas se llamaban la Plaza Vieja?

—Sí, señor, para diferenciarla del castillo nuevo que me sirve de morada allá abajo.

Debemos advertir que durante el diálogo que á seguirse va, tenia Glossin por una parte gran deseo de averiguar si Bertram habia conservado alguna memoria de los lugares donde pasara los primeros años de su niñez, y por otra un temor escesivo de ayudar á su recuerdo con la mas leve frase, nombre ó anécdota que despertase en él sus ideas adormecidas todavía. Padeció durante este coloquio todos los tormentos que tan justamente merecia; pero semejante á los Indios bravos de la América del Norte su orgullo é interés le dieron fuerzas para sobrellevar las torturas que le hacian sufrir el odio, la suspicacia, el temor y los remordimientos de su conciencia.

—Yo quisiera saber el nombre de la familia á quien esta propiedad pertenece.

—Es mia; señor, y me llamo Glossin.

—¡Glossin! ¡Glossin! repitió Bertram, cual si este nombre no fuese el que hubiera esperado. Perdone V., caballero, porque soy naturalmente muy distraido. ¿Me atreveria á preguntar á V. si hace mucho tiempo que esta heredad pertenece á su familia?

—Construyó este castillo antiguamente un miembro de una familia llamada Mac-Dingawaie, dijo Glossin, quien no queria pronunciar el nombre de Bertram, receloso de despertar algun recuerdo que tanto le interesaba quedase adormecido, y procurando eludir la pregunta por medio de una evasiva respuesta.

—¿Y cómo lee V. el lema medio borrado que ha hecho el cincel en aquella entabladura, y que corona esos blasones?

—Yo..... yo..... no sé á derechas.....

—Me parece que dice: *nuestro derecho constituye nuestra fuerza.*

—Sí, señor, por ahí, por ahí, me parece.

—¿Y es esa la divisa de su casa de V.?

—No..... no..... no; no es la mia..... es, segun creo, la de los antiguos propietarios. La mia.... porque estoy en correspondencia acerca de este asunto con Mr. Cumming el genealogista que reside en Edimburgo, y me ha mandado á decir que el lema de

las armas de Glossin era en otros tiempos : *nuestra fuerza constituye nuestro derecho.*

—Si hubiera alguna duda sobre esta materia, paréceme, caballero, que debería V. adoptar la antigua divisa, pues suena mejor que la otra.

—Glossin, cuya lengua comenzaba á pegársele al cielo de la boca, solo respondió con una cabezada.

—La memoria, dijo Bertram sin dejar de contemplar los blasones ni su lema, y haciendo muestra ya de dirigir la palabra á Glossin, ya de hablar consigo mismo—la memoria produce algunas veces unos efectos muy singulares. Esta divisa acaba de traerme á la memoria de repente el fragmento de una antigua profecía, canción ó romance ; no puedo decir cual, porque tampoco sé donde lo aprendí : Mire V. como corre :

«La noche al fin concluirá,
Y el sol saldrá de su lecho
Con la fuerza y el derecho
Cuando Bertram.....»

No me puedo acordar de la última palabra de la cuarteta ; sé que es una rima acabada en á..... como *volverá, triunfará....* qué sé yo ! no me acuerdo del vocablo exacto.

—Maldita sea tu memoria ! pensó Glossin, demasiado fiel te es.

--Siguen otros versos que en vano me esfuerzo por recordar.

¿ Dígame V., caballero, es conocido en estos alrededores un viejo romance que habla de la hija de un rey de la Isla de Man y que se casó con un caballero escocés ?

—Soy el único hombre en el mundo que entiendo de leyendas y antiguallas.

—Por cierto que yo sabia ese romance en mi niñez de punta á cabo. Ha de saber V. que salí de Escocia siendo un parvulillo, y los que me han educado han tenido un interés en borrar de mi memoria todos los vestigios que ella pudiera conservar de mi país natal ; probablemente sería esto, porque los antojos pueriles me instigaban siempre á escaparme de su tutela.

—Muy natural ! dijo Glossin haciendo todos los esfuerzos po-

sibles para dar á su boca una abertura de algunas líneas, á fin de que el sonido de su voz se asemejase á un murmullo medio ahogado, y estuviese muy distante del tono lleno y altanero con el cual solia habitualmente espresarse. Sus miembros se encogian, y ya su cuerpo solo presentaba una sombra de lo que era en realidad. Adelantaba un pié, se detenia, miraba detrás de sí con aire impaciente, encogiase de hombros, jugueteaba con los botones de su chupa, cruzaba los brazos, en fin su exterior manifestaba el de un vil pillastron, que teme á cada instante resplandezca el rayo de sol que venga á esclarecer su bajeza. Arrastrado por la série de sus propias reflexiones, no hacia Bertram de él caso alguno, y mientras le hablaba, solamente se entretenia de sus recuerdos y de las confusas sensaciones que le agitaban.— Aunque me crié en Holanda, dijo Bertram, no he perdido mi lengua nativa, porque la mayor parte de los marinos con quienes me trataba eran ingleses; y me acuerdo que cuando me hallaba á solas me divertia en cantar ese romance de principio á fin; pero se me ha ido completamente. Mas sin embargo creo que podria talarear su música, sin que acierte la razon porque la retraza tan vivamente mi memoria.

Sacó de la faltriquera su flautilla, y despues de haber pensado algunos instantes, tocó la cancion de que hablaba. La melodía despertó iguales ideas en el espíritu de una mozuela que estaba ocupada en lavar ropa en una fuente poco distante de allí, y cuyo manantial abastecia al castillo en otros tiempos. Al instante se puso á cantar la aldeana.

Decid ¿cómo se llama
Este país hechicero?
La princesita esclama
Desde el barco velero.
¿Será Warroch, en donde cariñoso
Feliz va á hacerme un anhelado esposo?

—Por los cielos! dijo Bertram, ese es cabalmente el romance:
Voy corriendo á que me lo repita todo esa chica!

—Maldicion! pensó Glossin; si no lo estorbo, todo se ha perdi-

do ! llévase el diablo los romances, y á cuantos los cantan, inclusa esa necia con su gañote de lechuzal !

Vió muy á propósito que volvía su emisario acompañado de otros tres hombres.

—En otra ocasion, dijo Glossin á Bertram, tendrá V. tiempo de aprender canciones. Ahora es preciso que tengamos V. y yo una conversacion mas seria.

—¿ Qué quiere V. decir con eso, señor mio ? preguntóle el jóven algo picado del tono que asumiera su colocutor.

—Caballero, respecto á eso.... Creo que se llama V. Brown.

—¿ Y á V. qué se le da ?

Glossin miró con disimulo detrás de sí para cerciorarse de que el refuerzo no estaba muy distante, y luego dijo :

—Van Beest Brown, si no me equivoco.

—¿ Y V. qué tiene que ver como yo me llamo ? dijo Bertram con un tono que anunciaba la sorpresa y el descontento.

—En ese caso, dijo Glossin, advirtiéndole que sus socios estaban á dos pasos de él ; arresto á V. en nombre del rey.

Al mismo tiempo asióle del collarin mientras dos de sus asociados se apoderaban de sus brazos. Sin embargo desembarazóse de ellos Bertram en virtud de un esfuerzo tan vigoroso, que hizo medir el suelo á uno de sus acometedores, y desenvainando su cuchillo de monte se puso en la defensiva, mientras los que ya habian probado sus fuerzas le miraban á respetuosa distancia. — Cuidado, señores, dijoles Bertram, que no es mi designio hacer armas contra una autoridad legal. Enséñenme un mandamiento de arresto, y estoy pronto á entregarme. Pero nadie se ponga á acercarse á mí antes de haberme justificado con cual órden ó por cual crimen se trata de aprehenderme.

Mandó entonces Glossin á uno de sus subalternos que le enseñase el mandamiento de detencion espedido contra Van Beest Brown, por haber herido voluntariamente y con premeditacion á Carlos Hazlewood esquire, con intento de matarle, y para responder de otros excesos que le eran atribuidos. El mandamiento

contenia la órden de presentarle inmediatamente despues de su arresto, á un magistrado para tomarle declaracion.

No faltándole al documento fórmula alguna, ni pudiéndose negar el hecho, puso Bertram en el suelo su arma, y sus valientes adversarios cayeron sobre él con un ardor igual á la cobardía que antes manifestaran. Disponíanse á ponerle grillos y esposas, alegando para justificar esta via de rigor, la robustez de que acababa de dar una prueba tan insigne. Pero Glossin, avergonzado de permitir este inútil insulto, mandó que tratasen al preso con respeto y decoro, contentándose con vigilarle severamente. No queriendo hacerle entrar en su propia casa, donde algun nuevo recuerdo podria presentarse á su espíritu, y deseoso de poner á cubierto su conducta con la autoridad de otra persona, mandó que engancharan los caballos á su coche, pues hacia poco tiempo que habia echado uno, hizo que el detenido y sus custodios se quedasen en una de las salas del viejo castillo, y que les llevasen de comer.

CAPITULO III.

«¡Los testigos llamad, abrid la audiencia,
Virtuoso juez, tomad la presidencia;
Y vos, por rígida equidad nombrado,
Sed juez tambien; sentaos á su costado!»

SHAKESPEARE. *El rey Lear.*

Mientras se alistaba el coche, tuvo Glossin que escribir una carta, la cual no dejó de ocuparle bastante tiempo: era para su vecino, como le gustaba llamarle, sir Roberto Hazlewood, cabeza de una antigua y poderosa familia, padre de un hijo y una hija, y el cual se conducia con honor y equidad tanto por principios cuanto por el temor de la censura del mundo. Nada puede igualar el orgullo y la importancia que adheria á su apellido, el cual acababa de hacerse mas ilustre en razon á un título de baronete

que le tocara de hijuela en una sucesion. Siempre habia alimentado una animosidad secreta contra los Ellangowan, porque contaba una tradicion que cierto baron de esta familia habia obligado al fundador de la casa de Hazlewood á tenerle el estribo cuando montaba á caballo. Afectaba en su habla un estilo campanudo y florido, el cual á veces se hacia ridiculo en extremo por el modo con que arreglaba los periodos de su diccion.

Tal era el personaje á quien escribia Glossin, y del cual queria en virtud de su estilo satisfacer el orgullo y la vanidad. Dirigióle el siguiente billete :

«Mr. Gilbert Glossin (muchas ganas tenia de añadir de *Ellangowan*, pero la prudencia se lo estorbó, y le hizo suprimir esta calificacion territorial); Mr. Gilbert Glossin tiene la honra de ofrecer sus espresiones respetuosas á sir Robert Hazlewood, y de participarle que ha tenido la felicidad esta mañana de aprehender al sugeto que hirió á Cárlos Hazlewood esquire. Como que sir Robert Hazlewood deseará seguramente proceder por sí mismo á interrogar al culpable, Mr. G. Glossin hará que conduzcan á este al meson de Kippletringan, ó á la quinta de Hazlewood, conforme á las órdenes que á sir Robert Hazlewood plazca dispensarle, y con permiso de sir Roberto Hazlewood, tendrá la honra Mr. Glossin, de acudir al uno ó al otro de los puntos indicados con las pruebas y declaraciones que ha tenido la felicidad de recoger atento á un acontecimiento tan atroz.

Ellangowan hoy martes.

A sir Robert Hazlewood de Hazlewood baronete; en su quinta de Hazlewood.»

Envió este billete con un criado á caballo, y al cual dió orden de partir á la ligera. Poco despues hizo que dos de sus satélites subiesen al coche con Bertram, siguiéndoles él mismo á caballo, y paso á paso hasta el paraje en donde se partia el camino en dos ramales conduciendo el uno á la quinta de Hazlewood y el otro á Kippletringan. En aquel punto aguardó el regreso del mensajero,

pues la contestacion de sir Robert habia de decidir el camino que debiera continuar. Media hora despues, volvió el propio con un billete, muy bien doblado, y el cual llevaba en el lacre las armas de Hazlewood, con los blasones alusivos á la nueva dignidad de sir Robert; el escrito decia así:

«Sir Robert Hazlewood da gracias á Mr. G. Glossin por los esmeros, cuidados y desvelos que se toma en un asunto que interesa tan íntimamente á la familia de Sir Robert. Le suplica haga conducir el preso al castillo de Hazlewood trayéndose al mismo tiempo las pruebas y documentos de que habla. Luego que se concluya la parte judicial del negocio, y en caso que Mr. G. Glossin no tuviese otro compromiso, Sir Robert y Lady Hazlewood tendrán infinito gusto en disfrutar de su compañía á la hora de comer.

Castillo de Hazlewood, hoy mártes.

A Mr. Gilbert Glossin.

Ah! dijo para sí el ex-procurador, ya colé un dedo en el guante: mala suerte he de tener si no meto en él toda la mano. Pero en primer lugar desembaracémonos de un sugeto que me fastidia sobremanera. Ya conozco el modo de hacerme dueño de la buena voluntad de Sir Robert. Es altivo, presuntuoso, vano; se aprovechará de todas las insinuaciones que yo le dé, y mientras se le figure obrar en consecuencia de lo que le dictan sus propias luces, seguirá mis impulsos ciegamente. Así tendré la ventaja de ser el verdadero magistrado, sin esponerme al riesgo de que recaiga sobre mí una odiosa responsabilidad.

Mientras formaba Glossin todos estos cálculos, aproximábase el coche á la quinta de Hazlewood, atravesando una hermosa calle de viejos robles. Aquel edificio, que tenia el aspecto de una antigua abadía, se habia edificado á retazos en distintas épocas. Una parte de él sirvió de priorato en tiempo de la reina Ana; cuando esta clase de establecimientos fué suprimida, obtuvo Hazlewood su propiedad y la de las tierras á él anexas por concesion de la

corona. Estaba situado el edificio en una posición muy agradable, y á orillas del río que hemos mencionado ya. Un soto de considerable extensión era uno de sus apéndices. Los alrededores tenían un aspecto sombrío, majestuoso y algo tétrico, lo que estaba en perfecta concordancia con la antigua arquitectura de la fábrica en general. Toda la hacienda respiraba el mayor orden y cultivo, dando á entender la opulencia de su propietario.

Luego que el carruaje de Mr. Glossin se paró á la puerta de la quinta, examinó Sir Robert desde una de las ventanas el tren de camino de su nuevo visitante. Divisando á Glossin, no pudo reprimir un sentimiento de indignación contra un hombre que, siendo tan recientemente un simple procurador, se daba todo el tono de un hombre de alta categoría. Mas aplacáronse pronto sus iras al observar que los paneles del coche solo estaban adornados de una cifra formada del enlace de dos Géés. Sin embargo, precisó nos es confesar, que esta modestia aparente solo era debida al genealogista Mr. Cumming, quien se hallaba muy atareado á la sazón en confeccionar unos blasones para dos comisarios de la América septentrional, tres Pares irlandeses, y dos comerciantes de tomo y lomo, procedentes de la Jamaica; de manera que no había tenido tiempo de ocuparse aun del escudo de armas del nuevo señor de Ellangowan. Pero esta circunstancia favoreció sobremanera á Glossin en el concepto que formara de él Sir Robert Hazlewood de Hazlewood.

Los oficiales de la justicia se quedaron con el preso en una especie de antesala. Introdujeron á Glossin los criados del orgulloso baronete en un vasto salón, enzocalado de roble muy pulido, y al que servían de adorno los antiguos retratos de los abuelos de Sir Robert. Como la conciencia avisase al *pijito resucitado*, que su mérito no era suficiente para que se olvidase la bajeza de su cuna, sintió toda su inferioridad en aquel momento; y sus modales al presentarse, sus cortesías serviles y recargadas, probaron suficientemente que el nuevo señor de Ellangowan no había desechado aun las humildes hábitos del antiguo procurador. Quiso

convencerse de que solo obraba así para lisonjear la vanidad del viejo baronete, con el fin de tornarla despues en ventaja propia, pero engañábase á sí mismo respecto á sus sensaciones, experimentando á pesar suyo la influencia de la preocupacion que se empeñaba en halagar.

Recibióle sir Robert con aquella urbanidad estudiada que á un mismo tiempo hace sentir su inmensa superioridad, y la condescendencia con que se prestaba á apearse de el nivel de un hombre que consideraba muy inferior suyo. Dió gracias á Glossin por haber tomado tan á pecho un lance que concernia á su familia.—Todos mis antepasados, le dijo, indicando los retratos de familia que estaban colgados en el entablamento del salon, agradecen á V. á par que yo, los esmeros, cuidados y desvelos que se ha tomado por consideracion á su hidalguía. No dudo que si ellos pudieran juntar sus voces con la mia, le darian gracias como yo lo hago por el celo é interés que V. manifiesta en un asunto concerniente á un jóven que debe perpetuar su nombre y familia.

Hizo Glossin tres saludos, inclinándose cada vez mas profundamente, primero en honra del personaje en cuya presencia se encontraba; luego por respeto á los pacíficos miembros de aquella augusta familia que adornaban los zócalos, y en último lugar en muestra de deferencia hácia el *señorito* destinado á perpetuar sus títulos y su raza. Este homenaje lisonjó á sir Robert, el cual, asumiendo un tono de familiaridad condescendiente, dijo:

—Ahora, Mr. Glossin, mi amigo fiel, carísimo y verdadero, me permitirá V. en este asunto aprovecharme de sus conocimientos, porque no estoy demasiado ducho en el desempeño de las funciones de juez de paz. Este cargo conviene mejor á aquellos sugetos cuyas ocupaciones domésticas no exigen tanto cuidado, tiempo ni atencion como las mias.

Bien puede suponerse que la respuesta de Glossin seria, que sus débiles luces estaban á disposicion de sir Robert Hazlewood; pero que la alta reputacion que gozaban los talentos de sir Robert Hazlewood le impedian esperar que pudiera serle de utilidad alguna.

—Perdone V., amado amigo, contestóle el laird: aludo á los trámites ordinarios de un juez de paz. En mi juventud comencé la carrera de la jurisprudencia, y ya habia hecho algun adelanto en el conocimiento teórico, especulativo y abstracto de nuestro código municipal; hoy, empero, un hombre de alto rango, y que goza algunos bienes de fortuna, no puede sobresalir en la barra sin imitar á esos aventareros que lo mismo se prestan á defender la causa de un proletario que la del noble mas erguido del reino. Acuérdome que el primer negocio que me trajeron al bufete me disgustó sobremanera. Era un litigio respecto á la venta de un poco de gordura de vaca entre un carnicero y un fabricante de velas de sebo, y conocí que el objeto era verme emporcar la boca no solamente con los plebeyos apellidos de aquellos hombres, sino con los términos técnicos y frases asquerosas de sus viles oficios. A fé mia, querido señor, que desde aquel tiempo me ha sido imposible mirar sin asco el moco de un candelero.

Manifestó Glossin su indignacion del uso vil al que habian querido degradar los talentos del baronete. Pasando en seguida al asunto que allí le llevaba, se ofreció á servirle de asesor ó de amanuense.—Desde luego, añadió él, supongo que tendremos poquísimo trabajo en probar el hecho principal, es decir, que el preso es la persona idéntica que disparó el tiro al caballero de Hazlewood. Dado caso que se atreviese á negarlo, se presentaria el caballero de Hazlewood para suministrar las pruebas.

—El caso es, Mr. Glossin, que mi hijo no está hoy en casa.

—No importa. Tomarémos juramento del criado que iba con él. Pero no creo que se niegue el hecho; por lo contrario, recelo que segun se me asegura, el modo favorable é indulgente con el cual ha tenido á bien el señorito Carlos dar cuenta de este suceso, se le considera como resultado de un acaso, en el cual faltó la intencion de dañar, y que se me ordene ponga en libertad á este malhechor, quien partirá mas envalentonado á cometer otros crímenes.

—No tengo el honor de conocer al sugeto que desempeña las

funciones de abogado del rey, dijo con gravedad sir Robert; mas presumo, señor, juzgo, pienso y estoy convencido que deberá considerar el mero hecho de haber herido al jóven Hazlewood, aunque haya sido por inadvertencia (para dar á la cosa el nombre mas dulce, mas favorable, mas verosímil) como un delito, el cual no quedaria suficientemente castigado con un sencillo arresto, sino que merece la espatriacion.

—Soy exactamente del mismo dictámen que V., sir Robert; pero he notado que el tribunal de Edimburgo y hasta los mismos funcionarios judiciales del rey, afectan indiferencia en la administracion de la justicia, y no hacen el debido caso de la categoría ni del nacimiento; recelo pues...

—¿Cómo, señor? ¿no hacer caso de la categoría ni del nacimiento? ¿Me dirá V. que semejante doctrina pueden profanarla unos hombres bien nacidos, y empapados en la quinta esencia de una educacion legal? No señor: calificase de robo cualquiera bagatela que un ladron coge en la calle; pero este mismo exceso toma el nombre de sacrilegio cuando se comete dentro de una iglesia; así es que por una justa consecuencia de las diversas gradaciones que forman la escala social, el crimen varia de carácter, en proporcion al rango del sugeto contra el cual se perpetra, se comete y se ejecuta.

Nada respondió Glossin á esta rociada que disparara el laird con énfasis y tono dogmático; pero inclinó profundamente la cabeza. Hizo sin embargo la observacion de que cualquiera que fuese el aspecto de la causa y aun cuando siguiesen los principios erróneos de que acababa de hablar el baronete aparecia aun un cargo legal contra el señor Van Beest Brown. (1)

(1) Nuestros lectores habrán notado lo mucho que chocaba el supuesto apellido del jóven Bertram á cuantos le oian; y que hasta la enamorada Miss Manning se burlaba de él. Les explicaremos la razon. Desde tiempos muy remotos existió una rivalidad entre los ingleses y holandeses respecto á preminencia en los mares. De aqui precisamente nació el desprecio mutuo, el cual se hizo entender hasta el idioma peculiar de cada nacion y á los apellidos de las familias respectivas á uno y otro país. En el presente caso como los vocablos *Beest* y *Beast* (bestia) tienen la misma pronunciacion en inglés, no es estraño que, ade-

—Van Beast Brown? ¿y así se llama ese miserable? Gran Dios! ¿es posible que el jóven Hazlewood haya estado en peligro de perder la vida, que se le haya dislocado y lacerado la clavícula del hombro derecho, que se le hayan estraído varios fragmentos de bala, introducidos en el apófisis acromio, como consta en el proceso verbal que formó el cirujano de mi familia, y todo esto por el atentado de un oscuro quidam, que lleva por nombre Van Beast Brown?

—Verdad, sir Robert, que esa es una cosa que no puede contemplarse con sangre fría, mas permítame V. prosiga mi idea. Segun los papeles que aquí traigo (el ex-procurador sacó del bolsillo la grasienta cartera de Dirk Hatteraick) aparece que un hombre de igual apellido era teniente del lugre contrabandista cuya tripulacion acometió poco tiempo há la casa del coronel Mannering en Woodbourne, y no dudo que sea el mismo individuo que nuestro preso; y esto la finísima sagacidad de V. lo descubrirá tan luego como le tome declaracion.

—No cabe en eso la menor duda, amado señor, es una misma persona ciertamente. Seria agraviar hasta las clases mas viles del pueblo el suponer que pudiera hallarse dos sugetos que llevaran un nombre tan chocante para los oidos, como el de Van Beast Brown.

—Eso es tan cierto, sir Robert, que no deja la mas leve sombra de duda. Luego, V. ve que esta circunstancia conduce á descubrir lo que indujo á ese miserable á cometer un crimen tan horrendo. V. taladrará sus motivos, sir Robert, y conseguirá que resulten de su interrogatorio. En cuanto á mí, no puedo menos de creer que le instigó á cometer el delito un espíritu de venganza: y que fué su objeto castigar al bizarro Mr. Hazlewood por haber defendido tan heroicamente la quinta de Woodbourne contra los ataques de él y de sus compañeros. Y cuidado que el jóven lo hizo con un valor bien digno de sus nobles é ilustres antepasados.

más de lo dicho, fuese tan repugnante para la aristocracia británica el nombre de nuestro héroe.

—Ya le haré vomitar todo eso, apreciablesimo vecino, y desde luego preveo que voy á adoptar la esplicacion y solucion que V. me propone de este enigma y de este misterio. Sí; la venganza fué; ningun otro motivo pudo haberle concitado. Pero... Válgame Dios! ¿de dónde trae su origen esta venganza, y adónde iba dirigida? Ha sido proyectada, ideada, concebida y puesta en proyecto contra el jóven Carlos Hazlewood esquire, y efectuada, ejecutada y traida á cabo por las manos de uno que se llama Van Beest Brown. ¿En qué tiempos vivimos, Mr. Glossin, por mejor decir, dignísimo vecino mio? (Bien se echa de ver que el ladino ex-procurador iba adelantando rápidamente en las buenas gracias del baronete.) Sí; existimos en una época, cuando los fundamentos de la sociedad se desquician hasta en su mas profunda base; cuando la categoría y el nacimiento, que deben brillar en el punto mas culminante del edificio social, se confunden con los materiales mas groseros! Oh! querido y bondadoso Mr. Glossin, en mi tiempo el uso de la pistola y de la espada, de esas armas nobilísimas estaba reservado á los nobles; las quimeras de la gente del pueblo se decidian con unos garrotes cortados, arrancados ó desarraigados en el bosque mas próximo; ¡pero hoy el plebeyo afecta humos de hidalgo; la canalla proletaria tiene tambien su punto de honor; sus desavenencias se determinan con las armas en la mano! Pero... mi tiempo es precioso. Haga V. que entre ese belitre, ese Van Beest Brown, y quitémosle de nuestra presencia lo mas pronto posible.

CAPITULO IV.

El armá con la cual traidor me nececha
 Lastimale; y el mismo golpe miano
 Suceder vemos a la inhábil mano
 Que pretende encender sulfúrica mecha.
 Mas lejos de aspirar á la venganza
 Mi corazon cruento,
 Yo quisiera tener la aseguranza
 De que él se vía en lugar de salvamento

LA LINDA MOZA DE MESON

Llevaron al preso delante de los dos respetables magistrados. Glossin, tanto por motivo de los remordimientos de su conciencia cuanto para seguir el plan de hacer á sir Robert instrumento ostensible en este asunto, tenía los ojos fijos en la mesa, arreglabá y leía los papeles referentes á la instruccion sumaria, y se contentaba con adelantar de cuando en cuando una palabra decisiva, luego que veía al juez principal, quien en apariencia tenía mayor mano en el interrogatorio, titubear y hallarse en necesidad de su ayuda. En cuanto á sir Robert, leíase en su semblante la severidad correspondiente á un juez con la mezcla de la altanería adecuada á un baronete, vástago de una antigua familia.

—Constables, acercad el acusado á la mesa. Ahí está bien. Tenga V. la bondad de mirarme á la cara, buen amigo, y responda en voz alta á las preguntas que voy á hacerle.

—Puedo saber primero, señor, ¿quién es la persona que se toma la molestia de interrogarme? porque las buenas gentes que acá me han traído, no han juzgado por conveniente informarme.

—¿Y cuál relacion pueden tener mis apellidos y títulos con las preguntas que voy á hacerle?

—Ninguna quizás, señor; mas pueden influir sobre mis disposiciones para contestarlas.

—Sepa V. pues, que está en la presencia de sir Robert Hazlewood y otro juez de paz en esta comarca: y basta con esto.

Como ese nombre no pareciese hacer en el preso el efecto terrífico que el baronete esperaba, aumentáronse las prevenciones de este contra aquél.

—¿No se llama V. Van Beest Brown?

—Sí, señor.

—Y que destino, empleo ú ocupacion place á V. que añadamos á ese nombre?

—Capitan de caballería en el servicio de S. M. Británica.

Esta respuesta atolondró por un instante al baronete; mas pronto se repuso sir Robert al advertir el aire de incredulidad que aparecia pintado en el semblante de Glossin y al oír una especie de silbido con el cual manifestaba este el poco caso que hacia de la espresion.

—Creo, buen amigo, que antes de separarnos buscaremos para V. un título mas modesto.

—Si así fuese, me someteria á cualquier castigo á que semejanste impostura me haria acreedor.

—Está bien, señor mio. Eso lo veremos despues. ¿Conoce V. al jóven Carlos Hazlewood?

—Solo una vez he visto á un sugeto que lleva ese nombre, y siento en el alma la triste aventura que se siguió de nuestro encuentro.

—Segun eso, confiesa V. haber sido causante de la herida que puso en peligro la existencia del jóven Hazlewood á resultas de haberle estropeado la clavícula del hombro derecho, y alejádole varios fragmentos de plomo en el apósisis acromio, así como consta de la declaracion del cirujano.

—Ignoro, señor, la estension del peligro que hubo podido correr Mr. Hazlewood; cuanto puedo decir es que me encuentro profundamente afligido del lance. Encontréme con él en un sendero muy angosto. Él iba de bracete con dos damas y le seguia un criado. Antes que yo pudiese llegar á ellos ni saludarles, tomó el

jóven Hazlewood una escopeta que llevaba su sirviente, y mandó que me retirase con un tono harto altanero. Como él no era sugeto cuyas órdenes estuviese yo obligado á obedecer, y yo no quisiese tampoco dejarle los medios de usar contra mí de una violencia á la cual parecia hallarse dispuesto á recurrir, esforcéme por desarmarle. Durante nuestra lucha se disparó casualmente la escopeta, y con gran sentimiento mio, castigó al jóven por su imprudencia mucho mas severamente de lo que yo hubiera querido, aunque me han informado, y con sumo placer para mí, que está fuera de peligro, y que solo ha tenido el justo castigo que pudo merecer el tono amenazante que yo de ninguna manera habia provocado.

—Luego, señor mio, dijo sir Robert, cuyas facciones indicaban el orgullo de su ofendida dignidad, V. conviene en que su intento era, señor mio, el desarmar al jóven Hazlewood de su escopeta, señor mio, nada menos que el camino del rey. Creo que con esto basta, digno vecino, y que podemos trasladarle á la cárcel.

—V. sabe mejor que yo lo que conviene hacerse, sir Robert. Pero ¿nada le dice V. respecto á esos contrabandistas?

—V. me hace pensar en ello, querido señor. Está perfectamente. Ahora bien, señor Van Beest Brown, V. que se titula capitán al servicio del Rey, sepa que no ignoro que es V. un miserable contrabandista.

—Caballero, si no fuera porque respeto las canas de V. y porque se me figura que se encuentra influido de estrañas preocupaciones, no podria tolerar yo el lenguaje que V. se toma la licencia de usar para conmigo.

—Mis canas, señor mio! preocupaciones estrañas, señor mio! Declaro y protesto, á V. le digo, le profiero y le manifiesto de voz viva... pero, señor mio, V. tendrá su real despacho? ¿podrá V. enseñarme algunos papeles, algunas cartas que constaten la graduacion que V. pretende disfrutar en el ejército?

—Nada de eso tengo en este instante, pero dentro de un correo ó dos...

—¿Y cómo acontece, señor mio, que siendo V. capitán de caballería en el servicio de S. M. se encuentre viajando en Escocia sin cartas de recomendación, sin credencial de ninguna especie, sin nada que pueda manifestar su rango, su situación, su estado?

—Caballero, he tenido la desgracia de que me robasen todo el equipaje.

—¡Ja! ja! ja! según eso fué V. el sugeto que alquiló la silla de posta en*** para ir á Kippletringan? que dejó plantado al postillon en medio del camino, y envió á dos de sus camaradas para apalear al pobre muchacho y llevarse los enseres que pertenecian á V?

—Estaba, como V. lo dice, dentro de una silla de posta. Perdimos el camino y me apeé á fin de averiguar la dirección de la ruta. El ama del meson *Armas de Gordon* en Kippletringan podrá informar á V. que la primera cosa que hice al día siguiente en llegando á su casa fué preguntarla acerca del postillon.

—Entonces, permítame V. le pregunte, donde pasó aquella noche? No dormiría V. sobre la nieve, supongo? V. no creerá que una respuesta semejante sería satisfactoria, probable, admisible.

—Pido á V. permiso, dijo Bertram, acordándose de la promesa que habia hecho á la gitana, para no responder á esa pregunta.

—Bien lo sabia yo. ¿No estuvo aquella noche en las ruinas de Derncleugh? Sí señor, en las ruinas de Derncleugh?

—Ya he dicho á V. que no quiero responder á esa pregunta.

—Está muy bien, señor mio. Voy pues á estender el mandamiento de prision. Tenga V. la bondad de mirar estos papeles. ¿Es V. el Van-Beest Brown á que pertenecen?

Es preciso saber que Glossin habia agregado á los papeles que tenia delante sir Robert, algunos pertenecientes realmente á Bertram, y los cuales habian sido hallados por los oficiales de justicia en el paraje donde los ladrones hicieron la partija de su equipaje.

—Algunos de estos papeles son míos, dijo Bertram examinándolos; los tenia dentro de mi cartera cuando me robaron; no

pueden servirme de utilidad alguna porque advierto que se han llevado todos aquellos que pudieran serme buenos para establecer la prueba del rango que en el ejército ocupo. Respecto á los demas que parecen ser cuentas de algun buque, no los conozco, y pertenecen indudablemente á alguna otra persona que lleva el mismo nombre que yo.

—¿Y cree V., amigo, persuadirme que es posible hallar á un mismo tiempo, y en un mismo pais dos personas que tengan un nombre tan extraordinario é ignoble como el de V.?

—No veo la razon porque, señor mio, no puedan encontrarse dos Van Beest Brown como se encuentran dos Hazlewood? Mas hablando sériamente, me he criado en Holanda, y el nombre que llevo, y el cual parece tan chocante á los oidos ingleses.....

El asunto que el preso traia ahora al tapete podia producir algun inconveniente para Glossin. Advirtiolo este y se apresuró á interrumpirle. Tampoco esta diversion era muy necesaria. La presentuosa comparacion que contenia la última frase de Bertram habia dejado á sir Robert estático y mudo de indignacion. Las venas de su cuello y frente se inflaron casi á reventar, y el baronete tenia la desconcertada apariencia de un hombre que ha recibido una afrenta mortal, y que juzga indigna de su categoría contestar. Mientras que con las cejas fruncidas y los ojos enrojecidos de cólera, respiraba con sumo trabajo, acudió Glossin á socorrerlo.—Con toda la sumision que debo á V., sir Robert, páreceme que el asunto se halla instruido competentemente. Uno de los constables, además de las pruebas ya adquiridas, se ofrece á jurar que el cuchillo de monte que ceñia el preso esta mañana, y del cual se valió, diré de páso, para hacer resistencia á un mandamiento legal, se lo quitaron los contrabandistas en el ataque que hubo entre estos y los empleados del resguardo pocas horas antes del asalto de Woodbourne. Sin embargo, yo no quisiera que esta circunstancia inspirase á V. prevencion alguna contra el preso; quien sabe si podrá este explicar por cuales medios se encuentra en poder suyo esta causa.

—Es otra pregunta, señor, á la que no me es posible responder.

—Otra particularidad existe aunque necesita profundizarse. El preso depositó en manos de mistress Mac-Candlish de Kippletringan un bolsón que contiene multitud de monedas de oro de diversos cuños, y alhajas preciosas de varias especies. Quizás, sir Robert, tendrá V. la ocurrencia de preguntarle porque medios se encuentra en posesion de unos objetos que rara vez se hallan juntos de tal modo.

—Señor Van Boest Brown, gentiende V., señor mio, la pregunta que se le hace?

—Tengo motivos poderosos para no contestar á ella.

—Lo siento infinito, señor mio; porque entonces nos pertenece de obligacion, señor mio, disponer que le conduzcan á la cárcel.

—Como V. guste, caballero. Sin embargo, tenga muy presente lo que le digo, váyase con tiento en lo que se dispone á hacer. Sepa y conste que le declaro que soy un capitán de caballería al servicio de S. M., que acabo de venir recientemente de las Indias Orientales; que es pues imposible tenga yo relacion alguna con los contrabandistas de que V. habla. Mi teniente coronel se encuentra actualmente en Nottingham; mi mayor y los demas oficiales de mi cuerpo están en Kingston á orillas del Támesis. Consiento en que se me tenga por el mas vil de los hombres si á la vuelta del correo de las dos mencionadas ciudades no establezco las pruebas de estos dos hechos en la manera mas positiva. V. mismo, si gusta, puede escribir al regimiento, y....

—Todo eso está muy bien, señor mio, dijo Glossin comenzando á temer que la firmeza de Bertram hiciese alguna impresion en sir Robert, quien se hubiera caído muerto de vergüenza si hubiese creído cometer el solicismo de enviar á la cárcel un capitán de caballería, todo eso está muy bien; pero ¿no puede V. citar algunos otros testigos que se hallen mas cerca de nosotros?

—Solo hay en Escocia dos personas con quienes esté relacionado. La una es un rentero de la cañada de Liddesdale, llamado Dinmont, y el cual reside en Charlies Hope; pero ese solo

sabe de mí lo que yo le he dicho y lo que acabo de referir á VV.

—¿Basta con eso, sir Robert? ¿Haremos que se nos presente ese rústico ganapan para que atestigüe su credulidad bajo juramento? ja! ja! ja!

—Buen amigo, ¿y quién es el testigo número dos? dijo el baronete.

—Un caballero, á quien me repugna bastante nombrar, por razones particulares, pero á cuyas órdenes he servido algun tiempo allá en Indias, y el cual tiene demasiada probidad para negarse á prestar el testimonio que yo pueda reclamar de él como militar y como caballero.

—¿Y quién es ese sugeto de tanta importancia? algun pagador de oficiales á medio sueldo, algun sargento, sin duda?

—El coronel Guy Mannering, que fué jefe del regimiento en el cual, como he tenido el honor de decir á VV., estoy mandando una compañía.

—El coronel Mannering! pensó Glossin, ¿quién diablos lo hubiera acertado?

—El coronel Guy Mannering? repitió el baronete vacilando ya en su opinion. Pero... señor y amigo mio, dijo Hazlewood al procurador llamándole aparte, ese jóven, con un nombre verdaderamente plebeyo, demuestra una modesta aseguanza; su tono, sus modales, sus sentimientos indican que es de noble linaje, ó á lo menos que ha tenido trato y roce con personas de tono. Verdad es que allá en Indias se conceden las charreteras del ejército con poquísima escrupulosidad, con mucha ligereza, mucha indiscrecion y mucha inconsideracion. Creo que haríamos bien en aguardar que el coronel regresase de Edimburgo, donde se halla en la actualidad.

—V. mas que ninguna otra persona se encuentra en el caso de decidirlo, sir Robert, contestóle Glossin; mas con todo el respeto posible, me tomaré la libertad de someter una reflexion á su esclarecido juicio. No sé si tenemos derecho de soltar á este hombre bajo un sencillo aserto, para cuya corroboracion no aduce prue-

ba alguna; y pesaria sobre nosotros una gravosa responsabilidad si le detuviésemos sin trasladarle á la cárcel pública. A V. le toca decidir, sir Robert; solamente añadiré que hace poquísimo tiempo me he visto censurado yo mismo, por haber detenido momentáneamente á un acusado en un paraje que me parecia muy seguro y donde le guardaban los alguaciles de mi tribunal. El hombre consiguió escaparse, y no puedo menos de confesar que la reputacion que disfruto como magistrado celoso y circunspecto ha padecido hasta cierto grado. Esto no pasa de ser una observacion, sir Robert, y convendré con V. en cuanto juzgue conveniente que se haga.

No ignoraba Glossin que esta observacion era suficiente para decidir á su cólega, el cual, aunque henchido de orgullo y lleno de importancia propia, se aprovechaba con ahinco de los talentos ajenos. Sir Robert reasumió pues el asunto de la manera siguiente, fundando su discurso en parte sobre la suposicion de que el acusado era un hombre de honor, y en parte sobre la creencia de que era un miserable, ó mas bien un asesino.

—Señor, señor Van Beest Brown... yo llamaria á V. capitán Brown, toda vez que existiese el mas leve motivo, la mas leve causa, la mas leve razon para creer que V. sea verdaderamente un capitán de caballería, ó que V. pertenezca al cuerpo respetable del cual se titula miembro ó bien á otro cualquier regimiento en el servicio de S. M., que Dios guarde, relativamente á cuya circunstancia quiero entienda V. bien que no pretendo emitir opinion alguna, ni declaracion, ni determinacion, ni dictámen fijo, se entiende, ni positivo, ni inmutable. Digo pues, Mr. Brown, que hemos decidido que, atendidas las circunstancias desagradables en que V. se encuentra habiendo sido robado, como V. lo dice, y sobre cuyo aserto, manifestacion y declaracion suspendo mi parecer, opinion y dictámen, teniendo en su poder cantidad de oro y alhajas de valor considerable, y siendo poseedor de un cuchillo de monte, cuya propiedad no puede V. explicar como le ha cabido, digo, señor mio, que hemos resuelto, decidido y de-

terminado hacerle conducir á una prision, ó mas bien señalar á V. en ella un alojamiento, hasta tanto que el señor coronel Mannering regrese, vuelva ó retorne de Edimburgo.

—¿ Me da V. licencia, sir Robert, para que pregunte á V., previo mi humilde acatamiento, si es el deseo de V. que conduzcan á este jóven á la cárcel comun del condado? Toda vez que V. no haya tomado sobre esta materia una determinacion anticipada, yo usurparia la libertad de advertir á V. que se le podria trasladar con menos estrépito y bulla á la prision de Portanferry; lugar preferible para el preso, dado caso que pudiera hacer verdadera su declaracion.

—No hay duda alguna; además que hay un destacamento de soldados en Portanferry para custodiar los almacenes de la aduana; sobre todo, pues, y considerando que aquel lugar es muy conveniente, digo que, maduramente pensado todo, mandamos, ordenamos y autorizamos la detencion de este sugeto en la cárcel de Portanferry.

Estendióse en un instante el mandamiento de prision, é informaron á Bertram que le conducirian á la mañana siguiente al lugar que se le habia destinado, porque sir Robert no quiso ponerle en camino por la noche, no fuera que alguien procurase libertarle en el tránsito. Debía pues quedar detenido hasta entonces en la quinta de Hazlewood.

—Esta prision, decia para sí nuestro jóven, no deberá ser tan rigurosa ni tan duradera como un cautiverio en las Indias Orientales. Pero, llévase el demonio al viejo con su cabeza formalista, y á su asociado mil veces mas malo que él, y que siempre se esplica en medias palabras. No hay quien les haga entender una historia bien sencilla!

Al mismo tiempo Glossin se despidió del baronete haciéndole reverencias mil á cual mas respetuosa, y añadiendo mil disculpas bajunas por no admitir su invitacion de quedarse á comer. Esperaba, añadió, que en alguna otra ocasion se le permitiese venir á ofrecer sus respetos á la señora barone-

sa, á milady Hazlewood, al señorito Hazlewood, etc., etc.

—Ciertamente, le contestó sir Robert, con tono afable; me li-sonjeo que mi familia nunca ha faltado á la urbanidad con que debe conducirse respecto á sus vecinos, y daré al caballero Glossin una prueba de ello, yendo un dia por su casa y entrando en ella con toda la familiaridad que sea conveniente, es decir, cuanto pueda creerse, estimarse, pensarse y juzgarse lícita.

—Ahora, pensó Glossin, vamos en busca de Dirk Hatteraick y de su chusma; primero será preciso inventar un modo por donde se aleje la guardia de la aduana; ánimo, pues, y á dar el gran golpe: todo depende de la actividad. ¡Cuán afortunado es el que Mannering se encuentre en Edimburgo ahora! Este jóven es un conocido suyo, y esta circunstancia aumenta todavía mas los peligros que me rodean!—Así diciendo dejó que su caballo aflojara la andadura.—¿Y si yo tratase de entrar en composicion con el heredero? Es verosímil que él consintiera en ceder parte de sus bienes con tal de conseguir la restitucion de los restantes... y entonces yo abandonaria á Hatteraick. Pero no; son muchos los ojos que me vigilan. Hatteraick mismo, Gabriel y la vieja hechicera. No; sigamos el primer proyecto. A estas palabras avisó á su caballo con la espuela, y partió al gran trote para poner sus resortes en movimiento.

CAPITULO V.

Una cárcel ¿qué es? De horror viviente,
Do el alma del perverso no se enmienda,
Del mortal una tumba prematura
Que se horroriza al contemplar natura.
Piedra de toque es que prueba austérra
Si la amistad es falsa ó verdadera.
Aquí el culpable está y el inocente,
Y el hombre honrado junto al delincuente.

Inscripcion en la cárcel de Edimburgo.

A la mañana próxima y muy de madrugada, el coche que habia llevado á Bertram al castillo de Hazlewood lo condujo al lugar des-

tinado para su prision en Portanferry. Acompañábanle siempre sus dos taciturnos vigilantes. La cárcel, así como el edificio de la aduana que estaba contiguo á ella, se veían sitios tan á orillas de la mar, que se había juzgado conveniente proveer á la seguridad de estas dos fábricas, fortificándolas con un baluarte construido de gruesas piedras por la parte de la playa, y contra las cuales se estrellaban las olas. La cárcel servía de casa de correccion, y era también una especie de *ayuda de parroquia* para la prision del condado, la cual era en extremo vieja, y cuya situacion estaba estraviada para el distrito de Kippletringan. Rodeábanla unas tapias muy elevadas y tenia un pequeño patio en el cual los infelices moradores de su recinto tenían permiso para pasearse y respirar el aire á ciertas horas del dia. Mac-Guffog, uno de los ministriles que habían preso á Bertram, y el cual le acompañaba en aquel instante, era el alcaide de aquella lúgubre mansion. Este dió orden para que se parase el carruaje á la puerta, y se apeó con el objeto de que franqueasen la entrada. El ruido que hizo reunió una decena de chicos haraposos. Abandonaron las fragatillas y faluchos de corcho y caña que estaban haciendo navegar en los charcos de agua salada que la marea vaciante había dejado en la ribera, y corrieron para cerciorarse quién era el preso que iba á salir del coche nuevo de Mr. Glossin. Oyóse rechinar una gruesa cerraja acompañada del gemido de infinidad de cerrojos—abrióse la puerta—y se presentó una amazona formidable, Mistress Mac-Guffog. Era esta una mujer dotada de unas fuerzas y osadía capaces de mantener el orden en la casa durante la ausencia de su marido, ó cuando este se había cargado una dosis demasiado pesada de licor. Su ronca voz, la cual pudiera rivalizar en armonía con el agradable ruido de sus cerrojos, hizo al instante retroceder á toda aquella turba de chiquillos que rodeaba la puerta; y dirigiéndose la marimacho á su amable esposo—Vamos, hijo, le gritó, date prisa y entra... ¿qué diablos estás aguardando?

—Poca suelta á la lengua, estás, y anda, véte al infierno, le

contestó su tierno marido, sazonando esta frase con ciertos epítetos tan enérgicos que el lector nos dispensará que no repitamos—Ea? seor guapo, dijo él en seguida á Bertram, baje V. por sí solo, ¿ó será preciso darle la mano?

Apeóse del coche nuestro preso, y tan pronto como sus piés hubieron tocado la tierra asíéronle del collarín los constables, y aunque no ofreció resistencia alguna, metiéronle á empellones en el patio en medio de la gritería de los muchachos andrajosos, los cuales se mantuvieron á una distancia respetable de Mistress Mac-Guffog. Luego que hubo atravesado el umbral tornó á girar la puerta con estruendo sobre sus macizos goznes, corriéronse los cerrojos, y la portera volviendo con las dos manos una enorme llave, la sacó de la cerradura y metió dentro de una inmensa faltriquera de paño encarnado que llevaba pendiente de la cintura.

Hallóse entonces Bertram en el pequeño patio que acabamos de mencionar. Algunos presos se paseaban en él y parecían haber sentido un instante de solaz con la ojeada momentánea que la apertura de la puerta les permitió hasta el otro lado de una calle tan angosta como desaseada. Esta sensación á nadie causará asombro si se considera que su vista estaba limitada á la formidable puerta de su encierro, á los altos muros que les rodeaban, al cielo que les servía de toldo y al malísimo empedrado sobre el cual se paseaban. Esta uniformidad de espectáculo constituye, según la espresion de una poeta:

En verdad los objetos mas pesados
Que abruman á los ojos fatigados.

engendrado en los unos una misantropía tenebrosa y tétrica, en los otros aquel disgusto y aburrimiento profundos que hacen al hombre sepultado ya en vida entre cuatro paredes, anhelar el trueque de semejante sepulcro por una tumba mas apacible y solitaria.

Mac-Guffog, al entrar en el patio, permitió á Bertram pararse un momento y echar una mirada á sus compañeros de infortu-

nio. Luego que nuestro héroe hubo visto aquellas caras, las cuales el crimen, la bajeza y el desespero habian marcado con su sello fatal, luego que contempló junto á sí al ladron, al estafador, por fin al idiota con ojos parados, al loco con el mirar feroz, á los cuales la sórdida economía de sus parientes tenia encerrados en aquella espantosa morada, sintió Bertram apretársele el corazon, y no pudo sufrir la idea de contaminarse un solo momento con semejante compañía.

—Espero, señor, dijo al carcelero, que me señalará V. un lugar separado para mi alojamiento.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Pero, señor mio, yo solamente permaneceré aquí un dia ó dos, y entretanto no me agrada demasiado estar entre personas de esta ralea.

—¿Y á mí qué me importa?

—Pues mire V., amigo; para hablar á V. en un lenguaje que entiendo, estoy dispuesto á pagarle lo que juzgue adecuado.

—Eso está muy bien, capitán. Pero la cuestion es ahora cuándo y cuánto?

—Luego que yo salga de la prision y cobre unos dineros que tengo que recibir de Inglaterra.

Mac-Guffog meneó la cabeza con aire incrédulo.

—Qué! amigo mio, ¿cree V. en verdad que yo soy un malhechor?

—¿Y yo qué sé de eso? Pero dado que lo sea V., me consta á lo menos que no es pájaro corrido. Eso es mas claro que el agua.

—¿Y por qué dice V. que no soy pájaro corrido?

—Por qué? porque solo un novato les hubiera dejado el oro que depositó V. en *las Armas de Gordon*. Lléveme el diablo si yo en lugar de V. no se lo hubiera sacado del buche. Ellos no tenian facultad para despojar á V. de su dinero y enviarle á la cárcel sin dejarle con qué pagar lo que pudiera ofrecérsele. Podian haberse quedado con las monedas extranjeras, y con las tumbagas para que apareciesen en el proceso, pero las guineas, vive Júpiter! las

guineas! ¿y por qué no las reclamó V.? A mí todo se me volvía hacer á V. señas para que lo hiciese, pero, lléveme el diablo si me miró V. siquiera una vez.

—Pues mire V., amigo, si me asiste un derecho para reclamar ese dinero, haré cuanto antes la solicitud. Hay mucho mas dentro del bolsón que lo que será menester para pagar á V. la cuenta que quiera presentarme.

—A fé mia, ¿quién es capaz de acertar eso? V. podrá estar preso aquí mas tiempo del que piensa, y el renglon de crédito ha de contarse por algo. Sin embargo, como se me figura que es V. un guapo mozo, y aunque mi mujer dice que siempre estoy perjudicando mis intereses de puro bondadoso que soy, si V. me da una órden para que me paguen del dinero que le han retenido, quedaremos acordes. Yo haré que Glossin me satisfaga. Sé cierta cosa acerca de la fuga de cierto preso... pero chiton, á él no le vendrá mal servirme y vivir conmigo en buena armonía.

—Pues bien; si dentro de dos dias no he recibido los fondos que aguardo, daré á V. la órden que me pide.

—Corriente, va V. á verse mejor alojado y servido que un príncipe. Mas á fin de que luego no tengamos tropiezo diré á V. lo que siempre llevo á los que quieren una habitacion separada: treinta chelines á la semana por el cuarto, una guinea por el alquiler de los muebles, y media guinea por la cama y por no tener compañero de saleta. No le parezca á V. que todo esto es provecho para mí: pues tendré que dar medio duro á Donald Laidler, quien está aquí por ladron cuatrero, y el cual, segun las reglas de la casa, deberia ser camara da de peine de V. Además exigirá él que yo le dé un monton de paja limpia y quizás algunos vasos de aguardiente ó whiskey. Bien ve V. cuan poco me sobraré.

—Ya me hago cargo; mas prosiga V., buen amigo.

—En cuanto á la comida y bebida, tendrá V. todo lo mejor, y yo solo cobro un veinte por ciento mas de lo que llevan en los mesones. V. ve que no es mucho por el trabajo de salir á buscar

lo que se necesita, y de devolver lo que se echa á perder ó no agrada; es preciso tener siempre en la calle un mandadero. En fin, si á V. le aburre la soledad, yo subiré todas las noches para ayudarle á beber su botella de vino. Uf! si V. supiera cuantas y cuantas hemos apurado mi camarada Glossin, y yo, si señor, le llamo camarada aunque él sea ahora juez de paz. Ah! se me olvidaba... las noches son largas y frias; si V. quisiere lumbre y vela, esto es un renglon bastante caro, porque es una infraccion del reglamento de la casa. Sobre poco mas ó menos á esto se reducirá el gasto de V., y poco mas habrá que apuntar, aunque siempre hay por acá ó por acullá algunos cominos que añadir.

—Pues bien, señor, me fio en la conciencia de V., toda vez que V. sepa el significado de esta palabra. No tengo otro remedio que pasar por lo que...

—Nada de eso, señor mío, nada de eso; V. no debe espresarse así: yo no pongo á V. un puñal al pecho. Si los precios no le acomodan, tal día hizo un año. Conozco la buena crianza y no me meto por los ojos de nadie. Si V. quiere sujetarse al órden comun de la casa, lo mismo se me da; con eso menos que hacer tendré, y todo está dicho.

—No, amigo querido, no, no; despues de amenaza semejante, bien puede V. suponer que se me habrán quitado las ganas de regatear sus condiciones. Lléveme V. á la saleta que he de ocupar solo, porque tal es mi deseo.

—Entonces, capitan, sígame V., dijo el belitre, esforzándose por traer á sus labios una sonrisa de la cual resultó una feísima mueca, y, para que V. vea que tengo conciencia, como V. acaba de decir, malditas sean mis patas, si pongo á V. en cuenta mas de medio chelin por dia para que disfrute la libertad de pasearse en el patio durante las horas que señala el reglamento. Estas son tres todos los días, y puede V. estirar las piernas arriba y abajo, jugar á la pelota, en fin hacer todo cuanto guste.

Mientras le hacia esta agradable promesa, introdujo á Bertram en la casa haciéndole subir por una escalera de piedra tan angos-

ta como empinada, en lo alto de la cual habia una puerta muy gruesa forrada de láminas de hierro aseguradas con grandes clavos. Pasada esta se veia un pequeño corredor á cada lado del cual habia tres habitaciones, cuyas puertas estaban abiertas á la sazón; y dejaban ver el ajuar que contenian, el cual era un solitario jergon; pero á la estremidad del pasadizo se encontraba una saleta cuyo aspecto era menos parecido al de un calabozo, y á no ser por la enorme cerraja y los gruesos cerrojos que guarnecian la puerta, sin los espesos y cruzados barrotes que aseguraban su única ventana hubiera podido equivocarse con un cuarto en un malísimo meson. Era aquella una especie de enfermería para los presos acometidos de dolencias de alguna gravedad; y efectivamente Donald Laidler, quien debia ser el camarada de rancho de nuestro héroe, acababa de ser espulsado de una de las dos camas que se veian allí, para hacer la prueba de si la paja limpia y el aguardiente whiskey serian remedios mas eficaces para curarle de la fiebre intermitente de que estaba acometido. Mistress Mac-Guffog habia procedido á su desalojamiento mientras su marido hablaba con Bertram en el patio; pues la buena señora presentia el modo en que iba á concluir el parlamento. Segun parece, habia sido necesario el auxilio de su brazo vigoroso para hacer que el cuatrero evacuase la habitacion, pues una de las cortinas de la cama estaba desgarrada, y el guindajo pendia de ella á manera de banderín rasgado en una batalla.

—Capitan, dijo Mistress Mac-Guffog, quien les habia seguido, no haga V. caso de este pequeño giron; verá como lo compongo todo al instante. Entonces, volviéndose de espaldas, y remangándose el guardapiés se desató una liga, de la cual se sirvió, con ayuda de cuantos alfileres la proporcionaron la almilla y pañoleta para afianzar la cortina en el amazon mas elevado de la cama, dándole el aspecto de una guarnicion de farfalaes, habiéndole en seguida mullido el colchon y cubierto la cama de una colcha muy vieja y remendada.—Ya quedó lista, dijo: respecto á la de V., aquí está, indicándole un entarimado muy burdo sosteni-

do en cuatro enormes piés de pino, tres de los cuales tocaban el suelo, y el cuarto se quedaba en el aire como la pata de esos elefantes que vemos á veces pintados en la puertecilla de un coche. Esta cojera del lecho era debida á la desigualdad del piso, el cual hacia joroba, porque la casa, aunque nueva, habia sido construida por subasta.—Tiene V. buenos colchones y excelentes mantas; ahora si V. quiere sábanas, una almohada, toalla y servilleta se entenderá V. conmigo, porque mi esposo nada tiene que ver con eso y nunca se mete en semejantes ajustes.

Mac-Guffog se habia escurrido de la saleta entretanto á fin de no aparecer cómplice en esta nueva gabela.

—Por amor de Dios, señora, respondióle Bertram, déme V. todo lo necesario, y pídamle cuanto guste.

—Está muy bien, muy bien. Pronto voy á ponerlo todo listo. ¡ Ah ! nos guardaremos de desollar á V. aunque vivimos tan cerca de la Aduana. Voy á encenderle lumbre y á prepararle la comida. Por hoy se contentará V. con lo que haya; poco será, pues no esperaba yo que me honrase un huésped de tanta suposición.

Salióse un momento Mistress Mac-Guffog, y volvió á entrar trayendo en una mano un par de sábanas, y en la otra una esportilla con carbon, en la cual metió ambas manos, sacando á puñados el combustible para llenar la mohosa hornilla, que no habia conocido la lumbre años habia. Entonces, sin tomarse el trabajo de lavarse las manos, desdobló las sábanas (bien diferentes ¡ ay ! de aquellas pertenecientes á la bondadosa Aylie Dinmont) y púsose á hacer la cama, refunfuñando algunas palabras contra los sugetos que eran tan descontentadizos, y tan difíciles de complacer. La carcelera daba muestra de resentirse de un trabajo, por el cual sabia hacerse pagar con tanta exorbitancia.

Luego que ella se retiró, hallóse Bertram reducido á la alternativa de pasearse en su cuarto para hacer ejercicio, ó de ponerse á contemplar la mar desde su ventana, en cuanto se lo permitian las gruesas barras de yerro que la enrejaban, ó finalmente á leer las ocurrencias, hijas del talento, ó las blasfemias con

las cuales sus antecesores en aquel encierro habian embadurnado las paredes medio blanqueadas. Su oido no se hallaba mas lisonjeado que su vista. Solo escuchaba el ruido tumultuoso de las olas del mar que en aquel instante decrecia, y de cuando en cuando el de una puerta que abrian ó cerraban, con el melodioso acompañamiento de llaves y cerrojos. De vez en cuando resonaban tambien los gritos berreadores del carcelero, ó la chillona voz de su digna costilla, casi siempre templada con la llave del vituperio, de la insolencia ó de la cólera. En algunos intervalos un robusto perro de presa, que estaba encadenado en el patio, respondia con horrendos aullidos á los juegos de los ociosos presos que se divertían en azuzarlo.

Por fin, interrumpió el fastidio de esta uniformidad la llegada de una sirvienta muy gorda y desaseada, la cual vino á hacer algunos preparativos para la comida, tendiendo una servilleta mas que sucia sobre una mesilla aun mas asquerosa. Un tenedor y un cuchillo, á los cuales la limpieza no habia desgastado, flanqueaban una escudilla abollada de peltre; un cachucho de mostaza casi vacío adornaba una punta de la mesa, y en la otra por amor á la simetría veíase un salero lleno de una mezcla arenosa y blanquizca, la cual llevaba señales evidentes de que no hacia mucho se habian servido de ella con los santos dedos.

Poco despues la misma Maritornes ó Hebe trajo un plato cubierto de lonjas de vaca fritas en la sartén, debajo de las cuales una cantidad razonable de pringue sobrenadaba en un océano de agua tibia, y, habiendo colocado junto un manjar tan sabroso un pedazo de pan negro, preguntó al preso si queria algo de beber.

Como la comida que le habian preparado era todo menos apetitosa, quiso desquitarse Bertram con pedir un poco de vino, el cual por buena suerte se halló ser pasable, y satisfizo su apetito con un pedazo de queso que acompañó de su pan bazo. Luego que terminó el banquete dióle la criada mil espresiones de parte de su amo, el cual deseaba á saber si queria Bertram subiese

aquella noche para hacerle compañía. Nuestro jóven dijo á la moza le agradeciera de su parte la atencion, y le proporcionara en vez de su agradable compañía un poco de papel y demás avíos de escribir, sin olvidarse de una luz. No tardó en aparecer ésta bajo la forma de una vela de sebo, larga y delgada, rota por la mitad, é inclinándose, sobre un candelero cubierto de cardenillo y grasa. Respecto lo necesario para escribir no se le podia complacer hasta el día siguiente porque era preciso comprar los avíos fuera de la cárcel.

Bertram entonces preguntó á la criada si podia facilitarle algunos libros, y recomendó su peticion con la propina de un che-lin. Ella estuvo ausente largo rato, y volvió al fin con dos tomos que contenian los anales de Newgate ó la historia de los mas célebres criminales, obra que habia pedido prestada á San Silverquill oficial de impresor que se hallaba en la cárcel por haber falsificado una firma. Habiendo puesto los libros sobre la mesa, se retiró la criada, dejando que Bertram se distrajese con una lectura que no venia mal á su triste situacion.

CAPITULO VI.

Si en la ignominia debes
Morir sobre el cadalso, un fiel amigo.
Cuando tal trago pruebes
Para beberlo quedará contigo.

SHENSTONE.

Sumido en las melancólicas reflexiones que debian escitar naturalmente en él su sombría lectura y desesperada posicion, sintióse Bertram por la primera vez en su vida próximo á perder el ánimo.

—Me he visto en situaciones mas penosas que esta, y de mayor peligro tambien, decia entre sí, pues ahora no tengo riesgo que recelar, mas asombrosas respecto al porvenir, pues mi pri-

sion puede durar poco tiempo, mas duras de soportar porque aquí no me falta lumbre, ni alimento, ni abrigo. Sin embargo, al leer estos anales cruentos del crimen y de la desgracia, en un lugar tan conforme á las ideas que ellos inspiran, y al oír estos lúgubres ecos, me siento dispuesto á una melancolía cual nunca esperimenté. No; pues no quiero abandonarme á ella. Adios, coleccion de horrores y de infamias, no mancillarás por mas tiempo mis pensamientos ni mis ojos! — Así diciendo arrojó el libro sobre la mesa. No ha de decirse que un dia de cárcel en Escocia haga en mi espíritu un efecto que no pudieron producir la penuria, la enfermedad, el cautiverio, la carencia absoluta de todas las cosas en un clima lejano. He sufrido hartas veces los golpes de la fortuna, y no permitiré que ella me abata mientras yo pueda impedirlo.

Haciendo entonces un esfuerzo sobre sí mismo, procuró dar otro giro á sus ideas, y arrostrar su situacion bajo el punto de vista mas favorable. Delaserre no podia tardar en venir á Escocia, de un momento á otro llegarían los certificados pedidos al teniente coronel, en fin dado caso que fuese preciso dirigirse á Mannering; ¿quién sabe si no resultaria de ello una completa reconciliacion? Habia notado, y se acordaba en aquel momento, que el coronel nunca dispensaba sus favores á medias, y que parecia apreciar á las personas en proporcion á los beneficios que estas le adeudaban. En el caso presente un favor que podia pedirsele sin bajeza, y debía otorgarse sin dificultad, pudiera convertirse en un medio de aproximacion. En seguida sus pensamientos volaban hácia Julia, y sin detenerse mucho en medir la distancia que de ella le separaba, siendo él un oficial aventurero y ella una rica heredera, cuyo padre, en virtud de su testimonio, iba á conseguirle tal vez la libertad, comenzó Bertram á construir lindísimos castillos en el aire, los que adornaba con todos los brillantes tintes de una plácida tarde de verano, cuando un recio golpeteo en la puerta de la prision interrumpió el curso de sus ideas. Los ladridos del mastin, al cual soltaban todas las no-

ches en el patio, respondieron inmediatamente al ruido. Despues de muchas precauciones abrieron la puerta y entró alguien. No tardó Bertram en oír tambien sonar las llaves y cerrojos de la casa, y subiendo con precipitacion la escalera, vino un perro á ladrar y á arañar á la puerta de su calabozo. A todo esto se juntó casi al mismo instante el ruido de unos pasos muy pesados á la voz estentórea de Mac-Guffog.—Por ahí, por ahí, tenga V. cuidado con ese escalon. Aquí está su cuarto. Abrióse entonces la puerta, y á la gran sorpresa y estrema alegría de nuestro héroe, entró su fiel Wasp, que le colmó de fiestas, y detrás de él su amigo de Charlies Hope.

—Ola, ola, dijo el honrado labrador registrando con la vista la miserable saleta y los muebles aun mas miserables que la adornaban, ¿qué viene á ser esto?

—Una jugarreta de la fortuna, querido amigo, dijo Bertram levantándose y apretándole la mano. No pasa de eso.

—¿Y qué deberemos hacer? ¿en qué lo podremos remediar? ¿es por deudas? entonces porque está V. aquí.

—No, no es por deudas, y si V. tiene tiempo de sentarse yo le contaré el lance todo.

—¿Qué si tengo tiempo? ¿Cree V. que he venido aquí para darle las buenas noches y marcharme? ¡Cáspita que no! Pero es tardecillo y no le estará á V. mal comer un bocado. He dicho en el meson donde dejé á Dimple, que enviasen acá mi cena. Y ahora cuénteme V. su historia. ¡Estáte quieto, Wasp! mire V. cuán contento se halla el animalito porque vuelve á ver á su amo.

La relacion de Bertram no fué larga. Refirió su lance con el jóven Hazlewood y el error que le hacia mirar como á uno de los contrabandistas que habian acometido la quinta de Woodbourne, porque tenia el mismo nombre que uno de los agresores.

—Vamos, dijo Diamont, no hay que apurarse por eso; algunos perdigoncillos en el hombro no valen nada; si V. le hubiera

saltado un ojo, eso ya seria otra cosa; y luego ese accidente ¡qué resultado puede tener! ¡Ah! yo daría cualquiera cosa porque estuviera aquí Pleydell, nuestro viejo Sheriff. Ese sí que es un hombre en toda la estension de la palabra! Él lo metería ¡pronto en razon. En la vida ha visto V. su igual.

—Pero, dígame V., esclente amigo, cómo ha podido descubrir mi paradero?

—Ja! ja! de una manera muy chistosa. Pero yo se lo contaré á V. todo luego que hayamos cenado, porque quizás no seria prudente hablar mucho mientras esa gordinflona y desgabilada sirvienta entra y sale en este cuarto.

Suspendióse un momento la curiosidad de Bertram ¡por la llegada de la cena que, aun que poco opípara, tenia un asco muy apetitoso, cualidad de que carecia absolutamente la cocina de Mistress Mac-Guffog. Dinmont, quejándose de que solo habia tomado un tente en pié desde que almorzó (tente en pié que consistia en tres ó cuatro libras de carne fiambre, que se habia engullido á toda prisa mientras su caballo comia un pienzo de avena) no hizo asco á aquella comida, y semejante á uno de los héroes de Homero, no dijo una palabra hasta no haber aplacado la sed y el hambre que le devoraba.

—Pues bien, dijo el honrado campesino despues de haberse tirado á pechos un trago indefinido de esquisita cerveza, y fijando la vista en los lamentables restos de lo que acababa de ser un capon de tomo y lomo.—No era malo ese pajarillo para haberse criado en los arrabales de un pueblo, aunque no tiene comparacion con los que cebamos allá en Charlies Hope; vamos, capitán, aléngrome de ver que esta maldita saleta no le ha quitado el apetito.

—A la verdad, Mr. Dinmont, no ha sido tan buena mi comida que me haga hacer desaire á la cena.

—Bien lo creo; bien lo creo. Oiga V. ahora, buena moza, ya que nos ha traído nuestro aguardiente, azúcar y agua hirviendo, puede V. irse y cerrar la puerta, porque mire V., queremos charlar un rato.

Retiróse la criada, y cerró la puerta tomando la precaucion de correr un grueso cerrojo.

Luego que se ausentó, levantóse Dandy y fué á reconocer el terreno, esto es, que aplicó atentamente un ojo al agujero de la llave. Así que hubo atisbado en silencio, y asegurádose de que nadie estaba de escucha, volvió á sentarse á la mesa, y despues de haberse llenado un buen vaso para ponerse en tren, comenzó su historia en voz baja y con un tono de importancia y gravedad que no era ordinario en él.

—Ha de saber V., capitan, que he estado en Edimburgo pocos dias hace. Fuí con el objeto de asistir al entierro de una parienta mía, y era de creer que no fuesen inútiles mis pasos; sin embargo no todo ha de salirnos á pedir de boca, y quien puede remediar eso! Tambien tenia que entablar un pleitillo, pero nada de eso viene ahora al caso. Concluidos mis negocios, regresé á casa. Al otro dia muy de mañana fuí á dar un vistazo á mis ovejas, y llegarme hasta la montaña de Touthep-Rig, por donde tira el lindero sobre el cual tengo desavenencia con Jack de Dawston. Al llegar allá ví de lejos un hombre quien conocí no era uno de mis rabadanes, aunque nada tiene de extraño encontrar en aquel paraje otras gentes. Fuíme hácia él y él se vino hácia mí; en fin conocí que era Gabriel el montero, sugeto á quien V. ha visto ya. Válgame Dios! le dije, que estás haciendo solo en estas montañas? Vas á cazar zorras sin perros?

—No, contestóme él, era á V. á quien yo buscaba.

—A mí? le dije, necesitas un poco de ayuda ó alguna cosa para pasar el invierno?

—No, no, respondiéndome él, no es eso. Se interesa V. en la suerte de aquel capitan Brown que paró una semana en casa de V.?

—Sí, por cierto, Gabriel, le dije yo; le ha sucedido algun contratiempo?

—Ah! dijo, hay otra persona que setoma por él mayor interés que V., y á quien me precisa acatar; así no es efecto de mi propia

voluntad el que yo venga á participar á V. una noticia que no le dará mucho gusto.

—Por cierto que bien poco puede darme toda vez que sea desagradable para el capitán.

—Pues mire V., prosiguió Gabriel, que si él se descuida corre riesgo de que le metan en la prision de Portanferry, porque hay órdenes para prenderle tan luego como desembarque en Allonby. Si es que V. le profesa buena voluntad, precisa que tome al instante el camino de Portanferry sin dolerse de las patas de Dumble; si V. lo hallare en la cárcel, importa que se quede con él un dia ó dos, pues el capitán necesitará de amigos que tengan duro el corazon y fuertes los brazos. Si V. despreciare este aviso tendrá que arrepentirse solamente una vez; pero será para toda la vida.

—Pero válgame Dios! hijo mío, preguntéle, como has llegado á saber todo eso? Hay una buena tirada de aquí á Portanferry.

—No se apure V. por eso, respondiôme, los que me han dado la noticia andan de noche lo mismo que de dia, y V. ya debiera estar en camino. Por lo demás ninguna otra cosa tengo que decirle á V.

Dicho esto se sentó en el suelo y dejó resbalar por el césped abajo hasta el fondo de la montaña donde me era imposible seguirle á caballo. Volvíme pues á Charlies Hope para contárselo todo á mi buena mujer, porque yo no sabia qué partido tomar. Van á burlarse de mí, pensaba yo, si me ven correr arriba y abajo como el judío errante, solo por el dicho de un rodavalles. Pero cuando la buena mujer empezó á hablar, cuando me hubo manifestado cuán vergonzoso sería para mí si aconteciese á V. una desgracia que estaba en mi mano evitar, cuando leí la carta de V. que llegó como si fuera á propósito en aquel instante, y la cual parecia venir en apoyo de lo que Gabriel me habia dicho, dejé de vacilar. Mandé á los chiquillos que ensillaran á Dumble. Saqué del armario todos mis billetes de banco, para en caso de que V. necesitase de ellos, y púseme en camino. Empeñóse Wasp en seguirme; parecia que el pobre animal conocia que iba yo en busca de su amo. Por buena fortuna habia yo hecho el via-

je á Edimburgo, caballero en la yegua grande; así es que Dumple estaba mas fresco que una rosa, y por fin aquí estoy despues de haber andado sesenta millas sin descansar.

En esta estraña historia, conoció Bertram evidentemente que suponiendo algun fundamento al aviso dado á Dinmont, le amenazaba algun peligro mas serio é inminente que el que pudiera resultar de su carcelaje. No era menos claro que algun amigo desconocido frabajaba en su favor.—¿No me dijo V. que Gabriel era gitano?

—Por tal se le ha tenido siempre, y creo que es bastante probable, porque los de esa casta saben siempre lo que hace cada cual, y lo que á cada cual acontece. Reciben nuevas de todas partes con la prontitud del relámpago. Pero se me olvidaba decir á V. una cosa: andan buscando á aquella vieja que encontramos en Bewcastle; el sheriff ha soltado sus espías arriba y abajo y la siguen de cerca la pista; la ofrecen una recompensa de cincuenta libras, nada menos, con tal que se presente voluntariamente. El juez de paz Fonter, que ejerce jurisdiccion en el Cumberland, ha espedido contra ella un mandato de detencion; ha registrado varias casas, y publicado sus señas. ¿Y para qué sirve todo eso? No darán con ella á fé mía, si ella no quiere.

—¿Y por qué la buscan?

—Yo no sé, me atrevo á decir que es una necesidad. Dicen que ha recogido cierta semilla de helecho, en virtud de la cual se transporta de un paraje á otro con la prisa que le da gana, á imitación de Jak el matador de gigantes, que el romance nos cuenta, con su capa que le hace invisible, y sus zapatos con los cuales atrapa una milla á cada paso. Se puede decir que es una especie de reina de los gitanos. Cuenta que tiene mas de un siglo, y se cree que vino al país con las gavillas que aparecieron en él cuando el destronamiento de los Estuardos. Ahí buen cuidado tendrá ella de esconderse, y si la cosa viniese mal, el diablo la ocultaría. Si yo hubiera sabido que era Meg Merrilies aquella vieja que encontramos en casa de Tibb Mumps, la hubiera hablado con otra consideración.

Bertram escuchó atentamente este relato, el cual convenia con tanta exactitud en algunos puntos con lo que él mismo habia visto respecto á aquella sibila egipciaca. Despues de reflexionar un momento, juzgó que podria, sin faltar á su palabra, confiar cuanto le habia pasado en Deruelengh á un hombre que tenia de ella la opinion que Dandie acababa de manifestar. Refirióle pues toda la aventura, despues de lo cual, el bonachon del rentero, meneando la cabeza:

—Pues bien, le dijo, búsqume V. en el mundo quien haga otro tanto. Sí, y lo sostengo, esos gitanos tienen buenas y malas partidas. Si ellos se tratan ó no con el diablo, allá se las avengan; ¿qué tenemos nosotros que ver con eso? Respecto á su manera de amortajar el cadáver, ya sabia yo eso de mas. Cuando los tales contrabandistas del demonio tienen algun camarada muerto en un lance, buscan á una vieja como esa Meg Merrilies para que amortaje su cuerpo; en esto consisten todas sus ceremonias, y le arrojan en un agujero como si fuese un can. Y, cuando están próximos á morir, tambien es preciso que haya una vieja para que les cante romances ó ensalmos, como ellos les dicen, en vez de llamar á un ministro de Dios para que rece junto á su lecho; esta es una costumbre suya cuyo origen se pierde de puro antigua. Creo firmemente que el hombre á quien V. vió morir es uno de aquellos que fueron heridos cuando prendieron fuego á Woodbourne.

—Pero, amigo mio, si no le prendieron fuego.

—No? tanto mejor. Nos dijeron que no habia quedado piedra sobre piedra en la quinta. Pero lo cierto es que hubo pelea. ¿No es verdad? Está bien, créame V. á piés juntillos, ese era uno de los hombres que habian acometido la casa, así como fueron los gitanos quienes robaron á V. su maleta, al hallar la silla de posta parada en la carretera. No suponga V. que se la encontrarían tirada en el suelo; no, señor, les vino tan á la mano como el asa de un jarro de á cuartillo.

—Y si esa mujer es una especie de reina entre ellos, ¿porque

no pudo protegerme abiertamente y hacer que me devolvieran lo que era mio ?

— ¡ Quién sabe ! quizás tenga ella derecho de decirles desvergüenzas mil, y ellos el de hacer cuanto se les antoje, siempre que la tentacion sea demasiado fuerte para resistirla. Luego no habia con los gitanos algunos contrabandistas ? Estas gentes hacen íntima liga unas con otras. Ella tal vez no tendria autoridad alguna sobre estos últimos. Me aseguran que los gitanos saben cuando han de llegar los contrabandistas y el paraje donde intentan alijar, mejor que los que quieren comprar sus mercancías. Y por fin, despues de todo, tiene una imaginacion la vieja de quien hablamos, que no se parece á la de otra persona alguna. Que sus profecías sean verdaderas ó falsas, no me meto ; pero lo cierto es que ella misma las cree verídicas ; para arreglar su conducta sigue siempre algun sueño estrafalario. Si se le antoja ir á sacar agua del pozo, seguro está que tome el camino mas corto que á él conduzca, no, señor, no ; pero..... chiton que oigo venir al carcelero.

Interrumpió la conversacion el armonioso concierto de llaves y cerrojos ; y Mac-Guffog, abriendo la puerta, asomó por ella su amabilísima faz.—Vamos, Mr. Dinmont, hemos dejado abierta una hora mas de lo acostumbrado la puerta de la prision ; ya es tiempo de que V. se retire.

— ¡ Yo retirarme ! amigo mio, voy á pasar aquí la noche. Todavía hay una cama vacía en la saleta que ocupa el capitan.

—Eso es imposible.

—Y yo digo á V. que es muy posible, y que de aquí no me me neo. Beba V. este vaso de aguardiente.

Mac-Guffog no se hizo rogar dos veces, despues de haberlo apurado.—Es contra el reglamento de la casa, dijo, y V. no ha cometido ningun esceso criminal.

—Pues mire V., si vuelve á decir otra palabra, le rompo la cabeza y ese será un esceso criminal que me alcance el derecho de pasar la noche aquí.

—Pero, digo á V., señor Dinmont, que ésto está vedado por los reglamentos de la casa, y que voy á perder mi destino de resultas.

—Pues yo tengo que decir á V. dos cosas, señor Mac-Guffog; V. deberá saber quien soy y además qué no es de mi carácter favorecer la fuga de ningun preso.

—Y á mí; quién me sale garante de lo que V. dice?

—¡ Ah! si V. no lo sabe, sepa lo que voy á añadir. A lo menos consta á V., que las obligaciones de su empleo le hacen bajar algunas veces á nuestras cercanías, pues bien, si V. me deja pasar tranquilamente la noche aquí en compañía del capitan, le pagaré un alquiler doble; ahora, si no lo consiente, prometo á V. que la primera vez que le coja por la parte de Charles Hope, le aplico sobre las costillas tal granizada de palos que....

—Vamos, vamos, buen hombre, ya veo que es preciso dar á V. gusto. Pero si llegan á saberlo los señores jueces de paz, yo bien sé quién llevará la fraterna. Habiendo sazonado esta observacion con algunos cuantos votos y ternos, cerró la puerta con llave y cerrojo retirándose en seguida. El reloj del lugar dió en aquel momento las nueve.

—Aun que no sea muy tarde, dijo el labrador, quien notaba que en el aspecto de su amigo se traslucia mucho cansancio, creo que haríamos bien en recogernos á dormir; á menos, capitan, que todavía no prefera V. echar unos cuantos tragos; pero me consta que no es V. un gran bebedor, y en conciencia tampoco yo lo soy, á menos que tenga compañeros que me estimulen ó esté de humor para ello.

Consintió Bertram al instante en la proposicion de su amigo. Però, al dar una mirada á la cama que Mistress Mac-Guffog le habia preparado, no se pudo resolver á desnudarse.

—¡ Voto á Brios! estómago es menester, capitan, pues parece que todos los carboneros de Sanguhair han hecho ya la rosca en ella. En cuanto á mí, con este leviton, no se me da cuidado. Así diciendo se echó en su cama con un brinco que hizo crugir el

maderaje, y pocos momentos despues dió evidentes indicios de hallarse en siete sueños.

Quitóse Bertram las botas, y tomó posesion del otro lecho. Su extraño destino, el misterio que parecia rodearle, la persecucion que padecia, el interés que por su suerte se tomaban unos amigos desconocidos y otros sugetos pertenecientes á una clase con la cual nunca habia tenido relaciones, ofuscaron largo rato su espíritu ; pero en fin pudo mas el cansancio, y concluyó con quedarse dormido nuestro jóven tan profunda y tranquilamente como su compañero de cuarto.

Les dejaremos gozar las dulzuras de su apacible sueño, á fin de informar á nuestros lectores de los diversos acontecimientos que pasaban en otra parte á la sazón.

CAPITULO VII.

¿Quién os ha revelado los secretos
Del destino insondables? ¿por qué causa
Me arrestais, y cuál es vuestro designio?
Esa jerga profética que emite
Vuestro labio, decid, ¿quién la interpreta?
Hablad, yo os lo conjuro.....

SHAKESPEARE. MACBETH.

La tarde misma en que tuvo lugar el interrogatorio de Bertram, llegó de Edimburgo á Woodbourne el coronel Mannering. Encontró á la familia en el mismo estado en que la dejara, lo que probablemente no hubiera acontecido á saber Julia la noticia del arresto de su nunca olvidado Brown. Pero, como durante la ausencia del coronel, permanecieron las jóvenes casi en total reclusion, el rumor de este suceso no habia llegado aun á la quinta. Una carta de Mannering habia ya informado á miss Lucy la pérdida de las esperanzas que en favor de ella diera márgen á concebir el antiguo testamento de su parienta. Quizás alguna se-

creta esperanza, nacida en su corazón sin saberlo la joven, quedaria anonadada de resultados de este contratiempo; pero esto no la impidió se uniese á su amiga para recibir al coronel con el mas sincero y jubiloso agasajo. Espresó á su protector su gratitud por sus esmeros verdaderamente paternales, así como también su pesar de que hubiese emprendido en su obsequio, y cuando la estacion se hallaba en toda su crudeza, un viaje tan infructuoso.

—Duéleme profundamente, querida miss, díjola el coronel, que mi caminata haya sido infructuosa para V., mas en cuanto á mí, me ha procurado el conocimiento de varias personas respetabilísimas, así es que el tiempo que he pasado en Edimburgo se ha transcurrido de una manera tan agradable, que no seria justo si me quejase de él; hasta nuestro amigo el Dómine vuelve tres veces mas hábil que antes, porque han aguzado su espíritu las controversias con varios de los genios mas sublimes de la metrópoli del norte.

—Verdad, dijo Sampson con cierta complacencia, que he luchado y no he sido vencido aun cuando mi adversario fué de los mas diestros.

—Presumo, señor profesor, dijo miss Mannering, que el combate habrá fatigado á V. un poco.

—Muchísimo, querida señorita; pero me ceñí la cintura y sostuve la lid en cuanto pude.

—Soy testigo, dijo el coronel, de que nunca se ha visto una accion mas reñida. El enemigo se asemejaba á la caballería Marata, que atacaba por todas partes á la vez sin presentar el flanco á la artillería. Pero Mr. Sampson se apegaba á sus cañones, haciendo fuego, ya sobre el enemigo ya sobre la polvoreda que este levantaba. Ahora sin embargo, no es tiempo de contar á VV. nuestras batallas; mañana, despues del almuerzo, hablaremos de ellas con todo espacio.

Al dia siguiente no pareció el Dómine á la hora del desayuno. Dijo un criado que le habia visto salir muy de madrugada. Acon-

tecia al pedagogo olvidarse con tanta frecuencia de sus comidas, que su falta no causó desazon á nadie. El ama de llaves, señora de edad, escrupulosísima presbiteriana, y como tal gran admiradora de la ciencia teológica de Mr. Sampson, se cuidaba en estos casos de que las distracciones del Dómine no le perjudicasen el estómago. Cuando el honrado preceptor volvía de sus andancias le recordaba las necesidades terrenales á que estamos sujetos, y proveía á cuanto pudiera satisfacer las de su protegido. Sin embargo, rara vez faltaba el Dómine á dos comidas consecutivas, lo que sucedió en esta ocasion, pues tampoco vino de regreso á la del mediodía. Debemos explicar la causa de este proceder-estrordinario.

La conversacion que habia tenido Mr. Pleydell con Manne-riug, respecto á Enrique Bertram, despertó en el Dómine todas las penosas sensaciones que su desaparicion produjera. Nunca habia dejado de reprocharse á sí mismo que su debilidad en confiar el niño á Frank Kennedy habia sido la causa próxima del asesinato de éste, de la pérdida del chico, de la muerte de Mistress Bertram y por resultado finiquito, de que se arruinara la familia de su patrono. Este era un asunto del cual jamás hablaba, si su modo de conversar pudiera llamarse así; pero no se le borraba de la memoria. La esperanza manifestada con tanta fuerza en el testamento de Mistress Bertram de Singleside hizo que relumbrase cierto destello en el corazon del Dómine, el cual lo acogiera con tanta mayor obstinacion, cuanta mayor era la incredulidad que manifestara el abogado escocés. Seguramente pensaba Sampson, Mr. Pleydell es un hombre muy erudito y profundamente versado en el conocimiento de las leyes; mas por otra parte es tan casquivano que á nadie puede hacerle discurrir con formalidad; salta en un instante de una idea á otra; y cómo es posible que pueda pronunciar como *ex cathedrâ* acerca de la esperanza concebida por la respetable Mistress Margarita Bertram de Singleside? El Dómine *pensaba* todo esto, hemos dicho, porque si hubiera pronunciado la mitad de este discurso, un ejer-

cicio tan violento é insólito habria fatigado su máquina por un mes cuando menos.

Concluyeron estas reflexiones con hacer que naciese en él un deseo de visitar otra vez los lugares que habian sido teatro de aquella sangrienta escena, y que no habia visto hacia largo tiempo, esto es, despues del dia en que el fatal accidente aconteció. El paseo era largo, porque la punta Warroch estaba sita en la estremidad de la hacienda de Ellangowan entre el promontorio y Woodbourne. Además de esto vióse precisado el Dómine á dar frecuentes rodeos porque la derretidura de las nieves habia hendido en caudalosos torrentes los arroyuelos que él esperaba poder atrancar como si fuese en el estío.

Llegó por fin al bosque donde terminaba el límite de su viaje. Recorriólo con una especie de desespero, fatigando su turbado espíritu con el recuerdo continuo de cada una de las circunstancias pertenecientes á lance tan funesto. Fácil es de creer que cuanto se presentó á sus ojos no le hiciera deducir unas consecuencias mas favorables de las que se le hubieran ofrecido el día mismo de la catástrofe. Terminando pues su peregrinacion tomó la vuelta de Woodbourne arrancando mil suspiros y sollozos, y obligado de cuando en cuando por un estómago enhambrado, á procurar acordarse de si en efecto se habia desayunado aquella mañana, pensando siempre en la pérdida del niño, y distraido á intervalos por su hambre, la cual le presentaba ante los ojos mantequeros bien provistos, molletes calientes y lonjas de rica vaca fiambre. Tomó otra vereda que la de la mañana, la cual le condujo á las cercanías de un torreón arruinado, y que llamaba la gente del campo, torre de Dorncleugh.

El lector se acordará muy bien de la descripción que de esta torre le hemos hecho; porque fué en ella donde el jóven Bertram, protegido por Meg Merrilies, presenció la muerte del teniente de Hatteraik. La tradicion popular agregaba imaginarios terrores al sentimiento natural de melancolía que aquel sitio inspiraba. Los gitanos que moraran largo tiempo en sus inmediaciones, ha-

bian inventado ó á lo menos propagado una absurda fábula que les interesaba se creyese como verdadera. Decíase que en la época de la independencia galvegiana, Haulon Mac-Dingawace, hermano del soberano y jefe absoluto, Kuarth Mac-Dingawace asesinó á su hermano y señor, con el objeto de usurpar su poderío con perjuicio de su sobrino, el cual era todavía un párvulo; pero que viéndose espuesto á la venganza de los deudos y vasallos de la familia, quienes tomaron el partido del huérfano, se vió obligado á retirarse con los cómplices de su crimen en aquella pequeña torre, la cual era inespugnable. Allí, habiéndose defendido hasta que el hambre tomó cartas contra él en favor de sus sitiadores, prendiendo fuego á la torre, él y su corta guarnicion prefirió darse muerte á caer en las manos de sus implacables enemigos. Pudiera hallarse algún viso de verdad en esta tradicion, la cual se referia á los tiempos casi bárbaros; pero la supersticion la habia enjaezado á su gusto haciendo de aquella torre una guarida de diablos y de almas en pena, de suerte que los campesinos de la vecindad, cuando la noche les sorprendia en sus inmediaciones, daban un rodeo muy considerable á fin de no pasar cerca de sus espantosos muros. La torre servia de lugar de reunion desde tiempo inmemorial á los gitanos y á los salteadores; á veces por la noche se veia luz en ella, y esta circunstancia, robusteciendo el crédito que se concedia á estas ridículas consejas, era en extremo favorecedora de los proyectos de aquellos que frecuentaban las ruinas.

Ahora tambien debemos confesar que nuestro amigo Sampson, aunque literato instruido y escelente matemático, no era sobradamente filósofo para dudar que existiesen las brujas y las fantasmas. Habia nacido en un tiempo cuando la persona que hubiese parecido vacilar en esta creencia hubiera corrido riesgo de que se la sospechase de ser partícipe en estos infernales manejos. Así es que la creencia del Dómine en estos cuentos, era para él casi un artículo de fé, y quizá le hubiera sido tan difícil dudar de las mentiras del error, que de la verdad misma de la re-

ligion que profesaba. Imbuido en estos sentimientos, y viendo que el día tocaba ya á su ocaso, no se encontró el pedagogo tan próximo á la torre de Dernclengh sin experimentar un secreto horror y un involuntario espeluzo.

Júzguese cual seria su asombro cuando al allegarse á la puerta de la torre, de aquella puerta que se suponía colocada allí por orden de los últimos lores de Ellangowan, con el objeto de que algun temerario forastero no se espusiese á los peligros que habrían podido amenazarle debajo de aquellas bóvedas temibles; de aquella puerta, decimos, que creían condenada desde años sin cuento, y cuyas llaves suponían estaban depositadas en la iglesia parroquial, se abrió repentinamente, y ofreció á los ojos espantados del Dómine la figura de Meg Merrilies, á quien reconoció en el instante, aunque hubiese muchos años que no la había visto. Colocóse la gitana delante de él en la angosta vereda de modo que le era imposible evitar rozarse con ella á menos que no se volviese atrás, lo que hubiera sido una debilidad indigna de un hombre.

—Bien sabia yo que ibais á venir aquí, díjole ella con su voz agria y chillona; sé lo que andais buscando, mas es preciso que hagais lo que voy á deciros.

—Retírate de mí! gritó el Dómine con aspecto alocado, retírate! *Conjúrote, scelestissima—nequissima—spurcissima—iniquissima—atquemiserrima—conjúrote!!!* (1)

Meg se mantuvo firme contra esta furiosa descarga de superlativos, que Sampson le disparó desde las huecas cavernas de su estómago, berreando con voz de trueno.

—Y por qué rebuznará de esa manera el loco? dijo Meg.

—*Conjuro*, prosiguió el Dómine; *adjuro, contestor atque viriliter impero tibi...* (2)

—Ea! en nombre de Satanás, qué quereis decir con esa gerigonza francesa, que haría vomitar á un perro? Teneis miedo, ca-

(1) Yo te conjuro bribonísima, perversísima, infamísima, etc. Yo te conjuro.

(2) Te adjuro, te conjuro y á fuer de varon fuerte te mando.

bezonazo? Escuchadme bien lo que voy á decir, pues de lo contrario, os habreis de arrepentir, mientras os quede puesto uno de vuestros miembros en la carcasa. Id en busca del coronel Manning, id á decirle que sé que me anda buscando: Él sabe que yo sé que las trazas de sangre serán borradas, y que lo que se ha perdido se tornará á encontrar.

Tenga ancho pecho
Que por fuerza y por derecho
Bertram á Ellangowan volverá.

Tened... tomad esta carta para él, yo iba á remitírsela por otro conducto. No sé escribir; pero tengo uno que escribe por mí y viaja por mí. Decidle que el tiempo ha llegado, que el destino se ha cumplido y que la rueda está girando. Decidle que consulte las estrellas como en otros tiempos lo hacia. ¿Os acordaréis de todo esto?

—Mujer, dijo el Dómine, mucho lo dudo, porque tus palabras me turban y mi cuerpo tiembla al escucharte.

—Mis palabras no os harán mal ninguno y tal vez produzcan mucho bien.

—Retírate, no quiero bien alguno que provenga por las vías ilícitas.

--Imbécil, dijo Meg acercándosele con una indignacion que hacia centellear sus negros ojos; imbécil, si yo quisiera hacerte daño ¿no podria precipitarte desde lo alto de esta peña? ¿Se sabria la causa de tu muerte mas que de la de Frank Kennedy? ¿Me entiendes bien, cobarde?

—En nombre de cuanto hay mas santo en el universo, dijo el Dómine retrocediendo un paso y asestando contra la supuesta hechicera el regaton de su caña con puño de estaño, cual si fuese una jabalina.—Retírate, mujer, no te acerques á mí, guárdate de tocarme. Te cuesta la vida, mira que soy vigoroso y que te.... Una brusca embestida cortó el hilo de su discurso. Lanzóse Meg sobre él, paró con el brazo un golpe que le amagara el Dómine con su baston, y armada la bruja de unas fuerzas

sobrenaturales, según aseguró después él mismo, cogióle en brazos y llevósele á la torre, con tanta facilidad, refería el pedagogo, como yo alzaría del suelo un Atlas de Kitchen.

—Sentaos ahí, le dijo ella, arrojándole en una silla medio rota, recobrad aliento y haced por reunir vuestros esparramados sentidos, negro alcuzón de Iglesia. ¿Estais ayuno ó habeis engullido demasiado?

—Ayuno de todo, excepto del pecado, respondió el Dómine, quien, recuperando la voz, y viendo que sus exorcismos solo habían servido para irritar á la adusta bruja, pensaba que lo mejor que podría hacer era fingirse complaciente y sumiso, aunque seguía refunfuñando en voz imperceptible la refahila de conjuros que ya no osaba proferir de recio. Pero, incapaz de llevar de frente dos ideas distintas, mezclaba de cuando en cuando á su discurso alguna de las palabras que ocupaban su imaginación, lo que produjo un efecto bastante ridículo, especialmente cuando la prueba que acababa de hacer de las fuerzas de la gitana le daban recelo de que los vocablos que se le escapaban pudieran producir una impresión en el ánimo de la vieja, poco agradable para él ó sus costillas.

Entretanto Meg se había acercado á un inmenso caldero que estaba sobre la lumbre. Alzó la tapadera, y el olor que exhaló la vacija, si es de fiar el olor que sale del caldero de una hechicera, prometía una cosa mejor que las drogas infernales con que se cree que está siempre repleto. Efectivamente era un bodrio de gallinas, perdices y faisanes, cocidos con patatas, cebollas y ajos puerros y cuya provision, á juzgarse por la capacidad de la marmita, parecía preparada para media docena de personas cuando menos.

—Con que, ¿ nada habeis comido hoy? dijo Meg sacando una porcion de lo que contenia el caldero, y poniéndolo todo en un plato de loza basta, salpicándolo con sal y pimienta (1).

—Nada, *sceleratissima*, es decir mujer.

(1) Véase la nota correspondiente al fin de este tomo.

—Pues bien, comed, le dijo ella colocando el plato en una mesa que estaba delante de él; eso os dará brios.

—No tengo hambre, *maléfica*, es decir, mistress Merrilies. El olor es muy bueno, pensaba entretanto el pedagogo, pero este manjar está guisado por una Canidia ó una Eriethoe.

—Si no lo engullís al momento para que os infunda ánimo, os lo meto por el gañote con este cucharón, aunque está abrasando. Vamos, pecador, abrid la boca y tragad.

Sampson habia resuelto al principio no probar bocado, pero el humillo del guisote comenzaba á vencer su repugnancia, y las amenazas de la vieja acabaron de triunfar de su obstinacion.

El miedo y el hambre son escelentes casuistas. Decíale el Hambre á nuestro Dómine: ¿no comió Saul con la hechicera de Endor? y el Miedo le decía: ¿No la habeis visto sazonar con sal el guisado? Eso prueba que no es un manjar de brujas, porque estas jamás se sirven de semejante material; luego, añadió el Hambre, así que Sampson pasó la primera tragadura, la carne es buena y sabrosa.

—¿Qué tal lo hallais? ¿os sabe bien? le preguntó la improvisada posadera.

—Escelente, respondió el Dómine; os doy gracias, *sceleratissima*, quiero decir mistress Margarita.

—Pues bien, comed hasta hartaros. Si supierais por qué medios ha venido esa carne á mis manos, no la comeriais con tanto placer.

Al oír esta espresion, el Dómine que tenia cerca de la boca su tenedor con una apetitosa presa clavada en él, lo dejó caer en el plato. La vieja prosiguió.

—Mas de una noche han pasado los muchachos á la claridad de la luna para reunir todas esas piezas de caza. Las gentes que no pueden pasarse sin comer, se rien de las leyes de veda que haceis.

Si no es mas que eso, pensó Sampson volviendo á empuñar su tenedor, no ha de impedir que yo coma.

—Ahora, bebed un trago.

—De muy buena gana, contestó el Dómine, *conjurote*, es decir

que os agradezco en el alma. Y echóse á pechos, á la salud de la hechicera, un tazon de aguardiente. Despues de haber satisfecho su conciencia, dijole á Meg, que se sentia perfectamente restablecido de su zozobra y cansancio, y en disposicion de arrostrar cuanto pudiera sobrevenirle.

—¿ Os acordáis pues de mi comision, no es verdad? Veo en vuestros ojos que estais muy distiato de cuando aquí entrasteis.

—Sí, mistress Merrilies, entregaré esta carta cerrada, y añadiré de viva voz cuanto gustéis encargarme.

—No será eso muy dificil, porque es sucinta en estremo mi comision. Decidle que no deje de examinar los astros esta noche y de hacer cuanto yo le indique:

Decid que en ellos leerá
Que por fuerza y por derecho
Ya Bertram un hombre hecho
A Ellangowan volverá.

Por dos ocasiones le he visto sin que él á mí me viese. Supe cuando vino á este país la primera vez, y por cuales motivos ha vuelto en él á presentarse. ¿Me entendéis, señor Sampson?

Siguió el Dómine á la sibila, quien le condujo al través de los bosques por un camino mucho mas corto y el cual era desconocido del preceptor. Luego que salieron de la espesura, continuó ella caminando con mucha celeridad hasta que hubo llegado á la cima de un otero que dominaba el camino.

—Un instante, dijo Meg entónces, paraos aquí. ¿ Veis al sol que se pone, penetrar con sus rayos la noche que durante todo el dia los cubriera? Mirad el punto sobre el cual se dirigen sus últimos resplandores, es sobre la torre de Donagild, la antigua torre del viejo castillo de Ellangowan. No lo hace ociosamente. Ved cual deja en tinieblas la orilla del mar hácia el lado del promontorio? Tampoco lo hace ociosamente. En este mismo paraje estaba yo—añadió ella irguiendo su talle de manera que su alta estatura no perdiese una línea de su alcance estraordinario, y extendiendo su brazo largo y nervudo á par que su seca mano—en este paraje estaba yo cuando predije al difunto laird de Ellangowan

lo que iba á sucederle. Eso no se lo ha llevado el aire. Aquí fué donde rompí con él la varilla de paz. Héme aquí subida otra vez para rogar á Dios bendiga y proteja al heredero legítimo de la familia de los Ellangowan, el cual va á entrar en la plenitud de sus derechos y será el mejor laird que ha visto Ellangowan ha tres siglos. Tal vez no viviré yo bastante para dar testimonio de ello, pero no faltarán ojos que los vean aunque los míos estén ya cerrados. Ahora, Abel Sampson, si habeis amado alguna vez á la familia de Ellangowan, llevad con premura mi mensaje cual si la vida y la muerte de vuestra diligencia dependiesen.

Apenas dejó de hablar la gitana cuando se separó bruscamente del Dómine, y tornó á ocultarse casi á la carrera en el bosque de donde acababan de salir. Miróla Sampson un instante, inmóvil y asombrado como estaba con lo que había visto y oído. Pero apresurándose á cumplir su encargo, tomó la direccion de Woodbourne con una prisa que no le era habitual, y repitió tres veces por el camino: Pro-di-gi-ó-so, pro-di-gi-ó-so, pro-di-gi-ó-so!!!

CAPITULO VIII.

No, no son estos los discursos fatuos
De la locura, no; ponéme á prueba,
Hacedme repetir las mismas frases
Que teneis por delirios de un imbecil!

SHAKESPEARE. *Hamlet.*

Dóminus Sampson, luego que llegó á Woodbourne, atravesaba la antesala con ojos espantados cuando la bondadosa ama de llaves, la cual atisbaba su vuelta, corrió tras él, diciéndole: señor Sampson, señor Sampson, ¡ea! válgame Dios! esto es peor que nunca! ¿Se va V. á poner malo quedándose tantas horas sin comer? Nada hay que dañe tanto al estómago. A lo menos debería V. decirle á Burnes que le metiese un par de galletas en la faltriquera del casacon!

—*Vade retro!* retirate, mujer! gritó el Dómine, cuyo espíritu estaba lleno todavía de la imágen de Meg, y atrancando á toda prisa hácia el comedor.

—¿Y á qué va V. por ahí? Hace mas de una hora que la comida se ha acabado, y el coronel está apurando su botella de postres. Suba V. á mi cuarto; he guardado para V. un bocadito que la cocinera aviará en un salto.

—*Exorcisote*, repitió Sampson, es decir que he comido ya.

—¡Comido! eso es imposible. ¿Y dónde ha estado V. huésped? V. nunca va en casa de nadie.

—En casa de Belzebú, segun creo.

—Vamos, este hombre está loco de remate, ha jugado los sesos al rentoi! Pero ya el señor coronel le meterá la cholla en vereda.

Con esto se retiró la mayordoma refunfuñando que era lástima ver á un hombre de tanto talento é instruccion con la cabeza tan trastornada.

—Entretanto el objeto de su compasion acababa de entrar en el comedor, donde su figura causó el mayor asombro. Estaba el Dómine cubierto de lodo desde los talones hasta la espalda, y la palidez natural de su semblante era dos veces mas cadavérica que de ordinario, á causa del trastorno mental, del terror y del cansancio que habia padecido.

—En nombre del cielo, Mr. Sampson, ¿qué significa el estado en que vemos á V.? díjole Mannering, quien advirtió la desazon de miss Bertram por un amigo cuyo afecto y simplicidad conocia tan á fondo.

—*Exorciso*, dijo el Dómine.

—¿Qué quiere V. decir con eso, señor mio?

—Perdóneme V. respetable coronel, pero á la verdad mi espíritu....

—Anda por esas nubes de Dios. Vamos, entre V. en caja, y esplíquenos lo que significa todo esto.

El pedagogo buscó una respuesta, mas como se presentase otra vez á su lengua una palabra de su fórmula latina de exorcismo,

juzgó conveniente enmudecer del todo, y puso en las manos de Mannering la carta que la gitana le habia entregado.

Rompió el coronel al instante la oblea, y leyó el pliego con aire de sorpresa.—Esto tiene visos de broma, amigo mio, pero es una broma bastante necia por cierto.

—Esta carta, dijo el Dómine con helada seriedad, proviene de una persona que gasta pocas bromas.

—¿Y quién dió á V. el encargo de entregármela?

El bueno del Dómine, en medio de sus distracciones mas escéntricas, jamás perdía de vista á miss Bertram. Acordóse de los tristes acontecimientos que le recordaba el solo nombre de Meg Merrilies, y dando una ojeada á Lucy, se cosió los labios, para no despertar funestas memorias en el alma de aquella jóven.

—Señoritas, dijo Mannering, tengan VV. la bondad de ir á prepararnos el té. Pasaremos á reunirnos con VV. dentro de breves instantes. Veo que Mr. Sampson desea hablarme á solas.—Ahora que ellas se han ido, hágame V. el favor de esplicarse. ¿De dónde viene esta carta?

—Del cielo tal vez, dijo el Dómine, pero ha llegado á mis manos seguramente por una *cartera* de los infiernos. Entregómela Meg Merrilies, la cual hace años que debería estar quemada por ladrona, pícara, bruja, gitana...

—¿Y está V. cierto de que fué ella? preguntó con calor el coronel.

—Y pueden existir sobre la tierra dos séres que se parezcan á Meg Merrilies?

Paseóse Mannering por la habitacion con pasos presurosos, y sumido en reflexiones profundas.—¿Habré de enviar gente para prenderla? Pero... Mac-Morlan vive demasiado léjos de aquí, y sir Hazlewood con sus frases machaconas no sabria cuando acabar; luego ¿quién la encontraría en el mismo paraje, quién la haria hablar, cuando se sabe el capricho que tiene por guardar silencio, y quién es capaz de aprisionarla otra vez?... No, aunque yo corra peligro de pasar por un estravagante, no despreciaré el

aviso que ella me da.... Muchas personas de su clase comienzan siendo impostoras y concluyen con tornarse entusiastas, ó bien con seguir una ruta tenebrosa entre estas dos líneas, sin saber si se engañan á sí mismas ó si engañan á los demás. Y por último resultado el camino que he de seguir es muy sencillo: si fuesen inútiles mis esfuerzos, no tendré que vituperarme por haber prestado oídos á los consejos de una falsa prudencia.

Habiendo así resuelto lo que iba á hacer, tiró del cordon de la campanilla, mandó que Burnes le siguiera á su gabinete, y dióle ciertas órdenes cuyo resultado conocerán mas tarde nuestros lectores, porque ahora nos precisa enterarles de una aventura que está relacionada con los sucesos de aquel dia memorable.

Cárlos Hazlewood no se habia atrevido á hacer ni una sola visita á la quinta de Woodbourne durante la ausencia del coronel. La conducta de Mannering para con él, aunque tan amistosa como honrada, parecia indicarle que semejante paso le desagradaria; y tal era el ascendiente que las brillantes cualidades de aquel militar habian tomado sobre el jóven que por nada en el mundo hubiera este querido hacer la cosa mas mínima que pudiera serle desagradable. Veia, ó á lo menos habia creído ver, que el coronel aprobaba su aficion hácia Miss Bertram, pero tambien advertia que no hallaba conveniente el que la declarase unos sentimientos que pudieran no encontrar la aprobacion de sus padres, y Hazlewood respetaba la barrera que el generoso y mirado protector de Lucy aparentaba poner entre él y ella.— No; pensaba el noble mancebo, jamás turbaré la paz que goza mi querida Lucy en este asilo, hasta que yo tenga el derecho de ofrecerla otro que la pertenezca.

Fiel á esta resolucion, en la cual tuvo el valor de persistir, y aunque su caballo le llevó por costumbre, hasta la puerta de la quinta de Woodbourne, se resistió al deseo que en el pecho le hormigueaba de apearse para preguntar por la salud de las señoritas; pero habiéndole acontecido lo mismo por segunda vez, fué tan violenta la tentacion, que, temiendo no poder resistirse á la

tercera, se decidió á pasar de visita á casa de un amigo suyo que vivia á corta distancia de Hazlewood, y permanecer allí mientras durase la ausencia del coronel, acudiendo á la quinta de este con suficiente premura para ser uno de los primeros que le felicitasen por su próspero regreso. Envió cariñosas espresiones á las lindas moradoras de Woodbourne, mandóles á decir que tambien iba á hacer un viaje de algunos dias, y pasó á casa de su amigo.

Habia tomado sus medidas para saber la vuelta de Mannering, á las pocas horas del regreso de este. Así que se lo avisaron, determinó ponerse en camino muy de mañana á fin de llegar á Woodbourne á la hora de comer, pues tenia en aquella casa tanta franqueza como en la suya propia. Lisonjeábase (pues se hacia á sí mismo sobre este asunto unas reflexiones mucho mas serias de lo que era necesario) que este proceder pareceria tan natural como sencillo.

El destino, empero, contra el cual reniegan los amantes tantas veces, no fué en aquella ocasion favorable para Carlos Hazlewood. Primero, una helada que cayó aquella noche hizo preciso poner herraduras nuevas á su caballo. Luego, la señora de la casa bajó de su cuarto para presidir el almuerzo, á una hora muy avanzada. En seguida se empeñó su amigo en enseñarle unos cachorros perdigueros que su perra favorita habia parido aquella madrugada. La pinta de estos hizo nacer algunas dudas acerca de su legitimidad, y Hazlewood se vió precisado á decidir la cuestion como juez árbitro entre su amigo y el montero de este, siendo su decision una sentencia sin protesta, la cual determinó los que habian de ser ahogados y los que habrian de criarse.

Ultimamente, el padre de su amigo le detuvo considerable tiempo, desplegando todos los recursos de una elocuencia prolija y fastidiosa con el fin de insinuar en el espíritu de Sir Robert Hazlewood, por la intervencion de su hijo, sus propias ideas acerca de la linea que deberia seguirse en un camino que se proyectaba. Nos avergonzamos de decir que nuestro jóven amante,

despues de haber oido retahilar diez veces seguidas unas mismas razones, no pudo convencerse del motivo porque la línea propuesta por el padre de su amigo fuese preferible á la que parecia haberse al principio ideado.

Pero el camino habia de atravesar un rio é interesaba á quien tan mal á propósito detenia al impaciente Hazlewood, que el puente se estableciera en el paraje mas inmediato á uno de sus cortijos. Sin embargo, á pesar de la importancia que el orador daba á la materia, trabajo le hubiera costado conseguir su fin, á no ser por la casualidad de mentar que el proyecto aprobado y al cual se oponia tan fuertemente, habia sido propuesto por el bribonazo de Glossin, quien estaba empeñado en que su dictámen se siguiese ciegamente en toda la comarca. Este nombre tuvo la virtud de atraer al momento la atencion de Hazlewood, quien habiéndose enterado bien de cuál de las dos líneas era la que Glossin habia propuesto, le prometió formalmente que no seria culpa suya si su padre no se declaraba por la otra.

Todos estos contratiempos ocuparon buena parte de la mañana. Carlos solo pudo montar á caballo tres horas mas tarde de lo que habia intentado, maldiciendo los herradores, las damas perezosas, los cachorrillos y los caminos nuevos, pues conoció que era demasiado tarde para presentarse decentemente en casa del coronel.

Pasó por delante de la vereda que conducia á Woodbourne y solo pudo ver el humo que salia de las chimeneas de esta quinta, y el cual se diseñaba en la bóveda azul de un cielo sin nubes, cuando creyó divisar al Dómine Sampson, quien iba atravesando á toda carrera por un bosque inmediato. Llamóle, pero inútilmente. El pedagogo, por lo comun tan inaccesible á toda impresion estraña, se hallaba en aquel momento en un estado de doble abstraccion mental. Acababa de separarse de Meg Merri-
lies, y hallábase demasiado absorto en reflexionar sobre las últimas frases que ella venia á decirle, para que se cuidase de la voz que le gritaba. Fué pues obligado Hazlewood á renunciar al pla-

cer de preguntarle por la salud de las dos señoritas, ó de hacerle alguna otra pregunta de buena crianza que condujese á pronunciar en la respuesta el nombre de Miss Lucy.

Como no tuviese ya objeto alguno para acelerar su marcha, dejó que su caballo siguiese al paso que mejor le conviniese por una cuesta arriba situada entre dos cerros desde los cuales se extendía la vista sobre dos lindísimos paisajes. Pero aun cuando aquellos parajes deberian serle muy gratos, porque la mayor parte de las tierras hasta la lontananza eran pertenencia de su padre, pensaba mas bien el jóven en dirigir la vista á las chimeneas de Woodbourne, aunque á cada paso que daba su caballo le fuese mas difícil distinguirlas.

Involuntariamente habia caído el jóven en una estraña distraccion de ideas, cuando volvióle en sí una voz que le pareció demasiado fuerte para ser la de un hombre, y demasiado chillona para provenir de una mujer.—¿Por qué llegais tan tarde? gritáronle; ¿han de hacer otros vuestra tarea?

Miró Hazlewood á la persona que le hablaba. Era esta una mujer de alta estatura, con un pañuelo liado á la cabeza, y debajo del cual salian espesos mechones de canosos cabellos. Cubria su cuerpo una especie de amplia capa, y empuñaba su mano derecha un grueso baston guarnecido de una punta de yerro. En una palabra era Meg Merrilies. Nunca habia visto Cárlos Hazlewood aquella estraordinaria figura. Hizo un movimiento de sorpresa y paró su caballo.—Creo, continuó ella, que nadie á quien interese la casa de los Ellangowan deberá dormir esta noche. He dado á tres hombres el encargo de buscaros, y vos os vais á acostar en vuestro lecho! ¿Creeis que si el hermano llegase á caer, quedaria en pié la hermana? no, no.

—No entiendo á V., buena mujer. Ahora si habla V. de miss... quiero decir de alguna persona perteneciente á la antigua familia de Ellangowan, hágame saber en qué puedo yo servirla.

—¡La antigua familia de Ellangowan! ¡La antigua familia de Ellangowan! ¿y qué familia nueva habria jamás llevado ese

nombre, que solo pertenece al noble vástago de los ilustres Bertram?

—Pero, ¿qué quiere V. decir con todo eso, buena mujer?

—Yo no soy buena mujer; nada quiero, y todo el país sabe que yo quisiera ser mejor de lo que soy. Pero tengo facultades de hacer lo que muchas buenas mujeres no harian ni osaran hacer. En mi mano está helarle la sangre al que mora en la casa del huérfano, y al que quiso despachurrarle dentro de su misma cuna. Escuchadme bien. Por orden de vuestro padre han retirado la guardia que custodiaba la aduana de Portanferry. Ha hecho que acuda á Hazlewood, porque cree que su quinta va á ser atacada por los contrabandistas esta noche. Nadie piensa en eso. Su sangre es buena. No hablo de él, pero en fin nadie tiene intención de hacerle daño. Enviad de vuelta y con la mayor premura, sin temer cosa alguna para vos, el destacamento á Portanferry. Allí es donde hace falta, y tendrá faena esta noche. La luna verá brillar los sables y oirá las descargas de las carabinas.

—¡Gran Dios! ¿qué quiere V. decir? El tono con que me habla, sus palabras todas me harian creer que estaba demente, y sin embargo no carecen de encadenamiento las ideas que me presenta.

—No, no estoy demente. Encarcelada me he visto como demente, azotada como demente, desterrada como demente, pero demente no estoy. Escuchadme, Cárlos Hazlewood. ¿Conservais algun resentimiento contra el que os causó la herida?

—No; Dios me libre de semejante cosa; estoy curado de mi herida, y me hallo firmemente persuadido que ella fué efecto de un accidente involuntario. Cuanto me alegraria de poder decírselo.

—Haced pues lo que os digo y le hareis mas bien que él os hizo mal. Si le abandonan á sus perseguidores será su cuerpo mañana por la mañana un cadáver cruento, ó se verá espatriado para siempre jamás. Pero existe *Uno* allá arriba. Haced lo que os digo; despedid inmediatamente á los soldados y nada temed respecto al castillo de Hazlewood.

Al concluir estas palabras, desapareció ella con su acostumbrada celeridad.

Segun parece, el exterior extraordinario de aquella mujer, y la mezcolanza de escentricidad y entusiasmo que reinaba en sus discursos, dejaban rara vez de producir la impresion mas viva en aquellos á quienes dirigia la palabra. Sus frases, por lo comun entrecortadas, eran demasiado claras é inteligibles para que pudiera sospechársele de una locura verdadera; y sin embargo, encontrábase en ellas al mismo tiempo demasiado desorden, demasiada vehemencia para que pudiera considerárselas como emanaciones de una cabeza bien organizada. Daba indicios de obrar por la influencia de una imaginacion exaltada mas bien que fuera de orden y no cabe duda de que ambos casos producen un efecto casi igual en el espíritu de los oyentes. Estas observaciones bastarán para explicar porque, sin que hallasen una fé implícita sus medias palabras tan originales como misteriosas habia una disposicion á escuchar y hasta á seguir sus consejos.

Cierto es á lo menos que al jóven Hazlewood llenó de asombro la aparicion súbita de aquella mujer, y el tono imperativo que ella tomara. Apretó el paso de su caballo. La noche cubria ya el horizonte cuando llegó á su quinta, y al entrar en ella, vió confirmado lo que le habia dicho la sibila.

Treinta caballos pertenecientes á un regimiento de dragones estaban debajo de un cobertizo, con las sillas y bridas puestas: tres ó cuatro soldados formaban junto á ellos una guardia, mientras los demás se paseaban arriba y abajo por el patio, con botas, espuelas, y espadas de montar.

Preguntó Hazlewood á un oficial de dónde venian.

—De Portanferry.

—¿Han dejado VV. allí alguna fuerza?

—Ninguna. El completo destacamento ha venido acá por orden de Sir Robert á fin de defender su casa, la cual está amenazada de un ataque por los contrabandistas.

Cárlos fué corriendo en busca de su padre, y despues de los primeros cumplidos, le preguntó la razon porque habia juzgado necesario llamar á su casa una fuerza armada.

Contestóle Sir Robert, que, en virtud del aviso, de la noticia, de la aseguanza que habia recibido, asistianle las razones mas fuertes, convincentes y positivas para creer, suponer, pensar, juzgar y convencerse de que un ataque deberia intentarse, dirigirse y efectuarse contra el castillo de Hazlewood, por una horda de contrabandistas, de gitanos y de otros malhechores.

—Y qué causa pudiera, padre, atraer el encono de esas gentes sobre nuestra casa antes que otra cualesquiera de las cercanías?

—Pienso, señorito, juzgo, creo, imagino y supongo, no obstante las consideraciones que se merecen vuestras luces, vuestra prudencia, vuestra esperiencia y vuestros talentos, que esas gentes acometen y atacan preferiblemente á las personas mas distinguidas por su nacimiento, rango y fortuna, y las cuales han contribuido á escarmentar, castigar y reprimir sus delitos, sus crímenes y sus escesos.

Hazlewood quien conocía el lado flaco de su padre, respondió que su sorpresa no provenia del motivo al cual la achacaba Sir Robert; pero que no concebía que se pudiese soñar en acometer un castillo, dentro de cuyas paredes habia un crecido número de criados, y al cual una infinidad de vecinos se apresurarian á llevar socorro á la señal mas leve: añadió que recelaba quedase comprometida la buena reputacion de los Hazlewood hasta cierto punto, por haber llamado el auxilio de la fuerza militar, como si no se hallasen en estado de defenderse á sí mismos, insinuóle tambien que si apareciese inútil aquella precaucion, los enemigos de su casa podrian hacer de ella un asunto de sarcasmo y rechifa.

Esta última idea fué la que hirió mas vivamente á Sir Robert; pues semejante á todos los espíritus mezquinos, nada temia tanto como á la ridiculez. Guardó silencio un instante, y, con un embarazo mal disfrazado bajo las apariencias de la altanería, y

afectando menospreciar la opinion pública, á la cual profesaba el mas escrupuloso respeto:—Yo hubiera creído, dijo él á su hijo, que la injuria que ya se ha hecho en vuestra persona, en la persona del heredero, del representante, por falta mia, de la familia de Hazlewood, habria justificado suficientemente á los ojos de la parte sana de la sociedad, de la porcion ilustrada y respetable del pueblo, una medida que tiene por objeto prevenir, estorbar é impedir un segundo ultraje de este género.

—Pero V. se olvida, de lo que tantas veces le he dicho. Estoy cierto de que la escopeta se disparó por casualidad.

—No, señor, no hubo en eso casualidad alguna. Pero os empeñais en saber mas que los que tienen mas años y os aventajan en esperiencia.

—Pero en un asunto que me incumbe particularmente, yo creia padre, que....

—No, señorito, no ; ese asunto solo os incumbe muy en segundo lugar, es decir que no os concierne en maldita la cosa, pues solamente os considero como á un jóven botarate que se complace en contrariar al autor de sus dias ; pero sí concierne, señorito, al país todo, al condado todo, señorito, al público entero, señorito ; al reino completo de Escocia, señorito ; en cuanto á que la honra de la familia Hazlewood se encuentra comprometida, injuriada, puesta en peligro por vos, señorito, en vos y por causa de vos. Por lo demás el culpable está ya en lugar seguro, y Mr. Glossin...

—Glossin !

—Sí, señor, Mr. Gilbert Glossin, el *gentleman* (caballero) que ha comprado la hacienda de Ellangowan. ¿ Bien sabeis, supongo, de qué sugeto hablo ?

—Sí, padre, sí ; pero no me aguardaba yo oír á V. citar una autoridad semejante. Qué ! ese bribon cuya codicia y bajeza son harto conocidas de todo el mundo, y al cual yo sospecho de otras mañas algo mas criminosas ! ¿ Y de cuándo acá dispensa V. á un ente semejante el título de *gentleman* ?

—Seguramente, Cárlos, que en este caso no doy á esa palabra el sentido exacto, preciso, riguroso, en el cual debe emplearse regular y legitimamente. Solo me sirvo de ella relativamente para señalar la posicion y situacion á donde ese hombre ha conseguido subir, elevarse y encumbrarse para designar á una especie de sugeto.... honrado.... rico.... estimable....

—Permítame V., padre, le pregunto si es en virtud de órdenes dadas por el ex-procurador que ese destacamento se ha retirado de Portanferry?

—No supongo, caballero, que Mr. Glossin se abrogase las facultades de espedir órdenes en un asunto en que el castillo de Hazlewood y la casa de Hazlewood... entiendo por mi primera expresion el edificio donde se halla establecido el domicilio de mi familia, y por la segunda, figurada, metafórica y parabólicamente hablando, mi familia misma... en un asunto, digo, en el cual así la quinta de Hazlewood como la casa de Hazlewood se encuentran particularmente interesadas.

—Parece, sin embargo, que él ha aprobado esta medida.

—Creí, señor mio, pensé y juzgué que era justo, conveniente y adecuado, consultarle y tomarle parecer, como al magistrado mas vecino, inmediato y contiguo, así que supe la noticia de la intentona proyectada. A resultas del miramiento, de la deferencia y del respecto con que acata la distancia inmensa que nos separa, no quiso él firmar la órden conmigo; pero aprobó altamente mis precauciones.

En aquel instante se oyó llegar un caballo á galope por la calle de árboles. Un momento despues se abrió la puerta y vióse entrar á Mr. Mac-Morlan.

—Pido á V. mil perdones, Sir Robert, por presentarme á V. tan sin aviso, pero...

—Permítame V. le haga observar, Mr. Mac-Morlan, que su calidad de sustituto del Sheriff de este condado, obligándole á cuidar de la tranquilidad pública y hallándose V. sin duda en la intencion de concurrir en persona á asegurar la de este castillo ó

quinta de Hazlewood, tiene V. un derecho cierto, reconocido é incontestable para entrar en casa del primer caballero de Escocia, sin anunciar su visita... presumiéndose siempre que á ella le llamen los deberes anexos al cargo que V. ejerce.

—Tiene V. razon, dijo Mac-Morlan, quien aguardaba con impaciencia el instante de poder hablar, son las obligaciones de mi destino las que me traen hoy á casa de V.

—Y V. es muy bien venido á ella, señor, dijo el baronete, haciéndole con la mano un gracioso saludo.

—Permítame V. le diga, Sir Robert, que no es mi idea permanecer aquí, sino enviar estos soldados á Portanferry, y aseguro á V. que su casa no corre el mas leve peligro.

—Enviar estos soldados á Portanferry! y V. responde de que mi casa no corre peligro alguno! ¿Y quién es V., señor mio, le suplico me diga, para que yo tome, acepte y reciba su caucion, su garantía, su fianza, sea personal, sea oficial, para la seguridad de mi castillo? Creo, señor mio, juzgo, imagino y pienso, que si uno tan solo de estos retratos de mi familia quedase lacerado, rasgado, estropeado ó descompuesto en el asalto, seria muy dificil para V. hacerme reparacion de esta pérdida; no obstante las garantías que tan obsequiosamente me ofrece.

—En tal caso, mi desesperacion llegaria hasta lo infinito, Sir Robert; mas espero que no experimentaré la pesadumbre de haber causado ese desastre tan irreparable, porque aseguro á V. que ningun ataque será dirigido contra Hazlewood. He tenido avisos, los cuales me hacen sospechar que han dado á V. esta alarma con el objeto de que se retirase de Portanferry el destacamento destinado á la custodia de la Aduana. La conviccion que me asiste en esta materia hace de mi deber mandar que la partida de dragones, ó á lo menos la mayor parte de ella, se ponga en marcha ahora mismo. Siento en el alma que una ausencia de cortísimo rato me haya impedido llegar acá con mayor premura, pues de resultas acudiremos á Portanferry bien tarde.

Como Mr. Mac-Morlan era un magistrado superior, y mani-

festaba á las claras su firme resolucion de usar de su derecho, el baronete, aunque picado, se contentó con decirle:

—Está muy bien! señor mio, está muy bien! llévase V. todo el destacamento; no quiero, señor mio, que se quede aquí siquiera un hombre. Sabremos defendernos por nosotros mismos, señor mio. Pero tenga V. presente que obra sobre su propio riesgo, señor mio, sobre su propio peligro, sobre su propia responsabilidad, dado caso que acontezca, señor mio, el mas leve daño á este castillo, á sus moradores y hasta al mas insignificante de sus muebles, señor mio.

—Yo obro, Sir Robert, en virtud de lo que juzgo exige mi deber, y en conformidad á los avisos que he recibido. Suplico á V. quede bien convencido de ello. Disimúleme si me pongo en marcha sin ceremonia. Ya se ha perdido mucho tiempo y llegaremos á Portanferry harto tarde.

Sir Robert, sin prestar oido á sus escusas, se ocupó en armar á todos sus criados, y en asignar su puesto á cada uno. Su hijo hubiera deseado en el alma acompañar á Portanferry el destacamento, que ya se hallaba listo para recibir las órdenes de Mac-Morlan; pero su padre hubiera llevado muy á mal el que le abandonase en un momento cuando esperaba tener que sufrir nada menos que un sitio. Contentóse pues con un disgusto que apenas le era dado ocultar, de ponerse á ver desde una ventana los preparativos de ida que hacia la tropa, hasta que el oficial que la mandaba gritó: Por cuatro á la derecha, marchen! Entonces salió al trote el destacamento, y no se tardó mucho en dejar de verlo y de oirlo.

CAPITULO IX.

De una palanca armados por ventura
 Saltar, hicimos gozne y cerradura,
 En la lóbrega cárcel penetrando
 Dó estaba el pobre Kínmon solozanda.

Antiguo romance de la frontera.

Regresemos ahora á Portanferry, donde dejamos á Bertram y á su valiente amigo Dandy Dinmont, inocentes moradores de una estancia destinada al crimen. El sueño del labrador fué muy apacible; pero el de Bertram fué interrumpido á eso de la media noche, sin que le fuera posible tornar á caer en aquel mismo estado que nos hace olvidar todas nuestras penas. Además de la turbacion é inquietud de su espíritu, experimentaba nuestro jóven una desazon, una especie de pesadilla, que provenian en parte de la falta de la circulacion de aire fresco en el pequeño cuarto donde se hallaban. Despues de haber aguantado algun tiempo todos los inconvenientes de la atmósfera que le ceñia, se levantó para abrir la ventana y procurarse un ambiente mas respirable. Pero ay! el primer esfuerzo que hizo recordóle que se hallaba dentro de una cárcel, y le convenció que habian tomado todas las medidas necesarias, no para la comodidad de los presos, sino para estorbar toda tentativa de evasion: le fué imposible abrirla. Contrariado del chasco, se quedó junto á los vidrios. Wasp, aunque cansado con su caminata del dia anterior, acudió á hacerle compañía, y le manifestó con algunos ronquidos y restregando su cuerpo contra las piernas de su amo todo el placer que sentia al tornar á verle.

Aguardando que se calmase la agitacion que experimentaba y le permitiese entregarse de nuevo al sueño, permanció Bertram largo rato contemplando la mar. La marea estaba en su lleno, y

casi tocaba los muros de la prision ; de cuando en cuando venia una ola á estrellarse contra el paredon construido para su defen-
sa. A lo lejos, y con la claridad de la luna, que por intervalos
se cubria de una ligera nube, veíase al océano henchir sus in-
numerables olas, rodarlas, y cruzar y mezclarlas unas con otras.
—Espectáculo imponente! pensó Bertram. Así es como desde la
infancia se ha visto agitada mi vida! ¿Cuándo saldré de este es-
tado de zozobra? ¿Cuándo podré vivir en una dichosa tranqui-
lidad? ¿Cuándo me será dado cultivar en paz, sin inquietudes ni
temores, las artes, á las cuales ha impedido me dedique una vida
de continuo hazar? Dicen que la imaginacion encuentra en el
sordo murmullo de las olas del mar, la voz de las ninfas y de
los tritones.... Ah! ¿por qué no veo yo elevarse del seno de ese
océano algun Proteo que venga á descorrer para mí los misterios
de mi destino?—Amigo feliz, prosiguió el jóven, mirando la ca-
ma en donde descansaba Dinmont, tus penas se limitan al estre-
cho círculo de una ocupacion útil para tu fortuna y tu salud; te
es dado olvidarlas á tu antojo, y gozar de la dulzura de un repo-
so que el trabajo de las horas anteriores te preparaba!

Interrumpió sus reflexiones Wasp, quien levantando las ma-
nos hácia el lado de la ventana se puso á ladrar muy de recio.
Sus ladridos llegaron á inquietar el sueño de Dinmont, pero es-
te sin sacudir la ilusion que en aquellos momentos le habia tran-
portado á la libre atmósfera de sus propias y verdosas colinas:—
Anda con él, Yarrow, mas cerca! anda con él, murmuró entre
dientes figurándose que estaba hablando al mastin que le custo-
diaba las ovejas.

Entretanto Wasp continuaba sus ladridos y el perro que an-
daba suelto por el patio le respondia en tonos mas huecos. Has-
ta entonces este habia guardado silencio, contentándose con
lanzar un aullido de cuando en cuando siempre que la luna en-
señaba la faz entre dos nubes. Pero ahora ladraba con furia, y
parecia hallarse escitado por otra cosa que la voz de Wasp, que
habia sido el primero en dar la alarma, y al cual su amo habia

reducido, no sin dificultad, á contentarse con producir un gruñido sordo y de descontento.

Bertram, redoblando su atencion, creyó divisar una barca en la mar. Oyó el ruido de los remos, y la voz de los hombres mezclarse al tumulto del oleaje.—Esos serán tal vez, pensó nuestro héroe, algunos pescadores trasnochados, ó contrabandistas procedentes de la Isla de Man. Sin embargo se acercan mucho á la aduana, donde deberá haber centinelas. La barca es grande y la tripulacion de crecido número de marineros, será sin duda algun lanchon del resguardo.—Confirmóle en esta última opinion el ver que atracaba al muelle sito detrás de la misma aduana. Desembarcó la tripulacion en número de veinte hombres. Quedáronse dos para guardar la barca, y los demás tomaron en silencio por una callejuela que separaba la aduana de la cárcel y pronto desaparecieron de la vista de Bertram.

Era el ruido de los remos lo que al principio habia escitado la cólera del vigilante custodio que estaba de centinela en el patio de la prision. Pero en aquel momento sus ladridos, redoblados y sin intermision, llegaron á tal grado de furia, que despertaron á su amo, animal mas feroz todavía que el mastin. Abrió una ventana y gritó con una andanada de blasfemias:—¿Quieres callarte? Tearum, ¿quieres callarte?—Todo fué inútil; el perro trocó su ladrar en aullidos, cuyos ecos estorbaban que el carcelero oyese los sonos de alarma que el guarda feroz queria anunciarle. Pero la mujer del bípedo Cerbero tenia el oido mas fino que su esposo. Tambien ella habia asomado su cabeza por la ventana.—Flojon del diablo, díjole, es menester bajar y soltar el perro en la calle. Están echando abajo la puerta de la aduana, y el viejo Hazlewood ha retirado la guardia de allí; pero si tú tienes menos corazon que una gallina! Hablando de este modo se disponia á hacer por sí misma lo que aconsejaba hiciese á su cara mitad, mientras el amable esposo mucho mas solícito de impedir todo movimiento interior que de inquietarse con lo que pudiera tener lugar en la calle, subió á hacer su requisa y á

examinar la puerta de cada calabozo con el objeto de averiguar si los presos estaban seguros.

Los movimientos del carcelero y de su digna consorte acontecian en la parte delantera del edificio, y por lo tanto los oyó imperfectamente el jóven Bertram, cuya saleta como ya lo hemos dicho, estaba sita en la fachada trasera y contigua á la mar. Notó sin embargo que habia en la casa un ruido que en nada convenia con el silencio ordinario de una cárcel despues de media noche. No pudo menos de suponer que tuviese lugar algun suceso extraordinario, y persuadido de esto corrió á sacudir por el hombro á Dinmont con el fin de despertarle.

—Ola, Aylie, dijo el montañés restregándose los ojos, ¿qué quieres, mujer? Todavía no es hora de levantarnos. Por fin, desvelándose completamente, se acordó del sitio en que estaba, se sacudió las orejas, y dijo á Bertram:—En nombre del cielo, ¿hay algo de particular?

—No puedo acertar lo que sucede, contestóle el jóven, pero ó la casa está ardiendo, ó acontece algun lance extraordinario. ¿No oye V. en la parte de adentro el ruido de puertas y cerrojos que abren y cierran con estrépito, y en la de afuera la gritería de muchos hombres y no sé que especie de sordo mugido? A fe mía que ocurre alguna novedad. Levántese V. por Dios y mantengámonos alerta.

A la sola idea de peligro, saltó Dinmont de la cama, tan intrépido y resuelto cual se ostentaban sus antepasados al ver las candeladas de alarma brillar en las cumbres de sus montes.—Qué diablo! capitan, este es un paraje muy extraño; de dia no se puede salir de él, ni dormir aquí durante la noche! Cáspita! nadie podria aguantar en este encierro quince dias seguidos! pero, vaya una barahunda! Yo quisiera que tuviésemos luz. Cállate, Wasp, cállate! déjanos oír lo que está pasando! Ea, vamos, ¿te querrás callar?

Registraron inútilmente la hornilla para buscar entre las cenizas con que encender la vela; pero no quedaba en ella una chispa de lumbré. A todo esto continuaba el estruendo.

Allegóse Dinmont á la ventana. Luego que se asomó:—Eh! capitán, dijo, venga V. acá corriendo. Vive sanes que han forzado la aduana!

—Corrió Bertram á la ventana, y vió en la orilla de la mar un grupo de contrabandistas, algunos de los cuales tenían en las manos teas encendidas; otros iban cargados de fardos y de toneles, que embarcaban en el lanchon atracado al muelle, y cerca del cual estaban amarradas tambien dos ó tres canoas.

El enigma está ya resuelto, dijo Bertram, pero yo temo algo peor. ¿No huele V. una fuerte humareda ó es una aprension de mi fantasía?

—Fantasía! no, no. Hay mas humo que el que sale de una fragua. Qué demonios! si han prendido fuego á la aduana, llegará hasta aquí y quedaremos achicharrados como barriles de brea. Mala chauza será que nos asen vivos como si fuésemos judíos ó nigrománticos. Ola! Mac-Guffog, demonio, carcelero, canalla! comenzó á gritar el labrador dando toda fuerza á su voz estentórea, eh! ábranos V. Mac-Guffog ó *Mac-condenado!*

Las llamas empezaban á subir y espesas nubes de humo se deslizaban por delante de la ventana en que estaban Bertram y Dinmont. A veces, segun el capricho de la ventolina, una luz rojiza les hacia ver en la playa unos hombres de cara siniestra y feroz, los cuales se ocupaban afanosos en cargar la barca. En fin el triunfante incendio, lanzando lenguas de fuego por todas las aberturas, despedia materiales inflamados, los cuales impedidos del viento venian á herir las paredes y techos de la cárcel y cubrian todo su ámbito de una densa humareda.

Los gritos y el tumulto seguian en aumento, porque toda la canalla de aquel lugarejo y de sus contornos se habia reunido en tropel con los contrabandistas, y bregaban de consuno para llevarse parte del botin.

Comenzó Bertram á alarmarse sériamente por su propia seguridad y la de su compañero. No habia medios de escarcelarse. Segun parecia, el honrado Mac-Guffog y su no menos honrada

corriente habian abandonado su puesto dejando los desdichados presos á ser víctimas de las llamas.

En aquel mismo instante oyóse un nuevo ataque dirigido contra la puerta de la prision, y el robusto maderaje de que estaba construida cedió por fin á los esfuerzos de los picos y palancas. Los calaboceros entregaron sin resistencia todas las llaves, y los contrabandistas pusieron sucesivamente en franquicia á todos los presos, los cuales se reunieron con sus libertadores lanzando gritos de júbilo.

En medio de aquella confusion, tres ó cuatro contrabandistas entraron en la saleta donde estaban Bertram y Dinmont. Todos llevaban machetes y pistolas en el cinto, y en las manos teas encendidas.—Bueno! dijo uno de ellos señalando á Bertram, ya hemos dado con nuestro hombre. Los otros dos le asieron del collarín al instante, pero uno de ellos le dijo al oido:—No haga V. resistencia hasta no estar en la calle:—El mismo sugeto halló medios de decir á Dinmont:—Siga V. á su amigo, y ayúdele cuando sea tiempo.

Obedeció el campesino sin contestar una palabra, y siguió á los dos contrabandistas, los cuales no soltaban á Bertram, le hicieron bajar la escalera, atravesar el patio, iluminado ahora por el incendio de la aduana, y le condujeron á la estrecha calle que estaba en frente de la prision. Allí el bullicio no tenia igual, y los contrabandistas se veian á puro empujon separados á veces los unos de los otros.

—Rayos y centellas! gritó el cabecilla que marchaba delante de los guardas de Bertram, ¿qué hay ahora de nuevo?

En aquel instante se oyó el ruido de un peloton de caballería avanzando á todo galope.

—Muchachos, prosiguió el jefe de los contrabandistas, ojo al preso, y no desperdigarse.

A pesar de esta orden los dos hombres que tenian asido á Bertram se hallaban bastante rezagados de sus demás compañeros.

Apinábbase mas y mas la alarriada turba en la callejuela. Los

unos la bajaban con intencion de huir, mientras los otros bregaban por subirla con el objeto de defenderse. Oyóse á lo lejos el estrépito de los sables, y el estruendo de los tiros de carabina. —Ya llegó el momento, dijo á Bertram su desconocido protector; desembarácese V. de ese camarada, y sígame.

Bertram, desplegando con buen éxito la robustez de que estaba dotado, se libertó fácilmente de la asidura del hombre que estaba á su derecha. Llevóse el briben la mano al cinto para sacar una pistola, pero echóle al suelo un puñetazo que hubiera desbaratado á un buey; fué Dinmont quien se lo aplicó en la nuca.

—Sígame V. sin tardanza, le dijo la protectora vez. Y al mismo tiempo se escurrieron los tres por un pasadizo que habia caído en frente de la cárcel.

Nadie se metió en perseguirlos. Hallábanse los contrabandistas demasiado ocupados con el destacamento que Mac-Morlan acababa de traer, y el cual hubiera llegado muy á tiempo para impedir el saqueo é incendio de la aduana, si el magistrado no hubiese recibido en el camino un aviso falso, que le hizo creer que los contrabandistas tenian intencion de desembarcar en la caleta de Ellangowan, circunstancia que le atrasó cerca de dos horas. Bien puede imaginarse el lector, sin miedo de faltar á la caridad, que Glossin, interesado en el éxito de aquella jornada, y el cual tenia la vista avizor sobre cuanto iba ocurriendo, al saber que los soldados se habian ido de Hazlewood, procuró al instante dar el cambio á Mac-Morlan para que Hatteraick tuviese tiempo sobrado de hacer su fechoría.

Entretanto Bertram caminaba paso á paso detrás de su protector, seguido tambien de su fiel amigo Dandy. Los gritos de los combatientes, el estruendo de los sables y de las descargas, el chapaletéo de las herraduras de los caballos, resonaban todavia en sus oidos, aunque con menor violencia, cuando á la estremidad de una calle inmediata encontraron una silla de posta con cuatro caballos.

—*¡Etais ahí, en nombre del cielo?* gritó el guía al postillon, quien estaba junto á la portezuela.

—Sí, sí, y ojalá estuviese en otra cualquiera parte!

—Abra V. pronto. Suban VV., señores, dentro de pocos instantes se hallarán en paraje seguro. Y V., dijo el desconocido á Bertram, acuérdesese de cuanto le ha prometido á la gitana.

Resuelto Bertram á dejarse guiar ciegamente por el hombre que acababa de hacerle un servicio tan importante, se subió al carruaje, siguióle Dinmont, y Wasp, que no se les habia separado un instante, saltó tras ellos. Al momento partió á galope la silla.

—Bendigamos al cielo! dijo entonces Dandy; vaya una aventura singular! Esperemos que concluirá felizmente. Pero que va á ser del pobrecito Dumple! Yo preferiria estar subido sobre sus lomos á ir caballero en la carroza de un duque. Bien lo sabe Dios!

Hizolé observar nuestro jóven héroe que segun el paso que llevaba el postillon, era imposible viajar en largo trecho sin tener que mudar de caballos, y que en la primera parada de posta, insistiria en no proseguir la ruta hasta que no amaneciese; ó cuando menos hasta no saber á donde intentaban conducirles; y que entonces Dinmont podria tomar algunas medidas respecto á su fidelísima jaca.

—Está muy bien, está muy bien, dijo Dandy, así lo haremos. Ah! si nos hallásemos fuera de esta maldita cajeta rodante, no nos llevarian por cierto sino adonde se nos antojase ir.

Mientras así hablaban, un sesgo del carruaje les hizo ver á alguna distancia el lugar de Portanferry, el cual estaba aun, y mas que nunca, iluminado por el incendio. El fuego se habia extendido hasta un almacén que servia de depósito á muchas vasijas de aguardiente, y las llamas se elevaban en brillantes ramales á una prodigiosa altura. No pudieron contemplar aquel espectáculo durante largo tiempo, porque la silla de posta, tomando otra direccion, entró en un camino muy estrecho y orlado de árboles, por el cual, no obstante la oscuridad de la noche, siguieron corriendo con la misma aceleracion.

CAPITULO X.

Cantan, juegan y rien con desatino,
 Beben hasta la Aurora,
 Mientras á cada vaso se mejora
 La generosa calidad del vino.

BURNES. *Tom Shanter.*

Vamos ahora á dar un vistazo á Woodbourne, donde dejamos al coronel, cuando acababa de dar ciertas órdenes á su criado predilecto. Luego que volvió á reunirse con las señoritas en la sala de estrado, llamóles la atencion su aire distraido, y la inquietud y zozobra que en sus facciones se traslucian. Pero Mannering no era un hombre á quien pudiera interrogarse fácilmente, y aquellas personas mismas á quienes profesaba mayor cariño, no se hubieran atrevido á preguntarle las causas de la agitacion que tan mal parado le traia. Llegó la hora del té, y todos se hallaban ocupados en tomarlo con el mayor silencio, cuando un carruaje paró á la puerta, y la campanilla anunció una visita.

—No pueden ser ellos, exclamó el coronel; faltan todavía algunas horas.

Un momento despues, Burnes, abriendo la puerta de la sala, avisó la llegada de Mr. Pleydell. Presentóse el abogado. Un vestido negro estremadamente pulcro, una peluca empolvada con todo esmero, unas vueltas de encajes y unos zapatos de lustroso barniz dieron á entender que el señor legista venia preparado para una visita de la mayor etiqueta. Apretóle Mannering la mano con suma cordialidad y le dijo:—Es V. el hombre que mas falta me hace en este momento.

—Dije á V. que me aprovecharia de la primera ocasion, aunque me espongo al riesgo de abandonar el tribunal una semana entera durante las sesiones, y bien ve V. que no es pequeño el sacrificio. Pero ocurrióseme que yo podria prestar aquí alguna uti-

lidad, al mismo tiempo que vengo á verificar una prueba... pero, haga V. el favor de presentarme á estas damas. Ah! ya veo una, á quien yo hubiera conocido al instante por su aire de familia. Miss Bertram, querida amiga, cuanto me alegro de ver á V.!... y llegándose á ella, la dió un beso cordialísimo en cada mejilla, cuyo saludo recibió Lucy con resignacion aunque ruborizándose.

—*On ne s'arrête pas en si beau chemin.* (No debe uno detenerse en un camino tan hermoso) continuó él jovialmente en lengua francesa,—y el coronel, habiéndole presentado á su hija Julia, rindió el abogado igual homenaje á sus mejillas que el que acababa de tributar á las de su compañera. Sonrióse Julia, púsose colorada, y dió un paso atrás.—Pido á V. mil perdones, señorita, dijole Pleydell; pero la edad concede ciertos privilegios, y trabajo me costaría confesar en este momento si me pesa de tener demasiados derechos para reclamarlos, ó si estoy hechizado de poder aprovecharme de ellos en una manera tan agradable—y acompañó sus palabras con un saludo que en nada se resentía de su profesion.

—A la verdad, caballero, dijo sonriéndose miss Mannering, que si V. dá unas excusas tan lisonjeras, comenzaremos á dudar de que V. pueda prevalerse de los privilegios que pretende disfrutar.

—Te aseguro, Julia, dijo el coronel, que tienes razon, y que mi amigo Mr. Pleydell es un hombre muy peligroso. La última vez que le ví estaba de encerrona con una moza lindísima, quien le habia dado una cita á las ocho de la mañana.

—Sí, coronel, debería V. añadir que favor semejante, concedido por una dama tan respetable como Mistress Rebeca, era debido á mi chocolate mas bien que á mi mérito personal.

—Eso me hace pensar, Mr. Pleydell, dijo Julia, que debo ofrecer á V. una taza de té, suponiendo que V. habrá comido ya.

—¿Y quién puede rehusar, señorita, cosa que venga de las manos de V. Sí, he comido como puede hacerse en un meson de Escocia.

—Eso quiere decir que muy mal, dijo el coronel estendiendo el

brazo hacia el cordon de la campanilla. Permítame V. haga que le sirvan alguna cosa.

—Mire V., voy á hablar con toda franqueza. Prefiero no tomar ahora nada. Sobre este particular ya he hecho una pequeña investigación. Ha de saber V. que me detuve abajo un instante para quitarme los botines, en cada uno de los cuales cabían tres piennas como la mía, dijo el abogado soslayando una mirada de complacencia hacia sus pantorrillas, las cuales no dejaban aun de tener buenas formas para la edad de su dueño; tuve un rato de conversacion con Burnes y con una señora muy inteligente, quien he supuesto será ama de llaves ó mayordoma de V., y hemos decidido en trio, y *totá re perspectá* (todo bien considerado; permónemb V. Miss Mannering estas tres palabras de latin) que añadiríamos á la ligera colacion de V. esta noche un plato mas sustancial, compuesto de dos patos silvestres; les di, con toda la sumision correspondiente, mi pobre dictámen acerca de la salsa que les pegaria mejor, y si V. me lo permite, aguardaré que estén condimentados para tomar alguna cosa sólida.

—Adelantarémos la hora de nuestra cena, dijo el coronel.

—Con muchísimo gusto mío, siempre que eso no me prive de la conversacion de estas señoritas un momento antes. Soy del parecer de mi amigo Burnet (1). Confieso á V. que me placen las cenas, si señor, aquellas que llamaban *cenae* los antiguos, aquellas comidas hechiceras, en las cuales la jovialidad hacia desaparecer los sinsabores que acumulan en nuestra imaginacion los negocios y quehaceres del dia.

La vivacidad de Mr. Pleydell, su tono facetó, la tranquila franqueza con la cual aludia á sus gustos epicúreos, divirtieron sobre manera á las damas, especialmente á miss Mannering, quien no cesó de prodigarle las atenciones mas lisonjeras. Así fué que de una parte y otra, mientras duró el té, se dijeron muchas cosas muy lindas, mas las cuales desgraciadamente no tenemos lugar de repetir aqui.

(1) Véase esta nota al fin de la obra.

Luego que se concluyó este solaz, Mannering dió el brazo al abogado y le llevó á un pequeño gabinete contiguo al salon, y donde habia todas las noches luces encendidas y una buena lumbrera en la chimenea.

—Preveo, dijo Pleydell, que tiene V. algo que decirme referente á la familia Bertram. Pues bien, ¿qué hay de nuevo? ¿Han venido noticias frescas del cielo ó de la tierra? ¿Qué dice mi guerrero Alhumazar? ¿Ha calculado V. el curso de los astros, consultado sus efemérides, su Almochodon ó su Almuten?

—No por cierto, y V. es el único Tolomeo á quien intento recurrir en esta ocasion. A fuer de nuevo Próspero (1) he roto mi varita de virtud, y arrojado mi libro cabalístico en un agua demasiado honda para que me sea fácil sacarlo. Y sin embargo no carezco de noticias que dar á V. Meg Merrilies, nuestra sibila egipciaca se ha aparecido hoy á nuestro Dómine, y segun indicios, le ha asustado sobremanera.

—¿Qué me dice V.?

—Tambien me ha hecho el honor de abrir una correspondencia conmigo, creyendo siempre que soy el profundo astrólogo que supuso ver en mí cuando primero nos encontramos. Aquí tiene V. su epístola, la cual me fué entregada por el dómine.

Púsose Pleydell sus espejuelos. Vaya unos garabatos! dijo, y eso que las letras tienen una pulgada de alto cada una, y son mas derechas que otras tantas costillas de carnero asadas. Trabajo le costará descifrar estos geroglíficos.

—Lea V. en voz alta.

Voy á dar á V. gusto, si me lo permiten estos garabatos.—«Sabeis buscar; pero no sabeis encontrar. Sois el puntal de una casa ruinosa; pero ignorais que ella vá á repararse. Prestad mano á la obra que está para hacerse, así como prestasteis ojos para penetrar el destino que se hallaba entónces bien lejano. Tened un carruaje esta noche á las diez en la estremidad de la calle Croo-

(1) El mágico de *la tempestad*, drama de Shakespeare.

ked-Dykes, en Portanferry, y haced que lleven á Voodbourne los que digan al cochero: *¿Etais ahl en nombre del cielo?*

—Poco á poco, tambien hay aquí su cacho de poesía:

«Precisa que la noche se esclarezca
Y el buen derecho triunfará,
Luego que la justicia resplandezca
Beriran á Ellangowan volverá.»

Hé aquí una carta de punta á cabo misteriosa y que concluye con unos versos dignos de la sibila de Cumes.—Y bien ¿qué de terminacion ha tomado V.?

—A fé mia, temí se me escapase la ocasion de arrojar alguna luz sobre este tenebroso suceso. Sin embargo esta mujer tiene visos de loca, y quizás todo su charlatanismo sea efecto de una imaginacion desquiciada. Pero V. es de opinion que ella sabe mas sobre este asunto de lo que ha querido decir buenamente.

—Segun eso, V. ha enviado un carruaje al lugar que se le indica?

—Se burlará V. de mí si lo confieso.

—Yo! no en verdad. Creo que ese es el partido mas conveniente.

—Lo mismo juzgué yo, y lo peor que me puede suceder es pagar de vacío la silla de posta con cuatro caballos que he enviado á Kippletringan con instrucciones conformes en un todo con el tenor de la carta. Si el aviso saliese falso, tanto peor para los caballos que se llevarán un buen planton nada agradable con el frio que hace.

—Nada de eso sucederá. La tal gitana es muy parecida al cómico que supone á sí mismo ser el personaje que representa; y aun dado caso que en el curso ordinario de su conducta no se haga ilusion á sí misma sobre las imposturas que desparrama, posible es que en esta circunstancia se empeñe en sostener el papel que ha tomado á su cargo. Por mi parte solo puedo decir que en otros tiempos agoté en ella todo mi surtido de preguntas sin poderle sacar maldita la cosa. Lo mejor pues que debemos hacer será dejarla seguir la ruta que ha querido trazarse á sí misma

para llegar á una revelacion. Ahora si V. no tiene alguna otra cosa que decirme, vamos á reunirnos con las damas.

—A fé mia que me encuentre en continua agitacion y... pero no, nada mas tengo que decir á V. Me precisará contar los minutos que deben transcurrirse hasta que vuelva la silla de posta. Supongo que V. no tendrá igual impaciencia.

—Bah!..... quién sabe..... pero la costumbre hace todo..... no hay duda que me tomo mucho interés en este asunto; mas me siento con fuerzas para sobrellevar este rato de expectativa, sobre todo si consigo que las señoritas nos obsequien con un poco de música.

—Y los patos silvestres?

—Tiene V. razon; corobel. Mire V., la inquietud de un abogado por el pleito mas importante del mundo rara vez llega á quitarle el sueño ni la digestion, y sin embargo mucho me alegraría de oír el ruido de las ruedas del carruaje.

Diciendo estas palabras se levantó y entróse en la sala de estrado. A su ruego tomó el arpa miss Mannering para acompañar á Lucy Bertram, quien hizo oír la voz melodiosa de que la naturaleza le habia dotado. En seguida Julia ejecutó con brillante maestría algunas sonatas de Corelli. El viejo abogado, que añaba algun tanto el violoncelo, y era miembro de un concierto filarmónico en Edimburgo, estuvo tan encantado con aquel buen rato, que no pensó en los ánades silvestres hasta que Burnes vino á avisar que la cena estaba dispuesta.

—Díle á Mistress Allan que reserve alguna cosa, dijo él coronel á su criado, porque aguardo, es decir que tal vez venga á acá alguién esta noche. Preven á los sirvientes que no se acuesten ni cierren la puerta que cae á la calle de álamos hasta que yo no lo disponga.

—Válgame Dios, papá, dijo Julia, ¿á quién puede V. aguardar tan á deshoras?

—A unos sujetos que me son desconocidos; pero se me da en viado á decir que tal vez vengan esta noche para hablarme de un asunto. Sin embargo su venida no es cierta.

—Pues bien, no les perdonaremos que vengan á echar á perder nuestra pequeña tertulia, á no ser que nos traigan tanta broma y amabilidad como nuestro amigo Mr. Pleydell, mi admirador, ya que tiene á bien adoptar ese título.

—Ah! miss Julia, dijo el abogado, ofreciéndole la mano con aire de galantería para conducirla al comedor.—Hubo un tiempo... cuando volví de Utrecht en el año de 1738.

—No nos hable V. de eso, le suplico; le queremos á V. mejor así como está, Utrecht! válgame Dios! sin duda que desde entonces ha estado V. ocupado solamente en destruir todos los vestigios de su educacion holandesa.

—Perdone V., miss Mannering, los holandeses en materia de galanterías son mucho mas pulidos de lo que juzgan sus veleidosos vecinos los franceses, luego son tan exactos en sus obsequios como la campana de un reloj en dar la hora.

—Jesus qué fastidio!

—Tambien su carácter es impasible.

—Peor que peor.

—En fin despues que un adorado de V. se ha cuidado durante seis veces trescientos sesenta y cinco dias de ponerle el chal sobre los hombros, de colocar el maridillo debajo de los piés de V., de arrastrar en pequeño trineo sobre el yelo en invierno, y el polvo en verano, es V. muy dueña, repentinamente, sin motivo, sin excusa, al cabo de dos mil ciento noventa dias, cuya suma por un cálculo hecho de prisa y sin tener en cuenta los años bisiestos; completa el espacio de tiempo predicho, es V. muy dueña, digo, de darle unas calabazas muy orondas sin concebir la menor alarma de los efectos que su rigor pudiera producir en el corazón calmoso y reflexivo del enamorado *mein Herr*.

—Ese es seguramente, Mr. Pleydell, el último rasgo del elogio de los holandeses? No sabe V. que el corazón y el cristal perderian todo su mérito en el momento que perdiesen su fragilidad?

—Respecto á eso, miss Julia, no es mas fácil hallar un vaso que

no se haga trizas al caerse al suelo, que un corazón al cual redujesen al desespero los rigores. Y este me hiciera insistir en la dureza del mío si yo no estuviese viendo á Mr. Sampson aguardando con los ojos medio cerrados y las manos juntas el fin de nuestra conversacion para decir el benedícite á nuestra cena. Y en verdad que los patos silvestres tienen un aspecto muy apetitoso.

—Hablando así sentóse á la mesa el abogado dando treguas á su galantería un buen rato á fin de honrar los manjares que adornaban el mantel. Su única observacion fué que los patos estaban perfectamente guisados, y que la salsa de Mistress Allan era superior á todo elogio.

—Estoy viendo, dijo miss Mannering, que en el instante de declararse Mr. Pleydell admirador mío, me disputa su corazón una rival formidable.

—Perdóneme V., hermosa damisela, solamente los rigores de V. han podido determinarme á participar de una buena cena en presencia suya; ¿y cómo, sino, hubiera yo podido soportarlos á no haber tomado la precaucion de restaurar mis fuerzas? En conformidad al mismo principio, voy á beber un vaso de vino á la salud de V.

—Y esa tambien será una moda de Utrecht, ¿no es verdad, señor letrado?

—Nada de eso, señorita; hasta los franceses que son modelos de la galantería, llaman á sus fondistas *restauradores*. Esto será sin duda por alusion á los amantes abrumados con los rigores de sus queridas. Por mi parte exige tantos socorros mi situacion, que me veo obligado, Mr. Sampson, á suplicar á V. me trinche otro alon de ese pato sin perjuicio de otro pedazo de pastel que pediré en seguida á la bondadosa miss Bertram. Señor, señor, desprenda V. el alon, no lo corte con el cuchillo. Mr. Burnes ayudará á V. Mil gracias, Mr. Sampson, y V., Mr. Burnes, hágame el favor, si gusta, de un vaso de cerveza.

En tanto que el legista, embobado con el talento y las atencio-

nes de miss Mannering, picoteaba así, tanto por divertirla á ella como por ensayarse á sí mismo, la impaciencia del coronel carecia de limites. Habia rehusado sentarse á la mesa, só pretes-to de que nunca cenaba, recorria la habitacion dando acelerados paseos; se acercaba cada instanté á la ventana, hacia muestra de escuchar con atencion, y en fin no pudiendo resistir el movimien-to que le arrastraba, púsose el leviton y el sombrero, y salió con la mira de llegarse hasta la estremidad de la calle de árboles, cual si por este medio pensase apresurar la llegada del carruaje que estaba aguardando.

—Yo quisiera, dijo miss Bertram, que el coronel no se espusiera á salir de casa por las noches. Sin dada, Mr. Pleydell, habrá lle-gado á noticia de V. la horrorosa escena que presenciamos el otro dia?

—¿La de los contrabandistas? Oh! esos son unos antiguos ami-gos míos. Ha tiempo que hice ahorcar unos cuantos de ellos.

—Y el lance que nos aconteció pocos dias despues, por causa del espíritu de venganza que emberrenchinaba á uno de aquellos miserables?

—Sí, cuando recibió la herida el jóven Hazlewood.

—Suponga V., querido Mr. Pleydell, cual nos asustaríamos la señorita Mannering y yo, al ver arrojarse sobre nosotras de re-pente á un bribonazo alto y fornido, tan notable por sus fuerzas como por la fealdad de sus facciones.

—Preciso es que V. sepa, Mr. Pleydell, dijo Julia, incapaz de dominar el despecho que la inspiraba el modo con que describia Lucy á su amante, que el jóven Hazlewood es un sér tan perfec-to para los ojos de todas las damas de nuestras cercanías, que los demás hombres las parecen unos meros espantajos.

—Oh! oh! pensó Pleydell, quien en virtud de su profesion y ca-rácter nunca dejaba que se le escapase un ademan ni una in-flexion de la voz cuya tendencia no advirtiese, aquí hay algun piquecillo entre mis dos amiguitas.—Mire V., miss Mannering, no he vuelto á ver desde que era niño á Mr. Cárlos Hazlewood, así

es que todas esas damas pueden tener razon. Pero aunque V. se enfade conmigo, si quiere ver jóvenes bien parecidos, deberá pasar á Holanda, de cuyo país hablábamos ahora poco. El mozo mas lindo que he visto en toda mi vida fué un joven Holandés, cuyo único defecto era tener un nombre harto bárbaro, como Van Bost, Van Buster, no me acuerdo qué. Hoy ya no deberá estar tan buen mozo.

Tocó ahora á Julia poner la cara un poco agria, pero en aquel mismo instante volvió á entrar el coronel.—Ni veo ni oigo cosa alguna, dijo, y sin embargo, Mr. Pleydell, no nos recogere-mos todavía. ¿Dónde está Mr. Sámson?

—Aquí estoy, señor, dijo el Dómine, quien se habia embutido en un rincon de la sala y estaba en íntima conferencia con un libro de á folio.

—¿Qué obra es esa, Mr. Sámson? preguntóle Pleydell.

—Es la que escribió el sábio de Lyra (1). Señor coronel, yo quisiera que V. y Mr. Pleydell me dieran su dictámen sobre un pasaje de este capítulo cuyo sentido ha dado márgen á grandes controversias.

—Mr. Sámson, respondióle el abogado, ahora no me encuentro con ánimo para hacerlo. Tenemos aquí unas musas mas atractivas, y todavía no me desespero de conseguir que estas damas nos canten un duo, ó ellas y yo entonaremos un terceto en el cual haré la parte de bajo. Envíe V. al diablo su Lyra, ó guárdelo para un instante mas conveniente.

El Dómine, chasqueado, cerró su enorme volúmen, sorprendido interiormente de que un hombre tan erudito como Mr. Pleydell pudiese ocuparse de fruslerias semejantes. Pero el abogado, indiferente á la pérdida de su reputacion, se habia humedecido el gaznate con un púlpito de vino borgoñés, y habiendo prau-diado un instante con una voz que el tiempo habia cascado algun tanto, invitó á las damas para que cantasen con él la cantinela:

«Tres pobres marineros.»

(1) Nicolas de Lyra, erudito teólogo del siglo décimo tercero, natural de Euxou. Sus comentarios sobre la Biblia han tenido mucha fama.

—¿No temen VV. señoritas, que se les ajen las rosas, velando hasta tan tarde?

—De ningún modo, papá, respondió Julia. Nos amenaza Mr. Pleydell para mañana de una gran discusión que va á tener con Mr. Sámpton, y justo es que disfrutemos esta noche de nuestra conquista.

Cantaron otro duo y despues tuvo lugar un chistosísimo coloquio. En fin, largo rato despues que el reloj hubo dado la una, comenzó á desesperar Mannering de que viniese la silla de posta. Sacó del bolsillo su muestra el coronel y dijo: ya no hay que pensar en eso—pero al mismo instante.... Sin embargo, lo que sucedió merece un nuevo capítulo.

CAPITULO XI. *aquí 2da*

Lo que dijo el destino está probado,
Ni huérfano te ves ni abandonado,
Mira á tu tío, á tu hermana, primo y madre,
Tu familia total; yo soy tu padre!

El criticon.

Apenas Mannering se hubo guardado su reloj de faltriquera cuando se oyó á lo lejos un sordo ruido.

—Ese es seguramente el rodar de un carruaje, dijo. Pero nó... es el viento que agita los álamos. Mr. Pleydell, acérquese V. á la ventana, si me hace el favor.

El abogado, quien tenia en la mano un pañuelo grande de seda, se hallaba entretenido con Julia en una conversacion que parecia interesarle mucho. Sin embargo obedeció á la llamada, despues de haberse liado el pañuelo al cuello para preservarse del frio. Distinguióse entónces con toda claridad el ruido de unas ruedas, y Pleydell, cual si hubiese reservado toda su actividad para aquel instante, se salió corriendo de su habitación.

El coronel tiró de la campanilla para que acudiese Burnes, y

como ignoraba cuales eran las personas que iban á llegar, le mandó que las introdujera en otro aposento. Pero esta órden no pudo llevarse á efecto, porque mientras esplicaba sus intenciones al ayuda de cámara, oyó á Pleydell esclamar. Válgame el cielo! es nuestro amigo de Charles Hope y viene con él otro guapeton de igual calibre!

Su voz detuvo á Dinmont, quien se encontró con el abogado y manifestó tanta sorpresa como placer.—Ola! V. por acá? dijo el campesino, entónces todo va bien!

Pero mientras Dandy se paraba con el objeto de hacer sus cortesías, Bertram, deslumbrado con la repentina claridad del salon, y atónito aun con todo lo que acababa de acontecerle, entró en el estrado casi sin saber lo que hacia, porque la puerta se habia quedado abierta de par en par, y se halló cara á cara con el coronel quien se disponia á salir. Mannering conoció á Brown inmediatamente, y quedóse estático al ver delante de sí una persona á quien no esperaba volver á ver en este mundo.

Debemos tener presente que cada una de las personas que estaban en la sala tenian sus razones particulares para mirar con una especie de terror á un hombre cuya súbita aparicion se asemejaba á la de un espectro.

Mannering veia en su presencia á un hombre al cual creia haber dado muerte en las Indias Orientales.

Julia miraba á su amante en una situacion embarazosa y tal vez arriesgada. Lucy Bertram reconoció en él al que habia herido á Cárlos Hazlewood.

Bertram, quien interpretaba las miradas fijas y llenas de asombro del coronel por una señal del disgusto que le causaba su llegada, apresuróse á decirle que su presentacion á él era involuntaria, pues que le habian traído allí sin saber á donde le conducian.

—Creo que estoy viendo á Mr. Brown, díjole Mannering.

—Sí, señor, el mismo que V. conoció en Indias, y el cual se atreve á esperar que el concepto formado por V. entónces de él

no impida que reclame el testimonio de V. á fin de hacer justicia á su honor y á su carácter.

—Mr. Brown, rara vez... ó nunca, por decir mejor, semejante sorpresa... Pero por cierto, señor, no obstante lo que tuvo lugar entre nosotros, tiene V. un derecho á invocar mi testimonio.

En aquel momento crítico entraron en la sala el abogado y Dinmont. Vió Mr. Pleydell el semblante del coronel que manifestaba no haber vuelto aun de su asombro, á Lucy Bertram, quien nada oía de cuanto hablaban, próxima á desmayarse de susto, y á Julia que hacia esfuerzos varios para ocultar sus zozobras é inquietudes.

—¿Qué significa todo esto? preguntó el legista. ¿Ha traído aquí este mancebo la cabeza de Medusa? Dejad que yo le vea.—Vive el cielo, pensó el letrado, esas son las mismas facciones del difunto Ellangowan! La bruja ha cumplido su palabra. Luego dirigiéndose á Lucy—Mis Bertram, díjola, mire V. con atencion á ese joven; ¿ha visto V. alguna vez á alguien que se le pareciera?

Lucy solamente habia echado una ojeada sobre aquel objeto de su terror, y bastó esa para que reconociese al supuesto asesino de Carlos Hazlewood. No pudiendo pues formarse de él una idea mas favorable de la que sin duda hubiera concebido, toda vez que le hubiese examinado con mayor atencion:—No me habéis de él, balbuceó ella, echadlo de la casa cuanto antes, ó de lo contrario vamos á ser asesinados todos!

—Asesinados! ¿dónde están las tenazas? dijo el abogado algun tanto enternecido. No piense V. en eso. Aquí estamos tres hombres sin contar los criados y el bizarro Dómine, que vale por media docena; tenemos la fuerza de nuestra parte. Sin embargo, Dandy, eh! Dinmont, póngase V. de pantalla entre ese moceton y nosotros para defender á estas damas!

—¿Qué hay, Mr. Pleydell? Pues si es el capitán Brown. ¿No conoce V. al capitán?

—¡Ah! si V. le conoce, nada tenemos que temer; pero manténgase V. á su lado.

Todo esto pasaba con tanta rapidez que el Dómine solo tuvo tiempo para salir de una de sus distracciones, y cerrar el libro que en un rincón estaba leyendo. Levantóse para ver á los recién venidos; mas á penas hubo mirado á Bertram, cuando exclamó:

—Si los muertos salen de su sepulcro, el que ve ahora mis ojos es mi querido, y mi respetable patrono!

—Bien, en nombre del cielo, dijo el abogado; cierto estaba yo de que no padecía equivocacion. Venga V. acá, señor coronel; ¿por qué vacila V. en dar la bienvenida á ese su huésped? Creo... estoy seguro de que no voy errado. No puede haber una semejanza mas perfecta. Pero, Dómine mio, tenga V. cachaza. No diga V. una sílaba. Tome V. asiento, jóven.

—V. ha de perdonarme, señor. Si me encuentro, como lo creo, en casa del señor coronel Mannering, quisiera saber si ese caballero se halla ofendido de mi llegada, la cual no estuvo en mí prevenir ni estorbar.

Hizo Mannering un esfuerzo para decir algo.—Ofendidol no por cierto, señor, y sobre todo si V. tiene á bien indicarme el modo en que pueda serle de alguna utilidad... Creo que tengo que hacer á V. alguna indemnizacion... tal he pensado siempre. Pero la venida de V. ha despertado en mi corazón unos recuerdos tan dolorosos, que todavía no me habia hallado con fuerzas suficientes para decirle que, sean cuales fueren los motivos que me proporcionan esta honra, la visita de V. me es en extremo agradable.

Respondió Bertram con un frío aunque urbano saludo, á la grande civilidad del coronel.

—Julia, debes recogerte ya, niña mia; V. disimulará que mi hija nos deje, Mr. Brown; bien ve V. que también á ella la afligen recuerdos penosos.

Levantóse miss Mannering y dejó el aposento; mas al pasar por delante de Bertram, pronunció estas palabras:—Insensato! ¿otra vez? pero de modo que solo él pudo oirlas.

Siguió á su amiga miss Bertram sin poder decidirse á dirigir una segunda mirada al objeto de su terror. No sabiendo como es-

plicarse cuanto estaba pasando, creyó que había alguna equivocación, y no quería acrecentar el embarazo de la escena denunciando al desconocido como á un asesino. Por otra parte veía que era conocido del coronel y que este le dispensaba consideraciones; por lo tanto era preciso que le engañasen sus ojos y que aquel hombre no fuese el culpable, ó bien reconocer que Hazlewood tenia razon en decir que su herida habia sido efecto de la casualidad.

Lo restante de la reunion hubiera formado un grupo de bastante interés para ejercitar los pinceles de un pintor hábil. Cada cual estaba demasiado absorto en sus propias reflexiones para que intentase penetrar las que á los otros distraían.

Bertram se encontraba repentinamente en la casa de un hombre á quien se hallaba dispuesto por una parte á mirar con malos ojos, como enemigo personal suyo, y por otra á respetar porque era el padre de Julia.

Mannerling vacilaba entre el júbilo de tornar á ver á un hombre á quien creia haber quitado la vida en una quimera que á sí mismo se reprochaba, y las antiguas preocupaciones que concibiera contra él, las cuales habian vuelto á posesionarse de su orgulloso corazon tan luego como se presentó ante su vista.

Sampson, puesto de brucees sobre el espaldar de su silla, sus miembros agitados de un involuntario temblor, tenia los ojos tan fijos en Bertram que parecia imposible pudiese desclavarlos de él.

Dinmont, arropado con su enorme leviton, y con su nudoso palo en las manos, se asemejaba á un guedejudo oso, apoyado en sus patas traseras, y dirigia sucesivamente á cada cual unos ojazos en los cuales se veía retratado el asombro.

Unicamente el abogado, vivo, maligno y sutil parecia hallarse en su verdadero elemento, y saboreaba de antemano el lucido éxito de un proceso tan extraño como repleto de prodigios. Un jóven monarca, henchido de esperanza, y que se hallase á la cabeza del ejército mas hermoso, no podria sentir mayor satisfaccion en el instante de emprender su primera campaña. Tomó á

su cargo hacer que cesase la cohibicion general ocupándose en producir una inmediata esplicacion.

—Vamos, señores, siéntense VV. Este asunto es de mi incumbencia peculiar. Precisa que VV. me dejen meter mi cuarta de espadas. Tome V. asiento, querido coronel, y permita que lleve yo el timon de la nave. Siéntese V., Mr. Brown, *aut quò cumque alio nomine vocaris* (1). Dómine, ponga V. las aposentaderas en blando, y tú tambien, Dandy, mi honrado amigo.

—No sé, Mr. Pleydell, contestó Dinmont, mirando alternativamente á su burdo leviton, y al elegante mueblaje del estrado, no sé si yo haria mejor de irme á otro lugar cualquiera, mientras V. aconsejaban aquí. Bien ve V. que no estoy en....

El coronel, quien habia reconocido á Dandy, le tomó de la mano y dijo: que despues de cierta accion que habia atestiguado en Edimburgo, su leviton y sus zapatones harian honor al palacio de un rey.

—¡Oh! señor coronel, bien sé que no paso de ser un campesino; pero tambien es verdad que me agradará oír cuanto respecte á la felicidad del capitan; y yo respondo de que todo vendrá á pedir de boca, toda vez que Mr. Pleydell se encargue del asunto.

—Tienes razon, Dandy, dijo el legista, y has hablado como un oráculo montañés. Ahora calla la boca. Brown, ya veo que todos estamos sentados. Tomemos un vaso de vino para comenzar metódicamente. Pues señor, añadió Mr. Pleydell volviéndose á Bertram, dígame el buen amigo, si sabe quién es y lo qué es?

A pesar de todas sus inquietudes no pudo Bertram menos de echarse á reir cuando oyó estas primeras preguntas.—A la verdad, señor, respondió el jóven; en otros tiempos creí saberlo, pero ciertas circunstancias muy recientes me obligan hoy á dudarle.

—¡Pues bien! díganos V. ahora lo que V. pensaba que era otras veces?

—Creí que ora y me llamaba Van[Beest Brown, y serví en cali-

(1) O cualquier otro que sea tu nombre.

dad de cadete en el regimiento que mandaba el coronel Manne-ring, de quien tengo el honor de ser conocido.

—Puedo, dijo el coronel, certificar la identidad de Mr. Brown, y debo añadir lo que su modestia le hace olvidar y es, que se distinguía tanto por su conducta cuanto por su valor y talentos.

—¡ Mejor que mejor ! pero todos esos no pasan de unos rasgos generales. ¿ Puede decirnos Mr. Brown dónde nació?

En Escocia, pienso; pero el preciso lugar de mi cuna me es desconocido.

—¿ Y dónde educaron á V. ?

—En Holanda, á no dudarlo.

—¿ Y la memoria de V. no le retraza cosa alguna anterior á su ausencia de la Escocia ?

—Unos recuerdos imperfectísimos. Sin embargo, conservo una idea de que en mi infancia yo era objeto de la ternura y solicitud de cuantos me rodeaban. Tal vez se grabó en mi espíritu tanto mas profundamente cuanto que en seguida esperimé un trato bien distinto. Creo que me acuerdo de un hombre á quien yo llamaba papá, de una señora que estaba continuamente achacosa, y la cual, juzgo, seria mi madre; tambien me acuerdo de un hombre alto, seco, vestido de negro, quien me enseñaba á leer, y la última vez...

Aquí el Dómine no pudo contenerse por mas tiempo. Mientras cada palabra servia para convencerle que estaba ante sus ojos el hijo de su primer bienhechor, habia conseguido, no sin mucho trabajo, dominar sus emociones; pero cuando el jóven Bertram, entre los recuerdos de su infancia, llegó á hablar de él, le fué imposible sofocar la espresion de sus sentimientos. Levantóse de su silla temblando como un azogado, estendió los brazos, y esclamó con los ojos arrasados en lágrimas :

—Enrique Bertram, mírame; ¿ no soy yo el hombre que mientas ?

—Sí, dijo Bertram, estremeciéndose cual si una luz repentina hubiese herido sus ojos; pero... sí, creo que ese era el nombre que

me daban, y me parece que reconozco la voz y las facciones de mi antiguo preceptor!

El Dómine se precipitó en sus brazos, estrechándole contra su corazón con unos transportes que parecían convulsiones violentísimas, é intentó hablar, mas solo pudo deshacerse en lloros.

El coronel sacó su pañuelo, Pleydell limpió los cristales de sus espejuelos y el honrado Dinmont exclamó:—El diablo del hombre me va á obligar que haga lo que no he hecho he desde que mi madre se murió.

—Vamos! vamos! dijo el abogado, que haya silencio en el tribunal. Tenemos que habérmolas con un asunto muy serio. No perdamos el tiempo, y adelante con nuestro interrogatorio. Será posible que tengamos algo que hacer antes de que salga el sol.

—¿Quiere V. que mande ensillar un caballo? dijo el coronel.

—No, no; tenemos tiempo de sobra; pero vamos, Mr. Sampson, ya he permitido á V. toda la latitud conveniente para la espresion de sus sentimientos; es preciso poner coto á ellos por ahora, y dejarme proseguir mi investigacion.

El Dómine estaba acostumbrado á obedecer á cualquiera que le diese una orden. Volvió á dejarse caer en una silla, cubrióse la cara con un pañuelo, así como el pintor griego tapó con un velo la de Agamenon, y sus cruzadas manos demostraron que se ocupaba interiormente en tributar al cielo accion de gracias. De cuando en cuando abria los ojos cual si quisiese asegurarse que lo que habia visto no era una aparicion que se hubiese disipado en los aires, y cerrábalos en seguida para continuar sus devotos ejercicios. En fin el interés que le inspiraban las preguntas del abogado atrajo completamente su atencion.

—Y ahora, dijo Mr. Pleydell, despues de haberle hecho otras varias preguntas relativas á los recuerdos que de su infancia le quedaban, ahora Mr. Bertram, pues en adelante creo que podremos darle este nombre, tendrá V. la bondad de decirnos si

hace memoria de algunas particularidades acerca del modo en que salió V. de la Escocia.

—Si he de decir la verdad, señor, aunque en mi memoria están grabadas todavía aquellas circunstancias, el terror mismo que las acompañó, ha embrollado sebremanera su recuerdo. Conservo una idea confusa de que mientras me paseaba... en un bosque, según creo....

—Sí, Enriquito, sí, dijo el Dómine; en el bosque de Warroch.

—Calle V., Mr. Sampson! gritó el abogado.

—Sí, en un bosque era. Una persona se paseaba allí coningo.... creo que este bondadoso preceptor.

—Sí, Enriquito, Dios te bendiga; yo iba acompañándote.

—Quiere V. callar, Dómine del diablo, y no interrumpirnos á cada momento! prosiga V., dijo Pleydell á Bertram.

—Tambien, ¡á semejanza del que pasa de un sueño á otro, figúraseme que me hallaba á caballo en ancas de mi pedagogo....

—Eso no, eso no! gritó Sampson, nunca he espuesto mi vida, mucho menos la tuya, á un peligro de tal tamaño.

—Señor Dómine, esto pasa ya de castaño oscuro! Si se le vuelve á soltar á V. otra sílaba, agarro mi libro de magia, leo en él cuatro palabrotas, trazo con mi baston un círculo al rededor de mí, y hago que Enrique Bertram se vuelva otra vez Van Beest Brown.

—Perdóneme V. respetable varon, perdóneme V. Solo fué un *verbum volans* (una palabra al aire.)

—Pues bien! *volens volens* (quiera V. ó no quiera) cálese la boca!

—Ruego á V., Mr. Sampson, interpuso el coronel, que guarde silencio. Es de suma importancia para el amigo que V. acaba de encontrar, el que Mr. Pleydell pueda recoger todas las reseñas que necesite.

—Enmudezco, dijo el Dómine.

—De repente , continuó Bertram , nos acometió una turba de hombres ; mientras peleaban traté de escabullirme ; luego me hallé en los brazos de una mujer muy alta , la cual me protegió durante algun tiempo. Todo lo demás no es en mi fantasía mas que desórden y confusion. Tengo un recuerdo inseguro de haber estado en una playa , introducidome en una caverna , y bebido allí un licor muy fuerte que me adormeció. Mi memoria solo comienza á retrazarme los objetos con certidumbre desde la fecha de la época en que yo servia como paje de escoba á bordo de un lugre , donde me daban mal trato , y peor alimento , hasta que un anciano comerciante holandés , habiéndome tomado algun cariño , se declaró protector mio , y me puso en uno de los colegios de Holanda.

—¿Y qué decian á V. respecto á sus padres?

—Poco ó nada , añadiendo siempre una prohibicion formal de que procurase indagar otra cosa alguna. Insinuáronme que mi padre estaba interesado en el contrabando que se hacia por las costas orientales de Escocia , y que le habian dado muerte en un tiroteo que tuvo lugar con los dependientes del resguardo ; que sus correspondientes de Holanda tenian á la sazón un buque en aquellos mares , parte de cuya tripulacion se habia hallado comprometida en la refriega , y que , viéndome desamparado á resultas de la muerte de mi padre , me habian recogido por caridad. Luego que fuí creciendo en años , muchas circunstancias de esta historia me parecieron poco acordes con los antiguos recuerdos que me quedaban. Pero... ¿ qué habia yo de hacer? Hallábame sin medios de esclarecer mis dudas , y sin un amigo á quien pudiera comunicárselas. Lo restante de mi vida es bien sabido del coronel Mannering. Enviáronme á las Indias para que trabajase en una casa de comercio , los negocios de la cual , yendo bastante torcidos , abracé la profesion militar , que me lisonjeo de no haber deshonrado.

—V. es un jónen tan bizarro como bueno , dijo Pleydell , y supuesto que ha carecido de padre tanto tiempo , yo quiesira en el

alma poder reclamar la honra de semejante paternidad. Pero, y ese lance con el joven Hazlewood?

—Fué puramente accidental. Hallábame viajando en Escocia por diversion, y despues de haber pasado una semana en casa de mi buen amigo Dinmont, con el cual tuve la dicha de hacer conocimiento por un acaso...

—Para mí sí que fué la dicha, exclamó Dandy, porque á no ser por él, un par de bergantes me hubieran molido los huesos y no estaria yo aquí ahora para contarlo.

—Nos separamos, y unos ladrones me robaron todo el equipaje. Estaba yo alojado en Kippletringan cuando quiso la casualidad que encontrase á ese joven que V. mienta. Acerquémeme con el objeto de saludar á miss Mannering, que tuve la honra de conocer en Indias; pero como mi traje nada tenia de presentable, mandóme el caballero Hazlewood con tono imperioso que me retirara, amenazóme con la escopeta, quise desarmarle, y de este modo fuí el causante involuntario del incidente que le proporcionó la herida. Ahora, señor, que he contestado á todas las preguntas de V....

—No, no, dijo Pleydell con aire malicioso, no ha respondido V. á todas categóricamente. Pero transfiero á mañana lo restante de mi interrogatorio, pues ya es tiempo, me parece, de levantar la sesion por esta noche.

—Pues bien, señor, con el fin de variar la forma de mi pregunta, ahora que he contestado á cuantas V. ha tenido á bien hacerme por el instante, ¿tendria la bondad de decirme á su vez quién es V., que tanto se interesa en mis asuntos, y quién juzga V. que yo soy, pues que mi venida á esta casa parece haber ocasionado tal trastorno?

—Pues, señor, yo soy Paulus Pleydell, abogado en Edimburgo. Respecto á V. no es tan fácil decir en este momento quien V. sea; mas espero que muy en breve podré saludarle dándole el nombre de Enrique Bertram, representante de una de las familias mas antiguas de la Escocia y heredero legítimo de las ha-

ciendas de Ellangowan. Sí, añadió el legista hablando consigo mismo, será preciso saltar á pié juntillo por encima del padre, y por causa de la sustitución hacerle heredero directo de su abuelo Luis, el único hombre cuerdo de su familia de quien he oído hablar.

Levantáronse todos entonces para retirarse á sus dormitorios respectivos. Llegándose el coronel á Bertram, á quien el discurso de Pleydell habia sumergido en nueva sorpresa.—Doy á V. el parabien, le dijo, del grato porvenir que desarrolla ante sus ojos. En otros tiempos fuí un amigo del padre de V: presentéme en su casa de un modo tan inesperado como V. hoy se presenta en la mia. Fué precisamente el dia que V. nació. Muy distante estaba yo de sospechar quien V. era cuando.... pero destierremos todo recuerdo desagradable. Aseguro á V. que al verle aparecerse aquí bajo el nombre de Brown, la certidumbre de su existencia alivió mi alma de un pesadísimo gravámen, y el derecho que á V. asiste de llevar el nombre de mi antiguo Mr. Bertram hace para mí la presencia de V. doblemente agradable.

—¿Y mis padres?

—No existen ya; los bienes pertenecientes á la familia de V. se vendieron á pública subasta; mas tengo esperanza de que recupere V. la posesion de ellos. Me consideraré feliz en contribuir por todos los medios que estén á mi alcance para que se reconozcan los derechos de V.

—Este es negocio mio, interpuso el abogado, y guárdese nadie de intervenir en mi oficio. Qué diablo! lo que quiero es ganar mucha plata.

—Plata! exclamó Dinmont. Es demasiada libertad en mi atreverme á hablar delante de sus mercedes, señores; mas si hiciese falta dinero para llevar adelante el asunto del capitan, y dicen que sin mosca no anda derecha la carreta de los pleitecicos....

—Escepto los sábados por la noche, dijo Pleydell.

—Sí, pero cuando V. no recibe la propina, tampoco quiere encargarse del negocio; de suerte que buen cuidado tendré yo

de no ir á buscar á su merced los sábados. Pero, como iba diciendo, si es menester dinero, aquí tengo yo un poco en esta cartera, y del cual puede disponer el capitán como si fuera suyo, porque mi Aylie y yo....

—No, Dandy, no se necesita. Guarda tu pequeño tesoro para beneficiar tu cortijo.

—¡Beneficiar mi cortijo! V. sabe muchas cosas, pero nada sabe acerca de la alquería de Charlies Hope. Nada falta allí, solamente de la lana y las bestias sacamos mas de 600 libras al año; ¿ve V.?

—¿Y por qué no tomas á renta otra granja?

—No hay emboque, señor. El duque no tiene ninguna vacante y no es cosa de decirle que despida á los antiguos renteros. Luego tampoco quisiera yo quitarles el pan á mis vecinos.

—¡Qué! ¿ni aun aquel que se llama..... Deston, Diston, cómo diablo le dicen VV.?

—¿Quién, Jack de Dawston? no por cierto. Es un quimerista; siempre tenemos nuestros dimes y diretes acerca de nuestros linderos; hasta de cuando en cuando solemos darnos una buena tollina; pero yo sentiria en el alma hacerle el mas leve daño, lo mismo que á otro cualquiera.

—Eres un guapo hombre. Anda á acostarte, y yo te aseguro que dormirás mejor que muchos sugetos que gastan vestidos bordados y gorros de dormir guarnecidos con encajes de Flandes. Coronel, advierto que está V. muy ocupado con su *niño perdido*. Haga V. que Burnes me despierte á las siete en punto, porque no puedo contar con el perezoso de mi criado, y respecto á mi carísimo Driver, á quien tambien he traído conmigo, apuesto á que le ha cabido la misma suerte que al duque de Clarence, y á estas horas se ha ahogado en la cerveza de V (1). Prometiéndome Mistress Allan que cuidaria de él y no habrá tardado en ver sus

(1) Sentenciado á muerte el duque de Clarence, solicitó del rey la gracia de que le ahogasen en una tina de Malvasía. Le fué concedida, y todavía existe en la torre de Londres la vasija que sirvió de patíbulo al vinoso señorón.

habilidades *potorias*. Señor coronel, felices noches! ; Que V. descanse, Dómine! En fin, adios nuevo representante de los Bertram, de los Mac-Dingawaie, de los Arthur, de los Roland, y por último título (el cual no es el mas malo) heredero de las haciendas y de la baronía de Ellangowan, en virtud de la sustitucion verificada por Luis Bertram vuestro abuelo....

—Así hablando, tomó una bugía el viejo legista y subióse á su cuarto. Los demás de la reunion se separaron igualmente, despues que el Dómine hubo vuelto á abrazar y achuchar á su *pequeñito Enrique*, pues así llamaba el honrado pedagogo á un capitanao cuya estatura escedia de cinco piés y medio.

CAPITULO XII.

Solo á Bertram ven mis ojos
Yo no pienso sino en él,
Y si es fuerza que cruel
Le destierren mis enojos,
Permita el sol divino
No vea yo mas su rayo peregrino.

SHAKESPEARE. *Todo está bien si acaba bien.*

A la hora que habia indicado, se hallaba ya el infatigable legista sentado delante de una buena lumbre, cubierta la cabeza con un gorro de terciopelo y envuelto el cuerpo en una bata de seda acolchada. Arreglaba cuidadosamente todos los documentos referentes á la investigacion que hiciera en otros tiempos sobre la muerte de Kennedy, y los cuales habia cuidado de llevar consigo; tambien habia remitido un espreso á Mac-Morlan, suplicándole acudiese á Woodbourne sin pérdida de tiempo para un asunto de suma importancia.

Dinmont, fatigado de resultas de los acontecimientos del dia anterior, y hallando la cama del coronel algo mas cómoda que la de Mac Guffog, no se daba prisa por dejarla.

La impaciencia de Brown le hubiera hecho salir de su dormi-

torio muy de madrugada, pero el coronel le había avisado que subiría á verle temprano, y por ese motivo juzgó conveniente no moverse de la habitación. Sin embargo, se vistió luego que vino la luz del día, pues por orden de su amo le había proporcionado Burnes ropa blanca y otras cosas necesarias del guardaropas del coronel. Aguardaba pues impaciente la visita prometida.

Un golpecito á la puerta no tardó en anunciar la llegada de Mannering. Tuvieron un coloquio tan dilatado como satisfactorio. Cada uno de ellos, sin embargo, conservó un secreto que no tuvo á bien revelar. Mannering no pudo decidirse á mentar su prediccion astrológica; y Bertram, por ciertos motivos, que no costará mucho tra bajo acertar, nada dijo acerca de sus amores con Julia. En cuanto á lo demás, establecióse entre ellos una entera franqueza y quedaron ambos mútuamente complacidos. El coronel llegó hasta el punto de tomar el tono de la cordialidad, mientras Bertram arreglaba su propia conducta por la de su colocutor, afectando menos querer congraciarse que recibir las pruebas de cariño que se le daban, con placer y reconocimiento.

Ocupábase miss Bertram en preparar el té para el desayuno, cuando entró en el comedor el Dómine Sampson con aspecto radiante y triunfador, lo que le era tan extraordinario, que juzgó Lucy que alguien se habia divertido á costa del pobre pedagogo con el fin de darle aquel aire jubiloso. Sentóse el Dómine y permaneció algunos momentos girando las niñas de sus ojazos, abriendo la boca, y meneando la cabeza á semejanza de aquellas figuras chinescas de marca mayor que se ven en las rinconeras de algunos salones. Al concluir esta pantomima, exclamó:—Y bien, miss Lucy, ¿qué tal concepto ha formado V. de él?

—¿De quién, Mr. Sampson?

—De..... eh!.... el sugeto que V. sabe!

—¿Que yo sé?

—¿Sí, de ese forastero que vino ayer en la silla de posta, de ese que hirió al jóven Hazlewood? ji, ji, ji!

—A la verdad, señor Sampson, que elije V. un asunto muy extraño para sus bromas. Por mi parte no he formado de ese hombre concepto alguno. Espero que el lance de que V. habla ha sido un verdadero accidente y que no tengamos temer alguno que concebir.

—Un accidente, ja, ja, ja!

—En verdad, Mr. Sampson, que se ha levantado V. esta mañana de un humor chistoso muy extraordinario en V.

—En efecto, yo soy.... ja, ja, ja! muy chistoso.... jí, jí, jí!

—Pero lo demuestra V., señor mio, en una manera tan admirable, que yo quisiera saber la causa de su buen humor mas bien que atestiguar sus efectos.

—Ya lo sabrá V. todo, miss Lucy. ¿Se acuerda V. de su hermano?

—¡Válgame Dios! ¿cómo puede V. hacerme semejante pregunta? Nadie sabe mejor que V. que se perdió el día mismo que yo nací.

—Verdad es, contestó Sampson, cuya frente comenzaba á nublarse, es demasiado cierto. Padezco distracciones muy extrañas! ¿Pero bien se acordará V. de la fisonomía de su digno padre?

—¿Y puede V. dudarlo, Mr. Sampson? ¡Ay de mí! hace todavía tan corto tiempo....

—Sí, sí, verdad es, ya se me han quitado las ganas de reír.... Pero, mire V. con atención á este mancebo!

En aquel instante entraba Bertram en el comedor.

—Sí, mírele V. bien! vea si no es la imágen viviente de su difunto padre! ¡Ah! hijos queridos, amaos con mútua ternura, aunque Dios os haya privado de vuestros padres.

—En verdad que son esas sus propias facciones! balbucó Lucy, poniéndose muy pálida.

Acorrió Bertram para sostenerla. Dominus, no menos apresurado por favorecerla, tomó, sin saber lo que se hacia, un tazon del agua hirviendo que estaba preparada para el té, con el objeto de echársela en la cara; mas por feliz fortuna, comenzaron á reapar-

recer los colores de la desmayada jóven, lo que la salvó de padecer la rociada escaladora que la simplicidad del pedagogo la destinaba.

—Suplico á V. en caridad, Mr. Sampson, dijo ella con voz mal asegurada todavía.... dígame V. por Dios, si ese es mi hermano!

—Él es, miss Lucy, ¡ él es! Es el pequeñito Enrique Bertram, tan cierto como el sol nos está alumbrando!

—¡ Qué! exclamó Bertram ¿ sois vos mi hermana?

Y el dulce sentimiento del amor fraternal, que por falta de pábulo, yacía amortiguado dentro de su corazón, se avivó en él al instante

—¡ Ella es! ¡ ella es! miss Lucy Bertram en persona, y á la cual encuentras, gracias á mis pobres esmeros, perfectamente instruida en las lenguas francesa é italiana y hasta en la española; sabe leer y escribir, conoce por principios su idioma natal, está muy fuerte en la aritmética y capaz de llevar los libros de una casa de comercio por el método de *Debe y Ha de haber*. Nada te digo, pequeñito Enrique, de sus talentos para la costura, el bordado, y el gobierno de una casa; preciso es hacer justicia á la que tiene el derecho. Esas habilidades no se las he enseñado yo, sino el ama de llaves de vuestro padre, que Dios haya. Tampoco puedo atribuirme el mérito de su instruccion en la música, porque han contribuido á sus adelantos las lecciones de una señorita llena de virtud y de modestia, aunque á veces algun tanto aficionada á bromas, miss Julia Mannering. *Suum cuique tribuite* (Dad á cada cual lo que le pertenece).

—Eres pues, dijo Bertram á su hermana, todo cuanto me queda en el mundo. Anoche, y mas esplicitamente esta mañana, me ha referido el coronel toda la serie de infortunios que han abrumado á nuestra familia, pero me ocultó que hubiese yo de hallar á mi hermana aquí.

—Sin duda habrá querido dejar á Mr. Sampson el placer de descubrirte. Este es el mas afectuoso de los amigos. Él fué quien solazó los dilatados padecimientos de nuestro difunto pa-

dre, y quien, en los reveses mas crudos, no ha querido abandonar á una desdichada huérfana!

—Recompéñsele el cielo! dijo Bertram apretándole cariñosamente la mano á Mr. Sampson. Bien merece los tiernos recuerdos que de él mi memoria infantil habia conservado!

—Y Dios os bendiga á entrambos, queridos hijos míos. A no ser por amor á vosotros yo hubiera deseado acompañar á vuestro padre al sepulcro, si tal hubiese sido la voluntad del cielo.

—Espero, dijo Bertram, sí; me atrevo á esperar que todavía hemos de ver dias mas serenos. Todos nuestros males están concluidos, pues que la divina providencia me concede amigos y recursos para hacer valederos mis derechos.

—Sí, exclamó Sampson, amigos, y amigos enviados, como lo dices muy bien, por AQUEL á quien os enseñé desde la mas tierna infancia á considerar como fuente de todo BIEN. En primer lugar el coronel Mannering, sugeto muy sabio, á pesar de las escasas ocasiones que ha tenido para conseguir una sólida instruccion; luego Mr. Pleydell, famoso abogado, hombre en extremo erudito, aunque á veces se distrae con bagatelas; en tercer lugar Mr. Dinmont, quien, segun creo, nada tiene de literato, pero el cual, á imitacion de los patriarcas antiguos, se ocupa en el cultivo de sus campos y en el cuidado de sus ganaderías; y por último yo, quien habiendo tenido para adiestrarme en las ciencias mayores proporciones que todos estos sugetos respetabilísimos que acabo de mencionar, no me he descuidado, atrévome á decirlo, en aprovecharme de ellas en cuanto mis escasas facultades me lo han permitido. Sí, pequeñito Enrique, volverémos á emprender el curso de tus estudios; lo comenzaremos de nuevo, desde los primeros rudimentos de la gramática inglesa hasta las lenguas hebráica y caldea.

El lector habrá advertido sin duda que el Dómine en esta ocasion se manifestó locuaz como nunca; la razon es que al volver á encontrarse con su antiguo discípulo, su imaginacion habia

retrocedido á la precisa época de su separacion de él; cuanto habia acontecido en el intermedio se borró de su idea, y en su trastorno mental se veia ya el pedagogo recomenzando con Enrique las lecciones de lectura y ortografía desde el punto en donde habian quedado interrumpidas. Contemplábase siempre como su preceptor, pretension tanto mas ridícula cuanto que habia renunciado á ella respecto á miss Lucy. Pero esta se habia hecho una mujer bajo sus propios ojos, y, por decirlo así, habia llegado paso á paso hasta el punto señalado para la emancipacion de su tutela. Este sentimiento de autoridad renaciente contribuyó pues á desatarle la lengua tanto como le estimulaba á ello el placer de tornar á verse con su antiguo alumno; y, como es raro el que puede hablar mas que de costumbre sin descubrir sus sentimientos secretos, dió á conocer el Dómine, que, á pesar de que se sometia á las opiniones y voluntades de los demás, no por eso dejaba de considerarse á sí mismo, en materias de erudicion, como el primer hombre del mundo. Pero este inmenso gasto de palabras era de total desperdicio, porque los hermanos estaban demasiado absortos en el placer de hallarse juntos para prestar á ninguna otra cosa la atencion mas leve.

Luego que el coronel dejó á Bertram, pasó al cuarto de su hija é hizo que se retirase la camarera.

—Válgame Dios! papá, que madruguero está V. hoy! sin duda se le ha olvidado á V. que nos recogimos anoche muy tarde; apenas he tenido tiempo de escarmenarme el cabello!

—Es con la parte interior de tu cabeza que yo tengo que hacer en este instante, y acabada mi mision dejaré la exterior al cuidado de tu doncella Mincing.

—Como, papá! en el momento en que deberá de haber tal complicacion de ideas en mi cabeza pretende V. desenmarañarlas en un decir Jesus! Si así hiciese Mincing su obligacion no me dejaría un pelo en toda ella!

—Díme pues, donde se encuentra esa complicacion, á fin de que yo la manosée con cuidado.

—Dios mio! en toda mi cabeza. Atormentóme un sueño muy extraño.

—Pues yo voy á explicártelo.

Refirióla entonces todos los pormenores relativos á Bertram, y escuchólos Julia con un interés que en vano se esforzó en ocultar.

—Pues bien! ¿son ahora mas luminosas tus ideas sobre este asunto?

—Papá, mas confusas que antes. Aparécese aquí un jóven, quien se creia haber muerto, y llega de las Indias, como el gran viajero Aboulfouaris encontrando á su hermana. Canzade y á su hermano Hour. Pero me equivoco en la aplicacion de esta historia; Canzade era su mujer, ahora que me acuerdo, pero no importa; Lucy representa la una y el Dómine Sampson el otro. Y luego ese abogado escocés, con la cabeza medio destornillada, y el cual se parece á una pantomima que se representa despues de una tragedia. Pero cual será el placer mio si de toda esa barahunda resulta el bienestar de la pobre Lucy!

—Lo que encuentro mas inesplicable en todo esto es, que miss Mannering, sabiendo lo mucho que afligia á su padre la persuasion de haber dado muerte á ese jóven Brown, ó por mejor decir, Bertram, como debemos denominarle ahora, haya podido verle, cuando aconteció el lance con Cárlos Hazlewood, sin tener por conveniente decir un apalabra á ese mismo padre, permitiendo al mismo tiempo se hiciesen pesquisas contra su jóven amigo, cual si hubiera sido un hombre malhechor, un asesino!

Julia se habia armado de valor al ver entrar á su padre en su estancia; pero en este momento perdió todo su ánimo; bajó la cabeza en profundo silencio, mientras tenia una violenta tentacion de decir que no le habia conocido; esta mentira, empero, espiró antes de salir de sus labios.

—¿Nada me respondes? Díme ahora, Julia, ¿fué aquella la primera vez que le veias desde su vuelta de Indias? Tampoco me contestas? Entonces habré de concluir que le habias visto ya. Continuas muda? Julia Mannering, ten la bondad de responder á

tu padre. ¿Fué este jóven quien tocaba la flauta debajo de tu balcon , y con el cual hablabas por las noches , mientras estuviste huésped en Mervyn Hall ? Julia, te mando , te suplico , que seas sincera.

Levantó la cabeza miss Mannering.—He sido papá, y aun creo que soy ahora algo irreflexiva, y mucho me pena de ver en casa de V. á ese jóven , quien ha sido , sino enteramente el causante, á lo menos el cómplice de mi locura.—Aquí se detuvo ella.

—Segun eso deberé creer que él era el autor de las serenatas?

Esta palabra, que no anunciaba demasiada cólera, devolvió algun tanto el valor á Julia. —Sí, papá, dijo la jóven , pero si he tenido imprudencia , no dejo de tener alguna disculpa.

—¿ Y cuál es esa ? preguntó el coronel con tono vivo y algo brusco.

—No me la pregunte V. , papá, pero..... Al mismo tiempo abrió ella una gavetita y le entregó un paquetito de cartas. Doy á V. estos papeles á fin de que sepa el principio que tuvo nuestra intimidad, y por quien fué alentada esta.

Tomó el coronel las cartas, se acercó á la ventana, y recorrió su vista algunos párrafos de ellas, con aire adusto y agitado; pero la filosofía acudió en su auxilio, aquella filosofía que, aunque á veces fundada en el orgullo, produce en muchas ocasiones los mismos frutos que la virtud. Volvió, á donde estaba Julia, con aspecto tan tranquilo como lo permitian los diversos sentimientos que le agitaban.

—Verdad es, Julia, que no dejas de tener disculpa, segun puedo juzgar por la ojeada con que he recorrido esas cartas. A lo menos has obedecido el mandato de una de las dos personas que tenian derechos sobre tí. Pero refrámonos á un refran escocés que el Dómine citaba dias atrás: *lo pasado téngase por pasado*. Jamás te reprocharé tu falta de confianza en mí, cuando juzgabas mis intenciones por mi modo de proceder, aunque creo que de este no puede asistirte el mas leve motivo de queja. Guarda esas cartas, pues no fueron escritas para mí. No quiero ver de

ellas mas de lo que ya he visto á súplica tuya y en tu justificación. Somos amigos? ó por mejor decir ¿nos entendemos bien?

—Oh! el mas digno de los padres! exclamó Julia, arrojándose en sus brazos, ¿por qué no os he conocido mejor?

—No hablemos mas de eso, Julia mía. El que es demasiado altanero para reciamar la ternura y la confianza que cree debérsele, sin necesidad de pedir las, es justo que se vea privado de ellas, y lo merece quizás. Suficiente es el que aquel sér, para mí el mas caro en el mundo, aquel cuya pérdida ha sido para mi alma la mas sensible é irreparable, haya bajado al sepulcro sin haberme conocido. Permite de aquí en adelante disfrute yo de la confianza de una hija que deberá apreciarme, si á sí misma se aprecia.

—Oh, papá, no tenga V. cuidado! mi corazon estará siempre abierto de par en par para V. Merezca yo la aprobacion de V., la mia propia, y no habrá sacrificio que no me sea grato!

—Espero, querida Julia, díjola su padre dándole un beso en la frente, que no necesitarás un valor demasiado heróico. Respecto á ese jóven, deseo desde luego que toda correspondencia clandestina (y una señorita no puede prestarse á ella sin degradarse á sus propios ojos y á los de un amante), deseo desde luego, digo, que toda correspondencia clandestina cese desde este momento. Si Mr. Bertram te preguntara el motivo, le responderás que debe acudir á mí. Muy natural es que quieras saber cuales son las razones que me asisten para exigir de tí esta deferencia. En primer lugar es mi objeto observar el carácter de ese jóven con mayor atencion de lo que las circunstancias y quizás ciertas preocupaciones me impidieron hacerlo en otros tiempos. Luego quiero ver establecida la legitimidad de su nacimiento, y reconocida de una manera incontestable. No me interesa mucho la probabilidad que tenga de volver á la posesion de Ellangowan, aunque el caudal es siempre un punto de mucha entidad como no sea en las novelas; pero cierto es que Enrique Bertram, vástago de familia de Ellangowan, dueño ó no dueño de los bienes que á sus ante-

pasados pertenecian, es un hombre muy distinto de Van Beest Brown quien no podía ni aun saber como se llamaba su padre. Mr. Pleydell me asegura que sus abuelos ocupaban un lugar distinguido en la historia, y siguieron á campaña los estandartes de sus reyes, mientras que los nuestros combatian en Crecy y en Poitiers. En una palabra, ni le niego ni le concedo mi aprobacion ; pero lo que á ti te suplico es que repares tus pasados yerros en virtud de un poco de complacencia ; y como desgraciadamente ya no te queda otra persona á quien recurrir, me otorgues la confianza que mi deseo de verte dichosa hace que sea para tí un deber filial.

La primera parte de este discurso habia afligido á Julia algun tanto. Sonrióse secretamente la jóven á la comparacion entre los antepasados de Bertram y los de Mannering, pero el final conmovió vivamente su corazon y lo llenó de ternura y generosidad.

—Sí, papá, dijo ella, reciba V. mi promesa formal. Nada tendrá lugar entre Brown, quiero decir Bertram y yo, sin confiárselo y merecer su beneplácito. Cuanto yo haga estará sometido á la aprobacion de V. ; pero... ¿ ahora no permanecerá mucho tiempo en Woodbourne?

—Sí, hija mia, hasta que sus asuntos queden arreglados.

—Entonces, papá, bien puede V. conocer que él me preguntará la razon porque ya no recibe de mí el mismo alentamiento que debo confesar le he dispensado.

—Creo, Julia mia, que él respetará mi casa ; que su corazon estará agradecido á los servicios que procuro hacerle ; que en fin, no querrá comprometerte á dar paso ninguno que yo pudiera llevar á mal ; en una palabra, que conocerá lo que me debe, lo que debe á tí, y lo que se debe á sí mismo.

—Ahora papá, comprendo á V. perfectamente y le obedeceré sin vacilar.

—Está muy bien, hija mia. Si tengo alguna desazon solo es por causa de tí. Ahora enjúgate los ojos, pues denunciarian nuestra conversacion, y bajemos á desayunarnos.

CAPITULO XIII.

Sheriff, citadles: pues mañana es cierto
Estará aquí á la hora del cubierto,
Y darle á conocer, tal vez suceda,
La justificacion que ofrecer pueda.

SHAKESPEARE. *Enrique IV.*

Despues de las diversas conversaciones que acabamos de repetir, toda la sociedad se halló reunida para el almuerzo. Reinaba allí un aire de notable cohibicion.

Julia apenas osaba dirigir la palabra á Bertram para preguntarle si queria una segunda taza de té.

Bertram se hallaba muy cortado al verse tan próximo á ella bajo los ojos mismos del coronel.

Lucy, llena de ternura hácia el hermano que acababa de hallar, comenzaba á inquietarse con el recuerdo de la quimera entre este y Hazlewood.

El coronel sentia la desazon, que experimenta un hombre orgulloso, el cual cree que los demás tienen fija la atencion en él, y no quiere soltar prenda alguna, ni que le pillen en la pifia de una sola palabra ni de un solo ademan.

El abogado, mientras untaba con esmero su rebanada de pan y manteca, tenia la frente cubierta de una gravedad que no era muy ordinaria en él, especialmente en las horas de sus comidas. Esto provenia sin duda del trabajo tan serio que habia hecho aquella mañana.

En cuanto al Dómine, estaba este materialmente en Belen: ya miraba á Bertram ya á Lucy, suspiraba, daba resoplidos, hacia mil muecas y cometia toda clase de *solecismos respecto á com- portacion* (1). Se echó toda la natilla dentro de su propia taza, cu-

(1) La espresion citada y la cual se ocurrió al tiempo de traducir la del testo, es tomada de la comedia del célebre Moliere *Femmes Savantes*. Las mujeres cultiparlas. La frase inserta es la mas á propósito para espresar la del original inglés: *all manner of solecism in point of form.*

ya equivocacion diremos de paso no fué mala para él; vació las escurriduras de su platillo en el azucarero en vez de desocuparlas en la vasija destinada al efecto; finalmente acabó por deramar la tetera sobre los lomos del viejo Platon, podenco favorito del coronel. Recibió el perro la rociada abrasadora con unos alaridos que hicieron poco honor á su filosofía.

—Esta última distracción del Dómine triunfó de la taciturnidad de Mannering.

—A fé mia, querido amigo, Mr. Sampson, V. se olvida de la diferencia que hay entre Platon y Xenócrates.

—Cómo! dijo el Dómine, asombrado de semejante suposicion, el primero fué jefe de los filósofos académicos y el segundo de los estóicos.

—Sí, respetable maestro; pero era Xenócrates y no Platon quien sostenia que el dolor no era un mal.

—Yo hubiera creído, interpuso Pleydell, que el venerable cuadrúpedo que acaba de salir de aquí sobre tres patas, pertenecia mas bien á la secta de los cínicos (1).

—Escelente salida!... pero aquí tenemos la respuesta de Mr. Mac-Morlan.

Esta no era favorable. La señora del Sheriff sustituido mandaba á decir que su esposo estaba todavía en Portanferry, con motivo de los sucesos acaecidos la noche anterior, y los cuales necesitaban se hiciese una investigacion judicial.

—Y ahora ¿que haremos, Mr. Pleydell?

—Yo hubiera deseado ver á Mac-Morlan. No le falta espediente, además que él hubiera trabajado sobre mis planes. Pero no importa. Primero nos precisa poner legalmente en libertad á nuestro amigo Bertram, *sui juris*, porque hasta ahora es un preso que se ha escapado y se encuentra bajo la cuchilla de la ley. Es preciso ponerle *rectus incuria*. Este es nuestro primer objeto. Para alcanzarlo, propongo á V., señor coronel, paseemos V. y yo á casa de Mister... ah! ¿qué he dicho? desde luego

(1) Antiguos filósofos, llamados cínicos ó perrunos por la mordacidad de sus dogmas: En griego la palabra *cane* significa *can*.

pido mil perdones al aristocrático señor... á casa de Sir Robert Hazlewood. La distancia es corta. Le ofreceremos dar fianza por Bertram, y me lisonjeo de que le probaré que no puede desecharse nuestra garantía. Llevaremos con nosotros á Driver, quien puede servirnos de utilidad tal vez.

—Con mil amores, dijo el coronel, y tirando del cordón de la campanilla mandó que enganchasen los caballos á su coche.—
¿Y luego qué haremos?

—Ir en busca de Mr. Mac-Morlan, y procurar hacernos de nuevas pruebas.

—De nuevas pruebas? La cosa está mas clara que el día. Mr. Sampson, miss Bertram y V. reconocen en este jóven la viva imágen de su padre difunto. El mismo se acuerda con toda claridad de las circunstancias relativas á su ausencia de la Escocia. ¿Qué mas puede necesitarse para establecer una convicción?

—Respecto á la convicción moral, cosa ninguna; pero en cuanto á la prueba legal nos faltan todavía muchas cosas. Los recuerdos de Mr. Bertram son tan solo sus propios recuerdos, y por lo tanto nada pueden probar en favor suyo. Mistress Bertram, el sapientísimo Mr. Sampson y yo, no podemos decir mas ni menos de lo que dirian cuantos hayan conocido á Godofredo Bertram, esto es, que el jóven se le parece en un todo. Pero todo esto no establece la cualidad de hijo de Ellangowan ni el derecho que le asiste para entrar en la posesion de sus bienes! Hacen falta unas pruebas claras y directas. Tal vez esos gitanos..... pero como son infames á los ojos de la ley, su testimonio no podrá admitirse á derechas. Especialmente el de Meg Merrilies es inadmisibile, por causa del interrogatorio que sufrió en otros tiempos y de su declaracion formal de que nada sabia respecto á la desaparicion del niño.

—Entonces, ¿que partido nos queda que tomar?

—Veremos si es posible procurarnos algunas pruebas en Holanda por conducto de las personas en cuya casa fué educado nuestro jóven amigo, ó de algunos de los contrabandistas que

asistieron á su robo. Pero es muy probable que el temor de que se les persiga por el asesinato de Frank Kennedy les cierre completamente la boca; además que su cualidad de extranjeros y de contrabandistas haria poco válido su testimonio. En fin veo muchos motivos de duda y de temor.

—Acato sobre manera la ciencia de V., apreciable señor, dijo el Dómine; mas yo espero que EL que ha devuelto al pequeñito Enrique á sus amigos, no dejará su obra imperfecta.

—También lo espero yo, querido maestro, contestó el abogado; pero la providencia quiere que nos ayudemos á nosotros mismos, y yo preveo mayores dificultades de las que se me presentaron al principio. Pero un corazon que teme los obstáculos jamás conseguirá las buenas gracias de una mujer hermosa, y así no hay que desesperarse.—A propósito, miss Mannering, dijo Pleydell á Julia mientras Bertram estaba entretenido hablando con su hermana, espero que ahí tiene V. una linda muestra para restablecer en su concepto la reputacion de Holanda. ¿Qué bellos mozos nos suministrarían las universidades de Leyden y de Utrecht cuando un miserable colegio de Middleburgo nos envia un chico tan arrogante!

—Eso es muy cierto, dijo el Dómine, celoso de la nombradía que Mr. Pleidell se empeñaba en dar al colegio holandés, pero ya he dicho á V. que yo fui quien puso la piedra fundamental de su educacion.

—Lo sé, querido señor, y sin duda á esa circunstancia adeude todas las gracias que le adornan.—Pero aquí está el coche de V., coronel; quedad con Dios, muchachos; miss Julia, guardad bien vuestro corazon hasta mi regreso, y que nada pase dentro de él que pueda perjudicarme durante mi ausencia. Cuidadito!

Así que llegaron á casa de sir Robert hicieron saber á este el objeto de su visita. Se les recibió con mayor frialdad y reserva que de costumbre, porque el baronete se manifestaba siempre muy atento para con Mannering, y Pleydell era un antiguo amigo suyo. Pero en aquel instante las maneras del viejo aristócrata-

ta se resentian de embarazo y cohibicion. Les dijo que admitiria gustoso su fianza, caucion y garantia, aun cuando la ofensa hubiese sido cometida, efectuada, perpetrada y llevada á cabo, contra Cárlos Hazlewood de Hazlewood Esquire, si no fuera porque el jóven en cuyo favor venian á empeñarse habia fingido ser quien no era en la realidad, y pertenecia á una clase de gentes á quienes no se podia poner en libertad, franquicia ni soltura.

—Espero, Sir Robert, dijo el coronel, que V. no pondrá en duda lo que tengo el honor de decirle, que ese jóven sirvió bajo mis órdenes allá en Indias en calidad de cadete.

—Por ningun título, caballero coronel; pero V. dice que en calidad de cadete, y él asegura, afirma y asevera que es capitán y manda una compañía en el regimiento de V.

—Ha obtenido esta graduacion despues que nos hemos separado.

—Pero eso debería constarle á V.

—No; ciertos asuntos de familia me obligaron á volverme á Inglaterra, y desde aquel tiempo no me he molestado con lo que pasaba en mi regimiento. Por otra parte el apellido Brown es tan comun que bien pudiera yo haber leído su ascenso en la Gaceta sin que me llamase la atencion. Ultimamente, dentro de un par de dias tendremos carta de su teniente coronel.

—Pero se me ha dado aviso, informacion y conocimiento, Mr. Pleydell, de que ese jóven no trata de conservar el apellido de Brown, y que intenta tomar el de Bertram, á fin de reclamar la posesion de las haciendas de Ellangowan.

—Cáspita! dijo el abogado, ¿y quién ha dicho á V. eso?

—No importa quien haya sido, dijo el coronel. ¿Eso por ventura constituye un derecho para que se le tenga en la cárcel?

—Señor coronel, repuso el abogado, si se descubriese que era un impostor, creo ciertamente que ni V. ni yo le protegeríamos. Pero, hablando en confianza ¿quién ha dado á V. esa noticia?

—Señor Pleydell... la tengo de una persona que está interesadísima en examinar, esclarecer y profundizar esa materia. V. disimulará que no me explique mas claramente.

—Muy justo; y por fin han dicho á V....

—Que unos gitanos, unos contrabandistas, unos defraudadores, unos vagamundos, han formado el proyecto de que hablo, y que ese jóven, hijo natural de Godofredo Bertram de Ellangowan, y que se da mucho aire á su padre, ha venido aquí para aprovecharse de esta semejanza de facciones para hacerse reconocer como hijo legítimo suyo.

—Y qué, ¿Godofredo Bertram tuvo algun hijo natural?

—Sí, señor, que lo tuvo, y yo tengo conocimiento del hecho. Púsole á bordo de una balandra de guerra, que hacia el servicio del resguardo, y estaba mandada por un pariente suyo.

—Muy bien, Sir Robert, dijo el abogado apresurándose á hablar antes que el coronel, cuya paciencia estaba ya agotada. V. me instruye de unas cosas enteramente nuevas para mí. Voy á investigar si todo eso es cierto en todas sus partes, y dado caso que lo sea, ni el coronel ni yo volveremos á tomar el mas leve interés por ese jóven. Pero entretanto, como nosotros tomamos á nuestro cargo representar su persona para cualquiera requisicion, advierto á V. que desechando nuestra fianza, obra de una manera contraria á la ley y compromete su propia responsabilidad.

—Señor Pleydell, V. debe conocer las leyes mejor que nadie, y supuesto que V. me promete que abandonará á ese jóven....

—En caso que sea un impostor.

—Eso se supone. Pues entonces bajo esa condicion admito la fianza de VV. Y sin embargo debo decirles que cierto vecino muy obsequioso, amable, cortés, urbano é instruido tambien en las leyes, me ha dado esta mañana el aviso, el consejo, la advertencia de que no hiciera yo semejante cosa. Fué él quien me dijo que el jóven se habia salido de la prision, que se hallaba en libertad, ó por mejor decir, que era reo de escalamiento de cárcel.

Pero.... dónde buscaremos un escribiente que estienda la escritura de fianza?

La respuesta que dió el abogado fué tirar del cordon de la campanilla. Subió un criado á quien mandó hiciese venir á su amanuense Mr. Driver, quien se habia quedado en el coche.—Creo, dijo Pleydell al baronete, que no lo tomará V. á mal que use de la libertad de dictarlo por mí mismo?

Redactóse la escritura al instante, y habiendo recibido del juez de paz el mandamiento de soltura para Bertram, se despidieron de él Mannering y el abogado.

Al entrar dentro del carruaje, cada uno se metió en su rincon, y ambos guardaron por largo rato un profundo silencio. El coronel fué quien primero lo rompió.

—Segun lo que he visto tiene V. intencion de abandonar á ese pobre jóven á la primera escaramuza que haya.

—Yo! ni á uno tan siquiera de sus cabellos. Antes bien iré á defender su causa delante de los tribunales de todas las jurisdicciones existentes. ¿Era cosa de entrar en discusion con ese burro viejo y dejarle calar mis intenciones? Prefiero que vaya á relatar á su consejero Glossin que nos ha encontrado muy indiferentes y frios en este negocio. Además, que estoy seguro de que no se me ha de ir su plan de campaña.

—Ya veo que así en el bufete como en el campo se conocen las estratagemas del enemigo. ¿Y qué piensa V. de su línea de ataque?

—No deja de ser ingeniosa, pero no se saldrá con la suya. Toman demasiadas precauciones, y este es un defecto harto comun.

Mientras tenia lugar este coloquio rodaba el carruaje con rapidez hácia Woodbourne. Encontraron por el camino al jóven Hazlewood, á quien, en pocas palabras, informó el coronel de la milagrosa manera en que habia aparecido el jóven Bertram, mientras Carlos, apurando el paso de su caballo, les precedia para ir á felicitar á miss Bertram por un suceso tan dichoso como inesperado.

Ocupémonos un instante de los jóvenes que se habían quedado en la quinta. Despues que partió el coronel, recayó la conversacion sobre la familia de Ellangowan, el poderio de que habia disfrutado, y el territorio que poseia.

—¡Y tan cerca de la antigua morada de mis antepasados, desembarqué yo pocos dias hace, casi como un miserable vagamundo! sus ruinas, sus imponentes torreones, hicieron nacer en mí un millar de reflexiones y de recuerdos que no supe á qué atribuir. Bueno será que vaya á ver de nuevo aquellos sitios. A ellos llevaré ahora otros pensamientos, otras esperanzas.

—No vayas en este momento, le dijo su hermana. El castillo de nuestros abuelos se halla convertido en cueva de un miserable tan falso como peligroso; fué la astucia y la rapacidad de un ser tan malvado lo que causó la ruina y la muerte de nuestro infeliz padre.

—Acrecientas el deseo que tengo de darme manos á boca con ese infame. Creo que ya le he visto.

—Considere V., le dijo Julia, que se encuentra bajo la custodia de Lucy y de mí; nosotras somos responsables de todas las acciones de V. Crea V. tambien que no es por nada, que me encuentro, há doce horas, siendo el ídolo de los pensamientos de un abogado. Aseguro á V. que haria una locura yendo á Ellangowan ahora. La única cosa que puedo yo consentir es que vayamos todos juntos á dar un paseo hasta la estremidad de la calle de árboles. Tal vez, quizás, nos permitiremos la licencia de acompañar á V. hasta un cerrillo que hay en la pradera, y desde donde podrá V. admirar aquellas lúgubres torres que tantas cosquillas le hacen en la imaginacion.

Decidióse el paseo; tomaron las señoras sus mantones, y se pusieron en marcha bajo la escolta del capitan Bertram. La mañana estaba soberbia, y el frio, léjos de incomodar, hacia mas agradable el ejercicio. Cierta secreta analogía de sentimientos habia estrechado los nudos de la amistad entre las dos jóvenes, aun cuando no hubiesen tenido una con otra confianzas íntimas.

Bertram, ya escuchando los pormenores que ellas acerca de su familia le daban, y refiriéndoles sus aventuras en Europa y Asia, experimentaba y hacia que á su vez experimentasen ellas un interés mutuamente participado. Lucy se enorgullecía de tener un hermano semejante, y tanto de la nobleza de sus sentimientos cuanto de los peligros que por su valor sobrepujara. Julia, reflexionando sobre lo que su padre la habia dicho, no podia menos de esperar que el espíritu de independencía y de altanería que él tanto habia criticado en el plebeyo Brown, se convertirian á sus ojos en aquella nobleza y dignidad que correspondian tan justamente al ilustre heredero de los Ellangowan.

Llegaron por fin á aquella eminencia, sita en los confines del territorio de Ellangowan, y de la cual hemos hablado tantas veces en el transcurso de esta historia. Allí fué donde Meg Merrilies vió por última vez á Godofredo Bertram, allí fué donde el dia antes habia conducido al aterrizado pedagogo. La vista se extendia por un lado sobre vastas cañadas y gran número de alcocerres de agradable variedad; por el otro sobre los bosques formados de pinos escoceses, cuyo sombrío verdor forma un contraste tan notable con la desnudez de los demás árboles. A distancia de dos ó tres millas se divisaba la bahía de Ellangowan, cuyas aguas estaban suavemente agitadas por el viento poniente, y mas en lontananza la mar alta; finalmente los torreones del castillo viejo, iluminados con los rayos del sol, dominaban todas las cercanías.

—Mira allí, dijo Lucy, señalando con el dedo las ruinas á su hermano, mira allí la antigua morada de nuestros abuelos. Pongo á Dios por testigo, Enrique de mi alma, que no anhele para tí la estension del poderío que gozaban, segun se dice, los antiguos señores de aquellas ruinas, y del cual no siempre hicieron un uso demasiado bueno. Pero ojalá te vea yo en posesion de algunos restos de su fortuna, para que te asegures una independencía honrosa, y te halles en estado de socorrer á los pobres habitantes de ese terreno, antiguos deudos de nuestra familia, y los cuales desde el fallecimiento de nuestro padre...

—Sí, querida Lucy, dijo Bertram apresurándose á interrumpirle con el objeto de alejar de su ánimo todo pesadumbroso recuerdo. Espero que con el auxilio divino, que hasta ahora me ha patrocinado, y merced á los generosos cuidados de los buenos amigos que tanto en mi suerte se interesan, conseguiremos que ese voto se realice. Pero, ¿cómo es posible que mire yo con frialdad esas majestuosas torres? Si el hombre que hoy se llama dueño de ellas osare descolocar una sola piedra....

Fué interrumpido á su vez por la voz de Dinmont, quien corría para reunirse á ellos, y el cual no notaron hasta que estuvo muy cerca. —Capitan! capitan! una persona os necesita, aquella que V. sabe.

En aquel momento Meg Merrilies, cual si hubiera salido de la tierra, se apareció detrás de Dinmont. —Os he buscado en la quinta y solo he hallado á este, dijo á Bertram la gitana indicando á Dinmont. Pero vos teniais razon, y o fuí quien me equivoqué. Aquí era donde debia encontraros, sí, en este paraje mismo! Ahora acordaos de vuestra promesa y seguidme!

CAPITULO XIV.

Con vano brío la demisella
Al rey fabló.
Temblando Arturo cabe ella
Enmudeció.
¿Por qué, diz, tal silencio frío?
Mírame, sí;
Fea soy; mas ay! mi poderío
Es para tí!

El casamiento de Sir Gawain.

La bella novia de sir Gawain, mientras estaba sujeta á las hechicerías de su malvada suegra, seria tal vez mas fea y mas décrepita que Meg Merrilies. Pero dudo que poseyera aquel aire de salvaje entusiasmo que prestaban á las facciones de su rostro, un

carácter espresivo de fisonomía, unos ademanes estravagantes é imponentes, y una talla gigantesca para su sexo. Los caballeros de la mesa redonda no fueron pues mas asombrados al ver á aquella aparecérselos de repente, *entre un roble y un verde abeto*, que se vió á Lucy y Julia, al hallar entre ellas á la sibila galvegiana.

—Por amor de Dios! dijo Julia á Bertram, sacando el bolsillo, dé V. á esa mujer horrorosa el dinero que guste, y dígale que se vaya.

—No puedo, contestó Bertram, ni debo ofenderla.

—¿Qué os detiene? gritó Meg en el tono mas alto de su chillona voz. ¿Por que no me seguís? ¿Crecis que vuestra hora ha de sonar dos veces? ¿Habeis olvidado vuestra promesa? *En iglesia ó en mercado, en boda ó en entierro...*

Y levantando su descarnado dedo índice, tomó una actitud amenazadora.

Bertram, volviéndose hácia sus asustadas compañeras de paseo:—Disimúlenme VV. un instante, les dijo, estoy comprometido bajo juramento á seguir á esta mujer.

—Gran Dios! dijo Julia, comprometido á seguir á una loca!

—O á una gitana que tiene oculta su gavilla en el bosque para asesinarle! añadió Lucy.

—No hablan así los hijos de Ellangowan! dijo Meg lanzando á miss Bertram una ceñuda mirada. Quien sospecha el delito es capaz de cometerle.

—En una palabra, dijo Bertram, me precisa seguirla. Aguárdenme VV. aquí cinco minutos.

—Cinco minutos! dijo la gitana; cinco horas no bastarán quizás para lo que tenemos que hacer.

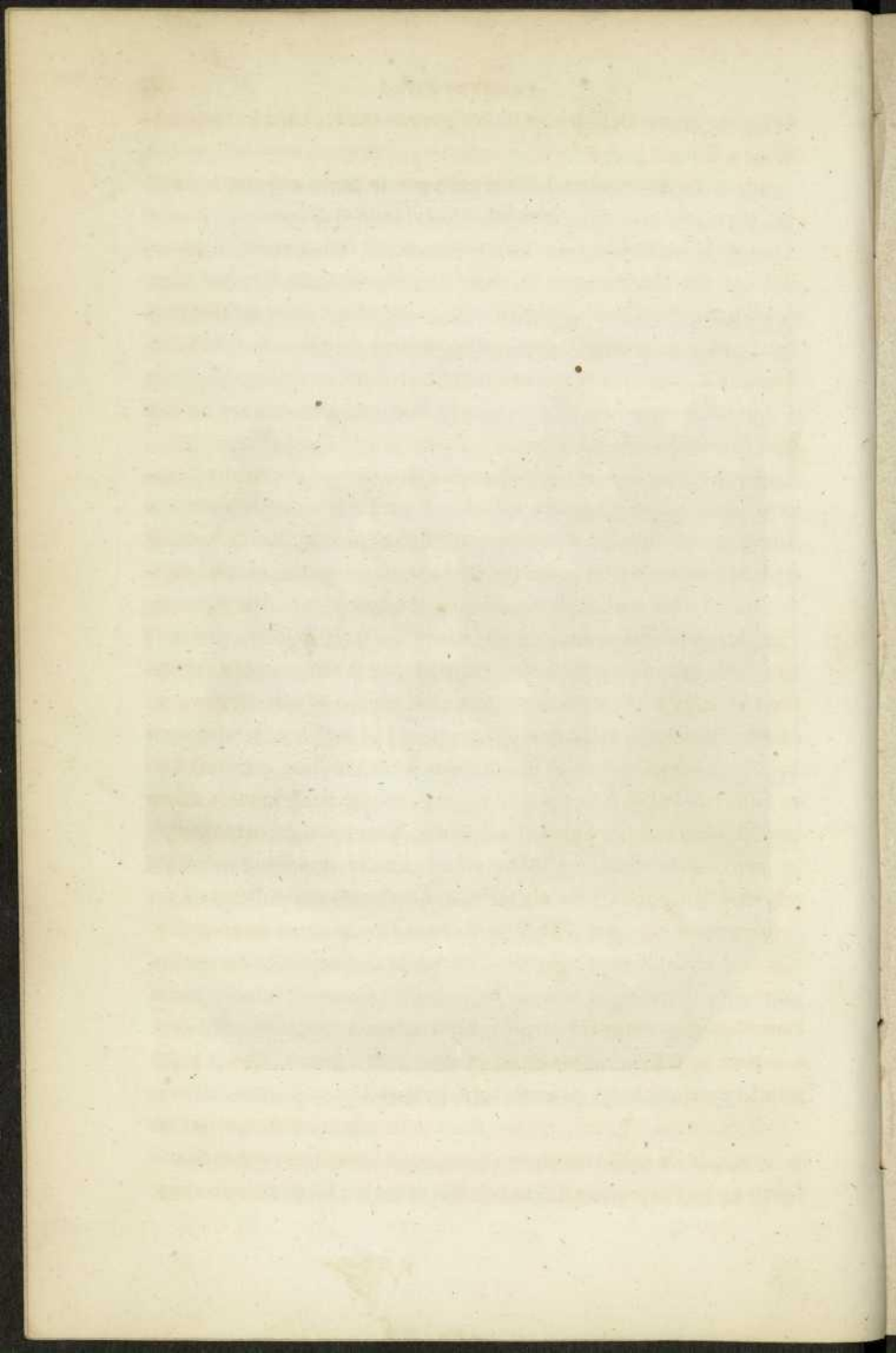
—¿No oye V? dijo Julia, por amor de Dios, no la siga V!

—Es preciso, es preciso! El señor Dinmont acompañará á VV. de regreso á la quinta.

—No, dijo Meg, es necesario que él también venga con nosotros. Por ese motivo está aquí ahora. Precisa que os ayuden su cora-

GUY MANNERING.





zon y su brazo. Debe hacerlo. Por poco os cuesta caro haberle salvado á él!

—Muy cierto! exclamó Dinmont; por lo tanto seguiré al capitán para probarle que no se me ha olvidado el favor.

—Oh, sí, dijeron á una las dos damas; si estais resuelto á obedecer una orden tan estraña, dejad que os acompañe Mr. Dinmont.

—Es preciso hacerlo, digo á VV., pero bien ven que voy perfectamente guardado. Agur, hasta dentro de pocas horas. Vuélvanse VV. á la quinta sin pérdida de tiempo.

Apretó Bertram cariñosamente la mano de su hermana, y sus ojos dieron á Julia un adios aun mas tierno.

Las dos amigas casi inmóviles con el temor y sobresalto, miraron por algun tiempo alejarse á Bertram y su amigo bajo la direccion de un guia tan estraordinario. Meg iba delante de ellos; el paso de la gitana era tan firme y al mismo tiempo tan rápido, que parecia mas bien volar que andar por tierra. Los dos amigos, aunque ambos eran de talla aventajada, parecian apenas igualarla en estatura, efecto producido por la amplia capa en que iba envuelta y el pañuelo en forma de turbante que cobijaba su cabeza. Marchaba ella á campo atravesada sin seguir el sendero que hacia varios giros con el fin de dejar á un lado los cerrillos que se hallaban entre el bosque de Ellangowan y la eminencia sobre la cual permanecian aun Julia y Lucy. Resultaba de esto que ya les perdian de vista, ya les veian reaparecer cuando subian un repecho. Ninguno de los obstáculos, que hubieran obligado á un caminante á dar un rodeo, detenía la rápida marcha de Meg Merrilies. Asemejábase á una ave que vuela surcando los aires. Finalmente llegaron al bosque de Ellangowan, se dirigieron hácia Dernelcough y desaparecieron completamente.

—Esto es muy estraordinario! dijo Lucy á su amiga; ¿qué asunto puede él tener con esa vieja gitana?

—Esto es asombroso, y trae á mi memoria los cuentos de los mágicos, de los encantadores y de los genios malsines, que me contaban en Indias, respondió la hija del coronel. Aseguran que hay

personas cuyos ojos están dotados de tal fascinación que obligan á sus víctimas á seguirlas contra su voluntad. ¿Qué relaciones puede tener tu hermano con esa feísima bruja para verse precisado á obedecerla y seguirla á la fuerza?

—A lo menos, dijo Lucy, podemos creer que ella no tiene ningún designio malo contra él; pues de lo contrario no hubiera permitido que le acompañara ese bizarro y leal Dinmont, cuyas fuerzas y valor nos ha alabado tanto Enrique. Ahora tornémosnos á la quinta antes que vuelva el coronel. Él verá lo que mas convenga que se haga.

Dándose el brazo y tropezando alguna vez que otra, de resultados de sus temores, de sus zozobras y de la precipitación de su marcha, llegaron por fin á la calle de álamos que servia de avenida á Woodbourne. Apenas entraron en ella cuando oyeron á corta distancia detrás, el ruido de un caballo. Volvieron la cara y reconocieron con grande alegría al jóven Hazlewood.

—El coronel llegará dentro de pocos instantes, les dijo él. Quise adelantarme con el objeto de ofrecer á miss Bertram mis sinceros parabienes por el dichoso acontecimiento que acaba de tener lugar en su familia. Estoy impaciente de presentarme al capitán Bertram y agradecerle la lección que supo dar á mi vivacidad é indiscreción.

—Acaba de separarse de nosotras, dijo Lucy, y de un modo que nos trae muy asustadas.

En este instante llegó el coche del coronel. Hizo este que pararan; se apeó con Mr. Pleydell y se reunió con las dos señoritas; ellas le contaron al instante el nuevo motivo de desazon que tenían.

—Otra vez aparece en la escena Meg Merrilies! exclamó Mannbring; esta misteriosa mujer es incomprendible! Preciso es que quiera comunicar á Bertram alguna cosa, de que no guste nos enteremos nosotros.

—Llévese el diablo á la loca de la vieja! dijo el abogado; se empeña en que las cosas no sigan sus trámites naturales, *prout de*

lejo (el curso legal). Siempre viene á dirigir el timon conforme á su capricho; pero segun la direccion que han tomado, temo no hayan ido hácia la parte de Ellangowan. Bien nos ha hecho ver ya ese bribon de Glossin la caterva de pillos desalmados que tiene á su disposicion; ojalá que le baste el auxilio del honrado Dinmont.

—Si VV. me permiten, dijo Hazlewood, voy á seguir el mismo camino que ellos han tomado. Soy bastante conocido en estos alrededores para creer que en mi presencia se atreva alguien á hacerle daño, y á mal correr, contribuiré á su defensa con el señor Dinmont. Si les descubro, tendré cuidado de mantenerme á tal distancia que Meg Merrilies no pueda columbrarme, ni verse cohibida en las comunicaciones que tenga á bien hacer al caballero Bertram.

—A fé mia, Mr. Carlos, dijo Pleydell, que me parece un sueño ver á V. ya hecho un hombre cuando hace tantos años le ví en mantillas y pañales. Menos temor me da respecto á nuestro jóven amigo la fuerza abierta, que alguna nueva tropelia tapada con algun velo legal, y juzgo que la paciencia de V. podria desconcertar á Glossin y á sus satélites. Ande V. pues á buscarlos, indague y registre. Les hallará V. segun creo en Dernelough ó en el bosque de Warroch.

Disponíase Hazlewood á partir;—Carlos, díjole el coronel, le esperamos á V. á comer, con una inclinacion de cabeza, con nosotros. El jóven le manifestó que aceptaba el convite, metió espuelas á su caballo y se alejó á galope tendido.

Entretanto Bertram y Dinmont continuaban siguiendo á su guia cruzando valles y bosques, y se dirigian hácia Dernelough. Precedíales siempre Meg con la misma celeridad, y solamente volvía la cara atrás para instarles á que aceleraran el paso, aunque sudaban á chorros á pesar del frio que hacia.

De cuando en cuando hablaba ella consigo misma, y decia expresiones inconexas, tales como las siguientes:—Vamos á reedificar la casa antigua. Vamos á ponerle la piedra angular. ¿No se

lo habia dicho yo? Díjele que esto me estaba reservado, aunque le fuese en ello la cabeza á mi padre mesmo; era mi destino. He estado en prisiones; he conservado mi designio dentro de los calabozos y entre las cadenas y los grillos; me han desterrado, y los pensamientos me siguieron en la espatriacion, llevélos conmigo á tierras estrañas. Laceráronme con el azote, marcaron mis carnes con el hierro hecho ascua; pero mis ideas estaban grabadas en un sitio donde alcanzar no podian las pencas ni el hierro caldeado..... mas ya llegó la hora..... he oido sonar la fatal campana!

—Capitan, dijo Dinmont á media voz, mucho me alegraria de que no fuese esta mujer alguna hechicera. Tiene facha de encomendarse á Dios mucho menos que al diablo. Dicen en mi tierra que no deja de haber personas por ese estilo.

—No tenga V. miedo, querido amigo.

—Miedo yo! por vida del chápíro! sea ella bruja ó diablo, me importa un bledo. Lo mismo se le da á Dandy Dinmont.

—Callad, dijo Meg Merrilies, mirán道les con aire colérico, ¿creéis que es tiempo ó lugar ahora de entretenerse en parlería?

—Buena amiga, díjole Bertram, no tengo el menor recelo con respecto á la buena fé de V., ni al interés que por mí se toma; hartas pruebas de ello me tiene V. dadas ya. Pero tambien deberá V. tener alguna confianza en mí y decirme á donde me lleva.

—Solo tengo una respuesta que daros, Enrique Bertram. Juré en cierto tiempo que mi lengua jamás hablaria, pero nunca hé jurado que mi dedo no habria de indicar. Avanzad pues para hallar vuestra fortuna, ó retroceded si es vuestro ánimo perderla. Esto es cuanto quiero deciros.

—Adelante! no volveré á molestarla con mis preguntas.

Bajaron á la cañada donde Meg se separara de Bertram despues de aquella noche tan desabrida que pasó nuestro jóven en su compañía. Paróse ella un momento en el paraje donde Enrique habia visto sepultar los restos mortales del teniente de

Hatteraick, y en el cual se advertían todavía señales de que la tierra se hubiese removido recientemente, aun cuando habían tratado de borrarlas.

—Aquí yace uno, dijo la gitana, que dentro de poco tendrá algunos compañeros de lecho.

Atravesó ella el arroyo, y al llegar al arruinado lugarejo, detúvose delante de una de las barracas cuyas paredes subsistian aun, y dijo á sus dos acompañantes, con tono mas dulcificado, pero en extremo solemne.

—¿Veis los restos miserables de esta cabaña? En ella durante cuarenta años encendí la lumbre de mi hogar; en ella dí á luz dos hijos. ¿Y qué se ha hecho de ellos? ¿Qué se ha hecho tambien de las hojas que á ese viejo fresno decoraban el día de San Martín? Desnudado de ellas lo há el ábrego despojador.... mi suerte es igual á la suya. ¿Veis ese viejo fresno? ya solo es un tronco podrido. Muchas tardes he pasado sentada á su sombra cuando sus frondosas ramas cubrían una y otra ribera del arroyo. Sí, ahí me he sentado, Enrique Bertram, dijo ella levantando la voz, y sobre mis rodillas os he tejido. Ahí os he cantado los laudes de los antiguos héroes de vuestra familia y sus sangrientas guerras. Pues bien! su verdor no volverá á retoñar, ni los cantares de Márgara Merrilies tornarán á oirse. Pero vos no la olvidareis, y tendreis cuidado de que se reedifique esta choza por amor de ella. Poned de inquilino bajo su restablecida techumbre á una persona virtuosa que no tema á los moradores del otro mundo. Si es cierto que los muertos se aparecen á los vivos, se me verá mas de una vez en esta cañada, despues que mis viejos huesos estén pudriéndose debajo de la tierra.

La mezcla de locura y entusiasmo con que hablaba la gitana, el fuego que brotaba de sus ojos, mientras estendía su desnudo brazo derecho, conservando el otro envuelto en su capa, y la cual formaba elegantes ondas de ropaje, hubieran hecho de su actitud un estudio digno de nuestra célebre Siddons (1).

(1) Famosa actriz natural de Edimburgo; el traductor de esta obra tuvo el gusto de admirar sus talentos, en vida de Walter Scott, por los años de 1813.

Así hablando, se dirigió á la torrecilla arruinada que Bertram conocia ya. Sacó de la faltriquera una gruesa llave y abrió con ella la puerta. Lo interior estaba mas aseado que cuando nuestro héroe estuvo allí la primera vez.—He estado arregiando este cuarto, dijo ella; pues quizás me halle en él de cuerpo presente antes que venga la noche—pero—añadió Meg volviendo á tomar el tono de voz agrio, duro y cortado que la era natural—vamos al avio..... vamos al avio. Poca gente asistirá al entierro de Meg. Muchos me vituperarán por lo que he hecho y por lo que voy á hacer.

Indicóles en seguida una mesa sobre la cual habia preparado un plato de carne fiambre, con mayor primor de lo que pudiera esperarse de las costumbres nómadas de aquella mujer.—Comed un bocado, díjoles ella; necesitais hacer acopio de fuerzas.

Bertram tomó una lonja para no hacer desaire; pero su amigo Dinmont hizo todo honor al ambigú con un apetito emel cual no hacia mella, ninguna idea de temor ó de asombro.

Presentó la vieja un vaso de aguardiente á cada uno. Bebiólo Dinmont tal como se lo dieron, pero Bertram lo mezcló con igual cantidad de agua.

—¿Y V., señora, dijo el labrador á su huésped, no toma nada?

—Nada necesito ya, respondió ella; pero ahora os hacen falta armas. No está bien que vayais con las manos desnudas. Pero no os sirvais de ellas sino en caso de grande apuro. Cogedle vivo, entregadle á la justicia; interesa que hable antes de morir.

—¿Y á quién vamos á prender? ¿quién es preciso que hable? preguntó Bertram, cuya sorpresa se acrecentaba por instantes.

Meg por toda respuesta le presentó un par de pistolas. Examinólas el jóven y halló que estaban cargadas.

—Las piedras son buenas, y la pólvora está muy seca, dijo Merrilies, soy bastante inteligente en eso.

Armó tambien á Dinmont con otros dos cachorrillos de faltriquera, y dijo á sus huéspedes que escogiese cada uno un palo de entre un haz de garrotes de malísima facha que ella les presentó.

—Ahora, dijo la gitana, es menester que prosigamos nuestra aventura.

Pusiéronse los tres en marcha, caminando siempre delantera la vieja.

Bertram le dijo al oído á Dinmont.—Hay en todo esto un misterio inesplicable, pero no nos serviremos de nuestras armas sino en caso de absoluta necesidad. Obre V. como vea que yo obro.

Contestóle Dinmont con un guiño significativo, y ambos siguieron á su conductora paso á paso, atravesando campos, praderas y brezales. Llevóles ella al bosque de Warroch por el mismo sendero que pisó el viejo Ellangowan, cuando se dirigió corriendo á Derncleugh en busca de su hijo el día que fué asesinado el infeliz Frank Kennedy.

Luego que llegaron á aquel paraje, donde no se oía otro ruido que el silbar del viento agitando las ramas despojadas de sus verdes adornos, detúvose la gitana un instante cual si quisiese reconocer los contornos.—Es preciso, dijo ella, seguir el mismo camino.

Desde allí, en vez de caminar via recta como lo habia hecho hasta entonces, hizoles ella dar un sin número de rodeos, y les condujo finalmente por un boquete en la floresta, el cual tendria de estension la cuarta parte de una aranzada. Su forma era irregular, y se hallaba tan rodeado de árboles y de matojos, que, aunque era invierno, formaba un retiro profundo y casi inaccesible. Pero cuando cubrian el suelo las verduras de la primavera, y los arbustos desplegaban sus riquezas y galas naturales, cuando las ramas de los árboles, entrelazándose en todas direcciones, formaban un toldo impenetrable á los rayos del sol, aquel paraje hubiera sido elegido por un jóven poeta para componer en él sus primeros versos, ó por dos amantes para hacerse en él sus primeras declaraciones.

Pero los recuerdos que entonces resucitaban aquel paraje era de una naturaleza muy distinta. Bertram al examinarlo atentamente sintió que una nube sombría le ofuscaba las sienes. Meg,

después de haber dicho en voz baja, sí, aquí es, miró á Bertram con ojos espantados y le dijo: ¿lo conocéis?

—Sí, contestóle el jóven, aunque muy imperfectamente.

—Aquí fué, continuó ella, donde le echaron del caballo; yo estaba oculta entonces detrás de esa almáciga de espinos. Le ví luchar, le oí pedir misericordia; pero el infeliz habia caído entre las manos de unas gentes que no conocen semejante palabra. Ahora os voy á enseñar la vereda que tomé la última vez que os llevé en mis brazos.

Condújole ella entónces á través de la arboleda, sin seguir ningun sendero, hasta que por un declive casi imperceptible se encontraron en la playa. Siguió caminando la gitana con rapidez entre las rocas, y, parándose junto á un fragmento de peña que estaba desprendido de la masa pedregosa:—Aquí fué, dijo ella á Bertram en voz baja, donde fué hallado su cadáver.

—La caverna, le dijo Bertram en el mismo tono, no deberá estar muy léjos de aquí. ¿Es á ella á donde vamos?

—Sí, ahora ánimo y firmeza. Imitad lo que yo haga para introducirme en la cueva. He preparado avíos para que tengáis luz. Aquí teneis unos buenos cordeles. Permaneced ocultos hasta que yo os diga: *La hora y el hombre han llegado*. Entonces, lanzaos sobre él y atadle tan de firme que le brote por las narices la sangre.

—Lo haré... si es el hombre que me sospecho.... ¿es Jakson?

—Sí, Jakson, Hatterraick, y otros veinte nombres además.

—Dinmont, ¿quiere V. seguirme?

—¿Y lo duda V.? pero no sería malo encomendarnos á Dios antes de entrar en ese maldito agujero que nos abre ese diablo de bruja. Ocurrencia es que dejemos este hermoso sol y este aire puro, para zamparnos dentro de esa huronera, y que nos metan debajo de tierra como si fuésemos dos topos! Pero lo mismo se me da; que el diablo me lleve si me separo de V. una pulgada!

Esto se decia en voz baja, mientras desembarazaba Meg la

abertura de la ratonera. Ella entró la primera á gatas. Siguióla Bertram, y cerró la retaguardia Dinmont, despues de haber echado una última ojeada á la luz del dia que abandonaba.

CAPITULO XV.

Tú mismo lo has predicho, y con presteza
Te precisa morir, buen adivino;
Pues no es otra la órden del destino
Que pide inexorable tu cabeza.

SHAKESPEARE. *Enrique IV.* parte 5.^{ta}

El labrador, quien acabamos de decir formaba la retaguardia, se halló detenido repentinamente en su marcha *gata* por una mano que le agarró una de sus largas piernas, y las cuales iba él arrastrando en pos de sí con todo silencio y no sin alguna aprension, por el boquete angosto y bajo que al subterráneo conducia. Por poco le abandona su firmeza de ánimo, y no estuvo muy léjos de que perdiese el tino lanzando un grito, que hubiera sido la señal infalible de su propia muerte y de la de Bertram, porque en la postura en que se hallaba, toda defensa se hacia imposible. Contentóse pues con encoger y dar libertad á la pierna que le habian asido, y continuó su gateo; cuando al instante el que le seguia dijo en voz muy sumisa.—Callad por Dios! soy un amigo, me llamo Carlos Hazlewood.

Meg Merrilies, que abria la marcha, habia llegado en aquel momento al paraje donde la bóveda de la caverna se hacia mas elevada, y habíase la gitana puesto en pié. No oyó ella las anteriores palabras, por haberse pronunciado en un bajísimo susurro, pero el pequeño ruido que produjeran en aquel silencioso subterráneo bastó para alarmarla hasta cierto punto. Recelosa de que tambien hubiesen llegado aquellos sonos á los oidos de otro sugeto, y con el objeto de confundirlos con otros ruidos, púsose á refunfuniar, á rezar entre dientes, á cantar y á remo-

ver los haces de seco ramaje que estaban apilados cerca de la entrada de la caverna.

—Acá, vieja bruja! hija de Satanás, gritó la voz dura y ronca de Hatteraick desde el fondo de su cueva, ¿qué estás haciendo allá abajo?

—Estoy juntando una poca leña para que os calenteis. perverso bribonazo. Ahora estais como un príncipe; todo pasará prontamente.

—¿Me has traído aguardiente y noticias de mis hombres?

—Aquí está el aguardiente. Ahora, respecto á vuestros hombres, unos se han huido, otros están dispersos, y los mas han sido fusilados ó muertos á sablazos por la gente de las casacas encarnadas.

—Rayos y centellas! esta costa es fatal para mí!

—Todavía tendreis quizás mayor motivo de hablar así.

Durante este diálogo, Bertram y Dinmont llegaron á la estrechidad del pasadizo, y volvieron á adquirir su actitud natural con gran satisfaccion suya.

La sombría claridad que arroja una carbonada encendida en una hornilla de hierro y muy parecida á las que sirven para la pesca del salmon durante las horas de la noche, era la única luz que alumbraba la caverna. Hatteraick echaba de cuando en cuando un puñado de ramillas en aquellas brasas, pero la llamarada que producian al arder, estaba muy distante de bastar para estender la luz por aquel vasto recinto, especialmente cuando se les prendia fuego en el fondo de la cueva. Dirck tampoco podia ver á los que se hallaban á la entrada de ella porque estos se habian ocultado detrás de una pila de leña. Tuvo Dinmont la precaucion de retener al jóven Hazlewood con una mano hasta que pudo decir á Bertram muy de quedo: Aquí hay un amigo, se llama Cárlos Hazlewood.

No era aquella una ocasion muy á propósito para hacerse cumplimientos mútuos. Quedáronse pues todos tres inmóviles y silenciosos como los peñascos que les rodeaban, y ocultos como he-

mos dicho detrás del monton de ramas secas, que tal vez estarían puestas allí tambien con el fin de teparle el aliento frio á la brisa de la mar, sin que se interceptase la circulacion del aire totalmente. Aquella pila de leña consistia en su mayor parte de brezos y otras desgajaduras de arbusto amontonados sin método, de manera que al través de los huecos y claros que dejaban, nuestros tres amigos podian columbrar, ayudados del resplandor que emitia el brasero, cuanto pasaba en el fondo de aquel antro, mientras era imposible se les descubriese en la oscuridad donde se mantenian ellos mismos.

Prescindiendo del interés moral que tal escena ofrecia, tanto en virtud de la claridad, que preveia Bertram pudiera ella arrojar de sus resultas sobre su propia suerte, cuanto por el peligro á que estaba espuesto con sus compañeros de aventura, los efectos de la sombra y de la luz que allí se notaban hubieran escitado la atencion de cualquier espectador indiferente. La única luz constante que alumbraba la caverna, era el destello rojizo que despedian las brasas vivas que llenaban la hornilla; de cuando en cuando le sucedia una llama esplendorosa ó bien una espesa humareda, segun los ramajes que echaba Hatteraick en su brasero eran mas ó menos adecuados para alimentarla. Un sofocante vapor subia hasta las bóvedas de la caverna, y en seguida, cual si fuese á pesar suyo, despedia un sombrío destello que giraba incierto alrededor de la columna de humo, por arrojar súbito un brillo mas resplandeciente, cuando una rama aun mas seca que las demás convertia en llamas el vapor. Entonces podia diseñarse con mayor ó menor exactitud, la figura de Hatteraick, cuyas facciones duras y salvajes adquirian un carácter mas feroz de resultas de las negras reflexiones que le agitaban, y de los reveses que acababa de sufrir, y cuya fisonomía se hermanaba harto bien con las rocas angulares que se veian suspendidas en arcos sobre su cabeza. Meg Merrilies, rondando en torno de él, ya junto al hogar de la lumbre, ya entre el humo y las tinieblas, formaba un sorprendente contraste con Hatteraick, al que se le veia siem-

pre en pié y medio inclinado sobre el encendido brasero, mientras la gitana se asemejaba á un espectro que se aparece y desaparece por turnos.

Hirvióle á Bertram la sangre luego que divisó á Dirk Hatteraick. Acordóse que éste, bajo el nombre de Jakson, cuyo apellido tomara el malhechor despues del asesinato de Kennedy, habia sido, así como tambien su lugar teniente Brown, el azote implacable de su niñez. Constábale igualmente, en parte por sus imperfectos recuerdos, y en parte por lo que Mannering y Pleydell le habian dicho, que aquel hombre desempeñara el papel principal en el acontecimiento que le arrebató de sus padres y de su país nativo, esponiéndole á tantos peligros y reveses. El grito de venganza resonaba en su corazon y con dificultad sufría la demora que le estorbaba lanzarse sobre el malvado y levantarle la tapa de los sesos; pero este arrojó hubiera llevado consigo un riesgo muy marcado. La llama que iluminaba el espantoso rostro de Hatteraick dejaba ver tambien unas formas tan nervudas que manifestaban las fuerzas descomunales que le asistían, descubriendo al mismo tiempo dos pares de pistolás y un sable que llevaba al cinto. No era dudoso que habria de defenderse con el valor de la desesperacion, lo cual acrecentaria su robustez natural. A pesar de esto no parecia probable que hubiera de resistirse contra dos hombres tales como Bertram y Dinmont, sin contar con su asociado Hazlewood, quien no tenía armas, ni tampoco un cuerpo tan robusto. Pero Bertram conoció que no habia valor ni prudencia en quitarle una vida la cual debiera reservarse para el cadalso. Reflexionó igualmente sobre lo importante que le era cojerle vivo, y domeñando por lo tanto su indignacion, resolvió aguardar la señal, y ver lo que á suceder iba entre el malvado contrabandista y la gitana.

—¿Y qué tal os hallais ahora? dijo ella con aquel tono agrio y destemplado que le era natural.—No os he dicho lo que habia de aconteceros, y eso en esta cueva misma donde os refugiasteis despues del asesinato?

—¡Rayos y centellas! Bruja maldita, guarda tus presagios endemoniados hasta que los exija yo de tí. ¿Has visto á Glossin?

—No; habeis marrado vuestro salto, hombre sanguinario. Nada teneis ya que esperar del tentador.

—¡Por vida del infierno! si yo pudiera agarrarle por el gañote!.... ¿Pero qué va á ser de mí?

—La alternativa de morir como un hombre, contestóle la gitana, ó de ser ahorcado como un perro.

—Ahorcado, hija de Satanás; todavía no han hecho la siembra del cáñamo que ha de torcer el dogal con que me ahorquen.

—Sembrado está, nacido se halla, segado tambien, y la cuerda se encuentra torcida. ¿No os dije, cuando á pesar de mis ruegos robasteis el niño Bertram, que éste, despues de haber cumplido con sus destinos en países estraños, volveria al cumplir sus años veinte uno? ¿No os dije que la antigua lumbre habia de apagarse con escepcion de su última chispa, pero que esta chispa habria de reencenderlo?

—Sí, me lo dijiste, pólvora y azufre! y creo que tu boca habló la verdad! Ese perro de Ellangowan, ese Enrique de dos mil demonios, ha hecho que la mala ventura me acompañe en toda mi vida desde entonces. Y ahora, merced á las malditas trapisondas de Glossin, se ha llevado el diablo mi tripulacion, hánme apresado el lugre y echado á pique mis lanchones. Faltóme gente para la maniobra y mucho mas para batirme. Sobró con una draga para coger mi buque. ¿Y qué dirán ahora sus propietarios? ¡Cielo é infierno! En todos los días de mi vida osaré presentarme en Flesinga!

—No os hace falta el pensar en embarazo semejante.

—¿Y por qué dices eso, bruja maldita? ¿por qué me hablas de ese modo?

Durante este diálogo, recogia Meg del suelo unas ramas secas que roció con un poco de aguardiente. Echólas en la hornilla, y una pirámide de llama, subiendo al momento hasta la bóveda, esparció en torno una viva claridad. Entonces respondiendo la

gitana á la pregunta que Hatteraick acababa de hacerle con una voz recia y firme.—*Es que*, dijo ella, *la hora y el hombre han llegado.*

Al oír la señal, Bertram y Dinmont, lanzándose de su escondite con la celeridad del rayo, se precipitaron sobre Hatteraick. Como Hazlewood desconocía el plan de ataque y la palabra de aviso, tardó en seguirles un instante. El facineroso, viendo que estaba vendido, dirigió desde luego su venganza contra Meg Merrilies y la disparó un pistoletazo. Cayó á tierra la gitana, dando un grito muy agudo y espantoso, acompañado de una risa que participaba de sardónica y dolorosa.—¡Bien sabia yo esto! dijo la infeliz al caer.

En su precipitacion, tropezó Bertram contra una de las desigualdades de la peña que formaba el suelo del antro, y se tambaleó un momento. Este accidente le salvó la vida, porque Hatteraick le disparó en el acto otro pistoletazo tan perfectamente dirigido, que si hubiera estado su cabeza á su altura ordinaria, la bala le habria atravesado el cráneo. Antes que Dirk tuviese tiempo de echar mano á una tercera pistola, abalanzóse Dinmont á él y forcejeó por desarmarle. Mas era tal la fuerza del malvado que consiguió tender á Dinmont de espaldas sobre el encendido brasero, y ya estaba á punto de empuñar una de las pistolas que le habian quedado en el cinto, lo que hubiera sido el remate del valiente labrador, si Bertram y Hazlewood no se hubiesen arrojado á socorrerle. Entonces todos tres se lanzaron sobre Hatteraick, y consiguieron, no sin una desesperada lucha, traerlo á tierra, desarmarle y atarle de suerte que se quedó sin movimiento alguno.

Esta batalla duró menos tiempo del que hemos necesitado para referirla.

Luego que Hatteraick se vió domado así, despues de haber hecho uno ó dos esfuerzos por desatarse, quedóse completamente tranquilo y sin decir una palabra.

—Ahí está ya como un tejon muerto, dijo Dinmont; ahora si

que me gusta este pajarraco. Mientras así hablaba el honrado rentero, sacudia de su leviton las brasas y el rescoldo que se le habian pegado, y que tambien le chamuscaran parte de sus negros cabellos.

—Quédese V. junto á él, díjole Bertram, y cuide de que no se mueva, mientras voy á ver si esa pobre vieja está muerta ó viva. Con el auxilio de Hazlewood consiguió poner en pié á Meg Merrilies.

—Bien sabia yo, dijo la gitana, que esto habia de acontecer, y que no era posible viniese á parar en otra cosa.

La bala le habia atravesado el pecho un poco mas abajo del cuello. La herida echaba poca sangre, y Bertram, que conocia los efectos de las armas de fuego, no la consideró peligrosa.

—¡Buen Dios! dijo Enrique á Carlos, ¿qué haremos para favorecer á esta pobre anciana?

Las circunstancias no permitian hubiese lugar á las esplicaciones necesarias que en cualquiera ocasion hubieran sido el resultado preciso.

—Mi caballo, contestó Hazlewood, está en el bosque, y á corta distancia de aquí. He seguido á VV. paso á paso durante mas de dos horas. Voy en busca de gente con que podamos contar. Mientras vuelvo, guarden VV. la entrada de la caverna. Así hablando, desapareció.

Bertram, despues de haberle vendado la herida á Meg como pudo, acostó á la gitana sobre un lecho de hojas secas, y se puso de centinela junto á la entrada del antro, con una pistola en cada mano. Dinmont no se apartó un paso de Hatteraick. Succedió en la caverna un silencio profundo, y el que solo era interrumpido por alguno que otro sollozo que sus dolores arrancaban á la gitana, y por la fatigada respiracion del preso.

CAPITULO XVI.

Distante de los tuyos, de hora en hora
 Peligros mil constantes te asediaban
 En tierra estraña y clima no propicio;
 Pero de Dios la mano protectora
 Y sus bondades que por tí velaban
 Salvado te han á un pié del precipicio!

CRABBE. *El tribunal de justicia.*

Despues de algunos tres cuartos de hora, que parecieron á Bertram y á su amigo otras tantas horas cuando menos, con motivo de la zozobra y del peligro de la situacion en que se hallaban, oyeron la voz de Hazlewood, quien se puso á gritar en la boca de la caverna—Aquí estoy, aquí estoy! traigo gente conmigo!

—Entren VV!! dijo Bertram, contentísimo de ver que terminaba el tiempo de su penosa centinela.

Entró entónces Hazlewood, seguido de un alguacil del juzgado de Paz y de otros muchos hombres. Levantaron del suelo á Dirk Hatteraick y le condujeron hasta el paraje que servía de boca interior á la caverna; allí le tendieron de espaldas y le tiraron de las piernas para hacerle salir, pues no hubo quien consiguiera se ayudase á sí mismo con algun movimiento, porque se les quedaba entre las manos tan mudo é impasible como un cadáver. Luego que le sacaron de la huronera pusiéronle en pié, dejando tres ó cuatro hombres para custodiarle, mientras los demás regresaron en busca de Meg Merrilies.

Saliendo repentinamente del seno de las tinieblas, y espuesto á la viva claridad del sol, el deslumbrado Hatteraick podia á penas ponerse en pié. Quisieron hacer que se sentara en un grueso fragmento de peña que habia en la orilla de la mar; pero entonces el facineroso haciendo girar las niñas de sus ojos con ademán horrible, mientras estremecía su cuerpo un convulsivo sacudimiento, exclamó:—*Ahi* no! rayos y centellas! *ahi* no, no; por vida de todos los demonios, que no conseguireis me sienta *ahi*!

Pronunció solamente estas palabras; pero el horrible tono con el cual las proferia dejaba ver lo que en su espíritu pasaba, y el sentido anexo á ellas.

Acabábase tambien de sacar á Meg Merrilies de la caverna; con el cuidado y precaucion que sus circunstancias requerian, y que daba de sí el oscuro boquete que formaba su único ingreso. En seguida celebróse consulta acerca del paraje á donde habrian de trasladarla.

Hazlewood, quien habia enviado á buscar un cirujano, propuso que interinamente se la llevase á la choza mas contigua. Pero ella al instante gritó con mayor fuerza de la que podia haberse esperado.—No! no! á Derncleugh! solo allí podrá el alma desprendérsese del cuerpo!

—Es necesario darle gusto, dijo Bertram, porque si nó, la inquietud de su espíritu empeoraria el estado de su herida.

Encamináronse pues á la vieja torrecilla, mientras Meg parecia hallarse mas preocupada con la escena que acababa de ocurrir, que con la muerte que tan aprisa se la acercaba.

—Tres eran, decia ella, y sin embargo yo no llevé mas que dos. ¿Quién ha sido pues el tercero? Sin duda será *aquel mismo* que se há aparecido para ser tambien instrumento de *su* venganza!

Era evidente que la súbita llegada de Hazlewood, al cual la oscuridad por una parte, y por otra la herida que la gitana recibiera, no le habia dado tiempo de conocer, producía mucho efecto en su imaginación y no la dejaba apartar de sí esta idea.

Hazlewood esplicó á Bertram la causa de su aparicion en aquel lugar. Añadió, que habiéndoles divisado, luego que salieron de Derncleugh, les habia seguido constantemente sin perderles de vista; que se introdujo en la caverna con designio de darse á conocer, cuando su mano, en aquellas tinieblas, tropezó con la pierna de Dinmout, ocurrencia que no hubiera dejado de producir una funesta catástrofe á no haber sido por el valor y la presencia de ánimo del honrado rentero.

Luego que llegaron á la torre, dióles Meg la llave de la puer-

ta. Entraron todos, y se disponían á colocarla en una cama, cuando ella gritó con tono de inquietud: —No, no, así no; ponedme la cabeza hácia el levante!

Dió muestras de complacencia así que la pusieron como deseaba.

—¿No hay por aquí inmediato algun eclesiástico, dijo Bertram, que con sus preces ayude á bien morir á esta desgraciada mujer?

El cura de la parroquia, quien había sido preceptor de Carlos Hazlewood, había sabido, como otras muchas personas, que el asesino de Kennedy acababa de ser preso en el mismo paraje donde perpetrara el crimen, y que una muger había recibido una herida mortal. La curiosidad, ó mas bien el sentimiento de sus obligaciones, le encaminaron á Derneleugh, y en aquel instante se presentó á la torrecilla. Llegó al mismo tiempo el cirujano y quiso examinar la herida de la gitana, pero ella se negó á recibir los socorros del uno y del otro.

—Nada pueden hacer los hombres, dijo ella, para dar salud á mi cuerpo ni á mi alma. Dejadme decir lo que decir tengo, y despues de eso hareis de mí cuanto os plazca. Que nadie me contrarie. ¿Dónde está Enrique Bertram? Todos los presentes, á escepcion de Dinmont y Hazlewood se miraron con asombro, pues que semejante nombre hacia tiempo que se habia hecho extraño á sus oidos.

—Sí, repitió ella con voz mas elevada y vehemente, digo, que ¿dónde está *Enrique Bertram de Ellangowan*? No me quiteis la claridad, para que yo pueda verle.

Todos los ojos se volvieron entonces hácia Bertram, quien se acercaba á la infeliz muger. Asíóle ella una mano.—Miradle bien, dijo, y digan cuantos han conocido á su padre y abuelo si no es este su vivo retrato?

Un confuso ruido se levantó entre los presentes: la semejanza era demasiado perfecta para no sorprenderles.

—Ahora bien, escuchadme, y que ese hombre, añadió la gita-

na señalando á Hatteraick, el cual, rodeado de sus guardas, se habia sentado en un viejo arcon, se atreva á negar lo que voy á decir. Vos sois Enrique Bertram, hijo de Godofredo Bertram, baron de Ellangowan. Ved aquí el niño que robó Dirk Hatteraick, en el bosque de Warroch el dia que dió muerte alevosa á Frank Kennedy. Por allí me aparecí yo como un alma en pena ó un espíritu errante. Autojésemi recorrer todo el bosque antes de ausentarme del país. Salvé la vida al niño. Supliqué, rogué á Hatteraick que me lo dejara; pero él se lo llevó consigo al través de los mares. Ha recorrido naciones lejanas, y ahora vedle de regreso para volver á entrar en la posesion de sus estados. ¿Y quién podria impedirlo? Yo juré guardar el secreto hasta que no se cumpliesen sus veintium años, porque me constaba que pasado este término quedaria emancipado de su destino. Guardé el juramento, pero tambien habia yo jurado para mí misma, que si la vida me duraba hasta ver su regreso, le haria yo restablecer de los derechos de sus padres, aunque cada escalon de su subida se convirtiese en un cadáver. He guardado mi juramento. Yo soy uno de esos escalones. Ese hombre (volviendo á señalar á Hatteraick) será otro y no ha de ser por cierto el último.

Observó el sacerdote que era muy sensible que semejante declaracion no se recibiera segun las formas legales, y el cirujano añadió que era indispensable examinar el estado de la herida de aquella mujer antes de fatigarla con nuevas preguntas. Pero, cuando notó Meg que todos se salian del cuarto, y se llevaban á Dirk Hatteraick, á fin de dejar al facultativo ejercer con tranquilidad sus funciones, incorporóse ella y llamó con toda su voz al capitán contrabandista.

—Dirk Hatteraick, ya no tornaremos á vernos hasta el último dia de los dias. ¿Reconocéis la verdad de cuanto he dicho?

Volvió el asesino hácia ella su ceñuda frente, y lanzóla una mirada feroz, mas sin desplegar los labios.

—Dirk Hatteraick, vos, cuyas manos están cubiertas de mi san-

gre, ¿os atreveis á negar una sílaba de lo que ha proferido mi moribunda voz?

Continuó él mirándola con una espresion de rabia y de complacencia, se mordió los labios y nada dijo.

—Agur pues, perdóneos el cielo! vuestra mano ha robustecido mi testimonio. Mientras viví, he sido una gitana, una loca, una vagamunda. Me han desterrado, azotado, señalado con un hierro hecho ascua. He pedido limosna de puerta en puerta, me han arrojado de villa en villa como á un can rabioso. ¿Quién habria dado crédito á mis palabras? Pero ahora soy una mujer moribunda, y mis palabras no han de caer en tierra como mi sangre que de verter acabais!

Ella dejó de hablar, y solo quedaron en el aposento dos ó tres mujeres y el cirujano. Despues de haber examinado la herida, menzó el facultativo la cabeza y cedió su puesto al sacerdote.

Un alguacil, previendo que seria preciso conducir á Hatteraick á la cárcel, embargó en el camino una silla de posta que iba de retorno á Kippletringan. El postillon, que lo era nuestro amigo Jack Jahos, habiendo sabido lo que pasaba en Dernelough, dejó su carruaje al cuidado de un muchacho, confiando menos quizás en su vigilancia que en la formalidad y sosiego de sus caballos, y se dirigió á todo correr hácia el lugar de la escena con el objeto de presenciar aquel espectáculo. Llegó en el momento que el grupo de labradores y otros campesinos, cuyo número se aumentaba por instantes, habiendo satisfecho su curiosidad contemplando las facciones duras y feroces de Dirk Hatteraick, prodigaban á Bertram toda su atencion. Especialmente los ancianos, que habian tratado cuando jóven al padre de este, conocian la verdad de cuanto dijera Meg Merrilies.

Pero la circunspeccion forma el carácter distintivo de los Escoceses, y aquellos buenos aldeanos se acordaron que era otra persona quien se hallaba en la actual posesion de las haciendas de Ellangowan, y contentáronse con comunicarse mutuamente sus advertencias y reflexiones.

Pero Jack Jahos, abriéndose paso por el corro, apenas hubo mirado á Bertram, cuando retrocediendo un par de pasos gritó lo mas de recio que pudo:—Tan cierto como existo, ese es el viejo Ellangowan quien ha resucitado y rejuvenecido!

Esta declaracion espontánea, hecha en público por un hombre imparcial y sin prevencion alguna, fué una chispa eléctrica que se comunicó en el instante á todos los espectadores.—Viva Bertram! gritaban de todas partes; viva el heredero de los Ellangowan! justo es que ocupe el lugar de sus padres!

—Yo puedo hablar, decia uno, porque hay setenta años que estoy viviendo en este país.

—Hay el doble de ese tiempo, decia otro, que yo y los míos habitamos en él. Bien debo conocer el modo de mirar de un Bertram.

Trescientos años há que estamos establecidos aquí, de padre á hijo, añadió otro anciano. Yo venderia hasta mi última vaca por ver al jóven laird en la nueva posesion de sus derechos.

Las mujeres, tan aficionadas siempre á lo maravilloso, y cuyo interés se acrecienta cuando tiene por objeto un buen mozo, no eran las menos adelantadas en participar del comun entusiasmo.

—Es un vivo retrato de su padre! gritaban ellas.—Qué el cielo le bendiga! Siempre fueron los Bertram unos bienhechores de la comarca.

—Ah! decian algunas, si viviera la pobrecita de su madre, quien murió de resultas de haberlo perdido, se hubiera vuelto loca al ver un dia semejante!

—Es preciso que le repongamos en sus derechos! gritaban otras, y si Glossin pretende conservar el dominio del castillo, lo arrojaremos de él con cox y uña.

Dinmont, quien era conocido de muchos labriegos del país, fué tambien rodeado de la turba. Hallábase el honrado montañés en sus glorias al referir cuanto sabia de su amigo, y al preconizar la parte que habia tenido en el suceso reciente. Escuchábanle con atencion, y su testimonio acrecentaba el entusiasmo y el júbilo comun. Finalmente, la frialdad y la reserva característi-

cas del pueblo escocés desaparecieron en aquel momento, así como la nieve se derrite á influencia de una lluvia dulce y abundante, convirtiéndose en torrentes que arrastran en su ímpetu las esclusas y malecones.

El ruido de estos vivas interrumpió las preces del sacerdote. Meg, quien se hallaba sumida en uno de aquellos síncope le-tárgicos que son precursores de nuestros últimos momentos, dió muestras de reanimarse y recobró el habla.

—Ois? ois? le han reconocido! le han reconocido! Solo vivia yo para ver eso? Soy una pecadora; pero mi maldicion causó sus desdichas y mi bendicion las ha reparado. Yo quisiera ahora haber dicho [todavía mas, pero ya no hay recurso. Aguardad, continuó ella estendiendo su descarnada mano hácia la estrecha ventana, por donde se introducía una viva claridad que iluminaba todo el cuarto, quitaos de ahí para que mis ojos le vean por última vez. Pero las tinieblas cubren mis párpados, añadió ella, dejándose caer sobre su lecho despues de haber hecho un esfuerzo inútil para distinguir los objetos. Todo está acabado!

—Mi alma se va de aquí

Pues la muerte ya está ahí.

Y estirándose en su gergon la pobre gitana espiró sin un gemido.

El cura y el cirujano redactaron una especie de proceso verbal de cuanto ella había dicho, pues al paso que sentian que no hubiese dado una declaracion judicial, se hallaban convencidos moralmente de la veracidad de sus revelaciones.

Hazlewood fué quien primero dió á Bertram el parabien sobre su acrecentada esperanza de recuperar su ilustre apellido y el rango que le correspondia en la sociedad. Los espectadores, quienes habian sabido por Jack Jahos que fuera Bertram el que hirió al joven Hazlewood, bendecian la generosidad de este último y mezclaban su nombre con el de Bertram en sus incesantes aclamaciones.

Algunos, sin embargo, preguntaron al postillon como no le

había llamado la atención la semejanza que acababa de notar, cuando vió á Bertram en Kippletringan algunos días antes?

—Qué diablos! respondió él con mucha naturalidad, ¿quién se acordaba entonces del viejo Ellangowan? Cuando oí decir ahora poco que había aparecido el joven laird, busqué todas las caras que había en el corro y la semejanza me saltó al instante á la vista. Nadie puede equivocarse; basta con mirarle una sola vez.

Durante la última parte de esta escena, la ferocidad de Hattraick pareció amilanarse hasta cierto punto. Notóse que arrugaba mucho las cejas, y que mientras se le veía procurar con sus atadas manos bajarse el sombrero hasta los ojos, el malhechor miraba con ansiedad hácia el camino por donde había de venir el carruaje para llevárselo.

Esta mudanza exterior no provenia de resentimiento alguno; pero temia el malvado que la efervescencia popular se volviese contra él. No tardó Mr. Hazlewood en librarle de sus recelos, mandando que le condujeran á la silla de posta, y le transportaran en ella á Kippletringan, donde le pondrían á disposición de Mr. Mac-Morlan, á quien ya había informado por un espreso de cuanto acababa de acontecer.

—Ahora, dijo el mismo á Bertram; tendria yo sumo placer en que V. quisiese acompañarme á Hazlewood; mas como supongo que eso será para V. mas agradable dentro de unos cuantos días que en este momento, suplico á V. me permita le siga á Woodbourne. Pero V. no tiene cabalgadura.

—Si el joven laird quiere mi caballo? ó el mio? ó el mio? gritaron cien voces á la par.

—Dígnese su merced aceptar el mio, dijo un buen anciano, y tenerlo por suyo propio desde este momento. Es una bestia que anda cien millas por hora sin necesitar látigo ni acicate.

Aceptó Bertram la oferta del caballo pero á condicion de préstamo, y dió gracias á la turba que le rodeaba por las señales de afecto que recibia.

Mientras envanecido de la preferencia que se le daba, el pro-

pietario del caballo enviaba á su casa un recado para que le aviasen su silla nueva, otro para que le limpiasen bien con heno seco, y un tercero para que pidiesen prestados á su vecino Dan Dinkinson los estribos plateados, y manifestaba el buen viejo á Bertram cuanto sentia el que no tuviese tiempo su bestia de comer un buen pienso de avena para que pudiese lucir todo su mérito. El jóven laird, tomando de la mano al cura, entró con él dentro de la torre y cerró la puerta.

Despues de haber contemplado unos instantes en profundo silencio el cadáver de Meg Merrilies, cuyas facciones, aunque desfiguradas por la muerte, conservaban aun el sello de la energía que por tantos años le habia asegurado una especie de superioridad sobre la tribu en la cual naciera, deshízose en llanto el enternecido capitán.

Enjúgose por fin las lágrimas que se le escapaban involuntariamente de los ojos, al ver á aquella desgraciada anciana, y á la cual miraba como víctima de su fidelidad hácia la familia de Ellangowan, y de su cariño particular hácia él mismo.— Cree V., dijo el jóven al ministro de la iglesia, que conservaba bastante conocimiento para comprehender el espíritu de los rezos, y que les daba la atencion que conviene á una persona moribunda?

—Apreciable señor, contestó el párroco, creo que no la faltaba el suficiente para oirme y unirse á mis oraciones; mas debemos esperar que seremos juzgados con arreglo á nuestras débiles luces y respecto á los medios que hayamos tenido para instruirnos en las verdades de la moral y de la religion. Esta mujer, aunque vivia en el seno de un país cristiano, podia considerarse como á una verdadera idólatra. Pero tenga V. presente que los yerros y los deslices de una vida pasada en la ignorancia fueron rescatados por las pruebas de un consagramiento desinteresado, el cual ha ido hasta el fanatismo. Confiémosla con recelo, mas no sin esperanza, á la misericordia de AQUEL á quien únicamente es dado contrapesar nuestras ofensas y delitos con nuestros esfuerzos hácia la virtud.

—Suplico á V., dijo Bertram, que se haga cargo de los funerales de esta pobre mujer, cuidando de que se hagan con toda la decencia debida. Tengo en mi poder algunas alhajas suyas. En todo caso yo salgo á todos los gastos. Podrá V. acudir en busca mía á la quinta de Woodbourne.

En aquel instante Dinmont, á quien unos de sus amigos habia prestado un caballo, llamó á la puerta de la torre á fin de avisar que todo estaba listo para la marcha. Bertram y Hazlewood encargaron á todos los que les rodeaban, y cuyo número ascendia ya á muchos centenares de personas, contuviesen dentro de los límites de la razon las esplicaciones de su júbilo, porque un celo demasiado indiscreto podria perjudicar los intereses del jóven laird, como ellos le titulaban, y partieron en medio de sus cordiales vivas y aclamaciones.

Al pasar junto á las arruinadas chozas, dijo Dinmont á Bertram:—No dudo, capitan, que tan luego como V. tome posesion de sus bienes, no se olvidará de construir aquí una cabañita. Yo la reedificaria á mi propia costa, ó lléveme el diablo, toda vez que en peores manos recayese la posesion de este territorio. Y sin embargo, despues de lo que ella nos dijo no seria yo quien ofreciese alquilarla, pues no haria mas que soñar con brujas, espectros y almas en pena.

No tardaron en llegar á la quinta de Woodbourne. Habiales precedido la noticia de su hazaña, y toda la familia estaba aguardándoles á la entrada de la alameda, con el objeto de felicitarles.

—Si vuelves á verme vivo, dijo Bertram á Lucy, quien fué la primera en correr á abrazarle, aunque ya los ojos de Julia la habian ganado la delantera, se lo debes á estos dos buenos amigos.

Luego que Lucy hubo manifestado su reconocimiento á Hazlewood con una modesta reverencia, y aun mas sinceramente con el rubor que carminaba sus mejillas, tendió la mano cariñosamente al honrado Dinmont. El buen campesino, en el entusiasmo de su alegría, no se contentó del favor que le otorgaban y la dió un horrendo beso. Al mismo tiempo queriendo disculpar su

osadia:—Perdóneme V., señorita, dijo el labriego, porque en verdad miro á V. como á una hija mia. Como el capitán es tan bondadoso, hace que uno se olvide á sí mismo.

Entonces se adelantó el viejo Pleydell.

—Ola, dijo, si tales son los honorarios....

—Poco, á poco, señor abogado, poco á poco, dijo Julia, ¿se ha olvidado V. de que se le pagaron anticipados ayer noche?

—Esa fué otra cuenta, respondió riéndose el legista; pero si no merezco derechos dobles pagaderos por V. y por Luey, cuando mañana por la mañana tome yo declaración á Dirk Hatteraick, quien que.... V. verá, coronel, y VV. malvadillas, VV. lo oirán aunque no lo vean.

—Es decir, si tenemos á bien oirlo, señor Pleydell.

—Bien puede apostarse dos contra uno á que lo tendreis á bien. Pues qué ¿la curiosidad bendita no tendrá cuidado de enseñaros el uso de vuestras orejas?

—Aseguro á V., Mr. Pleydell, que los solteros socarronzos como V., bien merecerian que les enseñásemos el uso de nuestros abanicos, ó de nuestras manos en su defecto.

—Reserve V. esas para tocar el arpa, hermosa amiguita; eso valdrá mas para todos.

Mientras que el abogado y miss Mannering se tiroteaban de esta suerte, el coronel presentaba á Bertram un hombre que le era desconocido.

—Este es el caballero Mac-Morlan.

—Quién! ¿el hombre generoso que dió un asilo á mi hermana, exclamó Bertram abrazándole, cuando ella quedó sin parientes y sin amigos?

Allegóse el Dómine á su turno, quiso sonreirse pero hizo una mueca horrorosa; procuró hablar, pero su esfuerzo produjo solamente una especie de ronquido rechiflante que asustó á todos los concurrentes; por fin, no pudiendo dominar sus emociones, retiróse á un lado del camino para dar alivio á su corazón á costa de sus ojos.

No nos meteremos en describir el placer y la felicidad que se disfrutó en Woodbourne durante aquella dichosísima tarde.

CAPITULO XVII.

Cual mono sorprendido en medio del pillaje
Castañetea los dientes y muestra su coraje,
Tal entre las cadenas echa espuma el malvado
Al ver que se esclurece su maligno atentado.

JUANA BAILLIE. *El conde Bardió.*

A la mañana siguiente todo fué bulla y movimiento en Woodbourne, á causa del interrogatorio de Dirk Hatteraick, que debia tener lugar en Kippletringan.

Mr. Pleydell, el que estaba todavía en la lista de los jueces de paz de aquel condado, quien en tiempos antiguos practicara las investigaciones necesarias respecto á la muerte de Frank Kennedy, y cuya experiencia, ayudada de sus talentos, le habia adquirido una justa nombradía, recibió de Mac-Morlan, de Sir Robert Hazlewood y del otro juez de paz en las inmediaciones, una invitacion para que presidiese el tribunal y se encargase de tomar la declaracion. Convidaron tambien al coronel Mannering para que asistiese á la sesion, donde solo iba á redactarse una sumaria preparatoria para el juicio. Constituido el tribunal hizo Pleydell un resúmen de la antigua investigacion, y ordenó comparecer nuevamente á cuantos testigos habian depuesto su testimonio entonces y que vivian aun. En seguida interrogó al cura y al cirujano que habian asistido á Meg Merrilies en sus últimos momentos; declararon estos que ella habia afirmado positiva y claramente repetidas veces que fué testigo de la muerte de Kennedy, asesinado por Dirk Hatteraick y algunos hombres de la tripulacion, que ella se halló presente por una casualidad; que opinaba la gitana que el haber encontrado los contrabandistas al dependiente del resguardo, en el instante mismo que su lu-

gre acababa de perecer, seria la causa que les estimulara á cometer aquel delito; que ella habia añadido que un testigo ocular de hecho, un tal Gabriel Faa, sobrino suyo, vivia aun; que este se habia negado á tomar parte en el crimen; que otra persona habia tenido conocimiento de él despues de su perpetracion, y tornádolo en beneficio suyo; que la gitana no habia dicho mas. No olvidaron mencionar que ella habia declarado haber sido la que salvó al niño, que arrancaron de entre sus brazos, y llevaron consigo á Holanda los contrabandistas. Todo esto se anotó en el proceso verbal.

Presentaron en seguida á Dirk Hatteraick, amarrado de firme, precaucion que habia discurrido uno de los constables, pues reconoció en él al hombre que se le escapara pocos dias antes. Preguntáronle su nombre y nada respondió; su profesion ó ejercicio, no desplegó los labios; hicieronle otras muchas preguntas y permaneció mudo.

Limpió Pleydell los cristales de sus gafas, y examinó con prolijidad las facciones del preso.—Ahí tiene V., dijo en voz baja á Mannering, un bribon de la peor cara que he visto en mi vida; pero, paciencia! ya sé como entrarle á este. Constable, haga V. que entre el maestro Solés, sí, Solés el zapatero..... ¿Se acuerda V., señor Solés, de haber medido la huella de los piés que habia impresos en la tierra por el bosque de Warroch y sus cercanías en el año de 17....?

—Contestó Solés que se acordaba perfectamente de la circunstancia.

—Lea V. este papel, ¿es el resultado de su trabajo? ¿lo reconoce V?

Respondió Solés afirmativamente.

—Tome V. los zapatos que están sobre esta mesa, mídalos y vea si sus dimensiones corresponden á alguna de las huellas que calculó V. entonces.

Obedeció el zapatero, dando por respuesta que eran semejantes en un todo á la huella mas grande.

—Probaremos, dijo Pleydell hablando de quedo á Mannering, que los zapatos pertenecieron á Brown, lugar teniente de Hatteraick, á aquel bribon que recibió de V. por via de saludo una bala de excelente puntería allá en Woodbourne. Los hallaron en la torrecilla ruïnosa de Deneleugh.

—Ahora, Solés, mida V. con cuidado el pié del preso, por ver si viene conforme con alguna otra huella.

Examinó el zapatero la nota, y despues de haber medido por segunda vez el pié de Hatteraick, dijo.—No discrepan en un cabello; son iguales del todo este pié y esta huella, la cual es tan ancha pero mas corta que la primera:

La reserva de Dirk le abandonó en aquel instante.

—Rayos y centellas! exclamó, ¿cómo podia haber huellas de piés de hombres en la tierra, cuando estaba mas helada y dura que el mármol?

—Aquella tarde lo estaba, verdad es, capitán Hatteraick, pero no por la mañana. Me dirá V. ahora, ¿donde estaba ó que hizo aquel día del cual conserva tan viva memoria?

Hatteraick habia tenido tiempo de reconocer su atolondramiento, y un terco silencio fué su única contestacion.

—Anoté V. su observacion en el proceso verbal, dijo Pleydell á su amanuense.

En aquel instante se abrió la puerta de la sala, y con grande asombro de cuantas personas allí se hallaban, se vió entrar por ella á Mr. Gibert Glossin.

Este respetable personaje habia sabido por sus espías que las revelaciones que hiciera la moribunda Meg Merrilies en nada le inculpaban, y que ella ni aun habia mentado su nombre. Esta circunstancia no fué debida á las consideraciones que ella tuviese, sino al corto intérvalo de tiempo que transcurrió entre la herida y el fallecimiento de la gitana, y lo cual impidiera que se le tomase una declaracion jurídica. Creyó en virtud de esto que solo tenia que temer las deposiciones que pudiese hacer Hatteraick, y resolvió dar frente á la tempestad, y reunirse con sus

cólegas ocupados en redactar la sumaria.—Yo hallaré medios, pensó él, de hacer que conozca el bribonazo que su interés propio á par que el mio exigen su silencio. Tambien, con presentarme daré una prueba de mi inocencia. Si he de perder la hacienda, entonces tendré que.... Pero, no, no. Esperemos mejores resultados.

Al entrar hizo una profunda reverencia á Sir Robert Hazlewood. Este, que comenzaba á sospechar que su plebeyo vecino habia querido servirse de él como el mico de la pata del gato, le hizo una ligera inclinacion de cabeza, tomó un polvo y volvió la vista á otro lado.

—Servidor de V., afectísimo, Mr. Corsand.

—Felices, Mr. Glossin, respondió secamente el otro juez de paz, el cual componia sus facciones *regis ad exemplar*, esto es, por el molde que afectaban las de su colega el baronete.

—Mac-Morlan, digno amigo mio, ¿cómo lo pasa V.? Siempre tan atareado en sus obligaciones, eh?

—Jem! dijo Mac-Morlan sin hacer caso del saludo ni del cumplimiento.

Un profundo saludo de parte de Glossin solo obtuvo del coronel un ligero movimiento de cabeza.

—Mr. Pleydell, ¡quién habia de pensar que en la temporada de las sesiones habria V. de venir á ayudarnos á nosotros, pobres jueces campesinos!

Tomó Pleydell un polvo y echó una mirada al intrigante en la cual se retrataban el sarcasmo y la ironía—Voy á enseñar á este, decia entre sí mismo, cuanto vale el adagio: *ne accesseris in consilium antequam vocaris* (1).

—Pero tal vez os esté yo interrumpiendo. ¿Se ha comenzado la sesion?

—Léjos de interrumpirnos, dijo Pleydell, me alegro infinito de ver á V. por acá, pues estoy convencido de que antes de separarnos, podrá la presencia de V. sernos utilísima.

(1) Al con: ojo no vengais

Si no os dicen que acudais.

—Muy bien! señores, dijo Glossin arrimando una silla á la mesa y apoderándose de algunos de los papeles que la cubrían, ¿dónde estamos? ¿qué se ha hecho? ¿dónde están las declaraciones?

—Escribano, déme V. esos papeles, dijo Pleydell, tengo cierto método de arreglarlos que me es peculiar. Así que alguien los toca, me vuelvo un lío. Tenga V. paciencia que no tardaremos en necesitarle.

Glossin, reducido así á un estado de inacción, echó una mirada á Dirk Hatteraick; pero solo pudo descubrir en su adusta frente los caracteres de su odio hácia todo lo que le rodeaba.

—Señores, dijo, ¿por qué motivo está ese pobre infeliz tan cargado de hierro? Todavía solo está aquí para que se le tome declaración.—Esto era avisar indirectamente al preso que allí tenía un amigo.

—¿No sabe V. que ya se ha escapado otra vez? le dijo MacMorlan con mucha secatura. Esta réplica redujo al silencio á Glossin. En seguida se hizo entrar á Bertram, quien á la gran desesperación de Glossin, fué acogido de la manera mas amable por todos, sin exceptuar á Sir Robert Hazlewood. Hizo una relación de los recuerdos que habia conservado de su infancia, con aquel candor y aquella sencillez que constituyen la prueba mejor de la buena fé y de la sinceridad.

—Señores, dijo Glossin levantándose, me parece que están VV. formando un proceso civil mas bien que un sumario criminal. Como VV. no pueden ignorar los resultados que pudieran tener para mí las pretensiones de ese jóven, pido á VV. permiso para retirarme.

—Nada de eso, señor mio; háganos V. el favor, señor mio; nos hace V. suma falta. ¿Pero qué tiene V. que decir respecto á las pretensiones de este jóven? No es mi ánimo de manera alguna estorbar á V. que conteste, toda vez que pueda contestar.

—Mr. Pleydell, voy á explicar á V. el asunto en dos palabras. Este jóven, quien yo creo es un hijo natural de Godofredo Ber-

tram, hace algunas semanas que anda recorriendo el país, bajo diversos nombres, intrigando con una vieja loca, la cual, según me han dicho, acaba de ser muerta en una quimera; viviendo con gitanos y otros vagamundos, concitando á los dependientes contra sus señores, y en fin, como lo sabe muy bien Sir Robert Hazlewood.....

—Sin que esto sea interrumpir á V., Mr. Glossin, dijo Pleydell, preguntó á V. si sabe quién es este jóven?

—Creo y pienso que este preso, dijo él señalando á Dirk Hatteraick, sabe que es un hijo natural del Ellangowan y de Juanita Lightcel, quien casó despues con Hewit, carpintero de ribera, y vivia en el condado de Annam. Se llama Godofredo Bertram Hewit, y bajo este nombre se le matriculó á bordo de *La Real Carolina*, balandra en el servicio del resguardo.

—Ola! dijo Pleydell, la historia no deja de tener alguna verosimilitud. Pero sin hablar de la diferencia de edades, de facciones, de tez, de cabello, etc. Jóven, hacedme el favor de acercaros!

Un jóven marino se allegó á la mesa.

—Ved aquí al verdadero Godofredo Bertram Hewit, quien llegó ayer de Liverpool. Es teniente de navío al servicio de la compañía de las Indias Orientales, y si bien no ha venido á este mundo por la mejor puerta, bien se echa de ver á lo menos que está en tren de hacer en él una rápida y noble carrera.

Los otros jueces de paz hicieron algunas preguntas al jóven oficial de marina. Entretanto Pleydell tomó la cartera de Dirk Hatteraick, y la cual estaba sobre la mesa. Al notarlo el malhechor frunció las cejas, y este gesto no se le escapó á la penetrante vista del magistrado. Volvió á dejar la cartera, tomó en las manos otros papeles, y advirtió, al instante, que se habia serenado la frente del preso.—Algo de particular es preciso que contenga esta cartera, dijo para sí el letrado. Tomóla de nuevo, la examinó mas atentamente que antes, y descubrió en ella un secreto. Habiendo conseguido abrirlo, sacó de él tres papeles que no hizo mas que mirar un instante. Entonces, volviéndose á Glos-

sin, le suplicó dijera si habia asistido á la batida que se hizo en busca de Kennedy y del niño Enrique, el dia del asesinato de aquel y de la desaparicion de este.

—No..... no, quiero decir sí, respondió Glossin mareado con la turbacion de su conciencia.

—¿Y cómo es que teniendo V. entonces unas relaciones tan intimas con el viejo Ellangowan, no compareció ante mí para prestar su declaracion?

—Porque el dia mismo que aconteció aquella desgracia tuve que pasar en posta á Lóndres por exigirlo así un negocio importante.

—Escribano, anote V. esa respuesta. Y ese negocio importante, señor Glossin, ¿seria sin duda la negociacion de estas tres letras firmadas por VV. á cargo de los señores Van Beest y Van Bruggen, y aceptadas á nombre suyo por un tal Mister Dirk Hatteraick, el mismo dia del asesinato?

Trastornósele el semblante á Glossin, y no hubo en la sala quien no lo advirtiera.

—Estos documentos corroboran la cuenta que ha dado de la conducta de V. en aquella ocasion el llamado Gabriel Faa, á quien hemos hecho detener, y el cual fué testigo de cuanto pasó entre V. y ese hombre *honradísimo* cuyos hierros y ligaduras escitaban ahora poco en tan alto grado la compasion de V. ¿Tiene V. algo que decir en réplica?

—Pleydell, dijo Glossin, quien ya habia vuelto á recuperar su osadía, si V. fuese mi abogado consultor no me aconsejaria que contestase sobre la marcha á una acusacion hecha por un hombre tan perdido, y la cual parece que está dispuesto á sostener el miserable con un perjurio.

—Mi opinion sería dictada por el convencimiento en que me hallase entonces respecto á la inocencia ó culpabilidad de V. Pero en el caso presente, creo que toma V. el partido mas sabio. Bien puede conocer además que debemos estender contra V. un mandamiento de prision.

—¿Y por qué razon, señor mio? ¿Estoy por ventura acusado de asesinato?

—No; pero sí de haber sido cómplice en el robo de un niño.

—Ese delito es uno de los que admiten fianza.

—Perdone V., ese crimen es un *plagium*, y el *plagium* equivale á la *felonia* (1).

—V. se engaña de medio á medio, Mr. Pleydell; me basta con citar el caso de Terrence y Waldie. Bien debe V. acordarse que estas dos mujeres habian prometido á unos estudiantes de cirugía que les proporcionarían el cadáver de un niño. Queriendo cumplir su palabra, y no chasquear á sus empleadores, robaron un muchacho, le mataron y vendieron su cuerpo en la cantidad de tres chelines y medio (sobre 17 1/2 rs. de vn.) Fueron condenadas á la pena de horca, mas por causa del asesinato, y no por motivo del *plagium* que habian cometido. El conocimiento que V. tiene de las leyes civiles suele hacerle saltar la barrera, Mr. Pleydell.

—Todo eso está muy bien, señor mio; pero en tanto que se aclara ante un tribunal superior, pasará V. á la cárcel del condado. Constables, trasladen VV. á ella á los señores Glossin y Hatteraick, y cúidese de que no tengan entre sí comunicacion alguna.

Luego que se hubieron ausentado los reos, hizo el tribunal que se presentase el gitano Gabriel, á quien reconoció Bertram inmediatamente por el montero que habia visto en Charlies Hope. Confesó el testigo que se habia desertado de la balandra de guerra Pritchard y unido á los contrabandistas antes del combate naval. Declaró que Dirk Hatteraick prendió fuego con sus propias manos á su lugre, salvándose en las lanchas á favor de la humareda, con su tripulacion y casi todo el cargamento; que se refugiaron en la caverna del promontorio de Warroch, donde se propusieron permanecer hasta la noche; que Hatteraick, Van Beast Brown, su teniente, y otros tres en cuyo número iba inclu-

(1) En Inglaterra se da el nombre de *felonia* á todo crimen que merece la pena capital esceptuando el de lesa-majestad.

so el declarante, salieron para verse con algunos de sus paniaguados en las cercanías; que accidentalmente encontraron á Kennedy; que Hatteraick y Brown, sabedores de que era él causante de su infortunio, determinaron matarle, como efectivamente lo hicieron; que cada cual entonces habia vuelto á la caverna por diferente camino; que Hatteraick les contó que despues de haber precipitado á Kennedy desde la cima de la montaña, advirtiéndole que respiraba todavía, consiguió, con la ayuda de Brown, desprender y lanzar sobre él un grueso fragmento de peña; que de repente se presentó Glossin entre ellos, y compró Hatteraick su sigilo cediéndole la mitad del valor de las mercancías que salvara, y para satisfacerlo le dió tres letras contra la casa Van Beest y Van Bruggen; entrando en las condiciones que el capitán contrabandista hubiera de llevarse á Holanda al niño Enrique, é hiciese de manera que no se volviera á saber de él en Escocia; que no habia perdido de vista á Bertram hasta la llegada de ambos á las Indias, donde se separaron; que le habia reconocido en Charles Hope y dado inmediato aviso de su regreso á su tía Meg Merrilies y á Dirk Hatteraick, quien sabia el depo- nente se hallaba á la sazón en aquellas costas, que la gitana le habia regañado mucho por haber dado inteligencia de esto al capitán contrabandista, y asegurándole que haria cuanto estuviese en sus alcances para restablecer al jóven Ellangowan en sus derechos, aun cuando para conseguirlo se viese precisada á obrar contra Dirk Hatteraick; que muchos gitanos, así como él, la habian ayudado en todo lo que ella hiciera en este asunto, porque estaban persuadidos de que obraba por inspiracion y obedecian sus órdenes sin meterse á examinarlas ni discutir las; pues el respeto con que la acataban obligábales á ponerlas en ejecucion ciegamente; que en virtud de sus designios, la difunta Meg habia entregado á Bertram el tesoro perteneciente á la horda, y del cual era ella la depositaria; que un gran número de gitanos se habian mezclado en la turba de los contrabandistas en la noche que tuvo lugar el ataque de la aduana de Portanferry, con el ob-

jeto de salvar á Bertram, como en efecto lo habia conseguido el mismo declarante; finalmente, que su tia le habia dicho mil veces que Enrique Bertram deberia conservar pendiente del cuello cierta cosa que acreditaba su nacimiento; que aquella era un talisman que habia hecho para él un sabio de Oxford, y que ella habia advertido á los contrabandistas que si se lo quitaban les lloverian encima infortunios sin cuento.

Al oir esto Bertram sacó del seno un saquito ó escapulario de terciopelo, que habia llevado desde la infancia, y del cual efectivamente le encargaran los contrabandistas tuviese sumo cuidado. Añadió que lo habia conservado en la esperanza de que pudiera servir algun dia para dar á conocer su nacimiento.

Descosieron el escapulario al instante y, entre una doble cubierta de pergamino se encontró una cábala de natividad que reconoció el coronel era obra suya. Confesó que en su primer viaje en Escocia se habia entretenido en hacer el papel de astrólogo, y esta ocurrencia suministró una nueva prueba de la identidad de Bertram.

—Ahora, dijo Pleydell á su pasante, estienda V. el mandamiento de prision para Glossin y Hatteraick, los cuales permanecerán incomunicados hasta que el sumario se instruya. Lo siento mucho respecto á Glossin.

—¡Válgame Dios! dijo Mannering; de los dos es cabalmente el que merece menos lástima. Si el otro es un bribon, á lo menos tiene desfachatez y brio!

—Eso es muy justo, señor coronel; es mas que natural que abogue V. por el bergante y que me interese yo por el pillo. Eso va en los distintos oficios que V. y yo ejercemos. Pero, aseguro á V. que Glossin hubiera sido un lindo abogado, si no le hubiera tomado gusto al lado malo de nuestra profesion.

—Y la maledicencia diria que no por lo contrario dejaria de ser un legista perversísimo.

—Entonces, mentiria la maledicencia, Mr. Mannering, como acontece tan amenudo. Las leyes son muy parecidas al opio, el

cual es mas fácil emplear á salga lo que saliere, como hacen los empíricos, que aplicarlo con cordura y buen resultado como lo verifican los facultativos buenos.

CAPITULO XVIII.

Incapaz de vivir ó de morir.....
¡Oh corazon de piedra!... Vamos que se le condene al patibulo!.....

SHAKESPEARE. *Medida por medida ó (donde las dan las toman).*

La cárcel del condado era una de aquellas viejas masmorras, que, para deshonra de la Escocia, subsistian aun pocos años ha. Luego que llegaron á ella los presos y sus custodios, pusieron á Hatteraick, cuyas fuerzas y ferocidad eran bien sabidas, en un calabozo que tenia por nombre *la saleta de los condenados*. Era esta una habitacion bastante grande en el piso superior de la prision. Atravesábala en toda su longitud una barra de yerro mas gruesa que el mollero del brazo de un hombre, levantada unas seis pulgadas del suelo, y embutidas ambas estremidades en el muro con la mayor solidez. Metiéronle las piernas á Hatteraick en dos argollas de yerro bien remachadas á una cadena de algunos cuatro piés de largo, y el extremo opuesto de la cual estaba enganchado á otro argollon corredizo dentro del cual pasaba el barrote. Así el preso no podia separarse de la barra mas de lo que permitia lo largo de la cadena. El carcelero, despues de haberle asegurado de este modo le quitó las esposas, los grillos y las ligaduras de cordel, y le dejó en plena libertad, si exceptuamos la traba que hemos descrito.

Glossin, quien llegó á poco rato despues del Holandés, fué tratado con mayor consideracion. Por respeto á su rango en el mundo no se le afrentó con la ignominia de ponerle grilletes; y se le puso en un encierro mucho menos áspero, bajo la vigilancia de Mac-Guffog, el cual, desde el suceso de Portanferry, que ha-

bia incendiado parte de la prision con motivo de la contigüidad á la aduana, consiguiera en esta cárcel el destino subalterno de llavero.

Glossin, abandonado á sí mismo en aquella soledad, tuvo suficiente ocio para calcular todas las probabilidades que pudiera tener en su favor ó en su contra. Todavía no se pudo resolver á considerar el albur como perdido.—Lo que es la hacienda, decíase él, se la llevó el diablo, esta es una cosa de todo derecho.—Ni Pleydell ni Mac-Morlan harán caso alguno de cuanto yo pudiera alegar. ¿Mi reputacion? se me da un pito. Conserve yo mi vida y libertad, que todavía ganaré dinero y me formaré otra reputacion tan sólida como la que acabo de perder. ¡Veamos! Bertram era un niño cuando lo robaron, luego su testimonio es insuficiente. Gabriel es un desertor, un gitano, un hombre anematizado por la ley. Meg Merrilies, mal haya la bribona! ha muerto ya... pero... esas malditas letras de cambio! Hatteraick sin duda las llevaba consigo para amenazarme, asustarme, y sacarme dinero por fuerza.... Me precisa ver á ese bribonazo, comprometerle á que se mantenga firme y procurar que este negocio tome otro colorido.

Meditando en seguida nuevas astucias para cubrir sus antiguas pilladas, pasó el tiempo en discurrir y combinar proyectos é intrigas hasta la hora de la cena, que le fué llevada por Mac-Guffog. Procuró zalamear á este, le hizo beber un vaso de aguardiente, y concluyó con suplicarle proporcionase un arbitrio para que pudiera verse con Dirk Hatteraick.

—¡Eso es imposible! ¡enteramente imposible! contrario á las órdenes espresas de Mac-Morlan, y luego ¿el capitan? (así llaman en Escocia al alcaide de la cárcel) facilillo sería que me lo perdonase jamás!

—¿Y cómo lo habria de saber? contestó Glossin metiéndole dos guineas en la mano.

Tomó el calabocero aquel oro, lo miró y se lo metió en el bolsillo.—¡Ah! Mr. Glossin, V. conoce muy bien los usos del país.

Pues bien, luego que se cierre la puerta de la calle, volveré para conducir á V. al encierro de Hatteraick. Pero será forzoso que se quede V. allí toda la noche, porque me precisa entregar las llaves al capitan, quien no me las devuelve hasta el otro dia. Mañana haré yo la limpieza media hora antes de la acostumbrada. É iré á buscar á V. para que esté dentro de su propia saleta cuando suba el capitan á hacer la requisa.

Separáronse en seguida, y luego que el reloj dió las diez, entró Mac-Guffog con una linternita en la mano.

—Quítese V. los zapatos, dijo en voz baja á Glossin, y sígame. Obedecióle el ex-laird en silencio. Luego que salieron del calabozo, el llavero, para fingir que cumplia con su obligacion ordinaria, dijo muy de recio:—Buenas noches, señor, que V. descanse! y afectó cerrar la puerta y correr los cerrojos con mucho ruido. Hizo subir á Glossin por una escalera muy empinada y angosta, en cuya meseta estaba la puerta de la saleta de los condenados. La abrió, entregó la linternilla á Glossin, díjole por señas que entrase, cerró con el mismo ruido y se retiró.

La habitacion en que ahora se hallaba Glossin era muy espaciosa, y por algunos momentos la escasa luz que llevaba fué insuficiente para dejarle distinguir los bultos. En fin sus ojos fueron acostumbrándose poco á poco á aquella oscuridad, y descubrió un poco de paja estendida sobre una tarimilla mas allá de la barra de yerro que corría á lo largo del calabozo. Vió á un hombre tendido en aquel lecho, y atrancando la barra se acercó á él.

—¡Dirk Hatteraick!

—¡Rayos y centellas! dijo el preso incorporándose á medias, y sacudiendo sus yerros. ¿Mi sueño ha sido pues una verdad? Retiraos y dejadme descansar. Eso es lo mejor que podeis hacer!

—¡Qué! amigo de mi alma, ¿es posible que el temor de estar encerrado en una cárcel durante unas pocas semanas pueda abatir de esa suerte?

—¿Encerrado en una cárcel? ¿y cuándo he de salir yo de ella?

¡diablo del infierno! cuando me saquen para la horca? Dejadme en paz, haced por vos mismo vuestros enredos, y quitadme de los ojos la luz de vuestra linterna.

--Vamos, querido Dirk; no tengáis miedo. Vengo á comunicaros un soberbio plan.

--Idos á lo mas hondo del infierno en compañía de vuestros planes, que me han hecho perder mi buque, mi cargamento, mi tripulacion, y van á costarme hasta la vida. Yo estaba soñando en este momento que Meg Merrilies os habia traído aquí arrastrando por las greñas, que me entregaba aquel cuchillo grande que llevaba ella siempre colgado de la cintura, y sabéis lo que me decía.... ¡Rayos y truenos de Dios! ¡Sed prudente y nó me tentéis mas!

--No: vos sois quien habeis causado todo el mal: vos quien no quisisteis que Meg se quedase con el muchacho. Ella lo hubiera devuelto así que se hubiese borrado de la memoria del niño cuanto vió pasar, y nada de cuanto ha pasado habria sucedido.

--Pero, querido Hatteraick, estáis desvariando! poned en órden vuestras ideas!

--¡Yo desvariando! ¡por vida de mil demonios! ¿Negais que vuestro maldito ataque de Portanferry me ha costado mi lugre, mi gente toda? Esa fué una de vuestras invenciones, ideadas únicamente por vuestro propio interés.

--Pero..... querido Dirk ¿y vuestras mercancías?

--¡Llévese el demonio las mercancías! ya me hubiera yo hecho de otras! pero..... ¡rayos y centellas! perder mi barco, mis valientes camaradas, mi propia vida, por un cobarde bribon que solamente sabe hacer el mal con mano ajena! ¡truenos y relámpagos! no me habéis mas.... tened cuidado, que soy un vecino muy peligroso.

--Pero, Dirk, pero, Dirk; escuchad únicamente unas cuantas palabras.

--No; por vida del infierno, no!

--¡Una sola advertencia!

—No! no! mil maldiciones sobre vos; No!

—Pues bien, véte al diablo, perro testarudo, bestia holandesa, dijo Glossin fuera de sí y dándole con la punta del pié.

—Mil millones de demonios! gritó Hatteraick levantándose y asiéndole del cuello; tú lo has querido? pues toma, tenlo!

Resistióse Glossin, forcejeó un instante, pero Hatteraick era para él un adversario demasiado potente; además la precipitación y el furor de tan repentino ataque no le había dejado medio alguno de defensa; hízole el capitán contrabandista caer de espalda y su nuca tropezó con la barra de yerro que ya hemos mencionado. Por fin solo terminó la lucha cuando quedó cadáver Glossin.

El cuarto que estaba debajo de la saleta de los condenados era el de Glossin, y por consiguiente se hallaba vacía á la sazón. Los presos del piso bajo oyeron el estrépito que causó la caída del infeliz y algunos alaridos. Pero así los sollozos como los gritos y el ruido eran cosas hártó familiares para los moradores de aquella mansion de horror, y por lo tanto escitaban poca curiosidad y menos interés.

A la madrugada siguiente fué Mac-Guffog, conforme á su promesa, para llevarse á Glossin al calabozo que le pertenecía.—Mr. Glossin! dijo el llavero en voz baja.

—Sí, llámalo mas de recio, le dijo Dirk Hatteraick.

—Mr. Glossin! por amor de Dios! salga V. cuanto antes.

—No saldrá sin que le ayuden, contestó Hatteraick.

—Mac-Guffog, gritó desde abajo el alcaide, ¿qué diablos de conversacion tiene V. allá arriba?

—Salga V. por amor de Dios! repitió quedo el sota-carcelero.

En aquel instante se presentó el alcaide con luces. Llenóse de horror y asombro al descubrir el cuerpo de Glossin tirado en tierra y en una actitud que no dejaba duda acerca de su muerte.

Hatteraick estaba echado tranquilamente en su monton de paja, media vara distante de su víctima.

Al levantar el cadáver de Glossin, se advirtió que habia pocas horas que espirara, y que tenia señales de haber parecido por una muerte violenta. Su caída le habia lastimado las vértebras de la cerviz. Tenia al rededor del cuello varios indicios muy marcados de estrangulacion, los que esplicaban la negrura de su rostro. Su cabeza estaba vuelta sobre el hombro izquierdo, cual si le hubiesen retorcido el pescuezo. Aparecia pues que su encarnizado antagonista le habia oprimido el gáznate, sin soltar su presa mientras advirtió que le quedaba un soplo de vida. La linterna yacia hecha trizas junto á los piés del cadáver.

—Mac-Morlan se hallaba en el lugar; se le avisó y no tardó en acudir.

—¿Quién trajo aquí á Glossin? preguntó el magistrado al capitán holandés.

—El diablo.

—¿Y por qué le habeis muerto?

—Para que fuera al infierno antes que yo.

—Miserable! habeis coronado pues con el asesinato de vuestro cómplice una vida llena de crímenes sin una virtud tan siquiera para mezcolanza!

—Una virtud tan siquiera! mentís! rayos y centellas! Siempre he sido fiel para mis armadores; les he dado cuentas exactas hasta del último chelin. Y ahora que se me ocurre lo de las cuentas, hacedme el favor de que me traigan avíos de escribir, para que yo les informe de lo que acaba de suceder. Ruego que no me molesten durante un par de horas, y que me quiten de delante ese estafermo. Truenos y relámpagos!

Mac-Morlan despues de haber redactado el proceso verbal de este nuevo acontecimiento, se retiró, dando órdenes para que suministrasen al malhechor lo que habia pedido.

A la hora de comer, cuando abrieron la puerta del calabozo, hallaron que el bárbaro Hatteraick habíase anticipado á los deberes de la justicia. Arrancando uno de los tirantes del catre, lo habia afianzado á un hueso de marca mayor despues de haber

introducido este en un agujero de la pared, y pasándose al cuello un lazo escurridizo, se habia dejado caer como si intentara arrodillarse, manteniéndose en aquella postura mientras pudo conservar el conocimiento.

Hallóse la carta que acababa de escribir á sus armadores. Esta solo hablaba sobre los asuntos de su comercio. Pero como al referirles los últimos sucesos nombraba con frecuencia al jóven Ellangowan, sirvió aquel pliego de prueba tambien para confirmar la declaracion de Meg Merrilies y de Gabriel.

A fin de no hablar mas de semejantes facinerosos, solo añadiremos que el insigne Mac-Guffog perdió su destino, aun cuando se ofrecia á sostener, bajo juramento, que la noche anterior habia encerrado á Glossin dentro de su calabozo. Sin embargo, esta declaracion del llavero no dejó de encontrar partidarios, quedando convencidos los amadores de lo maravilloso, entre los cuales debemos mencionar al digno sochantre Mr. Skreigh, que el enemigo del linaje humano habia reunido por sí mismo á aquellos dos bribonazos con el objeto de que sus vidas, manchadas con tantos crímenes, terminasen con el asesinato y el suicidio.

CAPITULO XIX.

Para resumir..... para concluir.....
SWIFT.

Habiendo Glossin muerto sin dejar herederos y sin haber satisfecho el avalúo de los bienes de Ellangowan, volvía á caer esta hacienda entre las manos de Godofredo Bertram, cuyo hijo, haciendo válida la pretension de sus derechos á la sustitucion que estableciera su abuelo, podia fácilmente rescatar la mayor parte de su mayorazgo; confió este el cuidado de sus negocios á los señores Pleydell y Mac-Morlan, y se limitó á decirles que, aunque se viese precisado á volver á las Indias Orientales, que-

ria que todas las deudas legítimas de su padre se pagasen hasta el último penique.

—Manning estaba presente cuando Bertram declaró á los le-
gistas su deseo sobre esta materia. Le apretó la mano, y desde aquel
momento comenzó á reinar entre los dos la mas perfecta armo-
nía. Estando las cosas en este estado, no tuvieron dificultad los
acreedores en reconocer los derechos del jóven Bertram, y le ce-
dieron la posesion del territorio y haciendas de Ellangowan.
Procedióse al exámen de los títulos de créditos, cuya mayor par-
te habia pasado á manos de Glossin, y descubriéronse en las
cuentas de este tantos fraudes y tantas bribonerías, que el total
de las deudas quedó considerablemente rebajado. El dinero con-
tante que se le halló á la difunta Mistress Margarita Bertram, y
las cantidades que produjo la venta de sus bienes muebles, con
un poco de auxilio por parte del coronel, bastaron para enjugar
todas las obligaciones.

No tardó Bertram en ir á tomar posesion del castillo de Ellan-
gowan. Verificóse su instalacion en medio de las aclamaciones de
todos los antiguos renteros y dependientes de su familia, los
cuales se habian reunido como para celebrar una festividad. Te-
nia Manning tal anhelo porque se comenzasen ciertos trabajos
que habia convenido con Bertram hacer, que fuése al momento
á establecerse allí con su familia aun cuando estuviese aposenta-
do menos cómodamente que en Woodbourne.

El júbilo habia casi trastornádole los sesos al honrado Dómine.
Luego que llegaron á Ellangowan, subió de cuatro en cuatro los
escalones para llegar mas pronto á un pequeño cuarto que habia
debajo de las tejas, y le sirviera de habitacion en tiempos anti-
guos. El alojamiento que tenia en Woodbourne, aunque mucho
mas bello, no habia podido borrar de su memoria aquella pobre
celandilla. Pero allí una consideracion hirió de repente su espíritu,
los libros! tres cuadras de la quinta de Ellangowan no bastarian
para contenerlos y ni una tan siquiera quedaba vacante.

Esta idea rebajó en mucha parte su alegría de tornar á verse en

los parajes que por tantos años habitara; pero en aquel momento le llamó el coronel Mannering. Le necesitaba para que le ayudase á calcular las proporciones de una espaciosa y magnífica casa que proyectaba construir al lado del castillo nuevo, y en un estilo que correspondiese á la suntuosidad de las ruinas que existían en las inmediaciones. Cada aposento estaba indicado en el plan con el nombre del uso que iba á destinársele, y habiendo caído casualmente la vista del Dómine en un salon de los mas estensos, se quedó estático de júbilo al leer sobre su portada la palabra, BIBLIOTECA. Contiguo estaba diseñada otra estancia bastante capaz y bien proporcionada que tenia por rótulo: *Habitacion de Mr. Sampson*. — Pro-di-gi-ó-so! pro-di-gi-ó-so! pro-di-gi-ó-so! exclamaba entusiasmado aquel excelente hombre.

Mr. Pleydell habia regresado á Edimburgo, pero volvió á Ellangowan durante las vacaciones de Navidad, como lo habia prometido. Al llegar al castillo halló tan solo en él á Mannering rodeado de sus planos que lo ocupaban y divertían mucho.

—Ola! ola! dijo el abogado, ¿cómo tan solo? ¿qué se ha hecho de las señoritas? ¿dónde está la hechicera Julia?

—Paseándose con Lucy, Cárlos Hazlewood, Bertram y el capitán Delasserre, un amigo de Enrique que ha venido pocos dias ha. Han ido á Dorncleugh para trazar el plan de una cabaña, donde Bertram quiere se establezca Gabriel, quien, segun parece, trata de hacerse hombre de bien. Y los asuntos de Bertram están todos terminados?

—Concluyéronse en un abrir y cerrar de ojos. Se nos venian encima las vacaciones. No habia que perder tiempo ó hice que le reconociera heredero del dominio de Ellangowan el tribunal de los Maceros.

—El tribunal de los Maceros? ¿y qué clase de sala de justicia es esa?

—Es una especie de tribunal, que bien puede denominarse *sa- turnales judiciarias*. Ha de saber V. que uno de los requisitos pa-

ra ser macero ú oficial subalterno en nuestra sala superior es el ser ignaro y lego.

—Pues me gusta!

—Luego que se aproximan las vacaciones, acostumbra el tribunal erigir por un solo dia en sala superior á esos badulaques, y someter á su decision alguno de los pleitos mas dificiles, mas espinosos; especialmente los que versan sobre cuestiones de señoría, como esta de nuestro amigo Bertram.

—Pero eso no lleva sentido comun!

—Oh! en la práctica se aplica un remedio contra lo absurdo de esta antigualla. Algunos jueces sirven de asesores á estos mace-ros, y hacen pará con ellos el papel de apuntadores. Por lo comun estos son los litigios mejor juzgados. V. no ignora lo que dijo Cujas: *Multa sunt in moribus dissentanea, multa sine ratione* (1). Pero sea como fuere, hemos hecho nuestro negocio, y luego en casa de Waller bebimos una buena dosis de vino de Champaña. Verá V. que cara pone Mac-Morlan cuando vea la cuenta.

—No se apure V. por eso; haremos frente á la carga, y daremos, por via de regocijo, un convite á todos nuestros amigos de la comarca en casa de nuestra buena mesonera mistress Mac-Candlish.

—Por supuesto que nombrará V. á Jack Jabos superintendente de sus caballerizas.

—Allá veremos que destino le damos.

—¿Y qué se ha hecho de Dandy, el formidable señoron de Charles Hope?

—Se volvió á sus mentañas; pero ha prometido á Julia que hará una bajada hácia acá luego que apunte el estío, y traerá consigo á *la buena mujer*, para repetir sus propias palabras, y no sé cuantos chiquillos.

—Tanto mejor! con eso jugaré á la gallina ciega y á las cuatro esquinas con esa cáfila de bribonzuelos. Pero... ¿qué signifi-

(1) En las costumbres hay muchas cosas contradictorias y muy muchas que carecen de razon.

can esos planos? Torre en el centro, muy parecida á la cúpula del Aguila en Caernarvon, cuerpo principal, á la izquierda y derecha?... Diablos! ¿ Tiene V. intencion que semejante casa tome acuestas la hacienda de Ellangowan y eche á volar con ella?

—Ya tendremos cuidado de poner encima del territorio señorial por via de lastre unos cuantos talegonos de rupias de la India para que nadie pueda hacerla volar.

—Ah! ya veo hácia donde señala la veleta! Conozco que el picaruelo de Bertram me ha soplado la dama, y se lleva á mi preciosa Julia.

—No va V. descamiado, Mr. Pleydell.

—Válgame Dios! ¡ ha de suceder siempre que estos muchachos, estos bienaventurados bribonzuelos, nós ganen la palmeta á nosotros galanes de la escuela antigua! ¡ Pero, cómo ha de ser!... todavía no tengo perdidas todas mis esperanzas. Haré que Julia se interese en favor mio con su amiguita Lucy Bertram.

—Si he de hablar á V. en plata, creo que tambien por ese lado no tiene V. emboque.

—¿ Y cómo?

—Porque ha venido á hacer visita á Bertram un tal Sir Robert Hazlewood, creyendo, pensando ó imaginando....

—Ah! por amor de Dios! dispéñseme V. de oír el catálogo de sinónimos del ilustre baronete.

—Pues bien, amigo mio, ha calculado que el territorio de Singleside separa dos cortijos de su pertenencia; que aquella heredad solo dista cinco á seis millas de la de Ellangowan, y que para la conveniencia mútua de ambos propietarios se pudiera entrar en contrato de venta, trueque ú otro arreglo cualquiera.

—¿ Y qué le respondió Bertram?

—Que consideraba válido el primer testamento hecho por Mistress Margarita, que en su sentir seria ese el mejor medio y el mas sencillo de arreglar los intereses de ambas familias y que por consiguiente la hacienda de Singleside era propiedad esclusiva de su hermana Lucy.

—¡Picaron! ese jóven ganaria en todos tiempos mi cariño, así como se ha hecho dueño del corazon de su amada. ¿Y qué resultó de eso?

—Resultó que Sir Robert se retirase haciéndole un millon de cumplimientos, y que pocos dias despues volviere á hacer un ataque en debida forma. Vino con su carroza tirada por seis soberbios caballos, vestidos de grana con bordados de oro, con su peluca bien empolvada, por fin hecho un brazo de mar, segun me han dicho.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿y qué mision trajo?

—Habló, con las formas ordinarias de su elocuencia, acerca del amor que su hijo Cárlos Hazlewood profesaba á la señorita Lucy Bertram.

—Ya caigo, ya. El noble baronete respetó al dios Cupido luego que vió á este encaramado en el cerro de Singleside. ¿Y la pobre Lucy va á vivir con el viejo tonto y su mujer no menos tonta, pues ella es la segunda edicion de Sir Hazlewood con enaguas?

—¡Qué disparate! ya hemos evitado ese golpe. Vamos á reparar la vieja quinta de Singleside, para que la habite el jóven matrimonio; pero á ruegos del baronete, se denominará en adelante el monte de Hazlewood.

—¿Y V. piensa seguir viviendo en Woodbourne?

Sí; hasta que concluya de ejecutar mis planos. Mire V., aquí estoy con mis hijos, y sin embargo, puedo retirarme á mi propia casa, siempre que me acometa un acceso de misantropía.

—Muy bien pensado. Luego, como está V. á dos pasos del castillo viejo, podrá subirse cuando se le antoje al torreón de Donagild con el objeto de contemplar los cuerpos celestes.

—¡Ah! no, querido Mr. Pleydell; aquí concluyó el ASTRÓLOGO (1).

(1) Véase la nota última correspondiente á este tomo.

NOTAS DEL TOMO SEGUNDO.

Nota de la página 68.

Para los gastrónomos poco aliciente puede tener la cocina gitana. Y sin embargo, puedo asegurar á VV. que el cocinero de un señor de alta categoría, quien jamás lee aunque sea una novela, sin sacar de su lectura alguna cosa que sirva al perfeccionamiento de la ciencia culinaria, ha añadido al almanaque de los comilones cierto potaje á lo Meg Merrilies de Derncleugh, y el cual consiste en hervir con la sustancia de aves caseras y campestres las mas esquisitas legumbres, plato que rivaliza en buen sabor con los mejores que habia preparados para las bodas de Camacho, y el cual hubiera incluido el Baron de Bradwardine en el número de sus *epulae lautiores* (manjares de mayor calibre).»

BLACKWOOD MAGAZINE.

Nuestra augusta y malograda reina Doña Isabel de Braganza fué tambien muy aficionada á este revoltorio de Meg Merrilies; pero no se contentaba con la sustancia como el lord arriba espresado. Se le servian para su merienda porcion de entre-pechugas asadas ó fritas de las aves mas esquisitas que conocemos en España, cortadas en pequeñas tiras. A este succulento plato se le daba el nombre en palacio de: *Ensalada de S. M. la Reina.*

Observacion del Traductor.

Nota de la página 95

El Burnet, cuya aficion á las cenas de los antiguos cita Mr. Pleydell, fué el célebre metafísico y excelente hombre, lord Monbodo, cuyas *cenae* no olvidaran tan fácilmente los que disfrutaron de su clásica hospitalidad. Como juez de Escocia, tomó el nombre de los estados pertenecientes á su familia. Su filosofia, como es bien notorio, afectaba cierto caprichoso carácter; pero su instruccion era profunda, y poseia milord un singular talento de elocuencia, el cual recordaba á sus oyentes el *os rotundum* (lenguaje sonoro) de los vergeles de Academo. Parcial hasta el entusiasmo por los usos clásicos, siempre daba sus banquetes de noche; circulaban en ellos los vinos mas esquisitos en redomas cubiertas de guirnaldas de rosas, y puestas sobre la mesa de esta suerte como refiere Homero hablando de los festines de los héroes del sitio de Troya. La sociedad mas escogida, tanto con respecto al rango como á la capacidad literaria, se reunia siempre en Sain Joghñ-Street, Canongate (*calle de San Juan, puerta del Canónigo*). La conversacion de aquel amable anciano, su alta clase, sus modales, su espíritu caballeresco, la instruccion con la cual defendia sus paradojas imaginarias, su generosa hospitalidad, deberán hacer que el recuerdo de sus *noctes cenaesque* (tertulias y cenas) sea siempre caro para aquellos que, como el autor (muy jóven entónces) han tenido la hora de sentarse á su mesa.

Es muy probable, como lo observa el abogado Pleydell, que el desasosiego de un legista respecto á sus pleitos, y dando de barato que ya haya envejecido en su profesion, inquiete rara vez su sueño ó sus digestiones. Sin embargo de eso los clientes tienen por lo comun una idea muy diversa. Un excelente juez,

quien está ya en la tierra de la Verdad, me contó que cierto hidalgo campesino le dijo con la mayor sencillez del mundo, la mañana del día en que su pleito iba á verse: Ola, milord! (es de advertir que el juez ejercía á la sazón las funciones de *lord-abogado*) hoy es el día terrible; no he podido pegar los ojos en toda la noche, y apuesto cualquiera cosa á que tampoco Vueseforía!

Nota de la página 181.

Dice un viejo adagio inglés que á Tom Fool (TOMASILLO EL TONTO) le copocen mas personas de las que conoce él; y la veracidad de este refrán se estiende hasta las obras que se componen bajo la influencia de un planeta poco discreto. Gran número de circunstancias, cuya existencia nunca sospechó el autor, han sido descubiertas por sus lectores. En todo caso deberá tenerlo á elogio el que unos pormenores puramente imaginarios se hayan acercado tanto á la realidad que consigan recordar al lector unos incidentes verídicos. Es pues con sumo gusto que el autor va á dar algunos detalles históricos y á referir algunas tradiciones locales, que se han supuesto como referentes á las personas, á los sucesos y al lugar de acción que se indican en la novela de Guy Mannerling.

El prototipo de Dirk Hatteraick fué un capitán de barco holandés, que se apellidaba Yawkins. Este hombre era muy conocido en la costa de Galloway y en la de Dumfries-shire, como único capitán y dueño de una *Buckhar*, ó sea legru contrabandista, que tenía por nombre *El Principe negro*. Yawkins se había distinguido por sus conocimientos navales y su intrepidez, de suerte que su buque era fletado con frecuencia por los contrabandistas franceses, holandeses, escoceses ó de la Isla de Man.

Cierto sugeto conocido por el apodo de Bukhar-Fea, porque en varias ocasiones habia vendido té de contrabando, y tambien por el sobrenombre de Bogle-Bush, nombre del caserío de su residencia, aseguró á Mr. Train, sugeto que me dió estos pormenores, que con frecuencia habia visto mas de doscientos hombres procedentes de Liston, reunidos en un mismo punto para diseminarse por el país, cargados de géneros de contrabando.

En aquella edad de oro del comercio libre, el precio establecido para transportar una caja de té ó un fardo de tabaco, desde las costas de Galloway hasta Edimburgo, importaba quince chelines (75 rs. de vn.), y un hombre con dos caballos llevaba cuatro de aquellos tercios. Este tráfico fué totalmente destruído por la célebre ley de *Comunicacion* hecha por Mr. Pitt, y la cual, reduciendo los derechos de la Hacienda, permitió á los comerciantes de buena fé entrar en competencia con los defraudadores. A esta ley se dió en el Galloway y Dumfries-shire, el apodo de *acta de los incendios y de la hambre*.

Seguro de una asistencia tan activa y formidable en las playas, se conducia Yawkins con tal audacia, que bastaba su nombre para llenar de espanto á los empleados de las aduanas. Aprovechóse cierta noche del pánico que su presencia infundia. Hallándose solo en la costa y guardando una cantidad considerable de mercancías, dirigióse á él una partida de guardas; lejos de huir Yawkins, se adelantó para recibirles, gritando: adelante, muchachos, aquí teneis á Yawkins! Amedrentándose los dependientes abandonaron una presa, la cual estaba defendida por el valor y la astucia de un solo hombre. Sobre su elemento favorito alcanzaba Yawkins igual éxito. Un día estaba alijando su cargamento en el lago Manxman, cerca de Kirkudbright. Dos pequeños buques, *El Pígameo* y *el Enano* se presentaron á la vista por dos distintos vieiros; el uno bojeando las islas Fleet, y el otro entre Rueberry y el Muckle-Ron. El osado contrabandista levó anclas al instante, y pasó por entre los lugres, y tan cerca de ambos, que arrojó su sombrero sobre la cubierta del uno y su peluca sobre la del otro; hizo que su gente izase un tonel á lo alto de su palo mayor para manifestar á sus enemigos cual era su tráfico, y surcó las ondas á todo trapo sin recibir la avería mas leve. Para justificar este arrojó y otros incidentes tan estrordinarios, la supersticion popular alegaba que Yawkins habia asegurado su famoso Principe negro haciendo pacto con el demonio y contratando que le daría el diezmo de su cargamento.

en cada viaje. De qué modo se hacia el pago de este convenio, es una cosa que dejamos á las conjeturas de nuestros lectores. El Buckhar fué tal vez llamado Príncipe Negro, en honra y gloria de su formidable asegurador.

Tenia Yawkins costumbre de alijar su cargamento en Luce Balcary y en algunos otros puntos de la costa. Pero su favorito muelle (por decirlo así) era la embocadura del Dee y del Cree cerca del viejo castillo de Ruberry, á unas seis millas mas abajo de Kirkudbright. Hay una caverna de vastas dimensiones en las cercanías de Ruberry, la cual, aunque muy frecuentada por Yawkins y los contrabandistas de tierra, se llama hoy día la cueva de Dirk Hatteraick. Los viajeros visitan aquel paraje en extremo pintoresco, y van al mismo tiempo á ver el *Salto del Aforador*, precipicio espantoso, de cuya cima, segun se asegura, arrojaron á Kennedy.

Se cree en el Galloway que Meg Merrilies tomó su origen en las tradiciones alusivas á la célebre Flora Marhsal, una de las régias esposas de Willie Marhsal, nombrado mas comunmente el Caird (ladron) de Barullion, y Rey de los gitanos de las tierras bajas y de la comarca occidental. Este mismo rey merece llamarnos la atencion por las siguientes particularidades. Nació en la parroquia de Kirk-Michael hácia los años de 1671 y murió en Kirkudbright en 23 de noviembre de 1792, cumplia entonces sus 129 años de edad, pero no puede decirse que una vida tan larga hubiese sido empleada muy honradamente. Willie fué siete veces cogido de leva ó aplicado á servir en el ejército, y se desertó otras tantas. Además de las espesadas, se fué otras tres de los buques de la marina real. Se casó diez y siete veces legitimamente, y á pesar de esta racion bastante cumplida de consuelos matrimoniales, hallóse despues de haber cumplido cien años de edad padre de cuatro hijos, fruto de unas relaciones menos legitimas. En los últimos años de su vida subsistió de una pension que le pasaba el abuelo del conde actual de Salkirk. Willie Marhsal, está enterrado en la iglesia de Kirkudbright. Todavía se ve su sepulcro adornado de dos cuernos de carnero morueco, y un par de cucharas.

En su juventud salíase á dar un paseo ordinariamente por las noches en el camino real, con el piadoso objeto de prestar un buen servicio á los caminantes aligerándoles el peso de sus bolsillos. En cierta ocasion el Caird de Barnillen robó al laird de Bargallie entre Carsphérn y Dalmeligion. No pudo conseguir su deseo sin tener que sufrir una violenta lucha, durante la cual perdió su birrete, que se le quedó en el camino cuando tuvo que huir á toda prisa. Un honrado labrador fué quien primero pasó por allí, y viendo el birrete, se apeó de su caballo, lo recogió y con mucha imprudencia se cobijó la cabeza con él. En aquel instante Bargallie llegó con gente de auxilio, y reconociendo el birrete, acusó de ladron al rentero de Bantoberick y le hizo llevar á la cárcel. Como existia alguna semejanza entre ellos, persistió en su acusacion Bargallie, y no obstante su bien establecida reputacion, fué presentado el labrador ante el tribunal. El fatal birrete estaba puesto sobre una mesa en la sala del juzgado. Bargallie juró que aquel era la verdadera cobijadura del hombre que lo habia robado, y así él como otros muchos testigos aseguraron que habian encontrado á aquel hombre en el mismo paraje donde el robo aconteciera, y con el birrete puesto en la cabeza. Esta circunstancia era terrible para el presunto reo y la opinion del juez tampoco se le presentaba muy favorable. Perc habia una persona en la reunion que sabia perfectamente á quién debiera achacarse el delito. Este hombre era el Caird de Barullion, el cual apoyándose en la barra inmediato á Bargallie, arrebató de repente la gorilla, se la puso en la cabeza, miró de hito en hito al laird y le dijo con voz que asombró al tribunal y la concurrencia:—Míreme, amigo, y dígame, por el juramento que acaba de pronunciar, si no soy yo el hombre que le robó entre Carsphairn y Dalmeligion?—Bargallie contestó con la mayor sorpresa:—Por vida del cielo! vos sois el verdadero ladron!—Miren vuestras mercedes la memoria que tiene este señor, dijo él que se habia acusado tan gratuitamente. Él jura respecto al birrete, sin importarle un bledo sobre cual cabeza cobije. Si useñoría quiere, mi-

lord, ponérselo en su propia cabeza, jurará que useñoría es el verdadero ladrón. —El labrador de Bantoberick fué absuelto por unanimidad y Willie Marshal consiguió, en virtud de tan ingenioso ardid, salvar á un inocente sin comprometerse á sí mismo.

Mientras que el rey de los gitanos se hallaba ocupado tan notablemente, su regia consorte Flora estaba intentando, segun dicen, robarle al juez la capucha del ferreruelo. Sus buenas mañas y su reputacion como gitana la hicieron desenterrar á la Nueva-Inglaterra de donde no volvió jamás.

No puedo conceder que la idea del carácter de Meg Merrilies me haya sido suministrada por el de Flora Marshal. Tomé por modelo algunos rasgos de la vida de otra gitana llamada Juana Gordon, sin que pueda valerme la disculpa del laird de Bargallie para fijarme al mismo tiempo en dos individuos. Consiento, sin embargo, que se tenga á Meg como á una representante de su tribu en general, y á Flora como á otra en particular.

Las demás circunstancias á las cuales mis obsequiosos lectores han dado, como dice Shakespeare

Habitacion local ó impuesto nombres

A imaginarias nadas.....

tambien las sancionaré en cuanto á un autor lo es permitido. Pega bien citar al intento un chiste que refiere Joe Miller. «Cierta anticuario enseñaba un dia á un amigo suyo, la idéntica espada con la cual quiso Balán matar á su burra.—Balán no tenia espada, contestóle el otro: lo que deseaba era tener una.—Lo mismo da, repuso sin desconcertarse el anticuario; esta es precisamente la espada que Balán deseaba tener.» Solo queda que el autor haga ahora la aplicacion de esta anecdota, añadiendo que ignorante de las relaciones que existian entre su ficcion y ciertas circunstancias verdaderas, se le habrán ocurrido estas sin pensarlo, ó bien las habrá soñado mientras componia la novela de Guy Mannering.

FIN

EL OFICIAL
AVENTURERO.

SIR WALTER SCOTT.

EL OFICIAL

AVENTURERO.

SIR WALTER SCOTT

EL OFICIAL
AVENTURERO

POR

SIR WALTER SCOTT,

traducido del inglés.

EL OFICIAL

A VENTURERO

SIR WALTER SCOTT

EL OFICIAL

AVENTURERO.

CAPITULO PRIMERO.

Los acontecimientos que vamos á describir ocurrieron durante la célebre y sangrienta guerra civil que asoló la Gran Bretaña á principios del siglo XVII. No habia aun Escocia sufrido los estragos que consigo traen las guerras intestinas, á pesar de la diversidad de opiniones políticas, y de que muchos de sus habitantes, cansados de vivir bajo el gobierno del Parlamento de este Reino, y reprobando la accion de aquel cuerpo que se habia aventurado á mandar un ejército considerable al socorro del Parlamento inglés, estaban decididos á aprovecharse de la primera ocasion para declararse á favor del Rey, y obligar á lo menos al general Lesly á retirarse con su ejército si no lograban restablecer enteramente la autoridad Real en Escocia.

La nobleza del norte, que se habia negado constantemente á entrar en la famosa liga llamada *Covenant*, fué la que principalmente adoptó este plan. A ella se unieron la mayor parte de los caudillos de las tribus de montañeses de Escocia, por estar persuadidos de que su poder dependia del de la Corona, y llevadas además de la abominacion con que miraban los ritos de la Igle-

sia presbiteriana, y de su índole salvaje y bravía, que en todos tiempos se agrada mas de los peligros y azares de la guerra que de los beneficios de la paz.

Todas estas causas reunidas amagaban graves disturbios y revueltas; y ya las rapiñas y correrías que hicieron los montañeses en los llanos, á que daban el nombre de *tierras bajas*, empezaban á tomar un carácter de autorizacion, y se efectuaban metódicamente, como si formasen parte de un plan general de operaciones militares.

Los que se hallaban al frente de los negocios no desconocian los peligros que indicaba la disposicion de los ánimos; y hacian, no sin recelo, los preparativos necesarios para ponerse á cubierto de la próxima tormenta. Sin embargo, veian con satisfaccion que no se habia presentado aun ningun caudillo cuyo nombre inspirase bastante confianza para atraer á sus banderas un ejército de Realistas, ni aun para reunir en un solo cuerpo las cortas partidas que andaban dispersas viviendo del pillaje, y para las cuales era este objeto mas principal que la consolidacion de sus ideas políticas. Esperaban además que guarneciendo las tierras bajas con número suficiente de tropas para que guardasen los desfiladeros de las montañas, se podria contener á los montañeses, mientras que con las fuerzas de algunos barones del norte que se habian declarado en favor de la liga, tales como el conde Marshal y las numerosas familias de los Forber, Lesly, Irvine y Grant, no seria difícil equilibrar y contener las de los Ogilvy, Angur, Kincardine y aun la mas poderosa de los Gordon, cuya ambicion corria parejas con el odio que profesaba á los presbiterianos.

En las montañas del oeste, el partido dominante, que era el de dichos presbiterianos, contaba muchos enemigos; pero creíase que los descontentos estaban contenidos, é intimidados sus jefes por el poder colosal del marqués de Argyle, en quien el Parlamento de Escocia tenia entera confianza, y cuya autoridad, ya sobradamente estensa, se habia aumentado últimamente con las nuevas mercedes arrancadas al Rey en su favor cuando la últi-

ma pacificación. A nadie se ocultaba que el marqués de Argyle era mucho mas recomendable por sus talentos políticos que por su valor personal, y mas á propósito para dirigir una intriga de gabinete que para mantener el orden entre montañeses animados de disposiciones hostiles; pero las fuerzas de su tribu y el espíritu guerrero de los principales señores que le estaban subordinados, compensaban bastante al parecer el valor de que carecia su primer caudillo. Por otra parte, los Campbells (que así se llamaba esta tribu) habian humillado tanto á las otras tribus vecinas, que no era de temer que estas se espusiesen de nuevo con sus solas fuerzas al resentimiento de enemigos tan formidables.

Viendo el Parlamento de Escocia bien asegurada su autoridad al oeste y al sur de este reino, cuyos territorios forman sin duda alguna su mas rica porción; hallándose dueño absoluto del condado de Fife; y teniendo muchos y poderosos amigos hasta en los condados de Forth y de Tay, no consideraba tan urgente el peligro, que le obligase á torcer la línea que le habia sugerido su política. Así es, que no pensó en llamar el ejército auxiliar de veinte mil hombres que habia enviado al Parlamento de Inglaterra, cuyo bando, habiendo cobrado nuevos bríos con este refuerzo, habia reducido á los Realistas á la defensiva, en un momento en que estos creian poder contar con un triunfo seguro, en vista de las victorias que antes habian alcanzado.

Aun que las causas que habian decidido entonces al Parlamento de Escocia á tomar un interés tan activo y tan inmediato en las guerras civiles de Inglaterra se hallan especificadas en la historia, no será fuera del caso referirlas aquí sucintamente. No habia motivo alguno de queja contra el Rey; y pues léjos de cometer la menor agresion contra sus vasallos de Escocia, habia este príncipe cumplido religiosamente todas las condiciones del tratado de paz que celebrara con ellos: pero no ignoraba el partido dominante que solo la fuerza de las armas y la influencia del Parlamento inglés habian arrancado al rey Cárlos semejante tratado. Es verdad que este Monarca habia visitado despues la Capital de

su antiguo Reino; que habia consentido en la organizacion de la Iglesia presbiteriana, y distribuido varios honores y recompensas á los jefes que se babian mostrado mas contrarios á su causa: pero tambien habia sospechas de que tenia intencion de derogar, luego que se presentara ocasion, unos honores que solo concediera á su pesar. Entretanto, veian las gentes con inquietud que el poder del Parlamento inglés iba debilitándose diariamente, y preveian que si Cárlos triunfaba de los amotinados ingleses con la fuerza de las armas, se aprovecharia de la ocasion para hacer recaer sobre Escocia el castigo en que su concepto merecian los que habian dado el ejemplo de tomar las armas contra él.

Tales eran las razones que habian determinado la salida de un ejército auxiliar para Inglaterra; y las mismas estaban declaradas en el manifiesto que se estendió en orden á los motivos porque se habia suministrado al Parlamento de este Reino un socorro tan importante y oportuno. El manifiesto declaraba que el Parlamento inglés habia hecho y se hallaba todavía en estado de hacer algunos servicios á Escocia; al paso que el Rey, si bien habia restablecido la religion como se deseaba, no habia procedido despues de modo que inspirase confianza acerca de la sinceridad de sus promesas. « Nuestra conciencia, añadia al fin, y Dios que es superior á ella, nos obligan á declarar que nuestra única mira es la gloria de la religion, la paz de entrambos Reinos y el honor del Rey, procurando por medios legales reprimir el poder y asegurar el castigo de los perturbadores de Israel. Ejecutado que sea este acto de justicia, nuestro corazon quedará satisfecho. Solo despues de haber visto frustrados todos cuantos medios habíamos podido imaginar, nos hemos resuelto á enviar un ejército á Inglaterra, medida que nos ha parecido deberá producir los felices resultados de que se lisonjea nuestra piedad, y la sola que nos quedaba como único y último remedio á tantos males: *ultimum et unicum remedium.* »

Dejemos á los casuistas que decidan si se puede disculpar á una de las partes contratantes que quebrante un tratado solemne

so pretesto de sospechar que la otra intenta faltar á él algun día si se ofrece ocasion; y pasemos á las otras dos circunstancias que por lo menos influyeron en la decision del Parlamento y del pueblo escocés, tanto como las dudas que podian concebirse acerca de la sinceridad del Rey. Fué la primera la situacion y naturaleza del ejército escocés. Sus principales jefes eran hidalgos pobres y mal contentos; la mayor parte de los oficiales eran soldados aventureros que habian hecho las campañas de Alemania, en donde habian perdido todos sus principios políticos, si algunos tenian, y hasta su amor patrio. Su profesion de fé mercenaria era que debia el soldado ciega fidelidad al príncipe ó al gobierno que le pagaba, sin analizar la justicia ó injusticia de la causa por que tomaba las armas, y sin pensar en las relaciones que pudiera tener con el partido contrario. De los hombres de este jaez, dice Grocio con justa severidad: *Nullum vitae genus est improbius, quàm eorum qui sine causa respectu, mercede conducti militant.* Estos guerreros mercenarios y los hambrientos hidalgos que partian con ellos el mando, abrazando gustosos las mismas opiniones, no habian echado en olvido la vida regalada que llevaran en Inglaterra cuando la corta invasion de 1641; y por lo mismo no parecerá estraño que no pudiesen resistir á tan poderoso aliciente. El recuerdo de la buena paga que habian recibido en Inglaterra y de la vida licenciosa que allí habian llevado, halagaba á aquellos aventureros; y la esperanza de recobrar esos perdidos bienes les hacia sordos á todos los argumentos que hubieran podido oponerles la política, la moral y la humanidad.

Pero si la perspectiva de las riquezas de Inglaterra era una tentacion seductora para la soldadesca, habia otra causa que no contribuia menos á inflamar el ánimo de toda la nacion. Tanto se habia discurrido y escrito por una y otra parte sobre la forma exterior del Gobierno y de la Iglesia, que esta materia habia adquirido la mayor importancia á los ojos de la multitud. Entre los presbiterianos, así como entre los episcopales, los de princi-

pios mas exagerados apenas admitian que pudiesen salvarse los que no seguian sus opiniones religiosas. En vano se les objetaba el espíritu de caridad, de mansedumbre y de tolerancia que prescribe el Evangelio. Predicando en nombre de tan sagrados preceptos, ambos partidos se perseguian con encono y furor, como si una ley espresa de la Divinidad les encargase la intolerancia y la destruccion.

Laud, en los pocos dias que ejerció el mando, habia atizado el fuego queriendo obligar á los Escoceses á adoptar ciertas fórmulas religiosas que eran contrarias á los usos y opiniones de aquellos. El éxito de la lucha, que fué favorable á la Iglesia presbiteriana, hizo que el pueblo venerase aun mas aquellas ceremonias, y que se hiciese nacional la resistencia.

En tanto se propagaba con rapidez la liga llamada *Covenant*. Unos habian entrado en ella por adhesion, otros forzados por varias circunstancias. El objeto principal de la liga era consolidar las máximas y la disciplina de la Iglesia presbiteriana, y acabar con lo que reputaban error y herejía. Como habian logrado encender en su país lo que llamaban el candelero de la gracia, querian que la misma luz alumbrase tambien en Inglaterra, y pretendian que el mejor medio de conseguir su intento era suministrar un ejército escocés al Parlamento de aquella nacion. Los presbiterianos formaban un partido fuerte y poderoso en el Parlamento de Inglaterra: eran entonces los que formaban la oposicion, al paso que los *independientes* y los demás sectarios, que despues se apoderaron de la autoridad y de las armas bajo la dominacion de Cromwell, derribando la Iglesia presbiteriana en Escocia y en Inglaterra, se veian precisados á acatar aun al partido dominante, cuya opulencia y crédito les eclipsaba: de suerte, que ya se miraba como probable el establecimiento de un culto uniforme en ambos reinos.

El célebre Enrique Vane, uno de los comisarios que habian negociado la paz entre Inglaterra y Escocia, conoció cuan poderoso era este cebo para los Escoceses; y á pesar de que él mismo

era independiente exaltado, logró satisfacer y engañar al mismo tiempo el ardiente zelo de los presbiterianos, calificando el intento de reformar la Iglesia de Inglaterra con el titulo de «mudanza que habia de ejecutarse, segun la palabra de Dios y la práctica de las Iglesias reformadas» Engañados por el ardor mismo de sus deseos, no dudando en manera alguna que el establecimiento de su culto era de derecho divino, y no creyendo que otros pudiesen dudarlo, los jefes del Parlamento y de la Iglesia de Escocia se imaginaron que semejantes espresiones no podian aplicarse sino al presbiterianismo, y solo se desengañaron cuando, no teniendo ya necesidad de su auxilio, les manifestaron los otros sectarios que aquellas espresiones podian aplicarse igualmente á cualquier forma de culto que las personas encargadas de su direccion considerasen mas conforme á la palabra de Dios y á la práctica de las iglesias reformadas. El fin que se proponian con este manejo era, no el de aniquilar la autoridad del Rey, sino el de reducirla á un círculo mas estrecho; mas viéronse burlados cuando reconocieron que los sectarios ingleses intentaban nada menos que destruir enteramente la constitucion monárquica de la Gran Bretaña. Pero llegó tarde el desengaño; y sucedióles lo que á un médico imprudente, que á fuerza de remedios reduce al enfermo á tal estenuacion, que no bastan despues á restaurar sus fuerzas los tónicos que le suministra.

Mas todos estos acontecimientos estaban todavía ocultos bajo el impenetrable velo del porvenir. El Parlamento escocés se hallaba persuadido aun en aquella época de que su correspondencia con el de Inglaterra se fundaba en la justicia, en la prudencia y en la religion; y el ejército escocés en Inglaterra hizo cuanto de él podia esperarse. Habiendo efectuado su reunion con los de Fairfax y Manchester, puso las fuerzas parlamentarias en estado de sitiar la ciudad de York y dar la sangrienta batalla de *Long-Marstonmoer*, en la cual ambos partidos disputaron la victoria con el mayor encarnizamiento, hasta que fueron final-

mente derrotados el príncipe Ruperto y el marqués de New-Castle. Sin embargo, este triunfo no fué para los auxiliares escoceses tan glorioso como esperaban.

David Lesly peleó con mucho brio al frente de su caballería, y tomó mucha parte en esta acción con la brigada de los independientes de Cromwell: pero el anciano conde Leven, general de la liga *Covenant*, fué rechazado muy lejos del campo de batalla por el ataque impetuoso del príncipe Ruperto; y ya se hallaba á mas de treinta millas, y en declarada fuga hácia Escocia, cuando supo que su ejército habia alcanzado una victoria completa.

La ausencia de las tropas ocupadas en esta cruzada para establecer el presbiterianismo en Inglaterra, habia disminuido mucho el poder del Parlamento escocés, y ocasionado entre los realistas la confusión de que hemos hablado al principio de este capítulo.

CAPITULO II.

A la caída de una tarde de verano, en la época que acabamos de indicar, un joven de noble cuna al parecer, bien montado y armado, y seguido de dos criados, uno de los cuales llevaba del cabestro un caballo con su carga, subia muy despacio por uno de los desfiladeros que dan paso á las tierras bajas del condado de Perth en el país de los montañeses. Habia tiempo que costea-ba las orillas de un lago cuyas profundas aguas reflejaban los rayos purpúreos del sol que estaba en su ocaso. Al estrecho sendero que seguia, no sin trabajo, daban sombra en ciertos parajes varios abedules y añosas encinas; y en otros, enormes peñascos que amenazaban desplomarse sobre el imprudente viajero. Mas allá la colina que formaba la orilla septentrional de esta admirable cascada se elevaba en cuesta menos rápida, cubierta de áspera maleza. Tan agreste perspectiva hubiera enagenado de placer en otra ocasión á cualquiera pasajero; mas el que corre

el mundo en tiempos de revueltas y de peligros no hace alto en la belleza de los países mas pintorescos.

Este jóven, cuando el sendero lo permitia, caminaba al lado de uno de sus criados conversando con él familiarmente; que fácilmente se echa en olvido la diferencia de nacimiento entre hombres que corren los mismos riesgos. Daban materia á su conversacion las disposiciones de los principales jefes que habitaban aquel país agreste, y la probabilidad de que tomarian parte en las convulsiones políticas que se esperaban.

Todavía estaban en la orilla del lago, y el jóven mostraba á sus criados el paraje en donde el camino que pensaba seguir torcia hácia el norte, separándose de dicha orilla para erguirse á la derecha por entre un barranco, cuando divisaron un caballero que seguia la misma orilla aunque en direccion opuesta, pues venia hácia ellos. Por los rayos del sol, que herian su casco y su armadura, echaron de ver nuestros viajeros que estaba armado de punta en blanco; motivo porque resolvieron no dejarle pasar sin hacerle algunas preguntas.

«Es preciso que sepamos quien es ese hombre y á donde va, dijo el jóven apretando el paso en cuanto se lo permitia aquella áspera senda. Sus dos criados hicieron otro tanto, y marcharon de este modo hasta el sitio en que la senda que debian tomar á la derecha, certaba aquella donde se hallaban, y por donde necesariamente tenia que pasar el desconocido.

Este levantó el paso luego que distinguió á los tres que le observaban; pero no bien los vió caminar aceleradamente y hacer alto los tres de frente y ocupando todo el camino, contuvo su caballo y empezó á andar de modo que indicaba, no recelo, sino circunspeccion; lo cual proporcionó á entrambas partes tiempo sobrado para examinarse.

El caballero solitario montaba un excelente brido, que parecia muy apto para el servicio, y nada fatigado con el peso de su dueño; y montábale este de modo que dejábase conocer á tiro de ballesta cuan acostumbrado estaba á ese ejercicio. Cubria su

cabeza luciente casco, coronado de vistosas plumas. Una coraza, bastante recia por delante para resistir las balas, colocada sobre un colete de búfalo, cubria su pecho y espalda; y defendian sus brazos hasta el codo manoplas de acero, brillante y pulido como el resto de su armadura. Del arzon de su silla colgaban dos pistolas de desmesurado tamaño, pues tenian casi dos piés de largo, y su calibre de bala de onza. De un cinto de búfalo sujeto con enorme hebilla de plata, colgaba de un lado un sable, con fuerte guardacion, de hoja puntiaguda y de dos filos, propia para tajo y estocada; y del otro un cuchillo de monte como de diez y ocho pulgadas. Un tahalí fijaba un mosquete sobre el espaldar, y por cima cruzaba una bandolera, de la que pendia una canana llena de municiones. Por último, sus muslos estaban cubiertos con láminas de acero, llamadas escarcelas, que se juntaban con las botas; lo cual completaba la panoplia de los caballeros de aquel tiempo.

El aspecto de aquel desconocido correspondia á aquellos arreos militares, á que parecia estar muy acostumbrado; era de alta estatura, y bastante robusto para llevar con desahogo el peso de todas sus armas; representaba como cuarenta y tantos años, y todo su exterior anunciaba un valiente veterano que habria hecho mas de cuatro campañas y tendria mas de cuatro cicatrices. Como á cosa de sesenta pasos se detuvo, se levantó sobre los estribos, en ademan de reconocer quiénes eran los que al parecer querian disputar el paso; y preparó su mosquete, para servirse de él en caso necesario, pues dejando aparte el número, llevaba gran ventaja á los que le estaban examinando.

El jefe de esta pequeña compañía estaba á la verdad bien montado; llevaba un colete de búfalo ricamente bordado, que era el peti-uniforme de los caballeros de aquella época; pero sus criados no estaban cubiertos sino de fieltro, que aunque recio, hubiera opuesto poca resistencia al tajo de un sable manejado por un buen puño, y no tenian mas armas que un sable y las pistolas, sin las cuales casi nadie dejaba su hogar en aquellos tiempos de disensiones y revueltas.

Luego que se hubieron mirado atentamente como cosa de un minuto, el personaje de que primero hemos hablado dirigió al extranjero la pregunta que entonces se hallaba en boca de todos en semejantes circunstancias. «¿De qué partido es V.?»

—Y dígame V. antes de cual es, respondió el caballero: el que cuenta mayores fuerzas debe explicarse primero.

—Nosotros somos de Dios y del rey Carlos. Ahora que V. sabe cual es nuestro partido, díganos el suyo.

—Yo peleo por Dios y por mi bandera.

—¿Y cuál es esa bandera, la del Rey ó la del Parlamento? ¿Es V. caballero, ó es cabeza redonda?

—Por vida mia, señor, que no quisiera decir una mentira que esto no cuadra bien á un soldado; mas para responder con verdad á su pregunta, seria menester que yo mismo supiese á qué partido perteneceré de los muchos que en el dia traen dividido este Reyno: asunto sobre el cual no he tomado aun resolucion definitiva.

—Yo habia creído, dijo el jóven, que en materia de religion y de lealtad, no necesitaba un hidalgo, ú hombre honrado, mas que un instante para decidirse á abrazar el partido que le dicta la justicia.

—Si V. habla de ese modo para suscitar dudas sobre mi nobleza y sobre mi honor, estoy pronto á darle pruebas de uno y otro, lidiando solo contra ustedes tres; pero si lo que ha dicho no es mas que una figura de retórica, ciencia que estudié en mi mocedad en el colegio de Mareschal en Aberdeen, podré probarle *logicè* que mi resolucion de diferir por algun tiempo el alistarme en uno de los dos principios, se funda en partidos propios de un hidalgo y de un hombre de honor y juicio, que ha estudiado las buenas letras en su juventud, ha guerreado despues bajo las banderas del leon del Norte, del invencible Gustavo, y de otros ilustres guerreros.»

Despues de haber hablado un instante con uno de los que le acompañaban: «Mucho me alegrara, caballero, dijo el jóven, de

tener con V. mas larga conversacion sobre un asunto tan interesante; y me tendria por dichoso si pudiera persuadirle á que abrazase el partido que yo sigo. Esta noche voy á parar á casa de un amigo, que no dista de aquí mas que tres millas: si V. gusta venir conmigo, hallará V. allí blando lecho para esta noche, y mañana podrá continuar su viaje, si es que no resuelva reunirse con nosotros.

—¿Y qué seguridad se me ofrece? preguntó el advertido caballero. Es preciso que un hombre cuerdo tome las precauciones que le sugiere su prudencia; no sea que caiga en un lazo.

—Yo soy el conde de Menteith, respondió el jóven: juzgo que mi palabra de honor será fianza suficiente.

—Ciertamente, replicó el caballero. Ese nombre me es muy conocido: el que le lleva no puede faltar á su palabra.» Diciendo esto, echó su mosquete á la espalda, hizo un saludo militar al Conde, y llegándose á él, continuó hablándole de esta manera: «Yo tambien me lisonjeo de que la seguridad que le ofrezco de ser un buen camarada de su señoría, así en paz como en guerra, mientras estuviésemos juntos, no le parecerá despreciable en los tiempos en que vivimos, y en los que se dice con harto fundamento que la cabeza de un hombre está mas segura bajo un casco de acero que bajo el techo de un palacio.

—Aseguro á V., caballero, que si he de juzgar por las apariencias, aunque tengo en mucho la escolta que me ofrece, creo que no tendremos necesidad de dar pruebas de valor, porque le conduzco á casa de unos amigos donde hallaremos buen albergue y jovial acogida.

—Un buen albergue, señor mio, siempre es agradable, y solo debe preferírsele una buena paga ó un buen botin, dejando á un lado el honor del soldado y las obligaciones del servicio. Y á decir verdad, esa oferta viene tanto mas á propósito cuanto que ya no sabia donde hallar abrigo esta noche para mí y para mi pobre compañero (dijo estas palabras dando una palmada á su caballo).

—¿Podré saber ahora, dijo el señor Menteith, á quién tengo el honor de servir de aposentador?

Eso es muy justo, señor mio, muy justo. Yo me llamo Dalgetty, Dugald-Dalgetty, el capitán Dugald-Dalgetty de Drumthwacket, para servir á V. ; nombre que quizás habrá V. visto en el periódico *Galo-Bélgico*, en la *Gaceta de Suecia* y en el *Mercurio de Leipzick*. Habiendo mi padre perdido, no sé como; su pingüe patrimonio, no me quedó á mí otro recurso á la edad de diez y ocho años que el de ir á probar fortuna con mi espada en las guerras de Alemania, empleando la ciencia que habia adquirido en el colegio de Mareschal en Aberdeen. Quédome tambien mi nobleza y el nombre de Drumthwacket, con un par de brazos robustos, y un par de piernas que no les iban en zaga, y que si he decir la verdad, ma han sido mas útiles que mi ciencia y mi nobleza. Allí enistré la lanza en clase de soldado, bajo las órdenes del ya no muy jóven Luis Lesly, y aprendí tambien las reglas del servicio, que no me seria fácil olvidarlas. ¿Querrá V. creer que una vez me hizo montar la guardia á la puerta de palacio durante ocho horas consecutivas, desde medio dia hasta las ocho de la noche, armado de piés á cabeza, cubierto de hierro de arriba abajo, y en medio de rigurosa escarcha, y estando el hielo duro como una piedra, solo por haberme detenido un instante para decir dos palabras á mi patrona, en vez de asistir á la lista?

—Pero en desquite, si ese dia estuvo V. espuesto al frio, tambien habrá V. visto combates furiosos.

—Sí por cierto; pero no soy quien debe hablar de ellos: el que ha visto las memorables jornadas de Leipzick y de Lutzen puede preciarse de haber visto batallas campales: y el que se ha hallado en la toma de Francfort, de Spanheim, de Nuremberg y de otras muchas plazas, debe saber algo de lo que son sitios y asaltos.

—No dudo que el mérito de V. y su esperiencia le habrán valido el ascenso á que era acreedor.

—No tanto como es de creer; mas como nuestros compatriotas,

padres de la guerra, que habian levantado aquellos valientes regimientos escoceses que fueron el terror de Alemania, caian como moscas al fin de otoño los dias de batalla, nosotros que éramos sus hijos, recogimos su herencia. Sepa V., señor mio, que yo fui seis años soldado primero de mi compañía, tres años cabo segundo, y al fin fui nombrado *fahnenrager*, es decir, abanderado en el regimiento de húsares de la muerte (1) de la Guardia Real, y en seguida ascendí á los grados de teniente y de *ritmeister*, bajo el invencible monarca, el baluarte de los protestantes, el leon del Norte y el terror de Austria, Gustavo el victorioso.

—Si mal no lo entiendo, señor capitán..... porque me parece que ese grado es el que corresponde al de *ritmeister*....

—Cabalmente, respondió Dalgetty, significa lo mismo: *ritmeister* es como si dijéramos *cabeza de fila*.

—Presumo, replicó el Conde, que habrá V. dejado el servicio de aquel Monarca.

—Después de muerto, señor Conde, después de muerto, y cuando ningun atractivo me detenía ya en aquel Reino. Había cosas en su servicio que á un hombre de bien le vienen muy cuesta arriba, aunque no fuera mas que la paga, la cual era escasa en demasía, puesto que la de un *ritmeister* consistía únicamente en sesenta dolars al mes, poco mas ó menos. Y sin embargo, jamás el invencible Gustavo pagó mas que la tercera parte, la cual se nos distribuía mensualmente á manera de pré, aunque bien considerado, lo que dejábamos de cobrar era un empréstito que hacíamos á aquel gran Monarca de las dos terceras partes de nuestro sueldo. Yo he visto algunos regimientos de Holanda y de Holstein alzarse en el mismo campo de batalla, gritando ¡gelt! ¡gelt! dando á entender que querían la paga antes de esponerse á un balazo; pues no son como nuestros valientes Escoceses, los cuales, como es sabido, tienen en mas el honor que un lucro miserable.

(1) Blackhorses: regimiento de húsares de Brunswick (llamados de la muerte), vestidos todos de negro, con calayeras en las mantillas, morriones, y portapliegos, etc.

—Supongo, sin embargo, que esos atrasos se pagarían después á la tropa.

—Puedo asegurar á V., en Dios y en mi alma, señor Conde, que nunca, por mas diligencias que se hiciesen, fué posible cobrar un cuarto. Jamás tuve en mi poder veinte dolars en todo el tiempo que serví al invencible Gustavo, como no fuese después de alguna victoria, en el saqueo de alguna plaza, ó cuando se intimaba la rendicion á cualquier pueblo, porque en semejantes ocasiones el oficial que conoce los usos de la guerra rara vez deja de mirar por sí.

—Ya no me causa admiracion que al fin dejase V. el servicio; antes al contrario, me admiro de que haya V. permanecido en él tanto tiempo.

—Lo que me determinó á permanecer, señor Conde, fué que ese gran capitán, ese Monarca ilustre, ese Aquiles de los tiempos modernos, tenia un modo de ganar batallas, de tomar plazas, de recorrer el país y de sacar contribuciones, que daba á su servicio un atractivo irresistible para todos los oficiales emprendedores que siguen la noble profesion de las armas. Aquí donde V. me ve, ejercí el mando en la ciudad de Dunkelspiel, en el bajo Rhin, ocupando el palacio de landgrave, bebiendo sus mejores vinos con mis camaradas, imponiendo contribuciones, y sin olvidarme, mientras ponía á un lado para el amo los mejores bocados, de mojar mis dedos en la salsa, como es deber de todo buen cocinero. Mas tanta prosperidad se deshizo como el humo apenas fué muerto ese gran Rey en la batalla de Lutzen, herido de tres balazos; de suerte, que viendo que la fortuna habia mudado de faz, que nuestra paga estaba reducida á préstamos ó empréstitos, como ya dije á V., y que no habia mas multas ni contribuciones, abandoné mi compañía, y entré al servicio de Austria bajo el mando de Wallenstein en el regimiento irlandés de Walter Butler.

—Deseara saber, dijo el conde de Menteith que oia al parecer con gusto la relacion de las hazañas de aquel soldado aventurero, si tuvo por qué estar satisfecho del cambio.

—Así, así, respondió el capitán: no puedo decir que el Emperador pagase mucho mejor que el gran Gustavo; pero no nos faltaban buenos lances de cuando en cuando. Verdad es que otras veces me veía precisado á romperme la cabeza contra mis conocidas antiguas, las plumas suecas (es decir, contra ciertas estacas de dos puntas, guarnecidas de yerro en los extremos, clavadas en el suelo para evitar el ataque de la caballería), cuyas plumas, aunque agradables á la vista, asemejándose de léjos á los arbustos del campo, en tanto que las formidables lanzas parecen bosques poblados de pinos y de encinas, no son ni con mucho tan suaves como las de gansos y gallinas. Pero como quiera que sea, á pesar de los golpes á que me esponía y de la paga que se hacía desear, un oficial puede pasarlo medianamente en el servicio imperial; porque no se hace alto en él, como en el sueco, de mil cosillas de poca monta: de suerte, que con tal que uno cumpla con su deber en el campo de batalla, ni el astuto Wallenstein, ni Pappenkeim, ni el viejo Filly, dan oídos á las quejas de un hacendado ó labrador, con quien por acaso haya uno tropezado. Así que, un militar experimentado que sabe manejarse, según dice el proverbio escocés, para sujetar la cabeza de la jabalina con la cola del jabato, puede cobrarse de los pueblos la paga que no recibe del gobierno.

—¿Y eso haría V. sin duda, cargando en la cuenta el tanto por ciento de interés?

—¿Me cree V. tan necio que dejase de hacerlo? respondió Dalgetty con gravedad.

—Hágame V. la gracia, caballero, de decirme por qué motivo abandonó un servicio tan provechoso.

—A eso voy. El mayor de nuestro regimiento era un oficial irlandés que se llamaba O'Quilligan. Cierta dia tuve con él una contienda sobre el mérito y la preeminencia de nuestras naciones respectivas. Al dia siguiente, le dió la gana de comunicarme la órden levantando el cabo de su baston en vez de bajarlo, como es costumbre de todo comandante comedido y bien criado.

cuando habla con igual suyo en clase, aunque sea su inferior en grado militar. De aquí se originó un desafío, del cual ambos salimos heridos. Súpolo Walter Butler nuestro coronel, el cual nos castigó á entrambos; pero no nos impuso el mismo castigo, pues reservó para mí el mas severo, por ser de su tierra el mayor. Yo no pude digerir semejante parcialidad, y así pedí mi licencia, y entré al servicio de España.

—Esta vez no dudo que estaria V. contento con el cambio, dijo el Conde.

—Hablandó francamente, no tuve por qué arrepentirme. La paga era bastante regular, porque suministraban los fondos unos ricos flamencos y valones de los Países-Bajos. Nuestros cuarteles de invierno eran escelentes; el pan de trigo de Flándes valia mucho mas que el pan de centeno de Suecia; y el vino del Rhin abundaba mas en nuestro campo que la cerveza negra de Rostock en el de Gustavo. Por lo demás, no teníamos que hacer ningun servicio, y aun podíamos dispensarnos, si nos daba gana, de lo poco que de nosotros se exigia: escelente retiro para un soldado de á caballo, ya fatigado de la vida activa de los campamentos, que habia comprado á costa de su sangre tanto honor como podia desear, y que ya estaba puesto en razon que pensase en llevar una vida cómoda y regalada.

Pero ¿porqué abandonó V. tambien tan buena colocacion?

—V. ha de saber, señor Conde, que el español está muy pagado de sí mismo, y que no hace bastante caso de los oficiales estranjeros que se acomodan á servir bajo sus banderas. No dejará V. de conocer que es muy duro para un buen oficial no ver recompensado su valor como merece. Fuí pues á probar fortuna al servicio de Prusia y al de Rusia; y no habiéndome acomodado ni uno ni otro, estuve en ellos muy poco tiempo, y entré luego en el de Holanda.

—¿Le fué á V. mejor con este?

—¡ Ah, señor Conde! exclamó el capitan lleno de entusiasmo; allí no hay ni préstamos ni atrasos. Todo se paga al contado y

con la misma exactitud que un banquero las letras vencidas. Los cuarteles de invierno son buenos, y los víveres de la mejor calidad; pero fuerza es confesar que es un pueblo escrupulosísimo, que no disimula el mas leve pecadillo; por manera, que si se da la mas mínima queja contra un soldado, si un paisano se presenta con la cabeza rota, si un bodegonero se queja porque le han roto los cacharros, ó una mujerzuela grita bastante recio para que la oigan, cate V. un hombre de honor conducido, no ante un consejo de guerra, que es el único juez competente para entender de estos asuntos, sino delante de un miserable burgo-maestre, de un pobre mercader, que le amenaza con la prision y hasta con la cuerda, como si las hubiese con uno de sus apáticos conciudadanos. Así que, no pudiendo resolverme á vivir mas tiempo entre aquellos ingratos plebeyos, los cuales, aunque incapaces de defenderse por sí mismos, no quieren conceder al noble oficial extranjero que entra á su servicio mas que la mera paga, lo que para un hombre de honor no admite comparacion con una moderada libertad vigorosamente sostenida, me despedí de los *mynheers*. Habiendo sabido entonces con indecible satisfaccion que probablemente habria algo que hacer este verano en mi oficio en este país, en mi amada patria, he venido, segun se dice, como hambriento mendigo á participar de la boda, para que se aprovechen mis paisanos de la esperiencia que he adquirido en países estraños. Tal es, señor mio, el compendio de mi historia; porque el hablaros de mis hazañas en el campo de batalla, de los asaltos y tomas de ciudades y castillos, eso nos llevaria muy léjos, y es además relacion que solo suena bien en boca ajena. »

CAPITULO III.

Al llegar aquí presentóse el camino tan estrecho y tortuoso,

que no pudiendo caminar de frente, interrumpieron nuestros viajeros su sabrosa plática.

El conde Menteith, deteniendo su caballo, dijo algunas palabras á sus criados, en tanto que el capitán, que formaba la vanguardia, continuaba su camino. Despues de haber subido durante un cuarto de milla por un sendero escabroso y escarpado, se hallaron en un hermoso valle cortado por un arroyuelo que bajaba de un monte poco distante; y habiéndose allí reunido, prosiguieron su interrumpida conversacion.

«Yo creyera, dijo el Conde á Dalgetty, que un oficial como V., que ha servido tanto tiempo y tan honrosamente al valiente rey de Suecia, y que ha concebido tan injusto desprecio de esos miserables traficantes Holandeses, no habria vacilado un momento en preferir la causa del rey Carlos á la de esos miserables cabezas redondas, esos fanáticos rebelados contra su autoridad legítima.

—Tiene V. razon, señor Conde, respondió el capitán, y *ceteris paribus*, yo me sentiria bastante inclinado á ver las cosas del mismo modo. Pero acuérdome de un adagio escocés que dice que las buenas palabras no dan de comer. Despues que he llegado aquí, he sabido ya lo bastante para convencerme de que en esta crisis de disensiones intestinas un hombre de honor puede abrazar el partido que mas le convenga sin tener de qué arrepentirse. El santo de V., señor Conde, es lealtad: libertad es el de los presbiterianos. ¡Viva el Rey! gritan los caballeros: ¡viva el Parlamento! dicen las cabezas redondas. Montrose viva! es el grito de los partidarios de los Donalds: ¡Argyle Leven! es el de los Campbells. Sostened á los prelados, os dirá un obispo: pelead por los curas, esclamará un ministro del culto. Todo eso es muy bueno, escelente; pero pregunto: ¿cuál de esas cosas es la mejor? No lo sé; aunque estoy cierto de que no pocas veces he derramado mi sangre por causas de peor condicion que la mas mala de las dos de que ahora se trata.

Mas supuesto que las pretensiones de uno y otro partido le pa-

recen iguales, espíqueme V., le ruego, las razones y motivos que podrán influir en su determinacion?

—Dos consideraciones muy sencillas, señor Conde. La primera, ¿en qué bando podré yo lograr el grado mas honroso? La segunda, que es un corolario evidente de la otra, ¿cuál de los dos partidos recompensará mejor mis servicios? Y para hablar francamente, señor Conde, mi opinion en órden á la cuestion que discutimos se inclina por ahora al Parlamento.

—Dígame V.: ¿en qué se funda su dictámen? Acaso podré yo combatirlo con otras razones no menos poderosas.

—Pues V. verá que no soy sordo á las buenas razones, cuando hablan á mi honor y á mis intereses. Hé aquí, señor Conde, un ejército, si es que merezca este nombre, de valientes montañeses, reunido ó pronto á reunirse en este país agraste. V. conoce su carácter: yo no les niego ni la fuerza ni el valor; convengo tambien en que pelean con ardor, aunque á su modo; pero este es tan diferente de los usos y de la disciplina militar, como lo era en otro tiempo el de los Escitas, y como lo es aun hoy dia el de los salvajes del norte de América. Ni siquiera tienen un pífano ni un tambor para tocar la diana, la fagina, la generala, el ataque ó la retirada; y la música de sus malditas gaitas, de que tanto cacarean, es ininteligible para los oídos de un soldado acostumbrado á hacer la guerra entre naciones civilizadas. Así pues, si yo fuese tan necio que intentara disciplinar ese ejército de descamisados (1), tropezaria con el inconveniente de no entender su gerigonza. ¿Cómo podria exigir obediencia de una gavilla de hombres medio salvajes acostumbrados por instinto al mayor respeto y sumision para con los jefes de su tribu, pero que no se avendrian ni unos ni otros con el oficial asalariado que los mandase? Si yo les enseñara á formarse en batalla, estrayendo la raiz cuadrada, esto es, formando un batallon cuadrado de un número total de los soldados, ¿qué sacaria en limpio, aunque les

(1) Los montañeses de Escocia llevan una especie de zagalejo que les llega hasta las rodillas, y que ellos llaman *tresos*.

comunicase este precioso secreto de la táctica militar? Una puñalada acaso en mi coleteo, por haber puesto al frente ó á retaguardia algun Mac-Alister, algun Mac-More, ú otro Mac á quien diera la gana de estar en la primera fila. Echad perlas á marraños, y os harán pedazos.

—Yo creo, Anderson, dijo el Conde á uno de sus criados que le seguia muy de cerca, que nadie mejor que tú podrá asegurar al capitán que nos hallamos en el caso de necesitar oficiales experimentados para tropas que estarán dispuestas á aprovecharse de sus instrucciones mucho mas de lo que él se imagina.

—Con permiso de V., dijo Anderson quitándose el gorro con mucho respeto, me atreveré á decir sobre el particular que así que llegue la infantería irlandesa que estamos aguardando y debe de haber desembarcado hace algunos dias, necesitaremos sin duda oficiales instruidos para disciplinar nuestros reclutas.

—Mucho me alegraría, dijo Dalgetty, que me encargasen ese servicio. Los irlandeses son buena gente, quiero decir, muy determinados. Yo no escogeria otros soldados para formar un buen ejército. Cuando la toma de Francfort sobre el Oder, me acuerdo de haber visto una brigada irlandesa atacar con espada y lanza y poner en completa derrota las brigadas suecas azules y amarillas, que eran las mas valientes de cuantas habian peleado bajo el inmortal Gustavo. Y á pesar de que el bravo Hepburn, el valiente Lumsdale, el intrépido Monroe, con otros caballeros y yo, nos abrimos paso por otra parte á punta de lanza, si en todas hubiésemos encontrado la misma resistencia, habríamos tenido que retirarnos con grave pérdida y con muy poco provecho. Todos aquellos valientes irlandeses fueron pasados á cuchillo, como es costumbre en semejantes casos; pero no por eso dejaron de cubrirse de gloria inmortal. Así es que yo he apreciado los soldados de esa nación, despues de los de la mia bien entendido.

—Yo creo, dijo el Conde, que podria prometer á V. un grado en uno de los cuerpos irlandeses, si al cabo se resuelve V. á abrazar el partido del Rey.

—Está muy bien; pero todavía está en pié la mayor dificultad, pues aunque yo mire como una baja indigna de un soldado el no tener otra mira ni hablar de otra cosa mas que de dinero y siempre de dinero, como aquellos mercenarios *lansquenets* de Alemania, de que ya he hablado á V.; aunque yo esté pronto á sostener espada en mano, que el honor debe anteponerse á la paga: con todo, equivaliendo la paga del soldado á los servicios que presta, un hombre cuerdo y prudente debe exigir la recompensa que merecen, y saber de qué fondos se le ha de pagar. Por lo que he visto y oído, páreceme que el Parlamento maneja los caudales. En cuanto á los montañeses, se les puede contentar permitiéndoles robar ganado, segun costumbre; y por lo que hace á los irlandeses, V., señor Conde, y sus nobles compañeros podrán pagarles conforme á uso y costumbre en semejantes guerras, como quieran y cuando quieran: pero no se puede tratar de ese modo á un caballero como yo, que tiene que sostener sus caballos, criados, armas y equipaje, y que no puede ni quiere en manera alguna hacer la guerra á su costa.»

Anderson, el criado que habia hablado antes, acercándose entonces, y dirigiéndose á su amo, le dijo con ademan respetuoso: «Yo creo, señor Conde, que con permiso de V. S. puedo muy bien responder á la objecion segunda del capitán. Él desea saber con qué medios contamos para pagar nuestras tropas; y á esto puedo responder que tenemos los mismos recursos que el ejército del *Covenant*: este impone contribuciones á todo el país, segun su antojo, y saquea los bienes de los realistas. Pero si algun dia invadimos el llano al frente de nuestros montañeses é irlandeses, con espada en mano, encontraremos mas de un traidor bien cebado, cuyas riquezas mal adquiridas podrán llenar nuestras cajas y pagar á nuestros soldados. Fuera de esto, las confiscaciones lloverán como granizo, y haciendo el Rey donaciones sobre los bienes de sus enemigos á los oficiales que hayan seguido sus banderas, recompensará los servicios de estos castigando al propio tiempo á los traidores. En una palabra, el que abraza el

partido de esas malditas cabezas redondas, podrá cobrar tal vez una paga mezquina; pero el que sirva bajo nuestras banderas, está á pique de llegar á ser caballero, lord y aun conde, si sopla próspera la fortuna.

—¿Ha servido V. algun tiempo, camarada? preguntó el capitán.

—Sí, señor, un poco en estas revueltas.

—¿Pero nunca en Alemania ni en los Países-Bajos?

—Oh! no señor, respondió Anderson.

—Le aseguro á V., señor Conde, dijo Dalgetty, que su criado tiene ideas justas, racionales y naturales sobre el servicio militar. Quizás adolezcan de leves sus razones, pues me trae á la memoria aquel que quiso vender la piel del oso antes de cazarlo; pero en fin, yo echaré mis cuentas sobre este asunto.

—Así me place, señor capitán, dijo el Conde; toda la noche tiene V. de tiempo para pensarlo, porque ya estamos cerca de la casa de mi amigo, en donde no dudo será V. recibido segun mandan las leyes de la hospitalidad.

—No me disgustará eso, respondió el capitán, porque desde el amanecer no he probado mas que un pedazo de pan de centeno, que he partido con mi caballo, en términos que me he visto precisado á ajustar bien mi cinturón, pues estaba tan holgado, que temí se me cayera.»

CAPITULO IV.

En esto llegaron nuestros viajeros al pié de una sierra cubierta de majestuosos y antiguos pinos, cuyas frondosas copas reflejaban los últimos rayos del sol.

En medio de este monte se erguian los torreones, ó por mejor decir, las chimeneas de la casa á que daban el nombre de castillo, y que debia ser el término de su viaje.

Conforme al estilo de aquel tiempo, varios edificios estrechos y

elevados, que se cruzaban y se cortaban unos á otros, formaban el cuerpo principal de la casa. En los ángulos habian levantado unos pequeños torreones muy parecidos á las vasijas en que se sirve la pimienta (1), y por esto se habia dado á la casa de Darnlinvarach el pomposo título de castillo. Habia tambien allí todas las piezas necesarias á la labor, y el edificio estaba cercado de un muro de tapia de poca elevacion.

Al paso que se acercaban nuestros viajeros iban descubriendo varias obras que habian hecho recientemente para aumentar la fuerza de aquella plaza: precaucion que sin duda alguna debia atribuirse á la poca seguridad que ofrecian aquellos agitados tiempos. En la pared del cercado y en varias partes de los edificios habian dispuesto algunas troneras para el servicio de la fusilería. Todas las ventanas estaban guarnecidas de gruesos barrotes, cruzados como las rejas de una cárcel. La puerta principal estaba cerrada, y solo despues que hubieron oido los nombres de los huéspedes que iban llegando, abrieron con mucha precaucion una de las hojas de los robustos montañeses armados; los cuales, como Bitias y Panduro en la Eneida, parecian dispuestos á defender la entrada contra cualquier enemigo que quisiese penetrar por ella.

Tambien advirtieron, al entrar en el patio, otros preparativos de defensa, varios tablados colocados á lo largo de las paredes para facilitar el uso de las armas de fuego, y un falconete montado sobre la azotea de cada uno de los torreones.

Varios criados, unos en traje de montañeses, y otros vestidos como los labriegos de las tierras bajas, salieron al instante de la casa y se presentaron á los forasteros, los unos para guardar las caballerías y meterlas en la cuadra, y los otros para presentar los recién llegados á su señor. Pero el capitán Dalgelty no quiso fiar á ninguno de ellos el cuidado de su caballo.

(1) En Inglaterra, por supuesto; pues allí se sirve la pimienta en unas botellitas redondas y largas cubiertas con una tapa de plata agujereada para que la pimienta calga poco á poco.

«Yo tengo la costumbre, amigos míos, de guardar á mi Gustavo, que este es el nombre que le he dado en memoria de mi invencible amo. Somos amigos antiguos, compañeros de viaje: y como á cada instante he menester de sus piés, está muy puesto en razon que le sirvan mis brazos cuando los necesita.» Y sin mas ni mas tomó el camino de la cuadra con su bucéfalo.

Menteith y sus criados no fueron tan mirados con sus caballerías, y entregándolas á los criados, entraron en la casa. En un zaguanoscuro y abovedado se veía un gran tonel de cerveza, junto la cual habia dos ó tres vasos de palo para los viajeros que querian apagar la sed. Menteith cogió uno, dió una vuelta á la espita, le llenó, vació sin ceremonia su contenido, y diólo en seguida á su criado. Anderson siguió el ejemplo de su amo, pero antes lo lavó con un poco de cerveza, que tiró al suelo.

—«¿Qué diablos está haciendo! exclamó Donald, viejo montañés que servía en la casa mas hacia de medio siglo. ¿Porqué no ha de beber despues de su amo sin lavar la taza y sin echar á perder nuestra cerveza? ¡Vaya enhoramala el señorito!

—Yo me he criado en Francia, respondió Anderson, y en aquella tierra nadie bebe en el vaso en que otro acaba de beber, como no sea una linda muchacha.

—¡Satanás cargue con esos melindres! replicó Donald: si la cerveza es buena, ¿qué importa que las barbas de otro la hayan tocado antes que las vuestras?» El compañero de Anderson bebió en seguida sin tanta ceremonia como la que habia dado lugar al arranque de Donald, y ambos siguieron á su amo á una sala abovedada que servía á un mismo tiempo de estrado y de comedor. La pieza estaba alumbrada con la llama de la leña que ardía en un enorme hogar colocado en un extremo, y que no estaba por demás ni aun en medio de la capícula, á causa de la humedad de la estancia. Veinte ó treinta broqueles, otros tantos *claymores* (1), cuchillos de monte, fusiles, lanzas, hachas, arcos, cascós, espaldares y otras armaduras de varias especies adornaban las pare-

(1) Así llaman sus sables los montañeses de Escocia.

des, donde estaban colgadas indistintamente, y habrían dado en que divertirse por espacio de un mes á los individuos de una moderna sociedad de anticuarios. Mas en la época de que hablamos, la vista estaba tan familiarizada con estos objetos, que no podían llamar la atención.

Sobre una mesa de encina toscamente labrada puso el anciano Donald leche, mantequillas, queso de leche de cabras, un jarro de cerveza y un frasco de *usquebaugh* (1), y convidó á Menteith con este parco desayuno mientras llegaba la hora de comer. Otro criado hacia los mismos preparativos al otro extremo de la mesa para los dos sirvientes del Conde: porque en aquel tiempo los criados comían á la misma mesa que sus amos, sea cual fuese la clase de estos; y la diferencia entre unos y otros se conocía al momento con solo ver el lado de la mesa que ocupaban. Entretanto el Conde se había llegado á la lumbre y estaba sentado bajo la campana del hogar, y sus dos criados permanecían en pié á distancia respetuosa.

«Anderson, dijo el Conde, ¿qué te parece de nuestro compañero de viaje?»

—Paréceme hombre valiente y experimentado. ¡Ojalá tuviésemos una docena de oficiales como él para que se encargaran de nuestros reclutas de Irlanda!

—Yo no pienso como tú, Anderson; considero á ese perillan como una sanguijuela que, habiéndose atracado de sangre en países estraños, viene ahora á engordar con la de sus compatriotas. Semejantes mercenarios son la deshonra de la profesion militar. Ellos son causa de que el nombre escocés sea poco apreciado en Europa, y de que se nos mire como gente de poco valer, sin honor ni principios; que no piensa sino en la paga que recibe; que siempre está pronto á mudar de bandera segun sus intereses; y cuya sed de saqueo no se mitiga jamás. A los hombres de ese temple debemos atribuir nuestras disensiones domésticas que nos hacen dirigir las armas contra nuestro propio seno. Al

(1) Licor fuerte que fabrican los montañeses.

oir la historia de ese espadachin, cuyo brazo está de venta, me costó tanto contener el justo desprecio que me inspiraba, como la risa que me provocaba su desvergüenza.

—Perdone V. S., señor Conde, respondió Anderson, si me atrevo á rogarle que á lo menos en las actuales circunstancias disimule cuanto pueda su generosa indignacion. Por desgracia no podemos llevar á cabo nuestra gloriosa empresa sin el auxilio de algunos cooperadores impulsados por motivos menos nobles que los nuestros; y fuerza es confesar que poco ó, mejor diré, nada podemos sin el socorro de personas semejantes á nuestro amigo el capitán.

—Harto lo veo: tendré que disimular cuanto me sea posible, á pesar de que me alegrara de que se lo llevase el diablo.

—Acuérdese V. S., señor Conde, que para curar la herida hecha por un escorpion es menester despachurrar otro sobre la llaga..... Mas chiton, no sea que nos oigan.» En esto vieron entrar en la sala y acercarse á la mesa á un montañés completamente armado, que por su grave talante y las plumas que adornaban su sombrero, parecia ser de clase elevada.

—«¿Cómo va, Allan? preguntóle el Conde.»

Allan no respondió una palabra.

«No hay que hablarle ahora,» dijo en voz baja el anciano Donald.

El montañés se acercó á la lumbre, se echó sobre un banco, fijó la vista en el hogar, y parecia hallarse sumergido en profundas meditaciones. Sus ojos negros y torvos, sus facciones agresivas, sus trazas de entusiasta, denotaban un hombre embebido en sus reflexiones y que hacia poco caso de las cosas esternas. Su aspecto severo y lúgubre, efecto sin duda de una vida solitaria y ascética, hubiera podido atribuirse en un habitante de las tierras llanas al fanatismo; pero en aquel tiempo rara vez se veian acometidos los montañeses de esta enfermedad moral, tan comun entonces en toda la Gran Bretaña: prevalecian sin embargo entre ellos ciertas supersticiones que les eran peculiares, y que

ofuscando á menudo su razon, producian en ellos el mismo efecto que el puritanismo en sus vecinos.

«No conviene, repitió Donald á Menteith en voz baja, que V. S. hable por ahora á Allan, porque se halla entregado á uno de aquellos rebatos que suelen perturbar su razon.»

El Conde le dió á entender que comprendia lo que queria decirle, y no hizo por entonces alto en el montañés.

Este se levantó repentinamente, y dirigiéndose á Donald: «¿No habia yo anunciado, dijo, que habian de venir cuatro personas? ¿Cómo no veo mas que tres?»

—Lo has dicho, Allan, respondió el anciano, y no te equivocaste. El cuarto ha llegado tambien, está en la cuadra, cubierto de hierro de piés á cabeza como una tortuga dentro de su concha. ¿Deberé ponerle la silla cerca del señor Menteith, ó al extremo de la mesa junto á esos valentones?»

El Conde respondió á esta pregunta haciéndole seña de que le pusiese á su lado.

«Héle aquí que llega, añadió Donald viendo entrar á Dalgetty en la sala. Espero, señores, que probarán Vds. un pedazo de pan y queso para llamar el apetito, como decimos en nuestra tierra, en tanto que se prepara la comida y que el tierrach (1) vuelve del norte con sus amigos del mediodía. Cuando llegue esa ocasion, verán si Donald sabe preparar un buen plato de caza.»

Entretanto, habiendo entrado el capitán en la sala, se acercó á Menteith, apoyándose en el respaldar de la silla que le habian preparado junto á la que estaba destinada para el Conde. Anderson y su camarada aguardaban respetuosamente al otro extremo de la mesa que su amo les mandara sentarse; y tres ó cuatro criados, á las órdenes del mayordomo Donald, estaban de pié para servir á los forasteros.

En esto levantóse Allan por segunda vez, y cogiendo un ve-

(1) Título que se da á los gefes de una tribu entre los montañeses de Escocia.

lon que estaba sobre la mesa, le acercó á la cara de Dalgetty, y consideró todas sus facciones con la mayor atencion.

«Seguramente, dijo el capitán meneando la cabeza luego que Allan hubo concluido su exámen, que si este atrevido y yo nos volvemos á ver las caras, no dejaremos de conocernos.»

Allan, sin darse por entendido, se dirigió al otro extremo de la mesa, y habiendo examinado con el mismo velon á Anderson y á su compañero, permaneció un momento como absorbido en sus meditaciones; y dándose en seguida una palmada en la frente, cogió á Anderson del brazo, antes que este pudiera oponerle la menor resistencia, le llevó á la cabecera de la mesa, ó por mejor decir le arrastró, y le hizo seña que se sentase en la silla preparada para Dalgetty; y agarrando á este igualmente por el brazo, sin gastar mas ceremonias le empujó precipitadamente hácia la parte inferior de la sala.

Irritado de semejante proceder, el capitán quiso resistir; pero aunque era vigoroso, sus fuerzas no tenían comparacion con las del gigante montañés, el cual le rempujó con tanta violencia, que fué á medir el suelo cuan largo era, retumbando toda la sala con el ruido de sus armas. Apenas se levantó, su primer movimiento fué desenvainar el sable y correr hácia Allan; mas este cruzando los brazos sobre el pecho, parecia aguardar el ataque con desdeñosa indiferencia. Los montañeses que se hallaban presentes agarraron la primera arma que les vino á las manos, de las que estaban colgadas en la pared; y el señor Menteith se apresuró á contener al capitán.

«Es loco, le dijo en voz baja; es loco rematado; y V. no le iria en zaga si intentara reñir con él.

—Si V. me asegura, respondió Dalgetty, que no es *mentis compos*, como lo dan á entender sus trazas y su conducta, es negocio concluido; porque un loco no puede agraviar á nadie, ni debe á nadie satisfaccion. Mas le aseguro á V. que ha sido una fortuna para él encontrarme en ayunas y sin mis dos pistolas en el cinto. Es lástima que haya perdido el juicio, pues parece hombre

robusto y capaz de manejar la lanza, el morgenstern (1) y cualquiera otra especie de armas.»

Restablecido el sosiego, sentáronse á la mesa, y el capitán tomó el puesto que al principio se le había destinado. Allan se sentó en un banco junto á la lumbre, absorto en profunda meditación, y ya no pensó mas en turbar el órden. Menteith, queriendo borrar la memoria de lo que acababa de pasar, dió otro giro á la conversacion; dirigiéndose al anciano montañés, le dijo: ¿Con qué el laird (2), amigo Donald, está en el monte con algunos amigos?

—Sí, señor Conde, sí; en el monte con dos caballeros sajones, es decir, con los señores Miles Musgrave y Cristóbal Hall, naturales ambos de Cumraig (3), que así llaman su país.

—¡Hall y Musgrave! dijo el Conde echando una mirada á Anderson: cabalmente son los mismos que deseábamos ver.

—Por lo que á mí hace, replicó Donald, quisiera no haberlos visto jamás, pues no traen otro objeto que el de arruinar la casa.

—¿Qué estás diciendo, Donald? En verdad que no te alcanzo, pues no sueles tú ser tan avaro de tu despensa y de tu bodega. Aunque son ingleses, cuenta que no te comerán todo el ganado que pase por esas colinas.

—¡Lléveme el diablo si me atosigo por lo que comerán! Aunque tragaran todas nuestras provisiones, no por eso moriríamos de hambre: aquí tenemos montañeses esforzados que no consentirán que perezcamos de necesidad mientras pазca una vaca ó un

(1) Era una especie de maza ó clava muy usada á principios del siglo XVI, para defender las brechas y las murallas. En cierta ocasion en que los Alemanes haciendo burla de unos escoceses sitiados entonces en Stralsund, les dijeron que sabian que les llegaría de Dinamarca un navío cargado de pipas, uno de nuestros soldados, dice el coronel Roberto Monro, les mostró desde encima de los muros un morgenstern de palo como el mango de una alabarda, que terminaba en una bola con puas de hierro, diciéndoles: «Hé aquí una de las pipas con que os hemos de romper los cascos cuando daréis el asalto.

(2) Título que se da en Escocia á los señores de segundo órden.

(3) Los montañeses de Escocia dan á los ingleses el nombre de Sajones ó *Saschnachs*; y al condado de Cumberland le llaman *Cumraig*.

carnero en los llanos. No es eso, señor, no es eso lo que me trae desazonado: es otra cosa muy distinta á fé mia; ni mas ni menos que una apuesta.

— ¡ Una apuesta ! repitió el Conde admirado.

— Sí, por vida mia, dijo Donald, el cual no tenia menos gana de contar lo que sabia, que el Conde de escucharlo. Como su señoría es amigo de la casa, y lo que voy á decir lo ha de saber antes de una hora, tanto vale que yo se lo diga desde luego. Sepa pues su señoría que la última vez que el laird fué á Inglaterra, cosa que repite con mas frecuencia de lo que quisieran los que bien le desean, comió un dia en casa del señor Miles Musgrave, en cuya mesa habia seis candeleros que, segun cuentan, son el doble mayores que los que se ven en la iglesia de Dumblane, y no eran, señor Conde, ni de hierro ni de cobre, sino de buena y hermosa plata maciza: de modo, que todos comenzaron á chancearse y á decir al laird que en su pobre país no se encontrarían semejantes riquezas. El laird se picó, como era natural, y queriendo sostener el honor de su país, juró como buen escocés que en su castillo los habia mayores y mas preciosos que los que pudiesen verse en Cumraig.

— ¡ Admirable arranque de patriotismo ! dijo Menteith.

— Así es, señor. ¡ Ojalá el laird se hubiese mordido la lengua ó cerrado la boca antes que soltarla tan inconsideradamente; pues ha de saber su señoría que si se le cuenta á un sajón cualquier cosa extraordinaria, zas! al instante encaja su apuesta tan pronto como un albéitar echa una herradura á un caballo. Fuerza le fué al laird retractarse ó aceptar una apuesta de trescientas libras; y así lo hizo, pues es mengua ceder á los sajones. Ahora ¿ qué se hace? Ahí está la dificultad; y yo estoy en que por esta causa tarda tanto el laird.

— A fé mia, Donald, dijo el Conde, que segun las noticias que conservo de la vajilla que tiene en casa, recelo que tu amo pierda la apuesta.

— ¿ Su señoría lo recela y no mas? Por mis barbas, que pudiera

jurarlo sin temor de mentir. Pero ¿dónde se encuentra dinero para pagar? Aunque vaciara veinte bolsas como la suya, no reuniera lo suficiente. Yo le he aconsejado que eche á los dos sajones con sus criados en el pozo, y que los tenga allí hasta que anulen por acto espontáneo la apuesta: mas no quiere que se le hable de tal negocio.»

En esto se levantó súbitamente el iracundo Allan, acercóse á la mesa, é interrumpió la conversacion diciendo á Donald con ojos torvos: «¿Cómo tienes la osadía de dar á mi hermano un consejo tan infame? ¿Cómo tienes valor para decir que perderá esa apuesta y las demás que le diere la gana de hacer?»

— Eso no, Allan, respondió el anciano; conozco que no le toca al hijo de mi padre contradecir al hijo del vuestro: ¡ojalá el laird ganara la apuesta! Pero me consta, ó el diablo me lleve, que no hay en su casa un solo candelero ú otra cosa que se le parezca, á no ser los dos mecheros viejos de hierro clavados en la pared de la chimenea, que sirven desde el tiempo del laird Kenneth, y las dos palmatorias de estaño que vuestro padre mandó hacer habrá cosa de treinta años al hojalatero Willie. En cuanto á vajilla, que me maten si he visto nunca otra en casa que la taza vieja de vuestra difunta madre, y aun á esa le falta una asa.

— ¡Calle el viejo! dijo Allan con airado gesto; y ustedes, señores, si han concluido ya, váyanse á otro cuarto para que yo pueda preparar este para el recibimiento de nuestros huéspedes sasenaches.

— Vamos, vamos, dijo Donald á Menteith retirándole por el brazo y echando una ojeada á Allan: ya os dije que está hoy de camorra, y que no se le debe replicar.»

El Conde se levantó de la mesa inmediatamente; el capitán hizo otro tanto; el viejo Donald los condujo á una pieza inmediata, y los dos criados del Conde siguieron á los otros montañeses que se fueron á la cocina.

CAPITULO V.

Apenas el Conde y su compañero hubieron entrado en el aposento á donde les habian conducido, cuando llegó Augur Mac-Aulay, el dueño de la casa, con sus dos amigos. Las demostraciones de júbilo fueron generales y recíprocas, porque el Conde conocia perfectamente á los dos ingleses; y el capitán Dalgetty, presentado por aquél, fué bien acogido por el laird: mas despues que se hubieron sosegado estos primeros movimientos de entusiasmo, el Conde no pudo menos de advertir que el semblante del montañés denotaba alguna pesadumbre.

«Ya habrá V. sabido, dijo Cristóbal Hall, que todos nuestros proyectos de Cumberland van de caida; nuestras milicias no han querido entrar en Escocia, y los partidarios del Covenant en los condados del Mediodía están dotados de tan delicadas narices, que todo lo rastrean: así pues, discurriendo que no nos faltará que hacer aquí, Musgrave y yo, en vez de estarnos con los brazos cruzados en nuestro país, hemos venido á hacer á VV. compañía.

—No dudo que traerán VV. consigo tropas, armas, municiones, y sobre todo dinero, dijo el Conde sonriéndose.

—Solo unos cuarenta hombres, que hemos dejado en un lugar inmediato, respondió Miles Musgrave; y con harto trabajo hemos podido recabar de ellos que llegasen hasta allí.

—En cuanto á dineros, dijo el otro, no es cosa mayor el que traemos; pero contamos recibir una corta cantidad de nuestro honrado huésped.»

Frunció el gesto el laird al oír estas palabras, y llamando aparte al Conde, le dijo que casi le daba vergüenza noticiarle una apuesta loca que habia hecho. En seguida iba á contarle todos los pormenores, cuando el Conde, conteniendo un poco la risa, le replicó: «Ya lo sé: Donald me lo ha contado todo.»

— ¡Lleve el diablo á ese viejo hablador ! exclamó Mac-Aulay : no puede callar , aun cuando se tratare de la vida de un hombre ; pero estoy persuadido , señor Conde , de que V. no tomará á chanza un asunto como este . Yo cuento con su asistencia , como amigo de nuestra familia , para que me ayude á pagar en esta ocasion , prestándome una buena parte de la cantidad que necesito para satisfacer á esos sasenaches ; porque si os he de hablar con franqueza , mas quisiera abrazar el partido de esos perros cabezas redondas , que dejar de saldarles la cuenta á esos dos sajones ; y aun así no quedo muy contento , porque no se me oculta que van á reirse á costa mia .

— Os ruego que creais , querido primo , respondió Menteith , que por ahora no tengo mas dinero que el preciso : mas contad con que haré cuanto me sea dable para ayudaros , en obsequio de nuestro parentesco y amistad .

— Muchas gracias , lo agradezco mucho , respondió Augur apretándole la mano : además , que ese dinero se empleará en el servicio del Rey : ¿ y qué importa que salga de su bolsillo , del mio ó del vuestro ? Todos somos hijos de un mismo padre , segun veo ; pero es indispensable que me ayudeis á salir de este apuro , sin lo cual , como ya llevo dicho , me marchó de corrida á tomar partido en el ejército del Covenant : nunca podré tolerar la idea de tener que sentarme á la cabecera de mi mesa para ser mirado como un fanfarrón ó como un embustero , cuando en Dios y en mi conciencia no tuve mas intencion que la de sostener el honor de mi país .»

Donald llegó cuando Augur acababa de hablar , y en vez de mostrarse con semblante triste y melancólico á causa de la apuesta que su amo tenia que pagar , se presentó con aire alegre y casi triunfante .

« Señores , dijo , la comida está servida : y levantando la voz con énfasis , añadió : y los candeleros están en sus respectivos sitios .

— ¿ Qué diablos está charlando ese viejo ? » dijo Musgrave mirando á su camarada .

Los ojos del Conde hacían esta pregunta en el mismo instante á Mac-Aulay, el cual no respondió sino con un movimiento de cabeza que denotaba su tristeza. Una disputa de cortesanía sobre la precedencia les retardó algun tanto. En atención á que se hallaba en su país, en casa de unos amigos, y casi en su propia familia, el Conde insistió en ceder el asiento que por su calidad le correspondía. Por consiguiente, los dos ingleses entraron los primeros en la sala del festin, en donde se hallaron sorprendidos con un espectáculo inesperado. La gran mesa de roble estaba cubierta de toda especie de manjares; al rededor habia las correspondientes sillas para los convidados, y detrás de cada una de ellas estaba plantado un robusto montañés de alta estatura, completamente armado y equipado al uso del país, aguantando con la mano derecha un sable desenvainado con la punta hácia el suelo, y con la izquierda una antorcha de pinabeto encendida, que daba una luz muy resplandeciente. Este árbol, que crece en los pantanos, está tan cargado de resina, que cuando seco los montañeses se sirven de sus ramas encendiéndolas á modo de velas. Este espectáculo imprevisto y enteramente nuevo era mas imponente por la luz rojiza que despedían las antorchas, y que daba mayor realce á la rústica fisonomía, al traje particular, y á las resplandecientes armas de los montañeses.

Antes que los dos forasteros se hubiesen recobrado del asombro que les causó tan estraña vision. Allan Mac-Aulay se acercó á ellos, y mostrándoles los hombres que aguantaban las antorchas, les dijo en voz gráve y concentrada: «Vean VV., señores, los candeleros de la casa de mi hermano, los que convienen á la antigüedad de nuestra familia; ninguno de esos hombres conoce otra ley que las órdenes de su jefe: ¿se atreverian VV. á compararlos con el oro mas puro que pudiera estraerse de una mina? ¿Qué dicen VV. de eso? ¿Está perdida ó ganada la apuesta?»

—Perdida, perdida, gritó alegremente Miles Musgrave; mis candeleros de plata han sido derretidos, y á la hora esta están á caballo en el lugar inmediato; y ¡ojalá los bribones que he alis-

tado con su importe valiesen la mitad de lo que valen esos hombres honrados. En el momento vais á quedar satisfecho, añadió dirigiéndose á Mac-Aulay: esta sangría debilitará los fondos de Hall, que no andan muy sobrantes; pero no hay remedio, es menester ante todo pagar las deudas del honor.

—La maldicion de mi padre caiga sobre su hijo, exclamó Allan, si recibiere de V. ni siquiera un maravedí. Basta que V. conozca que no tiene derecho de exigir tampoco cosa alguna.»

El Conde fué del mismo parecer. Mac-Aulay dijo que todo era chanza, y que no habia para que hablar mas del asunto: y despues de haber insistido algun tanto por politica, los dos ingleses se dejaron persuadir.

«Ahora, amigo Allan, dijo Mac-Aulay, haced que vuestros candeleros se retiren. Despues de haberlos visto esos señores, no me cabe duda que preferirán comer á la escasa luz de nuestros velones, que dejarse ahumar como si fuesen pernils.» Allan hizo una seña, y los candeleros vivos, levantando sus sables y echándolos al hombro, se retiraron en buen orden, y dejaron á los huéspedes en la agradable tarea de la cena para que se habian reunido.

Aunque el buen apetito de los ingleses habia dado origen á ser proverbio en Escocia, el capitán Dalgetty, por su prodigiosa voracidad, dejó muy atrás á todos los que se hallaban entonces en el castillo de Darlinvarach, no obstante el fuerte ataque que habia dado á lo que se les ofreció á su llegada. Ni siquiera habló una palabra mientras duró la cena, y solo cuando comenzaron á quitar la mesa, esplicó á la compañía, que admiraba sus proezas, por qué motivo comia siempre de prisa y mucho.

«Esta costumbre, dijo, se me pegó en el colegio de Mareschal en Aberdeen, cuando ocupaba un asiento en la mesa de los escolares, en la cual si no movíamos los carrillos con tanta prontitud como las castañuelas, quedábamos condenados á la inaccion. Por otro lado, esta honrada compañía no puede ignorar que es obligacion de un comandante de plaza hacer entrar en ella, si se pre-

senta ocasion, cuantos víveres y municiones pueden contener sus almacenes, á fin de estar prevenido contra los riesgos de un sitio ó de un bloqueo. Segun este principio, señores míos, cuando un soldado encuentra buena y abundante bucólica, debe llenarse, si es prudente, para tres dias á lo menos, á fin de precaverse contra el hambre que tal vez le amenace.»

Augur Mac-Aulay dijo que este raciocinio era muy fundado, y exhortó al veterano que añadiese á las provisiones que ya habia acopiado una botella de vino y un poco de aguardiente; proposicion que el capitán admitió gustoso.

Levantada la mesa y retirados los criados, escepto uno que parecia paje del señor Menteith, que se quedó detrás de su silla para recibir las órdenes de los convidados, mandar traer lo que pudieran necesitar, y en una palabra, para servir de campanilla (invencion que aun no era conocida), la conversacion recayó sobre la política y sobre la situacion interior del país. El Conde preguntó si era de esperar que se reuniesen muchas tribus á la causa del Rey.

«Ante todo es preciso saber quien dará el grito, dijo Augur: todo depende de eso; pues ya sabeis, señor Conde, que los montañeses no nos sometemos fácilmente á un jefe elegido de entre nosotros mismos, y que rara vez obedecemos al primero que se presenta. Es verdad que se asegura que Colkitto, esto es, el jóven Colkito, ó Alaster Mac-Donald, ha desembarcado de Irlanda á la cabeza de un cuerpo de tropas del condado de Antrim, y que ya ha llegado á Ardnamurchan, que á ser verdad, ya á estas horas debería estar aquí; pero es probable que se entretenga de paso en saquear el país.

—Entonces, dijo el Conde, ¿no podria Colkitto servirnos de jefe?

—¡Colkitto! exclamó Allan Mac-Aulay con desden. ¿Quién habla de Colkitto? Solo conozco á un hombre á quien podemos reconocer por jefe, y ese es Montrose.

—Pero habeis echado en olvido, dijo Miles Musgrave, que no se ha oido hablar de Montrose despues que se frustró el proyecto

de insurreccion que se intentó alzar en Cumberland, y que hay quien asegura que ha vuelto á Oxford para tomar de nuevo las órdenes del Rey.

—¿A Oxford? dijo Allan con sonrisa desdeñosa: solo yo pudiera decirlo en donde se halla en este momento; pero ya se sabrá antes de mucho.

—Por vida mia, Allan, dijo el Conde, que estais hoy intratable; pero ya sé el porque, añadió sonriéndose: no habeis visto todavía á Anita Lyle.

—¿A quién? preguntó Allan en tono desabrido.

—A Anita Lyle, la amable tocadora de arpa, la reina de los trovadores.

—¡Permita Dios que no vuelva á verla jamás, con tal que la misma sentencia recaiga sobre vos!

—¿Y por qué sobre mí? preguntó el Conde con indiferencia.

—Porque está escrito en vuestra frente que tú causarás su perdicion y ella la tuya.»

Diciendo estas palabras se levantó de la mesa y desapareció.

«¿Hace mucho que está de ese temple? preguntó el Conde á Mac-Aulay.

—Unos tres dias, respondió este; pero va menguando su hipocondría, y mañana estará mejor. Ea, señores, no dejen VV. olvidar los vasos: bebamos á la salud del Rey, á la salud del rey Carlos; y que los perros cabezas redondas que rehusen beber á su salud, se vayan al diablo por el camino de Gnass-Market (1).»

Los vasos se llenaron y vaciaron en un instante, y se echaron otros brindis, todos inspirados por el espíritu de partido. El capitán Dalgetty no olvidó ninguno, pero creyó conveniente hacer una protesta.

«Señores, dijo, yo echo todos esos brindis con gusto, lo uno por respeto á esa ilustre compañía y á la buena acogida que en ella se me dispensa, y lo otro porque me parece ocioso echarla de rigorista *inter pocula*; pero protesto que, segun el tratado

(1) Así se llama la plaza en donde se ejecutan las sentencias en Edinburgo.

que he concluido con ese ilustre señor Conde , yo seré dueño , á pesar de este acto de deferencia , de abrazar mañana el partido del Covenant si me diere la gana .»

Mac-Aulay y los dos ingleses fruncieron las cejas al oír semejante declaracion , la cual hubiera podido traer consecuencias desagradables si , tomando el Conde la palabra , no hubiese referido de qué modo habia tropezado con Dalgetty y lo que habia pasado entre ellos. «Confío sin embargo , añadió , que lograremos atraerle á nuestro partido.

—Si así no fuere , dijo Mac-Aulay , yo protesto tambien como dice el capitán , que nada de lo que ha pasado aquí esta noche , ni mi pan , ni mi sal que él ha comido , ni mi aguardiente , ni vino y mi *usquebaugh* que ha bebido , no impedirán que le rompa los caseos.

—Yo le perdono á V. el daño que haga á mi cabeza , dijo el capitán , con tal que mi sable pueda defenderla : ya lo ha hecho otras veces en riesgos mas apurados que los que yo pudiera correr con V.»

Fué necesaria la intervencion de Menteith para que la disputa no traspasara los límites de lo vedado ; y habiéndose restablecido la concordia , aunque no sin trabajo , la sancionaron con nuevas libaciones. El Conde fué el primero que se levantó de la mesa , y pretestando la fatiga del viaje , pidió licencia para retirarse mas pronto de lo que solian los habitantes del castillo.

Lo mismo hizo el capitán , aunque con dolor de su corazón ; porque entre los hábitos que habia contraído en los Países-Bajos , no era el menos recomendable el de beber una cantidad prodigiosa de cerveza , vino y licores espirituosos , sin que le causara incomodidad notable.

El mismo Mac-Aulay condujo á sus huéspedes á una especie de dormitorio en forma de galería , en donde se veía una cama con cuatro pilares y no muy ricas colgaduras , y en el que la pared presentaba en toda su longitud una serie de camas armadas de tablas trabadas en forma de cajón , tres de las cuales lle-

nas de breso verde con sábanas y mantas, habian sido preparadas para el capitan y los dos criados del Conde.

« Ocioso parece daros cuenta de nuestros usos, dijo Mac-Aulay al Conde llamándole aparte. Yo no debiera hacer dormir á vuestros criados en vuestro mismo cuarto; pero no he querido dejaros solo con ese panduro aleman, á quien nadie conoce. Os aseguro, señor Conde, que en los tiempos en que vivimos, tal se acuesta con el gazzate sano y entero que á la mañana siguiente lo tiene mas abierto que una ostra.

—Gracias, le dijo el Conde; cabalmente lo habeis dispuesto como yo deseaba. No porque yo tema la menor violencia del capitan Dalgetty, sino porque Anderson merece toda mi confianza: es un mozo apreciable, y estoy contento de tenerle á mi lado.

—No he reparado en él, dijo Augur. ¿Le habeis tomado á vuestro servicio en Inglaterra?

—Sí, respondió el Conde: ya le vereis mañana; entretanto, os deseo buenas noches. »

Mac-Aulay le apretó la mano y se volvió hácia el capitan para hacerle el cumplimiento de costumbre al despedirse. Mas este habia encontrado sobre una mesa un jarro de aguardiente que llamaba toda su atencion; y no queriendo el laird interrumpirle en accion tan loable, se retiró sin mas ceremonia.

CAPITULO VI.

Los dos criados del Conde llegaron en el mismo instante en que Mac-Aulay acababa de retirarse. El valiente capitan, que estaba sobradamente repleto, no pudiendo sin mucha dificultad desatar las presillas de su armadura, dirigió á Anderson las palabras siguientes, interrumpidas por algunos eructos. « Anderson, mi amigo, mucho me temo que tendré que dormir con mi armadura á cuestras, como lo hicieron tantos hombres de bien

que nunca despertaron, si tú no puedes desabrocharme esta hebilla.

—Desátale su armadura, Sibbald, dijo Anderson al otro criado.

—¡ Por san Andrés, exclamó el capitán mirando al Conde entre enojado y sorprendido, hé aquí un perillan que me hace gracia! ¡ Un atrevido que viste librea y que acaso ganará cuatro libras al año, desdeña servir al ritmeister Dugald Dalgetty de Drumthwacket, que ha estudiado humanidades en el colegio de Mareschal en Aberdeen, y que ha servido á casi todos los príncipes de Europa!

—Capitán, dijo el Conde que parecia destinado á hacer aquel día el papel de pacificador, es necesario que V. sepa que Anderson no sirve á otro que á mí. Pero yo mismo ayudaré gustoso á Sibbald á desatar vuestra armadura.

—No señor, exclamó Dalgetty; nunca consentiré que V. S. se tome ese trabajo, aunque por otra parte no seria malo que V. S. aprendiera como se pone y se quita una buena armadura. La mía se ajusta como un guante, pues entra y sale con la mayor facilidad. Solo que esta noche, aunque no estoy *ebrius*, me encuentro, segun dicen los clásicos, *vino ciboque gravatus*.»

En el entretanto, habiéndole Sibbald desembarazado de sus armas, arrimóse el capitán á la lumbre, y empezó á reflexionar con la seriedad de un borracho sobre los varios acontecimientos de aquella noche. El carácter de Allan Mac-Aulay era lo que mas llamaba su atención. « Es feliz ocurrencia, dijo, reemplazar seis candeleros de plata con doce mocetones corpulentos y sin faldas. Confieso que ha sido un engaño muy discreto, y ¡ todavía dirán que ese hombre es loco! Se me hace muy duro creerlo, señor Conde; y á pesar del honor que le cabe en ser pariente de V. S. no sé quien me detiene de echar mano á un garrote para reparar el insulto que me ha hecho, ó si debo ofrecerle el sable ó la pistola, como á persona que está en su juicio.

—A pesar de que es sobrado tarde, respondió el Conde, si V.

quiere oír una historia bastante larga, desde luego echará V. de ver que las circunstancias del nacimiento de Allan bastan por sí solas para explicar la estravagancia de su carácter, y fuerza le será á V. confesar que no debe exigir de él la satisfaccion que pretende.

—Una historia larga, señor Conde, despues de una buena cena y de una botella de aguardiente, es lo mejor que hay en el mundo para conciliar blando sueño; y si V. S. quiere tomarse el trabajo de contar la que ofrece, yo estoy dispuesto á oirla con atención y paciencia.

—Anderson, dijo el Conde, y tu Sibbald, acercaos á la lumbre y sentaos; porque no será por demás que conozcais á Allan, para que sepais como habeis de portaros con él en lo sucesivo.»

Viendo el Conde que ya tenia auditorio, sentóse sobre la orilla de su cama en frente del hogar. A su lado se colocaron sus criados, mientras que el capitan, despues de haberse limpiado los bigotes que aun tenia empapados en aguardiente, se echó sobre una de las camas que estaban preparadas, y escuchó al Conde á su sabor entre dormido y despierto.

«El padre de los dos hermanos Augur y Allan Mac-Aulay, dijo el Conde, era hidalgo, jefe de una tribu de montañeses, y habia casado con una mujer de familia honrada, si me es lícito decirlo así, pues que era mi parienta. Su cuñado, jóven valiente y emprendedor, alcanzó del rey Jacobo VI el empleo de celador de los sotos Reales en una estension de territorio harto considerable, al rededor de su castillo; y en el ejercicio de su empleo cúpole la mala suerte de tener una reyerta bastante acalorada con algunos de los montañeses que viven del pillaje, y de quienes creo, señor capitan, que ya ha oído V. hablar.

—¿Quién lo duda? dijo el capitan haciendo un esfuerzo para responder. Antes que yo dejase el colegio de Mareschal en Aberdeen, Dugald Garn y Farguharson hacian ya mil diabluras en el país de Garioch y hácia el Dee, y los Gnantes y los Camerones saqueaban las comarcas de los Morays y Gordons. Desde en-

tonces acá he visto los Corbatas (1) en Panonia, los Panduros en Transilvania, los Cosacos en las fronteras de Polonia, y vagamundos y salteadores de caminos en todos los países de Europa: con que fácilmente creerá V. S. que puedo formar una idea bastante clara y distinta de lo que son montañeses sin calzones.

—La tribu con la cual estaba indispueto el tío materno de los Mac-Aulays, prosiguió el Conde, se componia de foragidos, á los cuales se habia dado el epíteto de *Hijos de la niebla*, á causa de su vida errante por entre montes y precipicios. Era gente grosera intratable, sin morada fija, abandonada á todas las pasiones á que se entregan los hombres incultos, y sedienta sobre todo de venganza. Los malvados acecharon todos los pasos del infeliz celador de montes, le sorprendieron una tarde en la caza sin comitiva y le asesinaron despues de los tratamientos mas atroces. Habiéndole despues cortado la cabeza, resolvieron por bravata llevarla al castillo de su cuñado. El laird se hallaba ausente cuando llegaron; y no atreviéndose su mujer á negarles la entrada, mandó que les dieran de comer. Habiendo salido un instante fuera del aposento el ama de la casa, mientras ellos estaban á la mesa, cogieron la cabeza de su hermano, que habian llevado envuelta en una manta, colocáronla sobre la mesa, le metieron un pedazo de pan en la boca, diciéndole con mofa cruel que debia tener buen apetito al cabo de veinte y cuatro horas que no habia probado nada; y este fué el primer objeto que vió su desdichada hermana cuando abrió la puerta para volver á entrar. Dió un horrible grito, huyó con la velocidad del rayo, y corriendo despavorida por los campos, desapareció.

Los asesinos, satisfechos de su horrendo triunfo, se retiraron sin cometer mas excesos; y luego que los criados se recobraron del susto, buscaron por todas partes á su infeliz ama, pero no pudieron dar con ella. A la mañana siguiente llegó su marido, el cual hizo nuevas pesquisas y que la buscasen tam bien sus vasallos: pero la infeliz no pareció. Todos generalmente se persua-

(1) Aquí se equivoca el buen capitán: querrá decir los Croatos.

dieron que en su primer movimiento de desesperacion y terror se habria arrojado de lo alto de los peñascos á un lago profundo distante una milla escasa del castillo. Esta pérdida era tanto mas lamentable, quanto que entonces estaba en cinta de algunos meses. Dos años antes habia dado á luz á Augur.... Pero yo molesto á V., capitan; me parece que se rinde V. al sueño.

—Nada de eso, respondió. Oigo mejor con los ojos cerrados; y esta costumbre la contraje estando de centinela.

—Y yo aseguro, dijo el Conde en voz baja á Anderson, que la alabarda del sargento de ronda se los hizo abrir mas de una vez.» Mas hallándose probablemente el Conde con ganas de proseguir su relacion, no dejó por eso de continuarla; y dirigiendo la palabra á Anderson sin hacer alto en el dormilon, continuó de esta suerte: «Todos los jefes de la comarca juraron vengar un crimen tan atroz. Tomaron pues todos las armas, así como tambien el hermano y los parientes del infeliz que habia sido tan bárbaramente asesinado; y creo que en punto á crueldad no fueron en zaga á los hijos de la niebla. Diez y siete cabezas, sangrientos trofeos de su venganza, fueron distribuidas entre los aliados y colgadas á sus puertas para que sirvieran de pasto á los cuervos y de escarmiento á los bandidos. El resto de esta tribu se dispersó, y buscó su seguridad entre peñascos inaccesibles y lejanos.

—Media vuelta á la derecha; contramarcha; sobre su puesto; descanso, dijo Dalgetty en voz de mando. Esto que estoy diciendo, añadió, es solo para que advirtáis que os escucho. Continúad, que no pierdo ni una palabra.

—Es costumbre de los montañeses, prosiguió el Conde, dejar pacer en verano las vacas á sus anchas en los valles, y mañana y tarde van á ordeñarlas las muchachas del lugar. Algunos meses despues del funesto suceso de que acabo de hablar, hallándose las criadas de esta familia ocupadas en dicha faena, divisaron á cierta distancia una figura pálida y flaca que parecia atisbar sus movimientos; era una mujer medio desnuda, cuyas facciones

les pareció que tenían alguna semejanza con las de su ama. Las mas de ellas se asustaron, y creyeron que era su espectro que se les aparecía: las otras, mas atrevidas, se aproximaron para verla mas de cerca: pero apenas vió que llegaban junto á ella, se emboscó en el monte, á donde no se atrevieron á seguirla.

Informado el marido de esta aparición, no dudó que fuese su desgraciada mujer, y tomó tan acertadas medidas, que la descubrió al dia siguiente y pudo apoderarse de ella; pero la infeliz habia perdido el juicio. Nunca pudo dar razon de como habia vivido durante los dos meses que duró su ausencia. Es de creer que se habia sustentado de plantas y frutas silvestres, y acaso de leche de vacas, á las cuales podia acercarse de noche sin que nadie la viese; pero el pueblo, que se agrada de lo maravilloso, supuso que la habian alimentado las hadas.

Al mes de haberla restituido á su casa, dió á luz otro niño, á quien pusieron por nombre Allan; el cual, no solamente parecia no resentirse de ninguno de los males físicos que necesariamente hubo de sufrir su madre, sino que manifestaba ser de una robustez nada comun. Su pobre madre recobró algun tanto la razon despues del parto; pero jamás la salud ni la alegría. Unicamente la vista de Allan podia causarle placer: no se apartaba de él un instante, y desde su mas tierna infancia le comunicó sin duda una parte de aquellas ideas supersticiosas á que naturalmente propendia. El muchacho tenia cerca de diez y siete años cuando su madre murió. Esta, en su hora postrera, quiso hablar con él; y es de creer que en aquella solemne ocasion le recomendó la venganza contra los hijos de la niebla, precepto que obedeció con harta fidelidad.

A esta sazón las costumbres de Allan Mac-Aulay sufrieron una mudanza completa. Hasta entonces habia sido fiel compañero de su madre, escuchando sus sueños, contándole los suyos, y exaltando su fogosa imaginacion con todo el delirio de que fué víctima su desgraciada madre.

Ya fuese consecuencia de esta educacion, ó que el desórden del

celebro de su madre hubiese influido en el del suyo aun antes de su nacimiento; lo cierto es que el mozo se vió sujeto desde su niñez á rebatos de locura, durante los cuales no hacia nada como los otros hombres. Estaba triste, silencioso; no hablaba sino en cortas frases y sentencias, y se le creía entonces inspirado del don de segunda vista (1); su aspecto era montaraz; agradábase de los sitios del monte mas agrestes y solitarios; se asustaba y huía cuando algun muchacho de su edad queria acercarse á él. No obstante que yo tenia menos años que Allan, acuérdome que una vez que mi padre me llevó aquí desechó adusto mis caricias, y no me fué posible reducirle á tomar parte en ninguno de los juegos propios de la niñez. Otro tanto hacia con su hermano. Su padre se quejó muchas veces al mio de la índole insocial de su hijo: no se le ocultaba que la compañía habitual de su madre contribuía á arraigar en él esta inclinacion; pero nunca pudo resolverse á privarla de este consuelo, el único que le quedaba, y que parecia haber calmado un tanto la cruel enfermedad que iba minando su existencia.

Mas, como he dicho antes, despues de la muerte de su madre pareció haber mudado repentinamente. Es verdad que se mantuvo serio y pensativo como antes, y que muchas veces se le veía distraido y taciturno; pero tambien buscaba de vez en cuando la compañía de los jóvenes de su tribu, de que habia huido hasta entonces, tomando parte en sus diversiones; y su fuerza extraordinaria y su destreza le hicieron en breve superior á todos los jóvenes de mayor edad que la suya. Comenzó por lo mismo si no á hacerse bien quisto, á lo menos á hacerse temer de aquellos que hasta entonces le habian despreciado; y en vez de mirar á Allan como á un joven afeminado, de espíritu débil y de escaso entendimiento, se quejaban ya sus compañeros de que en la lucha y en todos los juegos propios para ejercitar las fuerzas del

(1) No solo estos montañeses, sino tambien los Escoceses del norte creían que habia hombres dotados del don de segunda vista, es decir, que veían lo que pasaba actualmente en los lugares mas lejanos, y aun lo que habia de suceder. Esta supersticion no está aun enteramente desarraigada.

cuerpo, olvidábase algunas veces de que solo se trataba de diversion, y mostraba un ardimiento que no pocas contribuía á que terminasen los juegos en quimeras.

Pero veo que estoy hablando á oídos sordos, dijo Menteith interrumpiendo su narracion; pues las narices del capitán probaban ahora con evidencia que estaba entregado en los brazos del sueño.

—Si habla V. S. por ese verraco, dijo Anderson, es verdad que no oye ahora una palabra; sin embargo, ruégole que se sirva proseguir para satisfacer la natural curiosidad que á Sibbald y á mí nos inspira esa historia singular.

—Su fuerza y actividad, continuó el Conde, fueron en aumento hasta la edad de quince años. Entonces ya no podia aguantar ninguna especie de violencia, y esta mudanza causó nuevas inquietudes á su padre. Pasaba muchas veces los días y las noches en el monte, so pretexto de ir á cazar; y sin embargo, no siempre traía caza. Su padre supo que los hijos de la niebla habían vuelto á aparecer en las inmediaciones; mas no se atrevió á perseguirlos de nuevo por no exasperar su natural ferocidad.

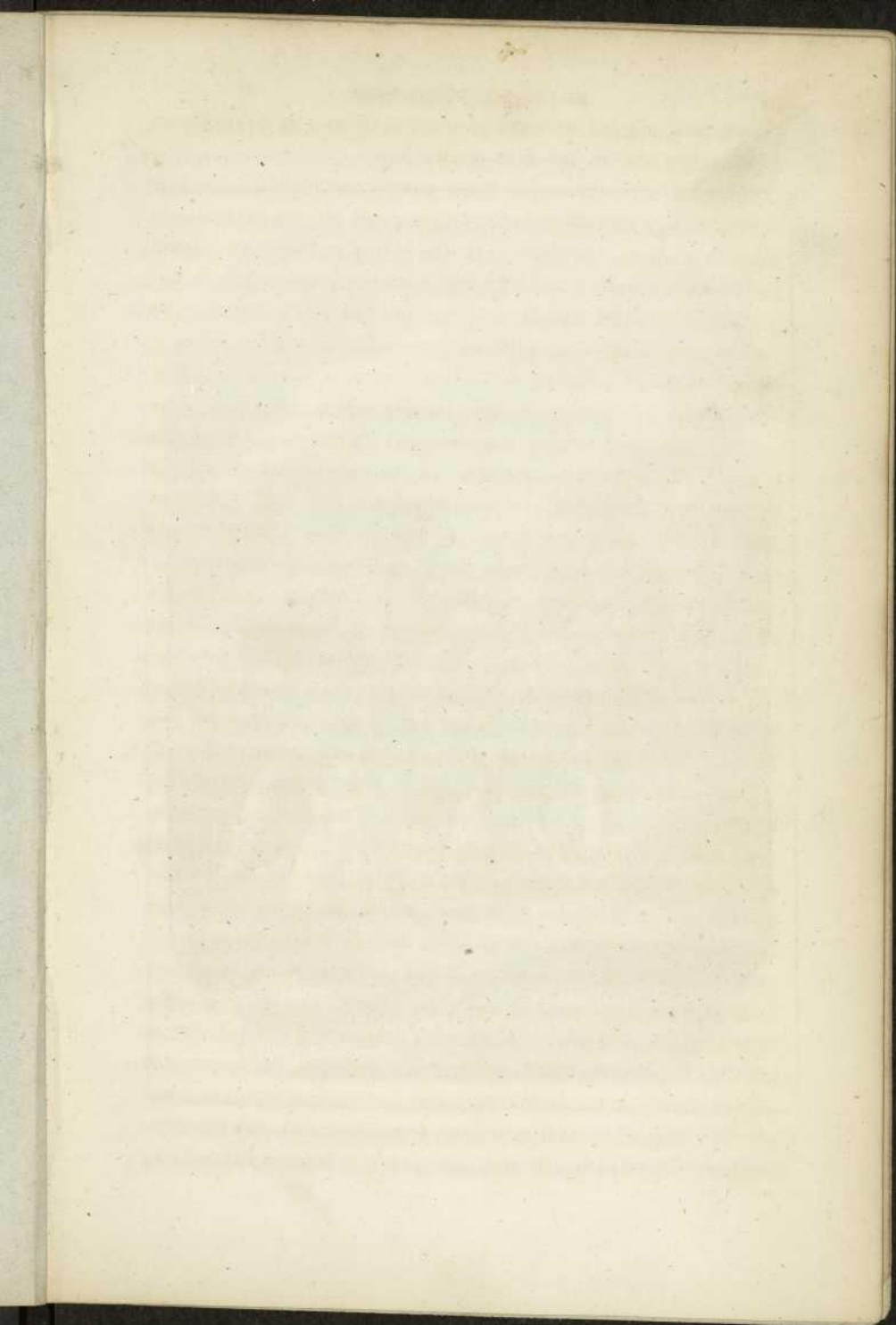
El riesgo que corría Allan de encontrar en sus escursiones á estos foragidos, era un origen continuo de zozobras para su tierno padre. Preparábase entretanto una crisis que no se hizo aguardar largo tiempo. Retiréme un día mas tarde de lo acostumbrado, despues de haber buscado en vano á Allan en todos los sotos circunvecinos, hacía donde se había encaminado desde antes del amanecer. La noche estaba oscura y borrascosa; su padre, verdaderamente sobresaltado, trataba de enviar en su busca algunos moatañeses, cuando repentinamente, al concluirse la cena, abrióse la puerta y entró Allan con aire risueño y triunfante. Su carácter intratable y el trastorno accidental de su entendimiento hacían tanta impresion en su padre, que este no se atrevia á mostrarle el menor descontento. Díjole, sin embargo, que no habiendo estado en el monte mas que algunas horas, había acogotado un gamo, y que probablemente él no traeria nada despues de haber permanecido fuera todo el día.

« ¿ Está V. seguro de eso? preguntóle Allan con arrogancia. Aquí traigo una prueba de lo contrario. »

Entonces observamos que tenia ensangrentadas las manos y los vestidos, y aguardamos con impaciencia las resultas de este anuncio misterioso, cuando levantando una punta de su manto, tiró sobre la mesa la cabeza de un hombre, goteando sangre todavía, y dijo: « ¡ Buscadme un gamo que valga lo que ese! » Por su barba y sus cabellos rojos algo encanecidos por los años, y por sus facciones harto conocidas de todos, aunque desfiguradas por la palidez de la muerte, Augur su padre y algunos amigos que se hallaban presentes reconocieron la cabeza del jefe de los hijos de la niebla, bandolero temible por sus fuerzas, su valor y su ferocidad, el cual habia contribuido mas que otro alguno al asesinato del malogrado celador de montes, y que hasta entonces pudo librarse de la caza que se daba á sus compañeros.

Todos quedamos absortos, como V. puede pensar: pero Allan se negó á satisfacer nuestra curiosidad, y no quiso contarnos ninguna de las circunstancias de este combate. No nos fué difícil, sin embargo, juzgar que no habia muerto á su enemigo sino despues de una vigorosa resistencia; porque advertimos que habia recibido varias heridas, aunque ninguna era de peligro.

Tomáronse todas las medidas posibles para protegerle contra la venganza de aquellos foragidos; pero ni sus heridas, ni la orden positiva de su padre, ni aun el haber cerrado la puerta de su aposento, fueron bastantes á impedirle salir otra vez en busca de aquella gente. Hallaba cada dia nuevos pretextos para sus traerse á la vigilancia de su padre, y mas de cuatro veces se escapó del castillo á media noche por la ventana de su aposento. Aun trajo otras varias cabezas de los hijos de la niebla; y estos salteadores, á pesar de su ferocidad, llegaron á cobrar miedo á la osadía y al odio inveterado con que los perseguia Allan en sus mas ocultas guaridas. Como en todas las refriegas quedaba siempre vencedor, aquellos hombres supersticiosos acabaron por persuadirse que Allan poseia algun encanto que le hacia invencible,



EL OFICIAL AVENTURERO.



ó que algun poder sobrenatural le conservaba la vida; y decian que era invulnerable al fuego y al acero. Llegó á tal extremo esta persuasion, que el eco de su voz ó el ruido de su caracol habria sido bastante para ahuyentar á media docena de aquellos miserables.

Habian vuelto sin embargo á ejercer sus rapiñas, particularmente contra la familia de Mac-Aulay y sus parientes y amigos, á quienes hacian cuanto daño podian; en términos, que fué preciso emprender contra esta gavilla otra cruzada, en la cual tomé yo una parte muy activa. Habiéndonos apoderado de todos los desfiladeros y gargantas, y teniéndolos casi enteramente cercados, les atacamos espada en mano sin darles cuartel, y todo lo pasamos á sangre y fuego: ni los ancianos, ni las mujeres, ni los niños escaparon de tan terrible venganza, y la tribu fué casi enteramente exterminada.

Una niña de siete á ocho años, linda como un sol, contra quien Allan tenia ya levantado el puñal, fué perdonada á instancias mias. Condújola á casa de su padre, en donde se crió bajo el nombre de Anita Lyle, y jamás se ideó en las antiguas novelas una hada mas linda bailando á la plateada luz de la luna. Pasóse mucho tiempo antes que Allan pudiese tolerar su vista; pero cierto dia se le figuró, acaso analizando sus facciones, que esta muchacha no descendia de la odiosa sangre de sus enemigos; imaginó que acaso en su niñez la habrian robado en alguna de sus correrías; cosa no imposible á la verdad, pero que él cree como el Evangelio.

Desde entonces la ha cobrado afecto, y la escucha con embeleso cuando toca el arpa: lo cierto es, que esta criatura tiene tanta habilidad para este instrumento, que nadie en todo el país puede disputarle la palma. Cuando se ve acometido por los rebatos de hipocondría á que Allan está sujeto con harta frecuencia, frecuencia, basta el son del arpa para volver en su acuerdo, pareciéndose en esto al Monarca que fué célebre entre los Judíos. Es además tan amable y graciosa, que aquí se la mira mas como

hermana del amo del castillo, que como huérfana desvalida. Lo cierto es que es imposible verla sin interesarse en su favor: tanta es su ingenuidad, su candor y su viveza.

—Con tiento, señor Conde, dijo Anderson sonriéndose: semejantes elogios no dejan de ser arriesgados. Según el retrato que V. S. ha hecho de Allan Mac-Aulay, no es este un rival que entienda de burlas.

—¡Bueno, bueno! dijo el Conde riéndose y enrojeciéndose al mismo tiempo: el amor, ese tierno sentimiento no puede tener cabida en el corazón de Allan; y en cuanto á mí, añadió con mas seriedad, el nacimiento desconocido de Anita Lyle no me permitiría formar proyectos honrosos respecto de ella, al paso que su inocencia y su virtud me impedirán abrigar pensamientos de otra especie.

—Ese lenguaje es digno de V. S., señor Conde. Os ruego que continueis tan interesante historia.

—Casi está ya acabada. Lo único que puedo añadir es que las fuerzas y el valor de Allan, su carácter enérgico y absoluto, la opinion generalmente recibida de que en sus rebatos de melancolía es inspirado por seres sobrenaturales, y que puede pronosticar lo que está por venir, son causa de que su tribu tenga con él mas deferencia y respeto que con su mismo hermano; el cual, aun que lleno de honradez y valentía, no tiene sin embargo las calidades necesarias para lograr, en el concepto de sus vasallos, la preferencia sobre aquél.

—Un carácter como ese, dijo Anderson, no puede menos de ejercer poderoso influjo en hombres ignorantes y supersticiosos, como los montañeses. Conviene que nos granjeemos su afecto, cueste lo que costare: su valor por una parte, y su segunda vista por otra...

—Silencio! dijo el Conde en voz baja, que el capitán despierta.

—¿No habla V. de segunda vista, de deuteroscopia? dijo Dalgetty. Acuérdomé que el mayor Monro me decia un día que Murdoch Mackenzie, soldado de su regimiento y buen soldado, por

vida mia! habia predicho que Donald Fough, su sargento, seria muerto en una salida del sitio de Francfort, y que el mismo mayor seria herido en ella; lo cual se verificó al pié de la letra.

—Muchas veces he oido hablar de ese don de segunda vista, dijo Anderson; pero siempre he pensado que los que se jactaban de poseerle eran unos fanáticos ó embusteros.

—Yo creo que Allan Mac-Aulay no es ni uno ni otro, dijo el Conde: en diferentes ocasiones ha mostrado demasiado juicio y astucia, como se ha visto esta noche, para que pueda pasar por fanático; y tiene demasiado honor y franqueza, para que pueda someterse á hacer el papel de embustero.

—¿Luego V. S. cree en sus aspiraciones sobrenaturales?

—Nada menos que eso, respondió el Conde; pero sí creo que él se persuade á sí mismo de que sus pronósticos, que no son otra cosa mas que el resultado de sus cálculos y de sus reflexiones, son impresiones sobrenaturales que recibe su alma; así como algunos fanáticos llegan á persuadirse de que los sueños de su imaginacion son inspiraciones divinas. En fin, Anderson, yo quisiera que esta esplicacion os dejase satisfecho, porque no tengo otra mejor que daros; y me parece que despues de un día tan penoso no será malo que pensemos en descansar un rato. »

CAPITULO VII.

El Conde se levantó muy temprano al día siguiente, y el capitán estaba ya en pié entreteniéndose en frotar todas las piezas de su armadura con un pedazo de piel de gamuza para ponerlas relucientes, y entonando al mismo tiempo una antigua cancion compuesta en honor de Gustavo Adolfo, que empezaba así:

«¿ Oís sonar la trompeta?

¡ Bravos soldados, al arma! »

Despues de haber hablado un rato con Anderson, el Conde se

acercó á Dalgetty y le dijo: «Capitan, ya ha llegado el momento en que es preciso que seamos compañeros de armas, ó que nos separemos.

—¿Mas espero que no será antes de almorzar? dijo Dalgetty.

—Yo pensaba, dijo el Conde, que V. habia provisto la plaza para tres dias cuando menos.

—Oh! todavía hay lugar desocupado en los almacenes, y jamás pierdo la ocasion de llenarlos.

—Pero tambien debeis pensar que un general avisado no permite que un cuerpo neutral permanezca en su campamento mas tiempo que el absolutamente necessario. Con que es menester que sepamos á punto fijo cuales son las intenciones de V., y en seguida se le librá un salvo conducto para retirarse honrada y tranquilamente, ó será el bien venido si determina quedarse con nosotros.

—Tiene V. razon, dijo el capitan; y siendo eso muy justo, no intentaré retardar la capitulacion fingiendo querer parlamentar, como lo hizo con mucha maña el señor Jaime Ramsay en el sitio de Hanau, el año de gracia de 1636. Nada de eso: hablaré francamente; si vuestra paga me acomoda tanto como vuestra compañía y vuestra bucólica, estoy pronto á alistarme en vuestras banderas.

—Por ahora solo podemos asegurar á V. una paga muy módica, dijo el Conde, en atencion á que no tenemos otros fondos que los que se han entregado en la caja general por cada uno de nosotros en proporcion á nuestras respectivas facultades. Y este es el motivo porque no me atrevo á ofrecer á V. con el grado de Ayudante mayor mas que medio dolar cada dia.

—¡Llévese el diablo los medios y los cuartos! exclamó el capitan; no me gusta hacer las cosas á medias. Le juro á V. que no estoy mas dispuesto á particion de un dolar, que lo estaba la buena mujer del juicio de Salomon á que la partiesen su hijo.

—No es justa la comparacion, capitan, porque estoy conven-

cido de que mas querría V. partir el dolar que cederlo entero. Sin embargo, puesto que no le gustan las particiones, yo le prometo que el otro medio dolar se acumulará en su favor, y le será pagado al fin de la campaña.

—¡Cómo atrasos! ¡Todavía atrasos! exclamó Dalgetty. En Austria, en Suecia, en todas partes hay la misma jácara: siempre promesas y nunca realidades. ¡Vivan los mynheers, los cuales ni son soldados ni oficiales, pero pagan con una regularidad!... Sin embargo, señor Conde, si yo supiese que mi hacienda hereditaria de Drumthwacket, aquella propiedad que habia de pertenecerme naturalmente, se hallase en manos de algunos de los bribones del Covenant, de quien podría hacerse un traidor, si nuestra empresa tuviese el éxito que se espera, tengo tal inclinacion á aquella propiedad, que no titubearia un momento en hacer la campaña con V.

—¿Me permite V. que le pregunte, señor capitán, dijo Sibbald, si la posesion de que habla es una que está á cinco millas al sur de Aberdeen y que lleva el mismo nombre?

—Cabalmente, respondió el capitán.

—Pues yo puedo asegurar á V. que no hace mucho la compró Elías Estreuhan, el rebelde mas resuelto que se puede encontrar en las filas de los cabezas redondas.

—¡Pícaro perro! exclamó Dalgetty ardiendo en cólera. ¿Cómo diablos se ha atrevido á comprar una heredad que pertenece á mi familia de cuatrocientos años acá? *Cynthus aurem vellet*, como decíamos en el colegio de Aberdeen, que quiere decir que yo le arrastraré por las orejas fuera de la casa de mi padre. Y así, señor Conde, soy de V. en cuerpo y alma, con el sable y el mosquete, hasta que la muerte nos separe, ó hasta el fin de la campaña, venga lo que viniere.

—Y yo, dijo el Conde, echó el sello á la contrata contando á V. al instante un mes de paga adelantada.

—Eso no era necesario, dijo Dalgetty metiendo el dinero en la faltriquera. Ahora es preciso que baje yo á la cuadra para prepa-

rar mi silla, mis arneses y mis armas, ver si Gustavo se ha desayunado, y darle parte de que acabamos de sentar plaza.

—Ya tienes seguro á tu admirable recluta, dijo el Conde á Anderson apenas se marchó el capitán : solo temo que nos dé mucha honra.

—Es un hombre cual nos conviene en este momento, respondió Anderson. Sin gente de esa especie poco adelantaria nuestro proyecto.

—Bajemos, dijo el Conde, y veamos si nos llega algun socorro de hombres ; porque ya oigo ruido en el castillo.»

En la sala donde habian cenado el dia anterior encontraron á Augur y á Allan. El primero les hizo los cumplimientos de costumbre con cordial afecto, mientras que su hermano, sentado en el mismo sitio que habia ocupado la noche anterior, no hacia caso de nadie y guardaba triste silencio. Los criados del Conde habian entrado detrás de él, y se mantenian respetuosamente en un rincón de la pieza. Casi en el mismo instante entró el viejo Donald, el cual, dirigiéndose á su amo, le dijo: « Wich-Alister More acaba de enviar un mensaje, para decir que sin falta alguna llegará esta noche.

—¿ Con cuánta gente ?

—Con veinte y cinco ó treinta hombres, que es su comitiva ordinaria.

—Manda que pongan paja fresca en el hórreo.» Acabando de decir estas palabras entró otro criado, y anunció que Héctor MacLean iba á llegar con mucho acompañamiento.

« Ponlos en el hórreo grande, dijo el laird ; allí estarán léjos de la cerveceria, en donde hemos colocado á los Mac-Donaldes que llegaron esta mañana. Esas dos castas no se quieren bien, y pudiera suscitarse alguna riña.»

En esto volvió Donald con gusto no muy apacible, diciendo « ¡ Qué diablos ! Parece que toda la montaña se ha puesto hoy en movimiento : tambien Evan Dhu de Lochiel estará aquí dentro de una hora con no sé cuantos soldados.

—Al hórreo grande con los de Mac-Lean,» respondió el jefe.

Anuncióse despues la llegada de varios jefes con una comitiva mas ó menos numerosa, pues el que menos habia creído derogar á su dignidad si no se hubiera hecho acompañar de diez ó doce hombres. Cada vez que avisaban la llegada de nueva tropa, Augur señalaba un sitio para colocarla. El establo, la cuadra, la despensa, todo fué ocupado con los nuevos huéspedes. Pero lo que le puso por último en grande apuro fué la llegada de Mac-Donald de Lorn al frente de sesenta hombres, cuando en toda la casa no habia ya una pieza desocupada. «Aun podrian caber cien hombres mas en el hórreo, dijo el viejo Donald, si quisieran echarse unos encima de otros; pero no dejaria de haber cuchilladas sobre quien habia de estar encima y quien debajo.

—¡Para qué tanto hablar! exclamó Allan en tono seco y desabrido, levantándose repentinamente segun su costumbre. ¿Los montañeses de hoy dia tienen por ventura la sangre menos encarnada, las carnes mas delicadas que las que tenian sus padres? No hay mas que abrir un tonel de usquebaugh, y entonces la tierra podrá servirles de cama, sus mantas de sábanas, y el firmamento de cortinaje. Que vengan todavía mil, que no les faltará sitio.

—Tiene razon Allan, dijo Augur; y acercándose á Miles Musgrave: Mi hermano, añadió, que tiene muchas veces la cabeza á la gineta, demuestra sin embargo mas juicio en ciertas ocasiones que todos nosotros juntos.

—Si, dijo Allan dirigiendo á una y otra parte sus torvas miradas: ¿qué importa que comiencen por donde han de acabar? ¿Cuántos se acostarán esta noche en el duro suelo á quienes cuando sopla el aire de invierno cubrirá la tierra á su vez y no se quejarán ya del frio?

—No digas eso, hermano, le dijo Augur: ese es anuncio de mal agüero.

—¡Y bien! ¿Qué podeis esperar?» dijo Allan cuyos ojos parecia que iban á saltar de sus órbitas. Y en el mismo instante cayó en brazos de Augur y de Donald, acometido de una violenta convul-

sion. Sentáronle en un banco, y luego que volvió en sí, su hermano que sabia muy bien la impresion que hacian sus palabras en el ánimo de los montañeses, le dijo: «Por amor de Dios, hermano, no digas nada que pueda desanimarnos.

—¿Acaso soy yo quién os desanima? exclamó levantándose otra vez. Pelee cada cual con tanto valor como yo, y sométase tambien á su destino. Fuerza es que suceda lo que ha de suceder; pero todavía oírémos mas de una cancion de victoria antes que llegue la hora del degüello ó del patíbulo.

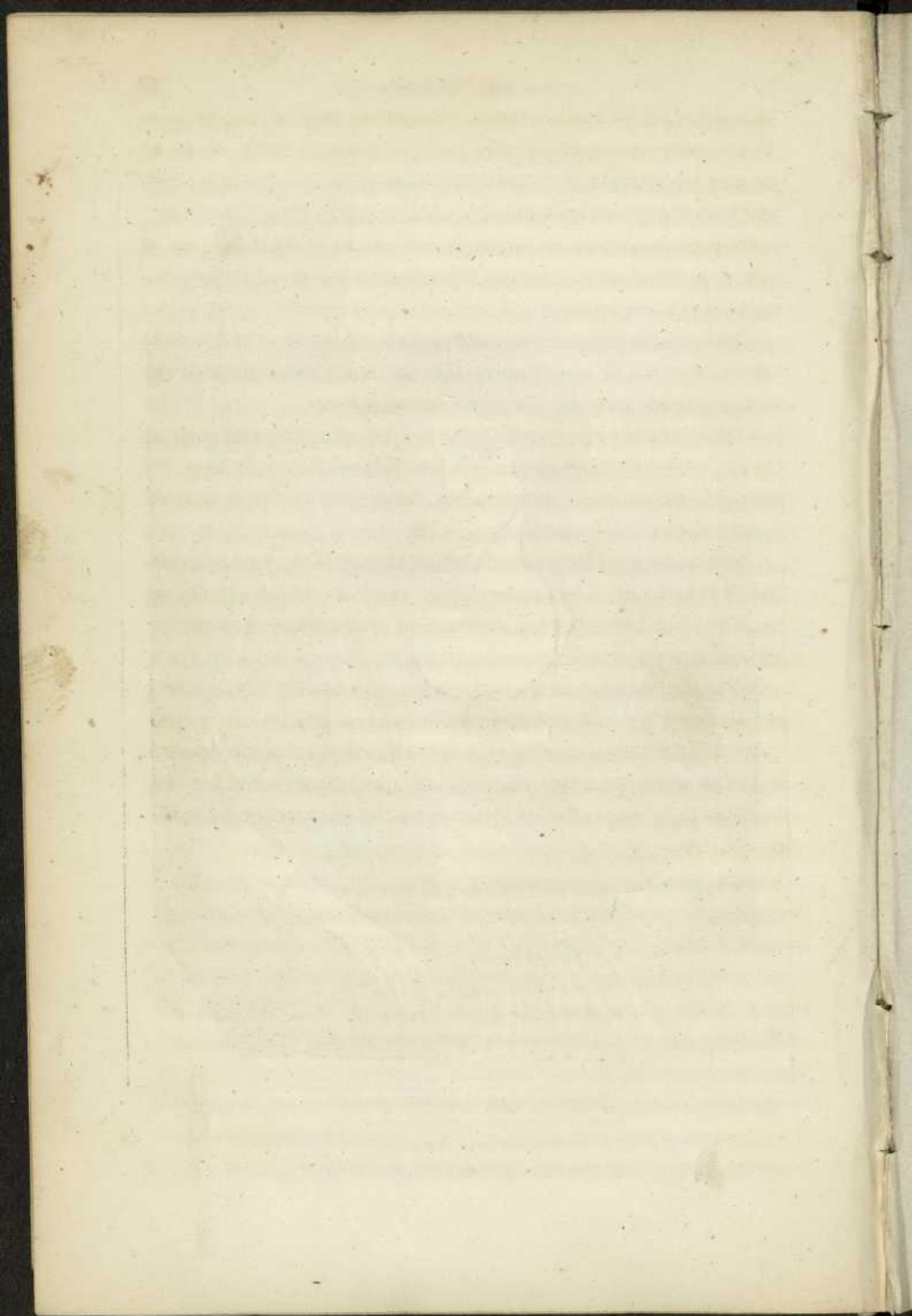
—¿Qué degüello? qué patíbulo? gritaron muchos; porque casi todos los montañeses le miraban como dotado del don de prediccion.

—Silencio! respondió Allan; pronto lo sabréis. Vuestras preguntas me incomodan; y apoyando una mano en su frente y el codo en la rodilla, quedó sumido en profundo silencio.

—Dí á Anita Lyle que venga con su arpa, dijo Augur á Donald; y Vs., señores, si no les desagrada, les convido á que me sigan.» Toda la compañía pasó entonces con él á una sala inmediata, á escepcion del Conde el cual se detuvo en el hueco de una ventana, y de Allan que continuó en la misma actitud. Poco despues llegó Anita Lyle con su arpa. Era esta niña comparable, segun dijo el Conde, á la mas hermosa de las hadas cuando la imaginacion las representa bailando en un verde prado á la plateada luz de la luna: su estatura, que era algo baja, la hacia parecer de muy tierna edad, y aunque solo contaba diez y ocho primaveras, nadie le hubiera dado mas de catorce; su rostro, sus manos, y sus piés estaban en perfecta armonía con su estatura; sus cabellos castaños, rizados naturalmente, hacian sobresalir la tersa blancura de su cutis, y en todas sus facciones se advertia cierta expresion de jovialidad y de candor. Además de estos atractivos, y á pesar de su horfandad, Anita parecia la doncella mas festiva y mas dichosa. Por tanto, ruego á mis lectores que me permitan reclamar en su favor todo el interés que ella inspiraba á cuantos la veian. Ni era posible encontrar una criatura mas generalmente querida: hallá-

EL OFICIAL AVENTURERO





base entre los habitantes medio salvajes del castillo, según decía Allan en sus momentos de estro poético, como un rayo del sol en un mar encapotado, y comunicaba á los circunstantes la inocente jovialidad de su carácter.

Tal como acabamos de pintarla entró Anita sonriéndose en la sala; y el saludo que la hizo el Conde puso sus mejillas más encarnadas que la rosa.

«Buenos días, señor Conde, le dijo presentándole su mano: mucho tiempo ha que no le hemos visto por acá, y temo que esta vez no haya emprendido su viaje con miras pacíficas.

—Si mi llegada puede alterar la paz en alguna parte, dijo el Conde, no por eso impedirá que la armonía reine en este sitio. He aquí á mi primo Allan que necesita del socorro de tus canciones y de tu arpa.

—Mucho derecho tiene á todo lo que yo pueda hacer por él, porque es uno de mis libertadores: V. S. también, señor Conde, se ha interesado por mi vida, y esta debe consagrarse á todos los que me han salvado.

Dicho esto, se sentó en un banco algo distante de Allan, y empezó á cantar un antiguo romance en lengua gaélica, de la cual vamos á dar á nuestros lectores una traducción hecha por nuestro amigo el señor Secundus Macpherson, que podrán tener por tan fiel como la de las poesías de Osian por el ilustre escocés del mismo nombre:

Aves nocturnas de letal graznido,
Dejad al hombre en su descanso leve:
Harto ay! el sueño de la dicha breve
No calma su gemido.

Ved...! ya despunta la risueña aurora,
Ya del torreón la bóveda os espera,
Y el alma lumbre vuestra vista altera
Que al orbe alienta y dora.

Mientras huyendo la creciente luna
Entre hondas nubes soñolienta vaga,
Tal vez al triste la ilusión halaga
De próspera fortuna.

Tal vez en danza voluptuosa admira
 A la que tanto amó desleal belleza,
 Y aplaude el brillo y la gentil destreza...
 Y tímido suspira:!

Mientras Anita cantaba, Allan parecia recobrar su presencia de ánimo, y prestar mas atencion á los objetos que le rodeaban. Durante la tercera estrofa fueron desapareciendo las profundas arrugas de que estaba surcada su frente; y todas sus facciones, que se hallaban como contraidas por una angustia interior, recobraron su situacion natural: levantó despues la cabeza, y su rostro aunque todavia cargado de espresiva melancolia, no presentaba ya la menor señal de la violenta pasion que lo agitara. No era por cierto hermoso; pero el conjunto de su fisonomia era respetable, lleno de dignidad y de nobleza; y sus cejas negras y pobladas, que hasta entonces se confundieron una con otra, separadas ahora por un corto intervalo, cubrian los ojos que ya no iban vagando de uno á otro objeto, ni lanzaban torvas miradas; pero cuyo aspecto era al mismo tiempo firme y tranquilo.

«¡Alabado sea Dios!» dijo despues de haber guardado silencio por algunos momentos, cuando Anita hubo dejado de cantar; disipóse por fin aquel peso que abrumaba mi alma, y la niebla que cubria mi entendimiento se ha desvanecido.

—Querido primo, dijo el Conde acercándose á Allan, bien podeis dar gracias á Anita Lyle y al Cielo de tan dichosa mudanza.

—Ilustre primo, le respondió Allan cogiéndole la mano con un afecto respetuoso, tanto tiempo ha que conocéis mi miserable estado, que no necesito disculparme de no haberos manifestado antes el gusto que tengo en veros en esta casa.

—Somos sobrado conocidos y buenos amigos, querido Allan, para guardar ceremonias. Pero hoy tendréis aquí la mitad de los jefes montañeses, y ya sabeis lo que son ellos: es preciso guardar la etiqueta. ¿Qué daréis á la linda Anita por haberos puesto en estado de presentaros como conviene ante Dhu, Mac-Dugald y no sé cuantos otros jefes?

—¿Qué me dará? dijo Anita sonriéndose: yo no espero nada me-

nos que la mas bella cinta que pueda encontrar en la feria de Donne.

—¿En la feria de Donne, Anita? dijo Allan en tono triste. Mucha sangre se habrá derramado de aquí allá: acaso yo no la volveré á ver. Mas vosotros me traeis á la memoria una cosa que tenia intencion de hacer mucho tiempo ha.» Dicho esto, salió del aposento.

«Si ha de juzgarse por su modo de hablar, querida Anita, dijo el Conde, yo creo que no debes alejarte todavía de aquí, y que harás muy bien en templar tu arpa. 226 | 47»

—Confio en que no tendremos necesidad de ella, respondió Anita con voz que manifestaba su inquietud. El arrobato de que acaba de salir ha sido muy largo, y no es de creer que se repita tan pronto. ¡Qué penoso es ver á un hombre generoso y naturalmente inclinado al bien, acometido de tan cruel enfermedad!»

Anita hablaba así en voz baja, temiendo que Allan volviese de repente y la oyese.

El Conde se habia acercado á ella, inclinándose un poco para oirla mejor. Todavía se hallaba en esta actitud cuando Allan se presentó á la puerta. Anita y el Conde se quedaron como cortados, y se retiraron involuntariamente algunos pasos, como si hubiesen recelado darle á entender que hablaban de alguna cosa reservada. Allan advirtió su turbacion y se detuvo de repente, arrugó el entrecejo, y sus ojos jiraron en sus órbitas; pero este parasismo no duró mas que un instante: pasóse la mano por la cara como para borrar todo recuerdo que pudiera turbarle, y se acercó á Anita presentándole una cajita de madera de roble sobre cuya tapa habia un embutido muy bien trabajado.

«Amado primo, le dijo al Conde, os pongo por testigo de que doy á Anita Lyle esta caja y todo lo que contiene, que son algunas alhajas que pertenecieron á mi desgraciada madre, y de poco valor; que podeis pensar que es raro que la mujer de un jefe montañés posea joyas preciosas.

—Pero esas joyas, dijo Anita retirando la caja con timidez y

agrado al mismo tiempo, pertenecen, señor Allan, á la familia; y así no puedo ni debo...

—A nadie pertenecen sino á mí, Anita, dijo Allan muy ufano interrumpiéndola; es un regalo que mi desgraciada madre me hizo estando para morir. Eso es lo único que poseo en este mundo, con mi manto y mi espada: acéptalo pues; á mí no me sirve, tú lo puedes conservar en memoria mía si la suerte de la guerra no me permitiere volver á verte.»

Diciendo esto, abrió la caja y la presentó otra vez á Anita.

«Si estas alhajas tienen algun valor, le dijo, no dejarán de serte útiles cuando esta casa haya sido destruida y te halles sin albergue: pero conserva por lo menos una sortija en memoria de Allan, el cual ha hecho para merecer tu afecto, sino todo lo que hubiera querido, á lo menos todo lo que le ha sido dable.

—Solamente aceptaré de V. una sortija, señor Allan, dijo Anita esforzándose en vano á contener sus lágrimas: no aceptaré mas que una sola, como muestra de la amistad que me profesais. Pero no me hagais mas instancias para que reciba un presente de tanto valor: yo no puedo consentir, Allan... no... en verdad... no puedo.

—Pues bien, escoje lo que quieras: me parece bien tu delicadeza; y á todo lo restante se le podrá dar otra forma que te aproveche mejor.

—No penseis en eso, dijo Anita tomando de la caja la sortija que le pareció menos preciosa; y guardad esas alhajas para vuestra esposa y para la de vuestro hermano... Pero cielos! exclamó interrumpiéndose; ¡qué sortija es la que he escogido!»

Allan se apresuró á mirarla, manifestando en sus ojos la triste impresion que le habia causado: era una sortija que tenia una chapita esmaltada, representando la cabeza de un muerto sobre dos puñales cruzados.

Allan al verla arrojó un profundo gemido; y Anita espantada dejó caer la sortija, la cual fué rodando por el suelo. El Conde la recogió y devolvió á la niña.

«Conde, yo pongo á Dios por testigo de que vuestra mano y no la mía le ha entregado ese presente de mal agüero. Esa es la sortija de luto que llevaba mi madre en memoria del cruel asesinato de su hermano.

—Yo no temo los agüeros, dijo Anita con la sonrisa en los labios, al paso que su ojos estaban bañados en llanto. Nada que reciba de sus protectores (así llamaba siempre á Allan y al Conde) puede atraerle desgracia alguna á la pobre huerfanita.» Dicho esto, y poniéndose la sortija en el dedo, tomó su arpa, y con tono alegre cantó las dos coplas siguientes:

¿Porque los astros neciamente miras
Buscando el bien ó desdicha agena?
En vez de espiar sus órbitas lucientes,
Los ojos mira de mi dulce Elena.

Mas no de tu arte embaucador presumas;
Sobrado es justa la gentil natura:
No con oscuro meditar se adquiere
Decir al hombre la verdad futura.

—Tiene razon, Allan, dijo el Conde; y sus coplas valen mas que todo lo que pudiéramos ganar en conocer las cosas futuras.

—No tiene razon, dijo Allan con semblante triste, ella misma lo conocerá; y vos que habeis tratado con tanta ligereza los consejos que os he dado en varias ocasiones, acaso no viviréis bastante para ser testigo de ello. No os riais tan desdeñosamente, añadió, ó por mejor decir, reid cuanto podais, porque no está lejos el día en que no podréis reir.

—Poco cuidado se me da de tus visiones, Allan. Por corta que sea mi carrera, el ojo de un montañés, á pesar de sus visiones, no alcanza á ver su fin.

—Por amor de Dios, dijo Anita, no le contradiga V. S.; pues conocé su situacion y sabe que no puede aguantar....

—No temas nada, Anita, dijo Allan; mi espíritu está tranquilo. En cuanto á vos, mi querido primo, os aseguro que, en obsequio de nuestra amistad, os he buscado en todos los campos de batalla: los he visto cubiertos de cadáveres en tanto número como hojas cubren la tierra en los bosques hácia fines del otoño; pero

no os he encontrado en ninguno. He visto infinidad de prisioneros heridos, desarmados, sin defensa, metidos en calabozos y en casas fuertes; y no estabais entre ellos. He visto tribunales inicuos condenar á los que ellos llamaban rebeldes á ser pasados por las armas; he visto partir los rayos que iban á darles muerte; pero tampoco estabais allí. He visto conducir á otros al cadalso; he visto la cuchilla ensangrentada que de un solo golpe derribaba las cabezas de los reos; pero entre ellas no se hallaba la vuestra.

—¿Con qué es decir que me estará reservada la horca? dijo el Conde; yo hubiera deseado que se me evitase la cuerda en obsequio de mi nombre y de mi familia.» Estas palabras las pronunció en tono de chanza, pero no sin desear involuntariamente que se le diese una respuesta; porque el deseo de saber lo que está por venir ejerce algunas veces cierta influencia hasta en el pecho osado de los que no admiten la posibilidad de semejantes pronósticos.

«El género de muerte de que habeis de morir, señor Conde, no será una mancha para vos ni para vuestra familia. Tres veces distintas he visto á un montañés hundiros un puñal en el pecho.

—Me alegrará que me le pintaseis; porque yo le ahorraría el trabajo de cumplir vuestra profecía si su manta no resiste al tajo de mi sable y las balas de mis pistolas.

—Acaso no hariais con esto mas que anticipar vuestro destino; fuera de que, no me es posible comunicaros las circunstancias que deseais saber, porque el tal sugeto en ninguna de mis visiones ha tenido el rostro vuelto hácia mí.

—Enhorabuena! Dejemos pues este asunto en la incertidumbre en que le pone vuestro agüero: eso no me quitará las ganas de comer hoy alegremente en medio de montañeses armados de puñales.

—Bien puede ser, y quizás tengais razon en disfrutar de los momentos que os quedan, en tanto que yo los empozoño con funestos vaticinios. Pero os lo repito, añadió echando mano á su puñal, he aquí el instrumento que os ha de dar muerte.

—Con esos pronósticos, dijo el Conde, habeis marchitado las bellas rosas que florecian en las mejillas de nuestra pobre Anita. Mudemos pues de conversacion, querido Allan, ó mas bien ocupémonos de asuntos que ambos á dos entendamos igualmente bien; y vamos á ver en qué estado se hallan nuestros preparativos de guerra.» En seguida fueron á ver á Augur, con quien encontraron á muchos jefes montañeses, los dos ingleses y el capitán Dalgetty; y en la discusion que se suscitó sobre las disposiciones y medidas militares que convenia tomar, Allan manifestó una energía, una fuerza de raciocinio, una precision de ideas, que le daban un carácter muy diferente del que hasta entonces se le habia notado.

CAPÍTULO VIII.

El que hubiese pasado aquella mañana en el castillo de Darnlinvarach, hubiera podido admirar una reunion de caudillos activos y valientes.

Unos tras otros fueron llegando los diferentes jefes con sus respectivos acompañamientos, los cuales, mas ó menos numerosos, componian la comitiva que llevaba ordinariamente en las ocasiones de pompa, y que formaba por decirlo así su guardia de corps; saludaron al señor del castillo, y se saludaron igualmente unos á otros, ya con afecto y cordialidad, ó ya con reserva y altivez, segun las relaciones de amistad que existian entre sus respectivas tribus, ó segun las contiendas que habian trabado entre unos y otros.

Por mínima que fuese la importancia de cada jefe, cada uno de ellos parecia dispuesto á exigir de los otros la deferencia debida á un príncipe soberano independiente, al paso que los mas poderosos y aquellos que ejercian mayor autoridad se veian obligados por política á ceder en ciertas etiquetas á las pretensiones

de los que ejercian un poder mas limitado , con la mira de reunir bajo sus banderas el mayor número posible en caso necesario.

Esta junta de jefes se parecia á aquellas antiguas dietas del Imperio germánico , en que el mas pequeño *frey graff* que poseia un castillejo encaramado sobre un estéril peñasco , rodeado de algunas aranzadas de tierra, pretendia el rango y los honores de príncipe soberano, y el derecho de tomar asiento entre los primeros dignatarios del Imperio.

La comitiva de cada jefe habia sido alojada tan bien como lo permitian la localidad y las circunstancias ; pero cada cual habia conservado su paje , que le seguia como su sombra , pronto á ejecutar las órdenes que se le diesen.

Lo exterior del castillo ofrecia un espectáculo raro y singular. Los paisanos que habian venido de las islas , de los valles , y de diferentes montañas , se miraban con cierta curiosidad que indicaban recelosa inquietud ó decidida malevolencia. Además, los gaiteros, haciendo alarde de su habilidad , formaban tal estrépito que aturdian á la asamblea.

Estos músicos guerreros , cada uno de los cuales estaba persuadido de la superioridad de su tribu y de la importancia de su propia profesion y de sus talentos, tocaron diferentes sonatas al frente de cada tribu.

Por último, así como los gallos animados por el ardor del combate se salen al encuentro cuando oyen su canto , así tambien nuestros músicos, sacudiendo sus mantos á la manera que aquellas aves erizan sus plumas, comenzaron á acercarse unos á otros, par dar á sus compañeros una prueba mas inmediata de su habilidad.

Aproximándose cada vez mas, y pareciendo desafiarse recíprocamente, cada uno tocaba con todas sus fuerzas su sonata favorita, de lo cual resultaba una algarabía tan disonante, que un músico italiano que hubiera estado enterrado á diez millas de distancia , hubiera resucitado solo para huir á donde no hi-

riese su delicado tímpano el ruido de aquella música infernal.

En tanto los jefes se habían reunido en el salon del castillo. Entre ellos se hallaban los personajes mas distinguidos de la montaña, atraidos algunos por su celo en favor de la causa del Rey, y la mayor parte contra su odio por el marqués de Argyle, el cual despues de haber conseguido alguna influencia en el Estado, queria ejercer una especie de supremacia sobre los demás jefes sus vecinos. Aunque este hombre de estado tenia gran talento y gozaba una autoridad casi ilimitada, no dejaba con todo de tener algunos defectos que le hacian odioso á los demás gefes montañeses. Su devocion, de que hacia gala, era de un carácter fanático y sombrío; su ambicion era insaciable; y los gefes subalternos le afeaban la poca generosidad de sus sentimientos. Añádase á lo dicho, que aunque montañés y descendiente de una familia en la que el valor era hereditario, y en la que se ha conservado hasta ahora, Mac-Callumore (nombre que llevaba en su país, en donde los títulos eran desconocidos) pasaba por mas hábil político que por esforzado guerrero. Él y su tribu eran particularmente objeto del odio de los Mac-Donaldes y de los Mac-Leanes, las dos tribus mas poderosas despues de la de dicho Marqués, las cuales aunque divididas por antiguas reyertas, se habían reunido por su aversion contra los Campbells ó los hijos de Diarmid, nombre que llevaba la tribu mandada por el marqués de Argyle ó Mac-Callumore.

Aquel congreso de jefes montañeses observó un profundo silencio por algunos momentos, esperando que alguno esplicase el motivo de su reunion. Por último, como nadie tomaba la palabra, uno de los mas distinguidos entre ellos abrió la dieta diciendo:

«Aquí somos convocados, señor Mac-Aulay, para tratar de la causa del Rey y de la del Estado: deseáramos saber quién es el encargado de proponernos el asunto de nuestras deliberaciones.»

Como el talento oratorio no era la prenda mas brillante de Au-

gur Mac-Aulay, rogó al señor Menteith que se encargase de esta empresa; y habiendo el Conde convenido en ello, se esplicó con dignidad y modestia en los términos siguientes: «Yo deseara, señores, que lo que voy á deciros lo dijese una persona mas conocida en vuestras comarcas y que disfrutase de una reputacion sólidamente fundada. Mas, puesto que á mí me toca llevar la palabra, debo anunciar desde luego á todos los jefes reunidos que los que deseen sacudir el yugo deshonoroso que nos ha impuesto el fanatismo, no han de perder el tiempo en pusilánimes consideraciones. Los presbiterianos ó cabezas redondas congregados en rededor de su Covenant, despues de haber hecho la guerra dos veces á su legítimo soberano, y haberle arrancado á la fuerza cuantas concesiones se les ha autojado exigir; despues de haber visto sus jefes colmados de favores y dignidades; despues de haber obtenido la satisfaccion de que el Rey declarase públicamente, cuando estaba para regresar á Inglaterra de su viaje á Escocia, que volvia satisfecho de su pueblo, sin motivo alguno de queja, sin mas pretesto que algunas dudas y sospechas deshonorosas para el Monarca y que carecen de fundamento; han enviado á Inglaterra un ejército numeroso al socorro de sus vasallos rebeldes, y para sostener una contienda tan agena de Escocia como las guerras de Alemania. En medio de tan complicados sucesos, es una fortuna sin embargo que el ardor con que se han decidido á este acto de traicion haya cegado á los jefes que usurparon el gobierno de nuestra patria acerca de los riesgos á que aquella les esponia. El ejército que ha enviado á Inglaterra bajo el mando del anciano conde de Leven se compone de las tropas veteranas que se levantaron en las dos últimas guerras y que componian la fuerza del ejército escocés.»

El capitán Dalgetty se levantó al oír estas palabras, y le interrumpió para decirle que le constaba que en el ejército de Leven habia muchos veteranos de las guerras de Alemania. Pero Allan, que estaba á su lado, le tiró del brazo con aspereza, obligándole á sentarse; y poniéndose en seguida un dedo en la boca

le dió á entender que debía guardar silencio. Dalgetty le echó una mirada de indignacion y desprecio, la cual no alteró en lo mas mínimo la gravedad del montañés; y el Conde continuó en estos términos:

«Así pues, el momento no puede ser mas favorable. Ya habrán podido conocer los buenos y leales escoceses que los empleos que poco tiempo ha se han concedido á los de su país han recaído únicamente en un corto número de sediciosos y de hombres turbulentos, cuya ambicion y egoismo han sabido aprovecharse del fanatismo que se ha esparcido como un torrente por toda Escocia. El marqués de Huntly, apostado en el norte, me ha escrito algunas cartas que podré mostrar á cada uno de vosotros separadamente. Este sugeto distinguido, y no menos leal que poderoso, está resuelto á echar mano de todos los medios que le sugiera su celo para que triunfe la causa del Rey: y el conde de Scaforth se halla pronto á abrazar el mismo partido. Tengo iguales noticias del conde de Airly, de los O'Guilvies del condado de Angus, y no dudo que pronto saldrán á campaña con los Hays, los Leithes, los Burnets y otros caballeros leales, quienes formarán un cuerpo mas que suficiente para hacer rostro á las cabezas redondas del norte, á las cuales han dado ya pruebas de su valor, pues sabido es que las derrotaron en el famoso ataque conocido bajo el nombre del *trote de Turiff*. En el sur de los condados de Forth y de Fay, el Rey cuenta con gran número de amigos, que descontentos por las contribuciones que se les imponen, y por los juramentos á que se les obliga, no aguardan mas que una señal para tomar las armas y reprimir la tiranía del Parlamento y la insolencia inquisitorial de los presbiterianos. Douglas, Traquair, Roxburgh, Hume, adictos todos á la Real causa, la defenderán en el sur; y dos hombres distinguidos por su carácter é ilustre cuna, que se hallan aquí presentes y que han venido al intento del norte de la Inglaterra, os responderán del celo de los condados de Cumberland, de Westmoreland y de Northumberland. ¿Qué pueden oponer las cabezas redondas á los es-

fuerzos de tantos caballeros no menos valientes que decididos? ¿Cuántos habrá entre los jefes montañeses que abracen el partido de los presbiterianos? Uno solo se me podrá citar, tan conocido como es despreciado. Pero ¿habrá quién echando una ojeada sobre esta asamblea, y conociendo el poder, la valentía y lealtad de los jefes que la componen, dude ni un instante que las fuerzas que pueda presentar Mac-Callumore no sean en breve aniquiladas? Debo además advertiros que ya se ha reunido el dinero y las municiones necesarias para el ejército que se trata de levantar; y que algunos oficiales de mérito que en las guerras extranjeras han adquirido justa celebridad y una experiencia consumada, uno de los cuales se halla actualmente entre nosotros, han tomado á su cargo la instruccion de los nuevos reclutas que fuere necesario formar en lo sucesivo.» Al oír esto se puso Dalgetty muy espetado, y erguiendo la cabeza, paseó la vista por toda la asamblea, como para decir á todos: «Ese soy yo, caballeros.»

«Un cuerpo de tropas auxiliares irlandesas, continuó el Conde, enviado desde Vester por el conde de Antrim, ha verificado su desembarco y se ha apoderado del fuerte de Mingarry con el socorro de la tribu de Mac-Ronald, á pesar de todos los esfuerzos de Mac-Callumore, y se halla actualmente en camino para Darnlinvarach. Ya no me queda, señores, otra cosa que deciros, sino que confiamos todos los buenos que echeis en olvido todas las consideraciones secundarias, y que junteis vuestros esfuerzos en favor de la causa comun, dando cada uno en su respectiva tribu la señal del combate, y reuniendo con la celeridad del rayo todas vuestras fuerzas para que, al caer sobre nuestros enemigos, podamos aniquilarlos antes que se recobren del terror que les inspirará el primer sonido de nuestra gaita bélica. Por mi parte, aunque ni mi poder ni mis riquezas me colocan en el primer órden de la nobleza escocesa, no ignoro lo que de mí reclama la dignidad de una casa ilustre y antigua; y por lo tanto consagro mi vida y mi hacienda al triunfo de la causa que he abrazado.

Hagan los demás otro tanto, y mereceremos la aprobacion de nuestro soberano, y el reconocimiento de la posteridad »

Los repetidos aplausos que siguieron á este discurso, demostraron al Conde que la opinion general estaba conforme con la suya. Sin embargo ninguno de los jefes tomaba la palabra, y se miraban unos á otros como si hubiera aun algun punto importante que arreglar.

Cada cual hablaba en voz baja con su vecino; y al fin uno de ellos, respetable por sus canas, aunque no era mas que un jefe de segundo órden, se levantó, y respondió al señor Menteith en estos términos:

«Habeis hablado, señor Conde, con mucho tino, y no hay ni uno solo entre nosotros en cuyo corazon no ardan esos mismos sentimientos con llama inestinguible. Pero no bastan las solas fuerzas para ganar las batallas. La pericia del general alcanza la victoria, no menos que el brazo del soldado. ¿Quién levantará la bandera bajo la cual nos congreguemos? ¿Podrá nadie figurarse que hayamos de aventurar la vida de nuestros hijos y la flor de nuestros compatriotas, sin saber bajo las órdenes de quién van á pelear? Eso seria sacrificar y conducir á una ruina casi cierta las personas que las leyes divinas y humanas nos mandan conservar. ¿Dónde está el decreto del Rey en cuya virtud sus fieles vasallos son llamados á tomar las armas? Por muy simples é ignorantes que se nos crea, no dejamos de entender las leyes de la guerra tan bien como la de nuestro país, y no daremos ningun paso que pueda turbar la paz general, sin órden espresa del Rey, y sin un jefe que sea digno de mandarnos.

—¿Y dónde encontraréis ese jefe, exclamó otro montañés, á no ser el representante de los lores de las islas, cuya familia ha gozado siempre el derecho de mandar á todas nuestras tribus reunidas? ¿Y quién puede alegar mas justos títulos para el mando que Vich-Alister More?

—Convengo, dijo con vehemencia otro de los jefes, que el representante de los lores de las islas tendria derecho á mandarnos;

pero niego que Vich-Alister More merezca ese nombre : y si pretendiere ser mirado como tal, pruébeme que su sangre es mas encarnada que la mia.

—Eso es muy fácil, respondió Alister More echando mano á la espada.»

El conde Menteith se precipitó entre los dos, diciéndoles que á los intereses de Escocia, á la libertad de su pais y á la causa del Rey, debian ceder las pretensiones de preeminencia y las disputas sobre sus diferentes grados de nobleza.

Muchos de los jefes que no querian ser mandados por ninguno de los concurrentes, unieron sus esfuerzos á los del Conde ; pero ninguno se esplicó con mas energía que el célebre Evan Dhu.

« Yo llego, dijo, de las orillas de mis lagos, cual bramador torrenete que baja de la montaña. Así como este nunca retrocede hácia su origen, juro que ya no vuelvo yo atrás. El que sirve al Rey y á la patria, se desentiende de pretensiones personales. Mi voto será por el general que S. M. hubiere nombrado, el cual poseerá sin duda todas las prendas necesarias para mandar á unos hombres como nosotros. Será sin duda de ilustre nacimiento, porque si así no fuere, no podríamos sin mengua servir bajo sus órdenes: deberá ser prudente y experimentado, sin lo cual correria peligro la seguridad de nuestros conciudadanos : es preciso que sea el mas valiente entre los valientes para que merezca nuestro aprecio, y que á la firmeza reuna la prudencia para mantener el orden entre nosotros. ¿ Podrá V. decirnos, señor Conde, dónde halláremos un general que reuna estas prendas ? »

—No es menester buscarle muy léjos, exclamó Allan Mac-Aulay ; delante de vosotros le teneis : vedlo aquí, añadió poniendo lo mano sobre el hombro de Anderson que estaba de pié detrás del conde Menteith.»

La sorpresa de la asamblea fué tal, que todos enmudecieron. Todos los ojos se dirigieron hácia Anderson, el cual desembozándose y entrando en el círculo de los jefes reunidos, dijo :

« Señores, no era por cierto mi intención permanecer largo tiem-

po mudo espectador de tan interesante escena; pero la viveza de mi amigo me obliga á darme á conocer algo mas pronto de lo que habia pensado. Lo que yo hiciere por el servicio del Rey probará si merezco el honor que esta Real órden me concede. Es un decreto revestido del sello Real que manda á Jacobo Graham, conde de Montrose, tomar el mando de las tropas que han de reunirse en Escocia para el servicio de S. M.

Este discurso fué recibido con estrepitosos aplausos que resonaron por todos los ángulos del salon. Es verdad que el conde de Montrose era acaso el único á quien hubieran consentido obedecer aquellos orgullosos montañeses. Su odio inveterado y hereditario contra el marqués de Argyle era para ellos la mejor garantia de la guerra asoladora que meditaban contra él; y su experimentado valor les inspiraba las mas lisonjeras esperanzas en órden al éxito de la campaña.

CAPITULO IX.

Despues de haber dado algunos momentos al placer y al estrepitoso entusiasmo que produjo tal noticia, pidieron á voces silencio para escuchar la lectura del Real despacho; y todos los jefes, que hasta entonces habian tenido puestos sus gorros guardados de plumas, sin duda porque ninguno queria ser el primero en quitar el suyo, se destocaron á un mismo tiempo por respeto á las órdenes del Rey.

El despacho estaba concebido en los términos mas honoríficos: autorizaba á Jacobo Graham, conde de Montrose, á convocar todos los vasallos del Rey en Escocia para sofocar la rebelion que algunos traidores y sediciosos habian provocado en este reino. Mandaba á todas las autoridades que obedeciesen á Montrose y le auxiliasen en la empresa; autorizándole á dirigir proclamas, á espedir órdenes, á recompensar, castigar, conceder perdon,

destituir, nombrar comandantes y gobernadores. Dábale en fin los mas amplios poderes que hubiese podido conceder un monarca á un vasallo.

Las nuevas aclamaciones que sucedieron á esta lectura dieron á conocer la aprobacion unánime de los jefes, y su entera obediencia á la voluntad del soberano. Despues de haber recibido este honorífico testimonio de la satisfaccion general, Montrose habló separadamente á cada uno de los jefes que allí estaban reunidos. Ya conocia personalmente á los principales de ellos, pero no dejó de hablar hasta á aquellos que no hacian mas que un papel subalterno; y por el conocimiento que les mostró tener de la historia, y de los intereses y de la situacion de sus respectivas tribus, acabó de granjearse su afecto, y dió á conocer que se habia preparado de antemano á desempeñar el puesto que entonces ocupaba, estudiando la índole y las costumbres de aquellos montañeses. Mientras estaba ocupado en estos actos de política y de cortesía, sus facciones espresivas y la dignidad de su continente hacian notable contraste con el humilde traje que vestia.

La fisonomía de Montrose era de aquellas que no indican nada particular á primera vista, pero que inspiran mas y mas interés á medida que se van examinando. Era de mediana estatura, pero bien proporcionado, robusto y apto para la guerra. Su complexion era de bronce; que á no haber sido así, no hubiera sin duda soportado las fatigas y privaciones de sus memorables campañas, las que habia comenzado sometiéndose á todas las faenas de un simple soldado. Conocia todos los ejercicios militares; no era menos hábil en las artes de la paz, y poseia aquella noble franqueza que una vez adquirida se echa de ver en todas ocasiones. Su cabello largo y castaño, separado en la coronilla segun costumbre de los nobles realistas, caian sobre sus hombros formando elegantes rizos.

Sus facciones no eran hermosas, y llamaban la atencion mas bien por las prendas de la persona que por su propia regulari-

dad; pero una nariz aguileña, un ojo vivo y rasgado y una tez animada compensaban los defectos que se podian advertir en las demás partes de su rostro; de suerte, que la primera impresion que producía al mirarle era por lo comun favorable. Mas los que le veian cuando toda su alma pasaba á sus ojos llenos de energía y enardecidos por el fuego del talento, los que le oian hablar con la elocuencia de la naturaleza, formaban de su persona una opinion mucho mas favorable que los que no le conocian sino por su retrato.

Tal fué á lo menos el efecto que produjo en todos los jefes montañeses, los que, así como todos los hombres medio civilizados, daban mucha importancia á las calidades esternas.

En el discurso de la conversacion que se siguió despues, refirió Montrose todos los peligros á que ya se habia espuesto por la empresa que se trataba de ejecutar. Al principio habia concebido esperanzas de entrar en Escocia á la cabeza de un cuerpo de realistas que se habian reunido en el norte de Inglaterra para ponerse á las órdenes del marqués de Newcastle; pero jamás quisieron los ingleses traspasar la frontera, y este corto ejército se habia dispersado. Las tardanzas que habia sufrido despues el desembarco del cuerpo irlandés al mando del conde de Antrim habia traído nuevos obstáculos; y habiéndose malogrado sucesivamente diferentes planes que habia formado, se habia visto precisado á disfrazarse para atravesar las tierras llanas, á cuyo intento habia contribuido su pariente y amigo el conde de Menteith. «Como me habia conocido Allan Mac-Aulay no acierto á explicároslo.» Los que atribuian á Allan el don de vaticinio, se sonrieron misteriosamente; pero Allan se contentó con observar que no era estraño que el conde de Montrose fuese conocido de infinidad de personas que él no conocia.

«A fé de caballero, señor Conde, dijo Dalgetty hallando al fin ocasion de echar una palabra, estoy envanecido, y me tengo por dichoso de poder desenvainar mi sable bajo las órdenes de V. S. Desecho de mi corazon toda animosidad, toda hiel y todo ren-

cer contra Allan Mac-Aulay; y le perdono el haberme confinado ayer á un rincón de la mesa. Ciertamente ha hablado hoy tan bien, y de tal manera ha probado que está en todo su juicio, que habia resuelto no concederle el privilegio que solo se debe á la demencia; mas pues que no quiso quitarme el puesto sino por honer al conde de Montrose, á mi futuro general en jefe, confieso que esta preferencia era justa y debida, y de todo mi corazón saludo á Allan, y le ofrezco mi amistad.»

Después de pronunciado este discurso, que no fué comprendido ni aun escuchado, cogió la mano de Allan sin quitarse la manopla, y le apretó con mucha fuerza; y este, que no queria ser menos cortés, le apretó la suya con tanta violencia, que unas tenazas de herrero no le hubieran abollado tanto el hierro de la manopla.

Es muy probable que el capitán Dalgetty hubiera mirado como otro insulto esta prueba equívoca de su amistad, si mientras que él soplabá, sacudiéndose la mano, no hubiese llamado su atención la voz del conde de Montrose que le llamaba.

«Capitán Dalgetty, quiero decir, mayor Dalgetty, acabo de saber en este instante que los irlandeses que han de recibir lección de vuestra experiencia se hallan actualmente á muy pocas leguas de aquí.

—Los cazadores que yo he enviado al monte, dijo Augur, al efecto de traer alguna caza para esa honrada compañía, han sabido que se habia visto pasar una tropa de extranjeros que no hablaban ni nuestra lengua ni la de Escocia, mandada por Alaster Mac-Donald, llamado comunmente el joven Colkitto.

—Seguramente esa es tropa nuestra, dijo Montrose; apresúrenlos á enviarles quien les sirva de guía, y les suministre lo que puedan necesitar.

—La última parte no será la mas fácil, dijo Augur; porque según me han dicho, nada tienen de lo que necesita un ejército, escepto unos cuantos mosquetes y algunas municiones; ni tienen dinero ni zapatos, y vienen medio desnudos.

—Por demás es publicar eso tan á gritos, respondió Montrose: pero al fin y al cabo, los puritanos de Glasgow nos suministrarán excelente paño cuando hagamos una escursion en las tierras llanas; y si los ministros puritanos han podido recabar de las viejas aldeanas de Escocia que dieran sus telas para hacer tiendas á sus soldados, yo confío que mi retórica podrá determinarlas á repetir esta ofrenda patriótica, y decidir á los pícaros de sus maridos á que nos abran sus bolsillos.

—En cuanto á las armas, dijo el mayor Dalgetty, como le llamémos de aquí en adelante, si V. S. permite que un soldado viejo esponga su sentir, bastará que la tercera parte de los soldados lleve el mosquete: mi arma favorita para los otros seria la lanza, la cual es excelente ya para sostener una carga de caballería, ya para desbaratar un batallon de infantería. Cualquier oficial cerrajero es capaz de fabricar cien puntas de lanza por dia, y no faltan palos para hacer las astas. Yo aseguro que un buen batallon de lanceros, formado segun el plan del Leon del Norte, el inmortal Gustavo, derrotaria la famosa falange macedonia, cuyas proezas lei cuando me hallaba en el colegio de Mareschal en Aberdeen. Además, yo me atrevo á demostrar....»

La disertacion del Mayor sobre la táctica fué interrumpida en este instante por Allan Mac-Aulay, el cual habiendo salido un momento, volvió á entrar gritando:

«Chiton, hagan lugar á un huésped cuya presencia ni se aguardaba ni se deseaba...»

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando se volvió á abrir la puerta y se vió entrar á un hombre ya encanecido, de alta estatura, de respetable continente, y cuyo aspecto grave, aunque con afeites de orgullo, indicaba el hábito del mando. En cuanto entró echó una ojeada severa y casi terrible sobre los jefes que allí estaban reunidos. Los principales de estos le pagaron en la misma moneda mirándole tambien con indiferencia y desprecio; pero echábase de ver que algunos de los subalternos, aquellos sobre todo cuyas propiedades lindaban con las del marqués

de Argyle, hubieran deseado en aquel momento hallarse en cualquiera otra parte.

—¿A quién de vosotros, señores, deberé yo dirigirme como al jefe reconocido por esta Junta? Aunque no sería extraño, añadió en tono de burla insolente, que todavía no esteis de acuerdo sobre la elección de la persona que ha de ocupar un puesto que sin duda tendrá tanto de honorífico como de peligroso.

—Dirigíos á mí, señor Duncan, dijo Montrose llegándose á él.

—¿A vos? respondió aquel con aire de desprecio.

—A mí, repitió Montrose, al conde de Montrose, si acaso habeis olvidado quien sea.

—A lo menos me hubiera costado algun trabajo conocerle bajo el disfraz de un lacayo: sin embargo, ya hubiera yo debido imaginar que era menester un mal influjo tan poderoso como el de V. S., como el de un hombre, digo, afamado por ser uno de los perturbadores de la paz de Israel, para haber reunido en este sitio esa caterva de personas seducidas y embaucadas.

—Para responderos, señor Duncan, me serviré de la gerigonza de vuestros puritanos. La paz que yo he turbado no es la de Israel, sino la vuestra y la de vuestra familia: pero no hablemos de eso; que á nadie importa mas que á nosotros, y relatad lo que tengais que decirnos de parte de Argyle, de quien sin duda sois mensajero.

—En nombre del marqués de Argyle, en nombre del Parlamento de Escocia, vengo, conde Montrose, para saber el motivo que ha dado lugar á esta reunion. Si su objeto es turbar la paz del país, las relaciones de vecindad y las leyes del honor, hubieran debido induciros á darnos parte de vuestra intencion.

—¿Con qué unos cuantos jefes de los mas distinguidos de las montañas de Escocia, dijo Montrose, no podrán reunirse en casa de un amigo comun, sin esponerse á una visita inquisitorial, sin que vengan á preguntarles el motivo de su reunion? Esto en Escocia es cosa tan nueva como singular, añadió volviéndose hácia los jefes. Parece que nuestros abuelos estaban acostumbrados

á reunirse para sus cacerías ó para otros objetos, sin que para ello tuvieran que pedir permiso al gran señor Mac-Callumore, y sin que tuviesen que dar cuenta á ninguno de sus emisarios ni de sus subalternos.

—Ya se ha visto en Escocia ese tiempo de que hablais, dijo uno de los jefes cuyas tierras lindaban con las del marqués de Argy-le; y aun se verá otra vez, cuando los usurpadores de nuestros fueros y haciendas se vean reducidos á ser meros *lairds* de Lochow, como lo eran sus abuelos, y cuando dejen de caer como nube de langostas sobre nuestras mieses para devorarlas.

—¿Con qué será preciso que yo me persuada, dijo el señor Duncan, de que todos esos preparativos se dirigen ó contra mi nombre y contra la tribu de Campbell, ó contra todos los habitantes pacíficos de Escocia?

—Antes que el laird de Ardenwohr pase mas adelante con sus atrevidas preguntas, dijo otro de los jefes con vehemencia, yo tambien tengo una que hacerle. ¿Ha traído mas de una vida á este castillo, que se atreve á chancear con nosotros y á insultarnos?

—Señores, dijo Montrose, os ruego que tengais un poco de paciencia. Un hombre que viene á hablarnos en clase de embajador puede decir cuanto se le antoja, y aun tiene derecho á un salvo conducto; mas puesto que el señor Duncan Campbell es tan exigente, quiero intimarle que aquí se halla entre fieles vasallos del Rey convocados por mí, en nombre, bajo la autoridad, y en virtud de órden especial de S. M.

—Luego si he de juzgar por esa declaracion, dijo Duncan, vamos á tener una guerra civil en toda forma. Bastante tiempo he ejercido el oficio de soldado para que esa noticia me cause recelo; pero permítame el conde Montrose que le diga que en estas circunstancias hubiera debido atender menos á su ambicion, y un poco mas á la paz de todo este país.

—¿Quiénes son, señor Duncan, los que han consultado su ambicion y su interés? ¿Son otros que aquellos que han reducido

la Escocia al extremo en que se halla, y que exige imperiosamente el terrible remedio que vamos á emplear á pesar nuestro ?

—Y entre los sugetos de que hablais, ¿qué puesto podremos señalar á un ilustre Conde que fué tan exaltado partidario de la Confederacion ; que en 1639 fué el primero que pasó el Tweed para atacar el ejército realista al frente de su regimiento ? ¿ No es él tambien quien hizo firmar esa misma Confederacion, al filo de la espada, á los vecinos de la ciudad de Aberdeen ?

—Os entiendo, señor Duncan, respondió Montrose con moderacion ; pero si he cometido en mi juventud las faltas que vos me echais en rostro, si me he dejado seducir por las palabras insidiosas de algunos hipócritas ambiciosos, mi arrepentimiento merecerá su perdon. Aquí estoy con la espada en la mano, dispuesto á derramar toda mi sangre para reparar mis extravíos juveniles ; que es cuanto de un hombre puede exigirse.

—Mucho siento, señor Conde, tener que trasladar una relacion como esa al marqués de Argyle, el cual me ha encargado además, con la mira de evitar los males que siempre resultan de un rompimiento entre montañeses, que os proponga una tregua por lo que respecta á nuestras montañas. Harto grande es Escocia para hallar en ella campos de batalla, sin que los mismos moradores talen y destruyan recíprocamente sus haciendas.

—En efecto, es proposicion pacífica, dijo Montrose sonriéndose con ironía, y tal cual era de esperar de un hombre cuya conducta, mas bien que sus intenciones y que sus consejos, ha probado en todos tiempos que es amigo de la paz. Sin embargo, si fuera posible fijar imparcialmente y con justicia las condiciones de esa tregua, si se nos diese una garantía (pues sin ella nada adelantamos) de que el Marqués las observará religiosamente ; yo consentiria por mi parte en dejar la paz á nuestras espaldas. puesto que de todos modos hemos de llevar la guerra adelante. Pero, señor Duncan, harto conoceis las leyes de la guerra para que creais que os permitamos permanecer mas tiempo en este castillo, donde sois testigo ocular de todas nuestras operaciones.

Así que, ahora mismo os van á servir algunos refrescos, y en seguida volveréis á Inverary acompañado de un oficial, á quien autorizaremos para arreglar las condiciones de una tregua en nuestras montañas, con tal que el Marqués nos dé las seguridades necesarias.»

El señor Duncan respondió con una inclinacion de cabeza.

«Señor Menteith, continuó Montrose, ¿tendreis la bondad de seguir al señor Duncan Campbell de Ardenvohr en tanto que nosotros vamos á deliberar sobre la eleccion del oficial que deberá acompañarle? Mac-Aulay no llevará á mal le suplique que dé las órdenes convenientes para que el señor Duncan sea tratado con arreglo á las leyes de la hospitalidad.

—Yo cuidaré de eso, respondió Allan adelantándose; yo aprecio al señor Duncan: ambos hemos padecido en otro tiempo los mismos males, y no lo he echado en olvido.

—Conde Menteith, dijo el señor Duncan, duéleme de veros empuñado, á la edad que teneis, en una empresa temeraria, abrazando la causa de la rebeldía.

—Jóven soy, respondió el Conde, pero ya tengo bastantes años para distinguir la buena causa de la mala, y la lealtad de la rebeldía. Cuanto mas temprano entra el hombre en el buen sendero, mas persevera en él y no tuerce jamás.

—¿Y vos tambien, querido Allan? dijo Duncan apretándole la mano. ¿Es posible que desenvainemos el sable uno contra el otro, despues de haber peleado tantas veces juntos contra el enemigo comun?»

Volviéndose luego hácia los jefes: «Señores, les dijo, entre vosotros veo no pocos que merecen todo mi afecto, y siento infinito que desecheis toda mediación. Dios juzgará, añadió alzando los ojos al cielo, entre los amigos de la paz y los que no perdonan medio para atizar la guerra civil.

—Amen, dijo Montrose. Todos nos sometemos á ese tribunal.»

El señor Duncan salió acompañado de Allan Mac-Aulay y del conde Menteith.

«Ved ahí un verdadero Campbell, dijo Montrose cuando le vió salir; hace ya mucho que de ellos se dijo: *Buenas palabras y malos hechos.*

—Perdonad, Milord, dijo Evan Dhu: aunque enemigo implacable de los Campbells, siempre he conocido al laird de Ardenvohr valiente en la guerra, hombre de bien en la paz, y prudente en los consejos.

—No ignoro, dijo Montrose, que su carácter personal merece el elogio que de él haceis; pero Duncan no ha hablado aquí sino como órgano ó intérprete de su jefe, el cual es el hombre mas falso que existe en Escocia.

—Mac-Aulay, dijo luego en voz baja á su huésped, para que sus artificiosos discursos no hagan impresion en la poca experiencia de Menteith ó en vuestro hermano, creo que seria del caso enviarles algunos gaiteros al efecto de impedir que se empee la conversacion.

—¿Algunos gaiteros? respondió Augur; solo tengo uno, y este aun no ha cobrado aliento; tan rendido está de la contienda con otros de su oficio: pero voy á enviarles á Anita Lyle con su arpa.»

Dicho esto salió un instante para dar órdenes al intento.

Entretanto se suscitó una disputa algo acalorada sobre la eleccion de un enviado que acompañase al señor Duncan á Inverary. Semejante propuesta no podia hacerse á los jefes mas distinguidos, acostumbrados á mirarse como iguales á Mac-Callumore; y los que no podian alegar este pretexto, se negaron tambien á encargarse de esta embajada. No parecia sino que Inverary fuese el valle de Josafat: tal era la repugnancia que todos manifestaban en ir allá. Despues de muchos debates concluyeron por confesar que cualquier montañés que tomara á su cargo una embajada tan poco agradable para Mac-Callumore, se veria espuesto mas adelante al resentimiento de este caudillo, cuya memoria era muy tenaz en eso de injurias.

En este apuro, Montrose que miraba la propuesta de una tre-

gua como una estratagema de Argyle, aunque no se había atrevido á desecharla abiertamente en presencia de los que se interesaban en que fuese aceptada, resolvió confiar á Dalgetty esta comision, no menos honrosa que arriesgada ; y para decidirle á que la aceptase, le observó que él no tenia en las montañas ni tribu ni hacienda en donde Argyle pudiera saciar su venganza.

« Mas, si yo no tengo ni tribu ni hacienda, respondió Dalgetty, tengo á lo menos mi pescuezo ; y ¿ qué será de mí si recae en él su venganza ? No seria la vez primera que un ilustre embajador ha sido ahorcado como espía. Ni los mismos Romanos trataron mucho mejor á los diputados de Capua, á quienes les cortaron las narices y las manos, y les sacaron los ojos ; y luego les dejaron ir en paz.

—A fé de caballero, Mayor, dijo Montrose, que si Argyle fuese osado á poneros la mano encima , habria de ser tan terrible mi venganza, que se hablara de ella en toda Escocia.

—Poco consuelo seria esto para mí, replicó Dalgetty ; pero no importa : ¡ valor, y á ello ! Teniendo á la vista la tierra de promision, la hacienda de Drumthwacket, *mea paupera regna*, como decíamos en el colegio de Mareschal, yo tomo por mi cuenta el encargo de V. E., sabiendo que un hombre de honor debe obedecer las órdenes de su general, aunque sea con riesgo de morir de un sablazo, y hasta colgado de la horca.

—No esperaba menos de vuestro valor, dijo Montrose. Ahora pues, seguidme : os daré instrucciones, y os informaré de las condiciones con que podremos concluir una tregua para el interior de nuestras montañas. »

No es nuestro intento fastidiar á los lectores con el pormenor de las citadas instrucciones, las cuales eran evasivas, como parecia exigirlo una propuesta que Montrose juzgaba hecha con la mira de ganar tiempo. Luego que hubo acabado de explicar á Dalgetty su intencion, al retirarse hizole este el saludo militar á la puerta de la sala ; pero Montrose le hizo señas que volviese á entrar.

«Yo creo, le dijo, que no necesito recordar á un oficial que ha servido bajo las órdenes del gran Gustavo, que un enviado, por que tal es vuestra comision, no debe ceñirse á ejecutar literalmente sus instrucciones; y que su general confia recibir de él, á su regreso, alguna noticia en órden al campo del enemigo: en una palabra, es menester, Mayor, que esos ojos estén despavilados.

—¡ Ah, ah ! respondió Dalgetty dando á sus facciones groseras una espresion indefinible de astucia y de inteligencia; si no me ponen la cabeza en un costal, como lo he visto practicar con otros respetables caballeros de quienes se sospechaba que llevaban las mismas miras que yo, puede V. E. contar con una relacion muy exacta de cuanto hubiere visto ú oído Dugald-Dalgetty, aun cuando fuera menester deciros cuantas sonatas tocan las gaitas de Mac-Callumore y cuantos pligues tiene su manto y su sayo, suponiendo que esté vestido como todos esos valientes jefes.

—Muy bien, respondió Montrose; á Dios, Mayor: dicen que las damas no declaran su pensamiento sino en la posdata de sus cartas; pensad otro tanto de vuestra mision, cuya mayor importancia está en las últimas instrucciones que acabo de daros.»

Dalgetty le manifestó con un nuevo gesto que le entendia perfectamente, y se retiró para hacer los preparativos de su viaje.

A la puerta de la cuadra, donde se dirigió desde luego porque Gustavo merecia todo su cuidado, encontró á Augur Mac-Aulay y á sir Miles Musgrave que venian de ver su coronel; y despues de haberle encarecido su mérito, se empeñaron ambos en que no llevase aquel hermoso animal á un viaje que debia ser muy penoso.

Augur le hizo una pintura alarmante del estado de los caminos, ó por mejor decir, de las veredas casi intransitables que era menester seguir por medio de ásperos montes en todo el condado de Argyle; de las miserables chozas en donde tendria que pasar la noche, sin encontrar ni un pienso siquiera para su caballo, como no le regalase con algun arbusto seco: de modo, que

aun en el caso que volviese vivo, no serviría ya para las fatigas de la guerra.

El inglés confirmó con gravedad lo que su amigo acababa de decir, y juró que consentía que el diablo le llevara si no tenía por locura rematada la idea de llevar á una expedición semejante tan buen caballo, y aun que fuera un rocinante.

Dalgetty se puso á mirarlos de hito en hito, como si no supiera que hacer. «¿Qué me aconsejais pues que haga? les preguntó.

—Por vida mía, le dijo Augur, que si me le quereis encargar podeis contar con que será alimentado y cuidado como merece, y que le encontrareis á la vuelta tan lucido como una cebolla cocida en manteca.

—Y sino, dijo sir Miles Musgrave, si ese buen caballero quiere deshacerse de él á un precio razonable, todavía anda rodando por mi bolsillo parte de mis candeleros de plata, que estoy dispuesto á trasladar al suyo.

—Hablemos claros, caballeros, dijo Dalgetty mirándolos con el ademán espresivo de quien penetra la intencion del que quiere engañarle: ¿os alegraríais de quedaros con alguna memoria del veterano, en caso que á Mac-Callumore le diese el antojo de colgarle delante de la puerta de su castillo? Convengo en que sería para mí muy satisfactorio dejar por heredero de Gustavo á un noble y leal caballero como sir Miles-Musgrave, ó á un digno jefe de tribu como nuestro escelente huésped.» Ambos se apresuraron á protestar que no era esa su intencion, y volvieron á insistir con mas ahinco que antes en el mal estado de los caminos. Augur Mac-Aulay le citó los nombres bárbaros de una multitud de montes, peñascos y precipicios por donde habria de pasar..... y el viejo Donald, que llegó en aquel instante, confirmó las noticias de su amo, levantando al Cielo los ojos y las manos, y meneando la cabeza á cada palabra que el laird hablaba; pero nada de esto hizo mella en el impasible Mayor.

«Amigos, les dijo, Gustavo no es novicio en materia de viajes.

Está hecho á las fatigas ; ha visto las montañas de Bohemia, que no van en zaga á las de que el señor Augur hace una pintura tan horrorosa, y que confirma en todas sus partes sir Miles, que nunca las ha visto ; y son tales, que se las puedan apostar con los peores caminos de toda Europa. Es menester que sepais además que mi caballo tiene una excelente calidad, cual es la de servir de compañero. Es verdad que no puede beber en el mismo vaso que yo ; pero repartimos mi pan entre los dos, y en cualquiera parte que se hallare comerá como yo. Mas para convenceros, amigos míos, hacedme el favor de examinar el palafren de sir Duncan, que está allí al lado del mio ; mirad que gordo y que bueno está : sabed pues, para calmar de una vez vuestra inquietud, que primero les faltarán víveres á ese palafren y á su amo, que á Gustavo y á mí estando juntos. »

Dicho esto, llenó una grande medida de avena, y la puso delante de su corcel, que relinchando, rehilando las orejas, y dando manotadas en el suelo al ver á su amo, manifestaba de este modo la estrecha amistad que habia entre ambos, y no probó su racion sin haberle dado antes pruebas de su cariño, lamiéndole las manos y la cara ; hecho lo cual, empezó á despachar el pienso con presteza, costumbre que habia adquirido en el servicio militar. Su amo, despues de haberle estado mirando con el mayor placer, le dijo : « Buen provecho, Gustavo ; ahora es menester que yo tambien vaya á proveerme para nuestra campaña. » Retiróse entonces saludando con gravedad á Augur y. sir Miles, quienes despues de haberse estado mirando un rato sin decir palabra, prurumpieron en descompasada risa.

« Ya sabrá el perillan gobernarse en el mundo, dijo sir Miles.

—Sí, respondió Augur, con tal que escape de las manos de Mac-Callumore tan fácilmente como de las nuestras.

—¿ Creeis, dijo el inglés, que no respetará en su persona el derecho de gentes y las leyes de la guerra ?

—No mas de lo que yo respetaría una proclama del Parlamen-

to de Escocia, replicó Mac-Aulay. Pero entremos; ya es tiempo que nos reunamos con la compañía.

CAPITULO X.

Lord Menteith y Allan Mac-Aulay habian conducido á sir Duncan Campbell á un aposento retirado, en donde le presentaron toda clase de refrescos. Sir Duncan recordó á este último una campaña, ó mas bien una especie de cacería que habian hecho juntos contra los hijos de la niebla, á quienes profesaban ambos odio irreconciliable, y en seguida fué poco á poco dirigiendo la conversacion al punto esencial, y empezó á hablar del objeto de su viaje.

Sentiria mucho, dijo, que amigos y vecinos que deberian auxiliarse mutuamente, volviesen las armas unos contra otros por una causa en que tenian tan poco interés. ¿Qué importa á los jefes de los montañeses que venza el Rey ó el Parlamento? ¿No valdria mas dejarlos que allá se las hubiesen, sin tomar parte por ningun partido, aprovechándose los jefes de esta coyuntura para cimentar su propia autoridad, poniéndola al abrigo del partido dominante, cualquiera que fuese?

Hizo despues presente á Allan-Mac-Aulay que las medidas tomadas en el último reinado para establecer la paz entre los montañeses de Escocia, se dirigian de hecho contra el poder patriarcal de los jefes: citó en apoyo de sus razones el establecimiento de aquellos colonos que fueron á avencindarse en Lewis, como haciendo parte de un plan deliberado dirigido á introducir extranjeros entre las tribus celtas, destruyendo gradualmente sus antiguos usos, y despojándolos de la herencia de sus padres. «Y sin embargo, añadió dirigiéndose á Allan, únicamente para dar una autoridad despótica al Monarca que ha concebido semejantes designios, atizan tantos jefes montañeses la tea de la discordia,

y están dispuestos á desenvainar la espada contra sus vecinos, sus aliados y sus antiguos compañeros de armas.

—Todas esas consideraciones, dijo Allan, debe dirigir las el noble Ardenvohr al representante de nuestra familia: es verdad que yo soy hermano de Augur; mas como tal, solo soy el primero de sus vasallos, y la primera obligacion que me impone el vínculo de la sangre, es dar á los demás el ejemplo de ciega obediencia á sus órdenes.

—La causa por otra parte es mucho mas general de lo que le parece á sir Duncan Campbell, dijo lord Menteith, á quien su patriótico ardor no le permitió guardar silencio en semejante ocasion: no tiene por objeto tal ó tal tribu, tal ó tal colonia, los montañeses, ó los habitantes de la tierra baja: se trata de saber si nos dejaremos gobernar por la autoridad ilimitada que se arroga una secta de hombres que bajo ningun respeto nos son superiores, en vez de someternos al gobierno natural del Príncipe contra quien se han alzado. En cuanto á los intereses particulares de los montañeses, continuó, os ruego, sir Duncan, que disimuleis mi franqueza; però paréceme que la única ventaja que resultaria de la usurpacion actual, seria el engrandecimiento de una sola tribu, que ya destruye por su desmesurado poder el provechoso equilibrio que aseguraria la independenciam de todos los jefes de esas montañas.

—Yo no responderé, Milord, dijo sir Duncan, porque conozco vuestras preocupaciones y porque sé qué origen traen: sin embargo, permitidme os diga que estando al frente de una rama rival de la familia de Graham, una persona como el conde de Menteith hubiera debido, siguiendo el ejemplo de uno de sus mayores, desdeñar la tutela bajo la cual se ha puesto, y correrse de estar sumiso á las órdenes de un conde de Montrose.

—En vano tratáis, sir Duncan, respondió con altanería lord Menteith, de poner mi vanidad en oposicion á mis principios. ¿No fué el Rey quien dió á mis mayores las distinciones y los títulos? ¿Cómo podria yo cometer la bajeza de invocar esas mismas

distinciones para no pelear por la causa Real bajo las órdenes de un guerrero que es mas digno que yo de ser general en jefe? ¿Quién preferirá la vil pasión de la envidia á la honra de servir bajo las órdenes del escocés mas valiente, mas generoso y leal?

—Es de sentir, dijo el anciano caballero, que no podais añadir á esos elogios el de la firmeza y perseverancia en sus principios; mas no quiero yo, Milord, entrar con este motivo en una discusion inútil. Ya se sabe lo que ha de ser de vos; yo lo sé: permitidme sin embargo que llore el funeste ascendiente que tienen Augur Mac-Aulay y V. S. sobre mi noble amigo, el infeliz Allan, á quien arrastra á su perdicion la natural impetuosidad de su hermano.

—Está echada la suerte para todos nosotros, replicó Allan en tono melancólico. La mano de hierro del destino graba sobre nuestra frente el decreto de nuestra fortuna, próspera ó adversa, antes que nosotros podamos mover un dedo para evitarlo. ¿Si no fuera así, ¿cómo distinguiríamos lo futuro entre los oscuros presagios que le persiguen y rodean dia y noche? No nos cansemos: solo prevemos lo que forzosamente há de suceder.»

Iba á responder sir Duncan Campbell y á entablar una disputa acerca del punto mas oscuro y disputado de la metafísica, cuando se abrió la puerta y vieron entrar en el aposento á Anita Lyle con el arpa en la mano. Brillaba en su mirar la soltura de una montañesita escocesa. Como en los primeros años de su niñez habia tenido la mayor intimidad con el hidalgo Mac-Aulay, con su hermano, con lord Menteith y con otros señores jóvenes que venian frecuentemente al castillo de Darlinvarach, no tenia aquella timidez tan natural en las jóvenes que han sido educadas entre las personas de su sexo. El traje de Anita era antiguo, porque las modas se introducen rara vez en las ásperas montañas de Escocia, siéndoles aun mas difícil penetrar en los castillos, casi esclusivamente habitados por hombres cuya sola ocupacion es la caza ó la guerra; pero á pesar de eso, vestia con

cierto lujo y como persona de distincion. Su túnica, abierta por delante, era de una tela azul ricamente bordada, con cuello derecho en que relucian unos bellos broches de plata; las mangas, que apenas llegaban al codo, eran anchas y estaban guarnecidas de galon de oro; por bajo de dicha túnica llevaba un zagalejo de raso azul tambien bordado, y de color mas débil que aquella; pendia del cuello una cadenita de plata, de la que colgaba la llave para templar el instrumento; y un pasador de bastante precio, regalo de lord Menteith, atravesaba y unia por delante la esclavinita que unia sus hombros; en fin algunos rizos de su rubia y poblada cabellera llegaba hasta sus cejas, que en parte cubrian. En esta disposicion, con la sonrisa en los labios y el color de la rosa en sus mejillas, anunció Anita que venia de parte de Mac-Aulay á ver si gustaban de que les diese un rato de música.

Sir Duncan miraba con no menós sorpresa que interés á la linda doncella cuya repentina entrada habia interrumpido su discusion con Allan Mac-Aulay. «¿Es posible, le dijo al oido, que una jóven de tan gentil parecer y adornada de tantas gracias viva solo del arpa y á espensas de vuestro hermano?»

—¿A espensas? respondió Allan con viveza; no, no, Duncan; es.... (y titubeó un instante) es una parienta cercana de nuestra familia; y se la trata, continuó con tono mas firme, como hija adoptiva de la casa.»

Apenas hubo dicho estas palabras, se levantó de la mesa y cedió su lugar á la jóven Anita con aquel ademán de cortesía que saben tomar los montañeses de Escocia, convidándola á refrescar al mismo tiempo con obsequiosas atenciones, proponiéndose sin duda dar por este medio á sir Duncan una idea ventajosa de la clase y nacimiento de su ahijada: si tal era su intencion, eran por demás sus afanes. Sir Duncan tenia sin cesar los ojos clavados en Anita, y habia en sus miradas una espresion que indicaba un interés de muy distinta naturaleza que el que hubiera podido inspirarle la mera idea de que la linda jóven era hija de

ilustres padres. La misma Anita experimentaba cierta timidez al ver que la miraba con tanta atencion aquel caballero; de modo, que aunque habia templado el arpa, no se resolvia á cantar : mas habiendo echado de ver que Allan y lord Menteith la animaban con una mirada, cantó en lenguaje céltico los versos siguientes, que nuestro amigo el señor Secundus Macpherson, cuyos buenos oficios hemos citado mas de una vez , nos ha dado el gusto de traducir del modo siguiente :

Pedíale junto al tronco
de alta y susurrante encina
á hidalga dueña limosna
una triste huerfanita.
«Cual tú donosa, le dijo,
blonda cual tú, suave y niña,
de mi amor perdí la prenda
víspera de santa Brígida.
Era la noche, silbaba
ronca tempestad bravía...
brama el trueno... las nubes
lanzando eléctricas chispas,
vagaban por esos cielos
cual nuncios de mi desdicha,
cuando bárbaros sayones
de los que esta selva cria
llevaronse de mis brazos
mi dulce, mi gentil hija.
—Señora!... tambien mi suerte,
respondió la pobre niña,
ordenó que me robasen
víspera de santa Brígida.
—¡Es posible! Llega, llega,
dice la dueña y suspira,
y entre sus brazos estrecha
la inocente huerfanita.
Ve brillar en sus luceros,
lentos de infantil delicia,
del consorte los amores,
y en su rostro la sonrisa.
Bañala con suave llanto,
y desde tan dulce día
en el espléndido alcázar
amor y entusiasmo inspiran.

Mientras cantaba Anita este romance con una gracia sin igual, observó con admiracion lord Menteith que habia producido en el ánimo de sir Duncan una impresion mas profunda que lo que se hubiera podido imaginar de un hombre de su edad y de su ca-

rácter: no ignoraba que los montañeses de aquel tiempo oían una canción ó un romance con mucha mayor ternura y sensibilidad que los habitantes de las tierras bajas; pero no bastaba esta sola razón á explicar porque recelaba tanto el anciano fijar los ojos en la cantarina como si le hubiese de resultar algun mal de pararse á contemplar un objeto tan digno de atención. Menos se debía aun esperar que una circunstancia tan sencilla pudiese causar una alteración tan notable en unas facciones en donde estaba comunmente pintada la mas austera altivez y la rígida inflexibilidad. Dejó caer poco á poco sus largas y nevadas pestañas, hasta cerrar enteramente sus ojos, de que destilaban furtivamente algunas lágrimas; y permaneció silencioso y en la misma postura por espacio de dos ó tres minutos luego que dejó de oír la armonía del arpa: en seguida levantó la cabeza y miró á Anita Lyle como si la fuese á hablar; pero mudando en el mismo instante de intención, iba á dirigir la palabra á Allan, cuando abrió la puerta y entró el señor del castillo.

Estaba encargado Augur Mac-Aulay de una embajada que no sabia como desempeñar, y se conocía el compromiso en que se hallaba, por la estraña dirección y por los ambiguos rodeos que dió á su arenga para decir á sir Duncan que el oficial que debía acompañarle aguardaba sus órdenes, y que estaba dispuesto todo para el viaje.

Levantóse sir Duncan con enojo; y el desaire que juzgó se le hacia con semejante aviso convirtió en cólera la agitación que la música habia ocasionado en su ánimo.

« No contaba yo con semejante azogada, dijo, echando una mirada de indignación á Augur Mac-Aulay; no hubiera yo creído que hubiese entre los montañeses del Oeste un jefe que para festejar á un sajón tuviese la bajeza de venir á intimar al hidalgo Ardenvohr que saliese de su castillo cuando el sol se aleja del meridiano, y antes de vaciar el segundo vaso. Pero, á Dios, señores; ahora estoy viendo como se cumple aquí con los deberes de la hospitalidad; y la primera vez que volviere al castillo de Darn-

linvarach, será con la espada desenvainada en una mano, y una tea encendida en la otra.

—Venid, dijo Augur; y aun cuando viniereis acompañado de quinientos Campbells, yo me obligo á recibiros como corresponde; y la fiesta que se os prepare será tal, que no trendreis motivo de quejaros otra vez de vuestros huéspedes.

—Gente amenazada vive mucho tiempo, replicó el anciano: son muy sabidas vuestras fanfarronadas, hidalgo Mag-Aulay, para que la gente de algun valer haga caso de ellas. Vos, Milord, y vos Allan, que habeis hecho las veces de mi nada delicado huésped, recibid, os ruego, miles de gracias. Y vos, linda hechicera, continuó con alguna agitacion dirigiéndose á Anita Lyle y poniéndole en el dedo una sortija, espero que acepteis esta fineza como una leve memoria: habeis abierto en mí una fuente que yo creia agotada hacia mucho tiempo.»

Dicho esto, salió del aposento, y mandó que llamasen á su comitiva. Augur Mac-Aulay, ofendido de los cargos que le habia hecho, y estando tambien algo corrido, no quiso acompañarle. Encontró sir Duncan en el patio su palafren y sus criados, que estaban prontos para emprender la marcha. Tambien le aguardaba con un pié en el estribo el noble mayor Dalgetty, quien así que vió á sir Duncan echó á andar á su lado con el resto de la comitiva.

CAPITULO XI.

El viaje fué largo y penoso, aunque no tanto como habia querido suponer el hidalgo Mac-Aulay. La tardanza provino del gran cuidado con que sir Duncan se alejaba de los senderos ocultos por donde podia ser atacado el condado de Argyle, entrando por Poniente, pues se acordaba que su pariente y jefe el señor Marqués solia decir que, aunque le valiese un reino, no querria

que mortal ninguno supiese los desfiladeros por donde podia entrar en su país una fuerza armada.

Huia pues sir Duncan casi siempre de las montañas, y se dirigió hácia el puerto de mar mas inmediato, en donde tenia á sus órdenes muchas galeras. Entraron á bordo de una de ellas, y los siguió Gustavo, que estaba tan acostumbrado á las aventuras, que el ir por mar le parecia tan indiferente como á su amo.

Era el viento favorable, y habiendo echado todas las velas, empezaron á navegar con rapidez. No duró mucho la travesía, pues el dia siguiente por la mañana anunciaron á Dalgetty, que estaba entonces en un camarote bajo el puente, que la galera se hallaba junto al castillo de sir Duncan.

Cuando subió á cubierta vió ya á Ardenvorh que se podia tocar casi con la mano: era una torre de aspecto triste é imponente, de bastante estension y muy alta, situada en un promontorio que entraba en el brazo de mar por donde habia navegado la vispera. Una muralla, que tenia dos torreones en los dos ángulos salientes, rodeaba el castillo por la parte de tierra; pero por la del lago estaba construido tan cerca de la orilla del peñasco escarpado que le servia de cimiento, que no habia sido posible construir sino una bateria de siete cañones, destinada á defender por este lado la fortaleza, aunque estaba muy elevada y no podia ser muy útil contra un ataque dirigido segun el moderno sistema militar.

El sol naciente, que aparecia por detrás de la mohosa torre, dibujaba su sombra en la superficie del lago y en la cubierta de la galera, sobre la que se paseaba el mayor Dalgetty aguardando con impaciencia la señal del desembarque. Dijéronle que sir Duncan estaba ya en los muros del castillo; pero que para saltar en tierra era menester aguardar las órdenes del hidalgo de Ardenvorh.

Al cabo de poco tiempo llegó la orden deseada, y vino una barca á buscar al enviado de Montrose, para llevarle al castillo; y durante esta operacion, un gaitero sentado en la proa (que tenia en el brazo izquierdo las armas del hidalgo bordadas de

plata) tocaba sin cesar la marcha de los Campbells. La distancia entre la galera y la orilla era tan corta que la barca manejada por ocho vigorosos remeros, llegó al desembarcadero antes que el Mayor echase de ver que se habían apartado de ella. Dos marineros, á pesar de la resistencia de Dalgetty, le cargaron en hombros de un tercer montañés, quien vadeando las olas que se estrellaban contra la costa, dejó la noble carga al pié de la roca en cuya cima estaba el castillo.

En el frente de esta roca se veía la entrada de una caverna baja y tenebrosa, hácia donde se disponían los montañeses á arrastrar á nuestro amigo Dalgetty, cuando desenredándose con algun trabajo de entre sus manos, declaró que no daría un paso que no viese desembarcar á su Gustavo sin ningun accidente.

No podían los montañeses comprender lo que quería decir; pero uno de ellos que habia aprendido algunas palabras del inglés en la guerra, exclamó: «¡Como hay Dios que habla de su caballo! ¿Qué pretende hacer con él? ¿Es acaso un animal tan apreciable, que tema apartarse de él un instante?»

Iba el Mayor á repetir lo que habia dicho, cuando apareció sir Duncan á la entrada de la caverna de que ya hemos hablado, para invitar á su huésped á que viniese á su castillo, prometiéndole al mismo tiempo que Gustavo seria tratado con todos los miramientos debidos al héroe cuyo nombre llevaba, y al importante personaje á quien tenia la honra de pertenecer. No obstante esta satisfactoria seguridad, vacilaba todavía el Mayor: tan grande era la inquietud que le causaba su Gustavo; cuando dos montañeses le agarraron por el brazo y otros dos le empujaron por detrás, gritando un quinto en su guirigay: «¡Animo, camaradas! ¿Es sordo? ¿No oye al hidalgo que le llama; y no es mucha honra para él si se le admite en el castillo del hidalgo de Ardenvohr?» Aunque arrastrado el pobre Mayor del modo dicho, no pudo menos de mirar hácia la embarcacion en donde habia dejado al compañero de sus proezas militares. Al cabo de algunos minutos se halló en una completa oscuridad, subiendo una escalera de caracol abier-

ta en peña viva, que iba á dar á la caverna ya mencionada.

« ¡ Malditos sean estos diablos de montañeses salvajes! dijo el Mayor entre dientes: no saben como se ha de cuidar un caballo; ¿ Qué será de mi pobre Gustavo, si se le abandona al cuidado de esos brutos? »

— No tengáis recelo, dijo Duncan, que estaba mas cerca de lo que el Mayor creía; mi gente está acostumbrada á desembarcar y cuidar caballos, y luego volvereis á ver á vuestro Gustavo sano y salvo. Entretanto seguidme y no temais: »

Conocía muy bien el Mayor el terreno que pisaba y así no quiso insistir, aunque interiormente estaba desasosegado. En esto comenzó á distinguir alguna claridad que se aumentaba progresivamente, hasta que saliendo por una puerta cerrada con una reja de hierro, se encontró en una galería abierta en el frente exterior del peñon, como de cuatro á cinco toesas. Siguiendo siempre á su huésped, pasó despues por otra puerta tambien con reja de hierro.

« Hé aquí un excelente paso, dijo el Mayor: bastaba, si estuviera defendido por algun cañon ó por algunos fusiles, para librar la plaza de un ataque. »

Por entonces nada respondió sir Duncan; pero cuando entraron en la segunda caverna, dió con el baston que llevaba en la mano á derecha é izquierda de la reja, y por la brivacion del sonido que prolongaba el eco de la bóveda echó de ver el Mayor que habia á cada lado de la puerta una pieza de artillería dirigida hácia la galería por donde acababan de pasar, pero cuyas troneras estaban cubiertas en lo exterior con piedras y terrones. Habiendo subido la segunda escalera, llegaron á una plataforma espuesta al fuego de artillería y fusilería.

Otros escalones, abiertos como los precedentes en la misma peña, les condujeron por último al pié de la torre. No era esta escalera ni menos estrecha ni menos vertical que las otras; y sin contar con las baterías que la defendian, uno ó dos hombres animosos, armados de picas y hachas, hubieran podido defender

este paso contra un ejército entero, porque no podían subir dos personas de frente, y la escalera no tenía á ningún lado barandilla, de suerte que en vez de escalera parecia una escala colgada por la parte superior, y á cuyo pié se estrellaban las olas con un ruido espantoso. En fin; eran tales las escrupulosas precauciones que se habian tomado para defender esta antigua fortaleza, que una persona débil de cabeza ó algo tímida hubiera tenido bastante que hacer solo para llegar hasta el castillo, aunque nadie se hubiera opuesto á su subida.

Era Dalgetty demasiado buen militar para que pudiese causarle todo esto ni un asomo de terror; mas luego que llegó al patio, dijo que de todas las plazas fuertes que habia tenido el gusto de ver en sus viajes, no habia ninguna que mas se pareciese al castillo de sir Duncan que la célebre fortaleza de Spandau, en la marca de Brandeburgo. Con todo, tuvo mucho que decir de la batería de siete cañones que estaba delante de la torre, y de su colocacion, manifestando que los cañones encaramados como cuervos marinos ó paviotas en la cresta de un peñasco, hacian siempre mas ruido que daño.

No contestó nada sir Duncan, y condujo á su huésped á la torre, que estaba defendida por una reja y una puerta de roble chapateada de hierro. Apenas hubo el Mayor llegado á una sala colgada de tapicería, continuó sus observaciones militares, y no guardó silencio hasta que vió un espléndido desayuno que le presentaron y que llamó toda su atencion; pero luego que hubo almorzado, recorrió el cuarto examinando con mucha detencion desde cada ventana los alrededores del castillo. En seguida volvió á su sitio, y repantigándose en la silla, estendió una pierna, y empezó á darse golpecillos en su enorme bota con el látigo que tenia en la mano, como hombre que quiere aparentar llaneza en compañía de sus superiores; y empezó á dar en voz magistral consejos que nadie le pedia.

«Vuestro castillo, sir Duncan, puede muy fácilmente ponerse en estado de defensa; en esto no cabe duda: pero permitidme os

diga que en el estado en que se encuentra, es imposible que resista mucho tiempo á un asalto bien dirigido; porque, notad os ruego, sir Duncan, que la altura que le domina por la parte de tierra hace nulas, absolutamente nulas, sus fortificaciones: y sino, que levante el enemigo una batería sobre esta eminencia, pongo mi cabeza delante de mil cañones si dentro de veinte y cuatro horas no os viereis obligado á parlamentar.

—No hay camino por donde se pueda conducir artillería contra Ardenvohr, replicó el caballero en tono seco y desabrido. Los alrededores son tan pantanosos, que á escepcion de algunos pocos senderos, no hay uno siquiera que no se pueda inutilizar en pocas horas de modo que apenas podriais pasar á caballo.

—Está bien, sir Duncan, muy bien; ese es vuestro parecer, y cada cual tiene el suyo. Nosotros los militares decimos que habiendo costa, no hay punto á cubierto: porque dado caso que no sea fácil trasportar la artillería y las municiones por tierra, lo es el llevarlas por agua cerca del paraje en donde se necesitan. Tampoco se puede decir, sir Duncan, que una ciudadela, por bien situada y bien defendida que esté, sea siempre invencible, ó como se dice vulgarmente, inespugnable; porque yo he visto á veinte y cinco hombres apoderarse de una embestida, y despues de un ataque vigoroso é inesperado, sin otra arma que una espada, de un fuerte tan bien defendido como el de Ardenvohr; y hacer rendir las armas á una guarnicion de mas de doscientos hombres.»

A pesar del imperio que tenia sir Duncan sobre sí mismo, y del arte con que sabia disimular sus afectos, le incomodaron las reflexiones que hacia el Mayor con una serenidad imperturbable. Este habia escogido tal asunto, como el mas oportuno para hacer gala de sus conocimientos militares, sin curarse de si agradaba ó no á su huésped.

Para dar de mano esta conversacion, dijo sir Duncan con voz destemplada y acento irónico. «Yo sé muy bien, sin que vos me lo digais, que se puede tomar por asalto un castillo que no tiene

valerosa guarnicion ; que puede ser sorprendido si los defensores están durmiendo : pero yo espero, á Dios gracias, que no sucederá esto á mi pobre casa, aun cuando el mismo mayor Dalgetty me hiciera el favor de sitiarla.

—No obstante todo eso, replicó el tercer Mayor, os aconsejo como amigo que levanteis un reducto en la cima de que os hablaba, y abrais un foso que le circunde, cosa muy fácil de ejecutar haciendo trabajar para ello á los paisanos de los alrededores. Porque sabed que el gran Gustavo debia sus victorias á las pallas y azadones, tanto como á las espadas, picas y bayonetas. Así, os aconsejo que fortifiqueis dicho reducto, no solo con un foso como dije, sino tambien con fuertes palizadas....» En esto, no pudiendo sir Duncan contener mas tiempo su impaciencia, salió de la sala, y el Mayor le siguió hasta la puerta levantando la voz á medida que aquel se iba alejando hasta que le perdió de vista.

«Estas palizadas deberian estar hechas de modo que las tropas de la guarnicion pudiesen tirar á cubierto, de suerte que al acercarse el enemigo.... ¡Qué grosero montañés! dijo viendo que sir Duncan habia por fin desaparecido sin quererle escuchar mas tiempo: ¡mas altivo que un pavo real, y mas testarudo que un mulo! Deja escapar la ocasion de hacer de su castillo el mas lindo fuerte irregular... Pero qué veo! añadió mirando por la ventana que daba al mar: ya han desembarcado por último á Gustavo: ¡qué hermoso animal! Le conocería, aun en medio de un escuadron, por la arrogancia con que alza la cabeza. Es preciso que vaya á ver como le tratan.»

Diciendo esto fué hácia el patio, y se disponia á bajar las escaleras cuando dos centinelas le presentaron las puntas de dos picas, y le dieron á conocer cuan arriesgada era su empresa.

«¡Diábolo! exclamó, no sé el santo. Aun cuando se tratara de pedir doble paga ó de zafarme de las garras del gran preboste, ni el diablo entendiera una palabra de su endemoniada algarabía.

—Yo os acompañaré, Mayor, dijo Sir Duncan que se habia nuevamente arrimado á él sin que Dalgetty le echase de ver; iremos juntos á ver vuestro corcel.»

Bajaron juntos hasta la orilla del agua, y entonces le condujo sir Duncan por un tránsito practicado detrás de una roca que ocultaba las caballerizas y los demás edificios dependientes del castillo. Vió entonces Dalgetty que por la parte de tierra habian hecho enteramente inaccesible el castillo con una honda zanja que solo se podia pasar por un puente levadizo. Pero á pesar del ademan triunfante con que sir Duncan se lo enseñaba, volvió el Mayor á insistir en que era indispensable formar un reducto sobre Drumsnab (así se llamaba la altura); porque el enemigo podia desde allí arrojar sobre el castillo bala roja, y abrasarlo en un abrir y cerrar de ojos, segun lo practicó Esteban Bathian, rey de Polonia, quien se valió de este medio para destruir la gran ciudad de Moscou. «Confieso, continuó el Mayor, que todavía no he visto emplear esta invencion: pero tendria la mayor complacencia en ver practicar el ensayo contra Ardenvohr, ó contra otro castillo tan fuerte; porque una prueba tan curiosa llamaria poderosamente la atencion de todos los admiradores del arte militar.» Desvió Sir Duncan la conversacion conduciendo al Mayor á las caballerizas y dejándole que cuidara á su gusto del caballo. Despues de haber desempeñado Dalgetty con todo esmero esta obligacion, propuso que volviesen al castillo, diciendo que deseaba limpiar sus armas antes de la hora de comer, que contaba seria á medio dia, despues de la parada; porque la humedad del mar las habia empañado; y queria presentarlas á Mac-Callumore como correspondia á su clase.

Encamináronse pues al castillo, y no se olvidó el Mayor de hacer patente á sir Duncan todo el perjuicio que podria acarrearle la invasion repentina de sus enemigos, quienes podrian apoderarse sin trabajo de los ganados y de las provisiones; y volvióle á encargar con mucho ahinco que construyese un reducto sobre la eminencia llamada Drumsnab, y hasta le ofreció generosa-

mente su asistencia para delinear el terreno que debía ocupar. A este amistoso ofrecimiento respondió sir Duncan volviéndole á acompañar hasta su cuarto, previniéndole que la campana del castillo le avisaría cuando estuviese pronta la comida.

De muy buena gana hubiera empleado nuestro valiente ritmeister sus ratos ociosos en examinar la parte exterior del castillo de sir Duncan, y en hacerse cargo de si había juzgado acertadamente acerca de la naturaleza de sus fortificaciones; pero cuando fué á ponerlo en ejecucion, un robusto montañés, que con un hacha en la mano estaba de centinela á la puerta de su aposento, le dió á entender con ademanes muy espresivos que se debía considerar como prisionero.

Es extraño, pensó el Mayor, que esos salvajes entiendan tan bien las reglas y las formalidades de la guerra. ¿Quién hubiera jamás imaginado que conocian la máxima del grande Gustavo-Adolfo de que un embajador debe ser al mismo tiempo mensajero y espía? Y habiendo acabado de limpiar sus armas, se sentó muy despacio á calcular quanto produciria al cabo de seis meses de campaña medio dolar por dia, que viene á ser diez reales de vellon; y luego que hubo resuelto este problema se puso á hacer cálculos mas abstractos para ordenar en batalla una division de dos mil hombres por la regla aritmética de la raiz cuadrada.

Aquí llegaba nuestro Mayor cuando el tañido de la campana que anunciaba la comida le distrajo agradablemente de sus meditaciones; y el montañés que hacia de centinela guardando la puerta se convirtió en introductor conduciéndole á una sala en donde vió una mesa de cuatro cubiertos magníficamente servida. Entró sir Duncan acompañado de su esposa, señora alta y seca, vestida de luto, y sumida al parecer en profunda melancolía. Seguiales un ministro presbiteriano, con su capa de Ginebra, y un solideo de seda negra que tapaba sus cortos cabellos, de suerte que sus orejas que gozaban plena libertad y estaban muy erguidas á ambos lados del solideo, eran la parte de toda su cabeza que mas llamaba la atencion. Esta moda nada elegante era ge-

neral en aquel tiempo, y dió lugar en parte á los apodos de *cabezas redondas*, *perros de orejas tiesas*, y otros epitetos estrafalarios que prodigaba liberalmente á sus enemigos políticos la insolencia de los caballeros del partido contrario.

Presentó Sir Duncan al Mayor á su esposa, la cual contestó á su saludo militar con otro frio y silencioso; no sabemos si por efecto de su orgullo, ó de su tristeza.

El ministro presbiteriano, á quien tambien fué presentado en seguida, le miró con desden y al mismo tiempo con curiosidad; pero Dalgetty, acostumbrado á verse mirar con peores ojos por personas mas temibles, no hizo alto en las ojeadas del ministro y de la señora: lo que sí llamaba toda su atencion era un enorme tajaso de vaca que humeaba en uno de los extremos de la mesa, que devoraba con la vista, ansiando echarle encima el trinchanté. Mas se vió precisado á diferir el asalto hasta que se hubo recitado una larga oracion, durante la cual al terminar cada periodo preparaba el cuchillo y el tenedor, como si fuese á entrar en la lid armado de lanza y espada, teniéndole que soltar, algo impaciente cada vez que el ministro empezaba otro versículo. Sir Duncan escuchaba con silencio religioso, aunque creian que se habia reunido á los partidarios del Covenant mas bien por miramiento al jefe de estos, que por un verdadero celo en favor de la libertad y del presbiterianismo. Su esposa era la única que asistia á la plegaria con verdadera devocion y profunda humildad. Pasó la comida en un silencio casi pitagórico, pues no solia el Mayor ejercitar su lengua cuando tenia ocupados los dientes, ni sacrificar lo útil á lo agradable. No estuvo menos silencioso sir Duncan, y únicamente su esposa y el ministro se dijeron algunas palabras en voz baja durante la comida. Pero luego que quitaron la mesa y sirvieron los licores, el Mayor, que ya no tenia motivo para guardar el mismo silencio, aunque sí le tenía para estar aburrido de la compañía, queriendo salir de aquella fastidiosa situacion, endilgó su conversacion favorita, dirigiendo otro ataque á su huésped.

«¿Sabeis, sir Duncan, exclamó, que ha llamado toda mi atención esa eminencia de Drumsnab que domina vuestro castillo? Será menester que tengamos una conferencia acerca de la especie de reducto que se debe construir, y que examinemos si los ángulos han de ser obtusos ó si han de ser agudos. Cuento con que oireis con gusto los argumentos de que se sirvió con este motivo el gran feld-mariscal Bannier contra el general Tiefenbach durante un armisticio.»

—Mayor, respondió el caballero en tono desabrido, nosotros los montañeses no acostumbramos entrar en discusiones militares con forasteros. Este castillo, tal cual es, resistiría á fuerzas mas considerables que las que podrian poner en campaña los pobres guerreros que hemos dejado en Dárnlinvarach.»

La señora arrojó un profundo suspiro al oír esta respuesta, que le recordaba al parecer algun triste acontecimiento.

«El que lo dió lo ha vuelto á tomar, señora, dijo el ministro dirigiéndole la palabra con voz grave y solemne: ¡ojalá podáis decir siempre: loado sea su nombre!» La señora respondió á esta exhortacion, que parecia dirigirse á ella solamente, inclinando la cabeza.

Suponiendo Dalgetty encontrarla de humor muy festivo, resolvió tentar el vado, y trató de trabar con ella conversacion.

«Es en verdad muy natural, dijo, que la señora se asuste solo al oír hablar de preparativos militares: lo mismo he observado que sucede á las mujeres de todas las naciones y de todas clases. Sin embargo, Pentesilea entre los antiguos, y en tiempos modernos Juana de Arcos y otras varias eran de temple muy diferente; y me acuerdo de haber oido, cuando servia con los Españoles, que en otro tiempo tenia el duque de Alba en su ejército un batallon de mujeres que tenian oficiales de su sexo, cuyo comandante se llamaba en aleman *hureweibler*, que quiere decir, capitán de las mozas. Es verdad que no eran personas que mereciesen ser comparadas bajo ningun respecto con vos, señora; porque pertenecian á aquella clase de criaturas *que questum corpo-*

ribus faciunt, como decíamos de Juan Drochiels en el colegio de Mareschal, las mismas que los Españoles llamaban damas cortesanas, y nosotros Escoceses decimos.....

—Mi esposa os dispensa de llevar mas léjos vuestras esplicaciones, Mayor, le dijo con sequedad su huésped; y el ministro añadió que semejantes conversaciones eran á lo mas pasaderas en un cuerpo de guardia de soldadesca profana; pero que estaban muy fuera de su lugar, dichas en la mesa de un hombre respetable, y mucho mas en presencia de una señora de circunstancias.

—Disimulad, dómine ó doctor, *aut quocumque alio nomine gaudes* (porque conviene que sepais que he estudiado las buenas letras), replicó el intrépido Mayor encajándose un gran vaso de vino: pero yo no veo que sean fundados vuestros cargos en atención á que yo no hablaba de esas *turpes personæ* como si sus ocupaciones y carácter fueran asunto de conversacion congruente para la señora: lo hacia solamente *per accidens*, ó si quereis, *per confirmationem* de lo que os decia; es decir, que su valor y su osadía natural se aumentaban sin duda por el género de vida de estas.....

—Perdonad, Mayor, dijo sir Duncan interrumpiéndole otra vez; porque tengo que arreglar un asunto esta tarde para poder acompañaros mañana á Inverary; así pues, espero....

—¡Mañana! repitió su esposa con voz doliente: no podeis satisfacer vuestra intencion, sir Duncan. ¿Habeis olvidado que mañana es dia de lúgubre aniversario, consagrado á una solemnidad no menos lúgubre?

—No me había olvidado, dijo Duncan: ¡ah! ¡cómo es posible que me olvide jamás! Pero las imperiosas circunstancias exigen que este oficial vaya inmediatamente á Inverary.

—Enhorabuena; mas no exigen que le acompañeis vós mismo en persona.

—Mejor seria que así fuese: sin embargo, puedo escribir al Marqués é ir allá pasado mañana. Mayor, os entregaré una carta en que diré al marqués de Argyle cual es el objeto de vuestra em-

bajada, y el carácter de que estais revestido; preparaos pues á partir mañana, y llevareis una escolta que os acompañará.

—Sir Duncan, replicó Dalgetty, sois seguramente muy dueño de tomar las medidas que creyereis oportunas; con todo, os ruego no olvideis qué afrenta no seria para vuestro nombre si llegara á suceder que un plenipotenciario experimentase el menor insulto, *clam, vi vel precario*; no por ser esa vuestra intencion, sino por no haber tomado todas las precauciones que dicta la prudencia.

—Mi honor es bastante salvaguardia, dijo sir Duncan. Ahora, añadió levantándose, es ocasion en que acostumbramos irnos á recoger, y podeis seguir mi ejemplo.

Viéndose Dalgetty en la necesidad de dejar prontamente el asiento, supo al menos, como diestro general, sacar partido de los pocos instantes que le quedaban.

«Fiado en vuestra palabra, dijo llenando el vaso, bebo á vuestra salud, sir Duncan, y por la duracion de vuestra respetable familia.» La única respuesta que dió el anciano caballero fué lanzar un profundo suspiro. Habiendo vaciado el vaso, y llenándole de nuevo con increíble celeridad, añadió el Mayor: «Bebo tambien á la vuestra, señora, y por el logro de todos vuestros nobles deseos; y á la vuestra, padre mio, dirigiéndose al ministro, lleno esta copa brindando á vuestra intencion: ¡ojalá se ahogue en este vaso toda la ojeriza que podais tener contra el mayor Dalgetty! Y pues que el frasco no tiene sino para otro brindis, hágole á la salud de los bravos y valientes soldados y oficiales de todos los partidos. Ahora que la botella está vacía, estoy pronto, sir Duncan, á seguir á vuestro centinela y á volver á mi campo.»

Recibió toda la licencia necesaria para retirarse, dándole palabra además que, como parecia aficionado á la botella, llevarian otra á su cuarto para que se entretuviese un rato en su soledad. Apenas habia entrado el Mayor en su aposento, le cumplieron la promesa; con la cual y con un pastel de carne de venado que

llevaron poco tiempo despues, sufrió con resignacion su retiro y la falta de compañía. El mismo criado que le habia llevado este refrigerio le entregó un pliego sellado y atado con una hebra de seda, conforme al uso de aquel tiempo, con su sobre lleno de fórmulas de respeto, dirigido al muy alto y muy poderoso príncipe Archibald, marqués de Argyle, señor de Lonne y otros lugares, etc. Dijole tambien el criado al mismo tiempo que su escolta estaria pronta á partir muy de mañana á Inverary, en donde el pliego de sir Duncan le serviria á la vez de carta de introduccion y de pasaporte.

No olvidando que el general en sus instrucciones le habia encargado recoger todas las noticias posibles, y deseando por otra parte saber por que causa no le acompañaba sir Duncan, preguntó el Mayor al criado con toda la circunspeccion que le sugeria su esperiencia, que circunstancia obligaba á su amo á permanecer en el castillo el dia siguiente.

Este, que era de los llanos, y que por lo mismo hablaba escocés, respondió que tenia sir Duncan y su esposa la costumbre de mirar como dia de ayuno y de solemne humillacion el aniversario de aquel en que habia sido tomado por sorpresa su castillo, y en que sus cuatro hijos habian sido cruelmente asesinados por una gavilla de salteadores montañeses, mientras sir Duncan habia ido con el marqués de Argyle á una expedicion contra los MacLeanes de la isla de Mull.

—Cáspita! replicó Dalgetty; vuestros amos tienen con efecto alguna razon para ayunar y vestir luto, aunque á mi entender bastaria este último. Sin embargo, estoy por decir que no les hubiera sucedido esta desgracia si se hubieran aconsejado con algun capitán experimentado, versado en el arte de defender las plazas, y si hubieran hecho construir un reducto en la altura que está á la izquierda del puente levadizo. «Y puedo probároslo fácilmente. Supongamos que este pastel sea el castillo... ¿Cómo os llamais, amigo?

—Lorimer.

—A vuestra salud, honrado Lorimer. Como os decia pues, amigo, supongamos que este pastel sea la ciudadela que tenemos que defender, y que esta botella...

—Siento mucho, caballero, no poder detenerme á oír el resto de vuestra demostracion, porque van á tocar la campana. Como el digno ministro Graneangowl, que lo es del marqués de Argy-le, va á predicar en la capilla del castillo, y como de sesenta personas que hay en casa solo siete entendemos el escocés, seria grave escándalo que una de ellas dejase de asistir, y mi falta me pondria en mal lugar con mi señora. Aquí teneis pipas y tabaco; y si acaso necesitais otra cosa, os lo traerán dentro de dos horas, luego que se hubiere acabado el sermon.» Dicho esto salió del cuarto.

No bien hubo salido el criado, cuando la campana del castillo anunció con tañido lento y mor ótono que era llegado el momento de ir á la capilla; y el Mayor oyó inmediatamente las voces tiples y agudas de las mujeres, y las mas broncas, aunque no menos despacibles, de los hombres, que cantaban sus oraciones corriendo hácia la capilla por un corredor que atravesaba varios aposentos y entrè otros el en que estaba Dalgetty.

«Corren como si tocasen llamada, dijo este interiormente: pues si van todos á formacion, tomaré un poco el aire, y me haré cargo de los puntos débiles de la plaza.»

Queriendo llevar á cabo su intencion en cuanto vió que todo estaba en silencio tal que no se oía el menor ruido, abrió la puerta de su cuarto, y ya habia dado algunos pasos, cuando vió á su amigo el del hacha venir hácia él desde un extremo del corredor cantando entre dientes un antiguo romance gaélico. El haberse aturdido en semejante coyuntura, no era propio de un político sagaz, ni de un buen militar: así que, el Mayor sin manifestar turbacion empezó á silbar en tono mucho mas alto que el centinela; y retirándose muy despacio con los brazos cruzados y con aire indiferente, como si no hubiese sido otro su objeto que el de tomar un poco el aire, volvió á entrar en su cuartel, y vien-

do el centinela cerca de sí, le dió con la puerta en las narices.

Viéndose prisionero, gracias á la vigilancia de su guardia, pasó nuestro Mayor la tarde echando cálculos sobre la táctica, los que interrumpia de cuando en cuando para atacar al pastel y decir algo á la botella, hasta que llegó la hora de dormir. Al día siguiente por la mañana le despertó Lorimer al romper el alba, llevándole lo necesario para el desayuno, y encargándole que acabase presto porque estaban ya esperando los guias para acompañarle. Despues de haber alabado el Mayor el consejo de Lorimer, y haberle puesto inmediatamente en ejecucion, se dispuso para partir. Notó al atravesar los aposentos, que estaban ocupados los criados en colgar de luto el salon; y dijo que igual ceremonia habia visto cuando el inmortal Gustavo-Adolfo estaba de cuerpo presente en su castillo de Wolgast, lo que era indicio del mas profundo dolor.

Luego que Dalgetty hubo montado á caballo, se vió rodeado de cinco ó seis Campbells, bien armados, que debian acompañarle, ó mas bien custodiarle, mandados por un hombre que, segun el escudo que llevaba á la espalda, la pluma de gallo de su gorro, la importancia que se daba, y sobre todo, segun su majestuoso talante, debia de ser nada menos que un pariente de sir Duncan en décimo ó duodécimo grado (1). Pero fuéle imposible descubrir cosa alguna acerca de esto, en atencion á que ni el comandante ni ninguno de los soldados hablaban inglés.

Aunque Dalgetty estaba á caballo y sus guias á pié, eran estos tan ágiles y robustos, y tan grandes los obstáculos que la naturaleza del camino oponia á cada paso á su pobre Gustavo, que léjos de dejarlos atrás, le costaba no poco trabajo seguirlos. Observó el Mayor que no cesaban de mirarle, como si temiesen que hiciera alguna tentativa para escaparse, en términos que habiéndose quedado una vez un poco atrás al pasar un arroyo, ad-

(1) En la mayor parte de las tribus escocesas casi todos los individuos se tienen por parientes del jefe, y llevan muchas veces las relaciones de parentesco hasta el grado de quincuagésimo.

virtió que uno de sus amables compañeros de viaje amartilló el fusil; por donde echó de ver la sobrada vigilancia de sus guías.

No parecía de buen agüero á Dalgetty el atento esmero con que le conducian; pero no tenia remedio, porque hubiera sido el colmo de la locura el querer escapar en un país desconocido y casi inaccesible. Continuó pues atravesando con paciencia desiertos silvestres y estériles por unos senderos; sin hacer alto en la admirable perspectiva de unos sitios tan pintorescos, que atraen desde todos los puntos de Inglaterra innumerables viajeros que van á disfrutar del asombroso espectáculo de las montañas de Escocia, y á mortificar su apetito con la parca mesa de los montañeses. De este modo llegaron por último á la orilla del hermoso lago cerca del cual está situada la ciudad de Inverary. El jefe de la escolta tocó la bocina, y á esta señal salió una lancha bien equipada, de un desembarcadero en donde estaba oculta, y recibió á su bordo al Mayor y á sus compañeros, sin exceptuar á Gustavo que, acostumbrado á viajar por mar y por tierra, entró en la lancha con tanta mansedumbre como una oveja. Al pasar el lago hubiera podido Dalgetty admirar uno de los cuadros mas maravillosos de la naturaleza. Dos rios tan caudaloso el uno como el otro, llamados Aray y Schiray, salian de entre unas selvas sombrías, y desembocaban en el lago para pagarle el tributo de sus aguas. Encima de un collado adonde se subia desde la vega por un plano suavemente inclinado, estaba construido el castillo con torres y murallas coronadas de almenas, monumento de noble y gótica sencillez, que ofrecia un punto de vista mucho mas pintoresco que el mazorril y uniforme palacio que se ha edificado en su lugar. Este augusto recinto estaba cercado por espacio de muchas millas de espesos bosques, y el pico de Duniquoich, saliendo al parecer del seno del lago para esconderse entre las nubes, dominaba los otros objetos, y terminaba el mas hermoso país pintado por la naturaleza. Su vista se tornaba aun mas imponente por estar alumbrado por un solitario fanal que habia en la cumbre, como para intimar lo peligroso de aquel sitio.

Tal era una parte del majestuoso espectáculo que Dalgetty hubiera podido contemplar si hubiese estado en disposición de hacerlo.

Con todo, seamos justos, el Mayor no había tomado nada desde por la mañana; y no es extraño por lo mismo que no se hallase en estado de contemplar las bellezas de la naturaleza: el humo que salía de las chimeneas del castillo, indicando al parecer que se estaba preparando una comida espléndida, llamaba más por entonces su atención, y absorbía todas sus miradas, y hasta todos sus sentidos.

Pronto llegó el esquife á la calzada que separaba el lago de la linda ciudad de Inverary, que solo era entonces un conjunto grosero de chozas mezcladas con algunas casas de piedra, en cortísimo número, y se estendía desde las orillas del lago hasta la puerta principal del castillo, delante de la cual vieron nuestros viajeros un espectáculo capaz de hacer impresion en nervios menos delicados que los de nuestro ritmeister Dugald Dalgetty titular de Drumthwacket.

CAPITULO XII.

La aldea de Inverary, que es hoy una linda ciudad de provincia, recordaba entonces la época de su fundacion, tanto por el aspecto mezquino de sus casas, como por la irregularidad de sus calles que ni siquiera estaban empedradas. Pero lo que mejor manifestaba el carácter de aquel siglo era el espectáculo que se presentaba á la vista en la plaza del mercado, situada en medio del camino que va desde el muelle á la puerta del castillo, cuya sombría arcada, reja de hierro, y espesos muros terminaban por esta parte la perspectiva. En medio de aquella plaza espaciosa é irregular, se veía un patíbulo, y pendientes de él cinco desventurados: dos de ellos vestidos como los habitantes de la tierra baja, y los otros

tres cubiertos con el manto de los montañeses. Pero este espectáculo se renovaba con tanta frecuencia, que no inspiraba interés la novedad; y así, en vez de fijar los habitantes la vista en aquella escena horrorosa; iban de tropel á rodear á Dalgetty para examinar su uniforme militar, su brillante armadura, y su querido Gustavo. El enviado de Montrose, para quien aquella perspectiva no era tan indiferente, oyendo hablar en lengua inglesa á un montañés de buen parecer, hizo alto inmediatamente, y le dijo: «Parece que el gran preboste ha tenido aquí mucho que hacer, compadre. ¿Me haceis el favor de decirme por qué delito han sido ajusticiados esos infelices?»

Dijo esto señalando al mismo tiempo con la mano hácia el suplicio, por cuyo gesto mas bien que por sus palabras supo el montañés lo que queria saber, y le respondió: «Ah! son tres hidalgos montañeses, que Dios tenga en su gloria, y dos sasenaches que no quisieron hacer lo que les mandó Mac-Callumore.» Dicho esto prosiguió su camino, sin dar oídos á ninguna otra pregunta.

Dalgetty, encogiéndose de hombros, hizo lo mismo, porque el pariente en décimo ó duodécimo grado de sir Duncan comenzaba á dar muestras de impaciencia.

Otro ejemplo no menos terrible del poder feudal les aguardaba á la puerta del castillo. Dentro de una palizada que parecia recientemente construida, la cual defendian dos piezas de artillería volante, habia un enorme tajo, y encima una hacha ensangrentada; y la arena esparcida al rededor ocultaba apenas las señales de reciente ejecucion.

Dalgetty contemplaba ese nuevo objeto de terror, cuando el jefe de sus guias tirándole del brazo, le mostró un poste elevado junto á la palizada, y en su remate la cabeza de un hombre, que debia de ser la del desgraciado cuya sangre enrojecia aun el fatal instrumento de muerte. El montañés al mostrarle este horroroso espectáculo parecia contener una maligna sonrisa que nuestro Mayor no tuvo por de buen agüero.

Apeóse Dalgetty á la puerta, recogándole el caballo sus guias,

quienes no le permitieron acompañarle á la caballeriza, segun tenia de costumbre. Hizo esta circunstancia mas fuerte impresion en nuestro Mayor, que las imágenes horrorosas de destruccion y de muerte que acababa de ver.

¡Pobre Gustavo! exclamó. ¿Qué será de tí si me sucede alguna desgracia? Creo que mejor hubiera sido dejarte en Darlinvarach, porque estos malditos salvajes no saben distinguir la cabeza de un caballo de su cola. ¡Voto á tantos que si algun dia.....»

Interrumpió el guia su soliloquio haciéndole señas para que se dirigiese á una especie de cuerpo de guardia de soldados montañeses, y dándole á entender que debia permanecer allí hasta dar parte al Marqués de su llegada. Para que le recibiese de un modo satisfactorio, entregó el Mayor al amable pariente del hidalgo de Ardenvohr el pliego que este le habia confiado, y le manifestó por señas, y del mejor modo que supo, que lo entregase al Marqués en propias manos. Su guia, sirviéndose del mismo lenguaje mudo, le respondió que cumpliria sus órdenes, y con esto se retiró.

Estuvo el Mayor cosa de hora y media en este cuerpo de guardia, espuesto á las insolentes y escudriñadoras miradas de los soldados, para quienes su traza y traje eran un objeto de curiosidad, como su persona y patria lo eran de aversion. Balgetty, viendo una silla, se sentó tranquilamente; y sin hacer alto en la impertinencia montañesa, empezó á silbar una marcha militar, hasta que se le acercó un hombre vestido de terciopelo negro, con cadenilla de oro al cuello á la manera de los modernos magistrados de Edimburgo, aunque realmente no era mas que mayórdomo de la casa del Marqués de Argyle, el cual le invitó con ceremoniosa gravedad á que le siguiese, anunciándole que su amo estaba pronto á recibirle.

Los salones por donde le hizo pasar estaban llenos de criados, de guardias y de toda especie de oficiales, apostados quizá por ostentacion y para dar al enviado de Montrose una alta idea del poder de la casa del marqués de Argyle, haciéndole ver cuan superior era en poderío y magnificencia á la de Montrose. La ante-

sala llena de lacayos con riquísimas libreas, colocados en dos filas, los cuales miraban silenciosamente al Mayor cuando pasaba por medio de ellos: habia otra sala llena de jefes montañeses que se entretenian jugando al ajedrez, damas y otros juegos, que apenas se dignaban interrumpir para echar una altiva mirada al extranjero: en otra se paseaban gran número de caballeros y oficiales del llano; y por último, en la sala de audiencia estaba el Marqués rodeado de una corte brillante, que daba mayor realce á su dignidad y poderio.

Este salon, cuyas puertas de dos hojas se abrieron de par en par para recibir al mayor Dalgetty, era una larga galería adornada de colgaduras y retratos de familia, cuyo techo embovedado adornaban varios relieves: prestábanle luz unas ventanas altas de figura gótica, cuyos vidrios pintados apenas daban paso á los rayos del sol, que reflejaban las cabezas de jabalí, las galeras, las espadas y bastones dibujados en ellos, armas de la casa de Argyle, y emblemas de sus altas funciones hereditarias, de justiciero de Escocia, y de mayordomo mayor de la Real Casa. En el extremo de tan magnífica galería estaba el Marqués, rodeado como se ha dicho, de señores ricamente vestidos, y entre estos dos ó tres miembros del clero, llamados quizá para ser testigos de su celo para la Liga.

Estaba vestido el Marqués según la moda de aquel tiempo que ha descrito el pincel de Vandich; pero su casaca, aunque preciosa, era de un color modesto. Su aire pensativo, su frente arrugada, y sus ojos continuamente clavados en el suelo, manifestaban un hombre sumido en profundas meditaciones, y que habia adquirido el hábito de ostentarse grave y misterioso, aun en los casos en que nada tenia que ocultar.

Era flaco, alto y cejijunto; y su semblante correspondia á la dignidad de sus modales. Aunque hablaba con la gracia y facilidad propias de su alta clase, parecia frio á primera vista, y su mirar siniestro.

Adorábale su tribu, cuyo poder y privilegios procuraba au-

mentar por todos medios; pero era mal quisto de las otras, á algunas de las cuales habia ya despojado de sus haciendas; y muchas, temerosas de correr la misma suerte, miraban con justo recelo la altura á que se habia encumbrado.

Ya hemos dicho que con dejarse ver en medio de sus consejeros, de los oficiales de su casa, y de la numerosa comitiva de aliados y vasallos, queria sin duda hacer fuerte impresion en el enviado de Montrose; pero Dalgetty, corriendo de partido en partido, habia hecho la mayor parte de la guerra de *Treinta años* en Alemania, época en que el soldado valiente era compañero de los príncipes. El Rey de Suecia, y á su ejemplo los altos príncipes del Imperio, se habian visto obligados no pocas veces á olvidar su dignidad; á lisonjear el orgullo de sus soldados cuando no podian pagarlos; y para conservarlos, á concederles privilegios extraordinarios, viviendo con ellos en la mayor familiaridad. Podia vanagloriarse el Mayor de haber comido con los mas altos príncipes, y no era hombre además á quien pudiese intimidar la pompa de que se rodeaba Mac-Callumore. Por otra parte, no era la modestia la virtud mas brillante de Dalgetty, pues tenia tan buena opinion de sí mismo, que en cualquiera compañía en que se encontrase, se creía siempre en su lugar, descollando á su parecer entre las personas que le habian admitido: de modo, que le era tan natural hallarse en la sociedad mas distinguida, como en medio de sus compañeros de armas.

Fortalecia no poco tambien la ventajosa opinion que habia concebido de sí mismo las ideas que tenia acerca de la profesion militar, juzgando que á ella debe todo su mérito un esforzado caballero.

No nos causará pues admiracion el verle entrar sin el menor encogimiento en la galería, atravesarla con mas arrogancia que gracia, y llegarse tan cerca de Argyle para hablarle, que el Marqués retrocedió algunos pasos para dejar entre el enviado de Montrose y su persona la distancia conveniente. Hizo el Mayor

su saludo militar con mucho desembarazo, y despues dirigiéndose al Marqués: «Buenos dias ó buenas noches, dijo; beso á V. las manos, como dicen los Españoles.

—¿Quién sois, caballero, y qué asuntos traeis aquí? preguntó el Marqués con voz propia á su parecer para reprimir la arrogante llaneza del enviado.

—Esas preguntas son muy naturales y justas, Milord, replicó Dalgetty; y voy á responder á ellas á fuer de valiente caballero y *peremptorié*, como decíamos en el colegio de Mareschal.

—Ved quien es ese hombre y lo que quiere, Neal, dijo el Marqués con voz firme á una persona de su comitiva.

—Suplico al noble caballero que no se incomode. Milord, voy á deciroslo yo, continuó el Mayor con mucha serenidad. Este hombre es Dugald Dalgetty, titular de Drumthwacket, capitán que fué de caballería al servicio de diferentes potencias, y hoy Mayor de no sé que regimiento irlandés: yo vengo como enviado extraordinario del alto y poderoso señor Jacobo conde de Montrose, y de otros nobles señores, al presente con las armas en la mano por S. M.: y así ¡viva el rey Carlos!

—¿Sabeis, caballero, en donde estais y con quién hablais, preguntó nuevamente el Marqués, que osais responderme como sí fuera yo un niño ó un insensato? El conde de Montrose está con los descontentos ingleses: y sospecho que vos sois uno de esos vagamundos irlandeses, que han venido á este país para asolarlo, como hicieron en tiempo de sir Phelim O'Neale.

—Milord, replicó Dalgetty, aunque mayor de un regimiento irlandés, yo no soy lo que vos suponeis; y tengo por garantes de mi honor al invencible Gustavo-Adolfo, el leon del Norte, á Banner, á Oxenstiern, al duque de Sajonia Weymar, á Filly Wallenstein, Piccolomini y otros grandes capitanes, así muertos como vivos; y por lo que toca al noble conde de Montrose, suplico á vuestra señoría lea los plenos poderes de que estoy revestido para tratar con vos en su nombre. »

El Marqués recorrió ligeramente el papel firmado y sellado

que Dalgetty le presentaba; y arrojándolo con desden encima de una mesa, preguntó á las personas que le rodeaban: ¿qué castigo merecia el que venia como agente declarado de traidores que habian tomado las armas contra el Estado?

«Un alto patíbulo y dos minutos para que se confiese, respondió inmediatamente uno de sus oficiales.

—Suplico al caballero que ha hablado últimamente, replicó Dalgetty, que se tome un poco mas de tiempo para dar consejos; y á vuestra señoría, que reflexione con madurez antes de adoptarlos, en atencion á que no deben hacerse semejantes amenazas sino á infames espías, y no á hombres de valor que corren tanto riesgo en esta especie de misiones, como en los combates, asaltos y salidas. Es verdad que no estando todavía nuestro ejército enteramente equipado, no traigo conmigo ni trompeta ni bandera blanca; pero vuestra señoría y los honrados caballeros de su séquito convendrán en que el carácter de un enviado que viene á proponer una tregua ó una suspension de armas, debe ser reconocido sin que tenga necesidad de tocar el clarín ni de desplegar bandera, que muchas veces no es mas que un trapo viejo; su título se funda en la confianza que el partido que disputa y el diputado tienen en el honor de aquellos á quienes debe llevarse el mensaje, y en la firme persuasion de que respetarán el *jus gentium*, como igualmente las leyes de la guerra, en la persona del embajador.

—Vos no habeis venido aquí, dijo el Marqués, para enseñarnos las leyes de la guerra, que no tienen ningun valor para con los rebeldes é insurgentes; sino para sufrir el castigo debido á vuestra insolencia por haber osado traer el mensaje de un traidor al Lord justiciero mayor de Escocia, cuyos deberes exigen que castigue con la muerte tamaña ofensa.

—Señores, dijo el Mayor que comenzaba á no estar contento con el aspecto que iba tomando su embajada, os ruego no olvidéis que os hará responsable el conde de Montrose con vuestros bienes y persona de lo que pueda suceder á mí y á mi caballo de

tan inaudito proceder; y que será muy puesto en razon que ejerza con vos terrible venganza.»

Recibióse esta amenaza con desdeñosa sonrisa, y uno de los Campbells le respondió: «Léjos de aquí está Lochow,» espresion proverbial que significaba que sus dominios hereditarios estaban fuera del alcance de la invasion de las huestes enemigas.

«Pero señor, repuso el desgraciado Mayor que no queria dejarse condenar sin haber agotado al menos todo los recursos de su elocuencia, aunque no me toca resolver si hay mucha distancia de aquí á Lochow, en atencion á que no conozco ese lugar, os ruego me permitais haceros una observacion que interesa particularmente al honor de vuestra familia; y es que estoy aquí bajo la proteccion especial de un noble caballero de vuestro nombre, de sir Ducan Campbell de Ardenvohr, que ha salido fiador de mi seguridad; y no se os ocultará que faltando á la palabra que me ha dado, echais un borron indeleble en su honor y en su reputacion.»

La mayor parte de los que se hallaban presentes ignoraban al parecer esta circunstancia: así fué que al oír lo que decia el Mayor, unos manifestaban inquietud, y otros se hablaban al oído: los Campbells sobre todo parecia que se ponian de acuerdo: y el Marqués, á pesar del imperio que ejercia sobre sí mismo, daba claras muestras de impaciencia y de furor.

«¿Es cierto que sir Duncan de Ardenvohr responde bajo su palabra de la seguridad de ese hombre, Milord? dijo uno del concurso dirigiéndose al Marqués.

—Yo no lo creo, respondió: no he tenido tiempo todavía para leer su carta.

—Suplicamos á V. E. que la lea; porque no debe desdorarase en lo mas mínimo nuestro honor por ese botarate, dijo uno de los Campbells.

—Una mosca que caiga en un bálamo le comunica mal olor, añadió uno de la comitiva.

—Amigo, repuso el Mayor, os perdono la poca delicadeza de la

comparacion, visto que en resumidas cuentas me hace mucho favor; y por la misma razon no me quejaré tampoco del bajo epíteto de botarate, con que el honorable caballero del gorro colorado ha tenido á bien calificarme; aunque no quiero dejar de decirle que no me cuadra, sino en el sentido en que me le aplicaban Gustavo-Adolfo, el leon del Norte, y otros grandes capitanes así en Alemania como en los Países-Bajos, cuando me llamaban su compañero de armas. Por lo que toca á mi franca declaracion que sir Duncan se ha constituido fiador de mi seguridad, respondo con mi cabeza, que lo confirmará él mismo mañana luego que hubiere llegado.

Si tan pronto debe llegar el caballero, dijo uno de los intercesores, sería sensible que se despachase con precipitacion el negocio de ese pobre hombre.

—Por lo menos, dijo otro, podria V. E. consultar ante todas cosas la carta del caballero de Ardenvohr, y ver en que términos habla del mayor Dalgetty.»

Pusiéronse entonces al rededor del Marqués, y empezaron á hablar en voz baja, unos en inglés y otros en la lengua montañesa. El poder patriarcal de los jefes de las tribus no conocia límites; y el del marqués de Argyle, aumentado con todos los privilegios de jurisdiccion hereditaria, era absoluto; pero siempre hay algun freno que contiene la ambicion ó tiranía, aun en los gobiernos mas despóticos. El que moderaba el poder de los jefes celtas era la necesidad de conciliarse el aprecio de los hidalgos que en tiempo de guerra conducian los soldados al combate, y en tiempo de paz formaban el consejo de la tribu. No pudo menos el Marqués en esta ocasion de acceder á las insinuaciones del senado de los Campbells, y saliendo del círculo, mandó llevasen al prisionero á un lugar seguro.

«Prisionero?» exclamó Dalgetty forcejando como un leon contra dos formidables montañeses que se le habian acercado para agarrarle. Estuvo una vez tan próximo á descabullirse de entre sus manos, que el marqués de Argyle mudó de color y retroce-

dió dos pasos, echando mano á la espada, mientras que los miembros de su tribu, prontos á sacrificarse por su jefe, se arrojaron entre él y el prisionero, cuya venganza temian.

Pero eran muy robustos los dos montañeses para que dejasen escapar la presa: despues de haberle desarmado, le arrastraron fuera de la galería; apoderáronse de él algunos soldados, y le hicieron atravesar muchos parajes oscuros, deteniéndose delante de una reja de hierro, que abrió el jefe de la tropa. Abrió en seguida otra puerta de madera; y entonces vió el pobre Dalgetty una escalera estrecha y pendiente que conducia á un subterráneo. Los soldados le empujaron brutalmente para hacerle bajar dos ó tres escalones, y despues le dejaron libre para que bajase solo y á tientas, empresa que no dejaba de tener sus inconvenientes, porque habiendo vuelto á cerrar la puerta y la reja, quedó el pobre prisionero en la mas completa oscuridad.

CAPITULO XIII.

El Mayor, que se vió rodeado de tinieblas y en posicion bastante peligrosa, empezó á bajar la estrecha y desmoronada escalera con tiento y circunspeccion, esperando hallar al fin algun paraje donde descansar; pero á pesar de todas sus precauciones, no pudo evitar el pisar en vago, ni el bajar mas aprisa que hubiera querido los cuatro ó cinco últimos escalones, sin poder conservar el equilibrio; lo que le hizo tropezar contra una sustancia blanda y abultada que por haber dado un gemido conoció ser cuerpo organizado. Este choque precipitó su marcha de tal suerte, que fué rodando hasta lo último de un calabozo húmedo y embaldosado.

Luego que Dalgetty se hubo levantado de tan terrible caida, preguntó en qué habia tropezado.

«En lo que era un hombre hace un mes, respondió una voz profunda y destemplada.

—¿Y qué es ahora, preguntó Dalgetty, que se agazapa como un erizo en la última grada de la escalera, esponiendo á los honrados caballeros que vienen á visitarle, á que tropezando en él se rompan el espinazo?

—Ahora es, respondió la misma voz, un tronco despojado de sus ramas, que han sido arrancadas una tras otra, y que aguarda en este sitio que el hacha del verdugo ponga término á su dolor.

—Os compadezco, camarada, dijo Dalgetty; pero paciencia, como dice el español: y permitidme os diga que si no os hubierais meneado mas que un tronco, sirviéndome de vuestra comparación, me hubierais ahorrado algunas desolladuras en las manos y en las rodillas.

—¿Sois militar, replicó su compañero de esclavitud, y os quejais de un arañazo?

—Militar! dijo el Mayor; ¿y cómo podeis ver que lo soy en medio de la oscuridad de esta maldita caverna?

—Cuando caísteis sonó vuestra armadura; además de que, la veo ahora perfectamente. Despues que hubiereis estado tanto tiempo como yo en las tinieblas, vuestros ojos distinguirán el menor insecto que se arrastre por el suelo.

—¡Antes ciegos que tal veas! exclamó Dalgetty: si hubiese de estar mas de un dia en este infernal calabozo, quisiera que cien mil diablos.... Pero ahora que me acuerdo, ¿qué provisiones tenéis aquí, compañero de posada?

—Pan y agua una vez al dia, respondió la voz.

—Aquéjame un hambre de todos los diablos, camarada: y aunque no son muy sustanciales vuestras provisiones, estoy pronto á honrarlas si me lo permitís. Creo que seremos buenos amigos todo el tiempo que vivamos juntos en este paraíso subterráneo.

—En el rincón de la derecha, á dos pasos, encontraréis el pan y el cántaro del agua; comed y bebed cuanto querais, que en breve no tendré yo necesidad de alimento.»

No se hizo Dalgetty de rogar; y habiendo encontrado á tantas las provisiones, hincó el diente en un pan de centeno mas duro que una peña, con tan buena gracia como solia hacerlo con los manjares mas esquisitos.

«Este pan, dijo sin perder bocado, no es á la verdad muy sabroso: sin embargo, no le tengo por peor que el que comimos en el famoso sitio de Werben, en donde el intrépido Gustavo frustró todos los esfuerzos del célebre Tilly, aquel héroe terrible, ante quien habian tenido que huir los dos reyes Fernando de Bohemia y Cristiano de Dinamarca: y aunque esta agua no sea de las mas límpidas, brindo á vuestra pronta libertad, camarada, sin olvidar la mia; y quisiera con todas veras que fuese vino del Rhin, ó á lo menos espumosa cerveza de Lubeck, para que el bríndis fuese mas solemne.»

Mientras Dalgetty charlaba de este modo, sus dientes no estaban menos ociosas que su lengua, y pronto acabó con las provisiones que su benéfico, ó por mejor decir, su indiferente compañero habia abandonado á su voracidad. Luego que hubo acabado su refaccion embozóse en la capa y sentóse en un rincón para tener apoyo por ambos lados, porque desde su infancia le habian gustado las sillas poltronas, segun él decia; y en esta postura comenzó á hacer preguntas á su compañero de esclavitud.

«Ya que somos compañeros de cama y mesa, camarada, le digo, es justo que nos conozcamos mejor uno á otro. Yo soy Dugald Dalgetty de Drumthwacket, etc., mayor de un regimiento de fieles irlandeses, y enviado extraordinario del muy alto y poderoso señor Jacobo, conde de Montrose. Y vos, ¿puedo saber cómo os llamais?»

—De poco os servirá el saberlo, respondió su taciturno compañero.

—A mí toca ser juez en esa materia, respondió el Mayor.

—Pues que os empeñais en saberlo, yo me llamo Ranald MacEagh, es decir, Ranald hijo de la niebla.

—¡Hijo de la niebla! repitió Dalgetty; ah! ya no extraño que

veais claro en esta pocilga abominable. Pero Ranald, puesto que así os llamais, ¿cómo diablos habeis caido en manos del gran preboste? ¿Cuál ha sido la causa de vuestra prision?

—Mi infausta estrella, respondió Ranald. ¿Conoceis al hidalgo de Ardenvohr?

—¿Si le conozco? Sí por cierto.

—¿Y sabeis en donde se halla á la hora esta?

—En su castillo, ayunando devotamente hoy, para regalarse mejor mañana en Inverary; ¡y quiera Dios que no le suceda nada en el camino! porque si no viniere mañana, puede que sea el último dia de mi vida.

—Le direis pues, cuando le viereis, que un hombre reclama su intercesion, un hombre que al mismo tiempo que es su mortal enemigo, es tambien su mejor amigo.

—Os confieso que querria poderle llevar un mensaje algo menos oscuro, respondió el Mayor: ¿qué diablo os mete en la cabeza proponer á un hombre como sir Duncan enigmas que descifrar? ¿Olvidais que mientras él se la rompa en adivinarlos, os cortarán á vos la vuestra?

—Sajon importuno, exclamó el preso, decidle que yo soy el gavilan que en otro tiempo se posó en su torre y le arrebató su parva; el zorro que descubrió su madriguera y destruyó sus hijuelos; el jefe de la partida que hace hoy quince años sorprendió su castillo, y pasó sus hijos á cuchillo.

—Si estos son vuestros únicos títulos á la benevolencia de sir Duncan, con todas las veras de mi alma os suplico, honrado amigo, que me dispenseis de hacerlos valer. Hasta los animales se embravecen contra los que arrebatan á sus hijuelos: ¿qué no hará un animal racional y un cristiano? Pero decidme si para acometer al castillo os aprovechasteis de una eminencia llamada Drumsnab, verdadero punto de ataque, á mi parecer, mientras no se construya allí un reducto.

—Escalamos el peñasco, dijo el encarcelado, con una escala de cuerda que nos echó un cómplice, individuo de nuestra tribu,

que habia servido seis meses como criado para proporcionarnos esta noche de venganza. El buhe revoloteaba al rededor de nuestras cabezas, cuando estábamos colgados entre los cielos y la tierra, dando lúgubres graznidos; las olas se estrellaban con estrépito contra el pié de la roca que nos sostenia, é hicieron pedazos nuestra lancha: no obstante, nadie desmayó; y sir Duncan, al volver á su castillo, encontró, en vez de sus hijos, solo sangre y cenizas.

—¡Linda encamisada, por cierto, y ataque bien concebido y valerosamente ejecutado! Sin embargo, en vuestro lugar habria yo dirigido mis baterías de la alturita de que os he hablado llamada Drumsnab. Por lo demás, vuestro plan fué muy bueno; fué una embestida irregular á lo Escita, muy parecida á las de los Turcos, Tártaros y otros pueblos asiáticos. Pero, amigo, hasta ahora no me habeis dicho la razon, la causa de esta guerra, la *teterrima causa*, si es que sabeis el latin.

—Habíamos sido hostilizados por los Mac-Aulays y otras tribus del oeste, dijo Ranald, y arrojados de bosque en bosque, sin hallar sitio seguro contra su tenaz persecucion....

—¡Ah, ah! respondió Dalgetty; acuérdome de haber oido hablar de este lance. ¿No pusisteis pan en la boca de un hombre que no tenia estómago en que echarle?

—¿Segun eso sabeis el modo con que nos vengamos del cruel celador de montes?

—Sí, sí; ya he oido hablar de eso, y os aseguro que no hace mucho tiempo. Mas fué endiablada ocurrencia poner pan en la boca de un hombre muerto. ¡Mal entretenimiento, malísimo, os aseguro! ¿Qué provecho sacabais de desperdiciar así los comestibles? He visto en un sitio, Ranald, á mas de un soldado vivo que hubiera pagado á buen precio el zoquete que vos disteis á un cadáver.

—Fuimos atacados por sir Duncan, continuó Mac-Eagh, y despues de haber muerto á mi hermano, colgaron su cabeza de las almenas del castillo: juré vengarme, y ningun hijo de la niebla ha quebrantado nunca semejante juramento.

—Grandemente! dijo Dalgetty; la venganza es para muchos un placer: pero ¿cómo puede esta hazaña empeñar á sir Duncan á que interceda por vos? Confieso que no alcanzo, á no ser que vuestras esperanzas se limiten á que obtenga del Marqués diferente género de muerte, y á que en vez de ahorcaros pura y simplemente, os haga morir enrodado ó de otro modo semejante. Si me hallara yo en vuestro pellejo, Ranald, guardaria mi secreto, y sin curarme de sir Duncan, acabaria tranquilamente mi vida, *suspense pede*, entre el cielo y la tierra como vuestros antepasados.

—Oid, extranjero, dijo el montañés: sir Duncan de Ardenvohr tenia cuatro hijos, de los cuales tres fueron víctimas; pero el cuarto vive todavía, y sir Duncan quisiera mas bien estrechar á este cuarto hijo entre sus brazos, que torturar mis huesos, que no tardarán en quebrantarse por sí mismos: con solo decir una palabra, su ayuno y abatimiento se convertirán en regocijo y acciones de gracias. Oh! eso lo sé yo por experiencia: Kenneth, el único hijo que me queda, que á la hora esta corre tras las mariposas en las orillas del Aven, es mas caro á mi corazon que diez hijos reducidos unos á polvo, y destinados otros á ser pasto de los buitres hambrientos.

—Yo presumo, Ranald, dijo Dalgetty, que los tres pobres diablos que he visto colgados en la plaza del mercado, como arenques que están secando al sol, eran conocidos vuestros.

El montañés guardó breve rato silencio, interrumpido tan solo por lastimeros gemidos.

«¡Eran hijos míos, extranjero! eran hijos míos! Sangre de mi sangre! huesos de mis huesos! Ligeros en la carrera, valientes en el combate, invencibles hasta que los hijos de Diarmid los prendieron por su mayor número: ¿porqué les sobrevivo? ¿Qué importa que arranquen el tronco decrepito, cuando no le ha quedado mas que una sola de las ramas que eran su adorno? Pero fuerza es escitar en el alma de Kenneth la sed de la venganza: el aguilucho ha de aprender de su padre el modo de abalan-

zarse á la presa; por él solo compraria yo mi vida y mi libertad, aunque hubiese de descubrir mi secreto al caballero de Ardevohir.

—Mas fácilmente alcanzareis vuestro intento, si me lo confiais á mí, dijo una tercera voz que tomó parte en la conversacion.

—El enemigo del género humano está entre nosotros, exclamó Ranald Mac-Eagh poniéndose en pié.» Resonó la bóveda con el ruido de sus cadenas mientras el infeliz se retiraba cuanto aquellas se lo permitian del paraje de donde al parecer venia la voz. Tampoco las tuvo todas consigo el capitán Dalgetty, quien principió á repetir una oracion poliglota, aunque solo se acordaba del principio: «*In nomine Domini*, como decíamos en el colegio de Mareschal; *Santisima Madre de Dios*, como dicen los españoles; *Alle guten Geister loben den Herrn*, segun dicen los alemanes.

—Nada de exorcismos, dijo la voz que acababan de oír; aunque no podais comprender como he entrado aquí, yo soy mortal como vosotros, y mi ayuda puede seros de mucha utilidad en la crítica situacion en que os encontráis, si no sois tan orgullosos que rehuséis recibir consejos.»

Dichas estas palabras abrió el extranjero una linterna sorda, y con los pocos rayos de luz que de ella salian, pudo ver Dalgetty que aquel que se habia introducido tan misteriosamente en su compañía, y habia tomado parte en la conversacion, era un hombre de alta estatura, con librea del Marqués. Lo primero que hizo fué mirarle á los piés; pero no encontró ni la pezuña hondida que las crónicas escocesas dan al feo demonio, ni el casco de caballo por cuyo distintivo le conocen en Alemania. Su primera pregunta se dirigió á saber como habia podido entrar en aquel recinto: «porque, dijo, si hubierais abierto la reja, la hubiéramos oido chillar al girar sobre los mugrientos goznes; y si habeis pasado por el agujero de la cerraja, os declaro que no sois de la misma naturaleza de los que se alistán en los regimientos de hombres vivientes.

—Eso queda para mí, respondió el extranjero: cuando merez-

caís saber este secreto, comunicándome algunos de los vuestros, quizás entonces me decida á dejaros salir por donde yo he entrado.

—No será entonces por el agujero de la llave, dijo el Mayor, porque ni el diablo pudiera hacerme pasar por allí, cuando menos vos, quien quiera que seais, demonio ú hombre honrado. En cuanto á mis secretos, ninguno tengo que me sea personal, y pocos que atañan á los demás; pero sin embargo, preguntadnos lo que deseáis saber, ó como decia nuestro catedrático en el colegio de Mareschal en Aberdeen, *habla y te conoceremos*.

—Nada tengo que hacer con vos en este instante, replicó el extranjero presentando la linterna á las lívidas y toscas facciones y á los robustos miembros del montañés, que clavado contra la pared parecia dudar todavía si el nuevo huésped era de carne y hueso como él.

—Os traigo algun alimento, amigo mio, dijo el extranjero con tono apacible; pues aunque hubierais de morir mañana, esta no seria una razon para anticiparos un dia la muerte.

—Tiene razon, replicó el Mayor que estaba ya examinando el contenido de una cesta que habia traído el extranjero debajo de la capa, de lo que no hacia caso el montañés, ya fuese por desconfianza ó por desprecio, no obstante que Dalgetty le instaba á que le imitase.

—Haced vuestro gusto, camarada, dijo el Mayor, quien habia ya embaulado una enorme magra, y estaba armado con una botella de vino, brindando á su desganado compañero. ¡ Ah! se me habia olvidado beber á la salud del que nos regala. Amigo, voy á desocupar este segundo vaso á tu intencion. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Murdoch Campbell, lacayo del marqués de Argyle, y desempeño algunas veces el oficio de carcelero.

—Que me place, Murdoch, dijo Dalgetty, voy á beber otro trago á tu salud, pues la primera vez no lo he hecho en toda regla por no saber tu nombre. Este vino parece de Cacabelos. Te aseguro, Murdoch, que queda por mi cuenta el decir que mereces ser

carcelero en jefe, porque tú conoces como deben ser tratados los honrados hidalgos; pero tu amo nos mira como gente de poco valer, pues solo nos da pan y agua. ¡Miserable! en verdad que esto solo basta para deshorrar los calabozos del Marqués: pero parece que deseais hablar con mi amigo Ranald; no lo dejéis de hacer por mí; voy á agazaparme en este rincón con la cesta, y os aseguro que haré tanto ruido con las muelas, que no oiré una sola palabra de lo que digais.»

No obstante esta promesa, el Mayor escuchó con suma atención; y como el calabozo era bastante estrecho, no tuvo dificultad en oír el siguiente diálogo:

«¿Sabéis, hijo de la noche, dijo Murdoch, que no saldréis de aquí sino para ir al suplicio?»

—Los que me han sido mas caros, respondió Mac-Eagh, me han enseñado ya el camino.

—¿No hariais vos alguna cosa para evitar el seguirlos? le preguntó el criado.»

Antes de responder, retorció el prisionero las manos, agitando las cadenas que las oprimian.

«Mucho haria, dijo por último; no porque aprecie la vida, sino por el hijo que corre en el valle de Strath-Aven.

—¿Y qué hariais para evitar el golpe que os amenaza? preguntó nuevamente Murdoch.

—Yo haria... lo que puede hacer un hombre sin dejar de merecer el dictado de tal.

—¡Merecer el dictado de hombre! ¿Creeis merecerlo vos, cuyos hechos han sido de lobo rabioso?»

—Sí, respondió el montañés; yo soy un hombre como mis antepasados. Mientras tuvimos paz, éramos corderos; y ahora que nos la habeis arrebatado, nos llamais lobos. Volvednos las chozas que nos habeis quemado, los hijos que nos habeis muerto, las mujeres que nos habeis robado; id á buscar á los patíbulos y á las almenas de vuestros castillos los cadáveres mutilados y las blancas calaveras de nuestros padres, y volvedlos á reunir, haced que

tornen á la vida y que nos bendigan ; y entonces serémos vuestros vasallos y vuestros hermanos. Hasta entonces, la sangre, la muerte y la venganza levantarán entre nosotros un muro de bronce.

—¿No querreis pues hacer nada para alcanzar vuestra libertad?

—No habrá cosa que yo no haga... todo lo haré, menos llamarme amigo de vuestra tribu.

—Nosotros despreciamos la amistad de bandidos y vagamundos, replicó Murdoch, y nos degradaríamos si la aceptásemos. Lo que yo os pido por precio de vuestra libertad es que me digais en donde está la hija y heredera de Ardenvohr.

—¿Para qué? para casarla con algun esclavo de vuestro gran señor? dijo Ranald; ¿no es verdad? Yo sé que esa es la costumbre de los hijos de Diarmid. Aun está clamando venganza el valle de Glenorguby contra la tropelia cometida en la persona de una jóven que sus padres enviaban á la corte de su soberano. ¿No se vieron obligadas aquellas pobres gentes á ocultarla debajo de un caldero, en cuyo derredor pelearon hasta que perecieron todos en la demanda á fuer de valientes montañeses? ¿Y no fué despues conducida la doncella á este castillo y casada con el hermano de Mac-Callumore, sin otra razon que la de poseer muchas tierras y ganados?

—Y aunque esta historia fuese verdadera, dijo Murdoch, ¿qué mal le hubiera resultado? El de ser levantada á un puesto mas distinguido que el que hubiera podido alcanzar en la corte del Rey de Escocia. Pero nada tiene que ver esto con nuestro asunto. La hija de sir Duncan de Ardenvohr no es extranjera, es de la sangre de los Campbells, ¿y quién tiene mas derecho á conocer su paradero que Mac-Callumore, jefe de su tribu?

—¿De su parte pues me haceis esta pregunta? contestó Ranald. »

El criado inclinó la cabeza en señal afirmativa.

« Pero ¿vos no haréis ningun mal á la pobre niña? ¡Harto daño le he causado yo!

—Juro que ninguno.

—Y en recompensa ¿me prometéis la vida y la libertad?

—Así os lo aseguro, dijo Murdoch.

—Sabed pues que la criatura que yo salvé por compasión cuando atacamos el castillo de su padre, fué criada como hija adoptiva de nuestra tribu hasta el momento en que fuimos vencidos en la garganta de Ballenduthil por ese infernal Allan, enemigo implacable de nuestra tribu, por el sanguinario Allan-Mac-Aulay, digo, y por los caballeros de Lennox mandados por el heredero de Menteith.

—¿Cayó en poder de Allan el sanguinario, y pasaba por hija de vuestra tribu? dijo Murdoch: entonces no cabe duda en que ha sido sacrificada, y es lo mismo que si nada hubieras dicho para rescatar tu vida.

—Si mi vida depende de la suya, dijo Ranald, no abrigo mi pecho ningún temor, pero estriba en base mas frágil... en la promesa engañosa de un hijo de Diarmid.

—Se cumplirá fielmente esta promesa si podeis asegurarme que vive y decirme donde está.

—En el castillo de Darulinarach, bajo el nombre de Anita Lyle. He oído hablar de ella, y no pocas veces, á mis camaradas que se han acercado á los montes de donde fuimos arrojados: además, no hace mucho que yo mismo la ví.

—¿Vos, dijo Murdoch con sorpresa, vos uno de los jefes de los hijos de la niebla, vos os atrevisteis á acercaros á vuestro mortal enemigo?

—Aun he hecho mas que todo eso, hijo de Diarmid, continuó el proscrito: entré en el patio mismo del castillo disfrazado de tañedor de arpa, con ánimo de undir un puñal en el pecho del sanguinario Mac-Aulay, terror de nuestra gente, y someterme despues á mi destino. Ya empuñaba mi diestra el arma fatal cuando se presentó á mis ojos Anita Lyle y empezó á cantar, acompañándose con el arpa, un romance de los hijos de la niebla que aprendiera cuando vivía entre nosotros. Parecióme entonces ha-

llarme en los bosques que habíamos habitado juntos; oír los silbidos del viento por entre las ojas que nos habían servido de dosel; ver correr los arroyos que nos convidaban con su agua cristalina: parecióme en fin que me hallaba en mi patria. No pude resistir á tan dulces recuerdos, y mi mano, soltando el puñal, malogró mi premeditada venganza. ¿Está pagado ahora mi rescate, hijo de Diarmid?

—Sí, respondió Murdoch, si lo que decís es verdad: pero ¿cómo lo probaréis?

—Sedme testigos ¡ó Cielos! exclamó el desgraciado: ya busca el perjurio algún efugio para faltar á su palabra.

—No, respondió Murdoch; cumpliré mi promesa en sabiendo que habeis dicho la verdad... Es menester que diga también algo á vuestro compañero de prision.

—Tus promesas se las lleva el viento, dijo entre dientes el prisionero arrojándose al suelo.»

—Durante este tiempo, el Mayor no había perdido una palabra del diálogo, y echaba cuentas hallá consigo. «¿Qué diablos tendrá que decir ese artero perillan? Yo no tengo ningún hijo que yo sepa; tampoco he robado ninguno. Pero no importa, veamos lo que quiere. No sabe él con quien las ha; y le aseguro que tendrá que hacer más de una maniobra para coger por el flanco al mayor Dalgetty.

Púsose pues sobre sí para si tuviera que defender lanza en mano alguna brecha, aguardando con precaución, pero sin temor, que diese principio el ataque.

—«Vos sois, ciudadano del mundo, Mayor, dijo Murdoch, y no podeis ignorar nuestro antiguo proverbio que dice *dando dando*, proverbio de todas las naciones y de todas las lenguas.

—Sí así es, debo conocerle en efecto, respondió Dalgetty, porque escepto los Turcos, pocas potencias hay en Europa á cuyo servicio no haya estado, y no pocas veces me provocó el deseo de ir á hacer una campaña con los genízaros.

—Un hombre de mundo como vos, libre de preocupaciones,

me entenderá sin duda fácilmente, añadió Murdoch, cuando le diga que para recobrar la libertad solo se le pide que responda lisa y llanamente á algunas preguntas poco interesantes en orden á los jefes que ha dejado en Darnlinvarach, sus preparativos de defensa, el número de sus soldados, y lo que sepa del plan de operaciones.

—¿Solo para satisfacer vuestra curiosidad, dijo Dalgetty, y sin otra mira?

—Ninguna absolutamente. ¿Qué otra podria tener un pobre diablo como yo?

—Preguntad pues, añadió el Mayor; que yo os responderé *pe-remptrorid*.

—¿Cuántos irlandeses van á reunirse con el rebele Jacobo Graham?

—Creo que diez mil, dijo el Mayor.

—¡Diez mil, exclamó Murdoch con enojo, cuando nos consta que apenas desembarcaron dos mil hombres en Ardnamurchan!

—Entonces mas sabeis vos que yo, respondió Dalgetty con mucha flema: todavía no les he visto pasar revista, pues ni siquiera los he visto formados.

—¿Y cuántos soldados creéis que dará cada tribu? preguntó Murdoch.

—Cuantos pueda, respondió el Mayor.

—Eso es harina de otro costal, dijo Murdoch; hablad claro: ¿llegarán á cinco mil hombres?

—Así, poco mas ó menos, contestó Dalgetty.

—¿Sabeis, amigo, que os va nada menos que la vida si seguís respondiendo de ese modo? dijo el catequista: con solo un silbido que dé veré colgada vuestra cabeza sobre el puente levadizo.

—Pero, hablando con franqueza, señor Murdoch, ¿creéis que sea razonable preguntarme los secretos de nuestro ejército, habiéndome obligado á servir mientras dure la campaña? Si yo os enseñara á vencer á Montrose, ¿en qué pararian mi pre, los atra-

—sos que se me están debiendo, y la parte del botín que me corresponde?

—Os digo, prosiguió Murdoch, que si os obstinais en no responder con llaneza á mis preguntas, no será larga vuestra campaña, y el tajo que está á la puerta del castillo, preparado para castigar á los espías y traidores, me vengará luego de vuestra impertinencia: pero al contrario, si respondieris con veracidad á mí... al servicio de Mac-Callumore.

—Pero ¿paga bien á sus oficiales? preguntó el Mayor.

—Doblará vuestra paga si quisieris volver á avistaros con Montrose para decirle lo que os encargue.

—¡Voto á tantos, que mucho siento no haberos visto antes de haberme comprometido con él! dijo Dalgetty con aire pensativo.

—Eso no obsta, replicó Murdoch: al contrario, ahora puedo ofrecer condiciones mas ventajosas, con tal que me seais fiel.

—Fiel? queréis decir á vuestro partido, y traidor á Montrose?

—Fiel á la causa de la religion y al orden, respondió el catequista.

—Y decidme os ruego, por si me da la gana de mudar de servicio: ¿es buen amo el marqués de Argyle?

—No le hay mejor.

—¿Liberal para con sus oficiales?

—Su bolsillo es de ellos.

—¿Sincero y fiel en sus promesas?

—El escocés mas leal, así como es el mas poderoso.

—Esta es la primera vez que oigo hablar bien de ese caballero, dijo Dalgetty: fuerza es que seais su amigo, si ya no sois el Marqués mismo. Marqués de Argyle, añadió arrojándose de repente sobre el ilustre disfrazado, preso sois en nombre del rey Carlos como traidor. Si levantais la voz para pedir auxilio, os tuerzo el gaznate.»

El ataque de Dalgetty contra Argyle fué tan repentino y tan inesperado, que dió con él al suelo cuan largo era; y poniéndole la rodilla sobre el pecho, con una mano le amenazaba y con

la otra le apretaba la garganta, dispuesto á ahogarle al menor movimiento que hiciese.

«Marqués de Argyle, añadió, ahora soy quien debo proponeros los artículos de capitulación. Si me enseñais la puerta falsa por donde habeis entrado, no os quitaré la vida, bajo la condicion empero de que seris mi *locum tenens*, como decíamos en el colegio de Mareschal, es decir, que ocuparéis mi lugar hasta que venga vuestro carcelero á visitar á sus presos: si no os place este pacto, y haceis la menor resistencia, juro que os doy garrote como me enseñó un polaco amigo mio, esclavo que fué en el Serrallo otomano; y despues que os haya despachado, no me faltarán medios para verificar mi retirada.

—Traidor! ¿Olvidais que venia á salvaros? ¿Así pagais mi bondad? dijo con voz lánguida y ahogada el marqués de Argyle.

—¡Vuestra bondad! dijo Dalgetty; enhorabuena: pues yo os trato así, Milord, para enseñaros á respetar el *jus gentium* con los caballeros que os traen mensajes, flados en un salvo conducto, y para que veais el riesgo á que se espone el que hace proposiciones deshonrosas á un valiente militar, empeñándole á que haga traicion á los que le pagan durante el tiempo de su servicio.

—No me quitéis la vida, dijo Argyle, y haré cuanto de mí exijais.»

Dalgetty, teniendo al Marqués asido por la garganta, y apretándosela de modo que solo le dejaba la respiracion absolutamente necesaria para que pudiese responderle, empezó á interrogarle de esta manera:

«¿En dónde está la puerta reservada de la prision?»

—Dirigid la luz de la linterna hácia el rincón que está á vuestra derecha, y veréis el hierro que cubre el resorte.

—Que me place, respondió Dalgetty; pero ¿á dónde conduce el pasadizo?

A mi gabinete particular, detrás de la tapicería.

—¿Y cómo podré desde allí salir por la puerta del castillo?

—Atravesando la grande galería, la ante cámara y el cuerpo de guardia.

—¿Encontrando por todas partes lacayos, soldados y centinelas? No, no, Milord; no es eso lo que me acomoda. ¿No hay algun tránsito oculto que conduzca á la puerta, como el que guia á vuestros calabozos? En Alemania los hay; yo los he visto.

—Hay uno, dijo el Marqués, en mi gabinete, que da á la capilla, y de esta conduce á la puerta del castillo. Pero si quereis fiaros de mi palabra, yo os acompañaré, y os daré un pasaporte en regla.

—Escuchadme, si os place, Milord. Acaso fiara en vuestra palabra si en vuestro cuello no estuviesen mis dedos tan señalados; pero ahora, beso á V. las manos, como dicen los Españoles. Sin embargo, podeis darme un pasaporte, que será lo mejor; y os agradezco el haber sugerido la idea. ¿Teneis en el cuarto plumas y tinta?

—Sin duda; y pasaportes en blanco, que no necesitan mas que mi firma: vamos pues allá.

—Eso no, Milord; no soy acreedor á tanta honra; yo iré solo, y vuestra señoría quedará al cuidado de mi honrado amigo Ranald Mac-Eagh: así pues permitidme que os lleve arrastrando hasta su cadena. Honrado Ranald, ya veis como están nuestros negocios. No dudeis que yo hallaré medio para restituiros la libertad. Entretanto cuidad de Milord. Aguardad; voy á deciros como os habeis de manejar. Ponedle la rodilla en el pecho. Muy bien. Ahora ponedle la mano derecha en la garganta, por bajo de la nuez: mirad, así: perfectamente; y al menor grito que dé ó al menor gesto que haga, no dejeis, mi digno Ranald, de apretar con fuerza si es necesario *ad deliquium*, es decir, Ranald, hasta que casi pierda el sentido. En esto no cometeríamos gran pecado, si atendemos á lo que él nos preparaba.

—Con que solo haga ademán de querer hablar ó desasirse, muere entre mis manos, dijo Ranald.

—Eso es, camarada: no dejeis de hacerlo así. Veo que lo entendéis.»

Dalgetty movió el resorte que el Marqués le habia indicado, é inmediatamente se abrió la puerta falsa, pues sus goznes estaban tan lisos y tan bien untados de aceite, que su rotacion no causaba el menor ruido. Estaba la puerta llena de barras y cerrojos para cerrar por fuera, y en el tránsito habia dos ó tres llaves para abrir sin duda los candados de las cadenas de los presos. Una escalera estrecha practicada en la pared conducia, como el Marqués lo habia dicho, hasta su gabinete. Estas comunicaciones eran muy comunes en las antiguas fortalezas, porque proporcionaban al señor del castillo el medio de escuchar, como otro Dionisio, la conversacion de sus presos, y visitarlos si queria con algun disfraz: tentativa que tuvo por esta vez consecuencias tan desagradables para Mac-Callumore.

Despues de haber atisbado para ver si habia alguien en la habitacion, entró el Mayor, tomó inmediatamente uno de los pasaportes en blanco que habia sobre la mesa, se proveyó de recado de escribir, arrancó de las cortinas un grueso cordon de seda, y cogiendo tambien el puñal del Marqués, volvió á bajar inmediatamente á la caverna, á cuya puerta habiendo escuchado un rato oyó la congojosa voz del Marqués que hacia grandes ofrecimientos á Mac-Eagh si le permitia gritar alarma.

«Aunque me ofrecierais un bosque lleno de gamos, respondió el montañés, los mejores rebaños, y todo el pais de que son señores los hijos de Diarmid: no faltaria á la palabra que he dado al valiente de la armadura.

—¡Bravo, camarada! dijo Dalgetty: el valiente de la armadura no faltará tampoco á lo que te ha prometido. Mas no hagamos esperar al noble Marqués; es menester que llene este pasaporte escribiendo en él los nombres del mayor Dugald-Dalgetty y de su guia, y voto á tantos, que si no lo hace le daré uno para el otro mundo.»

El Marqués escribió á la luz de la linterna sorda todo lo que el Mayor le dictó.

«Ahora, amigo Ranald, quítate tu ropon para rebujar en él á

Mac-Callumore, y convertirle por algunos instantes en hijo de la niebla. ¡Oh Milord! no tiene remedio: es preciso que os lo cale por la cabeza para que no podais dar ningun grito. Grandemente! bien rebujado queda! Bajad los brazos, si no quereis que os hunda en el pecho vuestro propio puñal. Ya veis que tengo todos los miramientos posibles á vuestra clase, y que he cuidado de proveerme de un hermoso cordon de seda para atar á vuestra señoría. Así está bien; ahora puede aguardar que venga alguno á socorrerle. Si ha dado orden que no nos traiga la comida hasta la noche, él lo pagará, Ranald. ¿A qué hora suele venir el carcelero, camarada?

—Nunca viene antes de ponerse el sol, dijo Mac-Eagh.

—Si es así, amigo, llevaremos tres heras largas de delantera, dijo el prudente Mayor. Vamos, no perdamos tiempo.»

Lo primero que hizo fué registrar la cadena de Ranald, y abrirla con una de las llaves colgadas detrás de la puerta falsa, puestas allí sin duda para que pudiese el Marqués, si se lo antojaba, dar libertad á algun preso ó trasladarle á otra parte sin necesidad de llamar al carcelero. Estendió el montañés sus entorpecidos brazos, y saltó de gozo al ver recobrada su libertad.

«Poneos la librea del noble prisionero y seguidme, le dijo el Mayor.»

Obedeció Ranald; y lo primero que hicieron despues de haber salido, fué cerrar la puerta con cerrojos y barras, y subieron por la escalera falsa, llegando sin peligro al gabinete del Marqués.

CAPITULO XIV.

«Buscad el tránsito secreto que conduce á la capilla, Ranald, dijo Dalgetty, mientras registro yo esta papelera.»

Al decir estas palabras cogió con una mano un legajo de los papeles mas importantes de Argyle, y con la otra un bolsillo lleno de oro, que estaba convidándole en una gaveta abierta.

«Nuevas y botín, dijo el Mayor al embolsar los despojos; eso debe buscar un valiente caballero: aquellas para su general, y este para sí.»

A propiósese también una espada, un par de pistolas, y un frasco de pólvora que estaba encima de la papelera. «A fé mía que esta espada es de buen temple, y las pistolas son mejores que las mías. Un trueque no es un robo; además, así aprenderá lord Argyll á respetar la gente honrada. Pero ¡qué es lo que veo! Ranald! Ranald! ¿Adónde vais corriendo de ese modo?»

A buen tiempo habló el Mayor para que se detuviese MacEagh, quien no encontrando el tránsito secreto, é impaciente por verse fuera del castillo, se había apoderado de una espada y de un escudo, y ya se preparaba á entrar en la galería, resuelto sin duda á abrirse paso á viva fuerza.

«Deteneos si apreciáis la vida, le dijo Dalgetty agarrándole. Es menester que nos salvemos, si posible fuere, sin desenvainar la espada; ó sino, somos perdidos. Comencemos por atrancar esta puerta, para que crean que Mac-Callumore no quiere dar audiencia. Ahora me toca á mí hacer un reconocimiento, y ver si hallo el tránsito que buscamos.»

Empezó á registrar detrás de los tapices, y halló en efecto una puerta falsa que daba á un corredor, á cuyo extremo había otra puerta, por donde sin duda se entraba en la capilla.

Pero ¿cuál fué su sorpresa cuando estando en lo último del corredor oyó la voz sonora de un ministro que estaba predicando?

«Por eso el infame traidor nos ha indicado este tránsito: dándome está el corazón que vaya á contarle el pezequezo.»

Abrió entonces muy despacio la puerta que daba á una galería cerrada con una celosía por el lado de la capilla, sitio destinado para el Marqués. Tenía la tribuna cortinas que estaban corridas, quizás para que se creyese que asistía al oficio divino en tanto que acaso estaria trabajando en su gabinete. No había nadie en el banco, pues era tan rígida la etiqueta que

entonces se observaba, que la familia del Marqués ocupaba durante el servicio otra tribuna colocada un poco mas abajo que la del señor principal. Despues que se hubo asegurado el Mayor de que nadie habia, se determinó á entrar con su compañero en la tribuna, teniendo cuidado de cerrar la puerta. Nunca (aunque sea mucho decir) nunca se oyó un sermon con mayor impaciencia y menos edificacion que la que tuvieron Dalgetty y el hijo de la niebla. Aquel oía decir : « En décimosexto lugar; en décimoséptimo lugar; en décimooctavo lugar; y conclu-yamos,» con una impaciencia que casi rayaba en desesperacion. Complaciase al parecer el ministro en prolongar el martirio de nuestros oyentes, porque mas de diez veces indicó que iba á concluir antes que bajase del púlpito. Pero como nadie puede estar predicando toda la vida, calló el ministro por fin, y bajó del púlpito haciendo antes una profunda reverencia hácia la tribuna, muy ageno de pensar á quien hacia tal honor.

Si se ha de juzgar de la devocion de los criados del Marqués por la diligencia con que se dispersaron, no estaban menos impacientes que el Mayor de que llegase el fin de aquel eterno sermon. Es verdad que siendo la mayor parte montañeses, tenian la disculpa de no entender una palabra de lo que decia el ministro, aunque asistian comunmente á sus instrucciones por haberlo así dispuesto Mac Callumore, y lo mismo hubieran hecho aunque hubiese predicado un iman turco. Pero aunque los fieles se habian marchado al momento, el ministro se quedó en la capilla, paseando de arriba á bajo, meditando al parecer en lo que acababa de predicar, ó preparando otro discurso. Dalgetty no sabia qué hacerse, á pesar de toda su decision. Entretanto los momentos eran preciosos, pues el carcelero podia ir á los calabozos un poco antes de lo acostumbrado, en cuyo caso no dieran un maravedí por su vida. Por último se resolvió y dijo á Ranald, que acechaba todos sus movimientos, que le siguiese y que tuviese cuidado de no descubrirse; y empezó á bajar con mucho sosiego una escalera que conducia á la iglesia.

Un bisoño hubiera tratado de pasar con ligereza por detrás del nuevo ministro, figurándose poder escapar sin ser visto; pero el Mayor, que conocía cuan arriesgada era semejante tentativa, dirigió gravemente el paso hácia el medio de la capilla con el sombrero en la mano; y al pasar por delante del coro se disponía á hacer una profunda reverencia al ministro y continuar su camino, cuando echó de ver con la mayor sorpresa que este era el mismo con quien habia comido la víspera en el castillo de Ardenvohr. No perdió sin embargo su presencia de ánimo, y antes que el ministro pudiese hablarle le dijo con la mayor serenidad: «No he podido resolverme á salir de este castillo sin daros por mi parte las mas sinceras gracias de la excelente homilia con que acabais de favorecernos.

—No he notado que estovieseis en la capilla, respondió el ministro.

—El honorable Marqués se ha dignado ofrecerme un asiento en su tribuna particular, prosiguió el Mayor con modestia.» Al oír esto, el ministro se inclinó profundamente; pues no ignoraba que este era un honor que no dispensaba el Marqués sino á personas de la primera jerarquía.

«En la especie de vida errante que he traído, añadió el Mayor, he oído á muchos predicadores de diferentes religiones; pero no me acuerdo de haber oído una homilia como la vuestra.

—Llamadla instruccion, mi digno señor, dijo el ministro: esta es la frase de nuestra Iglesia.

—Llámesese instruccion ú homilia, no hay duda en que es excelente; y no he querido marcharme sin mostraros la profunda sensacion que ha hecho en mí, y manifestaros al mismo tiempo cuanto siento haber parecido faltar ayer en la comida al respeto debido á una persona como vos.

—¡Ay señor! dijo el ministro, nos encontramos en este mundo como en un valle oscuro, sin saber al lado de quién nos coloca la casualidad. No es pues estraño que tropecemos á veces con personas que si nos fueran conocidas no nos cansaríamos de aca-

tar. Yo mismo, señor, os hubiera tenido por un pecador endurecido, mas bien que por un hombre lleno de piedad y fervor que respeta al mas humilde ministro del Señor.

—Esa fué siempre mi costumbre, respondió Dalgetty ; porque estando al servicio del inmortal Gustavo... Pero yo os distraigo de vuestra meditacion, dije interrumpiéndose, cediendo por esta vez el deseo de hablar del Rey de Suecia al imperio de las circunstancias.

—Nada de eso, caballero, repuso el ministro. ¿Qué ibais á decir de ese gran Príncipe, cuya memoria debe ser tan cara á todo protestante?

—Que habia dado órden para que los tambores tocasen la oracion mañana y tarde, lo que se miraba como una regla tan indispensable como la parada ; y si un soldado pasaba por delante del capellan sin hacerle cortesía, se le ponía una hora en el cepo.... Pero, señor, siento mucho dejaros. El marqués de Argyle acaba de darme un pasaporte, y es menester que parta inmediatamente á cumplir una mision importante : os deseo muy buenas tardes.

—Deteneos un instante, dijo el predicador. ¿ No podria yo hacer algo por vos para manifestaros el respeto que me merece el discípulo del gran Gustavo, y tan escelente juez de la elocuencia del púlpito?

—Solo os pido, señor, que me enseñeis el camino mas corto de la puerta del castillo. Si tuvierais la bondad, continuó con mucho descaro el Mayor, de mandar á un criado que sacase allá mi caballo, os daria infinitas gracias, porque yo no sé en donde está la caballeriza, y mi guia, añadió mirando á Ranald, no habla una palabra de inglés. Es un caballo bayo oscuro y castaño ; con llamarle Gustavo, se dará á conocer rehilando al momento las orejas.

—Voy á hacer inmediatamente lo que mandais, dijo el ministro ; y por aquí podeis salir al patio.

—¡ Bendiga el cielo tu vanidad ! dijo el Mayor para su sayo.

Temia tener que marcharme sin mi Gustavo. » El ministro hizo en efecto con tanta eficacia la diligencia que le encargara tan excelente apreciador de su sermón, que todavía estaba Dalgetty hablando con los centinelas del puente levadizo, y enseñándoles el pasaporte, cuando se presentó un criado con el caballo ensillado y dispuesto para el viaje. En cualquiera otra parte el aparecer de repente en libertad el Mayor, á quien todos habian visto poner preso, hubiera podido escitar alguna sospecha, y aclarado tal vez la verdad; pero los oficiales y criados del Marqués estaban acostumbrados á la política misteriosa de su amo, y supusieron que Mac-Callumore habria puesto en libertad á Dalgetty para darle alguna comision secreta. Persuadidos de esto, lo que tambien hacia verosímil el pasaporte, le dejaron pasar libremente á él y á su guia. »

Atravesó Dalgetty muy despacio la ciudad de Inverary, acompañado de Ranald, quien le seguia á pié como si fuera su criado.

Al pasar el anciano por delante de la horca, miró, torciéndose las manos, los cadáveres que de ella estaban pendientes. La mirada y el gesto fueron obra de un momento; pero eran prueba del dolor mas acerbo: trató de disimular al instante, pero al pasar dijo algunas palabras en voz baja á una de las mujeres que lloraban al pié del patíbulo, la cual se sobresaltó al oír su voz; mas se recobró al punto, contestándole con una inclinacion de cabeza.

Salió Dalgetty de la ciudad sin saber si tomar una barca, ó internarse en los montes y ocultarse en ellos. En el primer caso se esponia á que las lanchas del Marqués le persiguiesen inmediatamente, como que las habia prontas á dar á la vela; y no se podia esperar que una barca de pescador pudiese librarse de ellas. En el segundo, corria gran riesgo de estraviarse y morir de hambre en aquellos silvestres y desconocidos desiertos, suerte tan triste como la de ser colgado de una horca ó degollado.

Ya habia traspuesto la ciudad, y sin embargo no sabia qué partido tomar ni por dónde ni para dónde salvarse; y entonces

echó de conocer que el haberse escapado de la prision era la parte mas fácil de su peligrosísima empresa. Si volviere á caer en manos del marqués de Argyle no habia que dudar de la suerte que le cabria; porque el modo algo atrevido con que habia tratado á un hombre tan vengativo, y el baldon que le habian hecho, eran de aquella especie de injurias que solo la muerte puede vengar. Mientras estaba abandonado á estas reflexiones poco lisonjeras, mirando en torno suyo con un gesto que manifestaba claramente su perplejidad, preguntóle de repente Mac-Eagh qué camino pensaba seguir.

«En verdad, camarada, que me haceis una pregunta á que me es imposible responder, y empiezo á creer que mejor hubiéramos hecho en atenernos al pan prieto y al cántaro de agua de nuestra prision, hasta la llegada de sir Duncan, quien, al menos por su buena fama, no hubiera dejado de hablar algo en mi favor.

—Sajon, dijo Mac-Eagh, no te arrepientas de haber cambiado el aire infecto de un calabozo por el mas puro de la libertad: sobre todo no os pese de haber favorecido á un hijo de la niebla. Tomadme por guia, abandonaos á mi cuidado, y con mi cabeza respondo de vuestra seguridad.

—¿Podreis vos conducirme por medio de esas montañas, sin que corramos peligro de que nos persigan, y proporcionarme medios además para reunirme con el ejército de Montrose?

—Sí, respondió el montañés. Nadie mejor que los hijos de la niebla conocen los desfiladeros de las montañas, las cavernas, las breñas y los precipicios. No habitamos nosotros en las orillas de los lagos ó de los rios, ni en medio de fértiles y cultivadas llanuras; nuestras viviendas y retiros son peñascos inaccesibles y profundas cañadas en donde nacen los torrentes del desierto. Todas las jaurias de Argyle no podrán descubrir mis huellas por entre los senderos casi impenetrables que vamos á seguir.

—¿Me hablais con verdad, querido Ranald? prosiguió Dalget-

ty; sed pues mi guía; porque si me metiera yo á piloto, jamás nuestra barca llegara al puerto.»

El montañés, seguido del Mayor, se internó inmediatamente en los montes que rodeaban el castillo por espacio de muchas millas al rededor y caminaba con tanta celeridad, que Gustavo con ir al trote tenia bastante trabajo en seguirle. Mudaba además tan á menudo de camino, tomando ya un sendero ya otro de los muchos que se cruzaban, que el Mayor se halló al momento completamente desorientado.

Hasta entonces se habia mostrado bastante sereno, aunque el camino iba siendo cada vez mas difícil y escabroso; pero de repente desapareció toda senda, y viéronse rodeados de zarzales y malezas. Solo un ruido que hacia un torrente al pié de un precipicio interrumpia el silencio de aquellos agrestes sitios, al parecer inaccesibles.

«¿A dónde diablos me llevais por ahí, camarada? exclamó Dalgetty. ¿Quereis por ventura meteros entre esa maleza, ó rodar por ese precipicio abajo? En cualquiera de estos casos, ¿qué será de mi Gustavo?»

—No tengais cuidado de vuestro caballo, dijo el montañés: luego se os devolverá.»

En esto dió un silbido, y salió de entre unos matorrales arrastrando como una fiera, un muchacho de hasta diez y seis años, medio desnudo, con una manta de pelo encrespado sostenido con una agujeta, y caido sobre la cara para defenderla del sol. Era flaco y descarnado; sus ojos rasgados y pardos, y de un mirar adusto, ocupaban al parecer doble espacio que el que ocupan comunmente en la cara de los demás hombres.

«Dadle el caballo, dijo Ranald al Mayor: en esto os va la vida.

—¡Ay de mí! exclamó Dalgetty desesperado: *heu!* como decíamos en el colegio de Mareschal. ¿En semejantes manos he de dejar mi caballo?»

—¿Estais loco? ¿Así perdeis los momentos mas preciosos? le di-

jo el guía. ¿Estamos acaso en tierra hospitalaria, libres de todo riesgo, que tanto os cueste separaros de vuestro caballo, como si fuera un hermano? Os digo que lo volveréis á ver: pero aunque así no fuese, ¿no vale mas la vida que el mejor potro del mundo?

—Algo vale la vida sin duda, honrado amigo, dijo Dalgetty suspirando: sin embargo, ¿si conocierais las prendas de Gustavo! si supierais todo lo que hemos hecho y sufrido juntos! Ved como vuelve la cabeza para mirarme. Tened mucho cuidado de él, mozo; yo os lo pagaré bien.» Dicho esto, apartó la vista de su Gustavo; no pudiendo sufrir el triste espectáculo de su separacion; y silbando una marcha para disfrazar su pena, se puso en actitud de seguir á su guía.

Pero no era cosa tan fácil el seguirle: se necesitaba mas agilidad que la que tenia nuestro pobre Mayor. Apenas habia dejado el caballo, cuando al pasar por el borde de un precipicio se le fué un pié, y hubiera rodado infaliblemente hasta lo profundo del abismo, quedando libre para siempre de la persecucion de Argy-le, si unas ramas protectoras no le hubieran felizmente detenido cuando empezaba á rodar por un rápido declive. Acudió inmediatamente á socorrerle el hijo de la niebla, y logró librarle del peligro; pero esto solo era el principio de nuevas desgracias, porque era menester á cada paso escalar enormes peñascos, pasar á rastros por medio de abrojos y de espinas, trepar con mucho trabajo por montañas escarpadas, cuya bajada era aun mas difícil; en fin, vencer un sin número de obstáculos que se presentaban á cada instante, y que apenas llamaban la atencion del ágil montañés, quien los salvaba con tanta facilidad, que escitaba al mismo tiempo la admiracion y envidia de Dalgetty. Como le embarazaba mucho el casco, la armadura y las pesadas botas que no le dejaban andar, se halló desde luego tan cansado, que se vió obligado á sentarse en una piedra para tomar aliento, esplicando entretanto á Ranald Mac-Eagh la diferencia que habia entre caminar *expeditus*, y caminar *impeditus*, dos términos militares so-

bre cuya exactitud y elegancia le habia disertado muchas veces su catedrático en el colegio de Mareschal en Aberdeen.

La única respuesta que dió el montañés á Dalgetty fué darle una palmadita sobre el hombro, señalando con la mano en direccion contraria al viento, como para fijar su atencion hácia la parte de donde soplabá. Miró Dalgetty, pero nada vió, porque empezaba á anochecer; mas sí oyó distintamente el lejano tañido de una campana.

«¿Qué es eso! Paréceme que tocan á rebato, dijo el Mayor; *der Sturm*, como dicen los Alemanes.

—Los fúnebres sonidos de esa campana anuncian vuestra muerte si no teneis ánimo para acompañarme mas léjos.

—¡Animo dices, Ranald! No es eso lo que me falta, pero no me sobran piernas. Lo mejor que puedo hacer es echarme en medio de un matorral, y aguardar en él tranquilamente lo que Dios disponga de mí. En cuanto á vos, Ranald, os suplico que os pongais en salvo y me abandonéis á mi suerte, como el leon del Norte, el inmortal Gustavo-Adolfo, de quien acaso habreis oido hablar, dijo á Francisco Alberto, duque de Sajonia Lauenburgo, cuando aquel fué herido mortalmente en los campos de Lutzen. No desesperéis sin embargo de mi salvacion, Ranald; porque sabed que en Alemania me hallé no pocas veces en apuros semejantes. Me acuerdo, entre otros, que en la desgraciada batalla de Nerlingen.... despues de la cual mudé de servicio....

—Si en vez de gastar tiempo en contarme unas proezas que no me importa saber, le emplearais en salir del paso, dijo el montañés que empezaba á incomodarse con las habladurías de Dalgetty; ó si vuestras piernas pudieran menearse tan de prisa como vuestra lengua: todavía pudierais dormir tranquilo esta noche en paraje en donde nada tendriais que temer de parte de Mac-Callumore.

—No deja de ser enérgico este apóstrofe, dijo el Mayor, aunque se aparte un poco del respeto debido á un oficial de distincion; pero como ya está admitido en todas las naciones el hacer la vis-

ta gorda á la tropa cuando está en marcha, tambien yo quiero pasar por alto esas pequeñas libertades. Y ahora que ya he cobrado aliento, proseguiré en vuestras atribuciones, Ranald. *I proæ sequar*, como decíamos en el colegio de Mareschal. »

Comprendiendo el hijo de la niebla lo que queria decir Dalgetty, mas bien por el gesto que por las palabras, volvió nuevamente á servir de guia con el mayor acierto á través de las sendas mas desiguales y escabrosas. A pesar de sus pesadas botas, sus escarceolas, sus manoplas y su coraza, sin hablar del colete de búfalo que llevaba debajo de la armadura, y no cesar de referir sus antiguas hazañas, á las que Ranald no prestaba la menor atencion, siguió el Mayor á su guia un trecho considerable, cuando oyeron á lo léjos ladridos continuados de un perro de caza, como si ya hubiese dado en el rastro de la presa.

« ¡ Ola ! dijo Ranald ; ¿ has descubierto ya nuestras huellas, sabueso infausto y tan fatal á los hijos de la niebla ? Pero tarde llegas ; el gamo está ya con los suyos. »

Habiendo dicho estas palabras, dió con mucha precaucion un ligero silbido, al que contestaron con la misma cautela desde lo último de un sendero escarpado por donde trepaban algun tiempo habia. Doblaron el paso y llegaron á la cima del desfiladero, en donde la luna, que brillaba entonces con todo su esplendor, permitió al Mayor ver un grupo de hasta doce montañeses y otras tantas mujeres y niños ; quienes á la vista de Ranald MacEagh manifestaron tan vivo alborozo, que fácilmente conoció su compañero que estaban rodeados de los hijos de la niebla. El sitio que habitaban era muy adecuado al género de vida que llevaban, porque era la punta de un peñasco escarpado, á donde se subia por los giros tortuosos de un sendero estrecho y desigual que se descubria todo desde la eminencia que ocupaban.

Ranald dijo con precipitacion algunas palabras á los hijos de su tribu, y estos fueron unos tras otros á coger de la mano á Dalgetty ; y las mujeres, para darle aun con mayor elocuencia

pruebas de su agradecimiento, le rodeaban con ansia, haciendo cuanto podian por besar su armadura.

«Os prometen amor y amistad, le dijo Mac-Eagh, por el servicio que habeis hecho hoy á la tribu.

—Basta, Ranald, basta, respondió el Mayor, decidles que no me gustan los apretones de manos; esto no hace mas que confundir las clases y los grados en el servicio militar; y por lo que quieren hacer estas mujeres con mis manoplas y mi coraza, me acuerdo de lo que el inmortal Gustavo, con quien el populacho intentaba hacer la misma demostracion cuando pasaba por las calles de Nuremberg, dijo á los que se arrodillaban á sus piés para besar los faldones de su casaca: «Si me adorais como si fuera un dios, ¿quién os ha dicho que la venganza celeste no os pruebe antes de mucho que soy mortal?» Ea pues, Ranald, supongo que contais hacer alto aquí, y aguardar al enemigo de pié firme. ¡Escelente posicion, voto á tantos, como dicen los Españoles! admirable punto para un corto peloton de hombres, á donde no puede arrimarse el enemigo sin esponerse al fuego de cañon y de la fusilería! Pero apuesto cualquier cosa, amigo, que no teneis cañones, y ni aun veo que vuestra tropa tenga fusiles. ¿Con qué medios contais pues defender el paso antes de llegar á las manos? Confieso que no lo alcanzo.

—Con las armas y el valor de nuestros antepasados, dijo Mac-Eagh haciendo reparar al Mayor que estaban armados de arcsos y flechas.

—¡Arcos y flechas! exclamó Dalgetty; ¡ah, ah, ah! lindas armas! ¿Qué es esto? Lo menos hace cien años que no están en uso semejantes armas en ningun ejército civilizado. ¡Pelear con arcsos y flechas! ¿y porqué no con hondas, como en tiempo de Goliath? ¿Quién hubiera imaginado que Dugald Dalgetty de Drumthwacket habia de ver á los hombres servirse de semejantes armas? ¡Jamás lo hubiera creído el inmortal Gustavo, ni Wallenstein, ni Butler, ni el viejo Tilly! Pero, ¿para qué matarse? Ranald, en resumidas cuentas el gato no puede tener otras

armas que sus uñas; y si hemos de pelear con arcos y flechas, procuremos al menos sacar de ellas el mejor partido que podamos; y como yo no entiendo el manejo de tan gótica artillería, podeis vos mismo dirigir las operaciones, porque es por demás esperar que yo tome así el mando (lo que hubiera hecho con gusto si peleaseis con armas cristianas) ignorando el modo de pelear segun los Númidas. Contad, sin embargo, con que en defecto de la carabina, que por desgracia quedó colgada en la silla de Gustavo, no estarán ociosas mis pistolas durante la refriega. No, no, muchas gracias, amigo, continuó dirigiéndose á un montañés que le ofrecia un arco: Dugald Dalgetty puede decir de sí mismo lo que leyó en cierto autor en el colegio de Mareschal:

«Non eget Mauri jaculis, neque arcu,

«Nec venenatis gravida sagittis.

«Fusce, pharetra;

Lo que quiere decir.....

Ranald Mac-Eagh impuso segunda vez silencio al incorregible Mayor, señalando con el dedo al pié de la roca, en donde ya se oían entonces los ladridos del sabueso, y aun se podían distinguir las voces de muchos hombres que seguían al animal, y que se llamaban unos á otros para no estraviarse, mientras registraban todos los matorrales del camino, conociéndose evidentemente que se acercaban mas y mas á la roca. Mac-Eagh propuso al Mayor que se quitase las armas, diciéndole que las mujeres las llevarian á un lugar seguro.

«Eso no, dijo Dalgetty, porque es contra las reglas del servicio militar. Me acuerdo que Gustavo-Adolfo reprendió á los coraceros del regimiento de Finlandia, y les quitó los timbales por haberse tomado la libertad de ponerse en marcha sin coseletes dejándolos con el bagaje; y nunca se volvieron á oír timbales al frente de este famoso regimiento hasta despues de la batalla de Leipzick, en donde se portó con mucho valor: leccion que no debe echar en olvido un valiente militar, y menos aun la siguiente exclamacion del inmortal Gustavo: «Ahora es cuando mis oficiales deben darme una prueba de lo mucho que me aman,

poniéndose sus armas; porque si fueren heridos, ¿quién conducirá mis soldados á la victoria?»

Sin embargo, no me opongo, amigo Ranald, á que me quiten estas botas algo pesadas, con tal que tengais otro calzado que las reemplace; porque dudo que las plantas de mis piés sean bastante recias para correr por los abrojos y guijarros con tanta facilidad como veo que lo hacen vuestros compañeros.»

Quitar al Mayor sus pesadas botas, y ponerle en su lugar una especie de sandalias de piel de gamo, que Ranald se descalzó para dárselas, y con las que Dalgetty se halló muy suelto, todo fué obra de un instante. Iba el Mayor á encargar á Mac-Eagh que enviase dos ó tres de sus soldados á reconocer el desfiladero, y al mismo tiempo que estendiese un poco su frente, colocando dos flecheros en cada flanco como una especie de centinelas avanzadas, cuando vieron por los ladridos del sabueso que los perseguidores estaban ya al pié de la roca.

Todo quedó entonces en un profundo silencio, porque sabía muy bien nuestro Mayor, no obstante su ordinaria locuacidad, que el silencio es indispensable en una emboscada.

La claridad de la luna permitía descubrir, aunque confusamente, las sinuosidades del sendero que rodeaba la roca, cortado á trechos por la maleza: algunos arbustos, nacidos en las grietas del peñasco proyectaban en él su sombra, y aumentaban su oscuridad; y al pié de la peña solo se veía un espeso matorral, en que la opaca luz de la misma luna, hiriendo en planos desiguales, asemejaba aquella superficie á la de un mar blandamente agitado, en noche semejante, donde se ve el claro oscuro de las olas.

En el seno de las tinieblas y al borde del precipicio daba el sabueso de tiempo en tiempo terribles ladridos, que repetían los ecos de los bosques y montañas vecinas: cuando estos cesaban era interrumpido el silencio por el murmullo de un arroyuelo que, abriéndose paso á lo largo del peñon, iba á perderse en el precipicio. También se distinguían voces de hombres, que parecían

consultar en're sí al pié de la misma peña. Era de creer que no habian descubierto aun el sendero estrecho que conducia á la cumbre de la montaña, ó que habiéndole hallado, les arredraba la dificultad de treparle, la poca luz que les alumbraba y el temor de que estuviese el punto defendido.

Mas poco despues vió Dalgetty como una sombra que salia de en medio de las tinieblas, y que empezaba á subir lentamente y con mucha precaucion por el sendero: la luna alumbraba entonces tan claramente, que el Mayor pudo distinguir no solo la persona de un montañés, pero hasta el largo fusil que llevaba en la mano, y las plumas de gallo que adornaban su gorro. «*Tausend tauseln!* perdidos somos, dijo el Mayor entre dientes. ¿Qué será de nosotros si atacan á nuestros flecheros con fusilería? Pero al momento en que el soldado, que estaba casi á la mitad del camino, se volvía para hacer señal á sus compañeros que le siguiesen, silbó una flecha disparada por uno de los hijos de la niebla, y le hirió tan acertadamente, que sin hacer el menor esfuerzo para salvar la vida, perdió el equilibrio, y cayó de cabeza desde el peñon sobre los espesos matorrales de que estaba lleno aquel abismo. El crugido de las ramas sobre que cayó primero, y el ruido que hizo en seguida cuando fué rodando por el precipicio, fueron seguidos de un grito de terror y espanto que dieron sus compañeros.

Animados los hijos de la niebla por el terror que infundian al parecer en los enemigos, celebraron este primer triunfo con ruidosas aclamaciones de júbilo; y saliendo todos de repente al borde del peñasco, tomando actitud amenazadora, trataron de aumentar el espanto del enemigo, dándole á conocer que estaban alerta y dispuestos á defenderse: hasta la prudencia del Mayor y su esperiencia militar salieron esta vez de sus casillas, pues gritó á Ranaid con una voz parecida al trueno: «¡Bravo, camarada! ¡Vivan los arcos y las flechas! Me parece que si hicierais avanzar un peloton por este lado.....»

—¡Al sassench! gritó una voz que salia del pié de la roca:

¡apuntad al sassénach! Allí brilla su coraza,» y al mismo instante partieron tres fusilazos, y aunque las dos balas se hicieron pedazos contra la coraza, á la que el valiente Mayor habia debido mas de una vez la vida, la tercera dió en la loriga que cubria el muslo izquierdo, y pasándole de parte á parte le derribó al suelo. Cogióle Ranald en sus brazos para llevarle mas léjos, y entretanto Dalgetty decia entre dientes con lastimera voz: «Siempre dije yo al inmortal Gustavo, á Wallenstein, á Tilly y á otros célebres guerreros, que segun mi parecer, las escarcelas deberian tambien estar hechas á prueba de bala.

Mac-Eagh dejó recomendado el herido al cuidado de las mujeres, que estaban á retaguardia de su tropa, y se preparaba á volver al ataque, cuando le detuvo Dalgetty agarrándole de su ropillon. «Yo no sé como acabará esto, camarada, le dijo; pero si muero, hacedme el favor de decir á Montrose que he muerto gloriosamente y como debia morir un soldado del inmortal Gustavo. Cuidado con abandonar la posicion actual, aunque salgais vencedor y eche á huir el enemigo, y.... y.....» En esto empezó á faltarle el aliento, y á turbársele la vista por la mucha sangre que iba perdiendo: y aprovechándose Mac-Eagh de esta circunstancia, desenredó su capote, poniendo en su lugar el de una mujer, que el Mayor asió fuertemente y creyendo atraer mejor de este modo la atencion de su oyente, á quien dirigia sus instrucciones militares, aunque sus ideas iban siendo cada vez mas incoherentes.

«¡Ola camarada! cuidad de poner los fusileros delante, y despues para sostenerlos formad detrás una corta falange macedonia. ¡Firme, dragones! por el flanco izquierdo! ¿En qué estaba? ¡Ah Ranald! si pensais pelear en retirada, dejad algunas mechas encendidas en las ramas de los árboles, para que crea el enemigo que son baterías, y no se atreva á acercarse..... Pero se me ha olvidado.... ¡si no teneis fusiles!... ni un fusil ni una espada!.... ¡no hay sino arcos y flechas! Ah! ah! ah!»

Estándose burlando de este modo de las antiguas armas de

guerra, cayó el Mayor en completo desfallecimiento, y tardó mucho en recobrar sus sentidos. Pero mientras vuelve en sí le abandonaremos al cuidado de las hijas de la niebla, enfermeras tan amables y tan complacientes en realidad, como eran hurañas y montaraces en apariencia.

CAPITULO XV.

Por mas que lo sintamos, es menester que dejemos por ahora á nuestro bravo Mayor que se restablezca de sus heridas, si es que no sean mortales, y que nos dediquemos á recordar con brevedad las operaciones militares de Montrose, aunque son tales, que merecerian leerse en un libro menos frívolo, y ser narradas por mas hábil historiador. Con el auxilio de los jefes de que ya hemos hablado, y principalmente con la llegada de los Murrays, de los Stewarts y demás tribus de Athol, todos zelosos defensores de la causa del Rey y reunidos á sus banderas, se halló Montrose á la cabeza de un ejército de dos ó tres mil montañeses, á los que consiguió reunir los irlandeses que estaban bajo las órdenes de Colkitto.

Este último jefe, natural de Escocia, era pariente del conde de Antrim, y por su influjo habia obtenido el mando de las tropas irlandesas. Era por cierto acreedor por muchos títulos á esta distincion; no habia en el ejército soldado mas valiente, robusto y activo; en todas ocasiones estaba dispuesto á dar ejemplo á sus tropas; era siempre el primero que se arrojaba á los peligros.

Pero fuerza es confesar que oscurecian tan buenas prendas su falta absoluta de esperiencia, su ignorancia de la táctica militar, y su carácter envidioso y vano, que hizo perder muchas veces á Montrose las ventajas que hubiera podido sacar de su ánimo esforzado. Sin embargo, como en los pueblos agrestes y poco ci-

villizados hacen mas impresion las calidades fisicas que las morales, no parecerá extraño que al contemplar los rasgos de valor y de intrepidez con que se señaló, le tuviesen en mas que al mismo Montrose, dotado de verdadero talento militar y de carácter caballeresco; y tanto, que aun conservan estas gentes muchas tradiciones relativas á Colkitto, al paso que rarísima vez se les oye hablar de Montrose.

El punto donde reunió definitivamente este su corto ejército, fué en Strathearn en los confines del condado de Perth, amenazando de este modo la capital.

Sus enemigos estaban ya dispuestos á recibirle. Argyle, á la cabeza de los montañeses de su mando, hostilizaba á los irlandeses siguiéndolos de cerca y empleando alternativamente la fuerza, las amenazas y la persuasion. Habia ya reunido un ejército casi suficiente para atacar al que estaba bajo las órdenes de Montrose. Las tierras llanas estaban tambien preparadas para su defensa, por los motivos que hemos indicado al principio de esta historia. Un cuerpo de seis mil infantes y de seis á siete mil caballos, que con sacrílega profanacion se arrogaba el título de ejército de Dios, se habia formado atropelladamente en los condados de Fife, de Angus, de Perth, de Stirling, y en las provincias circunvecinas. En otro tiempo, y aun en el reinado precedente, hubiera bastado una fuerza menos considerable para poner las tierras bajas al abrigo de una invasion mas terrible que aquella con que Montrose las amenazaba; pero habian ocurrido muchas mudanzas en el corto espacio de medio siglo.

Antes de esta época los habitantes de las tierras bajas vivian en tan continuas guerras como los montañeses, y eran por lo mismo mucho mas aguerridos: su orden favorito de batalla se parecia algun tanto á la falange macedonia. Su infantería, armada de largas lanzas, formaba un cuerpo tan compacto, que ni aun podia desunirla la caballería de entonces, bien montada y cubierta de impenetrable armadura; no pudiendo con mayor razon ser rotas las filas de esta falange por la carga irregular de

una infantería cuyas solas armas consistían en una espada, sin tener arma arrojadiza ni la menor pieza de artillería.

La introducción de las armas de fuego en los ejércitos escoceses ocasionó una gran mudanza en el modo de pelear; pero como todavía no estaban en uso las bayonetas, el fusil que de lejos era un arma terrible, de nada servía cuando, habiendo de llegar á las manos, era necesario pelear cuerpo á cuerpo.

Es verdad que la pica no estaba enteramente escluida del ejército escocés, pero no era su arma predilecta, y los que todavía se servían de ella no tenían ya en esta arma la misma confianza que antiguamente, tanto, que Daniel Lupton, gran táctico de su tiempo, compuso una obra solo para demostrar la superioridad del fusil.

Se verificó este cambio desde las guerras de Gustavo-Adolfo, cuyas marchas eran tan rápidas, que muy luego se abandonaron las picas por las armas de fuego; y la consecuencia necesaria de esta innovacion y del establecimiento de ejércitos regulares y permanentes, con lo que la guerra vino á ser un oficio, fué la introducción de un sistema laborioso y complicado de disciplina, que ha combinado muchas palabras correspondientes á las evoluciones ó maniobras.

La guerra, segun el modo con que se hacia entonces en casi todas las naciones europeas, se habia convertido en una profesion, en la que eran indispensables una larga práctica y mucha experiencia: vino á ser, repetimos, un oficio que era preciso aprender mucho tiempo antes de ejercerle; podíase en fin mirar como un misterio en que era menester estar iniciado. Tal fué, como decíamos poco ha, la consecuencia natural de la formacion de ejércitos permanentes, que casi en todas partes y particularmente en las encarnizadas guerras de Alemania, habian sucedido á lo que podría llamarse disciplina primitiva de la milicia feudal.

Los soldados de la milicia de las tierras bajas no podían pelear contra los montañeses sin notable desventaja, porque ya no usaban la lanza, arma con la que sus mayores habian rechazado tan-

tas veces los ataques impetuosos de sus enemigos, y porque estaban sujetos á una especie de disciplina nueva y complicada, que podia ser muy buena para tropas regladas que tienen el tiempo necesario para aprenderla completamente, pero que solo servia para introducir la confusion entre las filas de aquellos soldados ciudadanos, que comprendiéndola apenas no podian conformarse con ella. En nuestros dias se han hecho con tan buen resultado tantos esfuerzos para reducir la táctica á sus primeros principios, y para sacudir hasta cierto punto el pedantismo militar, que es fácil calcular las desventajas á que estaba espuesta una milicia apenas formada, y acostumbrada á mirar la victoria como dependiente de la exactitud con que se conformaba á un sistema de que solo entendia lo necesario para descubrir cuando obraba mal, sin saber por eso como debia gobernarse para hacerlo mejor.

Tampoco podemos menos de confesar que en los puntos esenciales al espíritu guerrero y á la esperiencia militar, los habitantes de las tierras bajas eran en el siglo xvii infinitamente inferiores á los montañeses.

Desde los tiempos mas remotos hasta la reunion de las coronas, todo el reino de Escocia, tanto en los llanos como en las montañas, habia sido teatro de continuas guerras, ora civiles ora estrañas, y apenas habia un solo habitante de quince á sesenta años que no estuviese dispuesto, tanto por inclinacion como por deber, á tomar las armas al primer llamamiento de su señor feudal ó de su rey, de suerte que hacian por gusto y aficion lo mismo á que les obligaba la ley. Esta era la misma en 1645 que cien años antes; pero la gente que estaba sometida á esta ley habia sido educada de un modo harto distinto. Estaban tan acostumbrados á las comodidades que consigo trae la paz, que el tomar las armas era para ellos una mudanza de vida no menos estraña que desagradable. Los que habitaban cerca de las montañas de Escocia veian siempre con temor á sus habitantes inquietos y turbulentos, que les robaban sus rebaños, saqueaban sus casas,

y ejercian sobre ellos la superioridad que da un sistema constante de agresion. Los otros que estaban muy distantes y por lo mismo al abrigo de estas incursiones, no estaban menos intimidados por las relaciones exageradas que oian contar de los montañeses, á quienes por la diferencia del habla, de las leyes, usos y trajes, consideraban como tribus salvajes, sin temor y sin humanidad.

Estas diferentes preocupaciones, las costumbres mas pacificas de los habitantes de las tierras bajas, y el nuevo é imperfecto sistema de disciplina que habian adoptado, les colocaban en una posicion muy desventajosa cuando en un campo de batalla debian medir sus fuerzas con las de los montañeses. Al contrario estos, además de las armas y el valor de sus padres, conservaban su método sencillo y natural de guerrear, y se precipitaban con la mayor confianza sobre un enemigo á quien despreciaban; y esta confianza producía casi siempre la victoria. Con todas estas ventajas, que neutralizaban la superioridad del número y compensaban la falta de artillería y caballería, atacó Montrose al ejército de lord Elcho en las llanuras de Tippermuir. No se habian escaseado arengas y exhortaciones para entusiasmar á la tropa, tanto, que uno de los jefes no dudó decir en una proclama, el día de la batalla, que el mismo Dios hablaba por su boca, y que en su nombre les aseguraba que alcanzarian aquel día una gran victoria. Su confianza consistia en el terror que la caballería é infantería habian infundido con sus estragos en los encuentros precedentes, introduciendo al parecer entre los montañeses el desaliento y la consternacion. Dióse la batalla en un campo que no ofrecia grandes ventajas á ninguno de los dos partidos, excepto la facilidad que presentaba á los defensores del Covenant para desplegar con fruto su caballería.

Jamás se dió batalla que con mas prontitud fuese decidida y que produjese resultados mas importantes. Cargó la caballería del Covenant; pero ya la desordenase el fuego de la fusilería, ya se acobardase por otras causas, el hecho fué que luego se retiró

en desórden; lo que no parecerá extraño si se considera que la infantería no tenia picas ni bayonetas para apoyarla.

Aprovechóse inmediatamente Montrose de esta circunstancia, y mandó á todo su ejército que cargase al mismo tiempo sobre el enemigo, lo que hizo con aquella osada y casi temeraria intrepidez que caracteriza á los montañeses. Un oficial del Covenant que habia servido en las guerras de Italia fué el único que opuso tenaz resistencia en el ala derecha. En todos los demás puntos fueron rotas al primer ímpetu las filas de los enemigos, y derrotado su ejército. Quedaron muertos muchos soldados en el campo de batalla, y fueron tantos los que perecieron en la dispersion, que los presbiterianos perdieron mas de la tercera parte del ejército. Es verdad que se deben contar en este número muchos ricos particulares que corrieron en faga hasta perder el aliento, y que por falta de respiracion murieron sin recibir la menor herida (1).

Apoderáronse de Perth los vencedores, en donde encontraron considerables cantidades de dinero, y tambien muchas armas y municiones; pero quedaron neutralizadas todas estas ventajas con el inconveniente que fué siempre inseparable de todo ejército de montañeses. Las tribus no quisieron bajo ningun respecto considerarse como tropas regladas, ni obrar como tales.

Cuando en 1745 mandó el caballero Cárlos Eduardo pasar por las armas á un soldado desertor para hacer un ejemplar, los montañeses que componian su ejército dieron pruebas de su indignacion del modo mas ruidoso. No podian concebir por qué principio de justicia se quitaba la vida á un hombre, precisamente porque se volvía á su casa cuando no le convenia continuar por mas tiempo en el ejército. Tal habia sido constantemente la conducta de sus mayores. Pareciales que concluida la batalla se acababa tambien la campaña, y que podian si habian sido vencidos, refugiarse á las montañas; y si vencedores, ir á

(1) Nos alegramos poder tambien citar una autoridad en apoyo de un hecho tan singular. «Murieron particulares, los mas en la huida, porque les faltó la respiracion, pereciendo de este modo sin sacar la espada. Véanse las *Cartas de Bailie*, tomo 2.º, pág. 92.

dejar allá el botín. Otras veces serviales de pretesto ir á cuidar sus ganados, otras ir á sembrar, otras hacer la siega: porque decian ellos que no era justo dejar perecer á sus familias de necesidad. En cualquiera de estos casos se retiraban sin escrúpulo del servicio. Es verdad que era fácil hacerlos volver, presentándoles la perspectiva de nuevas aventuras que emprender y nuevos despojos que ganar; pero siempre habia el inconveniente de que retirándose á su antojo, no podia el vencedor recoger todo el fruto de la victoria. Solo esta circunstancia, aun cuando la historia no nos hubiese demostrado el mismo hecho, bastaria para probar que los montañeses no habian peleado con la mira de hacer conquistas duraderas y permanentes, sino con la esperanza de conseguir algunas ventajas pasajeras. Tambien explica porque Montrose, á pesar de sus brillantes victorias, no pudo nunca permanecer largo tiempo en las tierras bajas; y porque los señores de aquella comarca, que estaban bien decididos por la causa Real, manifestaban desconfianza en reunirse á un ejército tan irregular y tan fácil de disolverse por sí mismo, temiendo á cada instante que, retirándose los montañeses á sus montañas para librarse de los peligros, se verian ellos abandonados en manos de un enemigo poderoso é irritado.

La misma reflexion explicará tambien las marchas repentinas que se veia obligado á hacer Montrose para ir á reclutar su ejército en las montañas, y aquellos cambios súbitos de fortuna que le obligaban frecuentemente á huir del enemigo que acababa de vencer. Si algunos de mis lectores buscan en esta obra algo mas que mero pasatiempo, confio que no hallarán estas reflexiones indignas de su atencion.

Estas fueron las causas, es decir, la desconfianza de los realistas de las tierras bajas, y la súbita desercion de una parte de los montañeses, que contribuyeron á que Montrose, aun despues de la victoria decisiva de Tippermuir, no se hallase en estado de hacer frente al segundo ejército con que Argyle le salió al encuentro. En esta situacion, supliendo con la agilidad de sus mo-

vimientos la falta de tropas, pasó de repente de Perth á Dundee: y viendo que aquella ciudad no le abría las puertas, avanzó hácia el norte hasta Aberdeen, en donde esperaba que se le reunirían los Gordones y otros realistas. Pero el zelo de aquellos valientes estaba entonces reprimido por un cuerpo numeroso de presbiterianos á las órdenes del lord Burleigh, que se suponía constar á lo menos de tres mil hombres. Sir embargo, Montrose le atacó osadamente, aunque no contaba la mitad de sus fuerzas. Trabóse la batalla delante de las murallas de la ciudad, triunfando la valerosa intrepidez de sus soldados, á pesar de la desigualdad del número. Mas este gran capitán tenia siempre la desgracia de llenarse de gloria sin poder nunca recoger los frutos del vencimiento. Apenas su corto ejército habia gozado algunos instantes de descanso en Aberdeen, cuando supo que probablemente no vendrían los Gordones á reunírsele por los motivos que hemos manifestado; y que Argyle, á quien se acababan de reunir muchos señores de las tierras bajas con sus vasallos, avanzaba contra él al frente de un ejército mucho mas formidable que los otros con que ya habia medido sus fuerzas. Es verdad que estas tropas marchaban con una lentitud propia del carácter tímido y circunspecto de su jefe; pero cualquiera que conociese al marqués de Argyle, podia ver con evidencia que tratando de ir en busca del enemigo, debia hallarse al frente de un ejército muy superior en fuerzas, al que no sería muy fácil resistir.

En semejantes circunstancias solo podia Montrose acogerse á una retirada, que en efecto verificó. Internóse en los montes, donde podia burlar la persecucion de sus enemigos; y á cada paso estaba seguro de hallar reclutas de los mismos soldados que habian abandonado sus banderas para ir á depositar su botin en sus guaridas inaccesibles. De este modo pues, si por una parte el carácter singular y especial del ejército que mandaba Montrose hacia hasta cierto punto ilusorias sus victorias, por otro le facilitaba los medios, aun en la posicion mas crítica, de contar

con una retirada segura, de levantar nuevas fuerzas, y de hacerse mas formidable que nunca contra un enemigo á quien no habia podido detener algunos dias antes.

Esta vez entró en el Badenoch, y atravesando con rapidez este distrito y tambien el condado de Athol, alarmó á los defensores del Covenant, atacándoles de improviso y repetidas veces por los puntos por donde menos lo esperaban. En una palabra, fué tan grande y tan general la consternacion que ocasionó, que el Parlamento envió repetidas órdenes al marqués de Argyle para que diese un ataque decisivo á Montrose y dispersase el ejército de este á todo trance.

No acomodaron estas órdenes al carácter altanero ni á la política circunspecta del señor á quien se intimaban. Así que, sin hacer ningun caso de ellas, se limitó á manejar los resortes que juzgó mas adecuados para separar del ejército enemigo á los pocos jefes que, siendo de las tierras bajas, temian internarse en las montañas, y esponerse á fatigas inaguantables, dejando abandonados sus bienes á merced de los partidarios del Covenant. Consiguio en parte su intento, haciendo que muchos jefes abandonasen el campo de Montrose. Pero apenas habia tenido tiempo este gran capitán para echar de menos á estos desertores, cuando le llegó un refuerzo de tropas que por su carácter, resolucion é intrepidez le fué de suma utilidad en el apuro en que se hallaba. Consistia este refuerzo en un cuerpo numeroso de montañeses que Colkitto, comisionado al intento, habia levantado en el condado de Argyle. Los mas ilustres de entre ellos eran Juan de Moidart, llamado el capitán de la tribu Ranald, los Stuarts de Alpino, las tribus Gregor, Mag-Nab, y otras de menor nombradía.

Hízose entonces tan formidable el ejército de Montrose, que no vaciló Argyle en dar su dimision volviendo á Edimburgo, en donde alegó que su ejército no recibia los refuerzos y las provisiones necesarias. De Edimburgo pasó á Inverary, en donde estando completamente seguro, se dió á gobernar despóticamente

sus vasallos, descansando en el proverbio que ya hemos citado: «hay mucha distancia de aquí á Lochow.»

CAPITULO XVI.

Tenia Montrose en esta época las mas lisonjeras esperanzas de ver coronada con feliz éxito su arriesgada empresa si lograba recabar de sus intrépidas tropas y de sus osados caudillos que le siguiesen ciegamente á donde intentaba conducirlos. Veia ya abierto el camino á las tierras bajas, en donde no habia ningun ejército capaz de oponerse á sus incursiones. Los partidarios de Argyle se habian retirado apenas vieron á su señor abandonar el mando; y otros muchos destacamentos, cansados ya de la guerra, habian aprovechado la misma ocasion para desbandarse.

Bajando Montrose por el desfiladero de Strath-Tay, que era uno de los mas ventajosos, presentábase en las tierras bajas para reanimar en ellas el espíritu caballeresco y el generoso ardor de los partidarios que la causa Real conservaba allí todavia. Iba á verse dueño en breve, acaso sin dar batalla, de una de las partes mas ricas y fértiles del Reino, que le suministraria los medios de conceder á las tropas una paga fija, único modo de sujetarlas á sus banderas, y de penetrar hasta la capital, y quizá desde allí hasta las fronteras, en donde esperaba que podria concertarse con las tropas del rey Carlos.

Tal era sin contradiccion el plan de operaciones mas á propósito para cubrir de gloria á los que le ejecutasen, y el mas eficaz para que triunfase la causa del Rey.

No pudieron ocultarse estas ventajas á las penetrantes y ambiciosas miras del que posteriormente mereció por sus servicios el renombre de Gran Marqués. Pero distintos motivos animaban á la mayor parte de los jefes de su ejército, y estos no dejaban de ejercer secreta influencia en sus mismos deseos.

Casi todos los jefes de las montañas del oeste en el ejército de Montrose miraban al marqués de Argyle como el blanco contra el que mas convenia dirigir todas las hostilidades.

Casi todos habian experimentado su poder, porque casi todos, retirando de sus haciendas á los hombres que se hallaban en estado de tomar las armas, dejaban espuestos á su venganza sus familias y sus bienes: todos sin escepcion deseaban disminuir su autoridad, y los mas de ellos residian tan cerca de sus dominios, que con razon podian aprovecharse de sus despojos y engrandecerse á su costa. La posesion de Inverary y de su fortaleza era para aquellos jefes un suceso mucho mas importante y mas apetecible que la toma de Edimburgo. Esta última no ofrecia á los soldados mas que un saqueo momentáneo y una gratificación; y la otra daba á los mismos jefes indemnizacion de lo pasado y seguridad para lo venidero.

Dejando aparte estas razones personales, los jefes que sostenian esta opinion producian un motivo bastante plausible; y era que, aunque Montrose derrotara al enemigo en los primeros encuentros que se trabasen en las tierras bajas, cuanto mas se alejase despues de las montañas tanto mas disminuirian sus fuerzas; mientras que al contrario, el ejército enemigo se engrosaria diariamente con las guarniciones de las plazas vecinas. Pero si, en vez de esponerse á estos peligros, dirigia sus esfuerzos contra Argyle y conseguia refrenar su poder, entonces no solo los amigos de Montrose del oeste podrian poner en campaña la parte de sus tropas que en otro caso se veian precisados á dejar en sus hogares para proteger sus familias, sino que aun verian acudir á sus banderas muchas tribus que favorecian secretamente su causa y que no se atrevian á reunírseles temerosas de atraer sobre ellas la venganza de Mac-Callumore.

Estos argumentos hallaban fácil cabida en Montrose, el cual estaba animado de ardientes deseos de venganza, sentimiento ruin si se quiere y que desdice del carácter heróico y generoso de aquel capitán. En otro tiempo las casas de Argyle y de Mon-

trose habian sido rivales, así en la guerra como en el gabinete; y las mayores ventajas que habia conseguido la de Argyle la habian hecho objeto de la envidia y del odio de la familia vecina, la cual creyéndose con los mismos derechos para ser igualmente mimada de la fortuna, no habia con todo recibido de ella tantos favores.

A estas razones, harto poderosas de sí para atizar el odio que estas dos familias se profesaban, agregóse la diversidad de opiniones, que fueron diametralmente opuestas desde el principio de la guerra civil. Montrose tenia fundadas esperanzas de ocupar el primer asiento en el Consejo y de verse colocado al frente del ejército por la reconocida superioridad de sus talentos y por los importantes servicios que habia prestado desde el principio á los partidarios del Convenant; pero parecióles mas prudente conceder estos honores á su rival Argyle, que con menos talento tenia mas poder. Esta preferencia fué una afrenta que Montrose no perdonó jamás á los presbiterianos, y aun estaba menos dispuesto á perdonarla al rival que le habian preferido.

Escitábanle á vengarse de su enemigo y del enemigo personal de su familia todos los sentimientos de encono que podian animar á un carácter naturalmente fogoso en medio de estas guerras de partido; y es probable que estos motivos no dejasen de influir en su determinacion cuando vió la mayor parte de sus oficiales mas inclinados á atacar á Argyle en sus propios dominios, que á abrazar el partido mucho mas decisivo de entrar de pronto en las tierras bajas.

No obstante, á pesar de que su propia opinion le inclinaba á invadir el condado de Argyle, repugnábale por otra parte renunciar al proyecto mucho mas noble y glorioso que desde un principio habia formado. Celebró varios consejos con sus principales jefes, y aun resistió con elocuencia á las razones que alegaban, aunque fuesen conformes con sus propios deseos. Hizoles presente lo dificil que era penetrar por el este en el condado de Argyle; que tendrian que atravesar desfiladeros casi im-

practicables aun para los pastores que habitaban aquellos sitios, trepar montañas que las tribus mismas no conocian bien; y que la estacion hacia aun mas difícil esta empresa, porque se acercaba el mes de diciembre, tiempo en que todas ellas están vestidas de nieve. Estas objeciones no hicieron fuerza á los caudillos, ni les parecieron bastante poderosas para destruir sus argumentos. A todo lo que pudo decirles Montrose respondieron que querian hacer la guerra á su modo, arrebatando los rebaños, que, segun la espresion gaélica, pastaban la yerba de sus enemigos. El Consejo no se disolvió aquella noche hasta muy tarde, y aun así no se decidió nada; y solo se quedó en que los caudillos que eran de parecer de atacar á Argyle buscarian entre los suyos alguno que pudiese guiar al ejército por entre las montañas.

Habíase retirado Montrose á la cabaña que le servia de tienda, acostándose en una cama de secos helechos, la única que allí habia; y trataba en vano de conciliar el sueño, porque las quiméricas visiones de la ambicion alejan las mas plácidas de Morfeo: ya se le representaba la bandera Real reconquistada tremolando en lo mas alto de la ciudadela de Edimburgo; ya enviaba socorros al Monarca que debia la corona á sus victorias, y en recompensa recibia todas las mercedes y honores de que puede colmar un rey al apoyo mas firme de su trono; ya se desvanecian estas brillantes ilusiones ante la sombra que le representaba su venganza satisfecha, y trémulo su enemigo postrado á sus plantas; la sorpresa de Argyle en su fuerte castillo de Inverary, y la aniquilacion á un mismo tiempo de un rival odioso, del enemigo de su familia, y del principal apoyo de los presbiterianos: ya se gozaba en fin en tan lisonjeras imágenes, que halagaban sus deseos de venganza y de fortuna, cuando el soldado que velaba á su puerta entró para decirle que dos hombres deseaban hablar á S. E.

«¿Cómo se llaman, preguntó Montrose, y cuál es el motivo de su visita á una hora como ésta?»

El soldado, que era uno de los irlandeses de Colkitto, no pudo

responder sino vagamente á las preguntas de su general; y Montrose, que en semejantes circunstancias no se atrevia á negar á nadie audiencia, temiendo desatender avisos importantes, tomó la precaucion de mandar poner la guardia sobre las armas, y se dispuso al momento á recibirlos.

Apenas se hubo levantado, y su ayuda de cámara hubo encendido dos teas, cuando entraron dos hombres: el uno, vestido como los habitantes de las tierras bajas, llevaba un sayo de piel de búfalo que casi le caia á pedazos; el otro era un montañés anciano, de alta estatura, de tez morena oscura, y cuyas miradas indicaban una índole salvaje y taciturna.

«¿Qué quereis, amigos míos? dijo Montrose echando mano á sus pistolas casi involuntariamente, porque en estos tiempos de turbulencias, y á una hora semejante, era natural concebir sospechas que justificaban en cierto modo la mala traza de aquellos forasteros.

—Permitame, le ruego, mi nobilísimo General, dijo el compañero del montañés, que le felicite por las señaladas victorias que V. E. ha alcanzado desde que tuve la desgracia de dejarle. He oido hablar de la accion de Tippermuir, que seguramente fué una refriega en forma; no obstante, si V. E. me permite dar un consejo.....

—Antes que tal hagais, dijo Montrose, deseara saber quién es la persona que tiene la bondad de honrarme con sus consejos.

—En verdad, Milord, que nunca hubiera yo creido que fuese preciso repetir mi nombre despues de la delicada comision que V. E. se sirvió encargarme: y por mas señas, ruego á V. E. haga memoria que me ofreció el grado de mayor con medio dolar diario de paga y otro medio de atrasos, pagaderos al fin de la campaña. Cuento que V. E. no habrá echado en olvido mi paga y mi persona.

—Amigo mio, querido Mayor, dijo Montrose que conoció entonces perfectamente á su capitan, perdonad si lleno como estoy de mis cosas en este instante, no me he acordado de vuestras fac-

ciones, cuando por otra parte estas teas alumbran tan poco... Pero todas nuestras condiciones se observaran rigurosamente. Con que, Mayor, ¿qué noticias traeis del condado de Argyle? En verdad que ya empezábamos á perder la esperanza de volveros á ver, y me preparaba á tomar terrible venganza del astuto raposo que quebrantó las leyes de la guerra en la persona de mi embajador.

—A fé mia, Milord, repuso Dalgetty, todo lo que yo anhelo es que mi vuelta no acarree ningun obstáculo á la ejecucion de un proyecto tan laudable y justo; porque os aseguro que si me veis en vuestra presencia, no es por culpa del marqués de Argyle, y el diablo me lleve si intercedo por un bribon como él. Si he escapado de sus manos, lo debo, despues de Dios, y sin hablar de la superior habilidad que he desplegado, como lo sabrá V. E. luego, lo debo, digo, despues de estos poderosos auxiliares, á ese buen anciano montañés; y me tomaré la libertad de recomendarle al singular favor de V. E. como instrumento que fué de la salvacion de vuestro muy rendido mayor Dugald Dalgetty titular de Drumthwacket.

—Servicio es, dijo con gravedad Montrose, que será recompensado como merece.

—Dobla la rodilla, Ranald, dijo el Mayor, y besa la mano de S. E. » Como el modo con que queria que Ranald manifestase su agradecimiento, no era conforme al uso del país del anciano montañés, se contentó este con cruzar los brazos sobre el pecho, inclinando profundamente la cabeza.

« Ese pobre hombre, Milord, dijo Dalgetty dándose importancia y echándola de protector de Ranald, ese pobre hombre ha hecho en realidad todos sus esfuerzos para defenderme contra mis enemigos, sin tener mas armas que arcos y flechas, cosa que le parecerá á V. E. increíble.

—No lo dudo, Mayor, dijo Montrose; antes al contrario, en mi campo vereis á muchos armados de esa manera, que nos serán de grande provecho.

—¡ De grande provecho, Milord! exclamó Dalgetty: perdone

V. E. mi sorpresa..... ¡ Arcos y flechas ! Yo me tomaré la libertad de recomendar á V. E., que en teniendo ocasion los sustituya con mosquetes. Pero, como iba diciendo, ese honrado montañés no solamente me ha defendido, sino que ha tenido la destreza de curarme una herida que recibí en mi retirada; y por esta segunda razon le recomiendo tambien á V. E.

—¿Cómo os llamais, amigo? dijo Montrose volviéndose al montañés.

—Es por demás citar mi nombre, respondió este.

—Quiere decir, interpretó el Mayor, que desea ocultarle en atencion á que tiempos pasados asaltó un castillo, degolló ciertos niños, y ejecutó las habilidades que se acostumbran en tiempo de guerra, como milord no ignora; pero que no son muy buena recomendacion para con aquellos á cuya costa se han ejecutado. Esto lo sé yo por experiencia. ¡Cuántas veces he visto morir á valientes caballeros á manos de paisanos, sin mas que por haberlos tratado militarmente!

—Ya lo entiendo, dijo Montrose, ese hombre tiene entre los nuestros algun enemigo. Que se retire al cuerpo de guardia, y nosotros veremos entre los dos de protegerle contra su saña.

—Ya lo oís, Ranald, dijo el Mayor con aire de superioridad; S. E. desea tener consejo privado conmigo: en el interin es preciso que vayais al cuerpo de guardia... ¡Pobre diablo! no sabe lo que es! ¡Es tan novicio por lo que hace á los usos militares! Voy á decir al centinela que le conduzca, y vuelvo al momento á ponerme á las órdenes de V. E.»

Luego que volvió, la primera pregunta que Montrose hizo al Mayor fué acerca de su embajada á Inverary, y escuchó atentamente la narracion de Dalgetty, á pesar de la prolijidad con que la hizo; y no fué corta, porque el Mayor abundó en digresiones mas de lo acostumbrado: pero nadie mejor que Montrose sabia que cuando hay que recoger algunas noticias de la narracion de agentes como Dalgetty, el único medio de conseguir las es dejarles relatar el cuento á su modo. No tuvo por que arrepentirse do

su paciencia en esta ocasion, porque uno de los despojos que el Mayor se habia atrevido á apropiarse en Inverary era un legajo de papeles secretos de Argyle.

Entrególos á su General, refiriendo el modo con que los pudo haber á las manos; pero no se estendió tanto en explicar, ó por lo menos yo no he oido que lo hiciese, como obtuvo la bolsa llena de oro que se apropió al mismo tiempo que los papeles.

En tanto Montrose leia con ansia á la escasa luz de una tea estos preciosos documentos, en donde hallaba al parecer nuevos motivos de odio y venganza. « ¡ No me teme ! Pues bien ; pronto probará la fuerza de mi brazo. ¡ Quiere incendiar el castillo de Murdoch ! Pues antes verá reducido á cenizas á Inverary. ¡ Ah ! ¡ quién me diese un guia que me llevase por entre las montañas ! »

No era Dalgetty tan negado que no adivinase por estas palabras la intencion de Montrose. Interrumpió pues la difusa narracion que estaba haciendo del ataque que los hijos de la niebla habian sostenido, y de la herida que habia recibido en su retirada, y empezó á hablar de lo que parecia interesar mas á Montrose.

« Si V. E. quiere invadir el condado de Argyle, Ranald, ese pobre hombre que he presentado, no menos que sus hijos y compañeros, podrán ser muy útiles para el caso; pues conocen todas las sendas y todos los desfiladeros de las montañas que á él conducen, así por levante como por septentrion.

— ¡ Seria eso posible ! dijo Montrose. ¿ Qué motivos teneis para creer que sus conocimientos en esta parte son tan estensos ?

— Con permiso de V. E. digo que en todo el tiempo que estuve con ellos para la curacion de mi herida, se veian obligados á mudar de cuarteles á cada paso, con motivo de las reiteradas tentativas que hizo Argyle para apoderarse de la persona del oficial á quien honra V. E. con su confianza; y tuve motivo para admirar la mucha destreza con que efectuaban siempre su retirada por aquellas sendas, que cualquiera hubiera juzgado intransita-

bles. Cuando por último me hallé en estado de reunirme con V. E. ese Ranald Mac-Eagh me guió por caminos tan seguros, que mi caballo Gustavo, á quien sin duda no habrá olvidado V. E., no dió en ellos ni un tropezón; de donde inferí al momento que si se necesitaban algunos guías ó espías por estas montañas, no se podrian hallar otros mas diestros que Ranald y sus compañeros.

—¿Y podréis responder de su fidelidad? preguntó Montrose: ¿cómo se llama, y cuál es su profesion?

—Es un proscrito, Milord, un bandido de profesion: llámase Ranald Mac-Eagh, hijo de la niebla.

—Creo haber oido hablar de ese hombre, dijo Montrose en actitud de reflexionar. ¿No cometieron esos hijos de la niebla algun desaguisado contra los Mac-Aulays? El Mayor le citó el asesinato del celador de montes; y la activa memoria de Montrose le recordó al punto todas las circunstancias de tan bárbara accion. «Es una desgracia, repuso, que exista entre esas gentes y los Mac-Aulays tan implacable encono. Allan se ha portado en esta guerra con noble valor, y por su conducta misteriosa y su enigmático lenguaje ejerce tan grande influencia en el ánimo de sus compatriotas, que no quiero darle el menor motivo de descontento. Por otra parte esos hombres pueden hacernos servicios de mucha importancia, y parece segun decís que son de fiar....»

—Yo respondo de él, Milord: mi paga y mis sueldos, mi caballo y armas, mi cabeza, mi cuello, todo estoy pronto á perderlo si venden vuestra confianza; y sabe V. E. que un militar no podría dar mas fianza ni por su mismo padre.

—Verdad es; pero como este punto es de la mayor importancia, yo deseara saber qué razones tenéis para estar tan seguro de su fidelidad.

—Voy á decírlas en dos palabras, Milord: no solo rehusaron un buen premio que Argyle me hizo la honra de ofrecer por mi pobre cabeza, sino que tampoco tocaron á mi bolsillo, que estaba bien provisto, y me volvieron mi caballo, que como V. E. sabe, es

animal de precio: pero lo mas increíble todavía, es que no pude lograr que aceptasen la menor bagatela, ni un maravedí, por el cuidado que conmigo tuvieron durante mi enfermedad. Si, Milord, reusaron mi dinero cuando se lo ofrecí.

—Convengo, dijo Montrose despues de breve pausa, que su conducta con vos es su Mayor elogio; pero ¿cómo hemos de impedir que se suscite alguna riña? «Detúvose aquí un momento, y luego añadió con viveza: «Mayor, me olvidaba de que habeis viajado toda la noche, y que estaréis en ayunas.»

En esto dió orden para que le sirviesen de cenar; y el Mayor, que tenia un apetito de convaleciente condenado á larga dieta, no se hizo de rogar, y empezó á ejercitar susmuelas con ansia tal, que el conde, despues de llenar un vaso de vino y beber á su salud, no pudo dejar de advertir que aunque no eran muy delicadas las provisiones de su campo, sin duda el Mayor las había comido mucho peores todo el tiempo de su excursion en el congado de Argyle.

—Jamás ha hecho V. E. observacion mas exacta, respondió Dalgetty con la boca llena; porque el alimento que me han podido dar esos hijos de la niebla ¡pobres gentes! era tan poco sustancial, y me ha enflaquecido de modo, que cuando mi cuerpo estaba cerrado en la armadura, la cual estuve por dejar atrás para andar mas cómodamente, bailaba en ella como una avellana seca dentro de su cáscara.

— Es preciso pensar en recuperar esas pérdidas, querido Mayor.

—Confieso, á fé mia, Milord, que no es cosa tan fácil, á no ser que los atrasos que se me han de pagar al fin de la campaña se trasformen por orden de V. E. en sueldo fijo; porque protesto que he perdido ya en este servicio la poca gordura que había ganado en el de los estados de Holanda, que pagaban sus tropas con una regularidad que jamás olvidaré.

—Vamos, vamos, querido Mayor, confianza; ganemos solamente la victoria, y entonces vuestros deseos, todos vuestros de-

seos quedarán satisfechos: en tanto llenad el vaso, y reparad el tiempo perdido.

— A la salud de V. E. , dijo el Mayor obedeciendo á Montrose para demostrar el celo con que brindaba: ¡ojalá triunfe de todos sus enemigos, y particularmente de Argyle! ¡Qué buena pieza! Ya le he dado una buena leccion; pero espero darle otra mejor todavía, la primera vez que vuelva á encontrarle.

—Muy bien, continuó Montrose; pero volviendo á esos hijos de la niebla, ya comprendéis, Dalgetty, que su presencia aquí y el motivo con que nos valemos de ellos, es un secreto que solo los dos hemos de saber.»

Contento Dalgetty, como lo habia previsto Montrose, con esta prueba de confianza de su General, bajó la cabeza indicando que le habia entendido.

«¿ Cuantos compañeros tendrá Ranald? añadió Montrose.

—Que yo sepa no son mas que ocho ó diez hombres, sin contar las mujeres y los niños.

—¿ En dónde están ahora ?

—En un valle á tres millas de aquí, aguardando las órdenes de V. E. He juzgado conveniente no traerlos al campo antes de haber consultado á V. E.

—Habeis hecho muy bien: bueno será que se queden donde están, ó que se retiren á un asilo mas distante todavía. Yo les enviaré dinero, aunque ahora no estoy muy provisto de este artículo.

—No es menester, Milord. Con solo decirles que los Mac-Aulays van á marchar en esta direccion, no dude V. E. que los de la niebla harán media vuelta á la izquierda, y echarán á correr por esos riscos como gamos.

—Eso seria proceder con demasiada llaneza, replicó Montrose sonriéndose: mejor es enviarles dinero con que puedan comprar algunas reses para alimentar á sus hijos.

—Ya saben ellos buscarlas mas baratas, exclamó Dalgetty: mas, en fin, haga V. E. lo que le parezca mas conveniente.

—Escuchad, Dalgetty : que elija Ranald Mac-Eagh uno ó dos compañeros suyos de quienes pueda responder y capaces de guardar un secreto, y serán nuestros guías. Que estén mañana en mi tienda al romper el día, y cuidad si fuese posible, que no averigüen mis proyectos ni tengan conversaciones secretas entre sí. ¿Tiene hijos ese anciano ?

—Cosa de una docena de los que tenia han sido muertos ó ahorcados, respondió el Mayor; pero le queda todavía un mozo, jóven bizarro, que á fé mia promete mucho, y no da un paso sin poner un guijarro en el seno para tirárselo al primero que le insulte; lo que parece indicar gran disposicion para la guerra.

—Mayor, yo tendré á ese muchacho á mi lado, dijo el Conde; y creo que tendrá bastante prudencia para callar su nombre.

—Nada tiene V. E. que temer en esta parte : esos bribonzuelos de montañeses no bien rompen el cascaron...

—Pues bien, continuó Montrose; este muchacho me responderá de la fidelidad de su padre; y si Ranald cumple bien con su obligacion, queda á mi cargo el ascenso de su hijo. Pero ya es tiempo, Mayor, que vayais á disfrutar algunos momentos de descanso; mañana me presentaréis á ese Mac-Eagh bajo el nombre y calidad que á él le parezca mejor; porque con la vida errante que lleva estará acostumbrado á todo género de disfraces; y no dudo que conocerá cuanto le conviene no ser conocido.»

El mayor Dalgetty se despidió del Conde muy ufano del recibimiento que le habia hecho y muy contento de los modales de su nuevo General; quien, segun se lo esplicó detenidamente á Ranald Mac-Eagh, le recordaba por muchas razones los del inmortal Gustavo-Adolfo, el leon del Norte y el baluarte de los protestantes.

CAPITULO XVII.

Al rayar el alba recibió Montrose en su cabaña al anciano Mac-Eagh, y le hizo minuciosas preguntas acerca de los caminos que se habian de tomar para aproximarse al condado de Argyle. Anotó sus respuestas y las comparó con las de los dos compañeros de Ranald, que este le presentó como hombres seguros y prudentes. Estas respuestas convenian unas con otras perfectamente: no obstante, el Conde, creyendo que ninguna precaucion estaria de mas, interrogó tambien á los jefes mas inmediatos á las comarcas que se proponia invadir: y hasta que hubo aclarado la menor duda, no quiso resolverse á combinar sus planes conforme á las noticias que habia recibido. Solo en un punto juzgó Montrose que debía alterar su proyecto. Parecióle que seria impolitico admitir á Kenneth, hijo de Ranald, cerca de su persona; porque si llegaba á descubrirse su nacimiento, seria mirada esta conducta como una ofensa por las tribus que abrigaban odio implacable contra los hijos de la niebla, y rogó al Mayor que le admitiese en su servicio: y como á esta súplica acompañó un buen presente, so pretesto de que seria preciso proveer al jóven Kenneth de la ropa necesaria, Dalgetty se prestó gustoso á estas disposiciones.

Despues de haber tenido el Mayor otra conferencia con Montrose, se fué á buscar á sus antiguos conocidos lord Menteith, Augur Mac-Aulay y á su hermano, á quienes ansiaba referir sus aventuras, y de quienes deseaba saber las circunstancias de la última campaña.

Puede creerse que seria recibido con mucho placer por unos hombres que, entregados hacia algun tiempo á la uniformidad de la vida militar, aprovechaban con ansia la menor ocasion que se les presentaba para distraerse.

Allan Mac-Aulay fué el único que pareció recibir al Mayor con

cierta repugnancia; y cuando su hermano le preguntó el motivo, no pudo explicarlo sino atribuyéndolo á la que le costaba tratar familiarmente á un hombre que habia estado en la sociedad de sus enemigos, y particularmente de Argyle. Al principio el Mayor se alarmó un tanto al ver el instinto con que Allan parecia que adivinaba el género de compañía con que habia vivido recientemente; pero se convenció muy pronto de que aun cuando Allan estuviese dotado de segunda vista, por esta vez no le habian servido bien sus presentimientos. Como Ranald Mac-Eagh habia de ser puesto bajo la proteccion especial del mayor Dalgetty, no podia este escusarse de presentarle, á lo menos á aquellos jefes con quienes estaba mas íntimamente relacionado. En este intermedio el anciano habia mudado de traje, trocando el vestido de su tribu por otro semejante al que usan los isleños, que consistia en una especie de chaleco con mangas y un jubon, todo de una pieza, galoneado por delante de arriba á bajo, asemejándose algo á una polonesa, traje que llevan aun hoy día los niños en Escocia. Para completar el vestido, llevaba las medias y gorro que todavia llevaban los isleños escoceses cuando fueron á alistarse bajo las banderas del conde de Mar en 1715.

El Mayor, hablando y mirando á Allan al mismo tiempo, presentó á Ranald Mac-Eagh sus amigos, bajo el supuesto nombre de Ranald Mac-Gillihuron de Benbecula, diciéndoles que se habia escapado con él de las cárceles de Argyle: que era además bardo y tocador de arpa, y que tambien estaba dotado hasta cierto punto del don de segunda vista.

Al referirles estas circunstancias, el Mayor, en quien ordinariamente no se advertia embarazo ni timidez cuando referia cualquier cosa, titubeó, repitió y tartamudeó, de modo que no hubiera dejado de inspirar sospechas á Allan Mac-Aulay si no hubiera llamado toda la atencion de este último el anciano montañés, á quien examinaba con un género de curiosidad salvaje. Su mirar fijo y penetrante embarazó á Ranald en términos, que esperando á cada instante ver á su enemigo arrojarse sobre él, comenzaba á

tentar el puño de su puñal, cuando Allan, que hasta entónces se habia mantenido al otro lado de la tienda, la atravesó de repente y le alargó la mano en señal de amistad. Sentáronse entonces uno al lado de otro, y conversaron en voz baja en ademan misterioso. Menteith y Augur Mac-Aulay no lo estrañaron, porque entre los montañeses que se suponian dotados de segunda vista habia una especie de fraternidad que generalmente les inclinaba á conferenciar entre sí, cuando se encontraban, acerca de la naturaleza y estension de sus facultades en este género.

«¿La vision descende á vuestro espíritu en rasgos oscuros?» preguntó Allan á su nuevo conocido.

—En rasgos tan oscuros como las nubes que ocultan la luna en el cielo cuando desaparece á la mitad de su carrera, y como cuando los profetas predicen horrorosos desastres. Acercaos, prosiguió Allan, venid mas cerca de mí; quisiera hablaros en particular: dícese que en vuestras lejanas islas la vision descende con mas fuerza y claridad que sobre nosotros que habitamos cerca del Sassenach.»

En tanto que se ocupaban en su fanática conferencia, entraron los dos oficiales ingleses, de quienes hemos hablado al principio de esta historia, con semblante risueño, y anunciaron á Augur que Montrose acababa de dar orden para que todas las tropas estuviesen prontas á marchar al momento hácia el oeste. Despues de haber dado esta noticia con mucho contento, cumplieron á su antiguo camarada el mayor Dalgetty, á quien conocieron al instante, y preguntáronle por la salud de su caballo Gustavo.

«Os doy rendidas gracias, señores, respondió el Mayor: Gustavo se mantiene bueno como su amo; aunque como él con las costillas algo mas flacas que cuando ofrecisteis atentamente quitarme el trabajo de llevarle á mi comision; y permitidme que os asegure que antes que hayais hecho una ó dos de esas marchas que parece celebráis anticipadamente con tanto gusto, habeis de dejar atrás algunas libras de gordura, y probablemente un par de vuestros caballos ingleses.»

Ambos exclamaron á un tiempo que nada de eso les daba cuidado siempre que acabasen de andar trofando por los condados de Augur y de Aberdeen, persiguiendo siempre á un enemigo, que ni queria pelear ni rendir las armas.

«Si así es, dijo Augur, será preciso que yo vaya á dar las órdenes correspondientes, y que tome tambien mis disposiciones para que Anita Lyle pueda seguirnos sin riesgo, porque no es tan fácil penetrar en el país de Mac-Callumore, como al parecer se figuran esos valientes caballeros; y dicho esto salió de la tienda.

—¡Anita Lyle! repitió Dalgetty; pues qué, ¿viene con el ejército?

—Pardiez! añadió sir Miles Musgrave mirando al rededor y con gesto malicioso á Allan Mac-Aulay y á lord Menteith: ¿podríamos marchar ó combatir, avanzar ó retirar sin que sostuviese nuestro valor la mágica influencia de la princesa del arpa?

—Ciertamente que no, respondió su compañero, y con razón la tratan como á una princesa. La esposa misma de Montrose no podria ser tratada con mayor decoro y magnificencia; cuatro jóvenes montañeses están siempre prontas á ejecutar sus órdenes, sin hablar de las criadas que tiene de piés descalzos.....

—¿Y qué hubierais hecho, señores, en mi lugar? dijo Allan dejando de pronto al montañés con quien habia estado hablando: ¿hubierais abandonado vosotros á una doncella jóven, candorosa é inocente, amiga de vuestra familia, y compañera de vuestra infancia, esponiéndola á la crueldad y á los ultrajes de un enemigo inhumano, ó acaso á perecer de necesidad? En el momento en que os hablo, ya no tiene techo la mansion de mis padres; nuestras cosechas han sido destruidas; nos han arrebatado nuestros ganados. Bendecid á Dios, señores, los que viniendo de países mas apacibles y mas civilizados no esponéis mas que la vida en esta sangrienta guerra, sin recelar que vuestros enemigos sacien su venganza en los seres indefensos y mas caros á vuestro corazón, que quizás habeis dejado en vuestros hogares.»

Los ingleses conviniéron francamente que en esta parte llevaban ellos la ventaja. Acabados estos razonamientos, se separaron los que así conversaban, para dirigirse cada cual á su puesto, ó para dedicarse á las ocupaciones que les estaban señaladas.

Allan se levantó para hacer lo mismo: pero parecia retenerle una fuerza que no le era dado vencer, y volvió á sentarse junto á Ranald, á quien siguió preguntando acerca de un punto de sus visiones que le tenia en la mayor zozobra. « Muchas veces, le dijo, he visto á un montañés que parecia clavar su puñal en el pecho de Menteith, de ese señor jóven de la capa carmesí, que acaba de salir en este instante. He tenido los ojos fijos en la vision, hasta que casi han salido de sus órbitas, sin que pudiese ver su semblante ni descubrir quien fuese, aunque su persona y porte no me parecieron desconocidos.

—¿Os pusisteis vuestro gabán al revés, dijo Ranald, como nuestras reglas lo previenen para semejantes casos?

—Sí, respondió Allan con voz baja y trémula, como si espermentase una agonía interior.

—Y entonces, ¿en qué traje se os apareció la fantasma? preguntó Ranald.

—Con su vestido vuelto tambien al revés, respondió Allan con voz honda é interrumpida, y cubierta la frente de sudor frio.

—Pues entonces estad cierto de que vuestra mano, vuestra propia mano será la que ejecutará la accion que la vision os mostraba.

—Esto es lo que mi alma inquieta ha recelado cien veces, y me lo ha anunciado otras tantas; pero es imposible. Aun cuando lo leyese en el libro eterno del destino, repetiria aun que es imposible. Nos unen lazos de parentesco; nos ligan otros mas indisolubles, si cabe.... Hemos peleado juntos; nuestras espadas se han teñido en la sangre de nuestros mismos enemigos..... No, lo repito otra vez; es imposible que yo pueda jamás levantar mi mano contra él.

—Sin embargo, tal es el inmutable decreto del destino, respon-

dió Ranald, y vos lo realizaréis, aunque las tinieblas de lo futuro nos ocultan la causa todavía. Vos decís, añadió reprimiendo apenas los tumultuosos sentimientos que le agitaban, vos decís que habeis perseguido juntos la presa como dos sabuesos sedientos de sangre..... Pues ¿ no habeis visto nunca á esos sabuesos dirigir unos contra otros sus mortíferos dientes, atacarse y despedazarse mutuamente sobre el cuerpo del gamo espirante que acababan de aterrar ?

—Es falso, exclamó Mac-Aulay marchándose precipitadamente al lado opuesto de la tienda; no son esas las predicciones del destino, sino las pérfidas sugerencias de algun malvado que abortó el abismo para precipitarme consigo. » Y diciendo esto salió apresuradamente y sin esperar otra respuesta.

« Huye, huye; ya el golpe está dado, » dijo el hijo de la niebla dirigiéndole una mirada penetrante y triunfadora; el dardo envenenado entró ya en tu corazon; á todas partes le llevarás contigo, y serás al mismo tiempo el instrumento y la víctima de mi venganza. ¡ Fantasmas de mis hijos, calmaos! Hijos míos! vosotros que por ellos fuisteis atrozmente sacrificados, gozaos en la venganza. Vuestros homicidas van á dirigir sus armas unos contra otros; pronto traspasarán sus pechos con sus mismas espadas, pues, cual voraces buitres, están sedientos de sangre. ¡ Que se destrozén, en buen hora, que recíprocamente busquen esa sangre en sus entrañas palpitantes, y quede yo vengado! »

Dispuesto para la marcha, Montrose salió la mañana siguiente en la direccion que había ideado, siguiendo el rio Fay, y desplegó su corto ejército en el ameno valle que circuye el lago de este nombre. Los habitantes eran Campbells, no vasallos, pero sí aliados de Argyle y de la tribu de Glenurchy, que en el dia se llama Breadalbane. Atacados de improviso, y sin bastar á poner la menor resistencia, viéronse precisados á ser pasivos espectadores de los estragos que se cometían, y á dejarse arrebatados sus rebaños. De este modo llegó Montrose hasta las orillas del lago Dochart, asolándolo todo al paso, y llevándose los ganados;

pero vióse entonces en situacion harto difícil y peligrosa. Aun hoy dia que hay un buen camino para ir desde Teinedrum hasta el nacimiento del lago Awe, costaria trabajo á un ejército atravesar aquellos desfiladeros incultos; pero entonces no habia ningun camino ni sonda, y para mayor obstáculo ya las montañas estaban cubiertas de nieve. Sublime espectáculo era por cierto el mirar desde el valle aquellas masas informes que descollaban unas sobre otras: las que estaban en el primer término herian la vista con su brillante blancura, mientras que los últimos rayos del sol en su ocaso herian con sus reflejos los montes que mas atrevidos se encumbraban hasta las nubes, presentando á la vista en el horizonte una especie de cortina encarnada. Ben-Cruachan, mas elevado que todos, parecia la ciudadela del genio de aquellas regiones, y su inaccesible cumbre se divisaba desde muchas millas á la redonda.

Aquel espectáculo, aunque terrible é imponente, no podia amedrentar á los soldados de Montrose, pues la mayor parte eran de aquella raza antigua de montañeses, que no solo se acostaban voluntariamente sobre la nieve, sino que tenian por lujo afeminado amontonarla para formar una almohada donde reclinar la cabeza. La esperanza del saqueo y de la venganza brillaba á sus ojos detrás de aquellas heladas montañas; y al acordarse de esto desaparecian todos los obstáculos, imaginando que iban á salvarlas de un salto.

Montrose, aprovechando de su entusiasmo, mandó á los gaiteros que fuesen delante tocando la marcha guerrera de los Mac-Farlanes, cuyos agudos sonidos llevaran tantas veces el terror y la desolacion á los valles de Lennox. Las tropas marcharon con increíble agilidad; y Ranald, que las guiaba, iba al frente con un cuerpo escogido para reconocer el camino.

Nunca parece el poder humano mas mezquino y miserable que cuando se halla en contraste con aquellos rasgos atrevidos y gigantescos con que la naturaleza quiere, al parecer, manifestar su omnipotencia. El victorioso ejército de Montrose, que con sus ha-

zañas habia difundido el espanto por toda Escocia, parecia en aquellas terribles montañas que se esforzaba á trepar, un miserable puñado de bandidos que iban á verse tragados por aquellos horrorosos precipicios. El mismo Montrose casi se arrepentia de su audaz empresa, cuando desde la cima de la roca á donde habia llegado, examinaba los movimientos de su corto ejército. Era tal la dificultad de penetrar mas adelante, que ya empezaban á notarse grandes claros entre las filas; y el espacio que separaba la vanguardia del centro iba aumentando á cada instante en términos, que se hubiera visto espuesto á los mayores peligros si hubiera sido atacado.

No podia menos de estremecerse Montrose al considerar las posiciones ventajosas que ofrecian las montañas, temiendo que estuviesen ocupadas por un enemigo dispuesto á defenderse; y pasado algun tiempo se le oyó decir francamente que si los desfiladeros de Strath-Fillan hubiesen sido defendidos por doscientos hombres resueltos, no solamente se hubiera visto detenido, sino que todo su ejército habria sido fácilmente destruido. Pero la confianza, plaga funesta que ha causado la toma de tantas plazas fuertes y la ruina de tantos países, abandonó en esta ocasion el condado de Argyle á sus enemigos. Estos no tuvieron que luchar mas que con los obstáculos que la naturaleza les oponia, y por fortuna la nieve no habia caido aun con mucha abundancia. Apenas habian llegado las tropas á la cumbre de las rocas que separan el condado de Argyle del distrito de Bradalbane, se precipitaron sobre los valles que la rodeaban, con un furor que explicaba bastante los motivos que les habian determinado á tan arriesgada empresa.

Dividió Montrose su ejército en tres cuerpos, para difundir el terror lo mas léjos posible, y atacar muchos puntos á la vez.

El uno fué mandado por el jefe de la tribu Donald, el segundo por Colkitto, y él se puso al frente del tercero. Esta triple invasion no fué mas que una marcha triunfante, porque en ninguna parte se le opuso resistencia. Los pastores huyendo de las monta-

ñas habian desde luego anunciado esta formidable irrupcion ; y si en algunos parajes ciertos vasallos fieles querian tomar las armas, al punto eran dispersados , muertos ó desarmados por un enemigo que parecia adivinar todos sus movimientos.

El mayor Dalgetty , que fué enviado delante contra Inverary con la poca caballería que tenia el ejército , tomó tan bien sus medidas, que por poco sorprende á Argyle, como lo dijo él mismo, *inter pocula*, y solo embarcándose precipitadamente en una lancha y forzando remos, pudo este jefe librarse de la muerte, ó á lo menos de la esclavitud. Mas si Argyle se libró personalmente del castigo que le estaba reservado, sus dominios, su tribu y sus vasallos pagaron caro el odio que sus enemigos le profesaban ; y los estragos que cometió Montrose en aquel infeliz condado, aunque harto conformes con el espíritu del siglo en aquellos bárbaros países, han sido considerados como una mancha que no bastan á borrar sus mayores hazañas.

Argyle, no obstante, habia huido á Edimburgo para producir sus quejas ante la convencion de los Estados. El general Baillie, soldado celoso y valiente, tuvo el encargo de levantar un ejército considerable, y diéronle por adjunto á sir John Urrie, oficial aventurero como Dalgetty , que ya habia cambiado dos veces de partido en la guerra civil, y que estaba destinado á cambiar por tercera vez antes que aquella terminase. Argyle, arrebatado de ira é indignacion, empezó á reunir sus tropas para vengarse de su mortal enemigo. Estableció su cuartel general en Dumbarton, adonde fueron á reunírsele los individuos de su tribu y gran número de aliados. Baillie y Urrie, habiendo llegado con un ejército considerable compuesto de tropas regladas, se prepararon á entrar en el condado de Argyle, y á esterminar á los temerarios que habian osado invadir sus dominios. Pero mientras estos dos ejércitos formidables verificaban su reunion , véiase Montrose amenazado del lado opuesto por otro ejército reunido en el norte por el conde de Seaforth, quien despues de alguna perplejidad habia abrazado el partido contrario, y al frente de numerosas tro-

pas, á las que se habian reunido las de las guarniciones de algunas ciudades, le cortaba la retirada por el lado de Inverness.

Encerrado en país enemigo, amenazado de todos lados por fuerzas superiores que avanzaban contra él á marchas forzadas, hubiérase creído inevitable la destruccion de su ejército. Pero precisamente en estas circunstancias críticas y desesperadas brillaba en todo su brillo el genio activo y emprendedor del Conde, escitando la admiracion y entusiasmo de sus partidarios, al paso que esparcía terror y desaliento entre sus enemigos. Reunió como por encanto sus tropas diseminadas en la vasta estension del país que habian talado; y acaso no supo Argyle tan pronto esta reunion, como el que este ejército realista habia desaparecido de repente de su condado y retirándose hácia el norte entre las sombras é impenetrables montañas de Lochaber.

Los generales opuestos á Montrose conjeturaron desde luego que su proyecto era presentar batalla á Seaforth, y si le era dable, derrotarle antes que pudiesen venir en su auxilio los del opuesto partido.

Apresuráronse pues á mudar su plan de operaciones. Urrie y Baillie separaron de nuevo sus tropas de las de Argyle, y como sus fuerzas principales consistian en caballería, costearon las montañas que con dificultad hubieran podido trepar, y avanzaron por el lado del este hácia el condado de Augur, desde donde se proponían pasar al de Aberdeen, con el fin de cortar el ejército de Montrose si intentaba retirarse por aquel lado. Argyle, al frente de sus mismas tropas, siguió la marcha de Montrose, para en el caso de llegar este á las manos, ya fuese con Seaforth, ó con cualquiera de los otros dos generales, poderse situar de suerte que le pudiese entre dos fuegos: ó cuando esto no consiguiese, inquietar su retaguardia siguiéndole de léjos. Con este designio se dirigió Argyle hácia Inverary, y á cada paso tuvo ocasion de llorar los horribles estragos que las tribus enemigas habian cometido en su territorio. Aunque los montañeses poseian algunas nobles prendas, no era la clemencia una de ellas, y el condado de

Argyle suministraba entonces lamentables pruebas de esta verdad; pero estos mismos estragos contribuyeron á aumentar el número de los soldados del Marqués. Aun hoy dia anda válido el proverbio entre los montañeses, que «el que ve quemar su casa debe hacerse soldado.»

La mayor parte de los habitantes de aquellos desgraciados valles no tenían otros medios para subsistir, que la cruel represalia, ejecutando en otras tribus rapiñas iguales ó mayores que aquellas de que habian sido víctimas. No les quedaba mas recurso que el pillaje, ni mas esperanza que vengarse. Por tanto, la ruina de su país vino á ser la principal causa del aumento de su ejército, y pronto se vió Argyle á la cabeza de tres mil hombres decididos y de un valor y fidelidad á toda prueba.

Confió, bajo sus órdenes, el mando inmediato de estas tropas á sir Duncan Campbell, caballero de Ardenvohr, y á otro sir Duncan Campbell de Auchembreck, osado caudillo recién llegado de Irlanda. La tímida circunspeccion de Argyle prevaleció sobre la intrepidez activa de sus generales, y se resolvió que á pesar del aumento de sus fuerzas observarian el mismo plan de operaciones, y seguirian poco á poco á Montrose por cualquiera lado que se dirigiese, evitando cuidadosamente un encuentro hasta que se presentase la ocasion de caer sobre su retaguardia cuando se hubiese empeñado el combate con uno ú otro de los ejércitos que iban en su persecucion.

CAPITULO XVIII.

El camino militar que sigue al presente la direccion general del canal Caledonio, ha abierto enteramente el grande valle que atraviesa casi toda la isla, y cuyas cavidades cubiertas en lo antiguo por el mar, dan aun en el dia origen á aquella larga serie de lagos por medio de los cuales ha conseguido el arte reunir el

océano Germánico al Atlántico. Antes que se construyese este camino, los habitantes seguían unos senderos estrechos y desiguales para atravesar este dilatado valle; y aunque eran malos, como no existían otros medios de comunicacion entre las diferentes tribus, eran bastante frecuentados, siendo esta la razon que tuvo Montrose para apartarse de ellos. Condujo su ejército como una manada de gamos bravíos de montaña en montaña, y de selva en selva, ocultando así su marcha á sus enemigos, averiguando al mismo tiempo todos los movimientos de aquellos, por medio de las tribus de Cameron y de Mac-Donnell, sus aliados, cuyo país iba entonces atravesando; dando al mismo tiempo las órdenes más precisas para que se espíase continuamente la marcha de Argyle, y para que al instante viniesen á comunicarle todas las noticias que se pudiesen adquirir sobre ella.

Una noche que Montrose rendido de fatiga, despues de una larga y penosa marcha, se habia echado bajo una especie de mal cobertizo para disfrutar allí algunos momentos de sueño, apenas acababa de cerrar los ojos cuando sintió que le tocaban blandamente el hombro. Levantóse al punto, y por la estatura atlética y voz estentórea del que le llamaba, conoció fácilmente al jefe de los Camerones.

« Os traigo noticias que merecen las escuchéis, le dijo este.

—Mac-Ilduy no puede traer otras, respondió Montrose, llamando al jefe por su nombre patronímico. ¿Son buenas ó malas?

—Eso consiste en el partido que tomeis.

—¿Son ciertas?

—Sí, y sino, no las traería yo: sabed que cansado de acompañar á Dalgetty, quien encargado de hacer un reconocimiento con sus pocos caballos avanzaba tan lentamente como si temiese encontrar una omboseada á cada paso, me separé de él, y con seis de los míos me dirigí hácia el lado de Inverloch. Argyle se acerca en este momento al frente de tres mil hombres escogidos, mandados por la flor de los hijos de Diarmid. Estas son mis noticias, y son ciertas: á vos toca juzgar si son buenas ó malas.

—Son excelentes, exclamó Montrose; la voz de Mac-Ilduy es siempre agradable al oído de Montrose, y con mayor motivo cuando anuncia alguna ocasión de adquirir gloria. ¿Cuántos soldados nos quedan?»

Mandó traer teas, recorrió su pequeño campamento para hacer una rápida enumeración, y reconoció fácilmente que habiéndose dispersado gran parte de sus tropas para llevar el botín á las montañas, según su costumbre, no tenían entonces consigo mas que mil doscientos ó mil cuatrocientos hombres.

«Esto es apenas un tercio de las fuerzas de Argyle, dijo Montrose con aire pensativo. Montañeses opuestos á montañeses..., con la protección de Dios, que vela por los intereses de la causa Real, yo no vacilaría si fuésemos siquiera uno contra dos.

—Pues bien, no vacileis mas, replicó Cameron; porque cuando vuestros instrumentos bélicos dieran la señal del ataque contra Mac-Callumore, no habrá un hombre en estos valles que se haga sordo á la llamada. Glengary, Keppoch, yo mismo, inmoláramos al cobarde que se quedase atrás bajo cualquier pretexto. Mañana ó pasado mañana será un día de gloria para todos los que llevan el nombre de Cameron ó de Mac-Donnell, sea cual fuere el éxito del combate.

—Eso es hablar como valiente soldado, noble amigo mío, dijo Montrose apretándole la mano; y yo sería un cobarde, y mas vil aun que un cobarde, si no hiciese justicia á tan dignos guerreros, y si dudase un instante de la victoria. Caeremos sobre ese Mac-Callumore, que nos sigue cual hambriento cuervo para devorar las reliquias de nuestro ejército si encontrásemos enemigos mas esforzados que lograsen vencerle. Reúnanse [los jefes y oficiales con toda la prontitud posible; y vos, que me habeis traído la primera noticia de este feliz acontecimiento, pues por tal tengo al acercarnos á un enemigo con quien ansiamos combatir, vos nos guiareis á la victoria, y nos pondreis en estado de conseguirla, conduciéndonos á la presencia del enemigo por el camino mas corto.

—Descansad en mí, dijo Mac-Ilduy, que si os he enseñado los pasos por donde podiais efectuar vuestra retirada por estos desiertos, ¡con cuánto júbilo y celo no os guiaré cuando se trata de acometer á Mac-Callumore !»

Inmediatamente se puso en movimiento todo el campo, y los jefes convocados por Montrose dejaron el tosco lecho sobre que habian buscado un descanso momentáneo.

«Jamás hubiera creído, dijo el mayor Dalgetty sacudiéndose el vestido al cual se habian pegado parte de las hojas secas en que se habia echado, jamás hubiera creído dejar con tanto disgusto una cama tan poco apetecible. Apenas empezaba á disfrutar el descanso, cuando el Conde me llama. Es verdad que no teniendo en su ejército mas que un hombre de experiencia y que conozca la táctica, es natural que su Escelencia me necesite á cada paso.»

Diciendo estas palabras se dirigió al Consejo, en donde, á pesar de su pedantería y su tono de importancia, Montrose daba á entender que le escuchaba con atencion, tanto porque el Mayor en realidad poseia conocimientos militares y daba á veces consejos útiles, como porque servia en cierto modo de contrapeso cuando los jefes montañeses presentaban un parecer que el Conde no queria seguir.

Dalgetty en esta ocasion aprobó con viveza el proyecto de volver caras y de caer sobre Argyle, proyecto que comparó á la accion heróica del grande Gustavo cuando viéndose amenazado del lado del Norte por un numeroso ejército que Wallenstein habia reunido en Bohemia, marchó contra el duque de Baviera, y enriqueció á sus tropas con el pillaje de aquel fértil país.

Los jefes de Glengary, de Keppoch y de Lochiel, cuyas tribus habitaban los valles y montañas inmediatas y que no cedian á nadie en valor y en ardor guerrero, intimaron á todos sus vasallos en estado de tomar las armas, que se reuniesen al ejército del Teniente del Rey, y que acudiesen á las banderas de sus respectivos jefes cuando marchasen sobre Inverlochy. Jamás se dió ór-

den que se ejecutase con mayor prontitud. Su pasión natural á la guerra, su celo por la causa del Rey, á quien miraban como á un jefe abandonado por los de su tribu, y su ciega obediencia á las órdenes de sus caudillos, hicieron que acudiesen al ejército de Montrose no solo todos los montañeses de los alrededores en estado de empuñar las armas, sino tambien los niños y ancianos que parecían incapaces de soportar las fatigas de la guerra.

El día siguiente, mientras Montrose atravesaba las montañas del Lochaber sin que el enemigo tuviese la menor sospecha de su marcha, vió salir gente de todas las cavernas, que venían á alistarse espontáneamente bajo las banderas de sus jefes respectivos. Esta circunstancia aumentó el ardor y entusiasmo de todo el ejército, el que, como lo habia pronosticado el valeroso jefe de los Camerones, tenia un tercio mas de fuerza cuando se halló cerca del enemigo.

En tanto que Montrose ejecutaba esta contramarcha, habia avanzado Argyle al frente de su ejército hasta las orillas del Lochy, rio que une el lago de este nombre con el de Eil. El antiguo castillo de Inverlochy, que en otro tiempo habia sido fortaleza real, y era aun entonces plaza de cierta fuerza é importancia, fué el sitio que eligió Argyle para establecer su cuartel general; y acampó su ejército al rededor del castillo, en el espacioso valle en donde se reunen ambos lagos. Habian llegado tambien muchas lanchas cargadas de provisiones; y bajo todos respectos las tropas estaban tan bien acampadas, cual podian desearlo. Consultando el Marqués con Auchembreck y Ardenvohr, les manifestó que creia que Montrose estaba en aquel momento en el borde del precipicio que debia tragarle para siempre: decia que forzosamente sus tropas se irian disminuyendo poco á poco segun fuese atravesando aquellos países incultos y bárbaros; que si se dirigia al este, encontraria á Urrie y á Baillie; si seguia la direccion del norte, caeria en manos de Seaforth; y si se detenia en alguna parte, se espondria á ser atacado por tres ejércitos á un mismo tiempo.

«Milord, repuso Auchembreck, mucho sentiria ver á James Graham derribado por otras manos que las nuestras, ó tener que partir con extranjeros el honor de la victoria. Nosotros somos los ultrajados en todo lo que mas amamos; nuestro territorio ha sido asolado; con nosotros pues, y no con otros, debe saldarse esa cuenta terrible; y yo ardo en deseos de satisfacerle en persona lo que le debo: esta clase de deudas no gusto que otro las pague por mí.

—Sois escrupuloso en demasía, dijo Argyle; lo que importa es que unas manos ú otras derramen la sangre de los Graham: ya es hora que cese de verterse la de los hijos de Diarmid. ¿Cuál es vuestra opinion, Ardenvohr?

—Lo que pienso, Milord, dijo sir Duncan, es que los deseos de Auchembreck quedarán pronto satisfechos, y que tendrá proporcion de arreglar sus cuentas con Montrose personalmente. Nuestras avanzadas acaban de saber que los Camerones se reunen en los desfiladeros de Ben-Nevis. Sin duda se adelanta Montrose por este lado, y ellos quieren reunirse con él, pues seguramente no tomarán las armas para cubrir su retirada.

—Será algún proyecto de saqueo nacido del odio inveterado que nos tiene Mac-Ilduy, dijo Argyle. Lo mas que puede meditar es algun ataque contra nuestras avanzadas, ó inquietar mañana nuestra retaguardia.

—Yo he enviado batidores en todas direcciones, dijo sir Duncan, y pronto sabremos si en efecto los Camerones reunen sus tropas, y en este caso, cuales son sus proyectos, y á qué punto se dirigen.» Los batidores tardaron mucho tiempo en volver; y al salir la luna se advirtió que habia llegado alguna noticia importante, por la agitacion que reinaba en el castillo y en el campamento. De los soldados que Ardenvohr habia enviado á la descubierta, algunos habian vuelto sin haber podido recoger noticias positivas, ni mas pormenores que algunas voces vagas sobre los movimientos que se notaban en el país de los Camerones. Los gritos de guerra y de venganza resonaban hasta en sus mas re-

cónditos valles; parecian que salian de las cavernas del Ben-Nevis sonidos proféticos é inesplicables, como los que algunas veces anuncian la próxima tempestad. Otros, que llevados de su celo se avanzaron demasiado, fueron hechos prisioneros por los habitantes de los peligrosos desfiladeros en donde habian intentado penetrar. En fin, el ejército de Montrose avanzaba siempre con rapidez, de modo que su vanguardia y los primeros puestos de Argyle se hallaron á la vista, y despues de haberse disparado mutuamente algunos fusilazos, se replegó cada uno al centro de su ejército para tomar órdenes de sus jefes. Al punto saltaron sobre sus caballos sir Duncan de Ardenvohr y Auchembreck, para visitar todos los puestos, y el marqués de Argyle se manifestó digno del título de comandante en jefe, por el modo con que supo disponer sus fuerzas en el llano para que no sorprendiesen ningun punto, pues creia ser atacado aquella noche ó á mas tardar la mañana siguiente. Montrose habia ocultado tan cuidadosamente sus tropas en los desfiladeros de las montañas, que fueron vanas las tentativas de Auchembreck y Ardenvohr para reconocer el número de tropas que les oponian. Con todo eso se persuadieron de que la ventaja estaba de su parte, por mas fuerzas que se supusiesen al enemigo. Cuando volvieron á comunicar al Marqués el resultado de sus observaciones, no podia persuadirse Argyle de que fuese el ejército de Montrose el que iba á combatir. Seria, dijo, un acto de frenesí imposible de creer en el mismo James Graham, á pesar de toda su presuncion y estravagancia; y no dudaba que fuesen sus antiguos enemigos los Glencos, Keppoches, y Glengarys los que intentaban impedir su marcha; pero cuyas tropas suponía muy inferiores en número, y juzgaba que por lo mismo se verian pronto obligados á capitular.

Las tropas de Argyle estaban entusiasmadas; y ansiando vengarse de los estragos que su país acababa de sufrir, aguardaban con viva impaciencia que saliese la aurora. Las avanzadas de cada ejército estuvieron toda la noche alerta, y los soldados

de Argyle durmieron en el mismo órden de batalla en que debían combatir.

Apenas una pálida claridad empezaba á teñir las cumbres de los inmensos montes que los rodeaban, los jefes de entrambos ejércitos se prepararon al combate. Era el 2 de febrero de 1646. Las tropas de Argyle se estendían en dos líneas, empezando desde el ángulo que formaban el rio y el lago. El frio y la larga duracion de la noche no habian disminuido los deseos de venganza en que ardían sus pechos. Auchembreck hubiera deseado empuñar al punto el combate, atacando los puestos avanzados del enemigo; pero Argyle, con su ordinaria circunspeccion, prefirió guardar la defensiva.

Pronto vieron señales que les convencieron de que no tendrían que esperar mucho tiempo el ataque del enemigo. Ya se oían por los montes marchas guerreras de diferentes tribus, conforme se iban acercando á la llanura. La de los Camerones, notable por estas palabras hablando con los lobos y los cuervos: «Venid á mí; os daré pasto,» resonaba con terrible ruido en sus agrestes valles. Hablando en el lenguaje de los bardos montañeses, la voz de guerra de Glengary no guardaba silencio; y los tonos particulares de las otras tribus se distinguían fácilmente á medida que llegaban al extremo de las colinas desde donde habian de bajar á las llanuras.

«Ya veis, dijo Argyle á sus capitanes, que, como he dicho, solo tenemos que haberlas con nuestros vecinos; y James Graham no se ha atrevido á desplegar su estandarte á nuestra vista.»

Mas no bien acababa de decir estas palabras, cuando resonó en las montañas el son estrepitoso del clarín de la caballería, y reconocieron los jefes el tono acostumbrado en Escocia para saludar el estandarte Real.

«Milord, dijo sir Duncan, hé aquí una señal que anuncia que el que pretende ser el lugar teniente del Rey se halla personalmente en este ejército.»

—Y que probablemente tiene caballería, añadió Auchembreck,

lo que yo no hubiera creído. Pero ¿nos hemos de asustar por eso, Milord? ¿Nos hemos de manifestar abatidos y consternados, cuando tenemos enemigos que combatir y agravios que vengar?»

Nada respondió Argyle, pero dirigió sus ojos al brazo que llevaba sostenido con una venda, por una caída que había dado del caballo pocos días antes.

«Es cierto, dijo con viveza Ardenvohr, que este accidente desgraciado os imposibilita manejar la espada ó la pistola: retiraos á bordo de una lancha, pues nosotros necesitamos vuestra cabeza como jefe, y no vuestro brazo como soldado.»

—No, dijo Argyle cuyo orgullo resistía el impulso que otros sentimientos aprobaban en lo interior de su pecho; no se dirá que yo he huido á la presencia de Montrose: si no puedo pelear, al menos moriré entre mis hijos.»

Viendo su decision, unieron sus ruegos muchos capitanes para que esta vez dejase el mando á los lairds de Ardenvohr y Auchembreck, y contemplase desde léjos el combate. No nos atrevemos á acusar á Argyle abiertamente de cobarde, pues aunque no haya señalado su vida con ninguna accion de valor, sin embargo en sus últimos momentos se condujo con tanta serenidad, que su conducta en esta ocasion, como en otras muchas, mas debe atribuirse á indecision que á falta de valor.

Pero cuando á la voz secreta que habla al corazon del hombre diciéndole que su vida es preciosa, se une la de las personas que le rodean y le aseguran que no es menos preciosa al público, no es tan vergonzoso el ceder; y la historia ofrece muchos ejemplos de hombres, de carácter habitualmente mas firme y emprendedor que el marqués de Argyle, que en iguales ocasiones han consultado ante todas cosas el amor de la propia salvacion, cuando podian cubrirse con tan plausibles pretextos.

«Conducidle si gustais á bordo, sir Duncan, dijo Auchembreck á su pariente, que yo debo evitar que el genio del mal haga mas progresos entre nosotros.» Al acabar estas palabras entró por las filas exhortando á los soldados á que se acordasen de su antigua

gloria y de su actual superioridad, de los agravios que tenían que vengar si triunfaban, y de la suerte que les esperaba si eran vencidos: en fin, con sus discursos y exhortaciones consiguió inflamar todos los pechos del entusiasmo que le animaba.

Al mismo tiempo Argyle, aunque con aparente repugnancia, se dejaba conducir hácia la orilla del lago, y fué trasportado á una lancha, desde la cual estuvo mirando el combate, salvando así su vida pero no su honor.

Sir Duncan Campbell de Ardenvohr, á pesar de su impaciencia por reunirse al ejército, se paró un instante fijando la vista en la barca que llevaba á su jefe léjos del campo de batalla. Nacian en su pecho sentimientos que se esforzaba á combatir, sin que pudiese vencerlos. Un jefe era un padre á los ojos de su tribu, y un miembro de su tribu no se atrevía á condenar sus flaquezas con la misma severidad que las de los demás hombres. Por otra parte, Argyle, severo y duro con las otras tribus, era generoso y liberal con la suya; el noble corazón de Ardenvohr se sentía traspasado de dolor al considerar las malignas y afrentosas interpretaciones á que podia dar motivo la conducta de Argyle. «Mas valed que sea así, se dijo á sí mismo disimulando su sentimiento; pero no conozco ninguno de sus ilustres mayores que hubiese querido retirarse mientras la bandera de Diarmid ondease en la llanura.»

Oyéronse entonces los gritos de guerra; y sir Duncan, olvidándolo todo á la voz del honor, corrió al punto á su puesto, que era al flanco derecho del ejército de Argyle. No se habia ocultado al enemigo la retirada del Marqués, pues desde la altura que ocupaba podia ver cuanto pasaba en el llano; y también observó que todos los que se situaban á retaguardia estaban á caballo, cuya circunstancia indicaba que aquellos eran jefes.

«Hélos allí, dijo Dalgetty, hélos allí, que cual prudentes caballeros van á poner sus caballos á cubierto del peligro. Hé allí á sir Duncan montado en su caballo castaño, á que yo habia echado el ojo para que hiciese compañía á Gustavo.»

—Os engañais, Mayor, dijo Montrose con irónica sonrisa: conducen fuera de la refriega á su valiente jefe. Dad al punto la señal de ataque. Haced que pase la palabra á todas las filas... ¡Glen-gary, Keppoch, Mac-Vourigh, caed sobre ellos al frente de vuestros valientes! Mayor Dalgetty, corred, y decid á Mac-Ilduy que cargue á esos cobardes. Volved al instante á formar vuestro cuerpo de caballería al rededor de mi estandarte, y servirá de reserva con los irlandeses... A ellos, amigos míos.

CAPITULO XIX.

Las trompetas y gaitas, instrumentos estrepitosos de guerra y de matanza, dieron á un tiempo mismo la señal del ataque, á que respondió el alarido de mas de dos mil guerreros. Los montañeses del ejército de Montrose, divididos en tres cuerpos ó columnas, salieron de los desfiladeros que les habian tenido ocultos á sus enemigos, y se precipitaron furiosos sobre los Campbells, quienes les esperaban á pié firme. Detrás de estas columnas encargadas del ataque, marchaba el cuerpo de reserva compuesto de los irlandeses mandados por Colkitto. En medio de ellos ondeaba el estandarte Real y se veía el mismo Montrose; y por los flancos, á las órdenes de Dalgetty, iban cincuenta caballeros que con harto trabajo se habian podido equipar para el combate. Mandaba Glen-gary el ala derecha de los realistas, Lochiel la izquierda, y el centro el conde de Mentzith, quien en vez de quedarse con la caballería, prefirió pelear á pié en traje de montañés.

Estos, despues de precipitarse en la llanura con el furor que les caracteriza, se detuvieron á pocos pasos del enemigo para disparar sus flechas y sus mosquetes. Los Campbells recibieron el ataque con valor y serenidad. Mejor provistos de armas de fuego, inmóviles y por consiguiente con puntería mas certera, hicieron un fuego graneado de mosquetería mucho mas terrible que el de

los enemigos. Para ocurrir á esta desventaja, las tribus salvaron con precipitacion el espacio que las separaba todavia de las tropas de Argyle; y atacándolas cuerpo á cuerpo, consiguieron desordenar las filas y ponerlas en confusion por dos diferentes puntos. Esto hubiera bastado para decidir la victoria entre tropas regladas; pero aquí peleaban montañeses contra montañeses, y eran iguales la calidad de sus armas, y por ambas partes igual la agilidad de los que las manejaban.

El combate fué largo y tenaz; al ruido de los sables y de las hachas que caian con estrépito sobre los broqueles se mezclaban los alaridos salvajes é interrumpidos con que los montañeses acompañan siempre toda accion violenta y penosa. Gran número de soldados que se conocian personalmente se buscaban unos á otros, ó por motivos de odio y venganza, ó llevados de noble emulation. Ninguno de los dos partidos queria ceder un palmo de terreno, y el sitio de los que caian se veia al momento ocupado por otros soldados que ansiaban pelear en las primeras filas. Cubria el campo de batalla un vapor denso, semejante al que se levanta de una violenta resaca, y se veia, cual cargada nube, suspenso sobre las cabezas de los combatientes. En ambos partidos no se notaba desventaja ni en el centro ni en el ala derecha; pero el laird de Ardenvohr alcanzó un momento la superioridad sobre el ala izquierda de Montrose, por su instruccion militar y por el mayor número de sus combatientes. Este habia estendido el costado de su línea oblicuamente á tiempo que los realistas se disponian á caer sobre sus tropas, de modo que estos se vieron espuestos á un doble fuego de mosquetería por su frente y flance; y á pesar de todos los esfuerzos de su jefe empezó á introducirse la confusion en sus filas. Aprovechando esta coyuntura, dió órden sir Duncan al momento para cargar al enemigo, y tomó por sí mismo la ofensiva y justamente cuando los Campbells contaban ser atacados.

La imprevista alternativa del ataque á la defensa causa siempre desaliento y es con frecuencia funesta. Pero atajó Montrose el desórden mandando avanzar la reserva irlandesa, cuyo fuego

constante y sostenido obligó al caballero de Ardenvohr á perder la ventaja que habia adquirido y á contentarse con rechazar al enemigo. Aprovechando entretanto Montrose de unos abedules que cubrian la vista, y del humo que producian las continuas descargas de la mosquetería irlandesa que ocultaba sus movimientos, mandó á Dalgetty que le siguiese con sus caballos, y dando un gran rodeo para flanquear el ala derecha del enemigo, dió orden á sus seis trompetas que tocasen la carga.

El toque estrepitoso de la caballería y el ruido del galope de los caballos produjeron en la columna mandada por sir Duncan un efecto que con dificultad podríamos concebir si no investigásemos la causa. Los montañeses de aquellos tiempos tenian, como los Peruanos, un temor supersticioso á los caballos de guerra, y las ideas mas estrañas sobre el medo con que se adiestraba á estos animales al combate. Así pues, no bien vieron avanzar los objetos de su supersticion, apoderóse de ellos un terror pánico; y á pesar de los esfuerzos de sir Duncan para detener sus progresos, se comunicó al punto á todas las filas. La vista de Dalgetty cubierto de hierro de piés á cabeza, con su impenetrable armadura y haciendo dar botes á su caballo para que fuesen mas violentos los tajos que repartia á uno y otro lado, bastaba por sí sola á infundir terror á unas gentes que no habian visto nunca, ni de léjos, cosa que semejase á un caballero armado.

Entonces volvieron á la carga los realistas rechazados, y los irlandeses continuaron haciendo un fuego graneado que, aclarando mas y mas las filas del enemigo, le impidió hacer mas larga resistencia. Los soldados de Argyle empezaron á replegarse, huyendo la mayor parte hácia el lago, y los otros en diferentes direcciones. La derrota del ala derecha, ya decisiva por sí sola, se hizo irreparable por la muerte de Auchembreck, que recibió un balazo en el corazon cuando hacia varios esfuerzos para restablecer el orden.

El caballero Ardenvohr, con otros doscientos caballeros de ilustre nacimiento y de experimentado valor, esforzándose con un

heroísmo digno de mejor suerte á cubrir la retirada de sus tropas, fueron víctimas de su celo. Atacados por todas partes y simultáneamente, dispersos, y separados los unos de los otros, no por eso dejaron de pelear como desesperados, sin otro objeto que morir con honor y con las armas en la mano.

«Rendíos, sir Duncan,» gritó el mayor Dalgetty descubriendo á lo léjos á su antiguo huésped que se defendía contra muchos montañeses; y para obligarle mas eficazmente á que aceptase cuartel, corrió hácia él espada en mano. Respondióle sir Duncan con un pistoletazo: la bala no hirió al caballero, pero penetró en el corazon de su noble caballo Gustavo, el cual cayó muerto en el campo de batalla. Ranald Mac-Eagh, que estaba entre los que acosaban de mas cerca á sir Duncan, aprovechó el momento en que este se volvía para disparar contra Dalgetty, y le derribó de un sablazo.

Apresuráronse al punto media docena de montañeses á despojar al caballero que quedara gravemente herido, cuyas armas y ropas eran de la mayor magnificencia, al tiempo que llegó Allan Mac-Aulay.

«Traidores! exclamó: ¿quién de vosotros ha osado levantar la mano contra el caballero de Ardenvohr, cuando yo tenia dada orden de conservar su vida?

Los montañeses, que á escepcion de Ranald eran todos de la tribu de su hermano, se disculparon diciendo que habia sido el forastero, que de este modo designaban ellos á Ranald Mac-Eagh.

«¡Isleño maldito! dijo Allan olvidando en la cólera su fraternidad profética, persigue á los enemigos, y no hagas daño á ese anciano, si no quieres ser víctima de mi furor.

Hallábanse entonces casi solos, porque las amenazas de Allan habian ahuyentado á los montañeses, y todos los soldados corrian en tropel hácia el lago, llevando delante de sí el terror y la confusion, y nó dejando á sus espaldas sino muertos y moribundos.

Esta ocasion era muy favorable para Mac-Eagh, quien secretamente alimentaba desde mucho tiempo negro rencor y deseos de venganza.

«¡Yo morir á tus manos teñidas aun con la sangre de mis deudos! exclamó Mac-Eagh, respondiendo á las amenazas del guerrero con tono no menos amenazador. ¡Tú eres quien morirás á las mias!» Y al decir estas palabras le dió un sablazo con tal prontitud, que apenas tuvo tiempo Allan de pararle con su rodela.

—Traidor! le dijo poniéndose en defensa; ¿de dónde nace ese furor?

—Yo soy Ranald, hijo de la niebla, gritó su enemigo tirándole otra cuchillada, que fué la señal del mas terrible y encarnizado combate.»

Mas parece que el destino queria que Allan Mac-Aulay vengase á su madre, ultrajada tan indignamente, esterminando uno tras otro á todos los individuos de aquella tribu salvaje. Otros combates anteriores suministraron una prueba de esto, que corroboró aun el éxito del presente.

Ranald recibió en el cráneo una herida profunda, que le tendió al lado de sir Duncan; y Mac-Aulay, poniéndole el pié encima, iba á atravesarle con su sable, cuando un tercero desvió la punta interviniendo de repente en el combate. No era nada menos que el mayor Dalgetty, que atolondrado por la caída de su caballo y por consiguiente con la suya, acababa por fin de desenredar su persona y su armadura del peso del caballo.

«Levantad vuestra espada, dijo á Mac-Aulay, y no hagais daño á ese hombre que está al servicio de S. E. y se halla aquí bajo mi especial proteccion. ¿Olvidais que las leyes de la guerra no permiten á ningun caballero vengar sus injurias personales, *flagrante bello, mullo magis flagrante praelio?*»

—Insensato! dijo Allan, apartaos, y no os metais entre el ti-gre y su presa.

Pero Dalgetty, léjos de abandonar su posicion, sacó el sable, y

poniéndose delante de Randal manifestó á Allan que si el tigre intentaba lanzarse sobre su presa, podría tambien encontrar un leon que se la disputase. Bastaba la mirada de desafío que nuestro Mayor dirigió á Mac-Aulay, para que este dirigiese toda su rabia contra el temerario que osaba detener el curso de su venganza; y sin mas preliminares trabaron ambos un combate singular.

Montrose, que habia vuelto atrás para reunir su pequeño cuerpo de caballería y perseguir al instante al enemigo en su huida, observó de léjos á los dos combatientes; y conociendo las fatales consecuencias que podia acarrear á sus tropas la menor disension, dirigió luego su caballo hácia el sitio del duelo, y viendo á Mac-Eagh por tierra y á Dalgetty ocupado en protegerle contra Allan, conoció al punto la causa de la disputa, ó imaginó con la misma presteza el medio de separarlos.

«¿Como, caballeros! gritó: ¿estais locos que así reñís en el campo de la victoria, ó lo haceis de ebrios con la gloria que acabais de adquirir?»

—Ruego á V. E. que atienda á que no es mia la culpa, dijo Dalgetty: en todas las potencias donde yo he servido he sido siempre *bonus socius*, buen camarada; pero el que toque á un hombre que esté bajo mi salvaguardia...

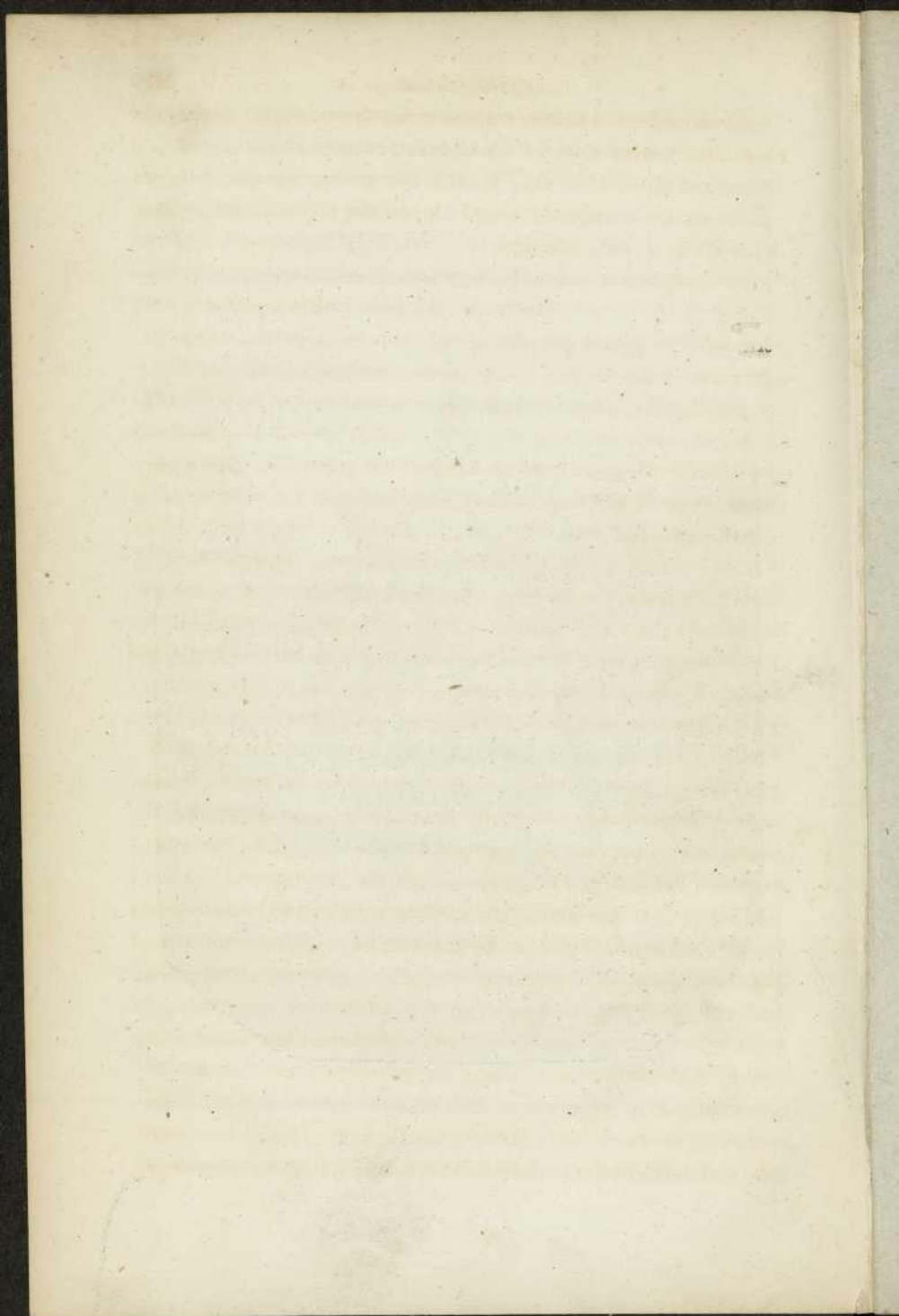
—Y el que se atreva á detener mi justa venganza... dijo Allan.

—¡Vaya, señores! repitió Montrose: cuando os necesito, ¿os entreteneis en terminar vuestras disputas particulares? Fácil os será hallar un momento mas conveniente para arreglar vuestras contiendas; pero si malogramos la ocasion de sacar el fruto de nuestra victoria, ¿cuándo la volveremos á encontrar? Tengo que dar órdenes importantísimas á los dos. Mayor Dalgetty, hincar una rodilla en tierra.

—¡Rodilla en tierra! repitió el Mayor: esa es una orden que jamás he sabido obedecer á no ser que venga de la Iglesia. En la táctica sueca, la primera fila pone la rodilla en tierra, pero solamente cuando el regimiento está formado de seis de fondo.

EL OFICIAL AVENTURERO.





—Como quiera que sea, respondió Montrose, doblad la rodilla en nombre del rey Carlos y de su representante.»

Obedeció al fin Dalgetty, aunque con mucha repugnancia; y cuando estuvo en aquella postura le dió Montrose un golpe con la espada de plano, diciendo:

«En recompensa de tus nobles y señalados servicios en esta batalla, y en nombre y con la autoridad del rey Carlos, nuestro soberano, yo te armo caballero; sé valiente, leal y dichoso. Ahora, sir Dugald Dalgetty, á vuestro puesto. Reunid vuestros caballos, y perseguid á los enemigos que huyen hácia el lago: cuidad de que vuestro destacamento esté siempre reunido, y no os alejéis mucho en su persecucion. Lo esencial es estorbar que se rehagan. Montad pues á caballo, sir Dugald, y haced vuestro deber.»

—¡Qué monte á caballo! repuso suspirando el recién caballero: ¡ay de mí! ¡El pobre Gustavo ha muerto en el campo del honor, del mismo modo que el héroe cuyo nombre llevaba; y precisamente me arman caballero cuando ya no tengo caballo!

—No será así, dijo Montrose: yo os regalo el mio, que no os descontentará. Vamos, sir Dugald, daos prisa á reunir vuestro cuerpo y perseguir á los fugitivos.»

Después de dar muchas gracias al Conde, montó sir Dugald sobre el soberbio alazan que acababa de regalarle con tanta generosidad, y suplicando á S. E. que se acordase de que Mac-Eagh estaba bajo su salvaguardia, se fué á cumplir al punto las órdenes del Conde con mucho celo y diligencia.

«Y vos, Allan Mac-Aulay, dijo Montrose, dirigiéndose al montañés, que apoyando en el suelo la punta de su sable habia mirado la ceremonia de la instalacion del nuevo caballero con sonrisa desdeñosa; vos que sois superior á estos hombres comunes, á quienes no dirigen sino viles motivos de pillaje, de paga y de distinciones personales; vos cuyos profundos conocimientos os hacen tan precioso en las importantes deliberaciones; ¡cuánto he sentido encontraros disputando con Dalgetty! ¡Sacais la espada para alcanzar el triunfo de quitar un resto de vida á un enemigo

tan despreciable como el que teneis á vuestros piés? Vamos; amigo, vamos, olvidad vanas animosidades, y escuchadme. Esta victoria, si sabemos aprovecharla, debe atraer á Seaforth á nuestro partido. Si él se dejó persuadir á tomar las armas contra nosotros no fué por deslealtad, sino porque desesperaba del éxito de la causa Real. El momento es favorable, y no dudo que será fácil decirle á que reuna sus tropas á las nuestras.

Con esta esperanza envío desde este mismo campo de batalla á mi valiente amigo el coronel Hay; pero es preciso que vaya acompañado de un jefe montañés, cuya clase iguale á la de Seaforth, y que tenga el talento y maña necesaria para dirigir con acierto negociacion tan delicada. Yo he contado con vos, porque no solo sois el sugeto que mejor puede cumplir bajo todos respectos esta importante mision, sino porque no ejerciendo mando inmediato, no es tan indispensable vuestra presencia como la de un jefe cuyos vasallos están en el ejército. Conoceis todas las sendas, todos los desfiladeros de las montañas, no menos que los usos y costumbres de cada tribu. Id pues á reuniros al coronel: ha recibido instrucciones, y os aguarda. Sed á un tiempo su guia, su intérprete y su compañero.»

Allan Mac-Aulay echó una mirada penetrante al Conde, como para descubrir si tendria algun motivo secreto para confiarle esta mision repentina. Pero Montrose, diestro en penetrar los pensamientos ajenos, no lo era menos en ocultar los propios: consideraba que era muy importante en aquel momento de efervescencia alejar á Allan de su campamento por algunos dias con el fin de tomar las medidas convenientes entre tanto para la seguridad de los que, confiando en su honor, habian consentido en servirle de guias; pues en cuanto á la disputa de Dalgetty, no dudaba que fuese fácil reconciliarlos luego.

Al partir Allan Mac-Aulay recomendó á sir Duncan al cuidado de Montrose, y este al punto mandó conducir al anciano caballero á paraje seguro. La misma precaucion tomó respecto de Mac-Eagh, entregándole á algunos irlandeses, y encargándoles que

tuviessen con él las atenciones que exigia su situacion, y que por ningun pretesto permitiesen que se le acercase ningun montañés.

Hecho esto, montó el Conde en un caballo de mano que tenia uno de sus criados, y recorrió el campo de su victoria, la que era mas decisiva de lo que él mismo se habia figurado. De los tres mil hombres que componian el ejército de Argyle, mas de la mitad quedaron muertos en el campo ó en la fuga: los otros habian sido rechazados, principalmente hácia aquella parte de la llanura donde el rio forma un ángulo con el lago, de modo que no habia salida por donde pudiesen escapar. Gran número de ellos se arrojaron al lago y se ahogaron para librarse de sus enemigos; otros mas afortunados atravesaron el rio á nado, ó pudieron salvarse en otras direcciones. Las demás tropas se encerraron en el antiguo castillo de Iuverary; pero faltas de víveres, y sin esperanzas de socorro, se vieron precisadas á rendirse bajo la condicion de que se les permitiera volver tranquilamente á sus montañas: así que, armas, bagajes, municiones, banderas, todo cayó en poder de los vencedores.

Este fué el mayor desastre que habia experimentado la raza de Diarmid, nombre que daban á los Campbells en las montañas de Escocia.

Habia en el número de los muertos cerca de quinientos nobles, hijos de familias conocidas y respetables; pero esta pérdida, por mas terrible que fuese á los ojos del mayor número de los individuos de la tribu, era nada en comparacion del borron que echaba á la raza la cobarde conducta de su caudillo, cuya barca levó el ancla apenas fué perdida la batalla, y bajó por el lago á impulsos de los remos y de las velas.

CAPITULO XX.

La brillante victoria que alcanzó Montrose sobre el ejército de su rival le costó la muerte de algunos de sus valientes capitanes; pero con todo eso la pérdida que experimentó no llegó á la décima parte de la que causó al enemigo. El número de heridos era mas considerable, y entre ellos estaba el jóven conde de Menteith, que habia mandado el centro: por fortuna su herida era leve; y el mismo Montrose no lo habia advertido cuando presentó á su general el estandarte de Argyle, de que él mismo se habia apoderado despues de haber muerto al oficial que le llevaba.

Montrose amaba con ternura á su jóven pariente, cuyo carácter generoso, noble y desinteresado recordaba el espíritu caballeresco de los tiempos heróicos, muy diferente del de cálculo, de egoismo y de codicia que habia cundido en casi todas las naciones europeas, por la costumbre de mantener tropas mercenarias, y que Escocia sobre todo habia contribuido á estender, suministrando á casi todas las naciones soldados aventureros. Animado Montrose de los mismos sentimientos que Menteith, aunque la experiencia le habia enseñado á sacar partido de los motivos que movian á los otros, no usó en esta ocasion el lenguaje de la lisonja, no hizo á Menteith cumplimientos ni promesas, pero le estrechó con entusiasmo entre sus brazos esclamando: «Bizarro pariente mio!» y estas palabras acompañadas de un gesto espresivo conmovieron mas profundamente el corazon del jóven, que si hubiese visto su nombre citado del modo mas honorífico en la relacion de la batalla que se envió directamente al Soberano.

«Milord, le dijo, ahora que ya no quedan mas enemigos que combatir ni perseguir, permitidme que cumpla con los deberes de la humanidad. Acabo de saber que el caballero de Ardenvohr es vuestro prisionero, y que está gravemente herido.

—Tiene su merecido, dijo sir Dugald Dalgetty (que acababa de reunírseles en este momento, y el cual se daba cada vez mas importancia, pues mató á mi noble caballo al instante en que yo le ofrecia una capitulacion honrosa : accion digna tan solo de un montañés ignorante, que no tiene talento para levantar un reducto con que defender el esqueleto de su castillo.

—¿Con qué teneis que lamentar la pérdida del famoso Gustavo ? preguntó Lord Menteith.

—¡Ay de mí ! Milord, harto cierto es, respondió sir Dugald dando un profundo suspiro. *Diem clausit supremum*, como decíamos en el colegio de Mareschal : bien que es mas honroso para él haber muerto en el campo del honor, que caer en algun precipicio, ó quedar enterrado en algun cenagoso pantano, lo que probablemente hubiera sucedido si se hubiese prolongado esta campaña de invierno. Pero S. E. se ha dignado, continuó, inclinando la cabeza, y mirando á Montrose, darme en su lugar un soberbio caballo, que me he tomado la libertad de llamarle *Recompensa*, para recuerdo de esta memorable batalla.

—Crcó, le dijo Montrose, que *Recompensa* os habrá parecido diestro en todas las evoluciones militares. Sin embargo, sir Dugald, no echemos en olvido que en Escocia es ahora mas comun encontrar una cuerda que un caballo en premio del celo por la causa del Rey.

—Milord, V. E. se chancea : por lo que toca á *Recompensa*, no cabe duda en que es un animal soberbio, ejecuta todo el manejo tan bien como Gustavo, y tiene mas hermosa estampa. Unicamente siento que sus calidades sociales estén menos cultivadas, lo que proviene de que hasta ahora ha vivido en malísima compañía.

—¿Qué decís ? repuso lord Menteith riendo : ¿ os olvidais que era el caballo de S. E. ? ¡ Vaya, sir Dugald !

—Milord, respondió con gravedad el caballero, de nada me olvido ; y si gustais prestarme vuestra atención, vereis que no digo sino la pura verdad. Sucede al caballo de S. E. lo que á los

soldados que manda: cada uno aprende su servicio, y á la verdad, para ser obedecido, no hay mas que pedir; pero el carácter social se forma en el trato íntimo de la vida privada: así que, á la manera que el soldado adelanta poco con la conversacion de su cabo, ¿qué puede ganar un noble animal en la compañía de sus palafreneros? En vez de halagos recibirá golpes; óyeles jurar desde la mañana á la noche; y así es como un cuadrúpedo generoso se vuelve misántropo, y se inclina mas á morder á su amo que á lamerle las manos. Yo no habia dado á Gustavo semejante educacion; y confio en que no sea todavía tarde para enmendar los defectos de Recompensa.

—Eso es hablar como un oráculo, dijo Montrose: si en el colegio de Mareschal en Aberdeen hubiera una cátedra para la educacion de los caballos, debería regentarla sir Dugald.

—Pues ahora, con permiso de V. E., dijo el recién caballero, voy á hacer la última visita á mi antiguo compañero de armas.

—¿Teneis designio de celebrar sus funerales? dijo Montrose no sabiendo hasta donde podia llegar su locura. Si pensais hacerle los honores militares, tened presente que hemos perdido muchos y buenos soldados, á quienes ha sido preciso enterrar sin ceremonia.

—Perdone V. E., respondió Dalgetty; no es ese mi objeto: quiero partir con las aves del cielo los restos de mi pobre Gustavo; á aquellas les abandono la carne, pero me reservo el pellejo: y quiero, en memoria de nuestra amistad, hacerme un jubon y unos calzones para llevar bajo mi armadura al estilo de los Tártaros, tanto mas, quanto he observado que mis actuales vestidos están ya clamando por relevo. ¡Ah, pobre Gustavo! ¿por qué no has vivido siquiera una hora mas para tener la honra, antes de morir, de llevar sobre tus hijares á un caballero?»

Disponiase á partir, cuando le detuvo Montrose. «Sir Dugald, le dijo, como no es de creer que nadie se anticipe á vos en la última prueba de amistad que intentais dar á vuestro antiguo compañero, presumo que no os negareis á probar con nosotros si

el vino y las provisiones de Argyle, que hemos encontrado en el castillo, son de buena calidad.

—No por cierto, dijo el Mayor; segun los Españoles, por oír misa y dar cebada no se pierde la jornada. Fuera de que, no temo que los lobos y las águilas ataquen á Gustavo por esta noche, porque encontrarán mas delicado pasto. Pero, Milord, añadió, yo no debo echar en olvido el honor con que acabáis de condecorarme. Voy á sentarme con sir Miles Musgrave y otros caballeros; os suplico que les espliqueis que como á caballero mesnadero, es decir, revestido de esta dignidad en el campo de batalla, debo tener asiento preferente á ellos desde ahora en adelante.

—¡El diablo le lleve! dijo Montrose á Menteith en voz baja; este va á pegar fuego á la estopa cuando apenas acabo de apagarle. Sir Dugald, dijo volviéndose al Mayor, la cuestion de preferencia en el asiento es un punto que yo debo dejar á la consideracion de S. M. En mi campamento todos los oficiales están bajo el mismo pié de igualdad que los caballeros de la mesa redonda, y yo quiero que tomen asiento á mi mesa como los soldados en la suya, el mejor para el primero que llega.

—En este caso, dijo aparte lord Menteith á Montrose, yo cuidaré que no sea hoy para Dalgetty. Sir Dugald, le dijo, ya que vuestros vestidos, segun decís, necesitan sustitutos, ¿porqué no vais al campamento de Argyle? Todo su equipaje ha sido tomado; y no dudo que en él encontrareis algo para remediar el apuro en que estais. Ahora poco acabo de ver un jubon de búfalo bordado de seda y plata.

—¡Voto á brios! como dicen los Españoles, exclamó el Mayor: ¡qué miserable bribon le habrá echado el guante mientras yo estoy aquí perdiendo el tiempo!»

La idea del botín que se apoderó entonces de su cabeza, ahuyentó la de Gustavo, y le hizo olvidar igualmente la comida que se le habia propuesto. Dió un espolazo á Recompensa, y corrió á carrera tendida hácia el campamento de Argyle.

« Ya partió el sabueso, dijo Menteith: allí va quebrantando los

huesos y hollando los restos infelices de mil hombres de bien que valian mas que él, tan ansioso de un vil botin, como un buitre de su presa. Sin embargo, á eso da el mundo el nombre de buen soldado. ¡Y vos, Milord, elevais semejante hombre al rango de caballero! eso es hacer de un título honorífico un collar de podenco.

—¿Y qué podia yo hacer, si no tenia huesos que echarle, ni podia seguir la caza solo? Por otra parte, el podenco, como vos le llamais, nos ha sido útil y tiene buenas cualidades.

—Si la naturaleza se las ha concedido, la costumbre las ha fundido todas en un egoismo sin límites. Quizá sea quisquilloso acerca de su reputacion, valiente en el combate, exacto en todos sus deberes, porque sabe que es el único medio de medrar; quizá defiende valerosamente á su camarada cuando le viere en peligro: pero si le ve muerto, le limpiará el bolsillo con la misma frescura con que va á desollar á su Gustavo para hacer un justillo.

—Aunque todo esto sea cierto, mi querido primo, ¿no sabeis que es muy bueno poder mandar á soldados de quienes puede uno calcular con certeza matemática los resortes que les mueven? Un corazon como el vuestro es susceptible de mil sensaciones á que el del Mayor es tan impenetrable como su coraza: esto no debe olvidaros vuestro amigo, cuando os diese algun consejo. » Mudando entonces repentinamente de tono, le preguntó que cuando habia visto á Anita Lyle.

« Desde ayer no la he visto, respondió el Conde medio corrido; y añadió vacilando: si no es un instante esta mañana, como media hora antes de trabarse el combate.

—Mi caro Menteith, dijo Montrose con cariño, si fueseis uno de nuestros caballeros petimetres de White Hall, que son á su modo tan egoistas como nuestro Dalgetty, no os atormentara con preguntas sobre semejantes amores, ni consideraria este sino como frívolo pasatiempo... pero estamos en el país de las hadas; las damas hacen con las trenzas de sus cabellos redes tan fuertes y tenaces como el acero, y dame el corazon que estais

enredado en ellas. Los hechizos y gracias de una niña atormentan vuestra imaginacion caballeresca; con todo, reflexionado bien. Tengo de vos muy buen concepto para creer que intentéis seducirla, y no podéis pensar en elegirla por vuestra esposa.

—Milord, no puedo mirar lo que me decís sino como una chanza, pero la repetís muy á menudo. Sabeis que ignoro el nacimiento de Anita Lyle; que sé que es cautiva de los Mac-Aulays; y que es de suponer que sea hija de un infeliz montañés.

—Aunque no os habeis educado en el colegio de Mareschal, querido Menteith, os gustan los clásicos. ¿No se os acuerda haber leído en Horacio:

«Morit Ajacen Telamone natum.

«Forma captivæ, dominum Tecmessæ?»

En una palabra, añadió con tono mas grave, este capricho de vuestro corazon me causa serias inquietudes. Quizá insistiria menos en este asunto si vos y Anita fueseis los únicos interesados; pero teneis en Allan Mac-Aulay un peligroso rival, ¿y quién sabe á donde puede llevarle su resentimiento? Creo pues de mi deber advertiros que el servicio del Rey nada puede ganar con las disensiones que se promuevan entre vosotros.

—Milord, estoy convencido, respondió lord Menteith, que ese lenguaje es hijo de la amistad que me profesais; pero espero calmar vuestros recelos con solo deciros que he tenido una explicacion sobre este particular con Allan, y que sabe que por una parte mi carácter está muy léjos de concebir ideas injuriosas al honor de una doncella jóven, virtuosa y sin proteccion: y que por otra, la incertidumbre y oscuridad probable de su nacimiento no me permiten pensar en enlazarme con ella. Sin embargo, no os ocultaré lo mismo que he manifestado á Allan, que si Anita Lyle hubiese sido de condicion igual á la mia, la diferencia en los bienes de fortuna no me impediria ofrecerle mi mano y mi clase; pero en el presente estado de cosas no puedo pensar en ello. Espero que quedaréis satisfecho con esta explicacion, Milord, ya que con ella lo ha quedado un hombre de menos razon que yo.

—¿Y cual dos verdaderos rivales de novela, dijo Montrose, habeis convenido en adorar la misma dama, y limitar á eso vuestras pretensiones?

—Milord, yo no he ido tan lejos, he dicho solamente que en las circunstancias en que Anita se encuentra, sin apariencia de que puedan variar, yo no podia por respeto á mi familia y á mí mismo, ser para ella mas que un amigo y un hermano. Mas disimulado, Milord, añadió enseñando su brazo izquierdo envuelto en un pañuelo, tengo que curarme una leve herida.

—¡Una herida! dijo Montrose: me lisonjeo que no será de tan difícil curacion como la que yo intentaba sondear. Cuidado, Menteith, que yo tambien he conocido... Pero ¿para qué despertar pesares tiempo hace amortiguados?» A estas palabras se pasó la mano por la frente, y saludando á su pariente con muestras de cariño, entró en el castillo.

Anita Lyle tenia algunas nociones de medicina y aun de cirugía, segun costumbre de las montañesas. Entonces estas dos profesiones no estaban separadas, y el depósito de los pocos conocimientos médicos que se poseian estaba en manos de las mujeres y de algunos ancianos, á quienes las continuas guerras y revueltas habian ofrecido sobradas ocasiones de adquirir práctica en tan consoladora ciencia. Así es que los cuidados de Anita Lyle habian sido muy útiles en esta corta campaña, en que habia prodigado sus auxilios sin distincion á cuantos los habian necesitado, fuesen amigos ó enemigos. Estaba entonces en una de las estancias del castillo preparando medicinas para los heridos, y dando instrucciones á las mujeres que trabajaban bajo sus órdenes, que deseaban como ella aliviar la humanidad doliente. Sobresaltóse al ver á Allan Mac-Aulay que se le presentó de improviso, porque habia oído decir que acababa de abandonar el campamento para ir á cumplir una mision importante que se le habia confiado. Aunque estaba acostumbrada á su semblante sombrío y triste, notó en él un aspecto mas tétrico y taciturno que de costumbre. Allan se detuvo permaneciendo en pié delante

de ella, y como esta vióse que guardaba silencio, empezó ella á hablar de esta suerte:

« Yo creia, dijo haciendo un esfuerzo sobre sí misma, que ya habiais partido.

—Mi compañero me aguarda, respondió Allan, y parto al punto. »

No obstante, permanecía en la misma actitud, y tomándole el brazo se lo apretó sin hacerle daño, pero con bastante fuerza para manifestar la agitacion de su ánimo.

« ¿ Tomaré el arpa? le preguntó con timidez; ¿ sentís alguna turbacion interior? »

En lugar de responder, llevóla Allan hácia una ventana desde donde se veía el campo de batalla y todos sus horrores. La llanura estaba cubierta de muertos y moribundos, que manos codiciosas y crueles se ocupaban en despojar con tanta indiferencia como si aquellos desgraciados no hubiesen pertenecido á la especie humana, y como si los que les trataban con tan brutal codicia no estuviesen espuestos á experimentar tal vez en breve la misma suerte.

« ¿ Os agrada esa vista? la preguntó Allan.

—Es horrorosa, dijo Anita cubriéndose los ojos con ambas manos: ¿ cómo podeis traerme á que mire semejante espectáculo?

—Es necesario acostumbrarse si permanecéis en este ejército. Sobre un campo de batalla semejante tendréis pronto que buscar el cuerpo de mi hermano, el de Menteith y el mio... Pero este último trabajo os será menos penoso... Vos no me amais.

—Esta es la vez primera que me hablais con tanta dureza, dijo Anita llorando. ¿ No sois vos mi hermano, mi salvador y mi protector? ¿ Cómo podré dejar de amaros? Pero veo que vuestro espíritu está turbado; permitidme que vaya á buscar el arpa.

—Deteneos, dijo Allan sin soltarla el brazo. Bien inspire mis visiones el Cielo ó el infierno; ya vengan de la esfera intermedia de los espíritus despojados de sus cuerpos, ó ya nazcan, como dicen los Sassenachs, de las ilusiones de una imaginacion exalta-

da : yo estoy ahora bajo su influencia. Os hablo la lengua de un mundo visible, la de la naturaleza. Vos no me amais, Anita ; vos amais á Menteith ; vos sois amada, y Allan os es tan indiferente como cualquier cadáver de los que ahora teneis á la vista.»

No es de suponer que este estraño discurso dijese nada de nuevo á la persona á quien se dirigia. No hay mujer que en las circunstancias de Anita no hubiese conocido muy de antemano la pasion de que era objeto. Pero por tenue que fuese el velo que la cubria aun, rompiéndole Allan de repente, le hizo recelar terribles consecuencias propias de su carácter violento ; y así se esforzó á rebatir esta acusacion.

«Os olvidais de lo que os debeis á vos mismo, le dijo, hablando en esos términos á una doncella desgraciada á quien su destino ha puesto enteramente en vuestro poder. Sabeis quien soy ; y siendo así, ¿ cómo he de creer que vos ni Menteith podais abrigar hácia mí otros sentimientos que los de una bondadosa amistad ? Vos sabeis de que raza desgraciada he recibido probablemente la existencia.

—Eso es imposible, respondió Allan con viveza. Nunca de un manantial impuro salió una gota de cristal.

—Pero solo la duda os debiera bastar para que no hablaseis de ese modo.

—Sé que ella sola levanta fuerte barrera entre nosotros ; pero tambien sé que no es tan invencible con respecto á Menteith. Escuchadme, mi querida Anita, alejad la vista de esa escena de terror y de sangre ; apartaos de estos sitios peligrosos ; seguidme á Kintail ; yo os confiaré al cuidado de la noble lady de Seaforth, ú os conduciré con seguridad á Icolmkill, en donde doncellas virtuosas se dedican al servicio de Dios segun el uso de nuestros mayores.

—Vos no reflexionais lo que me proponeis , Allan, emprender con vos sola semejante viaje , sería manifestar menos cuidado de mi reputacion que el que debe tomarse una doncella jóven. Yo permaneceré aquí bajo la proteccion del noble Montrose ; y cuan-

do su ejército se acerque á la tierra llana, buscaré alguna ocasión para libraros de mi presencia, Allan; puesto que, sin saber la causa, parece que ha llegado á seros desagradable.»

Allan quedó inmóvil, como dudando si debía tener lástima de la afligida doucella, ó entregarse á la cólera que le inspiraba su resistencia.

« Al fin, Anita, le dijo, harto sabeis que vuestros discursos no convienen á los sentimientos que me mereceis; pero usais con rigor de vuestro poder, y os regocijais al verme partir esperando tener así mas libertad de hablar con Menteith. Pero cuidado, guardaos uno y otro, y creed que Allan Mac-Aulay jamás ha recibido una injuria sin vengarla diez veces.»

A estas palabras le apretó el brazo con violencia, caló el gorro en la frente, y salió precipitadamente de la estancia.

CAPITULO XXI.

Anita Lyle permaneció inmóvil considerando el terrible abismo que acababan de abrir en rededor suyo el amor y los celos de Allan Mac-Aulay, pues harto habia manifestado estos dos sentimientos. Parecíale estar ya en el borde de un abismo sin poder recibir auxilio ni humano socorro. Habia mucho tiempo que su corazon le decia que amaba á Menteith mas que un hermano; y ¿ cómo podia dejar de ser así? ¿ No era aquel cuyas instancias! habian desarmado el brazo de Allan levantado contra ella? Por otra parte, le habia visto con frecuencia desde su niñez: ¿ podia dejar de haber notado su mérito personal, sus continuas atenciones, las gracias y amabilidad de un carácter que le hacia muy superior á los guerreros medio salvajes con quienes vivia? Pero su inclinacion era tímida, dulce y reflexiva, y le hacia desear la felicidad del objeto, mas bien que abrigar atrevidas y presuntuosas esperanzas. Estos sentimientos los espresó en una cancion!

gaélica que ha sido traducida por Macpherson, á quien hemos citado muchas veces, y la cual vamos á presentar á nuestros lectores.

CANCION.

Llévate, arroyo trasparente y claro,
 Lévate murmurando al mar sonoro
 El llanto fiel en que mi amor declaro.
 Hasta las plantas de aquel bien que adoro.
 Contigo ¡oh amor! por mil desiertos valles,
 Contigo por incógnita ribera,
 Por de altas selvas susurrantes calles,
 Tierna, feliz y para siempre huyera.
 Bajo el lánguido sauce que sombrea
 Las claras ondas del corriente río,
 Miraré por tu ausencia el llanto mío
 El limpio rayo de la luz febea.
 Lejos en tanto de mi amante pecho,
 Feliz tal vez cabe gentil sirena,
 Olvidarás, mi bien, mi triste pena
 Hasta cederle ¡oh Dios! tu blando lecho.
 Ah! no mis quejas turbarán tu gloria,
 No mis suspiros tu fatal delicia;
 Que hasta mi sombra te será propicia
 Cuando encierre la tumba mi memoria.

El tono y semblante furioso con que Allan había pronunciado sus últimas palabras, trastornaban el plan novelesco que había formado de alimentar secretamente su ternura sin que lo echara de ver su objeto. Hacia tiempo que temía á aquel altivo montañés en cuanto se lo permitian el reconocimiento y la certidumbre de que con ella modificaba su carácter violento é intratable. Pero aun entonces pensaba en él con terror, y no sin razon, pues érale conocida su índole vengativa é implacable, exaltada por su cruel dolencia; y aunque capaz de hidalguía y de generosidad de alma, nunca había sabido contener la fogosidad de sus pasiones.

En la casa y país de sus padres era un leon domesticado, que nadie se atrevia á contradecir, temiendo despertar su natural feroz. Habian trascurrido años sin que hubiese experimentado ni una contradiccion, ni reprension alguna; de modo, que si no era el terror y azote de todo el contorno, debía agradecerse á la rectitud de su juicio, cuya única flaqueza era la de creer lo que se

llamaba segunda vista. Así reflexionaba Anita, la cual no pudo continuar sus meditaciones, por haber sido estas interrumpidas por la llegada de Dugald Dalgetty.

No es difícil imaginar que las escenas en que el Mayor había pasado casi toda su vida, no le habrían hecho muy apto para lucir en la sociedad de las damas; y él mismo conocía como por instinto que el estilo de los cuerpos de guardia y de los cuarteles no era el más á propósito para divertirlos. La única porción de su vida que se había consagrado á la paz era la que pasó en el colegio de Mareschal en Aberdeen; y lo poco que en él había aprendido lo había olvidado, menos el arte de tomar puntos en las medias en caso de necesidad, y el de despachar una comida con no vista celeridad: habilidades que había conservado porque había tenido frecuentes ocasiones de ejercitarlas. Con todo eso, en el imperfecto recuerdo de lo que le habían enseñado en aquella época encontraba materia para conversar cuando se hallaba en compañía de las damas; y si su lenguaje dejaba de ser militar, se hacia intolerable y pedantesco.

«Miss Anita Lyle, dijo cuando llegó, yo soy precisamente ahora como la lanza de Aquiles, que curaba las heridas que hacia: calidad que no tiene ni la pica española, ni la artesana, ni la alabarda, ni el hacha, ni arma alguna de los tiempos modernos.»

Como Anita apenas le había entendido, repitió él su cumplimiento: y no habiéndole entendido mejor la segunda vez, se vió precisado á esplicarse en términos mas claros.

«Quiero decir, miss Anita Lyle, que habiendo sido causa de que un honorable caballero recibiese hoy una herida peligrosa, en atención á que en el combate, contra las leyes de las armas, mató de un pistoletazo á mi caballo, al que había dado yo el nombre del inmortal Rey de Suecia, deseo proporcionarle el alivio que podeis darle siendo vos como el dios Esculapio (sin duda queria decir Apolo), que no solamente entendia de música, sino que era tambien versado en el mucho mas noble arte de curar: *opiferque per orbem dicor.*

—Señor, si os dignais explicarme lo que decís, os lo agradeceré, respondióle Anita, que á la sazón estaba sobrado inquieta y triste para divertirse con la pedantesca galantería del digno Mayor.

—Eso quizá no me será muy fácil, respondió Dalgetty, porque si he de decir verdad, no estoy muy acostumbrado á construir una frase; pero con todo voy á la prueba. *Dico*, suple *ego*, yo soy llamado; *opifer... opifer?...* me acuerdo de *furcifer* y *signifer*; pero, *opifer...* ah! ya caigo: esta palabra significa doctor en medicina. Mas, *orbem....*

—Hoy es día para todos nosotros, muy ocupado, dijo Anita: y así os ruego que me expliqueis sencillamente lo que desais.

—Que vengais á ver al caballero herido, y que le deis los socorros que reclama su situacion: porque amenaza ser lo que llaman los sabios *damnum fatale*.

Anita no se detenía jamás un instante cuando se trataba de socorrer á la humanidad. Preguntóle en pocas palabras de qué especie era la herida; y aumentando su diligencia luego que supo que el herido era aquel anciano que habia visto en Darnlinvach, cuyo noble semblante habia admirado, olvidó por un momento sus propios pesares para no pensar mas que en ir á socorrerle.

Sir Dugald Dalgetty introdujo á Anita en el aposento del enfermo con todo el ceremonial que le pareció conveniente. Anita se sorprendió al encontrar allí á lord Menteith, y no pudo dejar de sonrojarse al verle. Para ocultar su turbacion, se acercó inmediatamente á examinar la herida de sir Duncan, y conoció con pesar que era de tal naturaleza, que no daba casi esperanza de remedio.

Mientras se ocupaba en este caritativo cuidado, Dalgetty se fué á una granja en donde habian depositado al viejo Ranald con otros muchos heridos.

«Camarada, le dijo, supuesto que habeis sido herido cuando teniais mi salvo conducto, yo haré todo lo que depende de mis

facultades para serviros: ya he conducido á miss Anita Lyle, segun me habeis pedido, á la estancia del caballero de Ardenvoehr, para que cure su herida, aunque no alcanzo porque tomais en esto tanto interés. Paréceme que os he oído hablar de cierta conexion de parentesco que hay entre vosotros; pero un soldado como yo tiene mas que hacer que llenar su cabeza con las genealogías de vuestras montañas.»

Y era verdad. Se debe hacer al Mayor la justicia de decir que jamás se ocupaba, informaba ni acordaba de asuntos ajenos, á no ser que tuviesen relacion con el arte militar ó con su interés personal; y que en estos casos tenia una memoria sumamente tenaz.

«Y ahora decidme, mi buen amigo de la niebla, continuó Dalgetty, ¿qué se ha hecho vuestro amable hijo? pues yo no le he visto desde que me ayudó á desarmarme despues de la batalla: ¿sabeis que semejante descuido mereceria con razon la estrapa (1)?»

—No está léjos de aquí, respondió el herido; pero no le castigais, porque es mozo capaz de recompensar tres piés de correa con un hierro bien afilado.

—Ese tono amenazador es harto impropio, Ranald; pero no hago caso, en atencion á los servicios que me habeis hecho.

—Si estais persuadido de que me debeis alguna gratitud, pagadla con la promesa de concederme un favor que os voy á pedir.

—Ranald amigo, respondió Dalgetty, yo he leído en no sé qué libro de novelas algunas necias promesas que al cabo ponian en conflicto á los imprudentes caballeros que las habian hecho. Esta es la razon porque tengo hecho ánimo de no prometer nada sin saber puntualmente á lo que me obligo, por no verme precisado á ejecutar una cosa que esté en oposicion á mis intereses. ¿Que-reis que obligue á nuestro cirujano hembra á que venga á ver

(1) Cierta castigo que se conserva aun en Italia.

vuestras heridas? Ranald, la única dificultad está en que la sala donde os han metido no es bastante decente, y ya habréis notado que las mujeres son aseadas generalmente en sus vestidos. Yo perdí en otro tiempo la estimacion de la esposa del gran Pensionario de Amsterdam por haber limpiado la suela de mis botas en la cola de su vestido de terciopelo negro; porque como la punta estaba á diez ó doce piés de distancia de su persona, creí que era un tapiz para frotarse uno los piés.

—No se trata de traer aquí á Anita Lyle, dijo Ranald: todo lo que os pido es que mandeis me lleven al paraje en que se halla con el laird de Ardenvohr; que he de decirles cosas de la mayor importancia para entrambos.

—No está en el órden, dijo Dalgetty, llevar á un bandido herido á presencia de un caballero. Este grado era en otro tiempo, y lo es todavía hoy bajo algunos respectos, el mas alto punto de honor que podia desear un militar: no obstante, si tal es el favor que me pedís, no os lo quiero negar.»

En esto dió órden á cuatro soldados para que trasladasen á MacEagh al aposento en que estaba sir Duncan Campbell, y él mismo marchó á prevenirle de su llegada y del motivo de su visita; pero fué tal la actividad de los soldados en ejecutar sus órdenes, que llegaron al mismo tiempo que él, y colocaron inmediatamente al herido en medio de la sala sobre el suelo. Las facciones de MacEagh, naturalmente ásperas, estaban ahora descompuestas por los dolores que le aquejaban: sus vestidos y sus manos estaban teñidos de su propia sangre y de la de otros, porque nadie había procurado en limpiarla, aunque le habian vendado la herida.

«¿Sois vos, dijo levantando con trabajo la cabeza, y volviéndola hácia el lecho en que estaba postrado su implacable enemigo; ¿sois vos el laird de Ardenvohr?»

—Yo mismo, respondió sir Duncan: ¿qué quereis de un hombre cuyas horas están contadas?»

—Yo no cuento ya mas que por minutos, replicó Ranald; y con mayor razon se deberán agradecer si los empleo en servir á un

hombre que en todos tiempos ha tenido el brazo levantado contra mí y los míos, y sobre quien ha descargado el mio terribles é irreparables golpes.

— ¡Tu brazo se ha descargado sobre mí, vil insecto! dijo sir Duncan echándole una mirada de desprecio.

— Sí, mi brazo ha sido mas fuerte, pues te ha hecho mas profundas heridas, aunque no sean leves las que he recibido del tuyo. Yo soy Ranald Mac-Eagh, jefe de los hijos de la niebla. ¿Te acuerdas del dia en que fué incendiado tu castillo y tus hijos degollados? Pues piensa ahora en los males que has hecho á mi tribu. Ninguno la ha perseguido como tú, á escepcion de un hombre solo á quien el destino protege; segun dicen, contra nuestra venganza; bien que esto se verá dentro de pocos dias.

— Lord Menteith, gritó sir Duncan incorporándose en la cama, ese hombre es un malvado, y enemigo á un mismo tiempo del Parlamento, del Rey, de Dios y de los hombres, un foragido acreedor á mil muertes, el azote de mi familia, de la de Mac-Aulay y de la vuestra. Espero que no consentireis que en mis últimos instantes contemple el amargo triunfo de ese hombre frenético.

— Será tratado como merece, dijo lord Menteith; que al punto se lo lleven.

— Esperad un instante, exclamó Dalgetty; no olvideis los servicios que ha hecho al ejército sirviéndole de guia, y que fuera de esto está aquí bajo mi salvaguardia.»

Al mismo tiempo hablaba Ranald, y su fuerte voz cubria la del Mayor. «No, no, que se satisfagan, que se prepare la cuerda y la horca, que mi cuerpo sirva de pasto á los halcones y á las águilas del Ben-Nevis; y de este modo ni ese orgulloso laird ni ese arrogante Conde sabrán jamás el secreto que solo yo puedo declararles, secreto que estremeceria de gozo el corazon de Ardenvoir, aunque estuviese en la última agonía, secreto que el conde de Menteith quisiera conocer á costa de cuanto posee. Acercaos, Anita Lyle, dijo sentándose con un esfuerzo de que no

se le creia capaz: no temais al hombre que os cuidó en vuestros primeros años. Decid á esos que os desprecian como nacida de mi antigua raza, que no corre por vuestras venas ni una sola gota de nuestra sangre; que no debeis la vida á un hijo de la niebla; que habeis visto la primera luz en la casa de los grandes, y que vuestra cuna ha estado rodeada de todo el esplendor de la riqueza y del poder.

—Por vuestra salud, gritó Menteith trémulo y agitado; si sabeis algo acerca del nacimiento de esta doncella, decidnoslo pronto. De ese modo calmareis vuestra conciencia.....

—Y labrareis la dicha de vuestros enemigos, cuando vais á dar el último suspiro, dijo Ranald fijando en él sus ojos, en que brillaba un placer maligno. Tales son las máximas que os predicán vuestros sacerdotes: pero ¿cuándo conformais con ellas vuestra conducta? Sepa yo desde luego lo que vale mi secreto antes de revelarle, laird de Ardenvohr, ¿qué dariais vos por saber que existe un vástago de vuestra familia? Espero la respuesta, y sin ella no vuelvo á abrir los labios.

—Yo podria, dijo sir Duncan alternativamente agitado por la esperanza, la inquietud y el odio; yo podria..... pero no, conozco tu raza; toda ella se compone de embusteros y asesinos. Con todo, si en este momento dijeseis la verdad, creo que podria perdonar todo el mal que me has hecho.

—Ya le oís, dijo Ranald; es mucho decir para un hijo de Diarmid. Y vos, Conde, es voz general del campamento que comprarais á costa de todos vuestros bienes y de toda vuestra sangre la certidumbre de que Anita Lile no descende de una raza proscriba, y que su nacimiento es tan noble como el vuestro. Si os doy esa certidumbre, no es por afecto que os tenga: hubo un tiempo en que hubiera vendido este secreto por mi libertad, y en este momento le descubro por lo que me es mas caro que la libertad y la vida. Sabed que Anita Lyle es hija menor del laird de Ardenvohr, la única que quedó en vida cuando entramos en su castillo con el hacha y la tea.

—¡Seris eso verdad, exclamó Anita fuera de sí, ó es ilusion de mis sentidos!

—Doncella, dijo Ranald, si hubieseis vivido mas tiempo con nosotros, hubierais aprendido á conocer los acentos de la verdad. Pero yo daré pruebas al laird de Ardenvohr y á ese Conde sajón, capaces de convencer á la misma incredulidad. Ahora retiraos vos; he amado vuestra infancia, y no aborrezco vuestra juventud; no apartamos la vista de la rosa, aunque florezca entre espinas. Solo por vos tengo algun recelo de lo que no tardará en suceder. Mas el que quiera gozar el placer de la venganza y aniquilar á sus enemigos, no debe detenerse ni afligirse porque la inocencia quede envuelta en las ruinas.

—Tiene razon: Anita, exclamó lord Menteith; por Dios retiraos. Veremos si se puede dar crédito al testimonio de ese hombre.

—Si es verdad que yo haya encontrado á mi padre, dijo Anita, no me separaré ya de él. ¿Cómo he de dejarle en el estado en que se halla?

—Y quien quiera que seas, hija mia, dijo sir Duncan alargándole la mano, siempre tendrás en mí un padre.

—Pues entonces, dijo lord Menteith, voy á mandar que lleven á Mac-Bagh á otro aposento, en donde yo mismo recibiré su declaracion. Sir Dugald Dalgetty sin duda tendrá la bondad de ser testigo.

—Con mucho gusto, Milord, yo seré su confesor, vuestro asesor, lo uno ó lo otro, ó las dos cosas á la vez. Nadie es mas á propósito que yo para esta tarea, porque he oido algo de esa historia en el castillo de Inverary hace cerca de un mes. Pero las tomas de castillos como el de Ardenvohr se confunden en mi memoria cargada ya de cosas mas importantes.»

Al oir esta franca declaracion que hizo Dalgetty cuando salian del aposento, echó el Conde sobre él una mirada de cólera y de desprecio, que no advirtió el digno Mayor penetrado de su propio mérito.

CAPITULO XXII.

El conde de Menteith hizo varias preguntas á Ranald acerca

de la historia que acababa de referir, haciéndosela repetir mas por menor. Mandó despues que le condujesen otros dos hijos de la niebla, que habian servido con su jefe en calidad de guias; y todas las declaraciones de Mac-Eagh fueron confirmadas por su testimonio. Comparó cuidadosamente su declaracion con todas las circunstancias del incendio del castillo de sir Duncan y del asesinato de sus hijos, que harto fielmente se habia conservado en su memoria. Era por cierto importante asegurarse de que la confesion de este salteador no era una impostura ideada para que todas las riquezas y propiedades de la familia de Ardenvohr pasasen al hijo de algun miserable de su tribu.

Diráse acaso que Menteith, interesado personalmente en dar crédito á la declaracion de Ranald, no podia ser juez bastante imparcial para confiarle el exámen de este negocio; pero los otros dos hijos de la niebla, que fueron preguntados separadamente, se esplicaron con tanta ingenuidad, y estuvieron tan acordes en su narracion ya entre sí, ya con su jefe, que los incrédulos no hubieran conservado la menor duda: por otra parte, la naturaleza habia cuidado de imprimir una señal indeleble sobre el hombro derecho de Anita, que recordaron tenia la hija de sir Duncan. En fin, hicieron memoria de que despues del incendio del castillo solo se habian encontrado los cuerpos de tres criaturas, y que habian sido vanas sus diligencias para encontrar los restos de la que faltaba. Todas estas circunstancias y otras que es por demás referir aquí, convencieron no solamente á sir Duncan y á Menteith, sino tambien al conde de Montrose, desinteresado en este negocio, de que Anita Lyle, educada como huérfana en casa de Mac-Aulay, sin tener en su favor mas que sus atractivos y habilidades, debía ser acatada en adelante como hija de sir Duncan Campbell y heredera de sus bienes.

Mientras iba Menteith á comunicar á sir Duncan y á su hija el resultado de los informes que acababa de tomar, el viejo bandido pidió que le permitiesen hablar á su hijo.

«Le hallareis, dijo, en el rincón del hórreo en donde antes me habian puesto.»

En efecto, allí encontraron al jóven salvaje agazapado en el rincón entre la paja, le llevaron á donde estaba su padre, y los dejaron solos.

«Kenneth, le dijo Mac-Eagh, presta toda tu atencion á las últi-

mas palabras de tu padre. Un soldado sajón y Allan, el de la mano roja, han partido del campo algunas horas hace para ir al país de Caberfae: persíguelos como el sabueso persigue al gamo en nuestras montañas; salva á nado los lagos y los torrentes; trepa las rocas, atraviesa los bosques, y no te detengas hasta que los hayas alcanzado.»

A medida que el padre iba hablando, se notaba mas ceño y ferocidad en el semblante del jóven; el cual, mirándole de pronto con ojos centelleantes, echó la mano al puñal que llevaba en el cinto de cuero que sujetaba el desgarrado gaban que le cubría.

«No, dijo el viejo, no debe perecer por tu mano: él te pedirá noticias del campamento; dile que se ha descubierto que Anita Lyle es hija de Duncan de Ardenvohr, que el conde Menteith va á desposarse con ella, y que tú vas á convidar á sus amigos á estas bodas. No esperes su respuesta; desaparece con la rapidez de un relámpago cuando sale de la negra nube. Parte al instante, querido hijo: yo no volveré á ver tu rostro, ya no oiré el ruido de tu ligero correr. Pero me queda un instante todavía: escucha los últimos consejos de tu padre. Acuérdate de la suerte de nuestro linaje, y sé siempre un verdadero hijo de la niebla. Nosotros no somos mas que un puñado de hombres dispersos, arrojados de todos los valles por las tribus, que se han apoderado de las colinas en que sus abuelos cortaban leña y llevaban agua para los nuestros. Pero, Kenneth, en medio de los desiertos, sobre la cumbre de las mas áridas rocas, nada hagas jamás que manche la libertad, única herencia que te dejo. No la cambies ni por vestidos ricos, ni por dorados techos, ni por una mesa bien provista. Sobre las montañas y en los valles, en la abundancia y en la escasez, en medio del verdor del estío, ó entre los carámbanos del invierno, sé libre como tus abuelos, hijo de la niebla. No reconocas dueño; de nadie recibas ley; no te pongas á sueldo ninguno, sea quien fuere. No edifiques casas; no labres la tierra; los gamos de los montes sean tus rebaños; y cuando te falte toma de tus opresores todo lo que necesites; saquea á los sajones, y á esos montañeses que, sajones en el corazón, tienen en mas sus bueyes y carneros que el honor y la libertad. No les tengas envidia pues nos dan los medios para vengarnos. No olvides á los que se han mostrado amigos de nuestra tribu, y paga sus servicios con

toda tu sangre si se presenta la ocasion. Por lo que hace á los hijos de Diarmid, á la raza de Darnlinvarach, y á todo lo que lleva el nombre de Menteith, mi maldicion caiga sobre tu cabeza si perdonas alguna vez á uno siquiera cuando llegue el caso de atacarlos, y llegará; porque desenvainarán la espada unos contra otros y se devorarán mutuamente; huirán por la noche y entonces caerán á los golpes de mis hijos. Repito otra vez, parte al punto; sacude el polvo de tus piés contra las moradas de los hombres, ya en paz ya en guerra. A Dios, hijo querido; ¡ojalá mueras como tus mayores, antes que los achaques, las enfermedades y la vejez te hayan robado las fuerzas del cuerpo y la energía del alma! Parte! parte! pero conserva tu libertad, y no olvides jamás ni un servicio ni una injuria!»

El jóven salvaje se inclinó hácia su padre, le besó en la frente, y prometió obedecerle en todo; pero acostumbrado desde la infancia á no manifestar afectos ni conmocion, se separó sin derramar ni una lágrima, y se puso muy pronto fuera del recinto del campo de Montrose.

Sir Dugald Dalgetty habia entrado cuando el padre le estaba dando las últimas instrucciones, y quedó poco edificado de su conducta en esta ocasion.

«Amigo Ranald, le dijo, no creo que os halleis en la mejor senda para un moribundo. Incendiar arrabales, saquear ciudades y degollar guarniciones, es el deber de un soldado y se justifica por la necesidad de obrar de este modo: pues no recibe su paga sino con esta condicion. Pero, Ranald, en el servicio de ningun príncipe de Europa existe la costumbre de que un soldado moribundo se jacte de cosas semejantes, ni de recomendar á sus camaradas que hagan otro tanto: antes al contrario, muestra alguna contricion de haberse visto en la necesidad de obrar así, y reza ó hace que le rezen á su lado alguna buena oracion, cosa que yo pediré al capellan de S. E. que haga por vos, si tal es vuestro deseo. Lo que aquí os digo, no es obligacion mia; pero vuestra conciencia se hallará mas tranquila si dejais este mundo como cristiano, en lugar de salir de él como un turco; cosa que llevais camino de hacer.»

La única respuesta que dió el moribundo á la exhortacion (pues Ranald estaba entonces casi en la agonía) fué rogar que le alzasen un poco la cabeza de modo que pudiese ver, por una ven-

tana que daba al campo, una densa niebla que, acumulada en una de las mas altas cumbres de las montañas, empezaba á descender dejando descubiertas las cimas escarpadas, que parecian otras tantas islas flotantes sobre un océano de vapores.

«Espíritu de la niebla, dijo Mac-Eagh, tú á quien mi linaje llama padre y protector, recibe en tu tabernáculo de nubes, cuando haya pasado este momento de dolor, al que tantas veces has protegido durante su vida.» Diciendo esto, volvió á caer en los brazos de los que le sostenian, y volviendo la cabeza hácia la pared, guardó profundo silencio.

«Yo creo, dijo Dalgetty, que mi amigo Ranald, en conciencia, no vale mas que un pagano; y le renovó la propuesta de enviarle el doctor Wisheart, capellan de Montrose.

—Sajon, respondió el moribundo, no me vuelvas á hablar de tu sacerdote. ¿Has hallado jamás algun enemigo contra quien sean inútiles todas las armas, en cuyo cuerpo rebote la bala, y no hieran el sable ni el puñal?

—Ciertamente, dijo el Mayor; cuando yo serví en Alemania, acuérdome, entre otros, de haber visto en Ingolstadt un valiente cuya armadura á prueba de acero y de bala, estaba tan bien unida, que mis soldados se vieron precisados á romperle el cráneo á culatazos.

—Este enemigo invulnerable, continuó Ranald, tiene las manos teñidas con lo mas precioso de mi sangre. Pero llegó ya el momento de la venganza. Yo les lego los celos, la desesperacion, la rabia y la muerte. Tal será la suerte de Allan, el de la roja mano, cuando sepa que Anita se casa con Menteith; y esta esperanza me consuela de morir á sus manos.

—Pues si así es, dijo el Mayor, no tengo mas que deciros; pero cuidaré de que nadie os vea en este momento, porque me parece muy poco edificante el modo con que tomais la licencia que por cierto no da mucha honra á un ejército cristiano.»

Dicho esto salió del aposento, y algunos minutos despues Ranald Mac-Eagh exhaló el último suspiro.

En tanto lord Menteith, dejando al padre y á la hija que se regocijasen con tan fausto descubrimiento para entrambos, y que se prodigasen las señales de mutuo amor y ternura, habia ido á buscar á Montrose para discutir con él las consecuencias probables de este acontecimiento.

«Ahora veria yo el interés que tomabais en él, le dijo Montrose, si no hubiera conocido mucho tiempo hace él que os inspiraba la amable Anita. Vos la amais; yo estey persuadido de que ella os ama; vuestro nacimiento y el suyo, sus bienes y los vuestros, hacen la union de ambos completamente adecuada; pero, queriendo Conde, ¿no vistumbrais otros obstáculos? Reflexionadlo bien. Sir Duncan Campbell es hombre que ha tomado las armas contra su Rey; ahora es nuestro prisionero de guerra; yo recelo que nos hallamos aun al principio de una larga guerra civil; y en semejantes circunstancias, ¿creeis poderle pedir la mano de su hija? Sobre todo ¿creeis que os la dé?

El amor, abogado no menos ingenioso que elocuente, suministró á Menteith mil respuestas á estas razones. Trajo á la memoria á Montrose que Ardenvohr no era un fanático ni en religion ni en política, y que habia tomado las armas por deferencia al jefe de su familia, el marqués de Argyle, mas bien que por efecto de su propia inclinacion. Produjo su reconocido zelo por la causa Real, y las pruebas que habia dado: y probó que su enlace con la heredera de Ardenvohr podia ganarle nuevos partidarios. Hablóle de la quebrantada salud de sir Duncan, y le hizo presente que si volvía á su castillo con su hija y llegaba á morir, caería bajo la tutela del Marqués, quien no dejaría de casarla con algun pariente suyo, para lograr que recayesen sus bienes en uno de sus partidarios. Ya veis, añadió, que si no obtengo al instante la mano de Anita, no me queda ya ninguna esperanza; porque jamás cometería la bajeza de comprarla á costa de mi honor, abandonando las banderas de mi legítimo Soberano.»

Convino Montrose en que, aunque no carecian de fuerza estos argumentos, el matrimonio que proyectaba lord Menteith era incompatible con la fidelidad que debía á su Rey, á pesar de que podia ser útil á su causa.

«No por eso se salvan los obstáculos que recelo por parte de sir Duncan, prosiguió Montrose. Si pudierais vencerlos, deseara que ese enlace tuviese efecto lo mas pronto posible: porque quisiera que esta hermosa Briseida no se hallara ya en nuestro campamento cuando vuelva nuestro Aquiles Allan Mac-Aulay. Menteith, por esta parte confieso que me da el corazon que ha de suceder alguna desgracia: yo creo que lo mas acertado seria dar

libertad á sir Duncan bajo su palabra. Él podrá llevar su hija á su castillo; y yo os comisionaré para escoltarle; allí os casaréis, y despues de algun tiempo os reunireis con nosotros. Así no padecerá vuestro honor, pudiendo la herida que habeis recibido ser un pretesto honroso para disimular vuestra ausencia.

--Jamás! exclamó Menteith; aunque perdiera toda la esperanza á que apenas he empezado á abandonarme, no dejaré el campamento de V. E. mientras tremole en él el estandarte Real. Merecería que el araño en el brazo que honrais con nombre de herida, terminase en una gangrena incurable, si le tomara por pretesto para alejarme un solo instante del servicio del Rey.

--¿Es esa definitivamente vuestra última resolucion?

--Inmutable, como el Ben-Nevis.

--En ese caso, esplicaos con el caballero de Ardenvohr: procurad obtener su consentimiento, y precipitad la conclusion de este asunto. Si os otorga su hija, yo mismo hablaré á Mac-Aulay, y buscaremos un pretesto para ocupar á su hermano á cierta distancia del ejército, hasta que esté mas tranquilo. ¡Pluguiese al Cielo que su segunda vista presentara á su imaginacion alguna ninfa jóven y hermosa para que olvidara á Anita Lyle. Eso no lo creeis posible, Menteith; pero no importa: ahora pensemos en nuestros negocios, vos en los del amor, y yo en los de Marte.»

Separáronse, y por la mañana temprano lord Menteith, conforme al plan convenido, tuvo una conferencia particular con sir Duncan Campbell, y le pidió la mano de su hija. No ignoraba el caballero de Ardenvohr su mutua aficion; pero no esperaba que tan pronto se la declarase el jóven Lord. Respondióle desde luego que quizá se habia abandonado sobrado inconsideradamente al gozo que le causaba la dicha de volver á hallar una hija en el instante en que su tribu acababa de sufrir una derrota tan humillante y completa; y que no era aquella ocasion propicia para entregarse á proyectos de propio engrandecimiento. Menteith insistió con todo el ahincó de enamorado caballero, y sir Duncan concluyó pidiendo algunas horas para resolver, añadiendo que deseaba además tener una conversacion privada con su hija sobre asunto tan importante.

El resultado de la deliberacion y de la conversacion fué favorable á Menteith. Reconoció sir Duncan que la felicidad de su hi-

ja dependia de su enlace con lord Menteith, y previó que Argyle pondria en accion todos sus medios para presentar obstáculos á su conclusion si al punto no lo efectuaba. Por otra parte, este matrimonio le parecia conveniente bajo todos aspectos. Menteith gozaba de la mejor reputacion, obtenia un puesto distinguido, y era de muy noble familia; poseia bienes considerables: y todas estas ventajas compensaban en cierto modo la diversidad de opiniones políticas. Por último, aun cuando sir Duncan no hubiese visto esta union bajo un punto de vista tan favorable, acaso no hubiera podido oponerse al primer deseo de una hija tan extraordinariamente recuperada, y que ya le habia inspirado interés antes de saber que tan de cerca le tocaba.

Sin embargo, no disimularemos que tambien influyó para esta determinacion un secreto movimiento de orgullo. Presentar á las gentes como la heredera de la casa de Ardenvohr una jóven que la familia de Danlinvarach habia criado por caridad, era una idea algo humillante para él; pero presentar á su hija como condesa de Menteith, como la que habia fijado los deseos de un caballero jóven, de ilustre cuna, á pesar de la oscuridad á que su suerte la habia condenado en sus primeros años, era probar que en todo tiempo habia sido digna de la clase en que habia nacido.

Todas estas consideraciones reunidas decidieron á sir Duncan á consentir en que los jóvenes amantes fuesen casados por el capellan de Montrose en la capilla del castillo con el menor aparato posible. Pero se convino que cuando Montrose partiese de Inverlochy al frente de su ejército, que debia de ser dentro de pocos dias, la novia volveria al castillo de Ardenvohr hasta que las circunstancias permitiesen á lord Menteith retirarse del servicio con honor. Tomada esta resolucion, él mismo fué el primero que aceleró la ejecucion, y quedó decidido que el matrimonio se verificaria la noche siguiente, es decir, dos dias despues de la batalla.

CAPITULO XXIII.

Por muchas razones era indispensable que se diese parte á Augur Mac-Aulay como protector que tanto tiempo habia sido

de Anita, de la mudanza casi milagrosa que acababa de ocurrir en la suerte de su bella protegida. Montrose fué quien le comunicó estos notables sucesos, segun él mismo habia prometido. Oyó estas noticias con semblante indiferente y con el buen humor que le era habitual, y manifestó mas gozo que admiracion de la fortuna de Anita.

«No me cabe la menor duda, dijo, en que se manifestará digna de su nueva fortuna; y como se ha educado con buenos principios y con leales sentimientos, confío que hará pasar la hacienda de su viejo y fanático padre á las manos de algun bello jóven amigo del Rey. Ni aun impediré á mi hermano el que sea uno de los pretendientes, aunque ese sir Duncan Campbell haya sido el único que ha osado echar en cara á un Mac-Aulay el haber faltado á las leyes de la hospitalidad; pero Anita no tiene de eso la culpa. Ella sola ha podido distraer á Allan de su natural melancolía: ¿y quién sabe si la sociedad puede adquirir con el matrimonio un miembro que le sea útil?»

Apresuróse Montrose á interrumpir la construccion de los castillos que Augur edificaba en el aire, informándole como el padre de Anita habia ya dispuesto de su mano; que en su consecuencia debia casarse el dia siguiente por la tarde con el conde de Menteith, pariente de ambos; y que en agradecimiento á los cuidados que habia tenido Mac-Aulay con esta jóven hasta el presente, estaba él encargado por sir Duncan de convidarle á asistir á esta ceremonia, y de hacer sus veces en el altar, porque la herida le tenia postrado en cama.

Tomó Augur al oír esta declaracion un aire grave, y erguió la cabeza con el ademan de un hombre que cree que no le guardan el respeto merecido.

«Creyera hasta ahora, dijo, que habiendo hecho por tanto tiempo veces de padre á esa jóven, debia considerarme acreedor á mas que el cumplimiento de pura ceremonia que ahora se me hace. No creo que se me pueda echar en rostro un exceso de presuncion por haber esperado que se pediria mi parecer. Deseo toda clase de felicidades á mi pariente Menteith; nadie se las desea mas puras y completas que yo: pero fuerza es decir que ha llevado mucha prisa en esta ocasion. No hay nadie que no sepa la inclinacion que tiene Allan á Anita; y yo no sé porque se ha dado de mano á los derechos superiores que tiene á su cariño y á su agra-

decimiento, sin haber antes al menos ventilado este punto.»

Viendo Montrose á donde se encaminaban todas sus razones, suplicó á Mac-Aulay que le oyese, y le encargó que examinase por sí mismo si era verosímil que sir Duncan concediese su hija única á Allan, quien no obstante las excelentes prendas que nadie podia negarle, tenia algunos ratos de frenesí que quitaban á cualquiera la voluntad de llegarse á él.

«Milord, dijo Mac-Aulay, mi hermano es lo que Dios nos hizo á todos, es decir, un conjunto de buenas y malas cualidades; pero es el hombre mas valiente y mas intrépido de todo vuestro ejército, y mereceria que V. E., que es su pariente, que esa jóven que tanto tiene que agradecerle á él y á su familia, tuviesen alguna mayor consideracion á su felicidad.»

Hizo Montrose todos los esfuerzos posibles, pero en vano, para que considerare el asunto bajo otro punto de vista. Augur era de aquellos á quienes no es dable convencer cuando han dado cabida á alguna preocupacion. Levantó entonces Montrose un poco mas el tono, y le mandó que se guardase de abrigar en su pecho sentimientos que pudiesen perjudicar al servicio de S. M.

Anuncióle que deseaba ante todo que no se le separase á Allan la mision de que estaba encargado: mision, dijo, no menos honrosa para él mismo que para la causa Real, y de la que esperaba que su hermano no le distrajera entreteniéndole en objetos que nada tenian que ver con ella, y que podian además dar pábulo al odio y á la discordia.

Augur respondió con alguna enfado que él no era ni chismoso, ni tea de discordia; que además su hermano sabia tan bien como otro cualquiera de qué manera habia de pagar los agravios. «En cuanto al modo como pueda Allan saber lo que pasa, es comun opinion que tiene medios extraordinarios para ser informado de cuanto le importa, y no me causaria admiracion verle llegar aquí antes de lo que se cree.»

Todo lo que Montrose pudo recabar de Augur, quien, aunque de índole blanda en otra cualquier circunstancia, se hacia intratable cuando creia ofendidos su orgullo, su interés ó sus preocupaciones, fué la promesa de no mezclarse por ningun estilo en este negocio. Y así quedaron las cosas por entonces.

Era de esperar que sir Dugald Dalgetty se hallase dispuesto á asistir la celebracion del matrimonio. Montrose creyó deber convi-

darle á ella, en atención á que no ignoraba ninguna de las circunstancias que habian preparado este enlace: pero con grande admiracion suya vió que sir Dalgetty vacilaba, se miraba los codos de su colete, y las rodillas de sus calzones, y que respondió con aire de repugnancia y embarazo que aceptaria la invitacion si, despues de haber hablado con su noble amigo, no habia ninguna cosa que se lo estorbase. No creyó Montrose deber manifestarle ni sorpresa, ni disgusto, y le dejó libre de hacer lo que gustase.

Luego que Montrose se hubo retirado fué el Mayor á buscar á lord Menteith, á quien halló ocupado en escoger, entre el corto número de vestidos que tenia en el campamento, el mas decente para esta solemne ceremonia. Dióle con gravedad la enhorabuena, deseándole felicidades y añadiendo que sentia muchísimo no poder ser testigo.

—¿Y qué motivo teneis que os lo impida? le preguntó el Conde. ¿No os ha convidado Montrose?

—Sí, Milord, respondió Dalgetty; pero para hablaros francamente debo deciros que mi presencia no honraria tan augusta ceremonia. No tengo otro vestido que este, la badana de mis calzones está tan gastada por la rodilla, que estoy temblando á cada instante de verla hecha pedazos; y la rotura que hay entre los dos codos de mi colete seria quizás de mal agüero para los novios. Y si os he de decir la verdad, vos teneis un poco la culpa, por haberme recordado algo tarde que podria encontrar en los despojos de los enemigos algunas ropas que me sentarian bien. Cuando me lo dijisteis, ya vuestros desesperados montañeses habian arrebatado todo el botin; y hubiera sido mas fácil arrancar una muela á un perro ambriento que sacarles á ellos el menor hilo. La única respuesta que me dieron fué desenvainar los sables y puñales, murmurando entre dientes yo no sé qué en su gerigonza que solo para el diablo es inteligible. Hablando de buena fe, Milord, creo que no son mejores que los paganos, y me ha escandalizado el modo con que mi antiguo amigo Ranald ha tenido á bien hacer su retirada hace dos dias.»

Ya se habrá podido notar mas de una vez que lord Menteith no hacia mucho caso del Mayor; pero en la situacion en que se encontraba, tenia á todos los hombres por amigos; y todo lo creia bajo los colores mas alagüeños. Indicándole un adorno compuesto de piel de búfalo que habia en una silla, le dijo:

«Ahí teneis lo que hacia ánimo de ponerme por traje de boda, por parecerme lo menos asustadizo de todo mi uniforme militar: casi somos de la misma estatura; con que, hacedme el gusto de eceptarle.

—Me vendria como un guante, exclamó Dalgetty, pero no puedo consentir que os priveis por mí de ese traje, aunque no sé si seria mas conforme al uso militar el que os casarais vestido de vuestras armas. Me acuerdo de haber asistido en otro tiempo al casamiento del príncipe Leon de Wittlerbach con la mas jóven de las hijas de Jorge Federico de Sajonia, matrimonio que se celebró bajo los auspicios del valiente Gustavo-Adolfo, el leon del Norte; y el Príncipe la condujo al altar armado de piés á cabeza.»

Sonrióse el jóven Conde de esta comparacion, que venia tan al caso, y le dijo que él tambien queria hacer otro tanto; lo que desvaneció los escrúpulos del Mayor, quien tomando el vestido indicado se lo fué á poner en vez del suyo. Púsose entonces lord Menteith la coraza, cubierta en parte con una capa de terciopelo, y por otra con una banda de seda azul que llevaba conforme á la moda del tiempo y á su clase. Todo estaba ya dispuesto, y se habia convenido en que segun el estilo del pais no se volverian á ver los dos futuros esposos hasta el altar. Ya habia dado la hora señalada de la ceremonia, é ido lord Menteith á una sala vecina á la capilla, á donde Montrose, que habia tenido á bien hacer por su parte las veces de padre, debia ir á buscarle para ir con él á la presencia del ministro. Pero habiendo ocurrido un asunto relativo al ejército, se detuvo Montrose algun tanto, y el jóven Conde, como es de creer, le esperaba con la mayor impaciencia, cuando oyendo abrir la puerta y creyendo fuese el Conde, dijo por chiste: «Muy tarde llegais á la parada!

—Sí, pero llego aun á tiempo, respondió Allan Mac-Aulay entrando precipitadamente en la estancia sable en mano: Menteith, añadió, defendeos como hombre, ó vais á morir como villano.

—¡Estais loco Allan! dijo Menteith no menos admirado de su llegada repentina, que sobrecogido del estado en que le veia. Tenia cárdenas las mejillas, los labios llenos de espuma, y sus ademanes eran los de un poseso.

—¡Mentís, bellaco! respondió Allan enfurecido; mentís en eso como en todo lo que me habeis dicho: toda vuestra vida es un tejido de mentiras.

—No sería larga la vuestra, replicó Menteith, si no os hubiera dicho lo que pienso diciéndoos que estais loco. ¿En qué os he engañado?

—Me habeis dicho que no os casariais con Anita Lyle, dijo Allan: esto era una traicion, una mentira, puesto que os aguarda en el altar.

—Vos sois quien mentís, respondió Menteith: yo os he dicho que su oscuro nacimiento era un obstáculo á nuestro enlace, pero ya no existe: ¿y quién pensais ser vos para que os haga el sacrificio de mis afectos?

—Esto es ya demasiado hablar, exclamó Allan; os repito que saqueis el sable.

—No ahora, dijo Menteith; tampoco en este sitio. Razon teneis para conocerme, Allan: mañana nos veremos.

—¡Hoy... al instante... ó nunca! respondió Allan; vuestra última hora es llegada ó la mia, Menteith: os conjuro en nombre de nuestro parentesco, de nuestra antigua amistad, en nombre de las banderas bajo que hemos peleado juntos: defendeos!»

Dicho esto, acercóse al Conde, le agarró la mano y se la apretó con tanta fuerza, que brotó la sangre por las yemas de los dedos.

«¡Retiraos, insensato! dijo el Conde reempujándole con violencia.

—¡Cúmplase pues mi vision y tu destino! exclamó Allan»; y sacando un puñal, se arrojó sobre el Conde y le tiró un golpe hácia el corazon con toda su fuerza. Como Menteith tenia puesta la coraza, resbaló en ella el puñal que subiendo hácia la cara le hizo una herida profunda entre el cuello y la espalda, derribándole la violencia del golpe. Entró Montrose en este momento, y quedó mudo ó inmóvil de asombro y de espanto al ver al Conde en el suelo bañado en su sangre. Aprovechóse Allan de este instante para escaparse, y bajó la escalera como un relámpago.

«¡Guardias, exclamó Montrose asomándose de repente á una ventana, cercad la puerta del castillo y prended al asesino! Morirá, aunque hermano mio.»

Pero Allan estaba ya en la puerta, en donde derribó de una puñalada al centinela que quiso prenderle, atravesó el campo con la velocidad de un gamo perseguido por cazadores, pasó el rio á nado á la vista de los que le perseguian, y se emboscó en el monte.

En el discurso de la misma tarde abandonó su hermano Augur el campo de Montrose á la cabeza de su tribu, volvióse á Darnlinvarach, y no tomó mas parte en la guerra.

Por lo que toca á Allan, luego que hubo cometido el delito, fué como una exhalacion al castillo de Iuverary, á donde llegó en menos tiempo que se hubiera podido imaginar, penetró en la sala en que Argyle celebraba un consejo á la sazón, y arrojó delante de él sobre una mesa el ensangrentado puñal.

«¿ Está teñido en la sangre de Jacobo Graham? preguntó Argyle en voz que anunciaba la esperanza y el temor.

—Es la sangre de su privado, respondió Allan; es la sangre que los destinos habian ordenado que yo derramase, y en vano vertiera yo toda la mia para que no se realizase tal prediccion.»

Habiendo hablado de este modo, desapareció con la misma rapidez que habia llegado antes que nadie pensase en detenerle. No se sabe positivamente á dónde fué á parar.

Como se vió el mismo día al jóven Kenneth con tres hijos de la niebla atravesar el Lochfine, creyeron algunos que habian ido en su alcance, y que habia sucumbido, víctima de su furor, en algun desierto apartado; otros pretendieron que salió de Inglaterra, y que se metió monje cartujo; bien que una y otra opinion solo se fundan en débiles indicios.

Sin embargo, su venganza no fué tan completa como él habia imaginado; porque lord Menteith, aunque gravemente herido, como que tardó muchísimo tiempo en recobrar la salud, debió la vida al consejo que le dió Dalgetty de casarse vestido de sus armas. Pero Montrose perdió sus servicios, porque no bien se halló lord Menteith en estado de ponerse en camino, se fué con Anita y sir Duncan al castillo de Ardenvohr, padeciendo siempre mas ó menos de su herida. Acompañóle sir Dugald Dalgetty hasta la orilla del agua, y pidióle encarecidamente al despedirse que mandase construir un reducto en la altura de Drumsnab para defender el castillo que habia de pertenecer á su futura esposa.

Hicieron el viaje sin que ocurriese novedad, y Menteith al cabo de algunos meses se halló suficientemente restablecido para unir su suerte á la de Anita, con beneplácito, y en presencia de sir Duncan Campbell y de su esposa.

No podian los supersticiosos montañeses conciliar el restablecimiento de lord Menteith con la prediccion de Allan Mac-Aulay,

de cuyo espíritu profético no querian dudar. Algunos le hubieran agradecido que se hubiese muerto para verificarla completamente. Pero la mayor parte fueron de sentir que habia tenido cabal cumplimiento con la herida que recibiera de la mano y del puñal de Allan; y todos fueron de parecer que la sortija de cabeza de muerto habia anunciado la muerte del padre de Anita, quien solo sobrevivió algunos meses al enlace de su hija con el Conde.

Los incrédulos tuvieron todas estas ideas por extravagancias, y juzgaron que la supuesta vision de Allan no era otra cosa sino el efecto de sus violentas pasiones; que habiendo visto en la persona de Menteith un rival preferido, luchaba con su generosidad natural, inspirándole sus celos el secreto pensamiento de que destruyese al que consideraba como el único obstáculo que se oponia á su felicidad.

Menteith no recobró su salud bastante pronto para reunirse á Montrose durante su corta y gloriosa carrera; y cuando este general salió de Escocia despues de haber licenciado su ejército, vivió el Conde retirado en sus haciendas hasta el restablecimiento de Carlos II en el trono. Despues de este fausto acontecimiento, desempeñó en su país cargos propios á su clase, vivió dichoso, respetado del pueblo y amado de su mujer y sus hijos, y murió de edad muy avanzada.

Los personajes de nuestra narracion son tan pocos, que á escepcion de Montrose, cuya gloria y claros hechos pertenecen á la historia, solo nos queda que hablar de sir Dugald Dalgetty.

Este valiente militar continuó llenando con la mas rigurosa exactitud todos sus deberes militares y cobrando su paga. Pero al último cayó prisionero, como otros muchos, en la batalla de Philliphaugh. Fué condenado á muerte, lo mismo que sus camaradas, no tanto por las sentencias de los tribunales civiles ó militares, cuanto de resultas de las aclamaciones de algunos ministros que insistian en que fuese vertida su sangre, como sacrificio espiatorio para borrar los pecados de Israel, y que era menester tratarlos como lo habian sido los Cananeos.

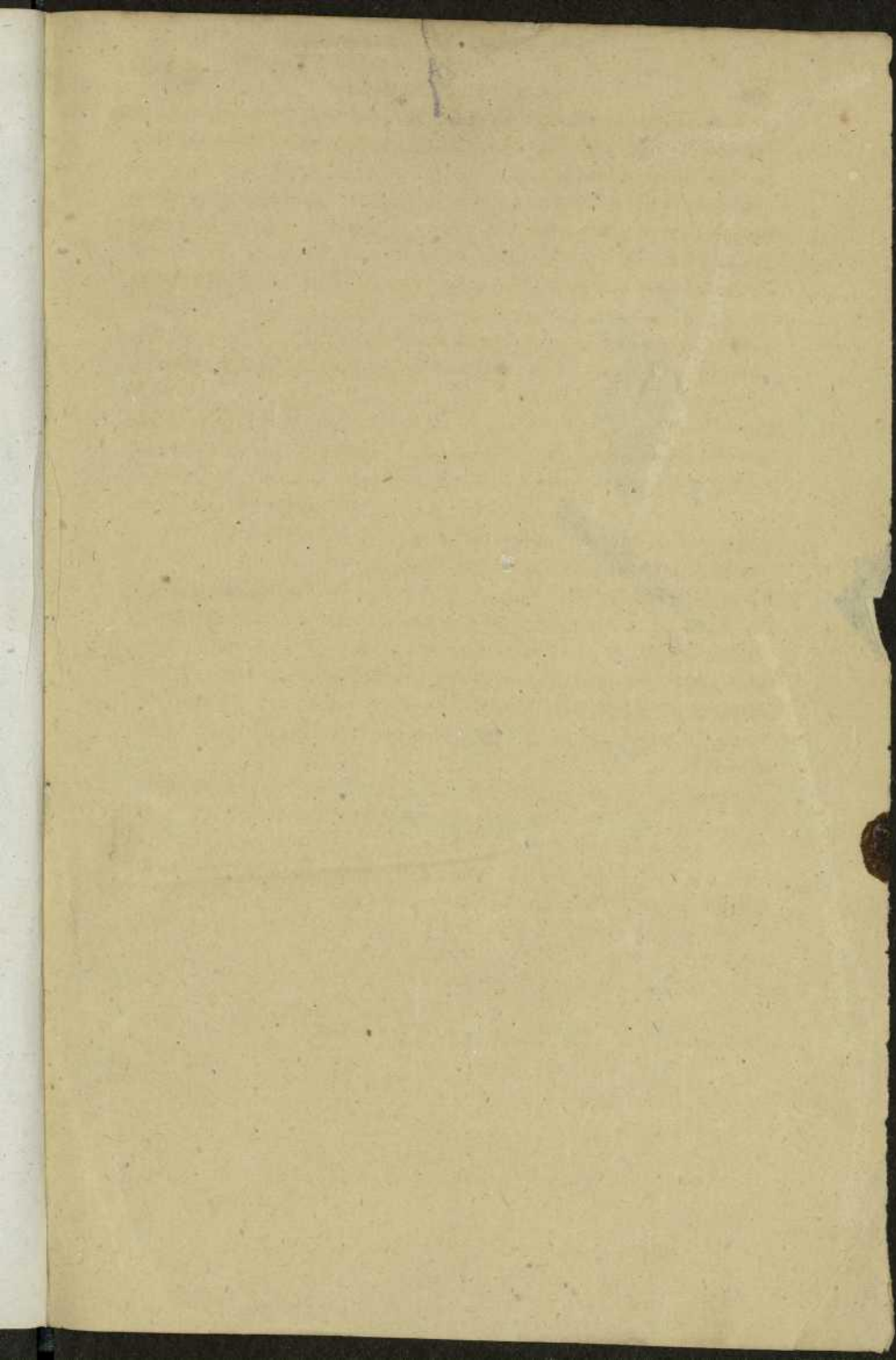
Muchos oficiales de las tierras bajas al servicio del Covenant intercedieron en esta ocasion por Dalgetty, y le representaron como á un hombre cuyos conocimientos militares podian ser muy útiles á su ejército, y á quien era muy fácil hacer mudar

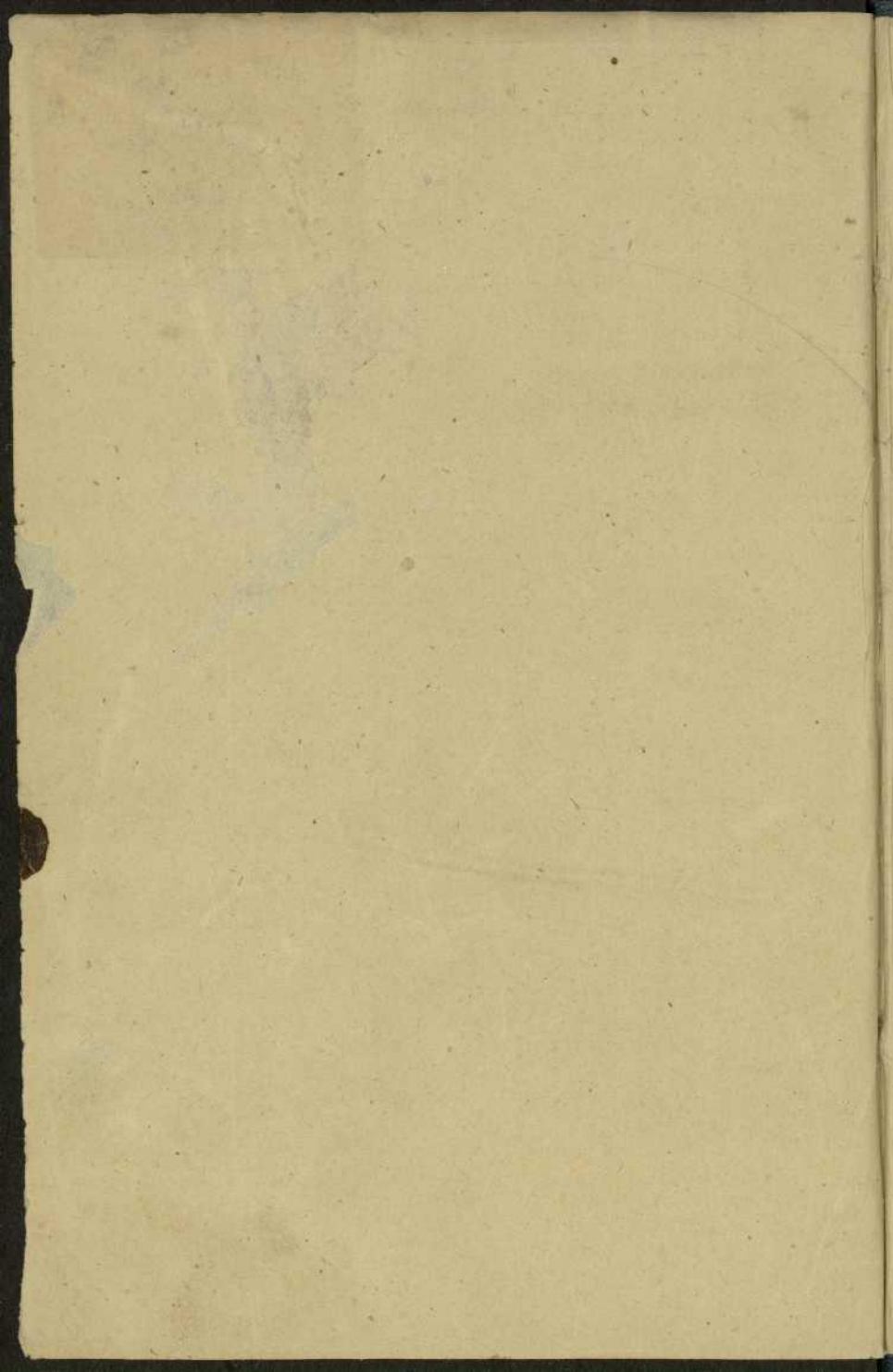
de sevicio. Pero encontraron á sir Dugald mas tenaz de lo que habian creido. Les dijo que se habia alistado al servicio del Rey por un tiempo determinado, y que hasta el cumplimiento del plazo convenido no le permitian sus principios pasar al servicio de otro. Los oficiales del Covenant no entendian de distinciones tan sutiles, y el Mayor corria gran riesgo de morir mártir, no de ese ni esotro principio politico, sino de ideas rigurosas sobre la disciplina militar, cuando felizmente los que por él se interesaban averiguaron que no le faltaban mas que quince dias para cumplir el tiempo de su empeño, al que ningun poder humano hubiera sido capaz de hacerle faltar, aunque hubiese sabido que no habia de ser renovado. Consiguieron pues, no sin dificultad, que se sobreeseyese su asunto durante este intervalo, y al cabo de este término le hallaron perfectamente dispuesto á entrar al servicio de quien quisiese pagarle. Alistóse pues en el ejército del Covenant, y le nombraron mayor del cuerpo de Gilberto Kex, llamado comunmente regimiento de la Iglesia.

Lo que en este nuevo destino le sucedió no ha llegado á nuestra noticia; mas al cabo de algunos años le encontramos en el pleno goce de su patrimonio Drumthwacket, de que no tomó posesion con la punta de la espada, pues la adquirió por vias mas pacíficas, casando con Hannah Strachan, matrona respetable, viuda, sin hijos, de un acérrimo presbiteriano, á quien habia pertenecido.

Créese que sir Dugald sobrevivió á la revolucion, pues tradiciones no muy antiguas nos le representan con frecuencia en Aberdeen, muy viejo, muy sordo, y sin cansarse nunca de repetir sus interminables historias del inmortal Gustavo-Adolfo, leon del Norte y baluarte de los Protestantes.

FIN DEL OFICIAL AVENTURERO.

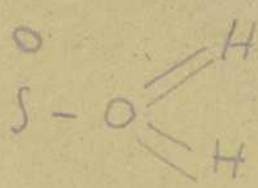
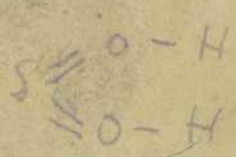
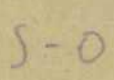
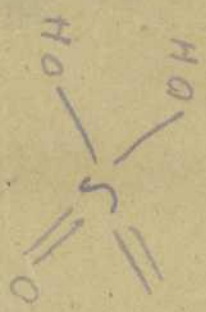




93 | 24

145

ESTANTE 15
Tabla 2.^a
N.º 37



195



GUY

MANNEERING



2

14.236